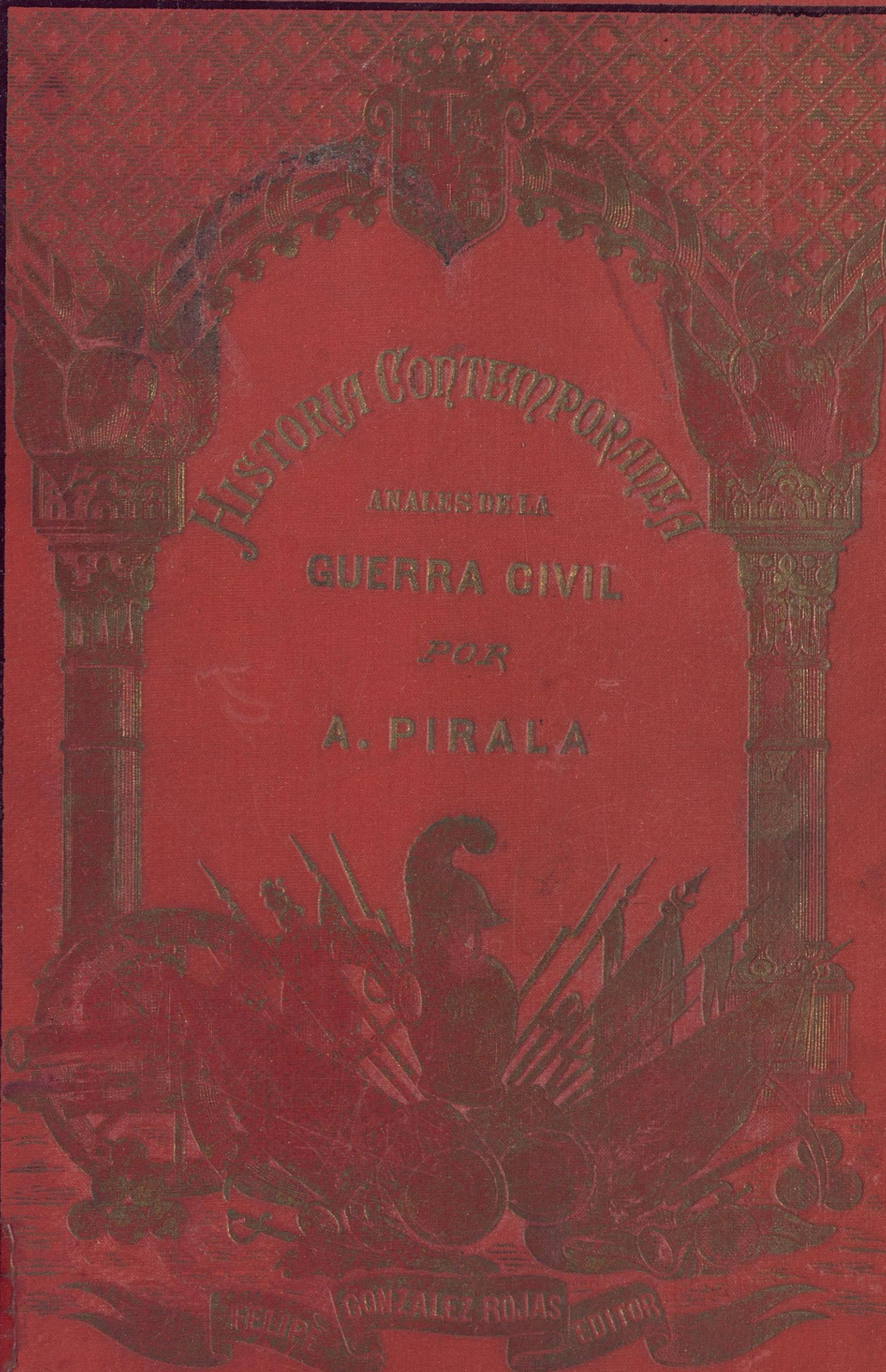


A. Pirala  
HISTORIA  
CONTEMPORANEA  
ANALES  
DE LA  
GUERRA CIVIL



946

AHM  
649050



Amp.  
319

AHM  
649050





946 "1843/1885"

FELIPE GONZÁLEZ ROJAS, EDITOR.—MADRID

V.3

946

PIR

HIS

# HISTORIA CONTEMPORÁNEA

SEGUNDA PARTE

DE LA

# GUERRA CIVIL

ANALES DESDE 1843

HASTA EL FALLECIMIENTO DE DON ALFONSO XII

POR

**DON ANTONIO PIRALA**

**TOMO TERCERO**

R 17615

MADRID

ADMINISTRACIÓN: CALLE DE SAN RAFAEL, NÚMERO 9

(BARRIO DE POZAS)

Teléfono número 3118

1893



---

Esta obra es propiedad de su editor, y nadie  
sin su consentimiento, podrá traducirla ni reim-  
primirla.

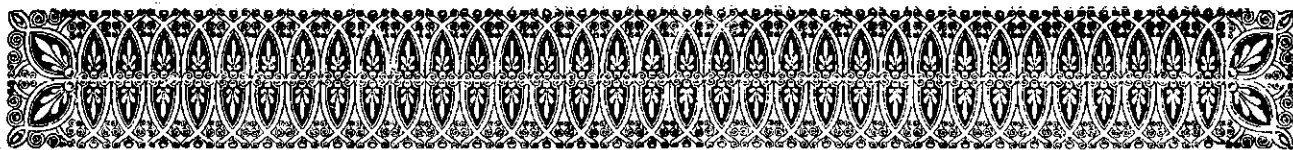
Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

R. 4078453.

---


Establecimiento tipográfico y Casa editorial de Felipe Gonzalez Rojas, Calle de San Rafael, núm. 9. (Barrio de Pozas).—Teléfono núm. 3118.



## LIBRO NOVENO

### DEPLORABLE SITUACIÓN DEL EJÉRCITO DE CATALUÑA

#### I



Al mediar el año de 1873, más preocupaba al gobierno la situación de su ejército en Cataluña que el progreso de los carlistas en aquella importante región de España. A los actos de insubordinación que tenemos narrados, se añadió el vergonzoso ocurrido en Igualada el 6 de Junio, al grito de ¡Abajo los galones y las estrellas! ¡Mueran los jefes! Acudió el general Velarde, que fué, y los oficiales, recibido á tiros por los sublevados del regimiento de las Navas, hasta entonces modelo, de Mérida, y de otros cuerpos; se produjo gran confusión, tocando á llamada unas cornetas y á degüello otras; quiso Velarde reducir á los insurrectos, se negaron á ir contra ellos sus compañeros, excepto los ingenieros, y con estos siem-

pre leales, la caballería, algunas compañías de la Guardia civil y 40 cazadores de las Navas, marchó á Martorell, haciendo lo mismo muchos vecinos de Igualada, que quedó á merced de los amotinados.

Alarmada Barcelona con la noticia de este suceso, teniendo á los carlistas casi á las puertas de la ciudad, marchó Cabrinetty con una pequeña columna y sendas comisiones de la diputación y ayuntamiento. Al saber que estaba en Gélida Velarde, allí se dirigieron; al verle le participaron que el gobierno le facultaba para emplear la ordenanza en los actos de indisciplina, y que no admitía su dimisión sino en el caso de que considerase que no tenía suficientes fuerzas para batir á los carlistas. Entonces se verificó la famosa conferencia que describe gráficamente el deplorable estado en que se hallaba el ejército de Cataluña (1).

(1) Véase documento núm 1.

Ya había habido insurrecciones en Reus, Manresa, Berga, Montesquiú, Santa Coloma de Queralt, Cardona, Prats de Llusanés, Gerona; y el fatal ejemplo dado por los insurrectos, que hasta la lluvia les incomodaba y la pretextaban para no perseguir á los carlistas, se repetía con frecuencia. Extremadura hacia fuego contra su coronel en Berga; Saboya insultaba públicamente á sus oficiales; San Fernando los expulsaba; Málaga pedía la vida de su coronel Carretero y de su segundo jefe; Navarra decía que su coronel García Muñoz carecía de mérito para mandar entonces las tropas, valiéndose de la ordenanza; Tarifa y Alcolea serán siempre recordados con espanto en Montesquiú y en Santa Coloma de Queralt; América excitaba á la rebelión gritando á las fuerzas disciplinadas: «No forméis, fuera listas, abajo los entorchados del general, que es un tirano;» y por último, las Navas y demás fuerzas dieron en Igualada el golpe de gracia á la disciplina. Esto, independientemente del crimen cometido por los cazadores de Madrid y de Reus.

Propone Martínez Campos al general Patiño, que mandaba en Cataluña, ir á Igualada á procurar restablecer la subordinación; se agradeció su ofrecimiento, diciéndole que se formaba causa, y que él era necesario en otro punto. El mismo éxito tuvo su oferta contra los amotinados en Berga; y al saber á poco que se había nombrado para mandar tres batallones de cazadores á sus órdenes á tres tenientes coroneles, que dos meses atrás eran tenientes de ejército, sin haber prestado ningún servicio relevante que les diese auto-

ridad para ejercer aquellos cargos, postergando á oficiales dignísimos que no habían sido recompensados, y «no podían ver con calma se les postergase á charlatanes, que no tenían ni la voz de la república más que en los clubs, ni iban á defenderla en los campos de batalla; si el hecho es cierto, decían en el oficio que dirigió al capitán general con este motivo, no doy posesión á los jefes, y para no verme en este conflicto, presento mi dimisión, debiendo manifestar á V. E. que mi resolución es inalterable; ó esos jefes no toman posesión de sus mandos, ó yo abandono este distrito.» En el estado á que habían llegado las cosas era plausible este acto de rebeldía. Con mejor acierto en la elección de jefes y oficiales, se hubieran evitado la mayor parte de aquellos sucesos. Y no era sólo el ejército; también los voluntarios de la república la hacían traición.

El 12 de Junio, decía Martínez Campos desde Moyá: «Debo significar á V. E. que no llevo los 200 voluntarios del cuarto batallón porque no han tenido voluntad de venir; se ofrecieron á ello, pero después lo reflexionaron mejor y harán un movimiento hacia los carlistas; estos tomaron al Norte y los voluntarios de la diputación hacia el Sud; dando la vuelta al mundo los encontrarán. Lo mismo han hecho los batallones segundo y tercero, que se han dirigido á Granollers. Con estos elementos y la insubordinación del ejército, la guerra seguirá indefinidamente. En Vich ayer estaban dos batallones de la diputación y bastantes fuerzas del ejército; pero se estuvieron quietos los dos días que los carlistas estuvieron en Moyá.»



Dice en otra comunicación: «Que allí no era posible mandar, porque la mayoría no pensaba más que en cobrar del Estado.» Atribuyó á falta de disciplina y cobardía el desastre de Oristá; se quejó del proceder de algunas tropas y voluntarios, que se negaban á acudir, adonde estaba el enemigo; de que fueran mandadas por jefes que se habían hecho republicanos, porque no cabían en ninguna parte; que enviaban partes falsos, y después de denunciar otros muchos abusos se fundaba en ellos y en la impunidad en que todo se dejaba para dimitir el cargo que ejercía, renunciando á todos sus empleos y honores, si no se le admitía. Y escribe por último el 17 desde Granollers: «Hay una columna, la del coronel Vega, que roba cálices, que viola mujeres, que se va casi siempre al lado contrario del enemigo; que no obedece mis órdenes, que protesta contra ellas, á quien hay pueblos que, como son bastante fuertes, le niegan la entrada y otros piensan comprar armas para levantar somaten contra ella.— Hay batallones guías de la diputación que intentan declarar la separación de Cataluña, según me han dicho en Vich, que concluyen de desmoralizar al regimiento de San Fernando llevándose algunos soldados; que recibe en Granollers la orden de V. E. de no ir á Barcelona cuando se ha retirado de la proximidad del enemigo, y que sin embargo, va allí y es festejado. Hay un batallón de Bejar que tiene un teniente coronel que aseguran quiere también proclamar la independencia de Cataluña, que era teniente hace tres meses, y sin mérito ninguno se ve hoy en esa graduación. Hay una columna del Vallés que

no se mueve, y que dos veces que ha encontrado al enemigo en Palau Tordera, llano hermoso, no ha hecho otra cosa que dejar retirar á la facción, y por toda hazaña prender paisanos y presentarlos como carlistas. Hay unos batallones de francos que están sublevando á los pueblos contra nosotros por sus desmanes y en algunas ocasiones por su miedo. Hay una columna de los restos de las Navas, Mérida, Madrid y Guardia civil, que á pesar del arrojó del señor brigadier Cabrinetty, se entretiene en tirotear á distancia, salvo algunos individuos, que va casi sin jefes ni oficiales, monumento viviente del crimen de Igualada... ¿Sabe V. E. la orden que di hoy al batallón de Cuba? Pues fué la de que, si encontráramos á algunas de estas columnas, hiciera alto y diera frente, armase bayoneta, y si había el menor insulto, rompiese el fuego sin nueva orden mia.»

DESASTRES EN ORISTÁ.—PRATS DE LLUSANÈS  
SAN QUIRICO DE BESORA Y ALPENS.—MUERTE  
DE CABRINETTY.

## II

Los carlistas continuaban invadiendo pueblos, y sosteniendo pequeños encuentros más ó menos favorables; y el 12 de Junio triunfaron en Oristá de la columna de Alvarez, compuesta del regimiento de Saboya, una compañía de ingenieros, otra de voluntarios y dos piezas de artillería.

Esperaban los carlistas en número de 1.500 hombres, mandados por don Alfonso, Miret, Camp, Cucala y otros, con los que iba doña Maria de las Nieves, á la pequeña columna

de Martínez Campos, cuando se presentó inesperadamente la de Álvarez, y aquellos siguieron la cordillera hacia Prats; se empeñaron los soldados en atacarles, y aunque se oponía el jefe, hubo de ceder á la exigencia de su mal subordinada gente; no se siguieron sus disposiciones; se adelantó la artillería sin orden fuera de la protección de la infantería; aprovecharon esta falta los enemigos; se apoderaron de las piezas; cedió la infantería sin resistir, huyendo en dispersión, á pesar de los apóstrofes que dirigía á los soldados el capitán Serrano, que murió allí, víctima de su pundonor, y un artillero sucumbió acribillado de heridas abrazado á la pieza, que no quiso abandonar al enemigo.

Cuando los dispersos llegaron al punto donde se hallaba la reserva, el coronel avanzó con decisión para recobrar la pieza; pero era ya tarde, lo que no le hubiera sucedido si se colocara en un punto de dominación y no al pié de una loma, desde donde sólo podía ver una parte de sus fuerzas. Como desde donde situó la reserva no veía la artillería ni la infantería que la escoltaba, no vió el ataque de los carlistas por aquel lado, ni supo que la infantería la había abandonado hasta que llegaron los dispersos á refugiarse en la reserva. Sólo la compañía de ingenieros mandada por el capitán Lorente, con orden y sin perder la formación, peleó contra fuerzas diez veces superiores, perdiendo la cuarta parte de su gente.

Esta resistencia dió tiempo á que llegara Martínez Campos procedente de Moyá y se encontró con que «todo el centro y la derecha corrían en desorden absoluto; los soldados

tiraban los fusiles, no sé donde estaban los oficiales, y un comandante corría también.» Tomó acertadas disposiciones, no tuvo mas graves consecuencias el pánico de algunos de Saboya que hicieron fuego á la fuerza que Campos desplegó, por tirar sin dirección, restablecióse el combate recuperando uno de los cañones, y fué menor la derrota. Destituyó en el acto al coronel Álvarez, y al comandante de Saboya, señor Vizconti, y se quejó de la incapacidad de algunos jefes y oficiales y de la cobardía de casi toda la columna. Con la cruz de San Fernando de tercera clase, previo juicio contradictorio, fué premiado el mérito que Martínez Campos contrajo aquel día. Pocos despues cesó en el cargo que ejercía, que hacía tiempo dimitió, resuelto hasta á renunciar á su empleo, si la dimisión no se le admitía.

Recogió Cabrinetty los restos de las fuerzas que había mandado Velarde; creyó poder organizar una columna; hizo una larga correría persiguiendo á Savalls, sufriendo las veleidades del soldado y el poco patriotismo de algunos jefes y oficiales, hasta el punto de hacerle exclamar que no necesitaba de ellos, y al encontrarse con Savalls en Prat de Llusanés, á pesar de marchar su columna dividida en fracciones, atacó sin ordenar su gente; arremetió el carlista con más orden; arrolló á los liberales, y gracias á la serenidad del jefe, no fué completamente derrotada la columna.

Otro triunfo obtuvo Savalls el 7 de Julio en San Quirico de Besora, obligando á capitular á dos compañías del regimiento infantería de América. Este suceso indujo al





coronel don Miguel de la Vega á dimitir por dignidad el cargo que ejercía, manifestando, que aunque todavía podía contar con soldados dignos, valientes y leales como el batallón cazadores de Tarifa y las brillantes secciones de artillería y caballería de cazadores de Alcántara, éstos á la vez se negaban también á continuar para no confundirse con los traidores y cobardes, y mucho menos con los ladrones é incendiarios.

Creía quizá el infatigable Cabrinetty que á fuerza de encuentros, siquiera fueran éstos desgraciados, subordinaría su tropa, y marchaba en busca del enemigo, como si fuera presa de un vértigo, sin que lo pasado le aprovechara, ni la audacia del enemigo le precaviera.

Supo la estancia de aquel en Alpens, avisó al coronel Vega y al gobernador de Vich, marchó, hizo alto á una hora del pueblo, habló á sus soldados, recordándoles que con aquellos enemigos iban prisioneras las dos compañías de América que guarnecieron á San Quirce, y dispuesta su tropa á seguirle para rescatarlas, prosiguió la marcha. Un parte del alcalde de Alpens, notició al jefe liberal que Savalls había salido de Alpens, lo que no impidió que siguiera á pernoctar en aquel pueblo. Al penetrar en él la vanguardia, recibió una descarga, por la que comprendió Cabrinetty la emboscada que se le preparó. Dividió su gente en tres pequeñas columnas que atacarían por tres distintos puntos, á las que opusieron los carlistas mayores fuerzas. No secundaron algunos las órdenes de Cabrinetty, lo cual supieron aprovechar los enemigos, poniendo á

los liberales en comprometida situación. A la cabeza Cabrinetty de alguna tropa, atacó denodado: apesar de la gran resistencia que se le opuso penetró en el pueblo; se parapetó en las casas y se defendió bizarramente. Necesitando el jefe liberal apoderarse de la plaza, mandó salir de las casas á los que en ellas se guarecieran, lo hicieron muy pocos, estimuló su valor, sin el cual les dijo que estaban perdidos, y apenas asomó á la plaza, cayó muerto de un balazo en la nuca. Entonces se apoderó el terror y la confusión de toda la tropa; algunos tímidos jefes y oficiales se ocultaron, y otros buscaron valientes gloriosa muerte peleando; mas como los carlistas tenían cercado bien el pueblo, los que no murieron quedaron prisioneros, ascendiendo éstos á unos 700, 50 caballos, 2 piezas de artillería, 42 mulos, dinero, material sanitario, armamento y equipos (1). Terri-

(1) La compañía de ingenieros que pertenecía á esta columna, se libró del desastre por haber recibido orden de separarse de ella pocos días antes. El asistente de Cabrinetty refiere, entre otros pormenores, los siguientes: «Dos ó tres oficiales intentaron salvarnos por medio de un esfuerzo. Uno de ellos llegó hasta la plaza, y habiéndole preso y rendido, un carlista lo mató de un hachazo en la cabeza. Otro, muy valiente, embistió con cinco soldados á los carlistas de la plaza que estaban allí en gran número, se abrió paso á la bayoneta y llegó hasta la última línea del pueblo y allí murió matando con todos los que le seguían, siendo despues mutilados todos á culatazos, bayonetazos y hachazos.

»El fuego continuó violentísimamente hasta las doce y media de la noche, en cuya hora los carlistas tocaron alto y silencio y empezaron á prender fuego á las casas para hacernos rendir. A pesar de esto, los soldados no querían entregarse, pero un oficial de los que quedaban lo ordenó y todos obedecieron, menos cinco ó seis que despues de haber gastado todas las municiones, tirand,

ble para los liberales y fausto para los carlistas fué este día 9 de Julio, que valió á Savalls un título y á su gente una condecoración, que se creó por este hecho (1).

Gran pérdida fué para la causa liberal la de Cabrinetty. No era un militar de estudio ni de ciencia; pero era un verdadero guerrillero, incansable, de ingenio natural, conocedor del terreno, marchando siempre á pié, montando solo en las acciones para estar con prontitud en todas partes, al revés de lo que otros hacían, y querido del soldado, porque á la vez que severo era justo y sabía halagar el amor propio é imponer el cumplimiento de los deberes. Cuantos habían servido á sus órdenes lloraron su muerte, y la lloraban cuantos le habían tratado por el buen recuerdo que dejaba en todos los pueblos. Unicamente los carlistas la celebraron: Savalls se vió libre de su mayor enemigo, del que siempre le iba á los alcances, del que parecía adivinar sus pensamientos. Así celebró tanto el hecho de Alpens; le aplaudió don Alfonso y le conmemoró don Carlos.

#### CONQUISTA DE IGUALADA

#### SE EMPEORA LA SITUACIÓN DE CATALUÑA

### III

Poco afortunado el general Patiño fué relevado por don Juan Acosta, que llegó á

hasta cuando se hacía la rendición, se echaron por una ventana de detrás de la casa y lograron escapar.»

(1) La medalla era una corona de laurel ó roble entre cuatro lises. En el anverso se leía: ALPENS 9 DE JULIO DE 1873, y en el reverso: ¡ADELANTE! ESTA ES MI DIVISA.—  
*Carlos.*

Barcelona el 14 de Julio con algunos brigadieres, volviéndose á los pocos días, quedando encargado de la capitania general el brigadier don Alejo Cañas.

Los carlistas se preocupaban poco de estos cambios de autoridades; continuaban sus excursiones, penetrando en los pueblos pequeños sin el menor obstáculo, y aun en muchos considerables, se apoderaron el 11 de Bagá, y en la mañana del 17 se presentaron ante Igualada por la parte de Odena tomando posiciones.

Guarnecía la villa un corto batallón de Navarra y unos 250 voluntarios. Eran sus defensas la muralla y tres reductos de débil resistencia en la puertas de Odena, Soledad y San Agustín. Había además una obra avanzada llamada del Pi, defendida por 15 hombres. La iglesia parroquial estaba fortificada. Dado el radio de la villa, se necesitaban para guarnecer las defensas 1.000 hombres y unos 300 de reserva, con la correspondiente dotación de artillería.

Así que los vigías del campanario divisaron á los carlistas, tocaron á rebato sin cesar, ocupando cada cual su puesto en la muralla. A las ocho y media de la mañana rompió el enemigo el fuego, contestado con vigor por los igualadinos, sin que cesase un momento por una y otra parte en doce horas. Durante el día sufrieron dos asaltos, que rechazaron con vigor, y por la noche lograron los carlistas penetrar en la calle de la Soledad, y perforando algunas casas hasta la capilla del mismo nombre. A la madrugada del día siguiente reprodujose el fuego arrojándose á la población unas 38 granadas: mien-

tras unos hostilizaban, otros iban perforando las casas, lograban penetrar en el Ateneo y llegaban hasta la calle de la Amnistía. Los paisanos levantaron varias barricadas, desde las cuales y la Rambla, hacían un fuego infernal. Reforzados los carlistas, después de varios disparos de cañon lograron penetrar en la parte opuesta de la Rambla. Hacía ya treinta y tantas horas que duraba el fuego, y sin más fuerzas que los dos batallones del Xich de las Barraquetas, que á pesar de su arrojo no pudieron penetrar en la población, empezó á cundir el desaliento. Unos tiraron las armas y se ocultaron; otros se rindieron, replegándose algunos en la iglesia, llena de gente indefensa. Para rendir á éstos, trataron los carlistas de emplear el petróleo en las puertas, y no dándoles resultado, abrieron brecha con algunos disparos de cañon. Por la brecha arrojaron al interior de la iglesia gran cantidad de petróleo y azufre, para producir la asfixia, y por este medio consiguieron que les abriesen las puertas: cesó la campana de tocar á rebato; bajaron los defensores del campanario y fueron desarmados, siendo algunos voluntarios acuchillados en la misma iglesia.

Una vez posesionados de este edificio eran ya dueños de la población, faltando sólo que depusieran las armas 14 hombres que defendían el fuerte Pi, que las depusieron al fin siendo algunos fusilados allí mismo.

Penetró don Alfonso en la población con doña Maria de las Nieves que había estado alentando á los zuavos, Savalls y su estado mayor; se derribaron las obras de fortificación, de lo que se encargó Miret; exigieron

un grueso tributo, y con los miles de duros que cobraron, algunos rehenes y buen número de prisioneros, se retiraron á Odena, teniendo un pequeño tiroteo con el Xich de las Barraquetas, á lo que se dió una importancia que no tenía.

Tristes recuerdos quedaron en Igualada de aquellos días, en los que ocurrieron vandálicas escenas y crueles asesinatos, como si se quisieran vengar los excesos cometidos por algunos voluntarios de los que mandaba el Xich en la catedral de Manresa, y en los templos de Berga, que dejaron terrible memoria de aquel jefe republicano, y especialmente en las inofensivas monjas, muriendo algunas de vergüenza.

En la defensa no hubo concierto ni organización por el estado de indisciplina de los soldados, por las pocas condiciones militares de los voluntarios y paisanos é incapacidad del comandante militar, así que no fué debidamente aprovechado el valor de los sitiados.

Se ha criticado la conducta de las columnas que pudieron haber acudido en socorro de la villa; y pueden compartir la responsabilidad los no muy disciplinados soldados y los no muy entendidos jefes. También se criticó que no acudiera el mismo capitán general que estaba en Barcelona: pudo hacerlo, y fuerza tenía para haber formado una bonita división. De Barcelona á Igualada se podía ir en cinco horas, y treinta y seis duró la resistencia.

Las pérdidas de unos y otros combatientes fueron grandes.

Los anteriores sucesos no podían menos de

alarmar la opinión pública liberal, y empeorar por el pronto la situación de Cataluña. Se abandonaron todos los pequeños destacamentos; Manresa se aprestó á la defensa, construyendo barricadas en el interior de la ciudad, no confiando sin duda en el recinto; Vich aumentó sus obras defensivas; lo mismo hicieron Mataró, Villanueva, Villafranca y otras poblaciones; abandonaron á Solsona la tropa y voluntarios; las operaciones se limitaron á recorrer las comarcas menos montuosas y más abrigadas por puntos fortificados, y para que nada faltase á esta aflictiva situación, el coronel de la guardia civil don Cayetano Freixá, con unos 30 caballos y 200 infantes de la misma arma, de guarnición en Barcelona, se pasó á los carlistas, no consiguiendo le siguieran sino muy pocos de sus subordinados, regresando los demás á Barcelona, á recibir ovación entusiasta.

Eran necesarias medidas prontas y eficaces: que hubiera ejército y levantar el espíritu público, harto decaído. La junta de salvación y defensa propuso entonces al gobierno: «La adquisición forzosa de 50.000 fusiles: el servicio forzoso de los hombres de 20 á 40 años en la milicia republicana. Que queden á disposición de esta junta los productos de todas las rentas y contribuciones de las cuatro provincias, quedando en entregar al gobierno, tan luego se haya terminado la guerra, el sobrante que resulte. Exigir un anticipo forzoso de 5 por 100 sobre el producto líquido imponible de la contribución territorial, é igual tipo á la industrial. El cobro se efectuará por mitad en 1.º de Agosto y 1.º de Octubre. Oportunamente se acordará la

forma del reintegro. Exigir la contribución de guerra á los carlistas en la forma que tiene ordenada el gobierno. Proceder á la recaudación de los atrasos de contribuciones en que se encuentran los pueblos. Reorganizar el ejército de Cataluña y sujetarlo á ordenanza, aun cuando para ello tenga que modificarse en parte la existente. Y finalmente, batir al enemigo en todos los terrenos, hacer orden y salvar á todo trance la república democrática federal».

No podía pedir más, y aún amenazaba con retirarse, aunque conocía que su retirada había de ocasionar nuevos conflictos y aumentar las complicaciones.

El general Acosta, insistiendo en su dimisión, decía al Ministro, entre otras cosas: «El ejército, tal como se halla y sin jefes ni oficiales que le hagan volver á la senda del deber, es un elemento de perturbación constante, no viéndose más remedio para él, que disolverle ó trasladarle á otros distritos, donde pueda ser más fácil su reorganización».

CALDAS DE MOMBUY.—DEFENSA DE BERGA.

ACCIÓN DE GIRONELLA

#### IV

No fueron tan afortunados los carlistas el 29 de Julio en Caldas de Mombuy como en sus anteriores ataques. Allí encontraron decidida resistencia, y aunque algo adelantaron los invasores en sus trabajos nocturnos, ni los cañones colocados en el paseo y en la montaña del Puigdamy, ni la ocupación de la cochería de Maso<sup>t</sup>, á 12 pasos del portal de Vich y desde cuyo punto dominaban la



barricada construida en dicha puerta, ni el incesante y nutrido fuego que hacían desde la ermita de San Salvador, disminuyeron la tenacidad de la resistencia. Aún intentaron algunos atrevidos desalojar á los carlistas de San Salvador, atacando de frente subiendo la montaña, y tuvieron que retroceder ante la emboscada con que les recibieron. Esto excitó más el arrojo de los liberales y arreció el fuego.

Acudieron en su ayuda los esforzados voluntarios de Sentmanat, pidiendo el punto de mayor peligro: pelearon hasta las diez de la mañana; paró la campana de somaten é hizo seña de la llegada de los voluntarios de Sabadell y Granollers, que acudieron unos por la derecha y otros por la izquierda; visto por los de Caldas atacaron por el centro, saltando las barricadas, con lo cual encerraron á algunos carlistas dentro de las casas en que se defendían, teniendo la suerte de que la caballería que acudía con la fuerza de Granollers tuvo que pararse para pasar una barricada, que de lo contrario, les toman los cañones y los muertos habrían sido muchos, porque no hubieran tenido el punto de retirada que aprovecharon.

Mandaba á los carlistas Tristany, é iban con él don Alfonso y doña María de las Nieves.

De Rubí, Mollet, Santa Perpétua y otros puntos acudieron también los voluntarios en auxilio de sus compañeros de Caldas: parecía aquello un somatén general, que á imitarle en el ataque á otros pueblos, diferente aspecto tomara la guerra.

Las pérdidas de unos y otros combatientes

fueron considerables, y hubieran sido mayores las de los carlistas de haber podido el coronel Lera vencer la resistencia de los soldados de Bailén á salir de Sallent y atacado á los que se retiraban no muy unidos.

Persistiendo los carlistas en su propósito de apoderarse de Berga, contando con poder conservar esta población y con que durante el sitio acudirían fuerzas liberales en su auxilio, confiando en vencerlas desde sus buenas posiciones, empezó por segunda vez el bloqueo el 3 de Agosto, y el 4 marcharon desde Prats de Llusanés para Caserras las fuerzas carlistas que formaban el ejército que mandaba don Alfonso, pertenecientes á las brigadas de Barcelona, Gerona, Tarragona y Lérida, en las que iban Savalls, Mirret, Tristany, y Huguet, componiendo un total de unos 4.500 hombres y 250 caballos, El 5 se estableció con todo rigor el sitio de la plaza.

El comandante de ella reunió bajo su presidencia á la junta de armamento y defensa para cuidar de las subsistencias y municiones, esmerándose todos en que no faltaran, y sabiendo el 6 que en las cercanías de Gironella estaban detenidos cuatro carros de harina, tabaco y bacalao, por no poder pasar á Berga, fué el comandante Perin con 200 hombres del sétimo republicano á practicar un reconocimiento y escoltar el pequeño convoy; pero le salieron al encuentro muy superiores fuerzas enemigas, se retiró, y los carlistas se apoderaron de los carros, cuyo contenido se repartieron.

El 7 envió don Alfonso un oficio al comandante de Berga, diciéndole que deseoso

de evitar los quebrantos y perjuicios que ocasionaría á la villa el sitio ya establecido, é inútil toda resistencia, puesto que las fuerzas que acudían á su socorro desistieron de su intento, les hacía las siguientes proposiciones: «1.<sup>a</sup> Las tropas del ejército, los voluntarios de la república y las fuerzas de las demás procedencias que se hallen en esa plaza, podrán salir libremente de la misma sin armas, pudiendo llevar solamente consigo los efectos pertenecientes á su propiedad particular. 2.<sup>a</sup> Todas las armas, municiones y demás efectos de guerra deberán quedar depositados en el castillo y en el cuartel de la plaza. 3.<sup>a</sup> Bajo mi palabra de honor queda garantida la seguridad personal de los individuos que componen todas las fuerzas de tu mando, desde el momento que abandonen la plaza, hasta el en que se hallen en punto seguro para ellos. 4.<sup>a</sup> El plazo que fijo para recibir contestación es hasta las doce del día de mañana 8 de Agosto» (1).

Don Martin Miret escribió al mismo tiempo desde Caserras á los soldados y voluntarios de Berga, concediendo indulto á todos los que en el plazo de cuarenta y ocho horas hubieran depositado las armas y presentándose en Abia ó Caserras, y demás puntos donde estaban acantonadas las fuerzas de su comandancia de Barcelona.

Ninguna de estas comunicaciones obtuvo contestación. Los sitiados esperaban el ataque, y acabadas las carnes el 8, salieron

(1) Dios te guarde muchos años. Cuartel general de Caserras 7 de Agosto de 1873. El infante general en jefe, Alfonso de Borbon y Austria. Hay una rúbrica — Señor comandante de armas de la plaza de Berga.

unos 500 hombres al mando del coronel don Juan Martí con objeto de proporcionarse algún ganado. El teniente coronel carlista don Manuel Martí ocupaba las posiciones de Serra Noet y montañas inmediatas á la ermita de Nuestra Señora de Queral; peleóse en ellas, y entrada la noche regresó la fuerza escoltando unos 40 cerdos, vacas y cabras.

Agravóse la penosa enfermedad que sufría el comandante de armas, hasta el punto de tener que guardar cama, desde donde daba diariamente sus instrucciones al teniente coronel de Extremadura, don Antonio Figueroa, que tomó algunas medidas para rechazar el ataque que se esperaba al día siguiente, 10, y ya en la madrugada, unos 1.000 hombres que se habían apoderado del arrabal del Rosario, perforando las casas hasta la fuerte y grande de Gironella, y construido una formidable barricada frente al portal de Zaragoza, rompieron un vivísimo fuego de fusilería, que le extendió Savalls por la parte de la carretera de Manresa, y algunos somatenes desde las alturas de Nuestra Señora de Queralt.

Si vigoroso fué el ataque no lo fué menos la defensa. Rechazados los sitiadores del barrio del Rosario, volvieron á guarecerse en él unos 300, y advertido por el coronel Martí, determinó sin orden alguna de la autoridad de la plaza verificar una salida con parte de los batallones primero y segundo francos que mandaba, escalando la muralla y simulando una carga á la bayoneta, que de haberse verificado con el orden debido, hubiera producido la captura por completo de los 300 enemigos que estaban en mala situación;

pero en vez de este hecho, que tenía su gloria, se dedicaron, sin contemplación alguna y en medio del mayor desorden, al incendio y saqueo del mencionado barrio, quemando 53 casas, destrozando los efectos que por su peso no podían llevarse y cometiendo otros excesos que afectaron hondamente y que no justificaban la opinión carlista que pudieran tener los habitantes del mejor y más pintoresco barrio de la población, para causarles tamañas pérdidas.

No viendo los carlistas fácil ni pronta la toma de Berga, y creyendo se acudiría en su auxilio desde Manresa, se situó Savalls en Gironella, el cuartel general en Caserras y Miret en Abia, para vigilar los movimientos de los sitiados y hostilizar la plaza.

Salió en efecto la columna de Manresa hacia Sellent y Balcereny, combinándose con otras fuerzas; se dispuso á la vez la salida de Berga de 800 hombres á explorar el terreno hasta Espinalvet y allegar algunas provisiones, tiroteándose en seguida con los carlistas, que fueron desalojados de la ermita de Nuestra Señora de Queralt, y eminencias inmediatas, regresaron los liberales con los carneros y cerdos que hallaron en las casas de las cercanías, permitiéndose los francos del primero y segundo saquear indignamente el pueblo, y destrozando sacrílegamente en la ermita los cuadros y objetos que representaban imágenes divinas.

El brigadir don José de los Reyes avanzaba en tanto con el convoy que conducía á Berga, y al llegar el 16 á Gironella encontró á la columna del coronel don Ginés Casanova batiéndose con los carlistas. Tomó

parte en la acción, rechazando al enemigo, que se esforzó valeroso por derrotar á los liberales y apoderarse del convoy, como lo hizo de un cañón, y después del combate sangriento de aquel día, los carlistas quedaron en Caserras y los liberales en Gironella, volviendo á tomar posiciones, sin tener que comer las tropas. Al día siguiente fueron á Berga Reyes y Casanova.

Rudo había sido el bregar del día anterior y grandes pérdidas experimentaron unos y otros combatientes, sobre 500 bajas; y en esta acción se demostró hasta la evidencia el estado del ejército y las consecuencias de la indisciplina.... «faltas de cohesión las tropas, privadas casi completamente de los servicios necesarios de la oficialidad, sin órganos transmisores, por decirlo así, de la voluntad del jefe que dirige y que prevé durante la acción, se convierten á los pocos momentos de empezado el combate en una confusión de cuerpos, en una horda completamente desorganizada, en que los valientes avanzan, en que todos disparan sin saber á quién, y los cobardes fusilan á sus compañeros desde las últimas filas. En estos momentos como sucedió en la acción á que me refiero en este escrito, suena un toque de retirada que nadie ha ordenado, acaban sus municiones los de la vanguardia, y cunde la alarma por todas las masas, se inicia el pánico y todos huyen de un modo vergonzoso, arrollando á los pocos que intentan detenerlos, y hasta abandonando, por no detenerse á recogerla, una pieza en un barranco, donde un mulo fué muerto, sin que nadie se enterase de esta pérdida hasta que todo ha terminado. Esta es E. S. la

verdad de lo ocurrido en la acción de Girolla, que ha sido una victoria para las tropas, y por su relato podrá V. E. comprender que con este desorden es imposible que dejemos de estar expuestos siempre á una catástrofe, y que no se encuentran jefes dignos, jefes que tengan una historia militar adquirida á costa de muchos años.»—El general Cañás al ministro de la Guerra, el 23 de Agosto de 1873.

Miret y Tristany quedaron levemente heridos, y lo fué también el caballo de Savalls.

Los carlistas se convencieron de que había fuerzas del ejército para socorrer á Berga.

TORTELLÁ. — ENCUENTROS. — DESASTRE  
EN ALBIOL

V

Don Alfonso y su esposa, al frente de una columna de 2.000 infantes, 100 caballos y tres piezas de artillería fueron á Prats de Llusanés, donde esperaba su jefe de E. M. G. don Ignacio Plana, que militó en la anterior guerra civil con el barón de Meer, defendiendo la causa liberal. Siguiéron juntos por Montesquiú, Ripoll y San Juan de las Abadesas, desfilando á la vista de Olot para Tortellá, cuya población mandó don Alfonso sitiarse y atacar, haciéndolo en la tarde del 22 defendiéronse con tenaz valentía los sitiados; Savalls, que dirigía el ataque, mandó quemar algunas casas del pueblo, y apareciendo en la tarde del 23 las fuerzas liberales que acudían en auxilio de Tortellá, se retiró don Alfonso á Castellfollit, dejando ocupado el pueblo de Montagut. Desalojados de él los car-

listas, se produjeron nuevos incendios, y próximos unos á otros contendientes, se trabó combate en la mañana del 24 entre Tortellá y Argelaguer, empezando con un fuego espantoso y mortífero, que sólo duró dos horas, dándose también dos cargas á la bayoneta. Hubo muchas pérdidas (1); quedó destruido Tortellá; se amenazó con la misma suerte á Olot, á cuyo ayuntamiento intimó Savalls la rendición; prohibió la circulación de los trenes del empalme á Gerona, cuya orden ó bando trasmitió don Segismundo Juliá, jefe de la fuerza encargada de su cumplimiento; se peleó en las alturas de Capellades,

(1) Al regresar á Bañolas los voluntarios republicanos de socorrer á Tortellá, no ocultaron su propósito de vengar los excesos cometidos por los carlistas, cometiéndolos á su vez, aterrorizando á los inermes vecinos que, si no sufrieron aquel día daño alguno, temieron se realizaran las amenazas al siguiente, como se ofreciera, que era el día de la llegada de la columna liberal conduciendo los heridos de Tortellá y Argelaguer. Todo era pánico, terror, inquietud, como dice un testigo de aquellos sucesos (a). Llega la columna, acuden solícitas las autoridades locales, preocupadas por la imposibilidad en que se encontraban de albergar convenientemente á los heridos; la imposibilidad ahogaba la caridad; los momentos eran supremos y harto críticos; rehusar hospitalidad á los heridos era evocar un desastre, que evitó el P. Fidel Fita, presentándose á ofrecer la casa de Misión para hospital de sangre; aquella casa, de la que pocos meses antes habían sido expulsados sus moradores, quedando sólo algunos estudiantes teólogos, cuyo delicado estado de salud les impedía emprender un penoso viaje á Francia, y para cuidarles el sabio profesor P. Fita. El acto que ejecutó y acabamos de reseñar fué aplaudido por todos, devolvió la tranquilidad al atemorizado vecindario de Bañolas, y dió á su generoso autor la debida influencia para con los jefes de columnas, que la supo aprovechar para hacer bien á cuantos lo necesitaban.

(a) Ensaig històric sobre la vila de Banyolas por Pere Alsius y Torrent.

y el decidido alcalde de Olot don Juan Deu, lejos de atemorizarse por la comunicación de sus enemigos, salió con algunos voluntarios á cobrar las contribuciones en el carlista pueblo de Las Presas, batiéndose con los que se le presentaron en buenas posiciones, de las que con ayuda del refuerzo que salió de Olot y una pieza de artillería de las que allí había fundido, les desalojó, con alguna pérdida por ambas partes. También delante de Vich se cambiaron algunos tiros y cañonazos el 1.º de Setiembre.

Con mejor deseo que pericia se concertó en Reus copar á la partida de Cercós, prescindiendo de las fuerzas del ejército, á las que acusaban, con razón algunas veces, de que nunca daban con los carlistas, de los que unos 400 se paseaban impunemente por toda la provincia, cobraban las contribuciones, penetraban en pueblos de alguna importancia, desarmando á los milicianos con escasa ó ninguna resistencia, como sucedió en Villalonga y Santa Coloma.

Sabiendo que Cercós pernoctaría en Almoster ó la Selva, salió de Reus un batallón de milicianos con el diputado á Córtes señor Bové y el presidente de la diputación señor Estivill, mandado por el comandante militar, que llevó unos 40 hombres entre soldados y músicos armados y 60 caballos de Bailén; y mientras estas fuerzas ocupaban el Coll de la Batalla, los guías de la diputación y parte de los voluntarios de Vilaseca al mando del coronel Font y las órdenes del delegado de la diputación señor Sanahuja, debían poseionarse de las alturas de Albiol para donde salieron á las once de la noche del 2 de Se-

tiembre. Los voluntarios de Alcober y La Ribba debían cubrir otros puntos.

Pernoctó en efecto Cercós en Almoster, y más diligente que sus enemigos, no muy reservados, salió sigilosamente á esperarles; y entreteniéndose los liberales más de lo debido en la Selva, procurando algunos recursos en vez de ocupar las alturas de Albiol, las ocuparon los carlistas, que recibieron á tiros á las guerrillas que se presentaron á las ocho de la mañana. La muerte de un voluntario introdujo el pánico y el desorden, y gracias que contuvo á los carlistas la presencia de los 60 caballos, el grupo de soldados y la ronda de Reus, que sostuvieron bizarramente el fuego, para sostener la retirada.

Los guías de la diputación y voluntarios de Vilaseca acudieron al oír el fuego; les atacaron los carlistas, y mal mandados los liberales y peor subordinados, se desbandaron á los primeros disparos, y les acuchillaron unos pocos caballos. El grupo mayor, de unos 150, se encerró en el fuerte de la Selva, salvándole el Fijo de Ceuta que salió de Tarragona en su auxilio, sin el que hubiera succumbido. Muchos perecieron, incluso el señor Sanahuja. Lo que debió haber sido un triunfo para los liberales, fué un desastre, por la falta de sigilo y la indolencia en cumplir lo acordado. De sentir eran los muertos; pero llenó de indignación en Reus el que los carlistas acribillaron á bayonetazos á los heridos y prisioneros.

FUERZAS LIBERALES.—NUEVO COMBOY  
PARA BERGA.—VALLS

VI

En Cataluña hacía falta una autoridad militar que restableciera el orden y el imperio de la ley, y organizara debidamente la persecución de los carlistas. Tal era el deseo también del señor Salmeron, presidente á la sazón del poder ejecutivo, que conferenció con Makenna, Turon y otros generales, hasta que al fin Castelar confirió la capitania general á don José Turon y Prats, con amplias facultades, bastando su presencia para restablecer la disciplina. Desarmó la mayor parte de los batallones de voluntarios, conservando los de francos como un mal necesario, y áun cuando algunos de aquellos habían prestado eminentes servicios, no compensaron estos el daño que hicieron á la causa liberal los desórdenes que promovieron unos y consintieron otros.

Constaba entonces el ejército de Cataluña incluso unos nueve batallones de francos, de 200 á 300 plazas cada uno, de unos 18.000 infantes, 1.200 caballos, 20 piezas de montaña y 12 de batalla. Guarnecidos con estas fuerzas considerables puntos, se organizaron para operar las siguientes brigadas: La de Gerona, al mando del brigadier Reyes, con cinco batallones, 140 caballos y cuatro piezas: 2.200 hombres. En la montaña, el brigadier Macías, siete batallones, 100 caballos, cuatro piezas: 3.000 hombres. En el Llano, dos batallones, 80 caballos y cuatro piezas: 1.000 hombres. La de Lérida, brigadier

Franch, tres batallones, 120 caballos, cuatro piezas: 1.500 hombres. La de Tarragona, brigadier Salamanca, tres batallones, 120 caballos, cuatro piezas: 1.800 hombres.

Lo más urgente era socorrer á Berga, de nuevo asediada, para lo que se encargó al brigadier Cañás, con una división de 4.000 hombres la conducción de un convoy. Tuvo que pelear para proteger su paso por el puente de la Granota, con algunas pérdidas de unos y otros combatientes; vivaqueó en la noche del 23 desde Casa Riera al punto en que se separa el camino viejo de Berga de la carretera, burlando á los carlistas que estaban en Gironella, y tenían obstruidos los puentes y la carretera; y fortificadas las alturas de ambos lados del desfiladero emprendió su marcha, llegando al medio día al llano de Caserras, después de algún fuego en el Clot de Furriols, y arrojar al enemigo de unas fuertes posiciones, reforzadas con barricadas aspilleradas, en las que resistieron bien. Con no menos tenacidad pelearon los liberales dando cargas á la bayoneta, animándose unos á otros, á costa de unas 100 bajas. Se acampó en las posiciones ganadas, y evacuaron los carlistas á Gironella, ocupada por Cañás, que penetró el 25 con el convoy en Berga, pudiendo estar satisfecho de su pericia militar y de la bravura con que peleó su gente.

De su comandancia militar se había encargado el 17 de Agosto, don Antonio Figuroa, avisando que estaba aquella villa en condiciones tales, que no podía responder de su defensa, con solo los 450 hombres de Extremadura que la guarnecíán, pues los tres

batallones de francos habían marchado, y no había municiones ni víveres, cuya necesidad remedióse por algunos días con el convoy que Cañás introdujo.

Valls fué pocos días después sorprendida por los carlistas; se defendieron valerosos los voluntarios de la villa; acudió en su auxilio el Fijo de Ceuta con algunos voluntarios de Barberá, La Riva, Picamoixons y otros; penetraron en el pueblo á la bayoneta, y huyeron los carlistas, dejando unos 60 prisioneros y sobre veinte muertos. Los salvadores de Valls fueron bien guiados por el jefe del Fijo don Alejandro Picazo.

Habían penetrado en la villa de Valls unos 900 carlistas con Cercós, Baró y el cura de Flix. En Foscaldas estaba Miret, en Lilla, Tristany y en Picamoixons el ex-federal Pino, el cual dijo que en aquellos momentos el grueso de los carlistas estaba en Valls desarmando á los milicianos.

Al día siguiente, el 3 de Octubre, don Rafael Tristany, desde Sarreal, conminaba al ayuntamiento y jefes de los voluntarios de Valls, que si en el término de cuarenta y ocho horas no satisfacían al comandante Puntills las contribuciones correspondientes á un año, sufrirían las consecuencias de su tenaz resistencia, pues si el abandono del punto de Picamoixons por parte de un oficial le había obligado á retirar las fuerzas que tenía en Valls, después de someter á aquel á un consejo de guerra y aplicarle la ordenanza en todo su rigor, «estaba dispuesto á demostrar al mundo entero hasta donde llegaba la potencia de los voluntarios realistas, y ese día, con harto dolor de mi corazón lo digo, no

respetaré vidas ni haciendas.» Tal amenaza no intimidó á aquellos liberales.

Merodeaban los carlistas desde el Muga al Noguera y de la costa á la frontera por toda Cataluña, y pasaban constantemente á territorio de Aragón y Valencia; pero no tenían un cuartel general establecido, porque lo era accidentalmente el que solían establecer con más frecuencia en la provincia de Gerona, como más montuosa. De aquí su interés en hacerse dueños de algunos puntos de aquella provincia, como Castellfullit y Besalú, ambas poblaciones de importancia por la posición que ocupan en los caminos que van á Figueras y á Gerona, á la orilla del río Fluviá, y hasta teniendo cerca la frontera que facilita pronto refugio.

La carencia de vías de comunicación en esta parte de Cataluña, sus grandes bosques, daban cierta seguridad á los carlistas, cuando no podían medir sus armas con los liberales.

La Junquera fué también invadida por los carlistas el 6: resistieron valientes los voluntarios con unos pocos carabineros, lograron los invasores apoderarse de algunas casas, y al saber la proximidad de una columna liberal, abandonaron la población después de diez horas de fuego.

Los movimientos que efectuaron los carlistas de la provincia de Tarragona, hácia la costa eran atrevidos, y les hubiera sido ventajoso apoderarse de Valls, á las puertas de la capital de la provincia, en la confluencia de importantes caminos, al pie de las eminencias que limitan la margen izquierda del Francolí; y aunque no fuera su ocupación un pe-

ligro para Tarragona, sobre los abundantes recursos de que podrían proveerse, sería un gran centro para sus merodeos en aquel fertilísimo campo, entre el Francolí y el Gava; amenazaban á Reus, y tenían siempre casi segura la retirada por el camino y los montes que por Vilabella, Brañim y Plá de Cabra se dirigen á la provincia de Barcelona, ó á la de Lérida, también por los montes, aun cuando no tuvieran expedito el paso del Francolí por Montblanch; así como siguiendo de cerca la columna del brigadier Salamanca, ó los carlistas se guarecían en los montes, esquivando medir sus armas con las de los liberales, ó podían sufrir un gran descalabro.

Valls, en tanto, se fortificaba con actividad, destinando á ello todos los albañiles y labradores como peones sin paga, construyéndose numerosas torres en los extremos de la villa, con las piedras de la calle de Baldrich. Las puertas se cubrieron con gruesas planchas de hierro, detrás de los portales, de cuatro metros de altura y contaba la población con unos 2.000 hombres armados, lo cual hacía difícil que los carlistas intentaran otro golpe de mano, aunque Vallés obrara de acuerdo con Tristany, que estaba el 16 en Fores (Montblanch) con 1.000 hombres y algunos caballos, y se había corrido hácia Plá de Cabra.

#### ACCIÓN DE PRADES—HECHOS VARIOS

#### VII

Al avisar el brigadier Salamanca desde Tarragona á Maturana, jefe del batallón de

cazadores de Barcelona, que Vallés con 2.000 hombres había entrado el 13 de Octubre en Mora de Ebro y se dirigía hacia Flix, le advertía se situara en Montblanch.

Atendió Salamanca á establecer comunicaciones diarias y constantes con los jefes de columnas y pueblos, pues si éstos no ayudaban eficazmente no había persecución posible; pedía al capitán general 300 hombres para el establecimiento y conservación de líneas telegráficas, y á fin de formar con las fuerzas que tenía tres pequeñas columnas situándolas en Montblanch, Falset y Reus, acudiendo él con esta adonde fuese más necesario, le exponía que aunque figuraba su brigada con 1.800 hombres, no tenía realmente más que 830; que para marchar el brigadier Cirílot con menos de 800 hombres, tuvo que llevar casi toda la fuerza de carabineros y guardia civil de la guarnición de Tarragona, cedidos por el gobernador civil; que no había columna que saliera hácia Montblanch y Lérida, estando Maturana con poco más de 400 hombres sin auxilio posible; que «se hallaba en grave peligro de un descalabro si las facciones pasasen el Ebro ó retornasen las que atacaron á Valls,» y anunciaba el 17 la entrada de Tristany en la provincia.

Maturana pernoctó con su batallón el 15 en Prades, por imposibilitarle la lluvia y el estado de los caminos continuar la persecución de Baró, que pasó la noche anterior en Santa Coloma y salió el 15 para Torres; fué el 16 á Cornudella; se movió por aquellas inmediaciones, y se propuso ir á Montblanch por Cabasés, las Vilellas, Poboleda, Cornu-



della y Prades, adonde llegó á la caída de la tarde del 18.

En aquella mañana el cura de Flix capturó en la sierra de la Llana tres voluntarios, y se dirigió con su gente á la Pobla de Ciérvoles.

Maturana había ido á Prades por donde acabamos de decir, evitando el camino de la Morera, dominado todo él por el Montsant, sin que este monte tuviera más que dos ó tres puntos accesibles por aquella parte; y antes de llegar á Poboleda, á la altura del convento de la Cartuja, oyó los disparos- señales que desde lo alto del Montsant hacían los vigías carlistas indicando el paso de la columna. En Cornudella supo por el alcalde que había carlistas en Vilanova de Prades; tomó el camino por la Alberca, sin dejar de oír los disparos, y comprendiendo la inutilidad de esta jornada, porque no esperaba el enemigo, á mitad de camino contramarchó hácia Prades adonde acababa de llegar el cura de Flix un cuarto de hora antes que la vanguardia liberal mandada por Conde. Rompióse el fuego por ambas partes, retirándose los carlistas por las alturas que conducen á Capafons; retiró Maturana su infantería para evitar les cogiera la noche en aquel escabrosísimo terreno, y disparó tres cañonazos á los que se retiraban, cogiéndoles un prisionero y unas caballerías.

Tristany, que desistió de atacar segunda vez á Valls para obedecer la orden de don Alfonso que le mandaba ir inmediatamente á Prats de Llusanés, y había terminado ya su misión, se presentó casi á la misma hora que Maturana sobre Espluga de Francolí,

donde pernoctó con 2.000 hombres, 70 caballos y dos piezas de artillería. Dirigióse en la madrugada del 19 á Vilanova de Prades, y sabiendo que el batallón liberal había pernoctado en Prades, á dos horas de Vilanova, dispuso que el segundo de Lérida llamase su atención, á fin de que los cazadores de Barcelona marchasen de Prades á Montblanch.

El jefe de estos, supo á la vez que Tristany estaba por la parte de la Espluga, y el resto de sus fuerzas por el lado de Vinaixa, suponiéndoles como objetivo los pueblos de Cornudella, y Ulldemolins, reconcentrándose en Biern. Recibió aviso de que los carlistas ocupaban el puerto de Pagés, cima del bosque de Poblet, por donde pasa el camino de Prades á Montblanch, el bosque de los Segalás en la vía de Prades á Cornudella, y los bosques culminantes del arco que forma la sierra desde el punto llamado la Bellera, un kilómetro de Prades, hasta el camino de Vilanova, trazando una curva elíptica de dos horas y media. Cubierto por los de Tristany el camino que va de Prades á Montblanch, permanecieron inmóviles hasta las once de la mañana, distribuidas sus fuerzas del modo siguiente: 900 hombres con Tristany en los bosques de la cara solar del camino de Prades á Montblanch hasta la masía de Pagés, 700 en el camino de Vilanova, 200 en el bosque de Segalás y mayor número en la Bellera. De este modo los cazadores tenían cortados los caminos para Montblanch, Vilanova, Albarca, Ulldemolins y Cornudella. Únicamente quedaban libres, la vía que por la falda y cresta de la Gritella se dirige á Cor-

nudella, practicable, además del boquete que va á Febró.

Tenía Maturana 450 infantes, 18 caballos y una pieza de montaña: distribuída convenientemente su fuerza, marchó por el camino de Montblanch, y á la distancia de medio kilómetro rompió el fuego Cercós desde las alturas de Pagés en el momento que la columna atravesaba el barranco del mismo nombre, sorprendiéndola un tanto. La vanguardia tomó á la carrera posiciones sobre el flanco derecho del enemigo, contestando á su fuego, y haciéndole perder las alturas en que se parapetaba; las compañías de retaguardia tomaban también posiciones desalojando á los carlistas de las que por su flanco izquierdo tenían ocupadas; el cañon rompía el fuego, y protegiendo lo posible la caballería, avanzaba el resto de la columna atacando con decisión las posiciones de su frente. Los carlistas siguieron la izquierda en retirada, y la tropa avanzó por el centro hasta la distancia de un kilómetro.

Entonces se presentaron por la derecha los carlistas, y los cazadores sostuvieron bizarramente el fuego por ambos lados, y luego por retaguardia y vanguardia; porque otra fuerza carlista acababa de entrar en Frades, y la emboscada trató de impedir el paso á la tropa. Esta, envuelta en un verdadero círculo de fuego, hizo esfuerzos inauditos, peleando Maturana al frente de las compañías del centro, ya quebrantadas por numerosas bajas, siendo dos veces rechazadas después de sangriento bregar. Al mismo tiempo atacaba la caballería carlista arrojando á la liberal, y aislando al centro de

la retaguardia; se arrojaba el cañon á un barranco, herido el mulo, y luchando personalmente se rompió el frente, aunque siempre alcanzados por todos lados los dispersos hasta lo alto de Planas de Espasa, en cuyo paraje, concluidas las municiones, se desbandaron á la izquierda por los barrancos del bosque de Poblet. La acción terminó después de las dos de la tarde. A la media hora entraban en Prades los vencedores con el cañon conquistado y unos 170 prisioneros, incluso cuatro capitanes, cinco tenientes y un alférez. Los liberales que guió el capitán ayudante Minguez, herido, fueron á Vimbodí.

Entre la treintena de muertos que tuvieron los liberales, se halló el teniente coronel Maturana, un comandante y dos oficiales, y entre las pérdidas carlistas fué sentida la de don Isidro Pamié Cercós, reemplazándole en el mando de las fuerzas de Tarragona el joven Moore. Experimentaron más de 80 bajas.

Los milicianos de Ulldemolins, Cornudella, Poboleda, Vimbodí y otros acudieron en auxilio de los cazadores, pero llegaron tarde.

Tristany se consideró dueño de la provincia de Tarragona, lo que obligó al brigadier Franch, que se hallaba en Mequinenza, á pasar el Ebro y pernoctar en Granadella, provincia de Lérida, para obrar en la de Tarragona en combinación con Salamanca, que peleó con los carlistas en Castellfullit, de cuyo pueblo los desalojó, y de las posiciones inmediatas hasta Rexadell, donde pernoctó la columna.

Tristany y Miret, después de haber incendiado éste la estación de la Granada, se guarecieron en las sierras de Monserrat, y siguiéndolas, bajaron á Igualada para dirigirse á la vía férrea de Tarragona, siempre guarecidos; y los que esquivaban medir sus armas con los soldados liberales, las emplearon en quemar estaciones como la de San Sadurní, muy importante por la posición del pueblo junto al río Noya, y cerca de Villafranca. Los desperfectos de la vía interrumpieron el importante tráfico de aquella rica comarca.

Descendieron á Cardona, mostrando prodigiosa movilidad; cobraron las contribuciones hasta en la Cerdaña; bloquearon á Puigcerdá y Berga, cediendo el campo los bloqueadores de esta última á no grandes fuerzas, yendo los defensores de Puigcerdá á buscar á sus enemigos á dos kilómetros de distancia, y al extremo opuesto los voluntarios de Mora de Ebro, que se vieron al fin libres el 28 del tenaz asedio en que les tenían los carlistas desde la tarde del 25, en que las fuerzas de Vallés, en respetable número, entraron en los arrabales, principiando el fuego contra las casas del barrio de la Citela, inmediatas al castillo, defendidas heroicamente por los bravos voluntarios de Mora, Gandesa, Villalba y Flix, durando la refriega hasta el amanecer del 28, en que el cura de Mora la Nueva, constituido en vigia de los carlistas, les avisó la llegada de una columna de voluntarios de Falset, de Bellmunt, de Lloá, Vilella, Gratallops y Tivisa al mando del señor Chivillés, pero no acudió ninguna fuerza del ejército. Los carlistas tuvieron unos

doce muertos y sobre treinta y dos heridos. Los voluntarios, guarecidos en las casas que defendieron, tuvieron pocas bajas. Al desechar los liberales el parlamento que les ofrecían los carlistas, cometieron éstos algunos excesos.

Poco importaba á los carlistas ser rechazados en Mora si se apoderaban de Benisanet y de Miravet; si merodeaban en aquel terreno, cuya importancia no es de hoy, pues ya se la dió César al establecer su campo en aquellas márgenes; la ha tenido en cuantas guerras ha habido en España; asiento fué de divisiones francesas é italianas en la de la independencia, y era el constante cuidado de los comandantes generales de la provincia de Tarragona durante la lucha de los siete años, teniendo que lamentar siempre sus descuidos.

Quico y otros que operaban en la provincia de Lérida, bajaban á la Selva á orilla del Bandasaes, uno de los muchos afluentes al Llobregat y llegaban á Almasellas, y aun más cerca de la capital, peleando en el primer punto con Salamanca y en Almasellas con Delatre.

Pero lo más significativo fué la llegada de Tristany con 1.400 hombres á Tolva, habiendo atravesado el Segre, el Noguera y cuantos ríos le convinieron para ir desde las alturas de Montblanch en Tarragona, cruzando la provincia de Lérida, á Tolva, cerca de Benavarre, y á la orilla del Caxigar; salto notable por la distancia y por el terreno recorrido, y grande la audacia del caudillo carlista, á quien no tenía mucho afecto el brigadier Franch, que no hacía mucho dejó

la tierra de Aragon para perseguir á Tristany en la catalana, y á la sazón venía á encontrarse cerca del punto de su partida y en terreno más á propósito.

No dice mucho en favor de los carlistas de la provincia de Tarragona el poco partido que sacaron de la próspera situación en que les colocó el triunfo de Prades y sus atrevidos movimientos cuando su enemigo no contaba más que con 540 hombres (1) que oponer á más de 3.000, y el espíritu público estaba completamente abatido, de lo que se quejaba Salamanca al capitán general, de la situación de Valls y otros pueblos, que era seguramente lamentable (2); de que en-

(1) Por haber tenido que enviar una columna de poca mayor fuerza á Igualada por quintos.

(2) «Además, mi general, hay otra cosa más grave que todo esto. En Valls el terror cunde; pero no es á los carlistas; es á los enemigos de dentro. Valls tiene una fortificación que no pueden tomar todas las facciones carlistas reunidas, y que nos costará mucho trabajo vencer el día, no lejano, en que la empleen contra nosotros; el Ayuntamiento es casi en su totalidad de los *famosos* en las quemas y asesinatos de épocas no lejanas, y su presidente de los sentenciados á muchos años de presidio al unión para la defensa es ficticia y hay mar de fondo.

»Se nombró una junta de armamento y defensa, pero no se hizo por acta ni con formalidad; esta junta y el Ayuntamiento no han respetado la propiedad; han talado arboledas enteras de particulares, cortado con caminos heredades, derribado cercas, construído torres de piedra en huertas y propiedades particulares sin consentimiento de los dueños, tasación de daños, ni nada, cerrado al culto iglesias, y nada de esto está sancionado, ni siquiera por un acta; parte de la población desea que la ley se cumpla y se organice la milicia obligatoria para contrarrestar la fuerza del elemento disolvente; la milicia actual está fuertemente armada, porque además de las armas que el gobierno ha dado, han construído más de 500 fusiles en una fábrica que hay, y todo esto trae tan revueltos los ánimos, que las personas sensatas pidieron, y

tregaban las armas muchos voluntarios por estar abandonados, y que se vería precisado á estar á la defensiva.

El gobierno mandaba reconcentrar las fuerzas; había gobernadores militares que ordenaban la retirada de destacamentos importantes, sin noticiarlo al jefe de la columna de operaciones; no reinaba la mejor armonía en algunas autoridades militares, y todo convidaba al triunfo de los carlistas.

DESUNIÓN. — MOVIMIENTOS. — BAÑOLAS. —

B E R G A

VIII

Los carlistas podían enseñorearse de Cataluña; pero si faltas cometían los liberales, no incurrían en menores sus enemigos; sin unidad de mando, divididos, sin ser ninguno

el mismo Ayuntamiento, que una reunión de éste, la junta de armamento y defensa y propietarios, viese yo de armonizar estos intereses. Bien enterado logré hablar con algun acierto y que cada uno cediese un poco y se legalizase lo hecho; que se abra al culto la iglesia dentro de algunos días, y que se me ofreciese activar la organización de la milicia; pero crea usted que aquello está mediano, y se indica más por la emigración de las personas acomodadas; esto, pues, no debe abandonarse, ó dará muchos disgustos, y quizá pronto.

»Otra cuestión gravísima es que Ulldemolins, Cornudella, Vimbodí y otros pueblos liberales, que siempre se defendieron, y que además se han conservado firmes, y sin aproximarse las facciones quieren dejar ahora las armas, y se fundan para ello en el abandono que dicen se les tiene; porque despues de la derrota de Maturana no se pudo ir á ellos, porque usted me mandó ir á otra parte, Igualada, y hoy más, porque dicen que han visto de nuevo el abandono en que se ha dejado á Mora de Ebro días y días. Esto es muy grave, mi general; porque el ejemplo de estos pueblos es el nervio de la provincia, y si dejamos decaer el espíritu, no se levanta más.

capaz de imponerse, reduciéndose todos sus hechos á ocupar poblaciones de alguna importancia y verificar sorpresas, para obtener botín.

Allí no era fácil la formación de un ejército; no le tuvieron nunca los carlistas, ni en la pasada guerra civil, pues aunque el conde de España llegó á mandar mayor núcleo de fuerzas, y eran muchos los que le obedecían, eran también bastantes los que obraban por su cuenta, sin subordinación á nadie; y aún los que obedecían al conde, lo hacían de tan mala gana, que algunos de ellos fueron instrumento para su asesinato.

La guerra en Cataluña era enteramente distinta que en el Norte, y había que hacerla también de diferente manera, sin olvidar el completo conocimiento del país, el carácter de sus habitantes y hasta su dialecto. Los carlistas catalanes continuaban formando partidas más ó menos numerosas, siendo puro lujo el nombre de batallones que á algunas fuerzas se daba; no querían jefes que no fueran del país, lo cual retrajo á muchos oficiales de presentarse cuando la insubordinación del ejército: rivales los jefes aspiraban al mando supremo, y por lo general, no se favorecían mutuamente. Graves disgustos llevaron á Savalls á conferenciar con don Carlos en Guipúzcoa, Castell, relevado del mando, vivía en Francia retirado prefiriendo el ostracismo y la miseria al bienestar, por no faltar á sus juramentos; Tristany estuvo depuesto y oculto una larga temporada, perdiendo gran parte de su prestigio; otros tenían que marcharse (1), y sólo Savalls

(1) El ex-general liberal don Ignacio Plana, que fué

adquiría fama. Un ayudante de Lizarraga, don Francisco Hernando, á propósito de este personaje ha escrito y publicado: «Precisamente Savalls, aunque había pasado gran parte de su vida en un ejército regular era de todos los jefes de Cataluña el de genio más discolo, el de costumbres menos regulares, el de carácter más indisciplinado y el de mayor ambición; así que conforme iba adquiriendo importancia, iba dificultándose el arreglo del ejército de Cataluña. El vulgo que le veía derrotar columnas, creía que era el hombre destinado á llevar á Carlos VII á Madrid; pero los que veían que sus victorias eran infructuosas, y que jamás sabía aprovecharlas, no podían estar satisfechos de su conducta (1).»

No pudiendo dominar don Alfonso la discordia de los que debieran ser sus subordinados; al ver que su hermano no atendía sus quejas, y después de devorar grandes amarguras, marchó á Estella á exponer verbalmente la situación de Cataluña y el remedio que aquella exigía.

Quedó Tristany de capitán general interino, y Savalls continuó de comandante general de las provincias de Barcelona y Gerona.

de los que tuvieron que marcharse á Francia, escribía desde Ro—Pirineos Orientales,—con motivo de recomendar á dos distinguidos oficiales que pasaban á Navarra, los cuales enterarían de lo ocurrido en Cataluña, pues se estaba en el caso de hacerlo, lo siguiente: «En cuanto á mí, tengo la seguridad de que he hecho cuanto he sabido y podido en el puesto que el rey tuvo á bien confiarme. Ahora podré meterme en un rincón con la conciencia tranquila. He dado cuanto tenía y poseía al partido que personifica el rey, incluso mis hijos. No podía hacer más».

(1) *La Campaña carlista.*

Comprendía éste la dificultad, si no imposibilidad, de apoderarse de Puigcerdá, y se acercaba por Amer á Gerona, donde no le faltaban correligionarios, por lo que podía enseñorearse de ella por sorpresa, no por la fuerza. Pasó cerca y se presentó á menos de 30 kilómetros de Barcelona, en Granollers, capital del Vallés, en el ferro-carril á Gerona, empalme con la línea de San Juan de las Abadesas, en comunicación con la alta montaña por la carretera de Barcelona á Vich, y población de más de 5.000 almas. Entraron también en Cardedeu, de más de 1.600 habitantes, descendientes de los que supieron en 1808 rechazar al francés invasor, y la aproximación de la columna de Reyes, que les perseguía desde Tordera, evitó á San Celoni el desastre que experimentó Cardedeu, cuyos voluntarios al ver incendiadas con estopa y petróleo las casas consistoriales y la Iglesia, en cuyos puntos se guarecieron, capitularon, á condición de salvar la vida, y fueron fusilados á las dos horas (1). Las fuerzas que salieron de Granollers para auxiliar á los defensores de Cardedeu tuvieron que retroceder. ¡Triste memoria quedó á Cardedeu de los excesos que cometieron los carlistas!

(1) Conmemorando un periódico de Barcelona el día 6 de Noviembre el aniversario de este hecho, dice que fueron fusilados en el cementerio de San Antonio de Vilamayor, por orden de Savalls, encargándose de la ejecución Bet de la Beya, como hijo del país. Entre los fusilados había niños de 15 años, según la lista que publica y nosotros copiamos en la primera edición de esta obra.

Los fusilados debieron haber sido 22, pero tres los desató Miret en el momento que avanzaban para recibir la muerte.

El 13 de Noviembre salió Savalls de la Sella con fuerzas de Gerona y de Barcelona al mando estas de Miret, y después de nueve horas de penosa marcha por la abundante lluvia, se presentó delante de la importante villa de Bañolas á tres leguas de Gerona, por excelente carretera, y cruzándose en aquella villa los caminos á Olot, á Figueras y á la costa; y aunque destinó los que habían de atacarla, y sorprender si era posible las guardias, seguía lloviendo tanto, que les amedrentó la oscuridad de la noche, y sólo 150 de los más fuertes pudieron llegar á las murallas. Atacaron aquellos pocos; el temporal imposibilitaba á Savalls reforzarlos, crecieron los riachuelos que rodeaban la población, y ordenó la retirada á unas casas de campo en algunas de las cuales ya habían penetrado, auxiliados por los mismos correligionarios de la villa. No desistió Savalls, y á los quince días, después de una pesada marcha, se presentó de nuevo delante de Bañolas; la asaltó por tres puntos á la vez; resistieron valientes los liberales, que acometidos por mayores fuerzas, fueron replegándose al cuartel, iglesia de Santa María y Monasterio, donde no bastando las granadas que les dirigía la artillería carlista, se valieron del petróleo; no desalentó esto á aquellos bravos que resistieron hasta que acudiendo en su auxilio Reyes y Casalis, mientras peleaban con Auguet y Aymami, abandonaron á Bañolas, en la que entraron los carlistas, felicitándoles Savalls por el valor que habían demostrado en el sitio y en el combate del 29 en Riu de Ilots de la Creu contra Reyes y Casalis.

Tristany se había propuesto apoderarse de Berga en la noche del 18 de Noviembre; pero prevenido su comandante de armas señor Figueroa, impidió el asalto nocturno al castillo por la parte norte, dispersando á los que ya estaban al pié de la muralla con escaleras y otros útiles.

Gran vigilancia se necesitaba para librar la plaza de un golpe de mano como el que se intentó; así como era constante el trabajo de aquella pequeña guarnición, obligada á hacer salidas para proveerse de víveres, siendo bien dirigida la efectuada el 12 de este mes de Noviembre, á pesar del esfuerzo de los carlistas por apoderarse del ganado requisado.

Se suceden los encuentros en la provincia de Tarragona; Salamanca y Martí operan activos: el que tuvo el primero en Margalef á la orilla del Ciurana no podía menos de repetirse, siendo como era activa y entendida la persecución, y ayudándole el restablecimiento de la línea telegráfica con Tortosa y la de Valls y Montblanch, y repitió, en efecto, otro cerca de Llobregat y casi á la vista de la Madona catalana, en las inmediaciones del tan temido Bruch y de Colbató, uno de los puntos de subida al pintoresco Monserrat.

En este terreno, facilitaba á los carlistas sus movimientos la antigua carretera de Barcelona á Cervera y Madrid, que atravesando por Esparraguera, y dejando un poco á la derecha á Colbató, pasaba por el Bruch, donde tanta sangre se ha derramado desde principios de este siglo.

No podía temer mucho Tristany en Ciur-

rana la persecución que pudiera hacersele, por la posición que ocupaba y en la confluencia á los caminos á Solsona y Oliana é inmediato al Segre: era un reto el que hacían los carlistas de Tarragona reconcentrándose en Torredembarra, casi á las puertas de la capital, á 14 kilómetros por el ferro-carril, interrumpiendo sus comunicaciones con Barcelona y dominando toda aquella costa fertilísima, en la que cobraban contribuciones y recogían rico y abundoso botín, que llevaban á la montaña.

Si no merecía grande importancia el ataque á Vidreras, Sils y á otras pequeñas poblaciones, tenía significación el que estando en los partidos de Puigcerdá, Olot, Figueras y aún de Gerona, se extendieran á esta parte del partido de Santa Coloma, obligando á reconcentrar fuerzas liberales en Blanes para ir contra los carlistas, además de salir de Barcelona en tren especial una columna de carabineros.

Atacan y rinden los carlistas á los destacamentos de Sils y Empalme, cuyas estaciones y la de Tordera incendiaron; se ve otra vez amenazada San Celoni, población de 2.500 almas (antiguamente San Martín de Partegás), villa á poco más de 50 kilómetros de Barcelona por ferro-carril, y de gloriosa historia, pues allí conferenció el rey de Mallorca con su cuñado el rey de Chipre, asistiendo títulos y señores de Cataluña, y conviniendo en levantar un ejército de 3.000 hombres de armas y 100.000 infantes. Por su situación al pié de Monseny, fué siempre codiciada y había sufrido mucho durante las guerras de sucesión y de la independencia:

no tanto en la anterior civil, pero si algo en el último movimiento republicano, que fué objeto de un sério ataque por parte de las fuerzas del gobierno.

Miret y Tristany, lejos de haber sido castigados por Martí, bajaron á su terreno, dirigiéndose al Panadés. A uno y otro lado de Barcelona, tenían los decididos barceloneses enemigos á quienes combatir que les molestaban.

#### SITUACIÓN DE CATALUÑA

### IX

Si á pesar de lo bien que marchaban los negocios carlistas en Cataluña, no mejoraba la situación de aquellos, no era tampoco muy próspera para los liberales.

Esforzábese el gobierno en procurar el remedio á aquella insubordinación del ejército tan vergonzosa como duradera, y tuvo la candidez de enviar al capitán general de Cataluña, 13 Agosto, una comunicación reservadísima, porque «ante la creciente gravedad de la rebelión carlista, necesitando adoptar las enérgicas medidas que la guerra impone, no bastando la fuerza de las armas para dominar una insurrección que fomentan y dirigen impunemente personas y aún corporaciones, al abrigo de las mismas instituciones contra las cuales conspiran, abandonados por incuria ó tolerancia censurable los más eficaces resortes del poder, que, dentro de las leyes tienen el gobierno y sus autoridades... limitábase á recordar á las militares el cumplimiento de varios artículos de la Ley de organización de poder judicial, de la consti-

tución y del código penal. Otras determinaciones más ejecutivas se necesitaban para el urgente remedio de tanto mal; estando desconocida por los inferiores la autoridad de sus jefes, relajada la disciplina, abatido el espíritu del soldado, todo esto precisaba remedios heróicos.

El capitán general de Barcelona, señor Cañás, decía en 30 de Agosto al ministro de la guerra:—«Completa desmoralización de tropas. El convoy para Berga se halla detenido en Manresa, negándose aquellas á conducirlo.—No pudiendo disponer de otras tropas tendría que reunir los batallones móviles á las órdenes del coronel Martí, (Xich de las Barraquetas) para encomendarles esta operación. Hay que hacer esto ó abandonar á Berga, llave de la montaña. Si lo primero, es casi seguro, sea declarado el cantón y el Xich capitán general de Cataluña. Si lo segundo, los cantonales tendrán pretexto para sacrificarme y declararse en rebeldía. De todos modos me doy por sacrificado; pero pido á V. E. me diga inmediatamente por cual de los casos interesa al gobierno de la nación que yo me decida». El ministro de la guerra contestó que se instruyera sumaria en averiguación de los responsables de dichos sucesos; y Cañás replicó la imposibilidad de hacerlo por falta de personal apropiado y lo aplazaba; y no pudiendo vencer las dificultades que se presentaban para socorrer á Berga, dispuso algunas operaciones.

El general Turón, en 11 de Octubre desde Barcelona escribía al ministro señor Sánchez Bregua, que «los trabajos de la gente descontenta arrecian en proporción de mi empeño de



reorganizar este desdichado ejército. Han salido de aquí varias comisiones á los diferentes puntos donde se hallan las columnas, y no se omite medio ni gasto para apartar al soldado de sus deberes. Se les dice que no tan solo se les fusilará por lo que puedan hacer en lo sucesivo, sino que también por sus hechos anteriores, que se quiere empezar por la policía y uniformidad para aplicarles más tarde todo el rigor de la bárbara Ordenanza. Se apostrófa de cobardes y malos republicanos á los que forman para las listas, se abrochan el uniforme y saludan á los oficiales. Como quiera que estos aviesos medios son empleados por muchos de los elementos de aquí, de todos conocidos, y que dicen se apoyan en personajes importantes, que pronto han de ser gobierno, creo llegado el caso para prevenir posibles escándalos, proceder sin demora á declarar el estado de sitio en el distrito de mi mando. El me dará facultades para reducir á prisión y castigar, según el caso á cuantos trata de indisciplinarme las tropas... El gobierno le autorizó para declarar el distrito en estado de guerra, cuando lo juzgara necesario, y así lo hizo el 9 de Noviembre. El gobernador civil de Gerona se negó á reconocer tal estado, hasta que á ello le obligó el gobierno.

Fijándonos en una provincia, la de Tarragona, en la que había más liberales, por serlo los habitantes de la costa, decía su jefe militar, desde Reus el 20 de Diciembre, contestando á la negativa de aumentar su exigua fuerza con algunos centenares de hombres más: «La provincia se halla en el más absoluto abandono, las facciones diseminadas

en ella la dominan por completo; no hay correo oficial entre los pueblos, las órdenes de los cabecillas se respetan más, mucho más que las del Gobierno, y se temen; el número de pueblos armados ha disminuido en 19 en escaso plazo de tiempo, entre ellos algunos que en toda la guerra pasada pudieron pisar las facciones; las contribuciones se cobran por los facciosos con tal exactitud que no van á los pueblos sino que marcan punto á que se les han de llevar y allí se las llevan. Muchos pueblos más amenazan dejar las armas sino son socorridos y atendidos, y temo un fuerte golpe sobre poblaciones ó columnas que es imposible evitar. La fuerza moral del ejército tan levantada en algunos de los cuerpos en operaciones, decae visiblemente; la supresión de correos y negativa de los peatones á llevar periódicos y oficios, la constante detención de los conductores, la amenaza de fusilamientos y la certeza de que la cumplen, la impunidad de las facciones, su prestigio de que mientras ellos cobran las contribuciones al contado, aquí sólo la pagan los liberales y los pueblos morosos y carlistas nada satisfacen al gobierno, hasta el punto de que en 1.º de Setiembre debía la provincia 751.000 pesetas de contribución sólo al Estado, sin contar la municipal y provincial que tampoco se ha satisfecho; y en cuanto á quintos, sólo del año pasado deben 298 hombres; todo esto y no haber quien lleve partes, pues preferen ser presos y multados á ser fusilados por el enemigo, como lo ha sido hace pocos días un vecino de Reus, tiene completamente abatido el espíritu público. La feria de Falset que produce grandes rendimientos al

pueblo, ha sido imposibilitada por las facciones, por no haber fuerzas que la protegiesen, y si sigue la línea férrea en circulación es por la contribución que paga á los carlistas, y el arreglo hecho con ellos, dando un pernicioso ejemplo al país... Los milicianos de Tarragona, Reus, Valls y otros puntos, causados ya del penoso servicio á que se les obliga. La falta de armamento en Tarragona hace que los hombres desarmados vayan á las guardias á relevarse, tomando las armas de los que salen... A pesar de la orden del poder ejecutivo con motivo de la derrota de Maturana, que no hubiese columnas que no se bastasen á sí propias, todas las fuerzas de esta provincia son menores que entonces la columna Maturana. De aquí excelentísimo señor que Tristany y Miret hayan estado días y días en Igualada sin ser molestados; de aquí que los pueblos que esto ven prefieren la obediencia al que temen, porque ven que no pueden ser protegidos... Las facciones tirotean todas las noches á Reus y Valls, merodean á sus puertas, y no es posible evitarlo... Las facciones Tristany, Miret, Quico, Baro y Mora, fuertes de 2.500 hombres, estuvieron en Sarreal el 26; á su encuentro salí con mis 540 hombres y retrocedieron, sin duda porque no pensaban internarse más en esta provincia. Si se hubieran corrido á Prades, ó habría tenido que retirarme ó reproducir los lamentables hechos de la columna de Maturana. Si hoy, como es probable, retornan á esta provincia, tendrá que retirarse el Fijo de Ceuta, si á ello le dan tiempo y no aprovechan la oportunidad de destrozar el batallón para ellos más

temible y de más crédito en la provincia, y á su retirada ó al ser batidos seguirá el abandono de las armas de los pueblos de Barberá, Pont de Armentera, Vilarodona, Alió, Secuita, Cornudella, Falset, Tivisa y otros, y la pérdida de Montblanch.»

Y como si esto no fuera bastante, se telegrafió á las autoridades que ya habían denunciado al gobierno las inteligencias que mediaban entre cantonales y carlistas, la llegada á Barcelona de Lostau y otros federales, anunciándose que iban á trastornar el orden en la capital, obligando esto al capitán general á reconcentrar algunas fuerzas.

Hasta la circulación de los trenes se pactó entre los carlistas y la compañía, mediante 3.000 duros por cada diez días en que se explotara la línea de Zaragoza á Barcelona: en cuanto á la de Lérida á Reus y Tarragona amenazada por los carlistas su explotación si no se suspendía el movimiento de tropas y material de guerra, escribió el ministro de Guerra al general Martínez Campos, 22 Diciembre, reconociendo la necesidad de pactar con los carlistas, «pero no pudiendo el gobierno tratar de oficio esta cuestión, porque el hacerlo así sería reconocer la beligerancia de los carlistas, autorizando medidas que por convenientes que puedan ser no deben adoptarse porque aparecían como concesiones hechas á los que se hallan fuera de la ley. En tal concepto, ruego á V. que particularmente me indique qué convendría hacer en el asunto siempre bajo el supuesto de que sea sin carácter oficial».

OLOT.—SECUITA.—MOVIMIENTOS

X

Obedeciendo las órdenes de Savalls efectuaron el 9 de Diciembre los jefes de Vilageliu y Puigvert una expedición por el Bajo Ampurdan, de la que pudieron quedar satisfechos, así como de ver abandonadas por sus defensores muchas de las poblaciones fortificadas, lo cual permitió á los carlistas, en los cinco días que en aquel país estuvieron, cobrar las contribuciones y requisar 35 caballos y varios efectos de guerra.

Savalls marchaba en tanto hácia Olot con objeto de sitiaria, probando antes un asalto: principió su artillería á las cuatro de la mañana del 11 á destruir las torres que circuían la población; al amanecer del 12 lanzó algunos batallones al asalto, replegándose los liberales á los fuertes de Altura, San Esteban y Hospicio, desde donde hicieron una salida, cargando á la bayoneta sobre los invasores y echándolos del pueblo. Reforzados estos al anochecer con tres batallones más, no creyeron prudente nuevo asalto, que habría costado grandes pérdidas, y se estableció un sitio estrecho y riguroso, cuyo sostenimiento se encargó al barón de Montesquiú, restablecido ya de la enfermedad que le produjo un envenenamiento. Le dejó con tres batallones para que los mantuviera á costa de los vecinos liberales de Olot, en castigo de haber hecho pagar éstos la fortificación de la villa á los carlistas de la misma. Hubo sensibles pérdidas de uno y otro lado, fusilando además Savalls á 12 prisioneros «por haber per-

trecido parte á nuestras filas y parte á la comuna de Paris,» según dijo.

De Olot á Gerona hay 52 kilómetros, y estuvieron cuatro días los carlistas sitiando á aquella importante villa, de más de 12.000 habitantes y en buena posición, favoreciendo á los sitiadores la cadena de montes que la rodean, y que conservan todavía los cráteres de sus antiguos volcanes.

En la provincia de Tarragona se paseaba el cura de Prades con su gente por la fértil comarca de la Espluga de Francolí: Salamanca, después de una penosísima jornada, cayó sobre Capellades, donde había entrado Miret con unos 800 infantes y 80 caballos, y después de un vivo fuego tomaron la población á la bayoneta los cazadores de Reus: retirándose los carlistas en dispersión los persiguió Salamanca subdividiendo su columna.

El exiguo vecindario de Secuita, lugar de poco más de 800 almas, rechazó valiente á los carlistas, y siguiendo Mora con sus 500 hombres, fué á Villalonga y de aquí á la Selva, para evitar el encuentro de la columna del brigadier Salamanca, combinada con el batallón de Ceuta; pero no corre el carlista á tomar las márgenes del Gaya, sino que tiene tiempo para pasar el Francolí, no lejos de la capital, pelea en las inmediaciones de Castellvell con el batallón de Ceuta, y huye y se marcha hácia Vilaplana y Albiol, que les separa de una colina: todo esto sin pérdidas.

Tristany, que el 21 desde Pons expidió una circular ordenando la destrucción y abolición del registro civil considerándole «ale-

ve ofensa á las creencias católicas, negro borrón de nuestros códigos y escarnio de una raza altiva é indomable,» vióse perseguido por la columna de Franch, saliendo aquel de Tora poco antes de la llegada del liberal. Pero éste volvió á Solsona y los carlistas continuaron en las márgenes del Llobregós abajo hasta su unión con el Segra hácia Toral.

Con Miret y otros fué Tristany á Santa Coloma de Queralt, para donde salió Salamanca, interesándole arrojar á los carlistas de aquel importante punto, donde empalman diferentes caminos á todas las poblaciones más notables en una y otra dirección. Tristany retrocedió por Rexadell. Llega Salamanca á Montblanch el 28, y atacado Alfrja por Mora, le rechazan los voluntarios y destacamento de cazadores de Reus; fué el carlista al Mas de Barberá; siguióle el brigadier liberal, y le atacó y dispersó después de una hora de fuego.

En la provincia de Lérida penetraban de vez en cuando los carlistas procedentes de Aragón, porque el Ebro, el Cinca, y el Noguera Ribagorzana, le pasaban y repasaban constantemente sin el menor obstáculo en todo el trayecto, desde Mequinenza á su desembocadura en el mar. El mismo cura de Flix, Mosen Jusep Agramun y Llecha, al que tan grandes derrotas se causaron, estuvo con Biosca, cobrando las contribuciones en Suñer, Sudanell y Montolius, bien cerca de la capital, pues apenas les separa más que el Segre; saliendo una columna en su persecución, no pudiendo hacerla frente, pasaron el Ebro y volvieron al teatro de sus operaciones. Expedito tenían el paso por La Gran-

ja, Almatret, Fayon y Flix. Vallés pasaba las Pascuas de Navidad cobrando tributos en las Roquetas, sin que le molestasen los cañones de Tortosa.

Pueblos inmediatos á Barcelona se veían bloqueados, eran muchos invadidos y Olot experimentaba de nuevo la tenacidad de los carlistas, obligando al general en jefe de Cataluña á dirigirse á aquella importante villa. Mientras casi á un extremo de Cataluña tenían que acudir los liberales á salvar á sus compañeros y hermanos de sus eternos enemigos, al otro, en Olesa de Monserrat, los que llamándose amantes de la libertad eran sus enemigos, ayudaban á los carlistas y exigían el envío de una columna liberal para reprimir sus excesos. Así se distraían las fuerzas que sólo debían atender á la persecución de los carlistas; aumentaban estos y se prolongaban las desgracias en este desventurado país.

Cañas salió también de Barcelona con una brigada formada rápidamente para salvar, como salvó, á los 33 voluntarios de Calella, que se defendieron encerrados en la torre de la iglesia, á donde se refugiaron por último, acompañando á estos valientes cuatro mujeres que ayudaron á la defensa. Cometieron los carlistas grandes excesos hasta en la Iglesia incendiada. Los móviles de Canet y Arenys de Munt formaron la vanguardia de la columna Cañas, que obligó á retirarse á los carlistas.

JEFES CARLISTAS—CONSIDERACIONES SOBRE EL  
ESTADO DE LOS CARLISTAS EN CATALUÑA

XI

Ya vimos cómo desde el principio del levantamiento empezó á germinar la ambición y la rivalidad entre los jefes catalanes. Lo sucedido á Estartús es elocuente (1). El es-

(1) Excmo. señor: Escapado milagrosamente de una muerte tan milagrosa como segura, he venido aquí á pedir justicia. Deseo que se me diga oficialmente, si tengo ó no necesidad de justificar mi conducta. En el primer caso, pido una copia auténtica de la causa sorda que se me había formado, y que se ordene al señor Comadira que me devuelva inmediatamente con todo lo que contenía, una pequeña cartera de la que se apoderó; y lo demás queda de mi cuenta. En el segundo caso, espero que tanto V. E. como S. A. sabrán lo que les toca, debiendo tener muy presente que mi honor y mi conciencia no los sacrifico por nada ni por nadie.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Perpiñán 27 de Agosto de 1872.—José Estartús.—Excmo. señor general don H. Cevallos.

*Copia del oficio de don Narciso Comadira.*

«Excmo. señor: Por la copia que tengo el honor de enviar á V. E. junto con este oficio, se penetrará de la captura de don José Estartús, de las contradicciones que hubo para llevar á cabo su fusilamiento, de su evasión, junto con las diligencias que mandé practicar para capturarlo de nuevo.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Mieres 14 de Agosto de 1872.—Excmo. señor *Narciso Comadira*».

«Copia.—En la villa de Santa Pau, provincia de Gerona, siendo las doce del día 9 de Agosto de 1872, el señor teniente coronel don Narciso Comadira y Comas, jefe de una columna volante del ejército real de Cataluña en la provincia de Gerona, reunió en su casa-habitación á los señores don Miguel Cambó, capitán, don Francisco Caselles, teniente, y don Salvador Serra, subteniente, los tres pertenecientes á la misma columna y únicos oficiales de ella; á don Eduardo, coronel de caballería, don José Querolt, teniente coronel, don José Canangla, también teniente coronel y don Antonio Ventosa, comandan-

tado mayor de don Alfonso, compuesto de los señores Plana, Larramendi, Caral, etcétera, era antipático á los catalanes; solo Mirret supo captarse el aprecio de los hermanos de don Carlos, y logró favores y mercedes

te; á cuyos señores el expresado señor teniente coronel hizo presente la captura de don José Estartús, llevada á cabo á las seis de la tarde del día de ayer con los motivos que á practicar dicha captura le condujeron. Las manifestó así, bien que la defección que dicho señor Estartús produjo efectos muy graves para la causa de Dios, de la Patria y del Rey, suplicándoles que le auxiliaran con su celo, conocimientos é inteligencia para tomar una resolución acertada, prudente y justa acerca de dicho señor don José Estartús. Los expresados señores, después de haber meditado y discutido detenida y seriamente la defección de don José Estartús, dijeron que: Considerando que don José Estartús siendo mariscal de campo de los ejércitos reales por la munificencia y bondad de S. M. el Rey (q. D. g.) obtuvo el destino de comandante general de la provincia de Gerona, y que este empleo y destino trae consigo la obligación de ser constante y fiel al lema de la bandera real, que es el de Dios, Patria y Rey; Considerando que don José Estartús en lugar de ser fiel á la bandera, apóstata de ella, entregándose á los usurpadores de la felicidad de la patria, á los apóstatas de nuestra santa religión, que son los usurpadores de los derechos de nuestro augusto soberano el señor don Carlos VII de Borbón, de Austria y Este: Considerando que la defección practicada por don José Estartús, arrastró tras sí jefes, oficiales é individuos de la clase de sargentos, cabos y voluntarios que se hallaban á sus inmediatas órdenes, y que las consecuencias de este atentado fueron perder las armas, equipo y municiones que aquellos tenían en su poder, y además el desprestigio de la causa santa que defendemos: Considerando que este delito, considerado en un individuo que no tuviera mando, sería casi tolerable, porque no traería tras sí las funestísimas consecuencias que al perpetrarlo don José Estartús, mariscal de campo y comandante general de la provincia ha traído: Considerando que las reales ordenanzas en su alta sabiduría, dicen que será tanto más grave la falta cuanto mayor fuere la graduación del que la cometiere: Considerando que las actuales circunstancias, tristísimas por cierto, no dan lugar á que la autoridad superior de la

que criticaron sus correligionarios, porque si bien le consideraban arrojado, le negaban dotes de mando militar. Desde luego se resentían las operaciones militares, y el general Tristany, falto de iniciativa y de carácter, no supo desde un principio anteponerse á las intrigas. Su llegada á Cataluña no produjo los efectos que debía haber producido en Junio de 1872, y fué recibido friamente

provincia pueda intervenir en este asunto, en razon de que dicha autoridad se halla tenazmente rseguidape por las fuerzas que el gobierno de Madrid tiene en esta provincia; y por último: Considerando que el delito cometido por el expresado don José Estartús, ha sido público y gravísimo, y que la vindicta pública reclama público y ejemplar castigo, considera que el señor don Narciso Comadira, como jefe de las fuerzas reales de que se ha hecho mención, no sólo puede, sino que debe, y con toda premura, mandar pasar por las armas al expresado ex comandante general y mariscal de campo don José Estartús, y que esta sentencia debería llevarse á cabo en el día de mañana y en el pueblo de mayor vecindad que pueda hallarse en estas inmediaciones.—En testimonio de que éste es su leal y desinteresado parecer, lo firman de su letra y puño propio.—Eduard Hizch Patrik.—José Querol.—José Canonglo.—Antonio Ventosa.—Miguel Cambo y de Gayata.—Francisco Casellas y Reig.—Salvador Serra Abulé.—Habiendo tenido aviso, comunicado por don Miguel Cambó, que el señor don Francisco Savalls se hallaba en estas inmediaciones, ha resuelto suspender la ejecución de la sentencia de muerte, que no tengo inconveniente en dar á tenor del anterior dictámen.—Narciso Comadira.—Habiendo llegado una columna á Mieras el día 11 del actual, la cual marchó el mismo día; pero recibido el pequeño despacho que me remitió don Francisco Orri, también suspendí la ejecución de don José Estartús.—Narciso Comadira.—Sallen 11.—Al señor Comadira: Sabrá usted que la columna ha estado en Santa Pau, dirigiéndose después por la parte de San Feliú. Su fuerza es de 400 hombres, su comandante el coronel Reina.—Se me ha dicho verbalmente, que Saballs está en San Feliú de Pallarols; si esto fuera verdad, parece sería conveniente diferir el fusilamiento

por Castell y demás jefes. Es verdad que el veterano Castell se creía el jefe nato de Cataluña, no sólo por haber sido el primero en levantarse en armas, sino por no poder resignarse á someterse á las órdenes de Tristany, que no había figurado en la guerra de los siete años, y que en 1848 había desempeñado cargos de poca importancia, excepto en el suceso del baron de Abella. Además, todos ó casi todos los jefes catala-

del general Estartús hasta que se hubiese encontrado á Savalls, ya que fácilmente se puede avistarse con el comandante general Savalls. Su afectísimo servidor, Francisco Orri.—El día 12 del actual Agosto, á las seis y quince minutos de la mañana del día 12 del actual, desde mi casa alojamiento que era cura Plantés de Folgaus, fui á la casa rectoral del mismo pueblo, en donde se halla Estartús con la guardia que le custodiaba y hallé que se había escapado.... Dí las órdenes convenientes para que la compañía desplegada en guerrilla invadiese todos los alrededores á más de una hora de distancia; pero en vano. Serían como las diez de la mañana cuando se supo que Estartús había atravesado un torrente, cerca casa Prudoy; pero el espeso bosque impidió saber la dirección que tomara después. Se registraron todas las casas; mas como no tocó en ninguna nada se supo. Al anochecer se averiguó que, atravesando bosques se dirigió hacia Biert. El camino de Biert suponía el de Canet de Adre y el de Gerona. Como en Canet tiene Estartús un pariente que es médico, despaché una partida al mando del único oficial de la compañía, el teniente don Francisco Casellas, la cual marchó de Folgon á las siete de la tarde —Narciso Comadira.—Más tarde, habiendo tenido noticia cierta que á las doce del día Estartús había llegado á Bañolas, y creyendo que iría á Gerona, envié orden al teniente Casellas para que estuviese á la mira de todos los carruajes que desde Bañolas fuesen á Gerona, y envié doce hombres para estar á la mira de todos los que vayan á Olot. Esta partida ha vuelto sin obtener resultado alguno; la del teniente Casellas no ha vuelto aún; no sé si logrará su objeto.—Hoy 14 de Agosto de 1872.—Narciso Comadira.—Es copia: el teniente coronel, Narciso Comadira.

nes eran improvisados, porque Miret empezó su carrera de teniente coronel; Guiu, que no había figurado ni tomado las armas, empezó de coronel; Orri (Francisco) *Xicu del Sallent*, de confidente pasó á comandante; los hermanos Tristany, que tampoco habían servido, eran ya jefes, llegando pronto á coronel el uno (don Ramon) y á brigadier y mariscal de campo el don Francisco, y varios otros primos y parientes ascendieron de una manera asombrosa á pesar de sus escasos méritos. Por lo demás, el único que realmente trabajó, y que llegó á infundir respeto por sus golpes atrevidos y de suerte, fué Savalls, eficazmente secundado por Huguet y Vila de Viladrau, que si bien este era de mérito, con genio militar, hizo igualmente una carrera rápida. Salió de su casa en Junio de 1872, y como propietario acomodado, se le nombró comandante, llegando en poco tiempo á coronel. Guiu era fabricante de vinos, en cuyo negocio no fué feliz, y se vió perseguido por sus acreedores. Huguet había servido en 1835 en el ejército carlista, y vivió en Francia (en Aviñon) de su industria. Vila de Prat, antiguo capitán de la guerra de los siete años, y comandante en 1848, anciano, sin dotes militares, pero honrado y de influencia en el llano de Vich, de donde era propietario. Muxi de Tarrasa ó Sabadell, oficial de 1848, hecho comandante y luego coronel, llegó á formar un pequeño batallón; era valiente, no militar; en resumen, pocos jefes había que fuesen capaces de organizar sus fuerzas, pero todos enemigos declarados de los militares y de la disciplina; así es que los llamados batallones catala-

nes, eran bandas desorganizadas, sin concierto ni disciplina, aunque batiéndose bizarramente, atacando sin formación y desconcertando al enemigo. De este modo Savalls obtuvo triunfos. Llegó un momento en que Cataluña estaba completamente dominada por las fuerzas carlistas, y lo fué más, como veremos, después de la toma de Olot, Vich, é Igualada, cuyas poblaciones no pudieron conquistar en la guerra de los siete años; pero no se supo aprovechar tan favorables circunstancias, porque faltó conexión y unidad en el mando, subordinación y hombres capaces de imprimir un impulso vigoroso á las fuerzas catalanas. Don Alfonso tenía que luchar continuamente, y no podía tomar medidas severas contra los jefes sopena de verse abandonado por los voluntarios, que lo eran más de sus caudillos que de don Carlos; así se decían de Savalls, de Castells, de Tristany, y jamás carlistas. Esto lo comprendían los jefes, por lo que sólo se conformaban con las órdenes que á ellos convenían. Faltaba, pues, unidad y abnegación en todos.

Al formarse la junta carlista no se tuvieron presentes los nulos resultados que estas corporaciones habían dado. Se escogieron personas muy dignas y de recta intención, que carecían completamente de las circunstancias requeridas. La mayor parte de sus individuos nunca habían sido conocidos por carlistas, antes por el contrario, sus familias habían sido liberales, y los padres luchado con armas en la mano contra don Carlos en la guerra anterior. Los antiguos carlistas vieron en ellos otros tantos enemigos

de la causa y muchísimos se retrajeron por no tomar parte en la lucha. Se perdió también un tiempo precioso no organizando los somatenes carlistas en su mayoría, de algunos de los cuales encargó Savalls, á don Jaime Casademont, que era para ello competente, formando los batallones de voluntarios realistas; y no se diga que el país no se prestaba á esa organización, porque podríamos presentar pruebas evidentes, de que si algo faltó fué la buena voluntad y talento de quien había de hacerlo.

Al marchar don Alfonso á ver á su hermano, mediaron explicaciones en Estella sobre la situación de Cataluña; no condescendió don Carlos á todo lo que su hermano deseaba, y se acordó pasase al Centro.

Savalls fué llamado por don Carlos y arrestado por desacato á don Alfonso; más á los pocos días se le mandó volver en libertad á Cataluña. No se puso remedio á lo que podía tenerlo, siguieron las cosas en el mismo desorden, en la misma impunidad ciertos crímenes, y sólo se veía sobresalir el heroísmo de los que peleaban. El soldado de uno y otro campo, ese sér oscuro autómatas que sirve por fuerza, pelea con entusiasmo y es más avaro del honor de su bandera que de su propia sangre y de su vida, que no busca la guerra y da la victoria ó la paz; debiendo ser el héroe es siempre la víctima, ya sea de la impericia, de la cobardía, de los desaciertos y hasta de la inmoralidad de los que no sólo se enriquecen á costa de su alimento, sino de sus medicinas.

Al finalizar el año de 1873 se hallaban los carlistas en una situación que no supieron

aprovechar, sacrificando la causa á las enemistades particulares que mediaban entre algunos jefes, y especialmente entre Savalls y Tristany, teniendo uno y otro protectores cerca de don Carlos, al que se desfiguraba la verdad de ciertos hechos.

## ARAGÓN, VALENCIA Y MURCIA

### PARTIDA DE SEGARRA.

ASESINATO DE LLAGOSTERA. — LOS CARLISTAS

### XII

Las dificultades acrecían el entusiasmo de Segarra, que efectuó una correría por los pueblos de Santa Bárbara, Mas de Barberán y otros, aumentando su gente y procurando imponerse (1).

En el molino de Lloret, dentro ya de los puertos de Beceite, se le insubordinaron los que le seguían por el cansancio y gran penuria en que se encontraban; pero estuvo acertado en la arenga que les dirigió, y continuaron sufriendo molestias y privaciones, aceptando ataques y evitando con la dispersión la derrota, reuniéndose á las pocas horas según convenían.

Cuando Cucala volvió de Cataluña y fué

(1) A virtud del bando que citamos, tomo II, página 808, columna 1.ª, último párrafo, habiendo llegado á Torre de Arcas con unos 18 hombres, el alcalde y secretario avisaron á Morella su estancia; el propio cayó en poder de los de Segarra, que prendió á aquellos y les amenazó con fusilarlos; dejóles con la impresión de esta amenaza; marchó hacia Hervés, y sospechando si otra vez darían parte, contramarchó poniéndose en el camino de Morella; sorprendió otro aviso; fué al pueblo; cogió al alcalde y secretario, y les fusiló, ayudándoles en sus últimos momentos el cura de Hervés.



Vallés nombrado comandante general del Maestrazgo, ya tenía Segarra 300 hombres, armados los unos con escopetas y los otros con los fusiles cogidos á los voluntarios de las Roquetas, que sorprendió. Siguió á Regués donde sostuvo rudo ataque con una columna de Tortosa, retiróse hasta las fábricas de Tosca, dispersándose mucha de su gente, que volvió á reunir á los tres días; ejecutó después algunas fructíferas expediciones, entró en San Carlos de la Rápita y en Rosell, recorrió la montaña alta y baja, reclutó gente y requisó caballos en varios pueblos; fué al encuentro de Cucala, cuando este pasó el Ebro y le encontró en San Mateo, dispuesto á atacar la columna que llegaba de Chert, por la que se vió á su vez atacado. Aunque habíale prevenido Segarra sostuviese el ataque hasta su llegada, salió del pueblo más bien huyendo que haciendo frente al enemigo, que se apoderó del pueblo fácilmente. Formados en la plaza estaban los liberales cuando entró Segarra creyendo amigas aquellas fuerzas; lo cual ocasionó un rudo encuentro dentro de la población, acudiendo Cucala en socorro de su compañero, no evitando el gran desconcierto que hubo entre los carlistas, culpando Segarra á Cucala de inepto. Perdieron éstos mucha gente, un bagage que conducía tres mil duros, se dispersaron la mayor parte de los subordinados de aquellos caudillos, refugiándose unos en las masías de los alrededores y en los puertos de Beceite otros, por algunos días, que les sirvieron de descanso.

La insubordinación del ejército contribuyó en el Centro también al aumento de los car-

listas, y á que ejecutara en Sagunto el crimen más vergonzoso, que puede cometer la milicia, matando los soldados á su jefe, que defendía el honor del cuerpo y la subordinación de la tropa.

Había dejado en Sagunto el general Vellarde algunas compañías del batallón de cazadores de Madrid, que ostentaban la más cínica insubordinación. Quiso terminarla el teniente coronel don Luis Martínez y Llagostera, corrió desde Valencia á aquella población, formó á sus soldados en la plaza del mercado, quedó solo con ellos, mandando retirarse á los oficiales, sargentos y cabos, les arengó recordándoles sus deberes, le interrumpieron con tumultuosos gritos, y exasperado el valiente jefe que al frente de aquella chusma declaró disuelto el batallón, arrancó él mismo sus galones y estrellas del uniforme, tiró al suelo rewólver y espada, y luego dijo á los soldados que quitasen el número 2 que llevaban en el cuello de sus capotes.

—¡Cazadores de Madrid somos y hemos de seguir siendo, fué la respuesta! ¡Muera el tirano!

—Vengan, pues, uno á uno contra mí; veremos si hay quien me mate.

Oyendo esto muchos soldados hicieron fuego, y otros se echaron sobre el pobre oficial, solo é inerme, moliéndole á culatazos; pero él se defendía con desesperación, hasta que al fin cayó mal herido, y dos soldados, más compasivos que los otros, le levantaron para llevárselo. Aquella horda salvaje, ébria desangre ya, no quiso admitirlo, é hizo de nuevo fuego sobre su víctima, procurando no herir á los

dos soldados que le cubrían con sus cuerpos. Así llegaron á la puerta del cuartel, y el herido pudo creerse en salvo: con asombro se vió que la guardia de prevención le negaba la entrada. Los dos soldados le abandonaron entonces, y el desgraciado quiso llegar solo á su alojamiento; de nuevo le hicieron fuego y cayó para no levantarse más.

El nombre de Martínez Llagostera, mártir del honor y disciplina del ejército, merece eterno recuerdo.

Acudieron á Sagunto algunos individuos de la diputación provincial de Valencia; consiguieron la salida de los insurrectos para Teruel; se desarmó y prendió en Calatayud á los que tomaron parte en aquel atentado incalificable, se formó causa y se anunció que pronto quedaria satisfecha la vindicta pública, como deseaba el capitán general de Aragón señor Santa Pau, y á ello se opusieron, como vimos, los jefes de los batallones federales de Barcelona.

Ayudando á los carlistas estos sucesos y los pronunciamientos cantonales, volvieron Polo y don Vicente Ferrer á salir al campo para facilitar el alzamiento de la provincia de Cuenca, á la que se agregaron los distritos de Daroca y Calatayud.

Vallés había cruzado el Ebro el 9 de Agosto con Panera y 600 hombres, retirándose los liberales de Valderrobles y Beicete el 10; se reunió con Cucala, Segarra y Polo el 12 marchando juntos á la Cenia, y allí empezó Vallés á organizar lo que había de llamarse división del Maestrazgo, creando batallones, formando el primero las fuerzas de Cucala, el segundo las de Segarra, el tercero las de

Polo y el cuarto y quinto las de Vallés y Panera.

Marchó Cucala á Alcalá de Chisvert con unos 80 hombres; los 30 voluntarios que había en la villa al mando de Moya y de Forner, se fortificaron en la torre de la iglesia parroquial y sostuvieron el fuego desde las doce del día hasta las tres de la tarde que salieron de la población, resultando del combate un carlista y dos paisanos muertos desde la torre.

Después de aquella refriega marcharon los voluntarios y quedó la villa sin guarnición, permaneciendo así hasta la conclusión de la guerra; y durante aquel tiempo de abandono por parte del gobierno, entraban los carlistas en la población con toda libertad, y recogían armas, dinero y hombres; habiendo llegado á 450 el número de los que figuraron en sus filas.

Las fuerzas de Cucala iban á las inmediatas órdenes de Vizcarro (de Uldecona), de su hijo Bautista Cucala y de su hermano, que fué en un principio jefe de la caballería, y pasó después á mandar un batallón. Las tres cuartas partes de los oficiales de Cucala eran de Alcalá, y de los de Vallés algunos como Bou (brigadier), Mañes, Bellés, Traver y otros.

#### TRIUNFOS DE LOS CARLISTAS

### XIII

Mientras Segarra atacaba á una columna liberal en la Iglesuela, haciéndola retirar hasta Cantavieja, se dirigieron Vallés y Cucala á Segorbe, defendida por unos 300 hom-

bres, paisanos en su mayoría, que se batieron bien desde las barricadas y edificios que ocuparon. En el Mercado, cinco ó seis voluntarios llevaron su valor hasta la temeridad, batiéndose, aunque en retirada, con las numerosas fuerzas que invadían la población. Estas llegaron hasta el Porche y plaza del Arroz, donde las detuvieron los fuegos del campanario, causándoles en la lucha bastantes bajas. Por los demás barrios de la ciudad los invasores lo dominaron todo, excepto los puntos adonde alcanzaba el fuego de los defensores encerrados en los edificios. Las calles estaban desiertas, las puertas cerradas, y los carlistas marchaban por ellas gritando para que las abriesen los vecinos. Algunas puertas que no se abrieron cayeron á hachazos ó descerrajadas á tiros.

En este estado llegó la noche, sin que los carlistas hubiesen podido avanzar un paso sobre los puntos ocupados por los defensores de Segorbe, y con objeto sin duda de intimidarlos, acudieron á un ardíd que aquilató más la decisión de los voluntarios: los carlistas buscaron á un sacerdote, el señor Galcerán, conocido por sus ideas republicanas, y que tenía un hermano entre los defensores de las casas consistoriales, le ataron codo con codo y le llevaron frente al municipio para pedir á los sitiados que se rindieran, amenazándoles con fusilar al señor Galcerán. Varias veces fué conducido allí, y varias les suplicó por su vida, al mismo tiempo que amenazaban con poner fuego al edificio por medio del petróleo.

Renovóse el ataque á la mañana siguiente y sabiendo los carlistas la aproximación de

Arrando con su columna, se retiraron dejando algunos muertos y llevándose unos 2.500 duros. Aterrorizados los vecinos, se negaron en su mayoría á armarse para defenderse.

También penetraron en Murviedro y en algunas otras poblaciones, quemando los libros del registro civil y cobrando las contribuciones: salvóse la compañía de Castrejana que guarnecía á Murviedro, aunque no su armamento, y aumentando los carlistas sus fuerzas, sentaron sus reales en Burriana, Villareal, Onda, Almazora y Borriol, amenazando á Castellón de la Plana si no entregaba antes de cuatro días medio millón de reales y un trimestre de contribución, que de ninguna manera estaban dispuestos á dar sino á resistir decididamente: para disuadirles de tal intento les dirigió Cucala una alocución, manifestándoles la pena con que había sabido su propósito, que le habían calumniado, que su bandera tres veces santa, era bandera que iba á unir, no á dividir á los españoles; que oyeran su voz, que era la de la razón, y que si deponían las armas y abandonaban la defensa de la ciudad á las tropas del gobierno de Madrid, al que únicamente combatía, nadie sería molestado en su persona é intereses, por grandes que fueran las diferencias políticas que los separasen. Todo fué inútil.

Se sucedían pequeños encuentros, con varia fortuna, desapareciendo algunas partidas como la de Borrás y otras, cuyos contratiempos no eran bastantes á disminuir la importancia que iba adquiriendo la guerra en esta parte oriental de España.

La fuerza liberal que se guareció en Can-

tavieja, se vió atacada por Segarra, ayudado por Panera, que lograron apoderarse de aquel antiguo centro carlista, rindiendo á sus defensores que no hicieron larga resistencia.

Ya tenía Sagarra 1.000 hombres, y lisongeado con los triunfos que había obtenido, fué á Maella y Batea, poblaciones algo fortificadas, guarnecidas por voluntarios de la libertad, que abandonaron el primer punto al aproximarse los enemigos, y tuvieron que capitular en el segundo después de resistir, quedando en libertad prévia la entrega del armamento. La población no sufrió el menor atropello.

Medio año antes de comenzar la guerra civil, el que estas líneas escribe, llamó por medio de la prensa la atención del gobierno hacia el Maestrazgo, manifestando el peligro de su abandono, y probando con la historia, que una pequeña partida que pudiera recorrer impune aquel escabroso país, se haría en breve tan poderosa, que necesitaría un verdadero cuerpo de ejército para exterminarla. Así sucedió con el Groc, La Caba y Marsal, que con una docena de hombres empezaron sus correrías en 1841, y si bien los estrechó en 1843 el general Zavala, gracias á su pericia y valentía, su ausencia les rehizo, y sabidos son los grandes y heróicos esfuerzos que hizo y los eficaces medios que empleó el general Villalonga para pacificar aquel desventurado territorio, ya mediado el año 44. Pocos años después se produjo la guerra, y si el año de 1872 se sostuvo allí la paz, esta terminó, y en aquella grande extensión de terreno se fué formando un

ejército carlista, que exigía ya otro liberal más numeroso para combatirle, y especialmente á los que se guarecían en los puertos de Beceite.

Pero aun cuando los carlistas reuniesen mayor número que en la pasada guerra y el mismo Cabrera les mandara, era más desventajosa su posición, por lo que ha variado la topografía del terreno con nuevas carreteras. Dueños de Cantavieja, no podían hacer de ella el baluarte que tanto costó conquistar á San Miguel. Morella no podía ser tomada sin otro punible descuido como el de Cuero y un rasgo de heroísmo como el de don Pablo Alió; no era posible, sin traidora connivencia, que tuviesen tiempo para fortificar otro Segura y Castellote; era más fácil impedir atravesar el Ebro para que hallasen fácil huida en el campo de Tarragona los que se viesen acosados en el Maestrazgo, y viceversa los perseguidos á la izquierda del río; á no ser que en circunstancia dada hubiera convenido empujarlos al terreno más abierto que sirvió en lo antiguo de campamento á Cesar, y en la pasada lucha fué testigo de la derrota que en 1834 sufrieron los carlistas en Mayals, que impidió el levantamiento en masa de aquel campo.

SANTES EN CAMPAÑA—SUS MARCHAS—ACCIÓN  
DE SAN FELIPE DE JÁTIVA

XIV

Nombrado don José Santes y Murguá, segundo comandante general de la provincia de Valencia, dióse á conocer á sus habitantes con una alocución, en la que les de-

cía que si había aceptado aquel cargo tan superior á sus fuerza, era por la convicción que abrigaba de que todos le ayudarían á desempeñarle y á regenerar la patria; exponía un exagerado capítulo de agravios que la revolución había hecho á España; se admiraba «de que la católica y honrada Valencia permaneciera cruzada de brazos, sorda á los ayes de dolor que exhalaba la madre patria;» les llamaba á las armas para borrar con un esfuerzo heroico la sospecha que hiciera concebir la tardanza, el recuerdo triste de recientes desgracias y no llorara Valencia de vergüenza y de remordimientos; que todos cabían bajo la bandera carlista; que nunca consentiría á las tropas de su mando el más liviano ataque á sus derechos, ni la más ligera infracción de la ordenanza militar; que con la bendición de Dios y la protección de la Concepción Inmaculada, cuya imágen ondeaba en su bandera, la victoria coronaría los esfuerzos de todos, y terminaba victoreando á la religión, á España, á Carlos VII y á los fueros de Valencia.

Salió de esta ciudad el 24 de Agosto dirigiéndose á Mar del Rey donde se reunieron si no todos los comprometidos, unos 300 con distinta clase de armas. Montando Santes una mala jaca, única caballería de aquel naciente ejército, fueron á pernoctar el 25 á Ribarroja, donde desarmaron á unos 100 nacionales, con cuyos fusiles armó á igual número de voluntarios que se le iban agregando. Al día siguiente en Benaguacil desarmó también á unos 80 nacionales, y pasando por Liria y Casinos, fué á pernoctar á Villar del Arzobispo; el 27 á Lora, el 28 á Chulilla,

donde cogió otros 100 fusiles; el 29 por Loriguilla á Domeño y el 30 por Calles á Chelva descansando aquí el 31. Ya contaba Santes unos 1.000 hombres, con los que había formado los batallones primero y segundo de cazadores y las compañías de guías mandadas por don Peregrín Serrano y don Simon Santes.

Por la Atalaya marchó el 1.º de Setiembre á Utiel, descansó el 2 y vistió á los guías con los uniformes cogidos á los nacionales, y por Caudete fué el 3 á Fuentesrobles; el 4 á Camporrobles, el 5 á Mira, el 6 á Landete, el 7 á Mira y á Santo Domingo, y el 8 por Casas de Pedrizquierdo á Ademuz, uniéndosele en esta marcha Tarazona y Vidal con el ayuntamiento de Jérica, y los del río de Segorbe. En este pueblo descansó toda la fuerza del 9 al 11, asistiendo á una misa de *Requiem* por el alma de la madre de Santes, fallecida en aquella localidad en 1840, y el 12 continuaron la marcha por la Puebla de San Miguel á Aras de Alpuente, el 13 por Titaguas á Alpuente, el 14 á Layesa, el 15 por Andilla y Canales á Alcublas (1), el 16 á Villar del Arzobispo, el 17 á Casinos, donde se unió Cucala, y fueron á Liria, impidiendo á la columna de Patiño penetrara en este punto, por lo que se retiró á Valencia. En todas estas marchas no habían tropezado

(1) Aquí se le unió un oficial de administración militar del ejército, don Benito Cherri, que levantó una partida carlista, arrastró á algunos soldados de caballería y formó el núcleo de este arma, de que carecía Santes, que contó á poco unos 2.000 infantes y 50 ginetes. Con las fuerzas de Cucala y Merino sumaban un total de cerca de 5.000 hombres, que fueron los que bajaron á Liria, y ante los que retrocedió Patiño.

los carlistas con ninguna fuerza liberal, excepción hecha de los voluntarios, cuyas armas sirvieron para aumentar las de aquellos.

En la ermita de San Miguel que domina á Liria, se bendijo el 18 la bandera del batallón de guías de Santes, y por Benaguacil y Ribarroja fueron á pernoctar á Chestre, y descansaron el 19. El 20 por Monserrat, Real de Montroy, Llombay y Catadau á Carlet, donde á consecuencia de la voz de que llegaba el enemigo, se difundió la alarma; se presentó Santes victoreando al rey; formó sus fuerzas en dos columnas, de ataque, y cuando vió que el enemigo no acudía, ocupó cada uno su puesto. Al anochecer del 21 se continuó la marcha por Alcudia, Montortal, Masalavesis, Alberique, Villanueva de Castellon á caer al amanecer del día siguiente en Manuel, cuya estación quemó Cucala, yendo todos á San Felipe de Játiva. En la tarde de este día Arrando cañoneó desde Canals á los carlistas, y les hubiera atacado en San Felipe de Játiva á no echarse encima la noche: preparó el ataque para la mañana siguiente. Esperábanle también los carlistas, tomando posiciones y guarneciendo el castillo. Eran más que los liberales, aunque la mayor parte no habían oído un tiro, y sólo confiaban sus jefes en las ventajosas posiciones que ocupaban, pues en el ataque por aquellas calles estrechas y en cuesta, no necesitaban los carlistas más que tener serenidad para que de ellos fuera el triunfo; pero les faltó aquella.

Salió Arrando de Canals donde había pernoctado, y á las once de la mañana llegaba con 2.200 infantes, 300 caballos y seis pie-

zas de artillería al pie de la sierra Bernisa, que domina el castillo de San Felipe. Dividió el brigadier su fuerza en dos columnas y emprendió el ataque. Santes con 3.000 hombres subió al castillo, y Cucala con otros 3.000 fué al pueblo de Llosa acampando en sus montes contiguos. La artillería, servida por oficiales modernos, no pudo hacer penetrar en el castillo más que una granada de los 84 proyectiles que dirigió. Siguió nutrido el fuego por espacio de siete horas, habiendo destinado Arrando dos compañías á la ermita de San José, inmediata á los fuertes. A las cinco de la tarde regresó Cucala á la población, y hubiera desordenado á la artillería liberal á no ser por dos valientes cargas de caballería y la bravura de la guardia civil, que con sólo una compañía contuvo á más de mil carlistas con descargas cerradas.

El brigadier, viéndose algo comprometido, tocó llamada y se retiró á Canals, en buen orden. Las compañías de infantería que estaban en la ermita no oyeron el toque, y acosadas por los carlistas, se rindieron después de apurar su último cartucho y de amenazarlas con arrojarles petróleo ó incendiar la iglesia. Cucala incendió la estación y se dirigió á Alcira.

Los carlistas se llevaron 348 prisioneros, 84.000 reales, caballos y el tabaco.

No indemnizaba esto la dispersión de las fuerzas de Santes, tardándose varios días en reorganizar los batallones que habían tomado parte en el combate.

Marchó el 24 el grueso de los carlistas por Manuel y Castellon á Alberique, el 25 otra

vez por Masalavesis y Llombay á Monserrat, el 26 á Ribarroja; aquí quedó la compañía sagrada, y en Benaguacil la demás fuerza; el 27 por Liria y Casinos á Villar del Arzobispo, uniéndose el 28 don Juan Bautista Domingo y Arnau, disperso de Játiva, y el 29 en Chelva Santes, que á consecuencia de una carga de la caballería liberal, en la que cayó herido el capellán de E. M. señor Duties, se separó del resto de su gente; pudieron descansar y se fueron reuniendo todos los dispersos y extraviados.

Por este tiempo, según telegrafiaba el general en jefe, era considerable el incremento que habían adquirido los carlistas en toda esta parte de España; temiéndose que la movilización de la reserva aumentaría mucho su fuerza. «Hoy no están organizados; pero si no se acude pronto sucederá lo que en Cataluña y el Norte. En la mayor parte de los pueblos que habían pedido armas no las quieren ya, y prefieren pagar una contribución á ser víctimas del incendio, saqueo y asesinato. Las cuatro columnas que tengo, Villacampa, Font de Mora, Anca y Ganga, son excesivamente débiles; están expuestas á sufrir un descalabro, y no les puedo exigir resultado favorable contra fuerzas tan superiores, ni casi un ataque, para no comprometer la bandera. Los carlistas por tanto gozan de libertad para recorrer todo el distrito y hacer más prosélitos de los que por desgracia tienen.—1.º Setiembre..... No conozco más remedio para la situación que refuerzos; gran energía con los que se cojan armados; declaración del estado de sitio; suspensión de garantías individuales; castigos gubernati-

vos á los alcaldes y ayuntamientos que maliciosamente no den parte de las novedades con oportunidad; consejos de guerra verbales para las faltas contra el valor y la disciplina; ejecución de las sentencias sin consulta, devolviendo todo el vigor á la ordenanza; y otras medidas análogas». A su virtud, el general Martínez Campos, declaró el 30 de Setiembre en estado de guerra las provincias de Valencia, Castellon, Alicante y Murcia, adoptando providencias oportunas.

ORIHUELA.—SITUACIÓN DE LOS CARLISTAS

## XV

Alcover, Rico, Aznar y otros que recorrían los límites de las provincias de Valencia, Alicante, Albacete y aún la de Murcia, cobrando contribuciones en muchos pueblos y atacando á otros como Yecla, llegaron hasta encontrar abiertas las puertas de Orihuela, que los recibió con repique de campanas y músicas. Aunque era uno de los jefes de aquellos carlistas una persona tan ilustrada como el catedrático señor Alcover, se quemaron los libros del registro civil y se llevaron cuantos efectos y fondos pertenecían al Estado, á más de algunos caballos y prendas pertenecientes á particulares y rehenes.

Se dirigieron los carlistas á Santomera, pueblo de la huerta, á dos leguas escasas de la capital, cuyas autoridades y vecindario estuvieron en alarma.

No la infundió menos en Valencia, donde se formó la expedición de voluntarios que fué á Alcira, teniendo su digno y conciliador gobernador civil don Antonio Sanchez Perez

que tranquilizar los ánimos con su oportuna alocución del 27 de Setiembre.

Temibles eran por sus atrevidas escursiones y por su audacia Mergeliza, Rico, Roche, Alcover, Aznar, Fuster, Sopena, Merino, cuantos partidarios merodeaban desde la provincia de Castellón hasta la de Albacete y Almería, y aunque batidos algunos como Rico en Monovar el 25 de Setiembre, por el teniente coronel Montero, entraban dos días después, como hemos visto, en Orihuela, á poco en la Encina, deteniendo el tren-cochero, apoderándose de las armas de los viajeros y de 8.000 reales de la empresa; ponían en grande aprieto á la pequeña columna del capitán Portillo en las inmediaciones de Yecla, teniendo que abrirse paso los liberales á la bayoneta; penetraba Aznar en Crevillente, é iban por Ibi á Castellá protegiendo el levantamiento de nuevas partidas. Los carlistas se veían bien ayudados por los cantonales de Cartagena, á los que tenía que atender el grueso de las tropas del gobierno, aprovechando los defensores de don Carlos tan favorables circunstancias, que supieron explotar. No de otra manera hubieran podido penetrar en el corazón de la Ribera y enseñorearse de Játiva.

Y esto que sucedía en las márgenes del Turia y del Júcar, acontecía en las del Ebro. Se olvidaba ó se ignoraba la historia. Lo que más contribuyó en la pasada lucha de los siete años á fomentarla en las márgenes del Ebro, fué el tener los carlistas espedito el paso de una á otra orilla, no bastando á veces las órdenes más perentorias para retirar las barcas y guardar los va-

dos. La misma expedición de don Carlos en 1837, no hubiera pasado el Cinca y pereciera en Barbastro á cumplirse mejor las órdenes de Meer. En la guerra que nos ocupa han estado atravesando á su voluntad los carlistas ambos ríos, eludiendo así la más activa persecución, importando mucho á los liberales guarnecer fuertemente los sitios á propósito desde Mequinenza hasta Ampos-ta. Muchos triunfos obtuvieron los carlistas en la anterior lucha por hallar espedito el paso del Ebro y del Cinca, aun cuando los nacionales de Fraga, Mequinenza, Flix, Mora, Miravet, Tortosa y otros cuidaban con esmero las barcas, por no haber más puente en toda aquella parte que el de la última ciudad, por ella defendido.

Hubo, sin embargo, una variación en el teatro de guerra, que se explica fácilmente. Como acabamos de ver, más que las márgenes del Guadalope, llamaban la atención las del Júcar y del Segura; entraban los carlistas en Játiva y Orihuela, ayudados por sus amigos, y ya les veremos más adelante penetrar en Cuenca, Albacete y Almanza; pero esta preferencia de terreno era por que Santes, Cuécala y los que se levantaron en toda aquella parte de España, eran de aquel país y tenían por él la predilección que Cabrera por el Maestrazgo. Las márgenes del Guadalaviar, del Júcar, del Cabriel y de la desembocadura del Mijar son más ricas que las del Villahermosa, el Caldes, el Guadalope y el San Martín, y sólo el deplorable estado del espíritu público ha podido hacer que permanecieran los carlistas en sitios donde Cabrera, Tallada y otros



no pudieron más que atravesarlos en sus precipitadas correrías. Ayudados por sus amigos y por los cantonales, recorrían los carlistas un país de más llanura que montañas, penetraban en poblaciones anteriormente respetadas por ellos, y se iban proporcionando la caballería que necesitaban.

La pericia de aquellos partidarios, excepción hecha de Santes, no era temida; sus movimientos desacertados, aun sin verse perseguidos, y su principal cuidado lo ponían en reclutar mucha gente y recoger abundante dinero, sin reparar en los medios. Son indudablemente los principales elementos de la guerra, pero no sabían aprovecharlos.

Los liberales no obraban por su parte con mejor acierto en cuanto no procuraron á toda costa encerrar á sus enemigos en los puertos de Beceite y en los montes frente á Castellon, donde su mismo número de gente hubiera sido su mayor enemigo, porque habrían carecido de los recursos necesarios, aun para vivir malamente.

Comprendemos que no era posible cerrar las masías como hizo el general Villalonga en 1844, ni levantar aquellos patrióticos somatenes, ni contar con los mismos masoveros como los principales y decididos auxiliares; pero aún pudo hacerse algo más de lo que se hizo, y cual imperiosamente lo exigía el deplorable estado de aquella fértil y bella región de España, fertilidad y belleza que parecía había empeño en que desapareciera, rompiendo acequias de riego, talando huertas, y gracias á que Segarra al aproximarse á Tortosa y deseando permanecer en las Roquetas, no tuvo necesidad de cum-

plir su amenaza de incendiar varios huertos, un molino y una fábrica, si el cañon del castillo le molestaba, según previno al gobernador de la ciudad, y cuya amenaza era sólo posible por el desguarnecimiento de la plaza.

Condenaban algunos carlistas los excesos que cometían algunas partidas, y comprendían que, así como en Cataluña fué preciso un conde de España para subordinar algun tanto á aquellos partidarios, en la parte oriental de la península fué necesario un Cabrera para imponerse á los demás por el terror, como le usó hasta con los individuos de la junta carlista de aquellos reinos, en la que había algunos, y del clero, de no muy ejemplar conducta, que ni aun vaciló en producir el cisma que á tantos escándalos y aun crímenes dió lugar: se necesitaba pues un caudillo de las condiciones de aquellos.

ANTECEDENTES.—EL CENTRO RECAREDO.—DE-SASTRE DE MADRAZO.—MARCO EN CAMPAÑA.—ADMINISTRACIÓN.

## XVI

Desde su nombramiento de comandante general de Aragón en 1868, insistió don Manuel Marco con las juntas y jefes superiores en comprometer al ejército, sin el cual creía que nada podía hacerse, y al efecto trató con las guarniciones de Zaragoza, Huesca y Teruel, en las que contó comprometidas fuerzas de todas armas, envió fusiles á varios puntos y especialmente á las inmediaciones de Zaragoza, entregándolos á don Agustín Luis Dara, conocido por el barón de Purroy. Es-

tando en Madrid recibió orden para el levantamiento del 21 de Abril de 1872; corrió á Zaragoza, se reunió con don Pascual Gamundi, diéronse las órdenes, y sólo las cumplió don Andrés Madrazo, que efectuó su salida de Calatayud, reuniendo hasta unos 200 hombres, y don Higinio Rodrigo, conocido por Pinchas y ayudado por don Francisco Polo, que lo efectuaron en Calamocha el mismo día, saliendo de solo esta villa 160 hombres, á los que se repartieron las armas que allí en depósito había.

Los militares comprometidos no cumplieron sus compromisos, y empezó la persecución incesante de estas pequeñas fuerzas. Al mismo tiempo fueron encontrados en Zaragoza por casualidad los fusiles que tenía en depósito Purroy, y confesado de plano por los carreteros que los conducían que los habían sacado de la casa de aquél, fueron reducidos á prisión su señora y su sobrino don Miguel Ferrer, consiguiendo escapar el barón casi milagrosamente. A pesar de que las noticias que le evaban del levantamiento estaban casi todas acordes en que había fracasado, Gamundi y Marco creyeron necesario salir al campo, y sin esperanza de éxito, lo efectuaron el primero el 23 ó 24 de Abril, y el segundo á los dos días: Gamundi se dirigió á la tierra baja, y habiéndosele incorporado Montañés y algunos oficiales, logró reunir unos 200 hombres, con los que cobró las contribuciones en Hajar y otros pueblos, y llegó hasta la frontera de Cataluña, retirándose el 7 de Mayo en cuanto se reunieron algunas fuerzas enemigas en su persecución. Para efectuar su retirada se despidió de su

gente en el Ceperuelo de Hajar, ordenándoles la disolución hasta la semana siguiente, que les prometió volver, y fué á ocultarse en Zaragoza.

Entre tanto, Madrazo había sido dispersado en la Granja de Huerta por Perruca, é Higinio Rodrigo y Francisco Polo, cansados de sostener con marchas y contramarchas penosísimas la persecución de que eran objeto, y privados de toda clase de recursos, pues no quisieron sacar ni aun raciones en los pueblos, dieron cuenta á los voluntarios de su situación, y en los pinares de Segura quedó medio disuelta la partida. Los pocos que decidieron continuar en armas, marcharon á Castilla, para burlar la persecución, y tres días después de abandonar á Aragón, se reunieron en Campillo, provincia de Guadalajara, con Madrazo.

El 10 de Mayo se reunió también á Madrazo y Rodrigo, en Setiles, Montañés con algunos caballos, recibiendo este el mando de todas las fuerzas, y el 11 dispuso que se atacara en El Pobo, próximo á Molina, con unos 60 caballos, á 100 guardias civiles que parapetados les esperaban. Orden tan disparatada había de ser de funestas consecuencias. Cargó la caballería, mandada por don Higinio Rodrigo á las paredes de El Pobo, y en las primeras descargas apenas quedó algún caballo al frente del enemigo, si se exceptúa su jefe y muy pocos de los que le acompañaban. Madrazo con la infantería se condujo en aquella tarde bien: sostuvo el fuego en retirada por más de tres horas, sin que experimentara baja alguna. Montañés, que mientras mandaba cargar á las paredes de

El Pobo, tuvo á bien quedarse resguardado por las próximas á la ermita, con sus dos hijos que le acompañaban, no se le vió en el resto de la refriega, hasta el día siguiente que volvió á buscar á Madrazo. Pero aquella misma noche supo don Higinio Rodrigo que Marco estaba con su fuerza hacia Ejulve, y fué en su busca con los caballos, que pudo reunir (unos 30), y atravesando el rio de Cella y la Val de Jarque, llegó el 14 á Ejulve, donde supo que Marco había salido de Zaragoza, reunido una pequeña fuerza y retirándose á las inmediaciones de Cantavieja por la incesante persecución que se le hacía. Con la marcha de Gamundi y la disolución de su fuerza el 7 de Mayo, las columnillas que lo perseguían se encontraron todas contra Marco, y el 13, después de un ligero tiroteo en la Muela de Cantavieja, fué deshecha la fuerza que le acompañaba, habiendo muerto gloriosamente, entre otros, don Pascual Gil y Cabeza, oficial distinguido, quedando cojo Marco de una caída del caballo.

Sabedores del anterior desastre los que trataban de incorporarse con Marco, marcharon otra vez á la provincia de Guadalajara, recorrieron algunos pueblos inmediatos á Molina de Aragón y Sierra de Albarracín, y algunos días después volvieron á reunirse con Madrazo, que apenas llevaba una docena, y con Montañés, sus dos hijos y un asistente que le acompañaban. En tan crítica situación, y perseguidos desesperadamente decidieron todos retirarse, quedando definitivamente disuelta aquella fuerza el 27 de Mayo.

A consecuencia del fracaso general de este movimiento, se apoderó de la dirección de

los asuntos carlistas en Madrid una junta cabrerista, que conocida con el nombre de *Centro Recaredo*, tomó entre sus primeras disposiciones la de destituir á la junta de Zaragoza, nombrando otra de personas cuyos nombres han permanecido ocultos para la generalidad de los carlistas, y la de cambiar de comandante general en Aragón. El *Centro Recaredo* siguió directa ó indirectamente las inspiraciones de Cabrera, y la junta directiva de la frontera se empeñó en fomentar la creación de partidas, nombrando á Villalain comandante general de Guadalajara y Cuenca, y de los partidos de Calatayud y Daroca: se obligó á los pocos meses á don Andrés Madrazo á salir de nuevo, con la promesa de que inmediatamente se pondría al frente de Aragón el jefe nombrado por la junta directiva de Madrid, y dispuesto siempre Madrazo á sacrificarse por la causa, obedeció consiguiendo reunir unos 90 hombres; pues el espíritu belicoso de los carlistas del país había decaído bastante en vista de los reveses experimentados. Con esta fuerza, y ayudado por los oficiales que le acompañaban, don Manuel Aparicio y Martínez, conocido por el oficial de Campillo, y don Francisco Sanz (el herrero de la oficina), resistieron á duras penas ocho días, esperando siempre el cumplimiento de la promesa que se le había hecho; pero el jefe nombrado por el *Centro Recaredo* no pareció, y Madrazo, perseguido este tiempo por diferentes columnillas, y rehuyendo todo encuentro con el enemigo, debió al gran conocimiento que tenía del país poder resistir hasta el octavo día, en que cansados y sin comer fueron sorprendi-

dos por una nueva columna, de la que no tenía noticia alguna, en la venta del Coscojar, término de Used. La columna que lo sorprendió constaba de más de 200 guardias civiles y soldados de caballería é infantería, y estaba mandada por el comandante de la guardia civil de la provincia de Teruel, señor Fontana. Este se presentó con su fuerza á las puertas de la venta en el momento que Madrazo y su fuerza iban á almorzar, confiados en que podrían descansar algunas horas, puesto que una atrevida marcha había hecho que quedaran la fuerza de Ferruca y otras que los venían persiguiendo á una jornada de distancia. Al encontrarse casi á quemarropa con el enemigo, dispuso se cerraran las puertas de la venta, y con la espada en la mano arengó á su fuerza, la mandó que rompiera el fuego contra el enemigo, y en esta actitud, á los primeros disparos recibió dos balazos en el brazo derecho que se lo destrozaron, yéndosele la espada. Encargó la continuación del fuego y la dirección á Aparicio y Martínez y al teniente Sanz; lo sostuvieron todo el día hasta las nueve de la noche, y comprendiendo ya Madrazo y aquellos oficiales, con quienes conferenció, que muy pronto debían llegar algunas de las fuerzas que dejaron á retaguardia, determinaron abrir un boquete por el lado opuesto á las puertas de entrada á la venta; mientras Aparicio y Sanz, con algunos voluntarios animosos, validos de la oscuridad de la noche hicieron varias salidas por dichas puertas, que obligaron á dispersarse la mayor parte de las enemigas; y aprovechando esta coyuntura, salieron de la venta unos por las puer-

tas y otros por el boquete, á excepción de unos 30 que, cansados se resignaron, á quedar prisioneros. Como Madrazo tuvo que ocultarse para poderse curar, todos los demás hicieron lo mismo, descontentos de haber sido engañados.

La conducta de la junta directiva en aquella ocasión, desagradó á los carlistas aragoneses, que atribuyeron á sus desaciertos y á su falta de inteligencia tales fracasos, habiendo además creado con su afán de dar nombramientos, conflictos que después tuvieron gravísimas consecuencias.

El presidente de aquel centro directivo, hombre de cortísimos alcances, se dejaba guiar por todo el que se le presentaba con carácter carlista, motivando multitud de contradicciones y disgustos.

Atribuyóse á esto el nombramiento de Vilalain para los partidos de Daroca y Calatayud, nombramiento que se dejó inmediatamente sin efecto, pero que le sirvió á aquel desgraciado para efectuar sus correrías con notable desprestigio y descrédito de la causa carlista. Siguiéron, pues, el *Centro Recaredo* y la junta de la Frontera insistiendo en la creación de partidas, y se organizó en Zaragoza la expedición á Santa Cruz de Nogueiras de la que ya nos ocupamos.

Atendiendo los centros directivos á proveer de armas y uniformes á los de las Provincias y Navarra, olvidando por completo al Centro, al que dejaron abandonado á sus propios recursos, se dedicó Marco á adquirir armas en Madrid, donde á fuerza de constancia, de desinterés y peligros, logró reunir unos 700 fusiles de todas clases. Puestos casi

todos á salvo (pues solo le cogieron 140), los distribuyó en su distrito, mandando algunos á la parte de Cantavieja, otros al partido de Calatayud y los demás á puntos á propósito para el levantamiento que se proponía.

Al ver que don Carlos había entrado en España, que el movimiento de las Provincias y Cataluña se desarrollaba, y creyendo llegada la hora de hacer algo, con arreglo á las instrucciones recibidas del Norte bastantes meses antes y convencido cada día más de que era necesaria la cooperación del ejército para vencer, apeló á cuantos medios pudo para comprometer á alguna parte de él en el alzamiento carlista de Aragón. La cuestión artillera, el sesgo que iban tomando las cosas políticas en España y el levantamiento cantonal de Cartagena, hacían confiar al carlista que alguna fuerza del ejército se pronunciasse en su favor, no faltando varios jefes y oficiales descontentos del gobierno, impidiendo á algunos su pundonor abandonar su bandera: se ofreció á alguno de ellos solicitar de don Carlos le confriese el mando dado á Marco, mas viendo que se iban suscitando inconvenientes diarios, decidió hacer el levantamiento con ó sin fuerza del ejército. Se dió por entonces la anomalía de haber alguno, ó algunos jefes del ejército, que pedían licencia á doña Isabel para pasar á servir á don Carlos, siendo así que estos mismos jefes habían pasado del servicio de doña Isabel al del gobierno provisional, y de éste al de don Amadeo de Saboya; todo esto por supuesto, sin ocurrírseles que fuera necesario pedir licencia para ello.

Salió Marco de Madrid á mediados de Se-

tiembre, á hacer el levantamiento general de Aragón, y no pudiendo contar con fuerzas del ejército dispuso que Arnau el de Mosqueruela, recogiese y armase la gente de aquel país, aprovechando la situación y la escabrosidad de aquel terreno para darles algo de organización, á fin de servir para proteger el movimiento de los demás. Arnau cumplió fielmente, y cuando don Ildefonso Puerto, oficial procedente de la guardia civil, le ordenó de parte de Marco presentarse en Luco con su fuerza en la noche del 8 al 9 de Octubre de 1873, pudo hacerlo llevando 200 infantes bien armados, y algunos caballos. Al mismo tiempo se mandó á todos los comprometidos que acudiesen con la gente que pudieran recoger en sus respectivos distritos, como lo verificaron, acompañando á algunos jefes y oficiales que procedentes del ejército se encontraban ocultos esperando la salida de Marco. Reuniéronse en Luco unos 600 infantes y 40 caballos. La casualidad hizo que aquella misma noche se encontrase la columna del coronel Rodríguez en Monreal de paso para Zaragoza conduciendo quintos, y apercibido del levantamiento de Marco y de la numerosa fuerza que llevaba, intentó después de dejar los quintos en Daroca y unido á la fuerza de guardias civiles que allí había, seguir en persecución de las fuerzas carlistas, que noticiosas de su proximidad, salieron de Luco en la mañana del 9.

Confianza los carlistas aragoneses en el levantamiento de Marco (1), raro era el

(1) Le precedió una alocución á los aragoneses, llamándoles á las armas á sostener la unidad católica, á re-

pueblo por donde pasaba, que no se le incorporasen, según el vecindario, 10, 20, 40 y hasta 60, ó más voluntarios: se le presentaron las pequeñas partidas que vagaban por el territorio de su mando, que oportunamente habían recibido la orden de incorporársele. En Olalla se presentó el Polaco con don José Galindo, en Huesca Calvera, en Oliete don Domingo Calvo, y en todos los pueblos del tránsito fueron acudiendo voluntarios en tan gran número, que cuando el día 13 llegó á Cantavieja, guiaba Marco unos 2.000 hombres.

A pesar de que las columnas Rodríguez y otra que procedente de Zaragoza se incorporó con aquella en Estercuel, fueron persiguiendo á Marco muy de cerca, su marcha á Cantavieja puede con razón calificarse de triunfal. Las campanas á vuelo anunciaban inmediatamente que se distinguía una boina la proximidad de los carlistas; el vecindario salía á recibirlos, llevándoles vino, aguardiente y cuanto necesitaban, sin querer cobrarlo; en los pueblos en que se hacía alto, se disputaban los voluntarios para llevárselos á sus casas personas que nunca los habían visto, y por último, al recibirlos y despedirlos, vitoreaban á don Carlos y á Marco. Las mujeres, especialmente, manifestaron sus sentimientos carlistas, á lo que contribuía el ca-

---

costrar la libertad y fueros: denostaba al liberalismo, y rechazaba el absolutismo, aclamando á don Carlos; llamaba á los mozos de las reservas; que la Virgen del Pilar sería su patrona y protectora; que acudieran todos á pelear por Dios, por la patria y por el Rey, y vitoreaba á la religión, á España, á don Carlos y á los fueros de Aragón.

rácter religioso que procuró imprimir Marco al levantamiento carlista.

Verificado el movimiento en Aragón, trató Marco de organizar una administración honrada y sencilla para cortar los abusos existentes entonces en otras provincias dominadas por los carlistas, abusos que tan fatales resultados dieron; dió el 19 de Octubre, una circular á todos los ayuntamientos de las provincias de Teruel, Guadalajara, Zaragoza y Cuenca, mandando que en lo sucesivo no se entregasen pedidos de ningún género, ni en metálico, ni en especie, á nadie que no fuese autorizado por él, y para el caso de que se les hiciese fuerza en algunas de estas exacciones, disponía se le diese inmediatamente parte para castigar formalmente al que la cometiese.

Nombró elegido personal de oficiales recaudadores, á quienes se autorizó por escrito para efectuar los cobros ordinarios; se creó una intendencia militar en Cantavieja, dependiente del comisario don Pascual Lapuerta; se organizó una caja en regla y se dió principio al cobro de las contribuciones territorial é industrial únicamente, con arreglo á los repartos del gobierno, pero haciéndoles una rebaja del 12 por 100; se empezó á abonar á los pueblos las raciones de pan y cebada en contribución, cobrando esta por trimestres vencidos, por lo que acudían los pueblos á liquidar á Cantavieja, llegando hasta el número de 250 los que se presentaron con sus cuentas. Para favorecer el cumplimiento de las disposiciones administrativas y para que los recursos fuesen en aumento, se organizaron expediciones á las

riberas del Giloca y del Jalon, al señorío de Molina, y á la tierra baja; muy fructíferas para los carlistas.

Los que se habían levantado en el Maestrazgo y Valencia, siguiendo el ejemplo de los de Cataluña, de donde procedían, habían establecido el método de pagar á sus soldados dos pesetas diarias, y comprendiendo Marco que esto en Aragon arruinaría al país, máxime cuando las fuerzas valencianas y del Maestrazgo, que mandaban Vallés, Cuccala, Segarra y otros, se habían introducido algunas veces en los pueblos más ricos, inmediatos á los que naturalmente habían de ser el teatro de operaciones de los carlistas aragoneses, y habían cobrado una suma respetable en concepto de contribuciones, se decidió á que todos los pueblos pagasen por igual, para lo que había necesidad de abonarles en cuenta lo que habían cobrado los jefes del Maestrazgo y Valencia. Cabalmente estos pueblos eran los que constituían el centro de operaciones forzoso en aquellos primeros tiempos, y todos, ó casi todos tenían pagados un trimestre y aun dos de contribuciones. Para resolver este conflicto vió que no había más que dos medios á que apelar; ó salir fuera del terreno á hacer expediciones arriesgadas, ó rebajar por mitad la paga del soldado. Llamó á los jefes principales, les propuso la rebaja de paga; hubo algunos que no la creían conveniente por la costumbre establecida, y porque haciendo la guerra unidos con los de Valencia y el Maestrazgo, y pagándoles estos ocho reales diarios, era de temer se disgustasen los de Aragon si se les rebajaba el haber diario,

TOMO III

y se marchasen á sus casas, ó con los valencianos; pero prevaleció la rebaja; la propuso á los oficiales y todos se adhirieron á este parecer con espontaneidad. En seguida reunió todas las fuerzas en la plaza de Cantavieja, y desde el balcón de la casa de la villa les dijo: «Que siendo hijos del país, y que habiendo tomado las armas sólo con el objeto de defender la Religión, la Patria y el Rey, no debían rebajarse hasta el punto de ser unos soldados mercenarios, que sólo empuñan las armas por el haber que reciben; que considerasen que estos fondos salían mucha parte del bolsillo de sus padres, y que si por vivir con desahogo, ó quizás con vicio, querían seguir cobrando lo que hasta aquel día, era seguro que el país quedaría aniquilado, lo cual se avenía mal con uno de los móviles que les había impulsado á empuñar las armas, cual era la defensa de la patria. Desde mañana no se os dará más que una peseta diaria y la ración de pan: el que quiera seguir, que siga: el que no, se marche á su casa, que á mí me hace estorbo.» Un grito unánime de los voluntarios respondió diciendo: «Y si pudiera ser por nada, con nada nos contentaríamos».

Se había unido al alzamiento carlista aragonés desde el primer momento don Pedro Abril, natural de Teruel y canónigo de Cuenca, muy conocido en el país, persona de instrucción, de talento y carácter fogoso, que con sus luces y conocimientos ayudó mucho á Marco, y dirigió la palabra aquella tarde á los voluntarios para hacerles ver cuál debía ser su conducta moral, según los principios que defendían. Para comprender

7

el efecto que todo ello produjo, baste saber que estando tan arraigado el vicio de la blasfemia, no se oyó una en las fuerzas carlistas aragonesas durante el mando de Marco.

ORGANIZACIÓN—EXPEDICIONES—PROGRESO

XVII

Las expediciones se emprendieron inmediatamente que se dió un principio de organización á los voluntarios que se le habían reunido desde Luco, hasta su llegada á Cantavieja. Desde el primer momento se vió la dificultad que existía para convertir en soldados á aquellos voluntarios, por falta de oficiales y jefes que los instruyesen. Tal fué esta escasez de personal, que formando dos batallones de ocho compañías cada uno, hubo necesidad de nombrar encargados de compañía con el carácter de capitanes interinos á cabos procedentes del ejército, á simples guardias civiles, y alguno que otro secretario de lugar. La misma carencia había de jefes superiores que de oficiales. Algunos de estos jefes eran veteranos de la guerra pasada, llenos de buena voluntad y de mejores deseos; otros colocados por las circunstancias al frente de las nacientes fuerzas carlistas no poseían ni los antecedentes, ni la buena fé que animaba á los primeros, pero se habían creado entre sus voluntarios cierta popularidad que obligó á respetarles por entonces. Nombráronse jefe del primer batallón á Arnau, segundo jefe del mismo á Puerto, primer jefe del segundo á don José Calvera, segundo jefe á Matías Pascual, y

para jefe de E. M. don Ildefonso Puerto, que manifestó después escasísimas dotes militares, poco valor y un carácter envidioso y de mal género, siendo con su conducta un obstáculo para la organización. Para ocurrir á esta necesidad creó Marco un colegio de cadetes, que al fin se estableció en Cantavieja. En él ingresaban los estudiantes y jóvenes de casas acomodadas y de alguna instrucción; por lo general de carrera eclesiástica, que abrazando aquella vida de sufrimientos, llevados por su amor al principio religioso, en primer término, tenían que dar mucho mejor resultado, aun con menos instrucción militar; que los aventureros á quienes la esperanza de medrar, ú otros motivos de peor género, hacían ir al ejército carlista.

Se proporcionó en abundancia libros de milicia, táctica de infantería y lo necesario para la más precisa instrucción, y se nombró director militar y catedrático á don Joaquín Lacambra, ilustrado farmacéutico en Zaragoza, que fué á la vez gobernador de Cantavieja, y un capellan para la explicación semanal de religión y moral. Marco indicó á Lacambra su objeto, reducido á lograr con la brevedad posible oficiales que supieran ejecutar y mandar las maniobras de compañía y batallón.

La buena voluntad de los cadetes, los conocimientos que tenían, y lo gustosos que empleaban muchas horas en la instrucción y estudio, hizo que á los tres ó cuatro meses salieron muchos aptos para instruir y mandar soldados.

En cambio, si los jefes y oficiales de los carlistas aragoneses dejaban mucho que de-



sear en su generalidad, los voluntarios reunían todas las condiciones necesarias para convertirse pronto en verdaderos soldados. Llenos de entusiasmo, animados de sentimientos católicos en su gran mayoría, dóciles, valientes y dispuestos á sufrir por la causa que defendían toda clase de penalidades y trabajos, dieron desde el primer momento un ejemplo admirable con su conducta. Ni uno marchó á resultas de haberles rebajado la mitad del haber; por el contrario, se les unieron en pocos días más de 300 de las fuerzas del Maestrazgo y Valencia, en donde les pagaban ocho reales diarios.

Faltaba además toda clase de recursos; armas, municiones, dinero, uniformes; se carecía de todo lo que sirve para organizar un ejército, y sin embargo, con los fusiles y municiones, comprados por Marco en Madrid y con las escopetas que se fueron requisando, se empezó á armar á dos mil hombres.

Aún conseguida la rebaja del sueldo, el haber diario de toda la fuerza ascendía en aquella época á más de 8.000 reales, y para proporcionar armas y uniformes, se dedicaron sin descanso á la recaudación de contribuciones, que tenía que hacerse por primera vez, presentándose en los pueblos con todas las fuerzas. De aquí nacieron las sucesivas expediciones que Marco verificó en todos sentidos, expediciones que además levantaban el espíritu del país, recogiendo en todas ellas voluntarios, armas y caballos y no poco dinero para cubrir por de pronto las atenciones de todas clases. Las dos primeras expediciones proporcionaron también ventajas de otro género, pues hasta llegó Marco á entrar

en Daroca, á 14 leguas de Zaragoza, de más de 3.000 almas, haciendo prisionera la caballería, unos 10 ginetes, y á algunos voluntarios; pues el resto de la guarnición y los voluntarios se defendieron con bizarría, despreciando intimaciones.

Desarmó á los de Villafeliche, y hubiera desarmado á los de Ateca si el oficial á quien se dió la orden de cortar el ferro-carril en el punto de Terrer la hubiera cumplido. También los voluntarios de Molina de Aragón sufrieron igual suerte que los de Daroca y Villafeliche, pues si bien la mayor parte escaparon á Sigüenza, se recogieron bastantes armas y algunos uniformes.

En una de aquellas expediciones presentóse en Molina, acompañado con una veintena de voluntarios, don Andrés Madrazo, no repuesto aún de sus heridas de la Venta del Coscojar. Su presentación fué muy oportuna, pues el nombrado jefe del primer batallón, Arnau, por su mala conducta y otras gravísimas razones, fué destituido y expulsado del ejército carlista de Aragón, habiéndosele formado para ello la correspondiente sumaria.

Encargóse Madrazo del mando de aquel batallón, empezando desde entonces á figurar en primera línea como modelo de subordinación y de valor, y formóse también por entonces una compañía de preferencia llamada Guías del Pilar, compuesta de 120 plazas, armada con fusiles Berdam, mandada por don Eusebio Barrado, oficial aragonés, que acababa de llegar del Norte, donde había hecho la campaña en un batallón navarro.

Con la presentación incesante de voluntarios hubo necesidad de formar un tercer batallón, que se compuso desde el primer momento de cuatro compañías de hombres desarmados casi en su totalidad. La falta de armas era la gran calamidad de los carlistas aragoneses, que además de impedir la creación de algunos batallones, causaba el desorden que se manifestó en las fuerzas al ser atacadas; desorden que producían los desarmados con el miedo natural del indefenso. Aun cuando en la columna iban bastantes sin armas, había en Cantavieja un depósito de los que diariamente se presentaban, y si bien allí se les instruía en los rudimentos del arte militar, sirviéndose de palos en vez de fusiles, la falta de recursos obligó á no admitir á muchos.

La cuestión de los recursos era la batallona; el proporcionarlos en cantidad suficiente para cubrir las crecientes atenciones de aquel naciente ejército, preocupación constante; las necesidades aumentaban cada día; en Cantavieja se había organizado un taller de fabricación de cartuchos con un personal numeroso; se compraron plomo y pólvora en grandes cantidades; se creó en el mismo un hospital con 80 camas y con todas las condiciones higiénicas de que era susceptible el edificio en que se estableció; se formó el personal sanitario, y al frente de este ramo al joven don Jaime García, con tal actividad y celo, que muy pronto se pudo contar con secciones de camilleros instruidos y practicantes para atender al importante servicio de socorrer, curar y salvar de una muerte cierta á los heridos y enfermos.

## ANTAGONISMOS

## XVIII

Entre los habitantes de la tierra baja y los de la parte alta de la provincia de Teruel y Zaragoza, ha existido siempre cierto antagonismo, á pesar de ser unos y otros aragoneses. Los labradores y jornaleros de la parte alta son dóciles, obedientes, subordinados y de formas bastantes regulares para la clase á que pertenecen. Los de la parte baja son de malas formas, de peor lenguaje, bravucos, amigos de riñas y pendencias, y dispuestos á satisfacer sus ódios y venganzas personales. Los primeros olvidan las injurias; los segundos conservan toda su vida el recuerdo de una ofensa; aquellos se dejan llevar por sus jefes sin murmurar; los otros no consienten abandonar el suelo que les vió nacer, y en cuanto pierden de vista el campanario de su pueblo empiezan á manifestar su descontento, concluyendo por desertar. Todas estas diferencias de carácter hacen del aragonés de la parte de Teruel un buen soldado, mientras el tierrabajino, poco susceptible de organización, no sirve más que para ir de partida suelta. La cuestión de valor, cuestión en sí mismo compleja, presenta en los habitantes de la tierra baja caracteres que por lo curiosos merecen ser estudiados. El tierrabajino, individualmente, es valiente hasta la temeridad, armado de puñal y de navaja, la vista de la sangre le enfurece y es capaz de cometer las mayores heroicidades, siendo por esta razón muy apropiado para los combates.

tes de arma blanca; pero carece por completo de valor colectivo, y no conociendo la fuerza que da el *tacto de codos* á los ejércitos, en cuanto se vé expuesto al fuego de fusilería ó de cañón, es poco menos que imposible contenerlo en correcta formación, teniendo una tendencia marcadísima á dispersarse.

ULDECONA.—CASPE.—PELLICER.—SANTES  
EN CUENCA

### XIX

Segarra continuaba operando con éxito. Cambió algunos prisioneros con el brigadier La Guardia, y decidido á apoderarse de Uldecona, mandó suspender el movimiento de trenes: desobedecido, se apoderó de algunos empleados y de 10.000 duros, que devolvió y la libertad de aquellos, y aun evitó un gran desastre impidiendo pasara un tren que se hubiera despeñado en un puente cortado. Cuando Segarra con el grueso de sus fuerzas se dirigía á las posiciones del puente, una compañía que atacaba á los refugiados en el fuerte de la población, incendió la estación del ferro-carril. El 1.º de Octubre intimó la rendición á los voluntarios de Uldecona, quienes después de muy tenaz resistencia capitularon sin condiciones, y les dió libertad como á los de Batea. Recogió gran botín.

Rechazado, y Vallés, de Amposta, que bien defendida y aunque se vió bloqueada, estaba resuelta su guarnición de voluntarios y tropa á resistir hasta el último extremo, pretendieron los carlistas que se normalizase la guerra, y se designaran pueblos donde ca-

da fuerza militante estableciera sus hospitales de sangre respetados, y pedía Vallés con mucha cortesía que le ayudase la prensa.

Reconcentraronse entre Amposta y Vinaroz los carlistas del Maestrazgo, corriéndose á la llanada de Castellón de la Plana, por ellos tan codiciada; hubo algunos pequeños encuentros, y en Aragón, pero no impidieron que sucumbiera Caspe, la famosa villa á que dió imperecedero nombre el célebre Compromiso, y cuya adquisición, aunque momentánea, importaba á sus conquistadores. Habíase corrido Vallés á Aragón y desde Fábara se dirigió á aquella villa con su caballería y su charanga, encerrándose precipitadamente en el fuerte sus defensores. Rechazaron la intimación de rendirse; rompióse el fuego; al cabo de una hora se presentó de nuevo una comisión de la junta carlista ofreciéndoles toda clase de seguridades si se rendían, y lo hicieron desesperanzados de recibir auxilio, sirviendo las armas de aquellos 100 liberales para armar á otros tantos carlistas. Cobraron éstos las contribuciones atrasadas; recogieron buen botín de caballos, monturas y otros efectos, el tabaco y dinero de la administración de rentas y hasta los ahorros del administrador; derribaron el castillo y la cárcel, y aumentada su gente con unos 200, marcharon hácia Alcañiz, después de haber permanecido dos días en aquella ciudad bien obsequiados, y de la que también se llevaron la bandera conmemorativa del célebre Compromiso, que fué origen de la fusión de las coronas de Aragón y Castilla en una sola. Esta histórica bandera se destinó al primer batallón del Maestrazgo.

Una de las importantes adquisiciones que hizo Vallés fué la de don Juan Bautista Pellicer, natural de Caspe, apreciado por su honradez y querido por los carlistas. Comandante de éstos en 1839, habíase negado á revalidar su empleo y vivía modestamente administrando un molino, y cuando la anterior invasión, engrosaron las filas carlistas algunos centenares de hombres de Maella, Fábara, Mazaleón y otros pueblos inmediatos, siendo Pellicer su jefe natural. Su modestia por un lado y su indolencia por otro, hicieron que solo lo fuera de nombre, y al dejarle Vallés con Panera y los aragoneses, éstos se fueron marchando con Marco. Cuando Pellicer se resolvió á buscarle, apenas le seguían 300 hombres. Pellicer amaba el orden; pero, ó no veía, ó no quería castigar las faltas de su gente, y si llegaba el caso de aplicar el debido castigo, cedía á las instancias de los que le pedían por los delincuentes.

Evidente el aumento de los carlistas, eran más frecuentes sus expediciones atrevidas, entrando en poblaciones importantes, aumentando así su crédito y sus recursos.

Santes que descansó en Chelva hasta el 4 de Octubre, fué en este día por Calles, Domeño y Losa á Petralva, donde además de las contribuciones recogió efectos de guerra; el 5 á Bugarra; el 6 á Sote; el 7 por Chera á Utiel; descansó el 8; el 9 por Candete, Villagordo del Cabriel (puente de Contre-ras) á Minglanilla, incorporándosele aquí 65 voluntarios de la provincia de Alicante; el 10 á Iniesta; en la noche del 11 por la aldea de las Casas de Abajo á Villagarcía al amanecer del 12; hizo al día siguiente pri-

sioneros en Tarazona á algunos nacionales, á los que dió libertad, desarmó á los de Casimarro, siguió por Quintanar del Rey á Villanueva de la Jara; el 13 por Peral á Montilla de Palancar; el 14 á Campillo de Altobuey, y el 15 por Almodóvar del Pinar; andando toda la noche, llegó al amanecer del 16 á Cuenca. En dos días efectuó una marcha de 33 horas.

Al frente de la ciudad hizo alto: dispuso que el tesoro y la brigada fueran custodiados por el Requeté en la Melgosa; cortó el telégrafo la avanzada de caballería; siguió Santes adelante, envió algunas fuerzas á ocupar las alturas de derecha é izquierda que dominan el hospital, y los puentes, y él con otras entró en Cuenca, internándose hasta la Glorieta, bajo el fuego enemigo. La sorpresa había sido completa; aunque los voluntarios habían estado por la noche sobre las armas al saber la llegada de los carlistas á Altobuey y su dirección á Almodóvar, retiráronse precisamente cuando llegaron los enemigos. No pudo ser mayor el abandono. A los gritos de *¡ya están ahí!* salió corriendo de su casa el comandante militar señor Pérez Oñate, reunió los oficiales en el cuartel, se mostraron todos dispuestos á morir, sin más que 85 quintos mal armados, con municiones de distinto calibre que el de los fusiles, y circunvalado el cuartel, situado á un extremo en la parte baja de la población, completamente aislado, se abrieron sus puertas y quedaron prisioneros. La autoridad civil, que antes había dispuesto, contra el parecer de la militar, la salida de la Guardia civil para Cañete, se había refugiado en el edificio del gobierno,

que ocupaba la parte alta de la población, con el corto número de voluntarios de la república que allí había y los que se posesionaron del Instituto; hicieron fuego una hora, y como se habían ya entregado las fuerzas del cuartel, y Santes ofreciera respetar vidas, personas y haciendas, se firmó una capitulación (1): esperando reunir todo lo estipulado permaneció en la ciudad hasta la tarde del 17, habiendo recogido 70 caballos, 400 fusiles y carabinas Minié, 300 fusiles del pacto, sables, espadas, monturas, vestuarios y otros efectos, y millón y medio de reales del Estado. Del peligro que corrían estos fondos avisó el Banco de España al gobierno ocho días antes, pidiendo inútilmente una escolta para traer á Madrid aquellos caudales.

No ignoraba el ministerio lo amenazado que estaba Cuenca por Santes, por lo que era incomprensible su abandono, ligada su serranía con la de Albarracín, y esta con el Maestrazgo; y si no tenían ahora los carlistas un Cañete y un Beteta, pudieron realizar su pretensión de bloquear á Madrid, estableciendo su centro en las sierras, de donde costara mucho desalojarlos. Pero liberales y carlistas no se cuidaban más que del día.

## CORRERÍAS CARLISTAS

## XX

Justamente orgulloso Santes con el triunfo que acababa de obtener (2), que le valió el

(1) Véase documento número 2.

(2) El general Pavía dejó en situación de reemplazo á todos los jefes y oficiales del ejército que se hallaban

ascenso á brigadier, y aumentada su gente con 300 hombres más, salió el 17 para Fuentes, y el 18 á Carboneras, donde se distribuyó el armamento cogido en Cuenca; siguió el 19 á Cardanete, y por Camporrobles, Fuenterrobles y Caudete el 22 á Utiel; descansó y se le unió el 23 Molino con 400 voluntarios según se lo había ordenado. Marcharon los carlistas al día siguiente á Chelva, recibidos con arcos de triunfo y grande entusiasmo; descansaron tres días, y el 28 por Calles, Domeño y Losa fueron á Villar del Arzobispo, reuniéndose con la caballería que regresaba de Benaguacil, aumentada con 70 caballos. Por Alcublas, Cucalon y Altura llegaron el 31 á Segorbe. Aquí había estado Cucala pocos días antes, no permitiéndole detenerse Arrando que le iba á los alcances, y cuyo jefe liberal operaba del Ebro al Júcar y desde el Mediterráneo hasta los escabrosos cerros de Espadan, como dijo á su brigada en la orden del día 11 de Noviembre al despedirse por su traslación al ejército de Cataluña.

Gravedad tenía la nueva presentación de los carlistas en la provincia de Valencia, á la vez que los federales de Cartagena aparecían en las aguas del Grao, favoreciéndose

en Cuenca al ser atacada y tomada, y dispuso la formación de sumaria para poner en claro los sucesos.

Los pormenores de este proceso, que duró dos años y tres meses, y produjo la absolución de los sumariados, excepto uno que fué condenado á un mes de prisión en un castillo, se hallan impresos en un folleto titulado: *Defensa leída el 30 de Enero de 1875* ante el consejo de guerra por don Enrique Vicente del Rey, con un prólogo de don Antonio Vallecillo.

así mutuamente, no siendo los defensores de don Carlos los que más perdían, pues las columnas que les perseguían tuvieron que acudir á la capital para conservar el orden y evitar la irrupción vandálica de fuera, paseándose aquellos tranquilos entre tanto, y reuniendo buen botín. Creciendo el carlismo en armas, antes de que constituyera un ejército respetable por el número y temido por su dirección, la opinión pública empezó á desear se formase un ejército del centro, mandado por un jefe que allí hubiera hecho la guerra de los siete años.

Fortuna era para la causa liberal que cada partidario carlista operase generalmente por su cuenta. Este fraccionamiento permitía batirles en detall; así alcanzó de nuevo Portillo un triunfo en el Sabinal, término de Moratalla, sin cuidarse de las malezas del terreno ni de los auxilios que pudieran recibir los carlistas de las alturas inmediatas, haciéndoles unos 200 prisioneros, entre ellos sus jefes, lo cual neutralizaba, como no podía menos, el movimiento de Roche, que con 500 hombres entró en Hellin, población de más de 11.000 almas, que pudieron y debieron impedir tal invasión, como la impedían otros aun de menos vecindario. También sorprendieron la ciudad de Caravaca, apoderándose de unos 5.000 duros.

El capitán general de Aragon, señor Santa Pau, aunque disponía de pocas fuerzas, era activo y decidido, gustando más el perseguir á sus enemigos de siempre que permanecer en Zaragoza, y volvió á salir á campaña el 26 de Octubre, marchando por Longares y Daroca á Calamocho, donde recibió

diferentes noticias de los movimientos de Marco; y al saber que había pernoctado en Albarracin y salido en dirección de Orihuela del Tremedal, dejó dos batallones y 60 caballos al mando del coronel Valencia en Torre la Cárcel, y marchó con el resto á Teruel, reanimando su presencia el espíritu público, bastante abatido. Esto fué lo más que consiguió en su correría, y atender á Morella, que lo necesitaba.

Después de haber efectuado Segarra una correría por Aragon, acudió al cerco de Morella, operando también por allí Vallés, Pánera, Cucala y otros, que no se cuidaban mucho algunos de cumplir las órdenes que diera Marco para introducir el debido orden en la recaudación y administración de fondos, en lo cual no estaban conformes algunos partidarios. Así eran objeto estas recaudaciones y las requisas de caballos de vergonzosos abusos y escándalos, de que eran victimas los territorios en que merodeaban algunas partidas; y seguramente que pocas provincias más castigadas que la de Castellon de la Plana, donde pululaban las partidas, capitaneadas por Cucala y su hijo, Segarra, Vallés, Merino, Mir, Sierra Morena, Polo, Baron de Benicasim, Corredor, Valls, Chimo el de Tales, el Sech de les Parres, Francisco Vicent, Barbero de Useras, y otros.

Las estaciones del ferro-carril de Valencia á Barcelona, sobre la vía que atraviesa la provincia de Castellon, que son Almenara, Chilches, Nules, Burriana, Villarreal, Benicasim, Torreblanca, Alcalá, Benicarló y Vinaroz, fueron todas incendiadas, destrozados

puentes de consideración y rotos los postes y alambres del telégrafo, exceptuando la parte de Castellon. Los pocos liberales del Maestrazgo, tuvieron que refugiarse en Castellon y Valencia, abandonando sus haciendas y hogares.

Apenas se comprenden aquellas expediciones hasta casi las mismas puertas de Valencia, hasta la opulenta Liria, recorriendo la ribera, la huerta, todo lo más fértil de aquella privilegiada región, y penetrando en la provincia de Albacete, sin que se les opusiera un par de regimientos de caballería, y esto, cuando se estaban estropeando por falta de alimento caballos requisados, cuando no había ninguno en Alcalá donde estaban 1.800 hombres instruidos en el ejercicio de á pié y en el de fuego, y no tenían un caballo para aprender lo que exige más tiempo: la Guardia civil, como dijimos y debemos repetirlo, estuvo reclamando 300 caballos para pagarlos al contado, por estar muy mermada su caballería desde el desastre de Gonzalez, y con sólo esos 300 caballos de aumento hubieran limpiado de carlistas la provincia de Albacete.

Así ejecutaba Santes aquellas atrevidas marchas, hallándose el 1.º de Noviembre en Jérica, y por Segorbe, Torrestorres, Estivella, Hostalets de Puzol, Puzol y Rafelbuñol fué á Moncada al amanecer del 3, donde al salir por la tarde les hizo una entusiasta despedida la multitud que hasta de los alrededores había acudido, atraída por la fama de que ya disfrutaba el caudillo carlista. En cuanto supo el capitán general de Valencia, la entrada de Santes en Moncada, ordenó al

brigadier Weyler fuera á su encuentro con una columna de 600 infantes, 100 caballos y dos piezas Krupp, llevando además unos 400 quintos, sin instrucción ni vestuario; única fuerza de que se podía disponer. Perseguió el jefe liberal al carlista por Serra y Noguera, obligándole á retroceder á Etera, por terminar allí el camino carretero. Santes penetró en la provincia de Castellon por Gátova, y por Cucalon fué á Alcúblas, volviendo así á territorio valenciano; siguió á Higuieruelas, acampando en el Rodeno; bajó á Villar del Arzobispo, y á descansar en Chelva seis días. El 15 por Sinarcas y Jaraugas se dirigió á la provincia de Cuenca, habiendo ido por Iniesta á Motilla del Palancar, el 21. Siguió por Olmedilla, Buenache de Alarcon, Hontecillas, Valverde del Júcar á pasar este rio, pernoctar el 23 en San Lorenzo de Parrillas, el 24 en Torrejoncillo del Rey, el 25 por Valparaiso de Arriba á Huete, y por Canaleja, Priego, Villaconejos, Albalate de las Nogueras y Majadas á Tragacete el último día de Noviembre. En casi todos estos pueblos se presentaba de improviso, y en todos cobraba las contribuciones, recogía caballos, monturas y toda clase de armas, uniéndosele algunos correligionarios.

No era solo Santes; Corredor visitaba á la vez los valles de Sagunto, y obligaba á destruir los fuertes y murallas de Segorbe, y Mir y Sierra-Morena andaban á sus anchas en la provincia de Castellon por la parte de la costa.

SITIO DE MORELLA—SANTA PAU—EL GENERAL PALACIO.—ACCIÓN DE ARES DEL MAESTRE

XXI

La aspiración constante de los carlistas del Maestrazgo era la posesión de Morella, desguarnecida de artillería, con 460 hombres del ejército y voluntarios para su custodia.

Presentáronse los carlistas el 27 de Octubre por el Hostalnou y Carraixet, rompiendo un vivo fuego de fusilería extendido por la parte de la puerta de San Miguel, contestado acertadamente por las guardias del castillo; el gobernador militar, don Pedro Zubieta, organizó dos columnas mandadas por los señores Escuder y Saldaña, que hicieron retirarse á los enemigos hácia la Umbria y el Bosch: al regresar á la plaza se reforzaron las guardias; reprodujose el fuego al día siguiente, intimando Segarra la entrega de las armas y efectos para evitar los horrores de un sitio que no levantaría hasta la rendición de la plaza; la intimó el 2 de Noviembre Cucala, ofreciendo respetar la vida é intereses de los defensores, á los oficiales, cabos y sargentos la misma graduación si servían en sus filas, y las licencias á los soldados que á defender la bandera carlista se negaran (1); al día siguiente acudió Vallés á estrechar el bloqueo; lo avisó así

(1) «Nota: Espero de la bondad de V. E. se sirva contestarme; caso de no ser admitida la proposición que les aconsejo, procederé á obrar con toda energía sin dejar de adoptar ningun medio por inútil que sea.—Serenísimo señor gobernador militar de la plaza de Morella.»

al jefe liberal, que no esperasen auxilio, y siendo inquebrantable su propósito de apoderarse de Morella, consideraba locura la resistencia, y le invitaba á una amigable transacción, que salvando el honor y respetando los derechos y grados militares, ahorrara el derramamiento de sangre, que le era sensible, estando dispuesto á tratar con las personas que comisionase con el objeto de firmar las condiciones de la capitulación. A ninguna de estas comunicaciones se contestó, y prosiguieron las hostilidades, rechazando los sitiados los ardides, que trataron de aprovechar los sitiadores. Aumentados éstos, aspilleraron las casas inmediatas á la plaza donde se guarecían; arreciaron en sus ataques, penetraron por el alcantarillado del agua, empezando una mina y hornillos para volar el muro, cuyos trabajos se impidieron, y el 27, á los treinta y dos días de sitio, le levantaron, para acudir á hacer frente al general Palacio, que acudía á salvar la plaza, después de haberlo intentado otros inútilmente.

Empeño mostró Santa Pau por levantar el cerco y aprovisionar la plaza; pero tuvo que retroceder desde Monroyo imposibilitando el estado de los caminos, por el temporal, llevar artillería rodada, estando además cortados los puentes y alcantarillas. No pudiendo seguir á Morella, fué á Calaceite, donde estaba Cucala merodeando por aquellos pueblos, y llegó el 17, no sin haberle costado mucho el paso del río Matarraña, que efectuó por el vado de Valdetormo, dejando el resto de la fuerza en Valdealgolfa. Sin embargo de tantas partidas carlistas, ninguna,



ni todas reunidas, esperaron ni se atrevieron á hacer frente á Santa Pau, contentándose con poner obstáculos materiales á su marcha. Santa Pau siguió á Caspe donde entró el 20, marchando á Escatrón con dirección á Zaragoza.

El 13 de Octubre se encomendó al general Ceballos el generalato en jefe del ejército y que de la capitania general se encargara el mariscal de campo don Romualdo Palacio de la que se posesionó teniendo el día 20 que hacer frente á cantonales y carlistas. Se encontró con que, según sus noticias ascendía á 18.000 el número de estos en armas, teniendo su cuartel general en Chelva, donde construían vestuarios, fabricaban municiones, componían armas y equipaban é instruían reclutas; estaba sitiada Morella é interrumpidas las comunicaciones en casi todo el distrito, y sólo podía disponer de siete batallones, cuya mayor fuerza la componían 3.500 sin instrucción, armamento ni equipo. Proveyó á esta necesidad para poder emplear esta fuerza; llamó á Valencia á la brigada Arrando, que hallándose en Vinaroz fué á Valencia, con objeto de que los cuerpos de que constaba recibiesen los quintos, organizando después dos brigadas; la primera de 3.082 hombres, mandada por el brigadier Golfín y la segunda de 2.608 por Weyler; con las cuales y un convoy para Morella, salió Palacio á campaña, precediéndole una orden del día á los soldados de la reserva que ingresaban en las filas para que aprendieran como sus compañeros la constancia para soportar las fatigas, guardar la disciplina y rivalizar en patriotismo, abne-

gación y obediencia, esperando de ellos la patria su libertad; y una alocución á los valencianos, diciéndoles que salía á combatir á los que afligían á los pueblos con sus atropellos y exacciones y merecían un severo castigo; que les dejaba encomendada la capital, esperando mantendrían el orden, sin el cual no había prosperidad posible para los pueblos y llevaba la seguridad de que prestarían la más eficaz ayuda á las autoridades.

Dirigióse Palacio á la provincia de Castellon para auxiliar á Santa Pau en su socorro á Morella; á su paso por Sagunto reforzó la guarnición y artilló su castillo; detúvole en Castellon el perfeccionar la organización de las brigadas y reunir un gran convoy de víveres; adquirió en San Mateo la certeza de que los carlistas le esperaban posesionados en la carretera que conduce á Morella, cuyos principales puentes habían cortado, y recibió comunicación del capitán general de Aragón, participándole que urgentes atenciones del servicio (1) hacían necesaria su presencia en Zaragoza, para cuya ciudad se retiraba con las fuerzas de su mando, No se arredró Palacio; pensó en su situación y se resolvió continuar con su división y convoy á salvar á Morella: abandonando la carretera, tomó el camino que desde San Mateo conduce á ella por Albocácer y Ares del Maestre. Cerca de Albocácer se halla Villar de Canes en el camino á Benasal, partiendo en el Arranque el que va por Catí á Morella, empezando en el Val de Sirers para meterse á poco en un terreno quebrado y rudo,

(1) La entrada de Gamundi en la provincia de Huesca

más malo cuanto más se avanza, especialmente desde la Rambleta, donde tiene que rodear el camino hasta Cati, para seguir por la derecha. No siguió esta ruta, sino la de la izquierda desde Villar de Canes por el Arranques, Suera, Rambla, Carbónera, Muelas de la Torre y del Villar á Ares del Maestre; posiciones todas que bien defendidas no podían permitir el paso de ninguna división. Pero les faltaba á los carlistas un gran elemento de defensa, la artillería, y llevándola el capitán general de Valencia tenía éste probabilidad de triunfo.

Al mediar el día 25 y llegar al punto denominado el *Arranque*, yendo de vanguardia la brigada Weyler se presentaron las guerrillas carlistas, y Palacio, como preliminar de sus disposiciones de combate, arengó á sus tropas, que entusiasmadas victorearon á la libertad y al ejército, lanzándose hácia las posiciones enemigas.

El terreno sumamente elevado por la derecha, y un poco más despejado y abierto por la izquierda, terminaba en un estrecho y profundo valle muy difícil de flanquear. Sobre una elevadísima montaña de la derecha, á cuyo pié se hallaban las guerrillas liberales, aparecieron las fuerzas carlistas tremolando una bandera blanca, é inmediatamente rompieron un nutridísimo fuego sobre dos compañías de Aragón que empezaban á trepar para flanquear aquel lado.

Momentos después, los soldados escalaban las alturas con la serenidad de tropas veteranas. No había para la artillería y el bagaje más camino que el de la Rambla, y para avanzar por él, á más de apagar los fuegos

de frente, necesitaba Palacio desalojar al enemigo de los flancos, y el brigadier Golfín atacó y flanqueó á la derecha con fuerzas de Granada, de Cuenca, de Albúera y de carabineros de Valencia; y como el terreno de la derecha no permitía el uso de la artillería de montaña, puso las cuatro piezas á disposición del brigadier Weyler, quien con tropas de Aragón y de Soria y las de voluntarios de Sales y de la Cenia recibió el encargo de atacar la izquierda y proteger la subida de Golfín.

El resto de la división con la artillería de batalla, la caballería y el bagaje quedó en la Rambla á las inmediatas órdenes del general en jefe.

Apenas coronaron las alturas las compañías de Aragón, se rompió el fuego por una y otra parte, y el carlista abandonó la cresta, se internó en las mesetas y barrancos que tenía á su retaguardia y esperó con extraordinaria ventaja la llegada de la brigada Golfín, que no se hizo esperar.

Weyler, después de haber protegido desde el fondo del barranco con algunos disparos de artillería de montaña la marcha de Golfín, subió á las alturas de la izquierda, y á la una de la tarde el fuego era muy sostenido y general en ambos lados, habiéndose aumentado también contra el cuartel general y fuerzas que acompañaban y á las que dirigían los disparos desde los bosques de enfrente en el recodo que hace el camino cerca de la masía Montalbana. Las alturas de primera línea de la derecha quedaron pronto en poder de Golfín; pero al descender de ellas para ganar las que casi cortadas á pico y cubiertas de espeso

bosque seguían á aquellas, fueron recibidas sus tropas por multiplicadas descargas. Contestaron á ellas dos compañías de Albuera, mientras las demás fuerzas coronaban con tanto arrojo como fatiga las alturas.

La resistencia del enemigo fué allí tan tenaz, y tales ventajas reunió para la defensa, que Palacio reforzó aquel flanco, y la artillería de batalla arrojó algunas granadas sobre los carlistas, y abandonaron la posición para tomar inmediatamente otra y otras, que sucesivamente iba ocupando á su derecha y retaguardia, de todas las que fué desalojado por Golfín.

Entre tanto dominaba Weyler las mesetas de la izquierda, á las que subió la artillería de montaña con pasmosa rapidez, á pesar de lo ágrío y escarpado de la pendiente, y allí se encontró con los carlistas, que en crecido número ocupaban una extensa línea, apoyados en algunos caseríos y en albarradas y cercas de piedra y parapetados en las referidas defensas.

La artillería de montaña tomó posición, y protegida por sus eficaces disparos avanzó por derecha é izquierda con una compañía de voluntarios y dos piezas toda la fuerza de Aragón, que embistió en seguida á la bayoneta, quedando á retaguardia para sostener el ataque las otras dos piezas con tres compañías de Soria.

Grande fué la resistencia que puso el enemigo, valido de su superioridad numérica; pero mayor fué el ímpetu y decisión de las tropas que le obligaron á abandonar sus fuertes posiciones y á declararse á las dos horas en retirada hácia Benasal y su izquierda,

después de incendiado con las granadas el caserío más importante de los que ocupaba.

Las dos baterías montadas mandadas por el comandante Leon, rompieron el fuego siempre avanzando, y la admirable precisión de los disparos que repetidas veces arrancaron los aplausos y vítores de las tropas, apagó el del enemigo que tenía á vanguardia y facilitó la marcha de las columnas de los flancos.

Golfín continuaba su victoriosa marcha á pesar de la dispersión que producía en sus tropas lo escabroso y accidentado del terreno. Siempre en las guerrillas y animando con su valor y con su ejemplo á los noveles soldados, ganó cinco posiciones enemigas y utilizó una extensa meseta para reunir las fuerzas que marchaban á la desfilada y dar lugar á la incorporación de los muchos que, rendidos por el cansancio y la fatiga, no habían podido continuar á la altura de sus compañías; más como el enemigo colocado en anfiteatro seguía molestando con sus fuegos, tuvo que proteger la concentración con las compañías de Cuenca y carabineros.

La noche se acercaba, y convencido Palacio de lo importante que era el ocupar á Ares y las Muelas que lo dominan, si su marcha había de continuar al día siguiente, comisionó al capitán de E. M. don Federico Ochando, para que Golfín continuase la marcha hasta llegar á las posiciones deseadas, si le era posible. Lo accidentado del terreno, y el tener que recorrerlo á pié y de noche, retardó la llegada del oficial portador de esta orden, y cuando el brigadier la recibió ya había adoptado algunas disposiciones, que

completó entonces para llegar á Ares, y continuó avanzando sobre el enemigo. Bien entrada la noche se encontraba á dos horas de Ares, sobre terreno sumamente difícil, con la gente cansada y con la incertidumbre de lo que en el centro é izquierda había sucedido.

El convencimiento que Golfin tenía de la importancia de la ocupación de la Muela de Ares, verdadera llave del profundo desfiladero que había de recorrer, le hizo arrosstrar por todo género de obstáculos, y continuando su marcha tuvo la satisfacción de apoderarse de tan estratégico punto á las diez de la noche. Las fuerzas que le habían hecho frente, confiadas en los casi insuperables obstáculos del terreno, se habían refugiado en Ares, y un precipitado toque de llamada en el pueblo indicó á Golfin la presencia de los carlistas en él. Inmediatamente reunió las fuerzas y las lanzó sobre el pueblo, dejando guarnecida la Muela, pero favorecido por la oscuridad de la noche pudo evadirse el enemigo, dejando 11 muertos en las calles, varios prisioneros y muchos efectos de guerra.

Weyler, contando con menores fuerzas porque Palacio reforzó las de Golfin con parte de las de aquel brigadier, que tuvo que hacer frente á más considerables, había puesto en dispersión hácia Benasal á su contrario, que le resistió en primera línea; mas habiendo descubierto con el auxilio del anteojo otra menor fuerza, que formada en batalla y parapetada en cercas de piedra ocupaba la pendiente de una montaña que tenía á vanguardia, no obstante la inferioridad

numérica con que contaba, y la imposibilidad de esperar refuerzos por lo próxima que se hallaba la noche, fijado en el buen deseo y arrojo de sus tropas, atacó de frente, yendo apoyadas en sus flancos por columnas de á dos compañías, utilizando para ocultarse cuantas sinuosidades presentaba el terreno, y bajo la protección siempre de la batería de montaña. Quebrantado el enemigo por los certeros disparos de ésta, fué atacado á la bayoneta, y dispersado, á pesar de la resistencia que en un principio presentó.

Bastante alejado Weyler, la columna del centro y el cuartel general avanzó hasta la masía Montalban, siempre bajo la protección de los flancos: estrechándose allí considerablemente el valle, y no siendo posible continuar la marcha por el angosto camino que estaba cortado por varios puntos que había necesariamente que componer, se acampó en los alrededores de la masía para marchar al romper el alba. En el momento en que acampaba Weyler, de noche, y terminado el combate, fué reforzado.

El 26 continuó la penosísima subida á Ares, que fué sumamente lenta y entretenida, ya por el poco frente que permitía el tortuoso camino construido por una estrecha banqueta que apenas admitía el carril de los carruajes, que estaba cortado por diferentes puntos, y que ofrecía á su derecha un continuado precipicio. Dos compañías del regimiento de Granada previamente avanzadas desde el pueblo á la cuesta por el brigadier Golfin con los trabajadores correspondientes, bajo la dirección del capitán de ingenieros don Francisco Rodríguez Trelles,

se dedicaron á allanar los malos pasos, y á las doce del día entraba en Ares la columna del inmediato mando de Palacio, llegando una hora después la brigada Weyler, que había continuado la marcha por las alturas de la izquierda. La concentración de todas las fuerzas en Ares fué el resultado inmediato de la victoria conseguida.

»Las bajas de unos y otros combatientes no fueron considerables, Weyler nos dice que tuvo un muerto, único que hubo en toda la división, 13 heridos y 6 contusos, siendo menores las bajas del brigadier Golfín, no pasando los liberales de las expresadas.

Morella se había salvado, y levantóse la moral del soldado. El triunfo del general Palacio era completo. Por este hecho pidió y obtuvo la gran cruz de San Fernando pensionada.

Uno de los combatientes carlistas en aquella acción, don Tomás Segarra nos dice sobre la misma, lo siguiente:

«Días antes de la acción de Ares, Vallés llamó á Segarra al Forcall para manifestarle que el general republicano Palacio había salido de Valencia para Morella, y para que escribiera particularmente á Marco y á Santes por medio de un confidente de su confianza, á fin de que pudieran acudir á tiempo al ataque de Ares, habiéndolo hecho oficialmente el comandante general Vallés que lo era del Maestrazgo. Segarra, que siempre obedecía con actividad las órdenes de sus superiores y hasta la menor indicación de sus compañeros de armas para cualquiera operación, escribió en seguida á Marco y á Santes, rogandoles no despreciaran sus deseos,

como igualmente los del comandante general, porque además de que podremos derrotar por completo la columna enemiga, Morella quedará en nuestro poder, pues no les queda víveres ni para ocho días.

»Marco y Santes que no opinaban por las glorias de Vallés, al parecer, se internaron aún más el uno por el Alto Aragón y el otro por la Mancha, sin haber contestado á la comunicación de Vallés ni á la carta de Segarra.

»Corredor y Sierramorena, que con un batallón cada uno de 400 plazas se hallaban por la parte de Segorbe, recibieron comunicación de su comandante general para acudir al ataque de Ares, y lo verificaron tres días después, sin haber recibido ningún castigo.

»Las fuerzas carlistas que atacaron al general republicano Palacio, en Ares, eran exactamente las siguientes:

»Vallés 800 infantes y 80 caballos.

»Segarra 1.200 infantes y 100 caballos.

»Sucala 1.200 infantes y 120 caballos.

»Polo 400 infantes y 30 caballos.

»La mitad de los carlistas iban armados de fusiles de todos sistemas, y la otra mitad con escopetas de todas clases; y llevando Segarra 200 hombres con lanzas del mismo sistema que la caballería; los cuales se batían como fieras cuando Segarra les mandaba á la bayoneta; así lo decían las fuerzas republicanas después de la acción de Ares.

»Segarra siempre que salía de su distrito del Maestrazgo que le era confiado, le llamaba más la atención operar por la parte de Aragón que ir por la de Valencia; cuando Marco fué nombrado para Aragón, don Car-

los y Elío le encargaron pidiera protección para empezar su levantamiento á las partidas del Maestrazgo y particularmente á Segarra, único que siempre acudía á la menor indicación de Marco, y varias veces sin ser llamado, por lo cual Palacios y Vallés obligaban á Segarra no saliera de su distrito del Maestrazgo, y por poco que se internase por Aragón recibía comunicaciones de Palacios para que regresara á su distrito, por lo que comprendía Marco que era imposible operar juntas las comandancias del Centro, y por eso evitaba siempre toda reunión con Palacios y Vallés.

»Después de la dispersión de las fuerzas de Marco en Caspe, la mayor parté de estos fueron á la Cénia donde se encontraban Vallés y Segarra: los aragoneses dispersos querían alistarse entre las fuerzas del Maestrazgo y de Segarra, contra la voluntad de Vallés, que les reunió en la plaza arengándoles para que fueran otra vez á unirse con sus hermanos de Aragón; el decaimiento de los aragoneses enternece en la Cénia á los carlistas del Maestrazgo; pero Segarra les reanimó con sus arengas y les acompañó hasta Aragón. Después de la toma de Vinaroz, Palacios y Vallés ordenaron á Segarra que todos los prisioneros los llevara al convento de Benifasa. Segarra no cumplió y les dió la libertad».

CORRERÍA DE SANTES. —PALACIO  
EN CHELVA.—ACCIONES DE PINAR DEL RINCON  
Y DE BOCAIRENTE.—CONSIDERACIONES

## XXII

Reforzada la guarnición de Morella, artillado su castillo, y municionada y abastecida la plaza, regresó su salvador por San Mateo á Castellón, y sabiendo que Santes se acercaba á la ribera del Júcar, siguió á marchas forzadas para Valencia, á cuyas puertas se aproximaron Vallés y Cucala.

Martinez Campos, sustituido por don Francisco de Ceballos, que se dirigía á Cataluña á encargarse de la capitania general del Principado, tuvo que tomar la columna de Moltó que estaba en Alcira y decir al gobierno que los carlistas en crecido número se hallaban entre Carlet y Alberique, y él incomunicado con Valencia, cuya incomunicación no provenía de los que estaban en Alberique y en Carlet, sino de los que había en Silla.

Alcira, Alberique y Carlet forman un triángulo perfecto, y á tan corta distancia que se contemplaban unos y otros combatientes. Aunque mayores en número los carlistas, no les temía Campos, en peor posición que ellos, con el mar á su espalda, y sin ventajosa retirada; pero no contaba con la necesaria caballería, y dijo que el camino no era apropósito para la artillería montada. Y sin embargo, aún prescindiendo del ferrocarril de Alcira á Valencia, hay carretera á Buñol y á Chiva, á donde creyó se habían retirado los carlistas andando ese camino desde Carlet. Tampoco era Chiva ninguna

posición defendible para unos y temida para otros, y si alguien pudo haber temido, por antecedentes al menos, fueron los que recordaran el desastre que en aquellos campos sufrieron el 15 de Julio de 1837.

La traslación de los carlistas á Chiva no podía considerarse como una retirada, porque estaban más cerca de Valencia que desde Alberique; no era más que un cambio de posiciones, y á ellas fué á buscarles Palacio.

Santes, después de un jactancioso reto al coronel don Felipe Moltó, que le perseguía, y al que no esperaba marchó el 1.º de Diciembre á Cañete, conferenció el día siguiente en Salinas del Manzano con Marco, siguió por Salvacañete, Casas Nuevas, Mojón, de los tres Reinos, Castelfabit, Torre-baja, Ademuz, Santa Cruz de Moya, Aras de Alpuente, Titaguas y Tuejar á Chelva el 6, descansando hasta el 13, que contramarchó á burlar á su enemigo, que subió á Chelva. El carlista fué por Aillas y Mas de Aliaga á acampar á Peñas de Dios; bajó por Cheste, Monserrat y Real á Llombay, adelantándose una avanzada á Benifayó á cortar la línea-férrea, incomunicando á Valencia con Madrid, lo que ejecutó, y otros destrozos, y por Catadau, Masalevesis y Alberique á Sumacárcel; pernoctó el 17 en Enguera, reuniéronse aquí el 18 todas las fuerzas, salieron de noche por Canals á Mogente, de donde llevó en rehenes á los Gasó hasta que pagaron el tributo, el 19 por Ayelo de Malferrit á la Ollería y el 20 por el mismo Ayelo y Onteniente á Bocairente.

Comunicando al gobierno el comandante militar de Alicante estos movimientos de

Santes, dijo que «había empezado la deserción á causa de la falta de recursos y municiones;» y sin embargo, no había habido encuentro en que tuviesen necesidad de gastarlas, ni arrojarlas; y en cuanto á recursos, no habiéndoles faltado en la serranía de Cuenca, ¿podrían escasearles siquiera en la fértil comarca que recorrían cobrando las contribuciones?

Palacio había salido el 13 de Villar del Arzobispo para Chelva, y después de una marcha penosa por las dificultades que ofrecía el terreno para el paso de la artillería de batalla, que protegió con los fuertes flanqueos que exige el profundo barranco de la Salada y las alturas de Domeño, llegó á Chelva sin más que un ligero tiroteo por su ala derecha, no aprovechando los carlistas las ventajosas posiciones en que pudieron haber presentado fuerte resistencia. Recogió más de 600 armas, municiones, ropas, viveres y efectos de guerra; destruyó sus talleres y fábrica de pólvora, cobró la contribución de un año que adeudaba la villa, y regresó el 15 á Villar del Arzobispo. Por si Santes se dirigía á la ribera del Júcar, dispuso el 16 que la brigada Weyler con 2.580 hombres 100 caballos y dos piezas de montaña, marchase por Chiva á colocarse á la derecha de aquel, mientras él pernoctando con el resto de las fuerzas en Liria se dirigía por Valencia á Alceira, desde cuya villa ordenó saliera la columna Moltó á situarse entre Mogente y Fuente la Higuera en combinación con Weyler para encerrar á Santes en un círculo, y obligarle á aceptar el combate.

Confando poco Weyler en su columna, com-

puesta en su mayoría de quintos é individuos que habían sido prisioneros, y con las instrucciones de proteger la Ribera, perseguir á Santes, que contaba con muy superiores fuerzas y atacarle si se encontraba en condiciones favorables, se dirigió á Pedralva y de allí á Carlet, sabiendo aquí que Santes había pasado el Jucar. Temiendo Weyler no poderlo verificar por los mismos sitios en la presunción de que hubiesen sido quemadas las barcas, continuó á verificarlo por Alcira, y de allí siguió á Játiva, á pernoctar el 18, al mismo tiempo que los carlistas entraban en Canals, á legua y media sobre el camino de Madrid, con intención de seguir á Játiva, retrocediendo al saber que estaba la ciudad ocupada por Weyler. Entonces supo éste que el capitán general se había dirigido á Alcira, con la brigada Golfín á contrariar la excursión de Santes á la Ribera, llegando el mismo día 18, y á la mañana siguiente envió en ferrocarril la columna Moltó á Játiva para que el brigadier Weyler la emplease en la forma que creyese más conveniente, ordenándole siguiese á Fuente la Higuera, y el 20 se dirigiese al encuentro de Santes á Onteniente ó á donde estuviese, en combinación con Weyler, lo cual no verificó por haberle mandado el ministro de la Guerra seguir á Cartagena, sin conocimiento del brigadier Weyler. El capitán general no comunicó á Weyler más instrucciones que las de suspender la persecución en el momento en que Santes saliese de la provincia de Valencia para Alicante, Albacete ó Cuenca, ó en que volviese á Chelva, según telegrama fechado en Alcira, que conserva éste; y posteriormente,

después del combate sostenido en la tarde del 21 en los pinares del Rincón, recibió en la noche del 21 al 22 nueva orden triplicada del capitán general, que también conserva, ordenándole cesase en la persecución y volviese á Játiva para vigilar la línea del ferrocarril y acudir á Valencia, tal vez por el temor de sucesos cantonales con motivo de la proximidad de la reunión de las Córtes, en que debía discutirse el voto de confianza al señor Castelar.

Al saber Weyler la marcha de Santes á Bozairente, último pueblo de la provincia de Valencia, y Bañeras al cual se dirigían los carlistas, y á cuyos lindes llegaron, el primero de la provincia de Alicante, debió suspender la persecución, según la primera orden del capitán general, con doble motivo después de la última, pero arrostrándolo todo é impulsado por el deseo de batir á sus enemigos corrió á su encuentro, tomó posiciones creyendo que el carlista se defendería en el pueblo, bien situado para la defensa; á pesar de lo cual le abandonó, le ocupó el liberal, siguió tras su enemigo, se posesionó este en los pinares del Rincón y alturas que lo dominan, y alcanzado cerca del anochecer, trabóse lucha encarnizada, dándose cargas á la bayoneta, cargando el coronel Otal con el batallón de Soria y el capitán de E. M. don Enrique Bollo con el de Cuenca, cuyas fuerzas y las tres compañías de Albuera y de Aragón que se posesionaron de una casa situada á la derecha y entre los pinares y el pueblo y la ermita, se batieron bien, así como los voluntarios.

Los carlistas quedaron en su terreno







J. Alaminos

Lit - Felipe Gonzalez Rojas - Editor

frente á Bocairente, en el que acamparon, apareció con el alba del 22 cubierto de escarcha. A la sazón salió Weyler del pueblo para atacarles por el flanco é impedir su marcha á Bañeras. Coronó Santes con sus fuerzas las alturas de Camorra, y á tiro ambos combatientes y roto el fuego por las guerrillas, empeñóse la acción, en la que hubo cañoneo, cuatro terribles cargas á la bayoneta, perdiéronse y recuperáronse dos cañones, y peleóse con la bravura y encarnizamiento que tanto ofusca al hombre en civil contienda, en la que se apagan los sentimientos de humanidad, de que se alardea en la lucha con extraños. Así hubo gran mortandad en poco tiempo, precipitándose unos y otros como fieras sobre los cañones, perdidos y recuperados; así había pedazo de terreno, una tahulla, donde se contaron 14 cadáveres.

Los movimientos de Santes habían sido atrevidos; los hizo sin miedo de interponerse entre sus perseguidores y el mar.

En aquella acción, la más importante de las que por entonces hubo en el Oriente, llegó á estar indecisa la victoria, y aun en momentos dados, pareció lisonjear á los carlistas, que contaban además con algunas connivencias que no supieron aprovechar.

La victoria de Weyler fué completa, conseguida por una brillante carga á bayoneta, dada por un batallón de Cuenca y uno y medio del regimiento de Aragon, de frente y por el flanco derecho, que fué envuelto.

Weyler, Fernandez de Rodas, Morales, Reina, Otal, Sáez Izquierdo, Pacheco, Bollo, y otros, y las fuerzas que guiaron con sus

oficiales, se batieron bizarramente, así como los voluntarios de la Cénia, de Castellón y Sagunto.

Omitióse en el parte oficial la dispersión de los batallones de Soria y de Albuera, y la pérdida momentánea de dos piezas de artillería. También al principio del combate huyeron unos 100 hombres que fueron con dos oficiales á parar á Játiva, infundiendo el pánico en su huida. Sobre este suceso se instruyó la correspondiente sumaria.

Las pérdidas de ambos combatientes fueron grandes; ascendieron á 700: el brigadier Weyler debió y hubiera deseado seguir la persecución; pero su brigada, armada con fusiles de pistón, Remington y Berdan reformado, sin repuesto de municiones de los segundos por no haberlas en Valencia, al salir de allí y habiéndosele inutilizado la mayoría de los de Berdan, cumplió la orden del capitán general de dirigirse á Játiva.

Santes fué á pernoctar á Mogente; donde se apoderó de 118 caballos de la requisa hecha en Valencia por el gobierno, y de algunos individuos de los que los escoltaban en el tren; el 23 marchó á Énguera, el 24 á Ayora, recibido con campaneó, cobró el tributo, y el 25, después de oír misa en la plaza pública, siguió á Casas de Ves, llevándose en rehenes al canónigo de Guadix don Juan Rodenas, al sacerdote Ibañez y á otros, y á mujeres, por no haber hallado á sus maridos, en rehenes hasta el abono de lo pedido. Descansó Santes en Casas el 26, el 28 en Utiel y fué el 29 á Chelva, á celebrar las festividades de fin de año, permaneciendo hasta el 6 de Enero del siguiente.

Lo que acabamos de reseñar prueba el estado á que había llegado la guerra en el Oriente de España. Por no haber sido debidamente atendida, crecieron los carlistas hasta sumar cifras á que no excedieron en la pasada lucha á los cuatro y cinco años de incesante propaganda y afortunadas correrías. La expedición que acababa de efectuar Santes, era vergonzosa para el gobierno liberal; y si al dirigirse desde Chelva á Játiva, no ocupó otra vez esta ciudad de 16.000 almas, fué por que no lo tuvo por conveniente, pues al retroceder el tren que salió el 15 de Madrid desde Algemés á Játiva, por temor á los carlistas, la encontraron los viajeros abandonada de las autoridades. Marchando Santes unas veces con toda su fuerza y otras fraccionada, segun le convenía, tan pronto por la sierra como por el llano, recorría fértiles comarcas y ocupaba pueblos importantes. Que su ocupación fuera efímera, no importaba, porque en ese tiempo conseguía su objeto, que era aumentar su gente y sus recursos.

Seguía siendo una necesidad la caballería en aquel país, y se iba perdiendo la esperanza de tenerla, porque la requisita pareció una burla hecha á la nación (1), y consentida.

(1) Probábalo su resultado. Hay provincia en España que ella sola cuenta más del cuádruplo de caballos de los requisados. Y no hablamos de memoria ni procedemos á la aventura: en la misma provincia de Valencia se registraron en 1859 como existentes, 15.557 cabezas de ganado caballar, y el total en toda España era de 382.009. Sabido es que no había disminuido esta ganadería, todo lo contrario; y aun cuando haya que eximir algunas provincias, ¿puede concebirse que no hubieran podido requisarse más que 4.000 caballos?

OCUPACIÓN DE SAGUNTO. — FUSILAMIENTOS.  
DISGUSTOS.—DON MANUEL SALVADOR PALACIOS

### XXIII

Por la parte de Castellon hicieron dueños los carlistas de Onda, á seis leguas de la capital, población de 5.000 almas haciendo Corredor destruir el castillo, y aun los restos de la antigua y gran fortaleza y de las fortificaciones que hizo Cabrera.

Mir, Sierra-Morena y Giner, continuaban tranquilos en Nules, Burriana, Villareal y Almazora; es decir, casi en la capital, dueños de la carretera y del ferro-carril; dominando en la costa, proveyéndose de cuanto necesitaban, á lo que se oponían la mayor parte de aquellos pueblos, que sobre ser carlistas, no tenían á la sazón los que eran liberales el entusiasmo que en otras circunstancias.

La ocupación de Sagunto por sorpresa, era consecuencia de la aglomeración de carlistas por aquella parte, que debió motivar mayor vigilancia en los liberales, si bien en esta población no había fuerzas suficientes para cubrir todos los puntos, teniendo que cuidar especialmente del castillo. Para vencer los carlistas la resistencia de algunos voluntarios de la libertad, refugiados en el municipio, le prendieron fuego, destrozando el archivo y haciendo desaparecer ricos documentos históricos. También ardió la escuela y la cárcel, sin poderlo evitar los defensores del castillo. Permittiéronse otros excesos durante su permanencia en la villa, que á la aproximación de Golfin evacuaron,

llevándose rehenes y prisioneros, de los que Cucala fusiló en Bechi 16. Después que á la confianza en que vivían los voluntarios de Sagunto, burlada por una estratagema, debieron los carlistas el ocupar momentáneamente tan importante punto, ¿merecía fusilar á los prisioneros, aun cuando hubieran sido los que más se defendieran cumpliendo con su deber? ¿Era motivo para fusilar á aquellos infelices, algunos de ellos arrieros cogidos sin armas, el que se negara á rendirse la guarnición del castillo de Sagunto?

Segorbe fué también punto de reconcentración de los carlistas, para estar á la expectativa, á fin de aprovecharse de las ventajas que les proporcionaban las insurrecciones federales.

En Aragón no se descuidaban tampoco los defensores de don Carlos, mostrándose activo don Andrés Diez, natural de Flix y cura de Todoella, poco aficionado á los impresos y al dibujo, ofreciendo castigar severamente á los que de unos ú otro se valiesen para denigrar á don Carlos. Había militado en la anterior guerra civil, en la que recibió una cuchillada en la cara; era audaz y esforzado, á pesar de su edad sexagenaria, invadía pueblos importantes, y si al fin del año 73 que nos ocupa, no se registran sucesos notables en esta parte de España, es por las graves cuestiones que ya preocupaban á los carlistas del centro, y el desaliento de los liberales por el modo de hacer la guerra; así vimos publicado en una carta de Caspe, y escrita por un republicano á un periódico del mismo partido, decir lo siguiente: «La verdad es que les debemos—á los carlistas—

más atenciones que al gobierno mismo, aunque en algunas ocasiones al mismo tiempo se nos rien al ver el poco caso que se nos hace, y luego quieren que el partido republicano prospere, lo cual no puede ser, porque si antes de rendir el fuerte aun estaba la gente lo mismo aquí que en algunos pueblos algún tanto animada, ahora, por el contrario... ganan voluntades los carlistas».

Marco, procediendo con cautela, no perdía de vista lo que importaba aumentar y organizar su gente, aunque doliéndose del espíritu de insubordinación que reinaba en la mayor parte de los jefes, sus compañeros, de algunos de los cuales se quejaba amargamente, y con razón sobrada.

Había convocado Vallés á casi todos los del centro, sus subordinados, para impedir el socorro á Morella, atribuyendo el que pasara el general Palacio á la falta de los que no cumplieron sus órdenes, por lo que se vió obligado á retirarse de Ares del Maestre, y al día siguiente de esta acción, conferenció en Iglesuela con Segarra, que tan valerosamente se portó y su gente en aquella, y le dijo que en vista de no haber acudido más jefes que él y Cucala, le suplicaba, si lo creía conveniente, pasase á Navarra á dar cuenta á don Carlos de todo lo que sucedía. Entregó Segarra sus fuerzas á Esplet en Albocácer, consistentes en 1.200 infantes y 100 caballos (1), partió á las provincias, expuso

(1) De estas fuerzas que dejó Segarra á Esplet, le quedaron á éste 800 hombres, de los cuales muchos se presentaban á indulto, diciendo que si Segarra no volvía á encargarse del mando, se daba por disuelta esa partida,

á don Carlos en Durango la necesidad de que se nombrase un general enérgico é inteligente para organizar la guerra, y le contestó que ya estaba nombrado comandante general del Centro don Manuel Salvador Palacios.

Nació en Madrid en 11 de Junio de 1810; cursó latín y filosofía, y hallándose como voluntario realista de guardia en el cuartel el 27 de Octubre de 1833, sabiendo que iban á ser desarmados, salió con un grupo victoreando á Carlos V, se batió con algunas patrullas, emigró á Portugal, le designó don Carlos para formar con otros la base de un batallon que formó de reales guardias españolas, nombrándole sargento primero con el grado de alférez, depuso las armas cuando la capitulación de don Miguel, quedando prisionero en los pontones, se embarcó con don Carlos para Inglaterra, fué llevado á Hannover, sin permitirle saltar á tierra, permaneció dos meses á bordo, y fugado don Carlos regresaron á Inglaterra todos los oficiales carlistas.

que era de las más importantes por su subordinación y buen comportamiento en las poblaciones.

»Acaba de llegar un paisano de Cima, escribían de Vinaroz el 17 de Diciembre, y dice que esta mañana á las siete se hallaba allí la partida que mandaba Segarra, compuesta de 800 hombres y 80 caballos; mandó el jefe tocar llamada, y nadie acudió; presentóse el jefe en la plaza y le contestaron los voluntarios que ellos habían salido con Segarra, y que habiéndose separado su jefe del batallon, no quieren seguir con nadie.

A consecuencia de esto se han presentado á indulto en aquel pueblo más de 40, quedando en disposición de imitarles muchos más, pues dicen los vecinos de varios pueblos que por ser Segarra joven, activo y muy enérgico, sabía ganarse las simpatías de sus subordinados, y hasta la de los pueblos».

Muerta doña María Francisca, la princesa de la Beira trasladó toda la oficialidad á Lóndres; mas como don Carlos burló la vigilancia francesa y el gobierno sabía que en Lóndres permanecían 180 oficiales de diferentes categorías, se redobló en Francia el celo de la policía.

Palacios poseía el portugués, y con un pasaporte de la nación portuguesa, disfrazado de marinero, atravesó Francia, logró alcanzar la frontera á últimos de Diciembre de 1834, y presentarse á su rey en la villa de Zúñiga, destinándole el ministro de la Guerra al segundo batallon de Castilla con el empleo de teniente, en cuyo batallon hizo la campaña. Herido en la toma de Valmaseda el 9 de Febrero de 1835, recibió el grado de capitán y la cruz de San Fernando de primera clase por las acciones de las Pascuas de Resurreccion, cuando el general Córdova quiso invadir las provincias, y fué en la expedición de Gomez de capitán de cazadores de su misma compañía, con la cual regresó á provincias á mediados de Diciembre de 1836. Ordenóle Urbiztondo organizar un batallon de granaderos, escogiéndole para capitán de la octava compañía, que era la que hacía de cazadores, en cuyo batallon recibió el grado de teniente coronel por la batalla de Oriamendi; formó parte de la expedición de don Carlos; fué herido en Huesca; quedó en la ciudad de Solsona; perteneció al batallon de los heridos convalecientes de 900 plazas que organizó Urbiztondo en Cataluña, nombrándole segundo comandante del mismo; se halló en varias acciones y toma de las plazas de Berga y Ripoll, y al marcharse aquel

general á Francia, Palacios con 270 hombres y otros jefes y oficiales atravesó el Ebro, habiendo entregado antes 925 carlistas á Cuevillas, por reclamarles don Carlos, presentándose á Cabrera en Cantavieja.

Incorporó este aquellos hombres en los batallones primero y segundo de Tortosa, dando á mandar á Palacios el segundo; se halló entre otras acciones en la defensa del castillo de Morella en Agosto de 1838, recibiendo el grado de coronel, y por la accion y copo de la división Pardiñas en 1.º de Octubre del mismo año, el empleo de teniente coronel mayor, así como por el asalto del pueblo de Calanda y convento de Capuchinos, la cruz de San Fernando de primera clase.

El 3 de Diciembre, subiendo de una expedición hecha á la Ribera de Valencia, Borso di Carminatí alcanzó en el pueblo de Chestalgar á Forcadell y Llagostera, dispersando su gente don Juan de la Pezuela, excepto el segundo batallón de Tortosa, que mandado por Palacios formó el cuadro y salvó muchos prisioneros, á causa de haber dejado Pezuela un pequeño número de soldados para su custodia, y haber caído sobre Palacios el referido señor con cuatro escuadrones, dando dos cargas, rechazadas sin pérdida de un solo hombre por parte de los carlistas, por cuya acción se le confirió la efectividad de coronel y el mando de la brigada Tortosa.

En Junio de 1839 contuvo al general Aznar en Lucena, ayudándole Cabrera, hasta que O'Donnell fué en auxilio de Aznar el 17 de Julio, y después de una reñida acción le salvó. Aquí fué gravemente herido Palacios por una bala que le atravesó todo el cuerpo

por el pecho. Restablecido, le mandó Cabrera á operar con los batallones de su brigada y regimiento de caballería de Tortosa, á las provincias de Cuenca y Guadalajara, fortificando el castillo de Beteta, en cuyo territorio batió á las columnas de Guadalajara y Molina, mandadas respectivamente por Quiñones y Rodríguez (a) Capa-blanca, que estaban en combinación con la de Cuenca, formando un triángulo para tomar á Beteta. En Marzo de 1840 fué nombrado segundo comandante general de la división del Túria, que operaba en el distrito de Chelva, permaneciendo en aquel territorio hasta que Espartero tomó á Morella, y Cabrera pasó el Ebro con el ejército carlista del centro, excepto dos batallones de la división de Valencia y el regimiento de caballería del mismo nombre, que quedaron cortados. Estos, con las fuerzas de la división de Palacios y los regimientos de caballería primero y tercero de Aragón, que le había mandado Cabrera, por no poderse sostener ya en la montaña, componían un total de seis batallones y 1.200 caballos.

Reunidas todas las fuerzas en la sierra de Albarracín, se dirigieron á Francia, y al atravesar la carretera de Zaragoza por Alcolea del Pinar, habiendo descansado en las inmediaciones de Horna, le atacó Concha, que iba custodiando á la Reina Cristina y á sus hijas que habían llegado á la villa de Medinaceli, fué batido Palacios y cortados dos batallones que quedaron prisioneros, logrando con gran trabajo, pasar el Duero con el resto de la fuerza, y reunirse á Balmaseda en los pinares de Soria. En Ontoria del Pinar, con-

vocaron una junta de jefes, acordándose entregar el mando á Balmaseda, quedando de segundo Palacios, y volver á pasar el Ebro lo antes posible, á fin de ganar la frontera. En su paso para Santa Gadea, se interpuso el general Rivero, que fué batido, perdiendo un escuadrón de cazadores de la Guardia Real de caballería y muerto su comandante Estrandé. Verificaron el paso del Ebro, é introducidos en las Provincias Vascongadas se dividieron las fuerzas, marchando Balmaseda con la mitad á Munarriz, y la otra mitad con Palacios, á Abarzuza, del que tuvo que salir por aproximarse el enemigo, tomando la dirección á la Barranta. Aquella noche le dijeron los jefes que si al día siguiente no marchaban para Francia se quedaría solo; contestándoles que, como militar no podía acceder á su petición, por haberse puesto á las órdenes de Balmaseda. Al día siguiente recibió un confidente de aquel, anunciándole haber sido sorprendido á las dos de la madrugada, y que marchase Palacios al pueblo de Allo, donde se reunirían. Empezó Palacios la marcha, subiendo por el Puerto de Lizarraga; y al llegar al alto del puerto vió que la mayor parte de sus fuerzas le habían abandonado y tomado la dirección de Francia; siguió su marcha con el batallón que le había quedado, para dar cumplimiento á la orden de Balmaseda, y tuvo que tomar la dirección del puente de Miranda de Arga, por haberse interpuesto las columnas de Concha y Piquero, que deshicieron las fuerzas de Balmaseda.

Cubierta ya la responsabilidad de Palacios, emprendió aquella misma noche su marcha para Francia, y al llegar al valle de

Valdeollo se encontró con unos cincuenta hombres y catorce oficiales, pues todo el resto del batallón se presentó en Pamplona. Permaneció aquel día en la montaña obligado á matar su caballo porque relinchaba y ponerse unas alpargatas para marchar á la cabeza de la poca gente que le había quedado, con la que fué hecho prisionero antes de llegar á la frontera, conducido á la ciudadela de Pamplona, en la que permaneció un año, y de allí á Madrid á las prisiones militares: trasladado á Valladolid estuvo prisionero seis años, regresando á su casa á mediados de Junio de 1846.

Cuando entró Cabrera en España en 1848, le nombró jefe de E. M. G. de Forcadell, que debía operar en el Maestrazgo, con él que hizo la guerra hasta la disolución de las pequeñas fuerzas que se les habían unido. Proporcionóle algunos disgustos la revolución en Madrid de 1854; refugióse en Torrelaguna, donde experimentó dolorosas pérdidas de seres queridos; en 1856 volvió á establecerse en Madrid; el movimiento de 1868 le lanzó de nuevo á la guerra de comandante general de las provincias de Guadalajara y Cuenca, expidiéndole los despachos de mariscal de campo y gran cruz de San Hermenegildo; efectuando el movimiento en sus provincias el 28 de Abril—1872,—terminó á resultas del tratado de Amorevieta; emigró á Francia, y llamado, Agosto de 1873, por don Carlos, le nombró jefe superior de las fuerzas de ambas Castillas.

Varias eran las partidas castellanas que divagaban por los valles de Losa, Valdivie-



so y Mena, á las cuales ordenó Elio fuesen á Orduña, y lo mismo á los batallones alaveses, para que todos los voluntarios castellanos que sirviesen en ellos lo efectuasen á la misma ciudad, poniéndose á las órdenes de Palacios.

Reunidas estas fuerzas, las organizó formando dos batallones con la denominación de primero de Búrgos y primero de Palencia, y un escuadrón de 120 caballos: marchó á Estella á recibir órdenes de Elio, que le llamó; salió de allí en compañía de don Alfonso para Francia, á fin de ganar la frontera de Cataluña para pasar al reino de Valencia, por haber sido nombrado jefe superior de operaciones de dicho reino, y lo consiguió el 4 de Diciembre, acompañado del pequeño batallón que mandaba don José Agramunt, cura de Flix.

Revistó Palacios su gente, que entonces estaba dividida en quince batallones y 600 caballos, la arengó (1), conoció su personal, armamento, organización é instrucción, resultando que si bien estaban organizadas las fuerzas por batallones y brigadas, carecían de la instrucción necesaria, efecto de un movimiento improvisado de paisanos, y una carencia casi absoluta de jefes y ofi-

(1) En dos sendas alocuciones á los voluntarios y á los valencianos, fechadas en Chelva, estimulaba el ardimiento y constancia de los primeros con el recuerdo de pasados hechos y pedía la cooperación de los segundos, de los que no exigiría tributo de sangre porque sus soldados se gloriaban de llamarse voluntarios, pero que sería inflexible con los que entregaron sus hijos al enemigo; que satisficieran el 12 por 100 de contribución, y les ofrecía su decidida protección, concluyendo con vítores á la religión, á España y al rey.

ciales instruídos. El armamento no podía ser más desigual. A tal situación se unían las enemistades de los cuatro jefes que allí mandaban á la llegada de Palacios; enemistades que hubo momentos en que estuvieron para chocar, muy particularmente Vallés y Cúcala. Al revistar Palacios las fuerzas de Santes, que se mostraba independiente, se le personaron los jefes pidiendo la destitución de éste, y como Palacios sabía las comisiones que había mandado al Norte, las felicitaciones de la prensa carlista y que los comisionados manifestaron á Elio que en el centro y Maestrazgo ascendían los carlistas á 20.000 hombres, siendo así que reunidos los estados del personal de todos los batallones, resultaron, según el que remitió á don Alfonso, unos 9.000 infantes y 600 caballos, mal armados y equipados, no accedió á la petición de los jefes, y lo puso en conocimiento de Elio.

## EXPEDICIÓN DE GAMUNDI

## XXIV

Violento en Francia don Hermenegildo Cevallos, penetró en España el 15 de Agosto, pidió ir á Aragón, se le nombró el 2 de Setiembre comandante general de este antiguo reino, y don Leon Fortun jefe de E. M.; quien quedó en las inmediaciones de Estella para organizar un batallón, ordeuando se incorporasen á él los individuos que sin ser vascongados y navarros estaban en estas fuerzas, y en breve empezó á experimentar el cúmulo de dificultades que á su propósito se oponían.

Exponíanle Marco y Comín los inconvenientes y males que había que remediar en Aragón; los trasmitía Cevallos á Elío, que contestaba no poder remediarlos, y le decía además que en un pueblo inmediato á Estella debían estar reunidos todos los aragoneses y valencianos, creyendo urgente que si no Cevallos, Gamundi ú otro jefe principal, poniéndose á la cabeza de las fuerzas, marchase rápidamente pasando el Ebro por Armazan, á las inmediaciones de Calatayud ó por las Cinco Villas á la provincia de Huesca (1). A su consecuencia, ordenó Cevallos á Gamundi hiciera úna expedición por el alto Aragón, siguiendo las instrucciones que al efecto le trasmitía, consistentes en allegar recursos, armas y caballos para organizar la fuerza aragonesa, evitando todo encuentro desfavorable, á cuyo fin marchó á Zaragoza, Huesca y Barbastro el presbítero don Pascual Altemir y Mata para enviarles las confidencias necesarias; que las fuerzas navarras establecidas en Lumbier y Sangüesa auxiliarían la expedición y quedarían observando mientras recorría los distritos de Huesca y Barbastro y retrocedía á Navarra. La administración en todos sus detalles se encomendó al oficial del ramo don Vicente Martínez; el jefe de la expedición nombraría un jefe, dos oficiales de caballería ó infantería para la requisita de los caballos, mulos, monturas y armas de guerra, dándose los correspondientes recibos con el V.º B.º; se encargaba no se molestase á ningún habitante pacífico, cualquiera que fuesen sus antecedentes polí-

(1) Oficio fechado en Durango el 30 de Setiembre de 1873.

ticos; que las exacciones se impusieran á las municipalidades; que el comportamiento de las fuerzas predispusiera los ánimos en favor de la causa carlista para que el país no hospitalizase, y que el regreso de la expedición se hiciera por donde lo aconsejaran las circunstancias, volviendo á los cantones de donde se salía.

Penetró en efecto la expedición, cuya fuerza no llegaba á 500 hombres, en la provincia de Huesca, hasta cerca de Jaca, y se dirigió á Mianos de la provincia de Zaragoza, tomando las vertientes de los Pirineos y siguiendo hasta los valles, fuesen por Cinco Villas, amparados los carlistas por la sierra que desde Arbués se dilata hasta Nuestra Señora de Sancho Abarca: era evidente que pudiendo seguir por Tauste pasarían el Ebro, el Alagon y el Canal, y aún el ferrocarril entre Córtes y Pedrola. Tal juicio formamos de la expedición; al indicarse su salida le publicamos (1), y era exacto, puesto que el 1.º de Diciembre escribía Elío á Cevallos que acababa de leer en un diario que la intención de Gamundi era pasar por el puente de Gallur (2) al bajo Aragón, lo cual significaba que «muchas operaciones les saben los enemigos antes de emprenderlas; y creía que había que renunciar á todo lo que pudiera emprenderse por aquella parte y pensar en otra dirección, haciéndolo rápidamente y sin decir á nadie nada».

A poco de la salida de la expedición, supo su jefe que una pequeña columna de ca-

(1) En el *Diario Español*, del 22 y 23 de Noviembre de 1873.

(2) Está entre Córtes y Pedrola.

zadores de Madrid, carabineros y guardia civil, que había ido á cobrar las contribuciones, se hallaba en Uncastillo, y temiendo Gamundi que ocupase la estratégica posición de Sos, envió á un confidente; supo que ya habían pedido las raciones desde Ruesta, donde se hallaba, y marchó á Sos, unos 18 kilómetros de distancia. A las dos de la tarde, hora que los liberales designaron para el recibo de las raciones, presentáronse estos y los carlistas á la vista del pueblo y á igual distancia de éste, y deseando Gamundi ocuparles, distribuyó bien sus fuerzas, y por considerar los liberales muy superiores á sus contrarios, que no lo eran, no aceptaron el combate, y se retiraron.

Dueño Gamundi de Sos, fué con cuatro compañías para cortar la retirada á los cazadores de Madrid ó forzarles á batirse. Lejos de esto, atravesaron las montañas para ir á Fuencalderas, interponiéndose entre los carlistas, y se corrieron por Uncastillo á Morillo, y de aquí á Egea (1).

No le pareció prudente á Gamundi internarse en la provincia de Zaragoza con la poca fuerza mal armada de que disponía, limitándose á recorrer el distrito hasta Uncastillo y Layana, y á sacar de aquí sobre 6.000 duros, 24 caballos y yeguas útiles. Esperaba ocasión para internarse más, y dijo que el país que al principio le recibió con prevención, la iba deponiendo á virtud del buen comportamiento de su gente, ofreciéndole,

(1) Los carlistas interceptaron el oficio en que el alcalde de Gallur trasmitía el telegrama de Despujol al jefe de los cazadores de Madrid, señor Fernandez, para que se replegara á marchas forzadas á Gallur.

si se quedaba, darle lo que necesitase; pero si se marchaba tendrían que tomar las armas en su contra, como se lo mandaba el gobierno. Esto, sin embargo, era una excepción, en la que había más buen deseo que realidad; pues los pueblos de toda aquella parte, y especialmente la provincia de Huesca, son muy liberales, como lo probaba que no aumentaba en ellos Gamundi sus huestes, y que hasta el clero, modelo de virtudes, prevenía al país en contra de tales expediciones, y si por creer que se le halagaba se quemaban en algunos pueblos los libros del registro civil, lo hacían los eclesiásticos que acompañaban á la expedición: aquel país, denominado el *vedado de la reina*, era enemigo del carlismo.

Cevallos recomendaba á Gamundi no comprometiera la fuerza que llevaba; que no olvidase que su principal objeto era allegar recursos para la expedición general, y que en cuanto los tuviera reunidos se retirase á Sangüesa, donde dejase la infantería á las ordenes de Boet para cubrir aquel punto, y Gamundi fuera á unirse con Cevallos. Opúsose á esto Gamundi, diciendo que se perdía así lo que había ganado; que estaba aumentando su fuerza con los jóvenes de la reserva; que obedeciendo su llamamiento se presentaban los alcaldes, y ya que el gobierno suponía que llevaba la expedición de 1.500 á 2.000 infantes y 100 caballos, por lo que había retirado sus soldados á Jaca, Ayerbe y Huesca, no debía desperdiciar tan favorable coyuntura para extender el territorio donde había de sacar hombres, caballos y dinero; máxime cuando «no habiendo podido

bajar á Ayerbe y otros puntos por no comprometer estas fuerzas, como me tienes ordenado, acudan los pueblos con los impuestos á una sola orden de la autoridad militar» (1).

No podía el gobierno dejar desatendido aquel país; envió fuerzas, que se acercaron á Sos, obligando á Gamundi á retirarse de esta villa, y reforzado el carlista con algunos navarros, se adelantó á hacer frente á la columna de Castillo, oponiéndose á su paso desde bien escogidas posiciones en la sierra de Sos.

La columna liberal que había pernoctado en Sadava, salió decidida á batir al enemigo si intentaba impedirle el paso para Sos. Marchaban de vanguardia cuatro compañías de cazadores de Madrid, guiadas por don José Fernandez Montero; procuró también ir ocupando buenas posiciones; chocaron ambos combatientes; peleóse con bizarría en las elevaciones de Gabardilla y Valpiedella; cargaron después todas las fuerzas sobre las posiciones de Valdevin y Valdelacarretera; rechazaron á los carlistas, y no los persiguieron temiendo tuvieran al otro lado de la sierra alguna gruesa columna de refuerzo. Siguió la columna liberal á Sos y los carlistas á Sangüesa. Unos y otros experimentaron sensibles pérdidas, siéndolo para Gamundi la del capitán Funes y Gallardo, cuyo entierro costeó la oficialidad liberal, que le acompañó al cementerio.

Gamundi se vió en mala situación; falto del apoyo de los navarros, y habiéndose estropeado una pierna de una caída, pidió

(1) Carta de Gamundi, fechada en Sangüesa el 30 de Noviembre de 1873.

su relevo; envió Cevallos á don Manuel Lopez y Caracuel; marchó Caveró á la frontera á activar la entrada del armamento comprado por don Alberto Morera, y esperaba Cevallos que la fuerza expedicionaria se hallase en condiciones para ponerse á su frente: para 400 soldados escasos tenía más de 200 jefes y oficiales.

Cevallos no podía guiarla porque carecía de todo, y se esforzaba su jefe de E. M. Fortun en proveer á lo necesario. Se había formado un batallón de unas 400 plazas, cuyo mando se dió á don Carlos Gonzalez Boét, que acababa de regresar de Cuba, y supo organizarle é instruirle, designándose un cuadro de oficiales para otro batallón, una sección de caballería, toda de oficiales, otra de desmontados y un depósito de jefes y oficiales. Adquirieron uniformes y correaje (1), se esperaba el armamento para cambiar el malo y variado que tenían; reemplazó en la jefatura de E. M. el señor Benavides á Fortun, al ser éste nombrado fiscal de la causa contra Pérula por haber dado un bofetón al canónigo doctoral señor Frances, y encargado Caracuel de las fuerzas de Gamundi, á disgusto de éste, hizo después de mediado Enero de 1874 una excursión á Biel, Luesia, Fuencalderas, Agüero, Murillo, Ayerbe y Luna; resistió aquí el choque con

(1) Se componía de pantalón de paño azul oscuro, capote gris, boina azul, morral embreado y cartuchera, todo por 14 pesetas y céntimos, para cada voluntario. Excepto la boina, procedían estas prendas de una contrata que el gobierno francés había hecho para sus fuerzas móviles en la guerra con Prusia, que rescindió, indemnizando á los contratistas.

una columna liberal que le sorprendió, durando el fuego cerca de tres horas, y regresaron los carlistas á Sangüesa. Ambos combatientes experimentaron pérdidas, y hubieran sido mayores las de los carlistas sin el excelente comportamiento de Boét, para quien fueron los honores de aquella jornada.

Los ayuntamientos que la expedición llevaba detenidos por no satisfacer el trimestre de contribución, los abandonó al principio del fuego la guardia de prevención, y algunos bagajeros los equipajes.

La fortificación de Sos, que aseguraba la defensa del antiguo corregimiento de Cinco Villas, era un grande obstáculo para la expedición, mientras no contara ésta con mayores fuerzas.

ANDALUCÍA.—AMBAS CASTILLAS.—ASTÚRIAS Y GALICIA.

## XXV

Grandes esfuerzos se hacían para que en Andalucía se ayudara más eficazmente á los carlistas; se formaron proyectos, se escribieron listas de adeptos con los que más especialmente se contaba para recaudar dinero; en Sevilla se habían inscrito antes de Julio más de 40.000 duros, de cuya recaudación se encargaron los señores Maestre, Saldarriaga y Verdejo; se ordenó la formación de comisiones de socorro y para enviar al ejército del Norte los oficiales y clases que lo desearan, y si bajo este concepto no aumentaron muchos andaluces las filas de sus correligionarios, ya que no con sus personas,

contribuyeron con sus donativos, que los hizo considerables Andalucía.

Con belicosa decision habíanse reunido en Gabia la Chica 72 hombres mandados por don Federico Quesada, se armaron malamente (1) y se repartieron entre todos 4.220 reales que llevaba el jefe de administración don Agustín Reyes. En Corbija se les unieron ocho hombres más; en Conchas y Melegis proclamaron con festejos á don Carlos, quemaron los libros del Registro civil, y aumentada la partida, á la que se unió el jefe en propiedad don Agustín Perez Puertas juraron su bandera; marcharon el 6 á Nigüelas; medio se dispersaron, á causa de una mal entendida noticia, creyéndose perseguidos por una columna de carabineros; vagaron varios días en los pueblos del valle de Lecrin; no recibieron en el Cortijo de Rosales más que dos onzas de tocino por individuo, tomando el pan á la fuerza en la mina de los Dolores; desarmaron á unos cazadores entre los que se hallaba un individuo de la junta carlista opuesto al movimiento; en Dilar recogieron 770 reales de fondos municipales y el tabaco del estanco; se dirigieron á través de Sierra-Morena hácia las Alpujarras desertando más de 40 individuos; se unió en Cañas el resto de la partida del teniente retirado señor Caso; se inutilizaron varios individuos en la marcha nocturna, á los pueblos del barranco; salieron corriendo de Pampaneira huyendo de la

(1) Para uniformarlos se dieron á cada uno dos botinas de percalina encarnada, con chapa de paño azul con las iniciales C. 7. pintadas con jaboncillo de sastre, y una canana sin hebillas para abrocharla.

persecución de una partida de tropa, á la que no podían hacer frente por falta de municiones; disolvióse la partida á los tres días, cayendo prisioneros unos y andando fugitivos otros; quedaron sumidos todos en la desgracia, y culparon á la junta de Granada que les abandonó y hasta les fué contraria. Culpa suya fué también que don Antonio Ortega, jefe de la caballería de Cúcala, no consiguiese después, en 1875, efectuar el movimiento que preparó, y sólo formó una pequeña partida derrotada á poco y muerto Ortega.

Los trabajos posteriores de don José María González y don Francisco Pacheco, jefes carlistas de la provincia de Granada, fueron infructuosos.

Mergeliza, Merendon y algunos otros se esmeraban para aclimatar la guerra en la Mancha, tratando de imponerse con bandos como el del 28 de Agosto, amenazando con el asalto y el incendio á la población que resistiese; con la pena de muerte al que diese parte de sus movimientos y al que llevara aquel, y 6.000 reales al padre que impidiese la incorporación de sus hijos, si lo deseaban, en las filas de don Carlos. Había dado otro bando Mergeliza para impedir la entrega de los mozos de la reserva; pero ni estas ni otras parecidas providencias, y aun algunas pequeñas ventajas obtenidas por estos ú otros de los partidarios que recorrían las provincias de Toledo y Ciudad-Real, les permitían medrar como deseaban, aun cuando ayudaron á distraer la atención del gobierno y la de las tropas los republicanos federales de algunos pueblos.

Noticioso Sabariegos del desconcierto que reinaba en su país, y queriendo remediarlo, se trasladó á él: nombrado comandante general de la Mancha, Toledo y Extremadura, comenzó con excelente resultado á organizar aquellas fuerzas, y en poco más de un mes reunió 410 caballos y 40 infantes, que bien regimentados y equipados, recorría con ellos todo su territorio, demostrando lo que vale una acertada dirección. Experimentó, sin embargo, algunos reveses, no tan deplorables como los presentaron sus enemigos, y como los que sufrieron otros de sus compañeros; aún los que á su sombra levantaron nuevas partidas en su distrito y en los límites de Andalucía.

Sabariegos deseaba organizar debidamente la guerra, porque carlista de convicción y honrado, no quería mandar partidas de bandoleros. A mediados de Octubre penetró en Urda, pueblo de cerca de 3.000 almas, á diez leguas de Toledo; lo fué haciendo en otras poblaciones y lo ejecutara en Almagro á no ser por la decidida actitud de los liberales. Menos resueltos los de Fernán-Caballero, dejaron penetrar á los carlistas, y que descansaran siete horas; con más tranquilidad estuvieron en Herrera del Duque, entraron en Guadalupe, y en peligro estuvo Trujillo de verse igualmente ocupada.

A cuatro leguas de aquel, en Retamosa, se hallaba Sabariegos el 6 de Noviembre, tomando un pienso sus caballos en las eras del pueblo, cuando la columna de guardia civil guiada por el capitán González, que le perseguía activo, se presentó por el lado opuesto. Eran unos 100 infantes con 25 caballos. Al

avistarles los carlistas desplegaron en guerrilla los infantes y parte de la caballería, pretendiendo sacar á su enemigo á campo raso, consiguiéndolo en parte; pero apercibidos los liberales de su inferioridad numérica se retiraron á hacerse fuertes en el pueblo, esperando los refuerzos que á poco recibieron. Desde los parapetos de las casas y de la torre se entretuvieron en hacer disparos, y una bala alcanzó á Sabariegos, cuando acababa de mandar retirar la guerrilla con el fin de ver si le seguía la guardia civil, y se había apeado para reconocer la causa de la cojera de su caballo (1). Replegáronse los carlistas que estaban empeñados en la acción, para atender á su jefe, el que á pesar de los cuidados que le prodigaron, falleció al llegar á Deleitosa. Proponiéndose vengar la muerte de tan querido jefe, lo consiguieron á los tres días en el Villar del Pedroso, copando á sus enemigos, de los que solo escaparon cinco guardias, merced al correr de sus caballos.

Gran pérdida fué para la causa carlista la de Sabariegos: no tuvo reemplazo; era difícil su sustitución por las elevadas cualidades que le distinguían. Conservando su gente la subordinación en que la tuvo, aun pudo triunfar en Villar del Pedroso y eludir la persecución que se la hacía, pasando y repasando el Tajo y otros ríos, y guareciéndose en la sierra de Oropesa.

La muerte de Sabariegos fué también fu-

(1) Teniendo de la brida su caballo mientras su hijo extraía una pua de jara de la ranilla de la pata derecha del animal, recibió un balazo en la cabeza que le hizo caer sin sentido.

nesta para los carlistas de la Mancha y Extremadura, donde si se sostenían algunas partidas, principalmente en Castilla, era por la impunidad que les ofrecían los montes, pues en los de Toledo hay sitios en los que podían permanecer con toda seguridad sin temor de ser sorprendidos, aun sin contar con los pastores. Solo con la ayuda de los pueblos podría haberse impedido salieran los carlistas de los montes de Toledo, pues desde donde se unen con las sierras de las Villuercas hasta la de Cuenca, se verían libres de ellos y no habiéndolos allí, no los habría en toda aquella parte de Castilla y Extremadura. Además de algunas partidas de verdaderos carlistas, había otras de bandoleros, que tomando aquella enseña, saqueaban pueblos indefensos, si no se les daba lo que pedían.

En la provincia de Guadalajara no reinaba la mejor armonía entre los mismos carlistas directores; acusándose mutuamente, hasta de falta de lealtad, se revelaban actos de verdadera torpeza en los encargados de efectuar el pronunciamiento de la provincia; no se mostraban muchas simpatías á favor de los señores Albareda, Luna, Algar, V... y otros, y se denunciaban los siguientes hechos: «Lo ocurrido despues del alzamiento es una serie de dislates y torpezas (algunos las califican de traiciones) que no tienen explicación posible: 1.º Dirige una comunicación al ayuntamiento de Molina muchos días antes de ponerse en armas; esto es, les dice, estén ustedes prevenidos y preparen ustedes los medios de cogermme con toda la partida, porque voy á esa muy pronto. 2.º Pasa va-

rias comunicaciones (de las cuales he visto una, otras cayeron en poder de los agentes del gobierno), y en ellas no solo determina el sitio y hora del alzamiento, sino que imprudente ó intencionadamente quizá, designa varias personas y nombres, que á obrar de buena fe, debía ocultar hasta que estuviesen á su lado. 3.º Efectúa el alzamiento en el punto menos estratégico y más desventajoso de la provincia. 4.º Se aproxima por la carretera á la capital después de haber prevenido al gobernador civil por medio de un oficio, encontrarse en armas: se entretiene con la partida en bailar, el resto del día, luciendo su faja, banda y lujoso uniforme, y al llegar la noche, sin colocar centinelas, puestos avanzados, ni confidentes, sin adoptar en fin precaución alguna, se entrega tranquilamente á las dulzuras del sueño, dejándose prender con toda la gente, sin oponer la menor resistencia, por sólo 25 ó 30 hombres de la guardia civil. Esta es la verdad de los hechos, Sr. don Sancho, que deseo haga usted conocer á los amigos de esa.» Mal iban los negocios carlistas en la provincia de Guadalajara, y el presidente de su Junta don Manuel Mendaroquieta de la Cerda, y el vocal don Felipe de Urquijo, fueron á las provincias á verse con Elío, quien les comisionó con carta de recomendación á don Hermenegildo Cevallos, sin conseguir gran cosa.

El que obraba por su cuenta, sin importársele mucho de los demás, era Villalain, al que don Carlos separó del mando de las provincias de Guadalajara y Cuenca, quedando sus fuerzas incorporadas á las de Marco, y á las órdenes de éste.

Respecto á las provincias de Castilla la Vieja se dispuso un alzamiento (1) que no llegó á realizarse por ser descubierto en parte, quedándose el cura Ayala, que seguía constante é infatigable, sin el apoyo que espera-

(1) *Dios, Patria y Rey.*—COMANDANCIA GENERAL DE NAVARRA Y PROVINCIAS VASCONGADAS—*Instrucciones que para el levantamiento de Castilla la Vieja en favor de S. M. el Rey (q. D. g.) y de nuestra santa Religión, deberá seguir el Excmo. Sr. Comandante general de Palencia, Zamora, Salamanca y Avila.*

1.º Llevar á debido efecto la recluta de los mozos de los pueblos pequeños, según la relación dada por los señores Párrocos con fecha 15 del pasado Junio, remitida y visada por esta comandancia: mandándoles acudir secretamente á los puntos designados, y especialmente en los inmediatos á aquellos en que hubiere armados un corto número de voluntarios de la república.

2.º Puestos de acuerdo los jefes de las fuerzas así reunidas y armadas con los fusiles que tiene V. E., y si no bastan como se pueda y de acuerdo con los señores de la junta de esa, verificar el primer acto del levantamiento procurando á todo trance apoderarse de las armas de los voluntarios de la república, impedir á todo trance la organización en instrucción de los mozos de la reserva del ejército rebelde; tratando al mismo tiempo de indisciplinar á la fuerza del ex-ejército, valiéndose para ello de los oficiales (aquí dice de donde son) que me habeis indicado.

3.º Aceptado el plan por V. E. remitido, con las pequeñas modificaciones que han sido necesarias para evitar instrucciones de la autoridad de V. E., se atenderá á los siguientes: en la Nava del Rey se recibirán las fuerzas que llegaren de Zamora y Salamanca: en Peñafiel llamar la atención de las fuerzas rebeldes, corriéndose hácia la provincia de Soria; con este movimiento queda libre la comunicación con Palencia y Burgos, esperando en el punto que se designará las órdenes del general Velasco en el movimiento que operara en Santander y parte limítrofe de la provincia de Burgos.

4.º De acuerdo con los intransigentes republicanos que están de acuerdo con V. E., procurará sublevar las reservas del gobierno republicano, y excitar la discordia en las filas de los voluntarios de la república.

5.º Podeis contar entre el número de los conspirado-



ba. No le impidió esto reunir algunos centenares de carlistas en la provincia de Burgos, penetrar en Poza de la Sal, y merodear por el partido de Villarcayo, estimulando el levantamiento de nuevas partidas. Así, á la vez que aumentaba su gente, crecía su crédito. No faltaban carlistas hasta en la provincia de Logroño; se reclutaban mozos que Saltaviñas conducía á Orduña para armarlos é instruirlos, se cobraban tributos, dominaban más terreno del que ocupaban y hasta impedían la comunicación de Miranda á Vitoria, por lo que tuvo ocasión el coronel don Pascual Reguera de prestar muy buenos servicios á la causa liberal, como comandante militar que era de Miranda.

Hierro y los que se mostraban infatigables

res, por haber resultado de sus antecedentes aptitud para ello, á los individuos que expresa la adjunta relación. Del resto de los de la que remitió V. E. no han llegado antecedentes.

6.º Conviniendo á los intereses del Rey nuestro señor (q. D. g.) obrar con actividad y energía, llevará V. E. á debido efecto, en cuanto le sea posible, la secuestración de los jefes rebeldes y liberales sacrilegos incluidos en las relaciones que están en poder del Ilmo. Sr. D..... y la de los malditos framacosones que entregará á V. E. la comisión interina de Inquisición, compuesta de los Ilustrísimos señores (aquí los nombres).

7.º Debiendo juzgarse las ofensas hechas al Altísimo, á nuestra Santa Religión, y al humilde siervo del Señor, S. M. nuestro amado Rey don Carlos VII, la sangre y el exterminio de los herejes y enemigos nuestros será recomendable á nuestro servicio.

V. E. quedará encargado como jefe supremo en cuanto me comunique la ejecución de los actos preparatorios tan necesarios para nuestro objeto.

Campo del honor 11 de Setiembre, 1873 de N. S. J.—De O. de S. M.—El secretario general, R. + o. 2+19 H.—Hay una rúbrica.—El comandante general de Navarra y Provincias vascongadas, Antonio Lizarraga.—Hay una rúbrica.

en las provincias de Palencia y Leon, no obtenían tampoco grandes resultados.

La situación de las partidas carlistas en la provincia de Santander continuaba siendo anómala. El comandante general de Vizcaya, don Gerardo Martínez de Velasco, celebró una conferencia con dos comisionados de la junta de guerra de aquella provincia, indicándoles lo que se debía hacer para poner remedio á un mal que consideraba de consecuencias; trató de lo mismo con don Rosendo Martínez, refugiado á la sazón en territorio vizcaino con los 42 hombres de su partida, que estuvieron desarmados hasta mediados de Mayo, y se dispuso en Junio su vuelta á Castilla á fin de secundar el nuevo alzamiento, para el que se dieron extensas instrucciones, y muy especialmente la de concertar todas las fuerzas sobre Reinosa, simultáneamente. Aquí se habían de distribuir por compañías y darse á conocer sus jefes, oficiales y clases, ocupar la población, desarmando á los voluntarios, después de inutilizar la acción de la tropa que allí se encontrara; interrumpir las comunicaciones telegráficas y férreas con Palencia, utilizándolas los carlistas para apoderarse de los pequeños destacamentos de las estaciones de Alar y Reinosa, dirigirse luego, según las circunstancias, al Oeste sobre Liébana y Potes, al Sur sobre Palencia, ó ir á reunirse por Carriedo ó por territorio de Burgos á los carlistas del Norte. Una columna de estos que desde Vizcaya amenazase á la provincia de Santander dos días antes del alzamiento, ó que la invadiese, desembarazaría la acción sobre Reinosa.

Nombrado comandante general de Cantabria el coronel don José de Navarrete, de acuerdo con la junta de la que era el alma don Fernando Fernandez de Velasco, quiso éste también efectuar un movimiento en Santander para secundar al general concertado; mas solo consiguió, ayudado de otros no menos decididos carlistas del país, que en la noche del 20 al 21 de Agosto se ejecutara el movimiento proyectado, levantándose partidas en el distrito de Reinosa, Valle de Camargo, Buelna, Iguña y Carriedo, marchando hacia Valmaseda á reunirse con las de los valles de Trasmiera. Las que se levantaron en el de Liébana, quedaron en aquellas excelentes posiciones para mantener las comunicaciones de Vizcaya con Asturias.

Llegaron los carlistas el 22 á Villásana, donde los esperaban dos compañías vizcainas; entraron el 23 en Valmaseda, y aquí se reunieron con las fuerzas de Navarrete, formándose con todos el primer batallón de Cantabria, de unas 300 plazas, y con los 20 ginetes y caballos, una sección de caballería. Su uniforme era, boina y pantalón encarnados, blusa de paño azul claro y polaina negra la infantería, y la caballería dorman azul con cordones negros, tres hileras de botones blancos y pantalón y boina encarnados.

Por falta de armas no se organizó más fuerza, y mientras la junta las procuraba, iba reclutando gente en los pueblos don José Díaz (a) Crespo, encargado también de recaudar contribuciones y recoger caballos, con los que llegó á completarse un escuadrón. Se organizó una compañía de guías, otra de cadetes y otra del requeté, y empezaron á

emprender operaciones. Se corrieron hácia Reinosa para unirse á los carlistas de la provincia de Burgos, procurando Navarrete, Solano y Crespo, y algún otro, de acuerdo con el cura Ayala, completar la organización de su gente, que era considerable la que todos reunían, y por los valles de Carranza y de Mena se daban perfectamente la mano con sus compañeros de Vizcaya.

Después de haber invadido Castor á Castro-Urdiales, entró Navarrete en Laredo, población no menos importante, de la que sacó 30 caballos y sobre 3.000 duros, cometiendo algunos atropellos; y sin duda contaron con la candidez de sus enemigos, cuando para que éstos no les incomodaran, llamaron la atención hácia Ramales de la columna más próxima, para alejarla de aquel punto. Ocuparon los carlistas algunos pueblos, establecieron en ellos comandancias de armas, y poniendo aduanas en Villaverde, La Nestosa y el puerto del Escudo, recaudaban lo necesario para atender á sus fuerzas, que pasaban en Diciembre de 900 hombres bien armados, que sostuvieron dos encuentros en Ogeva.

Se hallaba muy lejos de temer á los carlistas la columna de Ramales, ni cualquiera de las demás que por la provincia operasen, pues Villegas, Pierrad, Recio y cuantos las guiaban mostraban pericia y no se podía dudar de sus buenos deseos; y sin embargo, y no por culpa suya, la situación de la provincia era grave, merodeaban los carlistas desde las Encartaciones hasta el río Pas; Crespo y Solana dominaban el partido judicial de Reinosa, excepto su capital; tenían aduanas para los carros en Soncillo y en Pozazal, re-

caudando en la primera 6.000 duros en pocos días; imponía Navarrete á la empresa del ferro-carril la contribución de 1.000 duros diarios, pagaderos á la junta á guerra residente en Valmaseda, quedando prohibido el transporte de tropas y efectos de guerra; entre Cabuérniga y Potes merodeaban Lázaro y Movellán; todo contribuía á aumentar la deplorable situación de aquella hermosa parte de Castilla, de aquella grande extensión de terreno que recorrían los carlistas; y si esto parecía extraño, éralo más el que se presentaran ante Villarcayo y en número de más de 1.000 hombres. Varía el aspecto de la guerra el desembarque en Santoña de Moriones, que marchó á Castro-Urdiales con las brigadas de vanguardia y Colomo, dejando á Catalan con otras dos en Laredo, y la del distrito de Burgos en Ampuero. La vanguardia de los carlistas la constituían las fuerzas de la provincia de Santander.

Rosas y algún otro partidario, que procuraban trobajosamente organizar la guerra en Asturias, donde nunca ha contado el carlismo con los elementos y simpatías que en otras provincias, se trasladaban en sus apuros á Leon, y por la sierra de Piedrafita, que era para ellos una posición excelente, por poder eludir toda persecución, se corrían por el puerto de Tarna y de Santa Gloria el de Sierras Altas, que es continuación de los Pirineos, y ya en Reinosa, comunicábanse fácilmente con los muchos carlistas que con toda tranquilidad llenaban la parte N. O. de la provincia de Burgos, obrando en combinación con sus amigos de la de Santander. Así llegaban hasta la fértil y encantadora vega

de Renedo, podían saludar á Santander y comunicarse con sus correligionarios de las Encartaciones.

Amat, Faes, el beneficiado Milla, Santa Clara, Nuñez Saavedra, Valdés y algún otro penetraban en poblaciones más ó menos importantes hácia Labiana y el Infesto, pero no era grande su medro como sucedía á los partidarios de Galicia. Lopez el jefe superior de estos carlistas en la época á que nos referimos, con Peña, el señorito de Bullan, el Raposo, Sombreiro, Freijó, Sarmiento, el Evangelista, Fray Basilio y otros, obtuvieron algunos triunfos; más todo esto duró hasta que hubo autoridades celosas, activas é inteligentes, que se interesaron verdaderamente por la paz de su distrito.

La aparición de nuevas partidas carlistas en Galicia y aun los levantamientos que se anunciaban, aumentaban indudablemente los apuros de aquella situación, que á fuerza de ser anómala era incalificable; pero no pudo en aquel país aclimatarse la anterior guerra civil y tampoco ahora, aun cuando no hubiese en los liberales el espíritu levantado que en aquella época. Podrían pretender algunos reemplazar al hermano del arcediano de Melid, á este mismo conocido por el cura de Freijó, á Balmaseda, á Lopez, á Quiroga, á Torreyro, Sarmiento, al cura Ful, al párroco de Paradela, al ex-canónigo de Santiago, Gorostidi, que se titulaba *coronel-cardenal*, á fray Antonio de Besa, á Mato, al sanguinario Viñas (a) el Capador, á Perez y Rosendo, y á otros; pero no lograrían hacer lo que estos no pudieron en 1835, ni los demás después, y no porque se dejara de trabajar en-

tonces con afán, pues don Carlos, en vista de una exposición de don Manuel Rivera Salgado, á fin de que protegiese el alzamiento de Galicia, nombró á Gonzalez Moreno para que se pusiera á su frente, de acuerdo con el barón Kervenó del Chillon, y por decreto en francés autorizó al señor Leonardo Banes de Gardonose para contratar en su nombre un empréstito de dos millones de francos al 5 por 100, pagaderos seis meses después de colocado en el trono, hipotecando las rentas del reino y especialmente las de las aduanas de Cádiz y de la Coruña, cuyos dos millones eran para el alzamiento de Galicia. Nombráronse juntas; se apeló á infinidad de medios; todo fué inútil; la guerra civil no se consolidó en Galicia.

En vano se había esforzado Sabariegos, se afanaba Ostendi, Osorio, Calixto Friol, Adolfo, los Tirrios, Ayones, Rodriguez y otros; se formaban proyectos más ó menos convenientes y aun algunos absurdos; la guerra civil en Astúrias y Galicia no se aclimataba.

Deseando don Carlos «impulsar con varonil entereza el movimiento de Astúrias,» y estimando debidamente las observaciones de Dorregaray, encargó á éste llamase al señor Argüelles y procurase que éste jefe pudiera ser el comandante general de aquel antiguo principado, é inmediatamente se le nombraría, acompañándole 15.000 francos, «que S. M., haciendo un generoso esfuerzo, destina al movimiento de Astúrias.»

Sin aguardar á esto, se remitieron desde luego á Dorregaray 1.000 francos, para atender con ellos á lo más urgente del importante cargo que le estaba encomendado.

JUNTAS CARLISTAS.—ARMAS Y MUNICIONES

XXVI

Necesitando ser auxiliada la diputación carlista vizcaina, acordó el 2 de Setiembre la inmediata organización de una junta de armamento y defensa del país; la nombró al día siguiente (1); se constituyó el 6 con los que asistieron, y se aumentó con los señores Zamalloa, Unzaga y Llona, mostrándose activa en el desempeño de su difícil y trabajoso cometido.

Constituyóse una junta de suministros (2), y á excitación de la diputación carlista de Vizcaya celebráronse el 9 de Setiembre en Vergara conferencias de los representantes de las demás (3).

La cuestión de recursos y la de armamento y municiones embargaron la atención de los reunidos; se acordó activar la habilitación de la fábrica de cartuchos ó cápsulas de

(1) La constituían bajo la presidencia de don Marcos de Orueta, los señores don Pedro de Bastera, don Víctor de Legarreta, don Cesáreo de Equidazu, don Agustín de Bernaola, don José Martínez, don Bernardino de Laquina, don Manuel de Lascoaga y don José Antonio de Sagarduy.

(2) Compuesta de los señores Zavala, Zugaraga, Arana, Lameu, Epalza, Sollano y Aldecoa.

(3) Asistieron por Vizcaya los señores Piñera, Antuñano y Sarachu; por Guipúzcoa Dorronsore, Verzosa, Unceta (don Manuel) y Viñuela, y por Alava, Varona, Mendieta y La Guardia.

La junta de Navarra manifestó, que causas independientes de su voluntad la impidieron asistir á las anteriores conferencias, rogando la celebración de otras, á las que acudiría. Se convocaron para el 15 de Noviembre en Segura, que se trasladaron á Vergara.

Azpeitia; establecer en Vizcaya otra y nombrar una comisión mixta que exclusivamente y con toda urgencia se ocupase de proporcionar bueno y abundante armamento, cañones de artillería y municiones, y compusieron la junta de los señores Eguidazu y Sagarduy por Vizcaya, Martínez de la Vera y Gaviola por Guipúzcoa, y Tournant y Fernández de Oto por Alava. Animados todos de ese verdadero espíritu carlista que les hacía mirar estos servicios belicosos como aceptos á Dios, se entregaron con fervor á facilitar armas y municiones. Dos alaveses dieron doce mil duros para comprar armas y municiones, que con 45.000 pesos que dió Vizcaya se compraron fusiles y cartuchos de que se aprovecharon Guipúzcoa y Vizcaya, teniendo que reclamar Larramendi los que correspondían á Alava.

Pensóse lo primero en habilitar la fábrica de Azpeitia, que lejos de haberse inutilizado cuando se retiró su guarnición, quedó con toda la maquinaria para poder funcionar, excepto algunas piezas: no se prestaba su dueño señor Gurruchaga á ponerse al frente de ella; la diputación guipuzcoana ofició á la vizcaina y alavesa para que procurasen montar la fabricación de armas y cartuchos y enviaran los comisionados competentes; Lizarraga manifestó que le había ofrecido el señor Gurruchaga encargarse de ella y lo estaría dentro de quince días; no participó Dorronsoro de esta ilusión, y al ver la realidad, envió á los señores Gaviola y Vinuesa á conferenciar con la diputación vizcaina, proponiéndola entrara á la parte en los gastos que fuesen necesarios para mandar comisionados

á Bélgica á comprar una maquinaria completa, á lo cual fué al fin don Gregorio Pradera comisionado por Vizcaya (1). El importe de la maquinaria ajustada en Bélgica, inclusa la conducción fué de 160.000 reales. Respecto á la fábrica de Azpeitia, se encargó de ella Lizarraga.

Comprendiendo la junta de gobierno de la frontera lo difícil y caro que era el municionamiento de los carlistas, consideró necesario establecer la fabricación de pólvora y cartuchos, para lo que contaba con el personal indispensable bajo la dirección del capitán de artillería don José Lesca y García; pero faltaban 60.000 reales para la instalación y organización, que pedía á las juntas de las cuatro provincias. Los comisionados en el extranjero se afanaban al mismo tiempo por enviar armas y municiones (2), se cuidaba de

(1) Este señor presentó un estado, según el cual, costando el latón á 5 reales la libra, el plomo á 1 1/2 y la pólvora á 6 reales, calculaba el coste de 1.000 cartuchos Remington en 504 reales y 90 céntimos.

(2) Además de los desembarcos de armas, de que nos hemos ocupado en el tomo anterior, se seguían aprovechando todos los medios para remitirlas, y procurando recursos para comprarlas. Dice Olazabal en una de sus cartas á Dorronsoro: «Llegó Bandrés y me entregó los 140.000 reales; como decía á V. con estos recursos podré mandar á ustedes un repuesto de cartuchos Allen y Remington; creo también que con algunos que me ha mandado la reina, podré cuando menos remitir á usted unos 1.000 fusiles más del sistema Allen. Quisiera que con los cartuchos recibieran ustedes los cañones de montaña; en cuanto á los cañones de grueso calibre, aconsejé al artillero que traía los recursos que se destinaban á este objeto, que siguiera él mismo á Inglaterra; así lo hizo, y supongo que á estas horas estará adelantada la fabricación: podrán venir cuando menos unas ocho piezas de grueso calibre para nuestras provincias, que falta hacen».

asegurar el paso de Enderlaza, se atendió á las fábricas y construcciones particulares de Placencia, Eibar, Elgoibar y Azpeitia, de cuya fábrica hubo día, el 29 de Setiembre, que salieron 7.834 cartuchos, y el término medio, en los primeros meses de sus trabajos, era de 3 á 4.000 cartuchos diarios Berdan y Remington. Daba excelentes resultados en Navarra la fábrica de fundición de Vera; si bien no podía continuar sus trabajos en la forma que los hacían, si no contribuían proporcionalmente al pago del personal las provincias que utilizaban los artículos que en ella se fabricaban (1). Para ejecutar aquella junta gubernativa lo acordado en las conferencias de Vergara, acerca de la fabricación de cartuchos metálicos dentro de Navarra, se dedicó á adquirir la maquinaria, y para pagarla propuso la ayudaran las tres provincias hermanas con 6.000 duros (2), devolviendo este adelanto en cartuchos de las clases que se les pidiesen, y al precio de 85 francos el millar (3). Era de grande interés la construcción de la cartuchería en España, porque la mayor parte de la importada resultaba inútil, y se alentó con la excelente pólvora que fabricaba en Araoz don Romualdo Berga, en cuya fabricación se trabajaba hasta los días festivos.

Los liberales guipuzcoanos no descuidaban tampoco la construcción de cañones, y en el

(1) Oficio fechado en Elizondo á 3 de Octubre de 1873, firmado por los señores Marichalar y Cancio Mena.

(2) Repartidos en esta forma: 3.000 Guipuzca, 2.000 Vizcaya y 1.000 Alava.

(3) Oficio de 20 de Diciembre de 1873, firmado en Elizondo por los señores Sanz y Lopez y Mata y Oneca.

parque de artillería de San Sebastian se construyeron nueve de bronce, de 8 centímetros (1).

Para proveer de vestuario y efectos á los carlistas, obraron activos los señores Muguza, Picavea, Bandrés, Vinuesa y otros, reuniéndose en Noviembre de 1873, la suma de 412.000 reales, incluidos los 12.000 entregados por el señor Heriz, con los que se compraron 6.000 capotes á 9 francos, 6.000 pantalones á 5,50, é igual número de borcuénes, á 4,40 (2). Los alaveses compraron 4.000 uniformes compuestos de capote, pantalón, camisa y zapatos á 21 francos 75 céntimos cada equipo. Atendían á la vez las diputaciones á procurarse vestuarios en el país,

(1) Bautizados con los nombres de *Estella*, *Jroquieta* (destinados ambos á Tolosa), *Oñate* (á Irun), *Elósua* (á Oyárzun), *Azpeitia* (á Guetaria), *Celatum*, *Mañaria*, *Cirauqui* y *Oyárzun*.

Las cureñas eran conforme al último modelo aprobado por la junta de artillería, y de las cuales no se habían construído todavía para el ejército.

Todos los útiles necesarios para el servicio de las piezas se construyeron en la ciudad y por cuenta de la diputación foral, que les entregaba á la autoridad militar.

El gobierno cedió dos grandes piezas de bronce, inútiles ya para el servicio, de las cuales se sacó todo el material necesario.

La maquinaria y demás elementos de construcción fueron llevados por el señor Goiccechea, que se hallaba al frente de la fundición, bajo la inspección facultativa del comandante de artillería señor Samaniego. Se hicieron cuatro más, y siguieron fundiéndose hasta completar el número de 13.

(2) El introducir en España los 6.000 capotes, costó 12.000 francos, que los comisionados se decidieron á pagar, por ser más caros y largos los demás medios de transporte que intentaron, y apremiar el invierno.

También hubo que gastar en quitar las franjas á los pantalones y volverlos á coser.

subastando la construcción de muchas prendas (1) y construyendo otras por administración, siendo éstas las menos.

LAS DIPUTACIONES CARLISTAS. —ADMINISTRACIÓN  
—COMUNICACIONES Y TELÉGRAFOS. —EMPRESA  
—TITO.

## XXVII

Constituidas en verdadero poder las diputaciones carlistas, sus disposiciones forman un cuerpo completo de gobernación, de hacienda, de todos los ramos de la administración pública, aún sin excluir el de guerra. Sus actas, sus circulares, todo lo cual tenemos á la vista, son documentos importantísimos, sin los cuales es imposible comprender la guerra civil y menos formar la historia del partido carlista.

En las cuatro provincias vasco-navarras, eran notables las personas que estaban al frente de cada diputación; pero ninguna de aquellas se distinguió lo que don Miguel Dorronsoro que presidía la de Guipúzcoa. Escribano astuto, apasionado carlista y fervoroso vascongado, no era nuevo para él el papel de diputado general, porque lo había sido en 1868. De costumbres democráticas, sencillo en su trato y pareciendo querer ostentar más la rusticidad aldeana que los modales de corte, amaba el trabajo como el que á él está habituado, nada le arredraba y no

(1) Las viudas doña Sebastiana Arrinda y doña Petra Ucelay, contrataron la construcción de 6.000 uniformes, compuestos de capote con botonos y vueltas encarnadas, pantalón con vivo, camisa, morral, mochila y zapatos, por 115 reales, entregándolos de su cuenta y riesgo en Durango.

había sacrificio que no se impusiera en obsequio de la causa carlista y en odio á los liberales. Franco en su proceder, recto en la justicia, no se doblegaba ante el poderoso, y ocasión hubo en que puso *el se obedece y no se cumple* á disposiciones y recomendaciones de don Carlos en favor de algún título que procuraba eximirse del pago de los tributos que la diputación ó Dorronsoro imponía, y cobraba inexorable. Respetado por todos, llegó hasta imponerse á los jefes militares de la provincia.

Atendiendo en su principio al aumento de las filas carlistas y para que ningún mozo se eximiera, pidió á los párrocos un estado exacto de los varones nacidos en 1858, y á todos los alistó, cuidando los padres ó deudos de los difuntos, de su exención, para librarse del pago que se imponía á los que no se presentasen, sobre sus bienes ó los de sus parientes. Las exenciones eran limitadas, y para poner coto al tráfico de conducir jóvenes á Ultramar. «robando voluntarios al ejército de la patria y brazos á la agricultura», impuso una multa de 1.000 á 4.000 reales por cada uno de los mozos que comprometiera, á todo agente que se dedicase á contratar y llevar á Ultramar á los guipuzcoanos comprendidos en la declaración de soldados; igual multa á los que interviniesen en los contratos con el carácter de notario, fiador ó testigo, y señalaba el término de 15 días para que se incorporase á las filas los guipuzcoanos comprendidos en la declaración de soldados que estuviesen fuera de la provincia ó en pueblos dominados por los liberales, empezando á correr, pasado dicho tér-

mino, la multa de 500 á 8.000 reales mensuales, ya establecidos.

Recaudó los débitos por la bula, prohibió la venta de los bienes nacionales y redención de censos, y el pago al gobierno de los plazos pendientes, los cuales habían de pagarse á su vencimiento en la tesorería de la diputación; retuvo los trigos y rentas en dinero de los propietarios ausentes de la provincia; prohibió á los alcaldes, bajo la multa de 1.000 á 8.000 reales y formación de causa, toda comunicación oficial con las autoridades republicanas; dispuso el pago del culto y clero en la misma forma que antes de las juntas de Fuenterrabia en 1869, y cuando los propietarios se negasen á pagar el diezmo y primicia, se fijarían las cuotas en metálico; dictó muy acertadas medidas sobre raciones y suministros; restableció las elecciones de ayuntamientos como se hacían antes de la revolución; dispuso que los pueblos atendiesen al cuidado de las carreteras, haciendo en AUZOLAN (entre los vecinos), las reparaciones que ocurriesen; consecuente en su odio á la revolución, estableció que rigieran provisionalmente en los pueblos los estados territoriales y de industria y comercio vigentes el año 1868, autorizando á los ayuntamientos para modificarlos; quedando muchos pueblos sin médico por estar estos obligados al servicio de las armas, podían nombrar á estos, ingresando en la tesorería de la diputación para gastos de guerra el sueldo y honorarios de dichos facultativos, con descuento de 12 reales diarios que se entregarían á las mismos, poniendo estos además tantos fusiles Remington cuantos miles de reales tuviesen de renta en

distinto concepto del de su profesión; se repuso á todos los empleados que perdieron sus destinos por no haber jurado la constitución ó por sus opiniones carlistas, destituyéndose á los que no fuesen de esta opinión; se mandó no pedir á los sacerdotes más contribución que la correspondiente á los bienes y raíces de su propiedad particular, pues la diputación se entendería en otra forma con el clero; y en efecto, la diputación hizo su llamamiento al de Guipúzcoa para proporcionar recursos, é invitó el diputado general al arcipreste de Vergara, vicarios foráneos de Oñate, Placencia y Mondragón, y párroco de Elgoibar, á una reunión en casa del párroco de Villarreal, en la que accedieron á dar los 200.000 reales que pidió la diputación. Algunos pretendieron que pagase la fábrica y no el clero; se opuso la diputación, y aunque con gran trabajo se recaudó una gran parte.

En las conferencias celebradas en Vergara el 15 de Noviembre por los representantes de las cuatro provincias, se arregló el servicio de correos entre las mismas, y poco antes, en Octubre, empezó Lizarraga á establecer el telégrafo óptico en Guipúzcoa. Se fundó una academia de telegrafistas de campaña, se fué perfeccionando este servicio, y ya en Diciembre había 12 estaciones telegráficas en la provincia. Nombróse director de telégrafos á don José Araiztegui, que en 1874 empezó á plantear el eléctrico, sirviéndose de los efectos que tenía la línea del gobierno y del ferrocarril. Navarra encomendó la dirección de sus telégrafos al mismo Sr. Araiztegui; lo era ya de Vizcaya don Ramón Ríos, y posteriormente se confirió la dirección gene-



ral de comunicaciones al conde de Belascoain, con 50.000 reales de sueldo (1).

Aun economizando así los gastos, no se cubrían los de la guerra con los ingresos ordinarios, y la diputación de Guipúzcoa repartió un empréstito forzoso sobre la riqueza imponible al tipo de 50 por 100, comprendiendo sólo á los que tenían rentas por más de 4.000 reales: no dando los resultados que esperaban, le hizo extensivo á los propietarios, comerciantes é industriales cuyas rentas no pasasen de 4.000 reales, y se exigió como anticipo reintegrable en Bonos del Tesoro el 25 por 100 de las rentas cuando éstas llegasen á 500 reales y no pasasen de 2.000, y el 33 por 100 desde 2.000 á 4.000, acumulándose las rentas que se poseyesen en diferentes pueblos.

A pesar de tales recursos y esfuerzos para proporcionar más, eran crecientes las necesidades, decretó don Carlos en Azpeitia el 9 de Setiembre de 1873, la emisión de 100 millones de reales en bonos al interés anual del 6 por 100 en series desde 50.000 á 100 reales, amortizables por sorteos semestrales «durante los cinco primeros años siguientes á la pacificación del reino»; considerándose este pago privilegiado y preferente. En el mismo día accediendo á lo propuesto por la junta auxiliar de la frontera, decretaba la emisión en bonos también del Tesoro de 2.500.000 francos, reintegrables en los

(1) Se le abonaba el 15 por 100 ó sean 7.500 reales, pagando Álava el 17 por 100, Guipúzcoa el 22, Vizcaya el 27 y Navarra el 34. Así relativamente á los demás empleados. El haber mensual de la dirección importaba 1.485 reales, y eran ocho empleados, incluso el director.

tres primeros meses de la pacificación de España, emitiéndolos al 40 por 100 de su valor nominal. Estos y otros medios que se inventaban para crear recursos solían ser nulos: se hacía la guerra y se vivía á costa del país.

## LA DIPUTACIÓN CARLISTA DE VIZCAYA

## JUNTAS DE MERINDADES

## XXVIII

Constituidas las nuevas justicias forales de Vizcaya, se dirigió á ellas la diputación en 26 de Setiembre, declarando nulo el arreglo parroquial que anteriormente se había hecho, y restableciendo el servicio antiguo; lamentábase al mismo tiempo aquella corporación del abandono en que por todos se había tenido al clero, mandando se fijaran bandos de buen gobierno, proscribiendo la blasfemia, toda palabra ú acción que ofendiese á la moral pública, y ordenando la rigurosa observancia de los días festivos.

También la diputación carlista de Vizcaya previno á los ayuntamientos la remoción de todos los empleados que no fueran de sus ideas, y se ejerciera exquisita vigilancia sobre los vecinos liberales. Para el suministro de raciones y utensilios se dividió la provincia en siete distritos militares (1), que habían de contribuir en junto con 8.000 raciones diarias (2); y para consultar la voluntad del

(1) Los siguientes: Munguía, Guernica, Marquina, Durango, Villaro, Arrancudiaga y Balmaseda.

(2) Componíase la ración de cuatro onzas de tocino, seis de alubia, ó en su lugar, á elección del distrito ó cuando se pidiera por razón de circunstancias, de ocho

país, participó á las merindades que, con la mayor premura eligiesen y deputasen cerca de aquella corporación dos representantes por cada una de ellas, para que formando todos los que fueren nombrados un cuerpo consultivo, ilustraran en cuantos asuntos se les consultase.

El 6 de Noviembre llamó la diputación á las armas á todos los mozos alistados comprendidos en la edad de 18 á 40 años, adoptando para las reclamaciones de exención, el temperamento de la redención, y creando una junta de agravios (1) que estudiara y resolviera las reclamaciones.

El 4 de Diciembre se reunieron en Durango con la diputación los representantes de las merindades, á los que expuso el presidente de aquella que los puntos, objeto de la convocatoria, consistían en allegar recursos, en determinar la organización del servicio de suministros y en la manera de proveer á la reclamación de los marineros á quienes impedían pescar los vapores de guerra (2). Después de un incidente sobre la

onzas de carne y seis de habichuelas, una libra de pan de primera ó una y media de segunda, y un real en metálico en equivalencia del vino, por complemento de la ración.

La de pienso un celemin y medio de cebada y media arroba de paja, ó un celemin de maíz y uno de salvado, con media arroba de paja.

(1) Compuesta de los señores don Pablo Rotaeché, presidente, y vocales don José María de Ampuero y don Agapito de Urizar, asociándose á ellos el consultor don Pantaleón de Sarachu.

(2) Sobre este asunto, don Gerardo Martínez de Velasco, autorizó desde Ondarroa el 1.º de Setiembre al comandante de armas del mismo pueblo para que ínterin no cesase la prohibición de pescar «proporcionase un jornal á los pobres marineros comenzando por talar los

mayor suma de representación de las villas y ciudad que las demás merindades, que cortó el presidente, no se consideraron los concurrentes con autorización bastante para tratar de recursos, y se propuso la reunión del país en junta de merindades.

Se hizo ver lo agobiados que se hallaban varios pueblos con el sistema irregular que se seguía en el racionamiento de las fuerzas; se propuso crear una junta especial de guerra para proponer á la diputación el alejamiento de cuanto fuese obstáculo para la progresiva marcha de la guerra y su terminación; los medios y recursos que debían imponerse y adquirirse; el exámen de cuantos nombramientos civiles se hubiesen hecho, y que tomada Bilbao fuese la junta, ínterin se reunían las generales del país, la proponente de cuanto contemplara útil, conveniente ó

montes que posean en estas inmediaciones en primer lugar los que hayan pertenecido á la milicia armada de esta villa y se hallan fuera de este pueblo, y en segundo los de propiedad de personas de ideas liberales que hayan tomado parte manifiestamente en contra de la causa y que se hayan marchado del pueblo, con cuyos montes se procederá á la elaboración del carbon cuyo valor en venta servirá para dar el socorro á los que no pueden ganar el sustento diario en las faenas de la pesca. Ínterin se pueda vender el carbon y adquirir el dinero de su importe, será preciso que de acuerdo con el ayuntamiento de la villa, se procure un empréstito en metálico ó en especie para dar alimento diario á las familias indigentes, estableciendo una comisión que se ocupe de este asunto».

Posteriormente, el 5 de Octubre, autorizó Velasco al comandante militar de Ondarroa para que, como proponía, retuviera todas las rentas de las fincas que poseían en aquel distrito los señores Murga, Mugartegui, Onaindia, Bascaran, Arenaza y Muguelar, para aliviar con su producto la situación de los pescadores, y le recomendaba propusiera algún otro medio de arbitrar recursos.

necesario en bien de la causa y de los pueblos. Sin que nadie tomase la palabra para defender ó rechazar la anterior proposición, se pidió su aprobación, que la dieron las merindades de Busturia, Marquina, Orozco, Arratia, Vedia y uno de los apoderados de Uribe, expresando el otro que la aprobaría si la aceptaba la diputación; manifestaron lo mismo los apoderados de las Encartaciones; los de Durango no la aceptaban sin la prévia aprobación de la merindad, y los señores por villas y ciudades se abstuvieron por la misma causa que los de Zornoza.

Volvieron á reunirse los representantes de las merindades, y prévio el exámen de poderes, se suscitó la cuestión sobre si se consideraría como junta de merindades, con carácter deliberante ó como junta auxiliar especial y permanente de guerra, observando el presidente señor Arrieta Mascárúa lo delicado y comprometido que era para la diputación aceptar en principio de derecho formal la idea de junta de merindades porque en todo el presente siglo no se reunió una vez siquiera el país en semejante forma á pesar de las grandes vicisitudes, guerras y perturbaciones políticas por que había pasado el señorío, sino la congregación del país en Guernica en juntas generales extraordinarias, deduciendo que las juntas de merindades que antiguamente se celebraban habían caído en desuso, reemplazadas por las juntas generales extraordinarias; desconociéndose las razones en que se fundaba el país para este cambio por carecerse en la diputación de los antecedentes históricos para consultar é ilustrarse acerca de tan importantísimo punto;

y no queriendo cometer un acto contrario á la nueva jurisprudencia que regía de hecho desde principios del presente siglo, dejaba íntegra esta cuestión á los concurrentes, eludiendo toda responsabilidad y aceptando lo que determinase. Suscitóse alguna discusión y se declaró constituida aquella junta en permanente de merindades hasta que la diputación pudiera consultar al país los asuntos urgentes en una forma más ámplia, proponiendo en tanto la junta á la diputación cuanto juzgase útil y beneficioso al país y á la causa, dando su parecer en todos los negocios que se sometiesen á su consejo. Olvidóse esto en la sesión siguiente; se promovieron cuestiones incidentales que hacían perder un tiempo y una actividad que necesitaban asuntos de más utilidad y urgencia; se trató de nuevo sobre la oportunidad y conveniencia de reunir el país en junta general de merindades, puesto que no podía temerse que las villas y ciudad aún cuando nombrasen cada uno por sí sus representantes especiales, pudiesen abrumar bajo el peso de su votación á la tierra llana de que todas ellas procedían, pues en tal caso computarían también las merindades el número de votos, ó sea de los pueblos que respectivamente representaba, como sucedía en las juntas de Guernica.

Al tratarse la cuestión de recursos se impusieron dos millones sobre la riqueza territorial, no haciéndolo á la industrial y comercial por faltar datos estadísticos, cuya inmediata formación se dispuso á fin de que contribuyera en igual proporción que la propiedad, excesivamente agobiada.

No podía evidenciarse de mejor manera el desorden administrativo de que era víctima la provincia de Vizcaya; así como la insistencia del partido carlista en que los antiguos fueros, «con todos sus defectos y anomalías, fuesen restituidos á Vizcaya en toda su integridad, á pesar de haber reconocido en diferentes épocas sus hombres más importantes, la imposibilidad de poner en práctica muchas de sus leyes, en desuso desde lejanos tiempos (1).»

La principal cuestión sobre si se había de reunir el país en junta de merindades, se aplazó para después de la toma de Bilbao.

#### JUNTA DE NAVARRA — INCIDENTES.

### XXIX

No siendo menos dictatorial el poder de la junta carlista de Navarra que el de las diputaciones vascongadas, hasta se dirigió al ayuntamiento de Pamplona y á los liberales de la provincia, protestando de que aquella corporación hubiese acudido al gobierno para que la autorizara á repartir entre el vecindario carlista de aquella capital la cantidad de 60.000 duros en concepto de contribución de guerra, cuyo hecho, decía la junta, no podía pasar desapercibido para ella, «que en su carácter de gubernativa del reino debía velar solícitamente por los fueros de la justicia, por la integridad de la ley y por los derechos inviolables de sus administrados».

La sublevaba que se exigiera tal contribu-

(1) D. J. A. Delmas.

ción á sus correligionarios paisanos, cuando necesitando ella allegar recursos para las atenciones de la guerra, no se dirigió á la riqueza del país para gravarla con una contribución forzosa, sino con un anticipo reintegrable devengando el interés del 5 por 100. Amenazó al ayuntamiento de Pamplona con repartir otra contribución equivalente para indemnizar la impuesta por ella (1); disculpó el incendio de la estación del ferro-carril de la capital con que era punto fortificado y defendido, y se declaraba defensora de la descentralización más completa.

A este efecto consideró vigentes varias leyes que centralizaban en el gobierno las atribuciones de los ayuntamientos en el nombramiento de médicos y profesores; abolió el registro civil; prohibió salir de Navarra sin autorización de la junta; mandó ingresaran en su tesorería los pagos productos de los plazos de compra de bienes nacionales; arregló perfectamente el servicio de comunicaciones; ordenó sus aduanas (2), y ofició á las autoridades francesas para dilucidar los asuntos internacionales.

La junta carlista de Alava estaba personi-

(1) En 2 de Noviembre acordó que los liberales de Pamplona pagasen una cantidad igual á la que se exigía á los carlistas, y para hacerla efectiva se aplicasen los mismos procedimientos que con aquellos, para lo que quedaban afectos todos los bienes que los liberales de Pamplona poseían en la provincia; y si éstos no bastaran para el cobro, se extendería el gravámen á los bienes de los liberales de Navarra.

(2) La estableció hasta para lo que entraba en Pamplona, cuyo arancel tenemos á la vista, y no existe artículo que no tuviera que tributar, pagando el cebón vacuno 80 reales, 60 cada vaca, 20 el cordero de la Cuenca, y hasta la carga de paja 4 reales.

ficada en el señor Varona, que se mostraba activo, sacrificando en obsequio de la causa que defendía, intereses y afecciones.

De grande auxilio eran estas juntas y diputaciones para la causa por cuyo triunfo trabajaban; pero tenían el inconveniente de mantener vivo el espíritu de provincialismo, tendiendo cada corporación á hacer de su provincia un pequeño estado independiente, que influía de una manera deplorable en el orden militar, pues cada provincia quería tener su ejército para su territorio; desagradaba que de él saliera y viniese al suyo el de la provincia vecina, y esto lo exigían con frecuencia las operaciones combinadas.

No reinaba á veces tampoco la mejor armonía entre las juntas y los jefes militares, y hasta por cuestiones tan baladis como la del tratamiento, mediaron agrias contestaciones entre Dorronsoro y Lizarraga, en las que éste mostró tener en más la causa carlista y la buena amistad que debía reinar entre todos que etiquetas pueriles. Lo mismo sucedía respecto á disponer ó no de la escolta de la diputación, y más adelante veremos lo ocurrido sobre la propiedad de unos cañones.

En la situación anormal que se atravesaba, no podían deslindarse perfectamente las atribuciones; así vemos á Lizarraga prohibir terminantemente el juego de azar en todos los pueblos en que ejercía su autoridad como comandante general, no permitiendo en los cafés y establecimientos públicos más que los juegos lícitos, y aun éstos hasta las nueve de la noche en invierno y las diez en verano, que se cerrarían aquellos; encomendaba á los

alcaldes y á las autoridades civiles y militares el cumplimiento de lo que mandaba, y designaba la penalidad para los paisanos y militares.

En 21 de Diciembre mandó á la diputación para que le imprimiera inmediatamente y le repartiera con profusión, un bando en el que exponiendo sus esfuerzos y reclamaciones al general Loma para que contuviera á sus tropas, dice que habían sido desatendidos «y continuaban las iniquidades y atropellos; que la guerra que hacían lo era de destrucción y exterminio, indigna de gente civilizada»; siendo responsables de tales hechos los jefes que los mandaban ó ejecutaban y los republicanos de la provincia que los aconsejaban; por lo que decretó que todo prisionero al que se probase que había mandado, aconsejado ó tomado parte en los incendios que se habían ejecutado, sería pasado por las armas como incendiario, y secuestrados todos los bienes y rentas de los liberales de la provincia, para atender con ellos á la restauración de los edificios arruinados y á la indemnización de los daños de todo género causados por las tropas liberales (1).

Oficiaba el 23 á la diputacion para que se nombra en tres comisiones, una destinada á incautarse de todos los bienes de los liberales de la provincia, otra para formar una relación de los daños causados por las tropas republicanas á las familias carlistas, resarciéndoles todos los perjuicios, y la tercera para que albergara en las casas de los liberales á todas las familias carlistas que ha-

(1) Cuartel general de Arona 21 de Diciembre de 1873.—Antonio Lizarraga y Esquirós.

bían quedado sin hogar ni ganado. Al día siguiente insertó en la orden general á sus tropas este oficio, cuyo último párrafo suprimimos por mútuo decoro (1).

Involucrábanse las atribuciones de unos y otros; pero como en las cuestiones con Lizarraga, había de parte de éste más bien exceso de celo que dañada intención, se creaban pronto cordiales inteligencias. Todos contribuían á organizar la guerra y á ir formando dentro de España un verdadero estado independiente, en el que don Carlos reinaba y gobernaba con seguridad completa.

#### DIPUTACIONES LIBERALES

#### XXX

Las diputaciones liberales de las provincias Vascongadas y Navarra, luchaban con mayores inconvenientes que los carlistas, porque estas representaban el espíritu general del país y se imponían con ménos consideraciones que las liberales. Necesitaban estas hacer esfuerzos, sacrificios inmensos para sostener el espíritu liberal, combatir á los enemigos y satisfacer los deseos de los jefes del ejército, que demandaban los recursos

(1) Se añadió lo siguiente: «Lo que se hace saber en orden general de este día para consuelo de los voluntarios, cuyas familias han sido reducidas á la miseria ó privadas de gran parte de sus bienes por los bárbaros incendios y saqueos de las tropas republicanas, y á fin de que todos sepan que pronto se remediarán en lo posible los daños causados por los mismos, indemnizando con los bienes de los liberales á todas las familias que tan inhumanamente han hecho desgraciadas.—El comandante general, segundo jefe de E. M., Jacinto Py y Calvo.—El general comandante general, Lizarraga».

que del gobierno debían recibir y no llegaban puntualmente.

La diputación guipuzcoana que en Junio de 1873 tenía unos 450 migueletes armados, con alistamiento abierto para muchos más, y cuerpos de voluntarios móviles, que próximamente llegaban al mismo número, costándole unas 2.500 pesetas diarias, sin contar otros gastos, habiendo además en la provincia sobre 4.000 voluntarios armados, protestó del pedido de dos millones de reales que hizo el gobernador civil, por ser contrario; y reconociendo la misma corporación que era cada vez más anormal la situación del país y había exigencias imprescindibles, se afanaba por atender á su derecho y á lo que el triunfo de la causa liberal demandaba.

La diputación carlista llamaba á las armas á todos los mozos de 18 á 40 años de edad, y la liberal ordenaba la presentación de los mismos en el punto fortificado que la diputación designara para darles trabajo ó abonarles una peseta, imponiendo una y otra corporación fuertes tributos á los que no se presentasen. Más exigentes los carlistas y menos escrupulosos, enviaban partidas á recoger los mozos de los pueblos y las convertían en soldados, que llamaban voluntarios.

Precisada la diputación liberal á aumentar su fuerza armada, elevó á 500 el número de migueletes (aunque otros deseaban 1.000), para destinarlos á los cuatro distritos de la provincia en columnas volantes de á 125 hombres, sosteniéndoles los mismos distritos con el importe de la contribución mensual decretada por la junta. Ordenó que ca-

da pueblo tuviera un número de voluntarios igual al total del 4 por 100 de su población (1), imponiendo una contribución para su sostenimiento, y se repartió también la de 1.127.503,08 pesetas sobre las rentas de la propiedad territorial, productos del ganado y las utilidades de la industria y comercio, que no pudo cobrarse en la mayor parte de los pueblos, haciendo así más crítica la situación de los liberales, y especialmente de la diputación, que veía esterilizados sus afanes, y no logrados sus buenos deseos.

San Sebastian, distinguida siempre por su liberalismo, que se hallaba con un déficit por los gastos soportados en la anterior insurrección de 884.000 reales, gastó hasta la fecha, en fortificaciones, armamento, hospitales, etc., 720.000, y suministró á Loma y á sus tropas 1.600.000, que arrojaba un total hasta 17 de Noviembre de 3.204.000 reales. Posteriormente suministró el vecindario efectos y viveres para los hospitales, además de la asistencia personal, 200.000 raciones para Tolosa y cerca de 100.000 más para las tropas.

Este era, sin embargo, el principio de nuevos sacrificios, pues el 16 de Diciembre se reunió el ayuntamiento de San Sebastian en sesión extraordinaria, á fin de garantizar un anticipo para el ejército del Norte, rogando á los señores á quienes el gobernador civil se había dirigido que respondieran á su llamamiento.

(1) No se incluían los pueblos de Eibar, Guetaria, Hernani, Irún, Lezo, Lizarza, Orio, ambos Pasajes, Rentería, San Sebastian y Tolosa, por tener completo el número de voluntarios que les correspondía.

## HACIENDA PÚBLICA

## XXXI

A la deplorable situación del país se unía la más lamentable aún de la Hacienda pública.

Desde el 11 de Febrero en que se inauguró el tercer período de la revolución, sucedieron en diez meses y medio seis ministros de Hacienda, bastando esto para completar su desorden, pues por grandes cualidades que reuniesen, y abundando en los mejores deseos y en el más acendrado patriotismo, nada podían realizar ante la continua agitación que reinaba, y agobiados por toda suerte de contrariedades.

La situación del tesoro público en 28 de Febrero de 1873 presentaba un déficit de 428.593.326,83 pesetas, habiendo descendido en 15 de Abril á 412.111.324. Para atenderle, se contaba con la negociación de billetes hipotecarios en cantidad de 150 millones de pesetas, y la de pagarés de los compradores de las minas de Riotinto, que ascendía á 87 1/2 millones de pesetas; todo lo cual era insuficiente, y los gastos seguían aumentando. Esto en un presupuesto de gastos de 591.959.971 pesetas y 40 céntimos.

El desnivel del presupuesto llegó á hacerse superior á la riqueza tributaria del país. Se exponía con triste verdad la angustiosa situación del tesoro; se llevó á casi todos los ramos el espíritu de economía hasta donde se creía posible; se desterraron inveterados abusos; se simplificaron en algo varios servicios públicos que aún observan vergonzoso-

sas rutinas basadas en una suspicaz ignorancia; y más hubieran hecho aquellos ministros que se sucedían como cuadros disolventes, á contar con más tiempo y más libertad de acción.

Atribuyóse al señor Tutau la idea de imponer la circulación forzosa de los billetes de Banco, habiéndose revestido después este pensamiento con formas seductoras. Es cierto que rige en la mayor parte de Europa y América, pero también lo es la depreciación que en casi todas tiene; y el señor Tutau, que había felicitado en el Congreso al señor Figuerola porque había rechazado semejante procedimiento, salió del ministerio sin que gravite sobre su nombre tan triste recuerdo.

El carlismo, en tanto, aumentaba y adquiría simpatías de fracciones que por huir de la república y de la federal, renegaban de un liberalismo anterior más ó menos pálido, ó mostraban más resueltas sus inclinaciones reaccionarias. La guerra de Cuba presentaba complicaciones con los Estados Unidos, y el ministro señor Carvajal, obligado á arbitrar recursos, no pudiendo acudir al crédito obtenía de las Córtes el empréstito forzoso de 175 millones de pesetas, reintegrable en diez años. Justo es consignar, rindiendo el debido homenaje á la verdad, que antes y después de la guerra civil, la cantonal y la de Cuba, los ministros que se han sucedido, de muy opuestos bandos, todos, sin vacilar, han cumplido con su deber, cargando con las mayores responsabilidades y soportando las inmensas amarguras que la gestión de la hacienda trae necesariamente.

Era difícil atender al pago de las obliga-

ciones más apremiantes y allegar los recursos necesarios para satisfacer los intereses de la Deuda vencidos en 1.º de Julio, que excedían de mil millones, sin completar los de los dos semestres anteriores, quedando ilusoria, precisamente en el segundo semestre, la oferta que se hizo á los acreedores de estar asegurado por cinco años el pago de las dos terceras partes, que debían percibirse en metálico.

#### RESTABLECIMIENTO DEL CUERPO DE ARTILLERÍA

### XXXII

El ministerio Castelar, ó más bien este gran tribuno, fué una contrariedad para los federales, un inconveniente para los carlistas y una esperanza relativa para los demás partidos. Antepuso, sin duda, el señor Castelar, el interés de la patria á los de partido; tuvo el valor de combatir hechos cuyas teorías había defendido, y considerando que no podía haber patria sin orden, sin ejército y sin administración, á conseguir todo esto dedicóse afanoso sin mirar las ideas políticas de los que habían de defender la patria, organizar el ejército y ordenar la administración. Todos acudieron á su leal llamamiento, y todos le ayudaron desinteresadamente.

Una de las principales cuestiones que se propuso resolver fué el restablecimiento del cuerpo de artillería, cuyos oficiales, después de su disolución, creyeron no era decorosamente posible permanecer fríos espectadores de los excesos cantonales, y acordaron investigar los elementos y medios de acción con que para este fin podrían contar, y con-



tribuir en la medida de sus fuerzas á lo que estimaban en tan críticas circunstancias ineludible deber. La junta encargó á algunos de sus oficiales dirigirse al extranjero, ponerse en relación con cuantas personas estuvieran animadas de igual propósito, ver de llegar á un acuerdo comun en que se sacrificaran las opiniones y miras personales al interés supremo de la salvación de la patria, y dar cuenta á la junta del resultado de sus gestiones para la resolución conveniente. Apenas acordada esta medida, se avistó con ellos el director de *La Epoca*, de los que más los habían defendido en la llamada cuestión artillera, y se ofreció á acompañar á los expedicionarios. Sin ocuparse en investigar el motivo de esta oferta, la junta no vaciló en aceptarla, manifestando se congratulaba de ella, por cuanto le proporcionaba el medio de que persona extraña á la corporación pudiera presenciar y dar siempre desinteresado testimonio de las miras que habían de dirigir todos sus pasos.

Se trasladó la comisión á Francia, habló en Biarritz con el duque de la Torre, en París á la reina doña Isabel y doña María Cristina; y como algunos pensaran en buscar en una monarquía española la salvación del orden y de la patria, que en peligro consideraban, resolvieron ver al príncipe Alfonso en Viena, y apreciar la posibilidad de una fusión entre los elementos monárquicos de España. En las conferencias con aquellas augustas señoras no pudieron algunos afirmarse en la tendencia que tuvieran favorable á don Carlos: hablóles al alma la reina Cristina, recordándoles una situación, si no tan

grave, parecida á la que atravesaba España, citando los sucesos de la Granja en 1836, los asesinatos de Escalera y Sarsfiel, etc., que tanto ayudaron al crecimiento del carlismo, y tales razones adujo aquella señora, que adquirieron aquellos jefes el convencimiento de que era imposible una fusión monárquica, como la que por entonces se realizaba en Francia, siendo diferentes los derechos de los príncipes. Marcharon sin embargo á Wiesbaden, para conocer la actitud de Cabrera, y convenciéronse los mensajeros, de que, ayudando los sucesos, aquel personaje que fué carlista, sería poderoso elemento para la restauración de don Alfonso. Se instalaron después en Bayona, y entablaron relaciones con el general Caballero de Rodas y con el marqués de Gramosa.

Durante su breve estancia en París, tuvieron casualmente la satisfacción de oír de boca de algun importante banquero ultramarino, la espontánea manifestación de que únicamente para cualquier empresa que ellos organizaran, y no para otras que se intentasen, habría disponibles cuantos recursos fueran necesarios.

La comisión permaneció en Bayona, esperando le remitiesen de Madrid un proyecto que debía ser redactado por algunos hombres políticos y presentado á don Carlos; pero la entrada de éste en España para ponerse al frente de sus huestes, hizo se desistiese de semejante idea, la cual, por otra parte, tampoco hubiera podido llevarse á cabo, porque el proyecto no llegó á formularse. Aunque extraño esto, se explicaba naturalmente por la gran variedad de planes que se

discurrían, y por la dificultad de llegar á un acuerdo y que éste fuera verdaderamente practicable. Había quienes, como resolución definitiva, no querían oír hablar sino de república unitaria; otros que solamente la aceptaban como transición para la monarquía de don Alfonso; varios que proponían una regencia en que estuvieran representados el elemento liberal y el carlista, para que después de restablecer el orden, valiéndose de las fuerzas reunidas de uno y otro partido, se recurriese á un plebiscito para la determinación del monarca que hubiera de ocupar el trono; los partidarios de una fusión entre las dos ramas, aceptaban como rey á don Carlos, con la condición de adoptar este como príncipe de Asturias á don Alfonso, casándolo con su hija, así como con una de la reina Isabel á don Jaime, constituyendo para éste un reino en Cuba ó Filipinas. No faltaban por último quienes, prescindiendo de todas estas combinaciones, pretendían verificar un levantamiento en Asturias y Galicia en favor de don Alfonso. Unos y otros proyectos adolecían de poco prácticos, bien por falta de fuerzas más ó menos organizadas con que ejecutarlos, bien porque de apoyarse para ello en las de don Carlos, quedaría de hecho al arbitrio de éste el respetarlos ó no.

Trabajábase en tanto en Madrid para llevar á las filas carlistas á algunos despechados oficiales de artillería. Nocedal escribió al secretario de don Carlos una comunicación autógrafa, que entre otras cosas decía lo siguiente: «Si no se arregla lo del cuerpo de artillería, y tengo esperanzas de que no se arreglará, acaso se haga un excelente nego-

cio para la causa salvadora de España. Van cayendo en la cuenta algunos de sus oficiales y jefes de que no hay otro modo de librar á España de sus males, y de sacar ileso su honor y el de sus hijos y moradores, que ponerse franca y resueltamente al lado del Señor. Si pueden traer consigo á sus antiguos soldados, negocio redondo, quizá el paso decisivo, ¿quién sabe? Si Dios ayuda por este lado puede aparecer el arco iris. En previsión de esto, creo conveniente y aun preciso, que me envíe V. firmado por el Señor un nombramiento de comandante general de las provincias de Aragón á favor de don J. P. R. Es un coronel de artillería que mandaba el arma que guarnece á Z....., el cual y dos comandantes del mismo, están dispuestos á sacar el regimiento con sus cañones, municiones, etc., proclamar al rey, y ayudados de 200 buenos infantes y un escuadrón de caballería que quizá se les proporcionen, dar un golpe de mano que sería hermoso. Mucho, muchísimo silencio sobre esto; que si bien no respondo, ni mucho menos, de que suceda, algunas esperanzas tengo.—Trujillo» (1).

Por otra parte, la sola causa de la fermentación de aquellos planes y lo que explicaba su existencia y les podía comunicar algún vigor, eran las vergonzosas y anárquicas escenas que en la Península ocurrían. Empezaron después á calmarse los ánimos á medida que fué viéndose en el gobierno mayor firmeza para reprimir los desórdenes, y decidida tendencia á restablecer la tranquilidad é impedir la desmembración cantonalista.

(1) Nombre de guerra de don Cándido Nocedal.

Esta actitud del poder, hizo desaparecer los motivos que habían obligado á aquellos oficiales á adoptar las determinaciones que hemos reseñado y volvieron á Madrid.

Apenas verificado su regreso, recibió la junta una carta de algunos de sus compañeros que habían abrazado la causa de don Carlos, invitando á los demás que siguieran su ejemplo. La junta les contestó lamentándose de que se hubieran separado de la masa general del cuerpo, invitándoles á unirse de nuevo al mismo, si las leyes del honor se lo permitían (1).

Para la nueva actitud de los oficiales de artillería fué la más segura garantía de los propósitos del señor Castelar, el nombramiento del general Zavala de director del arma; pues á las altas prendas personales y dilatados servicios, se unía su representación política, que tan simpática había de ser para aquellos, por lo que fué perfectamente recibido, pues que ya de antiguo lo conocían como director general de artillería que había sido en 1863. Bajo tan buenos auspicios, se llevó á cabo el restablecimiento del cuerpo, sin la menor dificultad, siendo muy corto el número de oficiales que no volvieron á su puesto.

Estaba, pues, completamente terminada la reorganización en la parte personal al cesar aquel general en este cargo por pase al ministerio de la Guerra (3 de Enero de 1874), pero no así la parte de material, pues el incremento que había tomado la guerra desde principio de 1873, las insurrecciones cantonales, las pérdidas y consumos de material

(1) Véase el documento núm 3

de todas clases, sobre todo de armamento y municiones, por unas y otras causas, la necesidad de aumentar el ejército, la paralización que habían experimentado estos servicios en los ocho meses que estuvo separado el cuerpo facultativo, por la imposibilidad material de reconstituir la organización destruida y cuando precisamente son servicios que exigen á la vez que dinero, tiempo é inteligente dirección, hacía que se careciese completamente de todo.

El general Zavala, en los tres meses que estuvo al frente del cuerpo, impulsó estos ramos con su incansable actividad, y á la vez que se daba el mayor desarrollo á la producción de las fábricas del Estado, se hicieron adquisiciones de fusiles en el extranjero, de 85 millones de cartuchos de Octubre de 1873 á Abril de 1874, y 118 cañones Plasencia, alguno de los cuales ya pudieron figurar en Abanto: aumentábase á la vez en los regimientos el personal, ganado y material, creándose en el citado Octubre las terceras secciones de las 12 baterías de montaña que había: en Noviembre del mismo se pusieron seis baterías y tiros de á tres parejas en vez de dos en los cinco regimientos montados; en Enero de 1874, terceras secciones á las 30 baterías de esta clase, elevándose por lo tanto en tan corto período el número de bocas de fuego en los regimientos montados y de montaña, de 148 á 252, con cuya operación coincidió el cambio de piezas que tenían antes los de montaña, efecto de la adopción del sistema Plasencia, lo que exigió la construcción y transformación del material de los 48 cañones que usaban del modelo antiguo.

## CONSIDERACIONES Y PARALELOS

## XXXIII

El partido carlista, siempre jóven por su entusiasmo, apasionado por su fe y fuerte por su convicción, después de ser vencido en Vergara en 1839 y expulsado á Francia desde Berga en 1840, pudiendo decir su glorioso vencedor, ya no hay más carlistas, intentó á poco volver á encender la guerra en el Maestrago, que la combatió prósperamente Zavala, y la terminó después Villalonga; levantó en armas en 1846 una gran parte de Cataluña; acudió allí Cabrera; pelearon juntos los montemolinistas y republicanos, y fueron todos vencidos por don Manuel de la Concha en 1849; pretendieron inútilmente en 1855 probar fortuna en Aragon, y años después en la Rápita; no cesaron de conspirar, especialmente desde la revolución del 68, y ya en 1872 se lanzaron al campo. Pero aquella efímera insurrección batida en Oroquieta, y terminada por el tan alabado por unos y combatido por otros, convenio de Amorevieto, renació como el fénix de la fábula en 1873, y llegó á adquirir, si no colosales proporciones, por no haber sido desde un principio bien dirigida, verdadera importancia al ménos.

Expuestas quedan las causas que á ello han contribuido; más que á los esfuerzos incesantes de los carlistas, se debe á lo que poderosamente ayudaron algunos liberales indisciplinando al ejército; motivos ambos más que suficientes por sí solos para encender la guerra, aun sin contar con otros no ménos pode-

rosos para enardecer las pasiones. Aunque estas los tienen todos los partidos políticos en España, y en ellas suelen inspirarse más que en el verdadero patriotismo, están tan hondamente arraigadas en los defensores de don Carlos, que se explotan con asombrosa facilidad. Las masas carlistas han abdicado generalmente hasta de su propia voluntad.

La tradición es una ley constante para el carlismo, y en su servilismo—perdónennos esta palabra, hablamos políticamente—todo su sistema político lo personificaban en su rey ó señor.

En la pasada guerra civil, se hallaban frente á frente la sociedad moderna y la antigua; ésta personificada en don Carlos, y si aquella lo estaba en Isabel II, era porque la querían los liberales constitucional: para los carlistas no había más que el rey, nada superior ni igual á él. Defendían á la reina los que pretendieron resucitar, y resucitaron, la Constitución de anteriores épocas; y aclamaban al príncipe proscrito los que miraban como un peligro nacional la participación directa del pueblo en la gobernación del Estado, odiando el individualismo proclamado por los filósofos y políticos que pusieron en el siglo pasado los cimientos de la revolución francesa, y anatemizando á los enciclopedistas, á quienes han comparado á un arquitecto que para anotar todas las piedras que componen un monumento, las arrancan una á una, demuelen poco á poco el edificio, y después de haberlo destruido por completo, dejan el suelo cubierto de ruinas.

Creían, además, los antiguos carlistas, te-

ner á su favor el derecho, é invocaban la pragmática de Felipe V, revocada en Córtes por Fernando VII á favor de las hembras; é interesando á una gran parte del clero secular y á casi todo el regular, supieron aprovechar los elementos que les favorecían, para iniciar aquella lucha que tuvo que terminar por un convenio.

Ahora se ha invocado también el derecho, aunque no se nombraba, negando el de la nación representada en Córtes, y sometiendo su triunfo á la fuerza de las armas. Y aunque tácitamente se reconoció el derecho de la soberanía nacional al aceptar las consecuencias dinásticas de la revolución de Setiembre de 1868, se negó el de la familia destronada, para aclamar el de la que ha sido cuatro veces vencida, y una, á la vez, perdonada. Es innegable, pues, que la cuestión de derecho no existe, al ménos para los que consideramos la soberanía nacional como fuente de todo derecho político. Invóquese la conveniencia política, el querer satisfacer la aspiración de muchos españoles, y habrá más lógica. No creemos ofender con esto al partido carlista; nos admira su constancia, envidiamos su fe y respetamos su convicción; pero debemos rendir el debido tributo á la verdad y á nuestra conciencia. No han escrito los defensores de don Carlos en su bandera la palabra *Derecho*, sino las de *Dios, Patria y Rey*, que figuraban también al frente de su periódico, y en ello obraron con acierto.

No admitiendo la libertad, ni aún la tolerancia religiosa, han podido interesar á una gran parte del clero, injustamente desatendido, no sólo por la república, sino por

gobiernos anteriores, y fué este gran elemento al campo contrario á levantar una verdadera cruzada religiosa. El clero parroquial, ya que no fuera halagado, debió ser considerado. No estaba seguramente desatendido el clero vascongado, que en muchos pueblos hasta el oneroso diezmo seguía cobrando; pero allí era carlista, y se valió de la religión para soliviantar los ánimos de sus sencillos feligreses. En el púlpito se predicaba contra los liberales, á quienes se llamaba herejes; en el confesonario se absolvían todos los pecados comprometiéndose el pecador á ir á la guerra, y haciendo que las mujeres estimularan á los hombres á tomar las armas; y á esa guerra fratricida se la llamaba santa, ¡é iría al cielo el que en ella muriese!

Todos los gobiernos, incluso el republicano, han mostrado interés en la integridad de la patria, en su honra, en su enaltecimiento, aunque no todos han evitado que se verificaran actos que, más que á conservar la integridad de la patria, han tendido á desmembrarla; que, más que á honrarla, la han manchado, y en vez de contribuir á su enaltecimiento, han disminuido, cuando menos, su crédito, paralizado las fuentes de su riqueza y rebajando su importancia política. Pero ¿aseguraría don Carlos, como ha ofrecido su único prelado en Estella, «aquellos días felices de profunda paz, sin sustos, sin revoluciones, sin pronunciamientos, con un gobierno justo, fuerte y paternal, reponiendo la hacienda, consolidando el crédito, pagando las deudas y haciendo renacer en todas partes el bienestar y la abundancia?»

No era el medio escogido el que á tan utópico bien nos llevara.

Al presentar un rey ante una república, personificaban en aquel la nación ó las Españas, como antes se decía. El programa era, pues, un Dios á quien adorar, una patria á quien servir y un rey á quien obedecer. No podía carecer el partido carlista de partidarios de estos principios, y reunió en su defensa muchos miles de hombres armados, que voluntarios unos, seducidos otros y forzados bastantes, se batieron todos, sin embargo, con entusiasmo ardiente, y murieron con resignación cristiana. Así se oía en todas partes el espantoso ruido del encarnizado bregar de los partidos, asfixiaba el humo de la pólvora y se veía enrojecida la tierra con sangre de españoles. ¡Qué extraño es que se sobrecoja el ánimo, no de temor, sino de lástima, de dolor, y sienta uno más ardiente en su pecho la llama del patriotismo, así como la madre suele sentir más cariño hácia el hijo más desgraciado!

Sólo vemos españoles en uno y otro campo, todos valientes, todos entusiastas é identificados con la causa que defendían; por esto al reseñar la guerra civil, nos inspiramos en nuestra conciencia, no en la pasión política.

Orgullosos los vascongados con la conservación de sus costumbres, y aferrados á ellas tenazmente, procuraban á toda costa conservarlas. Así se ha transmitido de unos á otros aquella intrepidez y perseverancia en todos los peligros y fatigas de la guerra, aquel desprecio de la muerte, aquella cons-

tancia en sus aficiones, aquel odio implacable de sus enemistades, siendo no menos á propósito para provocar al enemigo que para combatirle. Agiles, flexibles, nerviosos y muy vivos en sus danzas, que no han sufrido variación alguna, al son del tamboril y de una flauta, inquietos, turbulentos, tan pronto para irritarse como para sosearse, vése en los actuales vascos retratados los primitivos pobladores de las costas de aquel mar, que las azota impetuoso, de aquellos montes que abrigan entrañas de hierro, de aquellas cordilleras cubiertas de bosques seculares, pobladas de durísimos robles y de corpulentas y fuertes ayas, y de aquel suelo que sólo presenta alguna pequeña llanura, donde los ríos tienen su lecho, por el que no se desliza muchos tranquilamente sino en bulliciosas cascadas. Aprovechándose de tales ventajas naturales, y explotando la sencilla credulidad de aquellos habitantes y sus cualidades para la guerra, la inaugurada en 1833, hizo su principal teatro del país vasco, que en 7.200 kilómetros cuadrados, abriga una población de cerca de 500.000 almas.

Ahora ha sido también ese país el principal teatro de la guerra que se ha sostenido, y se ha explotado igualmente el sentimiento religioso y la credulidad de sus habitantes. Si á la sazón no habia conventos en que se fabricaran cartuchos y se reunieran armas, no ha sido indiferente á algunas tramas el monasterio de Loyola, aunque no todos sus ilustrados pobladores tomaran en ellas parte, é iglesias parroquiales tuvieron depósitos de fusiles, que repartieron algunos curas.

Unos comparan y otros rechazan la analogía que pueda tener la última guerra civil con la pasada de los siete años, y todos tienen razón, hasta cierto punto. Desde luego resalta un hecho notable, que honra á ambos contendientes, y muy especialmente al liberal, pues siendo el más fuerte, dominando el gobierno constituido en casi toda la nación, y sido el primeramente atacado, no hizo ahora con los primeros prisioneros lo que en 1833 en Talavera de la Reina con Gonzalez, sus hijos y los que se aprehendieron, y con don Santos Ladron en Pamplona; y eso que en esta guerra lo autorizaba en parte el proceder de algunos enemigos.

Los sentimientos de humanidad han progresado de una manera evidente, y ha sido más enaltecida la personalidad humana: prescindiendo de los desmanes de algunos jefes de partidas que, más que combatir á los liberales, demostraron hacer la guerra á la civilización, y ejecutaron actos de innoble venganza y de bárbara saña, no ha tenido que venir ningun extranjero con un nuevo tratado de Elliot á regular la guerra.

En la pasada lucha sirvieron las armas de muchos voluntarios realistas para los defensores de don Carlos, y en esta han tenido idéntico destino no pocas de las de los voluntarios federales. Entonces, como ahora, fué una parte del clero poderoso instrumento para soliviantar los ánimos y enardecer las pasiones; á los hombres que más querían la paz, les asustaba el reinado de una niña, que exigía una prolongada regencia, que había de ser necesariamente como todas las que en España ha habido, turbulenta y bulliciosa, por-

que durante ellas tienen más campo los instintos aviesos y surgen desmedidas ambiciones, y á gentes hoy pacíficas les asustaban los excesos, si no de la república, de algunos republicanos, y sin ser carlistas, se han cruzado de brazos, se han resignado y han fiado á la Providencia la suerte del país. En 1833 había convicción y pasión en unos y otros; cuarenta años despues solo existían estas cualidades en los carlistas; faltó el espíritu público en los pueblos liberales, con algunas honrosas excepciones: los defensores de don Carlos aclamaban un rey; los liberales no tenían bandera fija, solo aclamaban la libertad alguna vez; en la mayor parte de las acciones que ha babido, si no en todas, se ha victoreado el nombre del regimiento que ha entrado en fuego, y á los gritos de ¡viva Barbastro, Mendigorria, Luchana, Alcolea, etc.! se lanzaban briosos los soldados de estos cuerpos á bregar con el enemigo, á dar ó recibir la muerte.

El principio de la anterior guerra fué más importante que el de la actual: con 27 batallones de voluntarios realistas se levantó Merino en la provincia de Burgos, á la vez que todo el país vascongado se alzaba en armas, y en muchas partes de España *se tocó tambor y levantó estandarte* por don Carlos, y se les presentaron valientes y entendidos jefes, el genio organizador de Zumalacarregui, y eludiendo encuentros, ejecutando sorpresas, efectuando emboscadas, llegaron á tener ejército que oponer al liberal.

Ahora también le tuvieron, aunque no jefes, ni buenos consejeros don Carlos; porque don Joaquín Elío pertenecía ya á la historia.

Al carácter indolente que siempre le ha distinguido, se unía lo avanzado de su edad, y si esto podría no ser obstáculo tratándose de una guerra extranjera, es una dificultad insuperable, es un imposible en una lucha civil en la que es imprescindible esa movilidad constante, esa actividad febril que exigen las operaciones frecuentemente improvisadas, y efectuar movimientos por montes y veredas, donde ni á caballo puede transitarse en algunos puntos. El sordo marqués de Valde-Espina, sería un excelente ministro de Estado, pues aunque estudiara la ciencia militar en su palacio de Astigarraga ó en el de Ernua, no era el llamado á distinguirse practicándola. Don Cástor Andechaga valía mucho, pero era un anciano que apenas supo salir de las Encartaciones en la pasada guerra: Lizarraga, quizá el carlista de más fe y el más fervoroso cristiano, supo batirse no mandar, y se le atrevió el mismo cura Santa Cruz: Dorregaray fué excelente organizador, y poseía buenas cualidades militares, si bien le faltó arranque para vencer las contrariedades que le suscitaban; lo mismo sucedió á Mendiri, dotado de grandes conocimientos militares, de acrisolada honradez y de gran dignidad, y Ollo y Radica infundieron con justicia grandes esperanzas, que destruyó pronto la muerte. Otros se hubieran distinguido sin las causas que lo impidieron, y ya expondremos. Todos fueron valientes sin duda; mas no bastaba esto para ponerse á la cabeza de los carlistas, cuyos mandos se conquistan con grandes méritos y con la popularidad; y preciso es decirlo, ninguno la tenía más que entre sus afiliados.

Así que don Carlos desperdició, ó le hicieron desperdiciar, las ocasiones que la federal le proporcionaba; no tuvo jefes capaces de hacer frente á los peligros que se aproximaban y habrían de abrumarle en breve, ni estaba rodeado de los consejeros que su situación necesitaba. Prescindiendo del Padre Cirilo, que valía mucho, hay mucha distancia del obispo de Urgel al de León: éste fué un gran carácter, que ni quiso reconocer en vida de Fernando VII á su hija como princesa de Astúrias, que rechazó valiosas ofertas y sufrió gustoso el ostracismo, y conocida es de todos su famosa contestación á Cefranga, y lo que hizo en León; el de Urgel hasta tomó asiento en las Córtes liberales democráticas.

Contaba don Carlos con grandes y valientes masas de hombres, para las que necesitaba jefes organizadores como Zumalacarregui; generales del tranquilo y jamás mermado valor de Villarreal; del indomable arrojo y bravura de La Torre; de la valentía ó instrucción de don Sebastian; de la pericia militar de Eguía; del carácter y condiciones militares de Maroto; de la audacia de Gómez, de la travesura de Zaratiegui; de un Cabrera para el Maestrazgo, y de un conde de España para Cataluña. ¿Qué concepciones que revelen génio, ni aun atrevimiento se han visto en el año de guerra que llevamos narrado? ¿Cuánto más no ha hecho Santes en el Oriente de España que tantos jefes en el Norte? La toma de Estella fué empresa de un batallón, y allí la guerra ha estado limitada siempre á la defensiva, gastando fuerzas en un sitio como el de Tolosa, que no tenía importancia mili-



tar ni política en el estado en que se puso la guerra, y dejaron llegar á Moriones á esa misma población, pasando de noche por puertos, barrancos, desfiladeros y cañadas, sin que le molestara ni un aduanero.

Achaque es de todos los partidos en España, esa honda división no contenida ni aun por la desgracia, y no hay razón para que el carlista se librara de ella. Sin remontarnos á época lejana, sino al principio de la anterior lucha, con ella comenzaron las disensiones: la elección de Zumalacarregui para jefe la combatieron los partidarios de Eraso, alegando mayores méritos y graduación; pero pudo sobreponerse á todos el caudillo de Ormaiztegui, imponerse, y sus hechos le ensalzaron. Mas no por esto aunó las voluntades: su elevación le ocasionaba mayores enemigos; y porque obraba por sí en los negocios de la guerra, y admitió la capitulación de los nacionales de Villafranca de Guipúzcoa, á los que querían sacrificar los cortesanos de don Carlos, le llamaron Tomás I, y tanta guerra le hicieron, que presentó en Vergara la dimisión de todos sus cargos. Su muerte, con la que tanto perdía la causa carlista, no fué sentida por todos. Moreno y Maroto se odiaban, y aun llegó el caso de exponer el primero á una derrota al segundo, por no acudir en su auxilio en Arrigorriaga. Gomez, tan fiel á la causa carlista, que tantos servicios la prestó con su famosa expedición, fué procesado al regresar de ella; y al volver de la llamada real que trajo á don Carlos á las puertas de

TOMO III

Madrid. ese mismo príncipe se hizo instrumento de partido al dar el incalificable decreto y alocución de Arciniega, que produjo la formación de causa contra Elio y Zaratiegui en la que se vió implícitamente encausado don Sebastián. Impresa está la defensa que del primero hizo Vargas; en ella, y en la de Zaratiegui por Madrazo, pueden verse los rencores, las miserias, hasta los crímenes que tanto daño hacían en el campo carlista. Estaba en el poder el partido apostólico, que era el intransigente, el fanático que decía á don Carlos por boca de su jefe, el obispo de León: *Señor, los brutos hemos de llevar á V. M. á Madrid; nada de generales de carta y compás*: pusieron á Guergué á la cabeza del ejército, y al ser destrozado por Espartero y Zavala en Peñacerrada, cayó también aquel partido, y subió al poder el más ilustrado y transigente, que tenía por jefe á Maroto. Desesperados los vencidos conspiraron, y Maroto fusiló en Estella á los que le hubieran fusilado á él: desde entonces la guerra entre ellos fué á muerte, y acabó con la causa carlista.

En esta última guerra hubo la misma lucha, agravada con la que existía entre los nuevos y los viejos carlistas, y esto sin tener en cuenta lo sucedido con Santa Cruz. Prescindimos también por completo de los partidarios de Cabrera. Los de don Carlos, como todos los partidos, no aprenden en la historia, pues se ven atormentados por los mismos elementos disolventes que causaron su anterior desastre. Toleraron, pero no perdonaron á los que convinieron en Amorevieta, y transigían más que con éstos con los con-

14

venidos en Vergara, aun cuando tampoco los querían; y faltos los viejos carlistas de un jefe de mediano valer, aceptaron á Elío, enemigo siempre de los apostólicos y procesado por ellos; dándose el contrasentido de que le combatieran los nuevos carlistas: de todos modos, no era Elío seguramente el llamado á dirigir aquellos. Por carácter y por costumbre, no era hombre avezado á las luchas políticas, y fué fácilmente vencido, reemplazándole en el cargo de dirigir el departamento de la guerra don Antonio Dorregaray, que se presentó á sus amigos con la fácil aureola de conquistador de Portugaleta. Los nuevos elementos del carlismo triunfaron en sus filas; mas como eran justamente los que menos popularidad tenían, el disgusto fué creciente, y ya veremos las proporciones que fué tomando desde 1874.

En Cataluña y en todo el Oriente de España no era menor la división. Don Alfonso no pudo reducir á aquellos partidarios catalanes, tan altivos como independientes, y menos pudieron hacerlo Savalls y Tristany, que ni entre sí armonizaban. Se reunían algunos para algún golpe dado, no para formar ejércitos y subordinarse al mando de un jefe. En vano lo intentaron en 1836 y 37 Guergué y Maroto; sólo el conde de España pudo conseguir algo, pero le costó la vida.

En Aragon, Villalaín tuvo que ser preso por Marco, y fué origen de serios disgustos y graves desavenencias, á la vez que el mútuo proceder de aquellos partidarios. Presos unos caudillos como Mir, y en desavenencia casi todos los de la provincia de Valencia, aunque pudo Palacios armonizar voluntades,

dió la razón á todos; se carecía de un jefe con el necesario prestigio para tomar el mando de aquellas fuerzas, harto numerosas.

Si á los carlistas no ha enseñado la historia, tampoco los liberales han aprendido mucho. Antes, como ahora, no ha sido obstáculo el común enemigo y el mayor peligro para dar rienda suelta á las pasiones; y por si no bastara la sangre que se derramaba contra el carlismo, se peleaban también los mismos liberales unos contra otros, se ensangrentaban las calles de las ciudades más populosas, se asesinaba á generales que habían derramado su sangre defendiendo la libertad, en cuyo nombre se les inmolaba, se introducía la indisciplina en el ejército para asesinar á Escalera y á Sarsfield, se insurreccionaba en Hernani, en Madrid y en otros puntos; se hacían pronunciamientos generales, se creaban juntas que declaraban la independencia de algunas provincias, se acusaba de peculados á muchos personajes, se hollaba la misma majestad, y la perturbación reinaba en todo.

Ahora ha sido esta mayor, porque nunca se había intentado disolver el ejército hallándose en armas el enemigo.

Este se aprovechó perfectamente de las disidencias y la discordia de los liberales; y aunque le sirvieron para engrosar sus filas y aumentar su organización y sus recursos, no las ha aprovechado para avanzar. Al lanzarse á la guerra, se propusieron que esta durase un mes, y en este tiempo ofrecióse á su gente venir á Madrid, y ya se ve cómo lo cumplieron.

Al principio de la pasada lucha no pudo estar más desacertado y torpe el gobierno, teniendo en sus casas á las milicias provinciales, cuyos batallones iba llamando paulatinamente, á medida que la necesidad era imperiosa; en esta guerra se probó sustituir la quinta con los voluntarios francos por no llamar las reservas, y hubo al fin que llamarlas, y aun admitir la sustitución, debiendo haberse empezado por lo que después se hizo. ¡Qué magnífico ejemplo que imitar había en Mendizabal!

Algunos generales fracasaron, hasta que fué Córdoba; pero mostraron actividad laudable, aunque á ninguno se le ocurrió cortar los puentes.

Ya hemos dicho el paseo que dió Sarsfield hasta Bilbao, sometiéndole, y á Vitoria antes: Lorenzo adquiere el primer triunfo en Navarra, y cuando aparecía apagado con sangre el fuego de la insurrección, renace como el fénix de la fábula, y hace necesaria la formación de un ejército en el Norte: mán-dale el honrado don Jerónimo Valdés, con poca fortuna; le reemplaza el valiente Quesada, que tanto se había distinguido por su atrevida exposición contra Zea, y es desgracia lo en sus negociaciones de transacción, en las que llevaba un fin tan noble como patriótico; le sucede Rodil, que había paseado triunfalmente por el reino lusitano, y ve destruidas en las Provincias vascongadas sus magníficas ilusiones; es reemplazado por Mina, á quien aclamaba la opinión pública; pronto hace dimisión, por no poder, como en otro tiempo, ser el héroe de sus paisanos; vuelve á encargarse Valdés de la dirección

de los ejércitos, siendo á la vez ministro de la Guerra, mas fracasa en las Amezcoas, deja el mando en Miranda de Ebro, y á poco recibe nuevo sér el ejército con la inteligencia de don Luss Fernández de Córdoba, que no se gastó, como los que le habian precedido.

A los generales que en esta guerra se sucedieron en un año acabamos de juzgarlos.

La guerra, en tanto, se fué formalizando y adquiriendo proporciones, si no imponentes, respetables.

Entre las especiales circunstancias que distinguen á las guerras civiles en España, son sin duda de las más notables las expediciones, esas algaradas que, cual desbordado torrente, van invadiendo pueblos y provincias, allegando recursos y prosélitos, y llevando la alarma y la perturbación á todas partes.

Anteriormente las hubo importantes, aunque casi todas desgraciadas: Torres y Guergué sucumbieron en Cataluña; Batanero y don Basilio obtuvieron pocas ventajas; Negri fué completamente destrozado en la Brújula; la que guió don Carlos, triunfadora en Huesca y Barbastro, se vió derrotada en Grá, en Chiva y en Aranzueque; no pudo ganar á Cuenca; contempló desde los altos de Vallecas el alcázar de Madrid, donde esperaba entrar sin grande oposición, por haber sido llamado; se le unió en Castilla Zaratiegui, que fué afortunado en Zambrana, Valladolid y Segovia, y llegó á las Rozas, y al regresar todos á Vizcaya, contaron más pérdidas que utilidades.

Sólo Gómez fué afortunado, por más au-

daz. Se abre paso en el Berron á pesar de los valerosos esfuerzos del honrado Tello; no le importa ser vencido por Espartero en Escaro; invade Asturias y Galicia, penetrando en Oviedo, en Santiago y Lugo; ocupa la antigua corte de los primeros reyes de Leon, después Palencia, pasa el Duero por Pesquera, vence y aprisiona á López en Matilla de los Caños, á 17 leguas de Madrid; va por Brihuega á la provincia de Teruel y por Útiel y Requena á Albacete; es vencido en Villarrobledo, traspone Despeñaperros, se enseñorea de la ciudad que fué cuna del califato español, llega hasta Algeciras, desde cuyas playas saluda la costa africana, pudiendo decir que sólo el mar ponía límite á su corredora invasión, y aunque fué batido en Los Arcos y Alcaudete, burló la constante persecución de tres ejércitos, y las famosas paralelas de Rodil. Penetrando en Extremadura hasta Cáceres y Arroyo del Puerco, ya á la orilla del Tajo, pasó y repasó el Guadiana, como había repasado el Guadalquivir y otros; visitó á Almadén, y desde Martos, casi formando una recta, subió por la Carolina, vino á Herche, y por Ayllón, Osma y Cobarrubias volvió á Orduña, punto de su partida, con alguna más gente de la que sacó, y con la satisfacción de haber recorrido España de Norte á Sur, de Oriente á Poniente, llevando el pendón carlista á donde no le conocían ni le volvieron á ver más.

En la última guerra no se presentaron expedicionarios de la audacia de aquellos, y menos de la de Gómez. La primera expedición que intentaron la encomendaron á Gamundi, y apenas pasó de Sangüesa; la que

posteriormente salió de Vizcaya contra Santander fracasó por la lluvia. Únicamente Santes es el que ejecutó estas atrevidas algaradas, precediéndole su caballería á guisa de hulanos para atemorizar á los pueblos, y hacerles aprontar cuanto se les pedía. Después de internarse en la provincia de Murcia y de Albacete, atravesar la de Cuenca y de Guadalajara, asomarse á la de Madrid, y recorrer dos veces una llanura de 50 leguas, volvió á la provincia de Valencia á repartir parte del botín, y enviar grandes sumas á don Carlos.

Marco hizo también atrevidas, aunque cortas algaradas.

Los demás partidarios carlistas carecían de la audacia y de los conocimientos necesarios para esta clase de expediciones, que exigían mucho, si no habían de tener el desastroso fin que tuvieron la mayor parte de las emprendidas en la anterior guerra, en la que no hicieron más que sufrir privaciones y hallar al fin la muerte.

Es verdad que el moderno armamento dificultaba, si no hacía imposibles, las expediciones.

1874

EN UN AÑO

XXXIV

Decía *El Cuartel Real* del 1.º de Enero de 1874: «Hace un año, unos cuantos grupos de hombres mal vestidos y peor armados, pero llenos de ardoroso entusiasmo, recorrían las fragosas montañas de Navarra, perseguidos por numerosas columnas que no le daban tre-

gua ni descanso. Ni la falta de medios y recursos, ni los rigores de la estación, ni el hambre y las privaciones que muchas veces sufrieron, fueron bastantes á amilanar á aquellos héroes de corazón de acero. Mientras otros, españoles también, se contentaban con llorar en silencio desde el rincón de su hogar las desventuras de la patria humillada y escarnecida por otros pueblos un día sus tributarios, ellos sin consultar otra cosa que su propio esfuerzo y sin reparar en la magnitud de la empresa que acometían, lanzáronse á la lucha, y tremolaron en los aires la gloriosa bandera, entre cuyos pliegues han escrito los tres lemas santos de *Dios, Patria y Rey*.

«Los diarios liberales acogieron la noticia del alzamiento de aquellas pequeñas partidas como un hecho sin importancia; y en verdad, ¿qué podían unos cuantos hombres enfrente de un gobierno constituido, que contaba por miles y miles sus defensores? Ciegos ú obcecados; no quisieron ver que aquella chispa iba á producir un gran incendio, cuyas llamas habían de purificar al abatido pueblo que años antes paseara triunfante por ambos mundos el glorioso estandarte de la Cruz. Al contrario, los hombres que han profundizado la historia, los que conocen el poder de una idea cuando es santa y salvadora y ha germinado en los corazones, vieron á Navarra despertar de su corto y penoso letargo, y comprendieron al momento que aquella insurrección, aunque pequeña y mezquina en un principio, sería un día grande y poderosa, y de tan fecundos resultados, que salvará á la desdichada patria del abismo de ver-

guenza y aprobio á que la habían condenado los errores ó las maldades de malos hijos.

»Y los corazones de los buenos se abrieron á la esperanza, y el grito entusiasta de ¡Viva Carlos VII! que ocho meses ha venido repitiéndose en los escabrosos montes del Principado catalan, al resonar en Navarra encontró eco en las tres provincias hermanas, Guipúzcoa, Vizcaya y Alava, siempre leales, siempre decididas por la santa causa de la religión y del trono, secundaron el alzamiento, y como nacen flores en el prado, surgieron batallones que se organizaron y aprendieron el ejercicio en medio del fragor del combate.

»Lo que se ha hecho en el año de 1873 que ayer terminó, Europa lo admira y contempla; España que lo presencié lo sabe.»

En efecto, los partidos liberales han hecho pronunciamientos que han derribado gobiernos y regencias y una dinastía; sólo el partido carlista ha producido tres guerras civiles de larga duración. Estudiando su historia se comprenden las causas, aunque no se han aprovechado las lecciones que ofrece.

RECOMPOSICIÓN DE PUENTES.—PARTIDAS.—ROSA SAMANIEGO.—LA SIMA DE IGÚSQUIZA

### XXXV

En la tarde del 30 de Noviembre anterior, salió Olo de Muez con tres batallones para el valle de Goñi, y situándose en Munarriz, ordenó á Mendizábal, jefe de la partida que molestaba á Pamplona, cortara todas las comunicaciones con esta plaza, no permitiéndose el pase á persona alguna, guardase el mayor sigilo sobre su estancia y movimientos,

y le avisara rápidamente los de Moriones. Así lo hizo Mendizábal; pero no logró su objeto el carlista, y el liberal efectuó la difícil y peligrosa marcha que ya narramos, para ir á pelear en Velavieta y salvar á Tolosa.

Habían dispuesto los carlistas, apremiados por las necesidades de los pueblos, componer y habilitar algunos de los puentes mandados destruir por el general Nouvilas; se empezó por los de Larraun y el Arga, habilitándose los de Berasoain, Anoz, Ororbía y Belascoain, y se prosiguió en todos los del distrito de Mendizábal, al que se encomendó la ejecución de estas obras, costeadas por los mismos pueblos que las efectuaron con grande economía, según las cuentas que á la vista tenemos.

Era Mendizábal un partidario activo y decidido, y molestando bastante á los liberales pamploneses, efectuaron una salida para sorprenderle el 26 de Diciembre, favoreciendo la espesa niebla que hacía el intento de los liberales, que era el de cercar en Echauri á toda la partida, que se proponían llevar á Pamplona. Fácil les hubiera sido conseguirlo á obrar con más pericia, pues á Mendizábal y á una veintena de hombres de su partida les tuvieron cercados en unas casas, y estuvieron fogueándose y aun hablando con ellos en un principio; y sin embargo, aquel puñado de carlistas quedó en Echauri, y aquella columna de liberales volvió á la capital con algún prisionero, varios caballos y otros efectos. En cuanto supo Ollos el peligro de la partida, ordenó al tercero de Navarra que de regreso de Guipúzcoa había llegado á Arriba, marchara á socorrerla á

los órdenes de Zaldueño; mas al subir al puerto de Azpiroz, supo éste que no era necesario el socorro, y pernoctó en Lezumberrí aquella noche del 26. Esta sorpresa, que mereció en un principio una injustificada reprobación de Argonz, valió á Mendizábal la cruz de primera clase del mérito militar, á propuesta de Ollo, y á los voluntarios la pensionada con 10 reales.

Las demás partidas seguían merodeando en sus distritos, penetrando la del de Tudela en Buñuel, Fustiñana y Arguedas, y en pueblos tan inmediatos á Tudela como estos, y no sin provecho. La de Rosa Samaniego, empezó á adquirir esa funesta celebridad que le rodeó. Mandaba de 40 á 50 hombres, y se le comisionaba siempre que había que hacer una atrocidad. Falto Rosa de instrucción y talento, y sin haber tenido aún ocasiones de acreditar su valor, había prestado al principio buenos servicios á la causa carlista, deteniendo á los confidentes enemigos, para lo que tenía rara habilidad, tratándolos con rigor implacable, y cometiendo con ellos actos de horrible crueldad que él consideraba como de justicia. ¡Tanto ofusca la pasión política!

No podemos detenernos con este triste personaje, y aunque no consignamos cuanto en su contra se ha dicho, con evidente exageración (¡y plegue al cielo pudiéramos probar, en obsequio á la humanidad, que eran falsos cuantos crímenes se le han atribuido, y exagerado el número de sus víctimas!) (1), no debemos

(1) Nos dice un amigo nuestro, distinguido coronel carlista lo siguiente: «Cuentan que tenía una sima en la que arrojaba vivos á sus prisioneros, y hacen subir á

omitir, por ser documento oficial, el extracto de las diligencias instruidas para averiguar los crímenes por Rosa cometidos. Podrán adolecer de defectos, pero nada conocemos hasta ahora más aproximado á la verdad, ó que merezca mayor crédito por su carácter oficial y la naturaleza de muchos de sus declarantes (1).

Hemos visitado la sima de Igúsquiza, á unos cinco kilómetros de Estella, y aun prescindiendo de la prevención con que se la mira, ella en sí es repulsiva. Habienda unos 240 metros desde la embocadura hasta llegar al agua, al que á la sima se arroja no puede caer perpendicular por la multitud de peñascos salientes de las paredes, verdosos, húmedos, escurridizos, en los que la víctima no puede encontrar un asidero, sino un tormento á su agonía, porque sin el tiempo suficiente para concebir una esperanza de salvación, no bien empieza á vislumbrarla cuando se escurre rápidamente á otro peñasco á vislumbrar otra esperanza y ver una triste realidad, experimentando una agonía horrible, una muerte feroz, inhumana.

PROPÓSITOS Y ESFUERZOS—RIVALIDADES

XXXVI

No desconocían los carlistas la importancia número fabuloso el de los arrojados; creo que hay exageración en esto; pero la existencia de la sima y que ha lanzado algunos en ella; es una verdad que yo averigüé interrogando al cura de Murillo (valle de Yerri), que hoy es capellán de artillería y antes lo fué de su partida, y me dijo que era cierto; que se habían arrojado muchos á la sima pero que todos lo merecían; que él los había confesado antes y sabía lo que habían hecho. Es necesario tener en cuenta que el capellán y el partidario son dos tipos que se parecen mucho.

(1) Véase documento número 4.

cia de extender su dominación por todo el Norte de España, ocupando el terreno desde el cabo Ortegal al de Creus; pero ellos mismos confesaron que «tanto por Santander como por la parte de Aragón que linda con Navarra y se extiende hasta Cataluña, las ideas revolucionarias estaban muy extendidas en los habitantes de esas comarcas».

Aún intentó Caracuel, encargado de las fuerzas expedicionarias de Gamundi, avanzar á Ayerbe, para apoderarse de 300 fusiles que allí existían, confiado en la pericia de Boet; salió de Sangüesa el 18 de Enero, pasó por Lueña y Biel; ya se habían quitado de allí los fusiles cuando llegó á Agüero, y marchó por Murillo á Luna, donde el 22 le sorprendió Delatre, peleando en las mismas calles del pueblo, retirándose precipitadamente los vencidos y perturbados carlistas á Sangüesa.

Había, pues, que renunciar por entonces á encadenar las fuerzas carlistas de Cataluña con las Provincias vascas, Castilla y Galicia y seguir allegando elementos, montando talleres, fábricas y maestranzas: se trabajaba con afán en Vera, Bacaicoa, Placencia, Eibar, Elgoibar, Azpeitia y Arteaga, en cuya ferrería se construyó un horno para fundir cañones, se creó la administración militar, creció el cuerpo de ingenieros, se formó una sección de telegrafistas de campaña, que avisaban por medio de banderas los movimientos de los liberales, y se instituyó un colegio de cadetes.

Más que esto pudieron haber conseguido los carlistas, sin las rivalidades que había entre algunos de los principales, considerán-

dose agraviados unos por no haber obtenido los puestos que deseaban, trabajando otros, como se ha dicho, de una manera pública y escandalosa con sus allegados ó amigos para que ni directa ni indirectamente tomasen parte en aquel movimiento que decían ser alfonsino. Algo contribuyó esto al retraimiento de muchos.

Ya vimos que á poco de tomar el mando Dorregaray se le concedió licencia para atender al restablecimiento de su salud; en Echauri increpó á Iparraguirre por la conducta que él observaba, y públicos fueron los disgustos producidos por los alojamientos y el puesto de algunos en formaciones. Poco después de los combates de Monte Jurra ofreció Elio á Dorregaray el mando en jefe del centro, y como en esto viese el deseo de desprenderse de él, parece que contestó que si como carlista estaba á las órdenes del rey, como soldado ocuparía el puesto que la ordenanza le designase.

Obtuvo licencia para tomar los baños de Elorrio que por su herida necesitaba; á ellos fué cuando pudo al fin reunir los recursos necesarios; propósito tuvo entonces de retirarse á Francia, al ver el pago que se daba á sus buenos servicios; animóle su inteligente ayudante don Antonio Oliver; y cuando las operaciones sobre Tolosa, corrió á presentarse á don Carlos en Segura, le encomendó la dirección de las fuerzas que estaban en Guipúzcoa y después las que había tenido Elio en Navarra, hallándose al frente de todas en las notables operaciones que se efectuaron en Vizcaya, donde no reinaba la mejor armonía entre Velasco y Andéchaga. Explicale

éste su situación, va Dorregaray á Sestao para enterarse de los elementos con que se atacaba á Portugalete, Luchana y el Desierto, y aunque no le lisonjearon, los creyó bastantes y se encargó de la dirección del sitio, confiando en hacerse dueño de aquellos puntos, aunque interesaba mucho á los liberales su conservación, y sobre todo la de Portugalete, que tanto importaba á Bilbao.

Se estaba á mediados de Febrero, y escribía Elio á Dorregaray desde Burdeos, adonde le llevaron más que el restablecimiento de su salud, serios disgustos: «Creía que los que rodeaban á S. M. eran ahora inofensivos: hace cinco meses pudieron ser muy perjudiciales, y temo hayan sido origen de enemistades y desconfianzas; pero me ha sorprendido lo que me dice V. del cuarto militar: es cierto que no sé quién le compone, porque no tengo más noticias del ejército que las que usted me da: nadie ha tenido á bien escribirme, y aunque no mucho, yo he escrito á varios....». Esta mañana he tenido la visita de un fraile, y hablando como siempre de nuestras cosas, y yo diciendo que teníamos ya seis batallones castellanos, me ha contestado: pues según mis noticias, se está formando el sétimo. En mi interior me reía, y pensaba: un padre de Burdeos está dando noticias del ejército al ministro de la Guerra.....»

PRELIMINARES DE UN GOLPE DE ESTADO

XXXVII

Poco satisfecho el país de la situación política al terminar el año del 873, el capitán general de Castilla la Nueva don Manuel Pa-



via (1), la expuso á Castelar, y el triste porvenir si ocupase el poder un gobierno federal-cantonal. Asintiendo el presidente de la república, propúsole Pavía prorogara la suspensión de las sesiones de Córtes, á lo que se opuso declarando no perdería un átomo de legalidad; que se presentaría á las Córtes el 2 de Enero, y si era derrotado, se retiraría á su casa á llorar los males de la patria.

Si no todos, pudo haber evitado muchos, no oponiéndose, como se opuso, al loable propósito de los congregados en Setiembre anterior en casa del señor Montesino. Aquellos señores hasta entonces retraídos y ajenos á los acontecimientos por que estaba hacia tiempo pasando el país, al ver la situación en que éste se encontraba, se reunieron para buscar los medios de mejorarla, salvando la libertad, que consideraban expuesta á largo y penoso eclipse. Mesurada y digna fué la discusión, y unánime el acuerdo de que una comisión compuesta de los señores don Gabriel Rodríguez, Calatrava (don Ramon) y Fernandez de los Rios, expusiera á los amigos y correligionarios de Madrid y provincias la necesidad de constituir «el gran partido que desde los primeros años del presente siglo, inspirado siempre por la fecunda idea del progreso, combate enérgico é incansable para plantear y afianzar en España sobre bases definitivas las instituciones políticas proclamadas por la ciencia de nues-

(1) Los datos de que nos valemos, en cuanto á lo que se relaciona con el general, los tenemos del original de un libro que iba á publicar dicho señor sobre estos sucesos.

tro tiempo». Exponiendo el peligro que á estas instituciones amenazaban, añadían en la circular que redactó el señor Rodríguez: «El carlismo en muchas provincias, la demagogia en todas, hacen esfuerzos gigantescos por destruir tres generaciones liberales»; de aquí la necesidad de salir de aquel retraimiento suicida, y de unirse, para contribuir todos á «restablecer el orden y plantar y consolidar la república democrática, tan incompatible con los intereses del socialismo federativo como la absurda centralización de los unitarios á la moda de 1793, que hacen vivir á la nación bajo una perpétua dictadura, con todos los inconvenientes para la libertad y el derecho y ninguna de las ventajas que para la conservación del orden se atribuyen á la monarquía.....»—«Si el actual gobierno de la República tiende á realizar nuestro programa, hemos de apoyarle con todas nuestras fuerzas y completo desinterés. Trabajamos por las ideas, y no para conquistar el poder, que no hemos de disputar á los republicanos históricos en tanto que mantengan íntegros é incólumes los derechos individuales, el régimen descentralizador y la integridad de la patria, bases de la doctrina de los partidos sinceramente liberales de España. Sólo podríamos negar á esos republicanos nuestro apoyo, si olvidando cualquiera de estos principios, preparasen consciente ó inconscientemente, con su conducta en el gobierno el triunfo de la restauración ó de la demagogia cantonal, ó el advenimiento de algún régimen político bastardo, liberal en el nombre y retrógrado y tiránico en los procedimientos, como lo son siempre los gobiernos de los li-

berales falsos, de los asustados y de los arrepentidos».

Con los congregados estaban de acuerdo la mayor parte de los ex-ministros republicanos, que, como Becerra, Pedregal y otros, se afanaban por armonizar la libertad con el orden, en conceder derechos exigiendo deberes, y procurar sobre todo el enaltecimiento de la patria; y no sólo se opuso el señor Castelar á admitir tan poderoso refuerzo, que su sostén hubiera sido; no sólo desatendió las observaciones que se le hicieron, y que hasta se le dijera que en el estado en que se hallaba la Cámara y siguiendo por el camino que se andaba se veía inminente un golpe de Estado, si no se aceptaba aquel propósito, sino que de acuerdo con Martos lo combatió, y para ello se promovió una reunión en la Tertulia Progresista. El golpe de Estado no se hizo esperar, ni que se calificara de poco previsor al que pudo y debió evitarle.

Aumentaba lo afflictivo de las circunstancias que se atravesaban, la conspiración latente de todos los partidos y una gran parte del ejército, sin mútuo acuerdo y llevando cada uno su bandera. En el mismo ejército no había unidad de miras, por ser distintas las aspiraciones de los jefes, de las de los oficiales y soldados. Examinó Pavía el espíritu que dominaba en los ejércitos del Norte, Cataluña y Cartagena y en la guarnición de Madrid; vió que las Córtes iban á lanzar del poder á Castelar; creía que no podrían formar un ministerio que fuera obedecido por el país y el ejército, ni imponerse á sus mismos correligionarios, declarándole algunos de éstos que pertenecían á la izquierda y

centro de la Cámara, que aquellas Córtes eran impotentes para gobernar. Esto decidió al general Pavía al acto que consideró como salvador de la patria, y cumplimiento estricto de sus deberes de soldado y de español, creyendo que el faltar á ellos le atraería el desprecio del país y la maldición del ejército.

Enarbolando la bandera del patriotismo y desinterés, pues quería demostrar que ninguno bastardo le impulsaba, y teniendo en cuenta que no había hombre ni partido á quien entregarla; que era gravísimo el estado del país; que había grande dificultad de unificar la conspiración militar y civil; las aspiraciones de tantas personalidades dispuestas á luchar en su provecho; el peligro de que se sustituyera una anarquía con otra, y la necesidad de que los ejércitos del Norte, Cataluña y Cartagena aprobaran unánimemente, no sólo el golpe de Estado, si no la bandera, porque sus generales en jefe no personalizaban á sus ejércitos ni tenían las mismas opiniones políticas; las diferencias que surgieran las aprovecharían los carlistas, y no era extraño que algunos desearan una anarquía cualquiera para entrar triunfantes en Madrid, se decidió Pavía «á cometer, son sus palabras, el acto de heregía política en España, de entregar el poder y su bandera á los representantes de todos los partidos políticos, exceptuando los que se hallaban en armas, que eran los carlistas y los federales, para alcanzar la opinión unánime del país y del ejército, para inutilizar con el patriotismo, el desinterés, la razón y la justicia á todos los ambiciosos que quisieran oponerse á su bandera». No quiso ser

dictador, como pudo haberlo sido seguramente, y más de una vez le hemos oído decir que prefirió suicidarse políticamente para las personas insensatas, y no quería salvar el país para arrojarlo en brazos de la anarquía.

Conferenció con los representantes de los partidos; mostráronse entusiastas por el golpe de Estado, y les dijo que disolvería las Cortes si Castelar era derrotado el 2 de Enero; les entregaría el poder para que formasen el gobierno nacional, y no necesitando auxilio alguno de ellos, les prohibía terminantemente se lo prestasen, ordenándoles únicamente que estuvieran en casas contiguas al Congreso el día que lo disolviera, para llamarlos y entregarles el poder que recogería de la Asamblea. Su modestia le llevó al extremo de no considerarse con la talla política suficiente para hacerse dictador.

Se examinaron las formas de gobierno que debían regir después del golpe de Estado: los mismos partidarios de la restauración de don Alfonso reconocieron no estaban aún en actitud de plantear esta solución, ni convenidos con muchos de los monárquicos revolucionarios de Setiembre que habían de hacerse alfonsinos: no existiendo una personalidad superior que hubiera podido ejercer la dictadura, no era posible una interinidad, vistos los escasos resultados que la anterior había dado, y sólo la república unitaria era la que por derecho propio podía ser aclamada.

Al anochecer del 1.º de Enero de 1874 celebró Castelar una conferencia con el general Pavía, condoliéndose aquel amargamente de que al día siguiente le derrotasen en la Asam-

blea, no confiando más que en la sensatez y buenas condiciones de la mayor parte de los jefes de los federales. Volvióle á pintar al general con más vivos colores la grave situación de España, añadiéndole que si era derrotado y sustituido por un gobierno federal, estallaría la anarquía si no se encauzaban las distintas y múltiples aspiraciones que existían, porque el país y el ejército no obedecerían á las Cortes; se declararían independiente la mayor parte del ejército del Norte, y si no podía imponerse al resto del país, alguna parte de aquel haría causa común con los carlistas; mostró temores de que algo del ejército de Cartagena fraternizaría con los sitiados por triunfar la política representada por la izquierda de la cámara; que parte del ejército de Cataluña proclamaría á don Alfonso; que la guarnición de Madrid se disolvería, apoderándose los federales de algunos batallones; otros se irían con los generales de la restauración; bastantes con los generales procedentes de la revolución, y el resto del país y el ejército tomaría distintos rumbos.—Quejóse Castelar de que las Cortes no viesen claramente los males que iban á causar, y repitió sus frases de que se presentaría á explicar su conducta, y derrotado que fuera, se retiraría á su casa á llorar los males de la patria.

Pavía no hizo á Castelar la menor proposición, y ni este, ni el ministro de la Guerra preguntaron lo más mínimo al capitán general sobre su situación ó sobre la conducta que debía seguir; pero no necesitaba que Pavía revelara sus designios para que dejaran de comprenderse en algo, como lo manifestó aquel general en el Congreso.

Un incidente estuvo á punto de inutilizar aquella noche del 1.º de Enero el golpe de Estado. Un amigo del general Pavía le dijo que el duque de la Torre, había hecho aquella mañana manifestaciones de desconfianza hacia él, suponiendo no llevaría á cabo su proyecto con el patriotismo y desinterés que ofreciera. Ofendióse Pavía de tal suspicacia, y en el mismo Teatro Real, donde esta escena pasaba, se efectuó una conferencia, y se dijo á un personaje civil, asíduo concurrente á dicho coliseo, y que jefe del partido constitucional también iba á ser uno de los que recibirían el poder, que el capitán general ofendido, decidió dimitir y retirarse á su casa. Pidió en el acto, y con urgencia, el personaje civil una entrevista; celebróse con el señor de Blas y un amigo íntimo de ambos; rogaron y suplicaron encarecidamente á Pavía que no hiciera dimisión, porque todo se perdía; expuso éste las razones que tenía para dimitir y retirarse á su casa, añadiendo que daría antes las órdenes para que la guarnición de Madrid se pusiera á disposición del duque de la Torre; hallándose esto ineficaz se reiteraron las súplicas y ruegos; se invocó la amistad y recuerdos del ostracismo para que no desistiera de un propósito que él solo se atrevía á realizar; insistió Pavía en su negativa, y solo el aspecto de la patria que agonizaba le hizo ceder y prometerles que llevaría á cabo su obra. Abrazáronse todos con entusiasmo, y en las primeras horas de la madrugada del 2 se separaron los cuatro amigos.

SESIÓN DEL 2 DE ENERO.—GOLPE  
DE ESTADO

XXXVIII

Constituían la guarnición de Madrid cinco batallones de cazadores, formados de quintos, 200 de éstos de ingenieros; igual número de artilleros á pié, á los que se les entregaron ocho piezas de montaña para que las condujeran arrastradas por tirantes, enseñándoseles apresuradamente á servir las: la artillería tenía ocho piezas del primero montado, otras ocho del cuarto y las mismas del segundo de montaña, con escasogonado, y servidas y conducidas por quintos sin completar su instrucción: poco más de cien quintos á caballo y la guardia civil, con la que no se podía contar hasta dar el golpe de Estado. En Vicálbaro había un batallón de infantería de marina, que llamó Pavía á las altas horas de la noche y llegó á Madrid en la madrugada, situándose en las inmediaciones del Retiro.

Bajo el pretexto de que pudiera alterarse el orden público distribuyó estas fuerzas formando columnas, cuyo mando confirió al general Salcedo, brigadieres Lopez Pinto y Arnaiz, y coroneles; Assin, Carasa y Córdova, designando á cada uno los sitios que habían de ocupar. Ninguno supo lo más mínimo hasta la conferencia que tuvo con ellos el 1.º de Enero, entregándoles un cuaderno con las instrucciones que habían de observar para que el resultado fuese seguro.

Comenzada la sesión de las Cortes constituyentes, el gobierno de la nación dió cuenta del ejercicio de su poder, más atento á

vencer las dificultades extrañas que á extremar su propia autoridad; calificó de «criminal insurrección que tendía á romper la unidad de la patria, maravillosa obra de tantos siglos», la que se sostenía en Cartagena, «en directa complicidad con el aumento de las fuerzas carlistas y con los progresos de sus numerosas partidas...»

«Digámoslo con varonil entereza. La guerra carlista se ha agravado de una manera terrible. Todas las ventajas que le dieron la desorganización de nuestras fuerzas, la indisciplina de nuestro ejército, el fraccionamiento de la patria, los cantones erigidos en pequeñas tiranías feudales, la alarma de todas las clases y las divisiones profundísimas entre los liberales, ha venido á recogerlas y á manifestarlas en este adversísimo período.

»Las provincias Vascongadas y Navarra se hallan poseídas casi por los carlistas, y las ciudades levantan á duras penas sobre aquella inundación sus acribillados muros. Por la provincia de Burgos amenazan constantemente el corazón de Castilla, y por la Rioja pasan y repasan el Ebro como acariciando nuestras más feraces comarcas.

»El Maestrazgo se encuentra de facciones henchido; y los campos de Aragon y Cataluña talados é incendiados, presa de esta guerra calamitosa, implacable. Por todas partes, como si el suelo estuviera atravesado de corrientes absolutistas, se ven brotar partidas, mezcla informe de bandoleros y de facciosos. Las consecuencias de los errores de todos se han tocado á su debido tiempo. La república, que estais llamados á fundar, pasa en su origen por las mismas durísimas pruebas por

que pasó en la série de los humanos progresos la monarquía constitucional.

»No olvideis, pues, que estamos en guerra; que debemos sostener esta guerra; que todo á la guerra ha de subrogarse; que no hay política posible fuera de la política de guerra. No olvideis que peligran en este trance nuestra recién nacida república y nuestra antigua libertad; las conquistas de la civilización, los derechos que tenemos á ser un pueblo moderno, un pueblo europeo.»

«No olvideis cuán formidable es el enemigo que tenemos enfrente; alimentado por antiguas y tradicionales ideas; poseedor de regiones enteras, las más ágrías y más inaccesibles de nuestro suelo; jefe de un ejército disciplinado y valerosísimo; esperanza de aquellos que han perdido la fe de vivir con el reposo de los pueblos civilizados y libres entre el oleaje de nuestras continuas revoluciones. Y lo decimos muy claro; lo decimos muy alto; en virtud de estas patrióticas consideraciones, nuestra política ha tendido, aunque tímidamente, á guardar la dirección del gobierno en lo posible á los propagadores de la república, pero agrupando en torno de la república á todos los elementos liberales y democráticos para oponer esta débil unidad á la formidable unidad del absolutismo.»

Dedica algunos párrafos á la necesidad y defensa del ejército, á que en la milicia voluntaria tomaran parte todos los ciudadanos; que «no se había salido de la tiranía de los reyes para entrar en la tiranía de los partidos;» manifiesta que los gastos de la guerra

habían subido á 400 millones de reales en el último interregno parlamentario, por lo que había que arreglar la Deuda y aumentar los disminuidos ingresos; enumera las reformas que eran necesarias en todos los ramos, para que la república, que no tenía las antipatías que á fines del siglo pasado, fuera un gobierno estable reconocido por Europa. Da somera cuenta de la cuestión del *Virginus*, de la sedes vacantes, de lo que había mejorado el orden público, pues nadie quitaba las armas al ejército, ni éste las arrojaba para entregarse á la orgía del desorden; no se declaraban los ayuntamientos independientes del poder central, ni exigían aquellas dictaduras locales que recordaban los peores días de la Edad Media; ni las diputaciones provinciales se convertían en jefes de la fuerza pública; que debía cerrarse para siempre la era de los motines populares y de los pronunciamientos militares y definía la república considerándola como testimonio seguro de las revoluciones y puerto de las más generosas esperanzas, añadiendo en conclusión:

«Lo necesario, lo urgente es crearla estable, erigirla en las bases del asentimiento universal, llamar con eficacia á todos los partidos liberales á su seno, desposeerse del egoísmo que acompaña al poder para tomar la expansión infinita que ha menester la democracia; atraerle todas las clases, demostrando á unas que en ella el progreso es seguro, aunque pacífico, y á otras que en ella la necesidad de la conservación se impone con la más incontrastable de las fuerzas, con las fuerzas de toda la sociedad.

»Proponiéndoo una conducta de concilia-

ción y de paz que aplaque los ánimos y no los encone, que sea á un tiempo la libertad y la autoridad, señores diputados, podeis apelar de las injusticias presentes á la justicia definitiva, y cuando haya pasado el período de lucha y de peligro, encerraros en el olvido del hogar, mereciendo á vuestra conciencia y esperando de la historia el título de propagadores, fundadores y conservadores de la república en España.»

El Sr. Martin de Oñas apoyó discretamente el voto de gracias ó de confianza esperando que los que querían que la república fuese ordenada y se atendiese en primer término á la pacificación de España, no podían negar la conveniencia, la razón, la justicia y la necesidad de la proposición; recordó los eminentes servicios que había prestado el gobierno, deseando, que se discutieran ampliamente sus actos, y culpó más á los amigos que á los extraños y adversarios de los ataques á la república. Tomada en consideración, propuso el señor Santa María se declarase no había lugar á deliberar sobre la proposición y comenzó entonces el combate contra Castelar, que tuvo que declarar que, si se tomaba en consideración la proposición del señor Santa María, el gobierno presentaría su renuncia; la retira entonces el señor Santa María; se discute la del señor Oñas, la combate y al poder el señor Corchado en un extenso discurso contestado por el señor Montalvo; se fué haciendo animada y enérgica la discusión, llena de peripecias y auxiliada de muchos episodios que ocurrieron en el exterior del salón de sesiones; se reveló el encarnizamiento que la izquierda y el cen-

tro de la cámara tenían á Castelar y el desorden que reinaba (1), y se suspendió la sesión á las siete de la noche para reanudarla, á las nueve.

Antes el ministro de la Guerra señor Sanchez Bregua, dijo de orden del gobierno telegráficamente á los generales en jefe y capitanes generales de distritos; que «creía excusado recordar á un ejército disciplinado y á las autoridades que lo dirigían sus deberes, que era someterse á la legalidad y respetar los acuerdos de la asamblea soberana. Puedo además asegurar al ejército y sus generales, que cualquiera que sea la decisión de la asamblea se mantendrá la ordenanza en todo su vigor y la disciplina en toda su severidad.»

Por la tarde recibió el señor Pavía una carta del mismo ministro escrita en las Cortes, en la que previniendo la variación de ministerio, ofrecía comunicar la formación del nuevo, *que se verificaría con toda tranquilidad*, y le añadía; «Espero que V. conservará el orden y la disciplina hasta que V. se presente al nuevo ministro, cumpliendo así la voluntad de la asamblea soberana.»

(1) «Habiendo yo mandado á las altas horas de la noche á dos ayudantes de campo míos á que recogieran las impresiones de la cámara en el exterior del salón de sesiones y me lo trasmitieran, les dijo un hombre importante de la izquierda de aquella cámara, hombre de valor, hombre de inteligencia, hombre de influencia y ex-ministro:» Esto es una torre de Babel; aquí nadie se entiende, y este problema no tiene más solución que el general Pavía con un batallón, ó el Carbonerín con otro, ó yo que me enfade y coja 40 hombres y tire á toda esta gente por el balcón.»

Discurso del general Pavía en la sesión del 17 de Marzo de 1876.

Esta continuó la sesión, no á las nueve, sino á las once de la noche, prosiguiendo la lucha por la tarde comenzada, invirtiendo unos y otros un tiempo precioso en pronunciar extensos discursos, muy elocuentes sin duda, pero inoportunos é inconvenientes, porque nadie aducía razones que sirvieran de derrotero á los que la pasión guiaba.

El presidente de las Cortes señor Salmeron, explicó su disentiimiento con el señor Castelar, en que éste no hacía la política conservadora dentro de los principios republicanos, cómo era absolutamente necesaria, sin que la organización de los poderes y la legalidad por la república creada dejaran de ser tales y tan flexibles, que todos los partidos políticos de España, aun los más hostiles á esta forma de gobierno, tuvieran su legítima representación y valiéranse del organismo republicano para servir á sus peculiares aspiraciones; que así dejaría de ser la obra de un partido para convertirse en obra nacional. Quería que el ejército fuese de la nación, estando á las órdenes de los generales, no á su servicio, para improvisar á la sombra de aquellos grandes carreras; demostró su consecuencia política; expuso su programa, y concluyó manifestando que estaba dispuesto á apoyar al presidente del poder ejecutivo si se decidiera hacer una política que no contradijera los principios y convicciones profesados por el señor Salmeron toda su vida.

Defendióse el señor Castelar probando su republicanismo; que quiso la alianza con los progresistas, y se castigara enérgicamente á la demagogia; que más que los republicanos trajeron la república los radicales; que

al romper con ellos el 24 de Febrero, se arrastró la república al abismo, en cuyo fondo se estaba; trazó á grandes rasgos la historia de sucesos recientes; se declaró partidario de la república posible, de que se fundara el partido republicano conservador, atrayendo á los que antes no eran republicanos; dijo que la federal era una organización municipal y provincial, que había que aplazarla por 10 años; que el proyecto de la Constitución le quemaron los federales en Cartagena; que el partido republicano tenía que transformarse en dos grandes partidos, progresivo el uno y conservador el otro, y concluyó pidiendo le sustituyeran pronto, porque le apenaba el poder y le halagaba el retiro, donde tendría la seguridad de haber dado la paz y el orden posible.

A las cinco de la mañana se procedió á la votación de lo propuesto por el señor Martín de Ollas, que fué rechazado por 120 votos contra 100.

En el acto presentó el ministerio la dimisión al presidente y éste á las Córtes, que la admitieron. Pidió en seguida el señor Castelar, que sin levantarse la sesión se le sustituyera; se presentó y aprobó una proposición para que se votara un diputado que formara gabinete, y se suspendió la sesión por veinte minutos para que los diputados se pusieran de acuerdo. Lo necesitaban porque fué trabajosa la decisión por un ministerio Palanca, que representaba el federalismo.

Inmediatamente envió Pavía un ayudante á sacar las tropas, y á la carrera ocuparon los puntos que tenían designados, y al saberlo el ministro de la Guerra, trazó en una

cuartilla precipitadamente, á juzgar por la letra, las siguientes líneas: «Disponga V. E. que se retiren las tropas á los cuarteles inmediatamente.—Sanchez Bregua».

Un ayudante entregó esta orden en el Prado al capitán general, cuando iba á avanzar por la Plaza de las Córtes para situarse delante del Congreso, y no dió contestación.

Pavía, al saber la derrota de Castelar, que la izquierda de la Cámara no podía ponerse de acuerdo para formar gobierno; que habría que disolver las Córtes y lo harían los federales con sus propios elementos, para lo que le informaron que se hallaban los cornetas de los voluntarios federales en el Congreso, y que no había gobierno, consideró el momento decisivo para disolver las Córtes. Estas, sin embargo, estaban haciendo el escrutinio para la elección de presidente del poder ejecutivo, cuando se efectuó lo que refiere este importante documento (1).

«Abierta de nuevo la sesión á las siete, el señor Cervera anunció que empezaba la votación para el nombramiento de presidente del poder ejecutivo. Terminado este acto, y principiado el del escrutinio, el señor presidente de las Córtes, ocupando el sitial, puso en conocimiento de los señores diputados que acababa de recibir, por medio de dos ayudantes, la intimación del capitán general de

(1) Primera redacción del Diario de la sesión del día 2 de Enero de 1874, que concluyó el día 3 de Enero cuando se efectuó el golpe de Estado. Fué inutilizada la tirada y redactada de otra manera, que es la que consta en el archivo, pero ejemplares impresos con esta redacción, fueron entregados á varias personas, entre ellas al cuerpo diplomático, que los pidió.



Castilla la Nueva, de que en un término perentorio desalojasen su palacio las Cortes Constituyentes. Calmada la grande agitación que esta declaración produjo en el ánimo de todos, siguió diciendo el mismo señor presidente, que bajo tal presión no debía continuar el escrutinio que se estaba verificando; y que mientras el gobierno presidido por el señor Castelar, puesto que aún era gobierno, adoptaba las disposiciones convenientes para proveer á la defensa de la Cámara, ésta debía seguir en sesión permanente.

»El señor presidente del poder ejecutivo, manifestó que toda vez que los señores diputados conservaban libertad de acción, debía continuar el escrutinio comenzado, como si nada ocurriese fuera del salón.

»El señor ministro de la Guerra en virtud de la moción hecha por el señor Chao, y á la cual se adherieron muchos señores diputados, participó á las Cortes que iba á extender el decreto destituyendo al general Pavía, y sujetándole á un consejo de guerra.

»Pocos momentos después de haber acordado la Cámara por unanimidad, á propuesta del señor Benitez de Lugo, un voto de confianza al gobierno presidido por el señor Castelar; penetró en el salón fuerza armada que apostrofada por varios señores, retrocedió á la galería contigua, donde se oyeron disparos de fusil. El señor presidente rogó á todos ocupasen los escaños hasta que fueran arrojados de ellos por las tropas rebeldes; pero habiéndose presentado de nuevo fuerza armada de la guardia civil, y expuesto el señor ministro de la Guerra la inutilidad de toda resistencia, los señores diputados se re-

tiraron del salón. Eran las siete y media de la mañana».

Al salir el cuerpo diplomático del Congreso, saludó la tropa según la ordenanza.

Nadie cometió el menor desmán, ni de palabra: el acto no pudo ser más tranquilo, más breve, ni más rebelde.

## ANTECEDENTES POLÍTICOS

## XXXIX

Reseñamos el golpe de Estado del 3 de Enero, faltándonos historiar la parte secreta de sucesos importantes, que por desconocida hasta hoy, su publicidad rectifica algunas apreciaciones inexactas.

Podíamos retrotraer las causas de algunos hechos al día del entierro del inolvidable don Antonio Rios Rosas, en cuya ceremonia se faltó á la majestad de la Asamblea por la autoridad militar, y aun por parte del gobierno; empezó ya un antagonismo que no podía menos de ser funesto para los poderes públicos, y cualquiera se creyó con facultades y derecho para conspirar contra las Cortes y contra la república: no podía hallarse más maltratada.

En casos tales, cuando no hay motivos ó pretextos que justifiquen los actos de violencia, se inventan, y algunos se inventaron.

Aquella situación tenía muchos enemigos, como los tienen todas; pero la lucha legal estaba en la Cámara, cuyo presidente llevaba la bandera de oposición; y no se le puede confundir, sin grande injusticia con los elementos exagerados de la izquierda y el cantonalismo, al que con mano vigorosa había

acorralado en Cartagena en menos de un mes la terrible insurrección cantonal, al que fué el primero en apelar á la lealtad de generales hasta enemigos de la república, para que le ayudasen á pacificar el país, al que tan repetida y solemnemente declaró que procedería con más rigor, por considerarlos más culpables, contra sus correligionarios que faltasen á la ley que contra los declarados enemigos de la república, y por último, no podían atribuirse bastardas ambiciones al hombre que por no faltar á su consecuencia política había descendido del poder cuando la soberanía nacional le exigía aquel sacrificio y pudiera honrosamente cohonestar aquella inconsecuencia. Nos referimos á la aplicación de la pena de muerte por él abolida. Es evidente que el señor Salmeron planteó decidido la política de orden y de expansión; hizo inauditos esfuerzos por conservar y luego por realizar la unión con los demás elementos liberales, y por esta tendencia tan sostenida no faltaba en la misma Asamblea quien le negase el título de republicano.

La desgracia de aquella situación fué el antagonismo de personas y aun de tendencias. En la tarde del primer día de Enero, reuniéronse en uno de los salones del Congreso unos 40 diputados de la mayoría, y espontáneamente se constituyó como una especie de junta, en la que se planteó la importante cuestión de que estando tan próxima la reapertura de las Cortes no se hubiese tratado de una reunión previa como parecía exigirlo lo grave de la época que se venía atravesando, y apareció en seguida la cuestión de si se traducirían en hechos las disidencias que se su-

ponían entre los presidentes de la Cámara y del Consejo. Nombróse unánimemente una comisión (1) que se acercara á ambos presidentes para saber la exactitud de tales rumores; al preguntar al señor Castelar si éstos tenían fundamentos, les mostró las particulares quejas que abrigaba del señor Salmeron, y éste las políticas que declaró en su discurso en la Asamblea, y aquella misma noche participó la comisión el resultado de su cometido á los amigos de la mayoría, y aunque convencidos algunos de que los motivos que separaban á ambos personajes, no eran tan graves que se desesperase de una completa y hasta fácil inteligencia, promovióse una animada discusión, que reveló se iba ahondando el terreno para acumular dificultades. Presentáronse varias fórmulas sobre el voto de gracias al mensaje, en el que todos estaban acordes, y fué aprobada una que limitaba el voto al presidente del Consejo, lo cual era lógico, por ser el único depositario del poder que le habían conferido las Cortes. Los amigos de Castelar conceptuaron tal decisión como un triunfo y pidieron á los amigos de Salmeron sellaran aquel pacto con sus firmas, y las pusieron (2), retirándose todos satisfechos, creyendo haber conjurado aquella temida crisis.

No volvió á verificarse reunión alguna, y al acudir á las Cortes en la tarde del 2 de Enero, sorprendiéronse aquellos diputados al oír la lectura de otra proposición, redactada con las mismas palabras que las que ellos ha-

(1) Compuesta de los señores Canalejas, Sanz de Rueda, Pascual y Casas, y Gelabert.

(2) Excepto el señor Gelabert.

bían aprobado, pero diametralmente opuesta, por cuanto extendía el voto de gracias á todo el ministerio. Tal acto significaba en parte la ruptura definitiva de la mayoría; mas hasta los mismos firmantes de la primera proposición se callaron por el deseo de conservar la conciliación, y aún á pesar del acalorado debate de aquella tarde, al reanudarse la sesión á las once de la noche estaban los disidentes decididos á votar una proposición que consideraban inconveniente, porque no estaban satisfechos de algunos de los ministros, y porque Castelar, después de mil observaciones y súplicas, les había prometido que modificaría el ministerio.

Al continuar templada la lucha parecía conjurada la crisis, cuando uno de los oradores más notables de la derecha, el señor Canalejas, y de los que más habían trabajado y con más gusto aceptado la proposición conciliadora, pronunció su terrible invectiva contra el señor Salmeron, que se levantó á rechazarla. La conciliación era ya imposible, y hubo más de un diputado que sin sospechar ni remotamente en la catástrofe que les amenazaba, votó contra Castelar, con firme conciencia, pero con el corazón transido. Derrotado el ministerio, se pensó acaso por primera vez en quién debía sustituir á Castelar, y no pudiendo ni prestándose á serlo Salmeron, se decidieron por don Eduardo Palanca, que sobre ser uno de los diputados más caracterizados de la mayoría, era también el que más identificaba su pensamiento y propósitos con el presidente de las Cortes, y no fué, como se dijo, trabajosa esta decisión, ni aquellos tan críticos momentos permitían espera.

No se había entablado hasta aquel instante ninguna relacion con la izquierda ni aun con el centro de la Cámara; éstos votaron contra Castelar, como era de suponer que votarían siempre, y en cuanto á los amigos de Salmeron, que votaron con pesadumbre, no habían buscado alianzas con los que tan rudamente venían batiéndose.

Como en todos los diputados dominaba la idea de salvar ante todo la república, el centro, por voz de su jefe el señor Pí, ofreció al instante apoyar sin condiciones cualquier ministerio que de la derecha se formase, y la izquierda diputó al señor Díaz Quintero, quien á nombre de la misma dijo estaban dispuestos todos á prestar una tregua absoluta de tres meses al ministerio que se constituyese. Lo mismo ofrecieron varios de los derrotados de la derecha; rasgo patriótico que no fué imitado por aquellos de quienes más debiera esperarse.

El peligro de la situación inspiró prudencia á los más exagerados; y al decir el señor Palanca á Díaz Quintero que delante de Cartagena sería más inexorable que lo había sido Castelar, contestó que «á nadie más que á ellos importaba concluir aquello».

Cediendo al fin Palanca á formar ministerio, la elección de ministros revelaba sus propósitos conservadores. De ninguna fracción de la mayoría quería prescindir, y no podían ser sospechosos de falta de amor al orden personas tan recomendables como don Gabriel Rodriguez, don Angel Fernandez de los Rios, y otros, á quienes se proponía invitar. Los más pertenecían á la derecha de la Asamblea; algunos habían sido ya minis-

tros, y los que militaban en el partido radical llevarían, como se deseaba, la cooperación de sus correligionarios para facilitarles el acceso á la Cámara, á lo que hacía tiempo se aspiraba, y de aquí el interés que había habido antes para que se declararan los cuarenta y pico de distritos vacantes, para que otros tantos radicales pudieran acudir á contravalancear las opuestas tendencias de las fracciones de la Cámara.

Seguramente que ignoraba el general Pavía los antecedentes que acabamos de exponer, como los ignoraba todo Madrid; y aun acabamos de ver que sorprendieron los sucesos á sus mismos actores. La opinión pública creía que la derrota de Castelar, cuyo señor era una fundada esperanza, llevaba en sí aparejada, como se dice jurídicamente, la elevación al poder del federalismo, y acabamos de ver que los que más habían simpatizado con los cantonales se mostraron más resueltos contra Cartagena. Los excesos de estos cantonales produjeron una saludable reacción en los que con ellos habían simpatizado, y tenían más amor á la patria que á una teoría política, que comenzó á practicarse de una manera tan funesta para todos y ardiendo una guerra civil, que debía combatirla todo liberal; bien es verdad que ya veremos lo que de liberales tenían algunos cantonalistas.

Consignemos en tanto que la disidencia de la mayoría no llegó á formularse hasta la víspera de la reunión de las Cortes; que la fracción disidente apuró todos los medios de conciliación hasta el último momento; que la ruptura fué provocada por los amigos de Castelar, que identificados con este señor nada es-

peraban de sus contrarios en las Cortes y los consideraban como un peligro para el país; que los disidentes querían que el señor Castelar continuase en el poder, sustituyendo al ministro de la Guerra, al de Gobernación y á otro, con amigos de su misma fracción; aceptándose ya la sustitución de los dos últimos y no la del señor Sanchez Bregua (1);

(1) El mismo señor Sanchez Bregua ha dado después la razón á los que solicitaban su relevo.

En su publicada carta de 6 de Abril de 1876, disputando al general Pavía la parte de la gloria «que creo corresponderme en el completo restablecimiento de la disciplina, en la salvación del ejército, y en la causa del orden, pues por las circunstancias especiales en que nos colocaron los sucesos, tuve que sortear situaciones por todo extremo difíciles y comprometidas,» dice luego:

«Aparte de que yo tenía la profundísima convicción de que el ejército con los elementos que las circunstancias y el ministro le habían dado, estaba dispuesto á salvar la causa del orden, sin necesidad de que el jefe del departamento de la Guerra diese el triste ejemplo de ponerse á la cabeza de una sublevación militar etc.» y hablando del arrojo y pericia del general Burgos para vencer á los zaragozanos que quisieron combatir el golpe de Estado, añade: «á cuyo general había yo hecho oportunamente prevenciones en carta particular...»

«...Y con esto creo desvanecer los juicios formulados acerca de mi actitud respecto de la mayoría, con la cual, de paso sea dicho, no tenía influencia directa ni indirecta, moral ni de ninguna clase...»

Refiere después que estaba decretada su caída aun en el supuesto de que el gabinete se hubiera reorganizado bajo la base Castelar; que se reserva revelar en su día ante el Parlamento hechos de importancia histórica, y dice por último: «Como andando el tiempo llegó á ser general la creencia de que la guarnición de Madrid era numerosa, el consejo de ministros me pidió explicaciones y me significó el deseo de enviarlos á otros puntos; pero como yo tenía el propósito de conservar núcleos de fuerza para poder salvar el orden en los momentos que se aproximaban...»

Antes, el 14 de Enero de 1874, consignó con su firma: «No tengo para qué decir que el que suscribe no podía

que aquella noche protestó Castelar del mantenimiento del orden público y de la respetuosa adhesión del ejército, no sospechando los intentos del general Pavía, aun cuando pudo recordar la conferencia con éste al anocheecer del día 1.º (1), en la que el capitán general de Madrid le pintó con tristes colores y parecía como dar á entender las consecuencias de ser derrotado en las Córtes; y por último, que siendo los amigos del señor Salmeron los que iban á sustituir al señor Castelar, no podía sospecharse fundadamente que se planteara otra política que la de orden, de energía, de libertad y de progreso, que se proclamó aquella noche en la Asamble.

La pasión, que es siempre mala consejera, lo fué de muchos en aquella notable noche. En la precipitación con que todo se media, no había allí quien moderase impacencias, refrescase acaloramientos y contuviese imprudentes resoluciones. El vértigo se apoderó de todos; se obró al acaso, y se facilitó la ejecución de uno de esos actos que los inspira la desesperación y los justifica la salvación de la patria.

La opinión pública, de suyo sobreexcitada

---

ni debía seguir otro camino que el trazado por su presidente (Sr. Castelar), pues para echar por otro distinto, tenía:

1.º Que conspirar á espaldas del hombre ilustre, del respetado y querido amigo á quien por gratitud y deber no podía faltar.

2.º Dar al país el triste espectáculo de ponerse el ministro de la Guerra que había restablecido la disciplina, al frente de un movimiento militar, siquiera éste, fuese santificado por la opinión pública.

(1) Véase página 113 de este tomo.

por los carlistas y cantonales, había confiado en el Señor Castelar y temió su caída. Lo procedente, lo parlamentario era saber cuál había de ser su reemplazo; lejos de procurar esto, se dispuso una revolución militar, un golpe de Estado; esto es, cortar por lo sano, como vulgarmente se dice, y se cortó, asentando tan funesto precedente.

ABNEGACIÓN DEL GENERAL PAVÍA.—EL NUEVO MINISTERIO

## XL

El primer acto del capitán general de Madrid, fué telegrafiar á todas las autoridades civiles y militares, á los tres generales en jefe y á los representantes de España en el extranjero, lo que acababa de efectuar, y que el poder iba á ser entregado á los representantes de todos los partidos, excepto los carlistas y federales que se hallaban en armas, para que formaran un gobierno nacional, añadiendo que el capitán general de Madrid no formaría parte del gobierno. Unánimemente y con aplauso se contestó al telegrama, aunque en una localidad quiso un general proclamar la solución monárquica; pero las canas respetables de un veterano general que mandaba en jefe, le hicieron ver que nadie tenía derecho á no acatar y á no respetar una solución donde estaban representadas todas las aspiraciones é ideas políticas.

Llamó Pavía al Congreso á todos los representantes de los partidos y á los capitanes generales de ejército residentes en Madrid; les entregó el poder tal como lo había recogido, y les recomendó tres veces la persona de

don Eugenio García Ruiz, único representante de la república unitaria, que era lo mismo que manifestar el deseo de que fuera esta forma de gobierno la que debía regir, cuya opinión consideraba como un deber indicar, así como el no imponer la menor condición, dejándolos solos para que deliberasen.

Las eminencias reunidas no lograron armonizarse para formar un gobierno nacional, y con dificultad se constituyó un ministerio de constitucionales y radicales, bajo el nombre de la república. Los alfonsinos pretendieron se borrara esta palabra para tomar parte en el gobierno, y Castelar no quiso asistir al Congreso ni permitir que sus amigos le presentasen en el gabinete. Pavía suplicó y rogó cuando estaba fracasando el gobierno nacional, invocando á todos que tuvieran abnegación y patriotismo, viéndose precisado á efectuar una sola imposición para que pudiera formarse un gobierno de conciliación, pues la batalla entre constitucionales y radicales iba á darse por la cartera de gobernación, y Pavía impuso para ella á García Ruiz, que no pertenecía á ninguno de ambos partidos.

Cuando vió Pavía el fracaso del gobierno nacional y las dificultades que á cada paso se presentaban para el ministerio de conciliación, hizo grandes esfuerzos para que este gabinete se constituyera, y se aprestó al segundo acto del golpe de Estado, haciéndolo saber á algunas personas. Era su pensamiento que las tropas volvieran á ocupar los puntos que ocuparon en la madrugada del 3 Enero, erigirse en dictador, formar un ministerio puramente militar, siéndolo también las

autoridades; y proclamar la ordenanza como código. Todo ménos un ministerio homogéneo.

Fué verdaderamente desesperada la situación del general Pavía cuando vió la dificultad de que se conciliaran unos pocos hombres, siendo tan crítico el estado del país y tan necesaria en todos, no sólo la abnegación, sino hasta el sacrificio. Ya que vió defraudados sus deseos de un gobierno nacional, que le consideraba como la salvación del país, concibió la esperanza de que al darse por radicales y constitucionales la jefatura del ministerio al duque de la Torre, se ejercería la enérgica y justificada dictadura que el país deseaba; y ya veremos lo que aquello fué, y cómo se empequeñecen los actos grandes, los más elevados pensamientos.

Antes que formarse el gabinete se designó por todos para encargarse del departamento de la guerra el general Zavala, que en aquellas terribles circunstancias no vaciló un instante, y se trasladó en seguida al palacio de Buenavista á dedicarse con exclusivo celo al desempeño de su importante cometido.

El nuevo gobierno, bajo la presidencia del duque de la Torre, le compusieron los señores Zavala, Sagasta, Topete, García Ruiz y Balaguer, que se encargaron de las carteras de Guerra, Estado, Marina, Gobernación y Ultramar, y convencidos los radicales de la conveniencia y necesidad de que ayudaran á la gobernación del Estado, aceptó el señor Martos la cartera de Gracia y Justicia, el señor Echegaray la de Hacienda y el señor Mosquera la de Fomento. Su primer acto fué suspender las garantías constitucionales y de-

clarar vigente la ley de orden público de 23 de Abril de 1870. Era una necesidad que evidenció la actitud de los federales en Valladolid y algún otro punto.

El 8 dió un manifiesto á la nación explicando las causas que motivaron el hecho del 3 de Enero, la significación que á éste golpe daba, la conducta que en lo presente se proponía seguir y la que se prometía cuando el país estuviese pacificado, que era para cuando ofrecía convocar Córtes ordinarias, disolviendo por decreto del mismo día 8 las constituyentes.

Con la propia fecha, la mayoría de los diputados de las disueltas Córtes dirigieron al Tribunal Supremo una exposición para que amparase la legalidad y castigase los delitos, cumpliendo con su deber y haciendo que cumplieran el suyo los tribunales de la nación; y la mesa de las Córtes se dirigió además al Consejo Supremo de Guerra para que procediese contra los autores del golpe de Estado del 3.

RECONCENTRACIÓN DEL EJÉRCITO EN MIRANDA  
DE EBRO—TOMA DE LA GUARDIA

XLI

Al reunir Moriones su ejército entre Castro y Santoña, se presentaron los carlistas vizcaínos que habían ido desde Guipúzcoa, hicieron frente en Somorrostro y Onton, y acudió al punto don Carlos con tres batallones guipuzcuanos, Ollo con varios navarros, Mendirry, que había ascendido á mariscal de campo con los alaveses, y luego Lizarraga con otros tres batallones de Guipúzcoa, reuniéndose en

los primeros días de Enero desde Somorrostro hasta Zornóza cerca de 20 batallones. Don Carlos estableció su cuartel general en Valmaseda.

Vuelto Dorregaray á la gracia de don Carlos, y deseando éste dar «el impulso activo y eficaz que reclamaban las operaciones de la guerra y utilizar las fuerzas de su ejército», dispuso se formara una división de operaciones, que marchando á sus inmediatas órdenes pudiera acudir rápidamente á los puntos que más conviniera; componiéndose de ocho batallones (1), uno ó dos escuadrones y cuatro piezas de artillería, dando el mando superior de esta división á Dorregaray, con el estado mayor correspondiente.

Las fuerzas carlistas eran superiores á las liberales, y aumentaban su poder las buenas posiciones que ocupaban en las que empezaron á hacer parapetos, especialmente en el portillo de la carretera que conduce á Castro, donde se entretuvo á hacerlos el tercero y quinto de Navarra, sufriendo mucho del frío el jefe marqués de las Hormazas, que no podía resistir aquellas fatigas, aunque no le faltaba espíritu.

Contempláronse unos y otros contendientes, y á mediados de Enero marchó Moriones á Medina del Pomar, intentando los carlistas molestar el flanco izquierdo del ejército liberal, corriéndose al puerto de San Fernando de los Tornos, lo cual pudieron hacer muy fácilmente desde Valmaseda, así

(1) Dos de cada una de las cuatro provincias de Navarra, Vizcaya, Guipúzcoa y Alava, y para que todos los cuerpos disfrutasen de esta preferencia, serían relevados cada dos meses.

como tomar el camino de Villasana y salir de Villasante, ocupando las alturas del Cerneja. Siguió Moriones á Miranda de Ebro sin el menor contratiempo.

Fuerzas carlistas se habían empezado á reconcentrar antes en Alava entre Peñacerrada y La Guardia, haciendo más difíciles las comunicaciones con Vitoria, que ya lo eran de suyo, pues había que cangear los convoyes en la puebla de Arganzon (1).

Aproximábanse también á Logroño después de volar el puente de Montalvo interrumpiendo la comunicación del ferro-carril; acudió á la Rioja la división liberal de la Ribera, satisfaciendo así una necesidad imperiosa, por la que se estuvo clamando, pues á haber permitido importantes atenciones efectuar antes este movimiento, habríase aprovechado el descontento de los reclutados por los carlistas en Alava y Castilla.

En Miranda de Ebro continuaban detenidos el capitán general y segundo cabo de las Provincias Vascongadas que, deseando marchar á Vitoria, dispusieron un reconocimiento para cerciorarse de la fuerza y situación del enemigo, que en número considerable se hallaba situado cerca de la carretera,

(1) Los que seguían molestando en la Puebla eran los aduaneros carlistas. Para sorprenderlos salieron en la noche del 30 de Diciembre de Vitoria, con el mayor sigilo, 50 guardias civiles, y se ocultaron en un mesón de la Puebla, sin que nadie se apercibiese de ello; pero antes que los aduaneros llegaron dos carlistas armados que iban á Vizcaya, y al verlos la guardia civil les echó el alto, prendieron á uno, escapóse el otro después de sufrir algunos tiros; apercibiéronse los aduaneros, y no se presentaron hasta transcurrir algunas horas de la marcha de los guardias civiles. El golpe estaba bien preparado y demuestra el celo de este benemérito cuerpo.

resueltos á apoderarse de la columna que custodiase el convoy, y de 150 caballos destinados al regimiento de Lusitania. Como importaba la conservación de Miranda, y no había de quedar enteramente desguarnecida, no podía ser muy grande la columna del reconocimiento, y se utilizó, sin embargo, casi toda la gente: salió á las once de la mañana guiando su vanguardia el coronel Reguera, y al llegar á un antiguo telégrafo óptico que en aun escarpada altura se halla á la izquierda de la carretera vieja de Vitoria, como á unos cinco kilómetros de Miranda, fué hostilizada aquella por un número considerable de carlistas que, al abrigo de aquel, se encontraban en la altura. Una guerrilla de carabineros y voluntarios tomó á la carrera el telégrafo, habiéndoles protegido las dos piezas Krupp que iban en la columna, que metieron dos granadas por una ventana; siguió el avance; no tropezó ya con ningún enemigo, y se apoderó de varios efectos de guerra abandonados por los que se retiraban. Dispuesto el regreso á Miranda, por cuanto que sólo había sido un reconocimiento, al abandonarse la conquistada posición del telégrafo volvieron los carlistas á foguear la columna, sin contestar ésta, por ir ya muy adelante. Con algunas bajas de una y otra parte, perdiendo el capitán de caballería Bertorini su caballo, se adquirió el convencimiento de lo que había que hacer para pasar á Vitoria.

Dos días después, una columna, reforzada con el regimiento de Astúrias, una compañía de carabineros y otra de la guardia civil, cuyas fuerzas habían llegado de Logroño la tarde anterior, tomaron el camino de Vitoria.



Guiando la vanguardia el coronel Reguera y los 100 hombres que destacó, tomaron sin resistencia la antigua torre telegráfica, que había sido objeto de pelea con los carlistas dos días antes, para evitar que ahora molestasen á la columna que mandaba el general Saenz del Court. Pasado Armiñon, y antes de llegar á la Puebla, encontráronse á la izquierda del río los parapetos que habían hecho los carlistas para hostilizar desde ellos la marcha de la columna por la carretera; carecían de defensores, y se cumplieron sin obstáculo las órdenes del señor Reguera de destruirlos al punto. No se limitaron los carlistas á sólo aquellos obstáculos, sino que interceptaron el puente de la vía de Manzanos con los alambres del telégrafo; se cortaron y se llevaron á Miranda.

Tranquila la marcha hasta llegar á la Puebla de Arganzon, oyóse aquí un nutrido fuego de fusilería hácia la parte de Vitoria; aparecieron cerca los carlistas, ordenó el general en jefe de la vanguardia se corriera á la izquierda de la carretera á desalojarlos, y al cargarles se retiraron precipitadamente en dispersión. Cangeáronse los convoyes, llegaron sin novedad á Vitoria los 150 caballos tan codiciados por los carlistas, y carros de tabaco, etc. Este hecho, al parecer sencillo, no deja de tener importancia, por la que tenían los convoyes, que pasaron á la vista de respetables fuerzas carlistas.

Quedó al fin asegurado el camino de Miranda á Vitoria; se estableció la división Andía en los pueblos de la carretera, situándose en la puebla de Arganzon, pudiendo comunicarse telegráficamente con Moriones,

Miranda y Vitoria, y pasar convoyes escoltados, como el de 900 carros que salió de Miranda para la capital alavesa. Esto fué animando á los liberales, que aunque desde la ejecución en Octubre, de un soldado desertor, hallándose don Agustín de Burgos de capitán general, que fué el primero que aplicó entonces la ordenanza, se confiaba en la buena disciplina, les desalentaba la prolongación de la guerra y el aumento de los carlistas.

Incendiaron estos la estación de Fuenmayor á 14 kilómetros de Logroño, cortando la vía férrea y el telégrafo, y fueron recogiendo por todos aquellos pueblos de Rioja cuantas mulas podían, que llevaron á la Guardia, donde sacaron los prisioneros que tenían, y para cuyo cange se trabajaba, temiendo ya perder aquella población. Y en efecto, bien organizado el ejército y perfectamente restablecida la disciplina y hasta el honor de todas las clases (1), se decidió la

(1) Como una prueba de lo levantado que estaba el espíritu público á favor del orden y del sentimiento de dignidad que había en el ejército, en cuanto el que estaba en Miranda supo que los restos de los extinguidos regimientos de Iberia y Mendigorria habían pernoctado en Pancorbo y seguían á Miranda, todos los oficiales de aquél mostraron respetuosamente su disgusto y su disposición á entregar sus espadas. El general Moriones, comprendiendo lo que esto significaba, mandó al jefe de E. M. señor Terreros para que quedaran los oficiales y clases en Ocon, y continuara su marcha la tropa, que se distribuyó al momento entre los varios cuerpos del ejército, evitándose así un conflicto que hubiera sido lamentable.

Los oficiales, sargentos y cabos recibieron un socorro: todos iban sin insignias, á excepción del señor Benedicto, que llevaba las de comandante. Los soldados llevaban telas y otros objetos y moneda cantonal, que empezaron á circular como curiosidad y triste recuerdo.

conquista de la Guardia, á lo que marchó el ejército que se había reunido en San Vicente de la Sonsierra.

Dividíase aquél en tres divisiones, mandadas por los generales Catalan, Primo de Rivera y Andía; practicóse un reconocimiento minucioso sobre La Guardia y sus inmediaciones, y la división Catalan compuesta de la brigada Tello, de cuatro batallones de línea, una batería de 12 centímetros, otra de 10 sistema Krupp, dos piezas de 16 centímetros y una compañía de ingenieros, se situó en Páganos, como asimismo el general en jefe y todo su cuartel general: Primo de Rivera con la suya se estableció sobre la izquierda y parte Norte y Este de la plaza, con ocho batallones, brigadas Blanco y Mariné, una batería Krupp de ocho centímetros, otra de montaña y el regimiento húsares de Pavía; y á retaguardia y sobre la derecha, ó sea parte Sur de dicha plaza, Andía con seis batallones, una sección de artillería de montaña y el regimiento lanceros de Lusitania, quedando un batallón con una sección Krupp de ocho centímetros en Avalos y otra en Samaniego con otra sección de montaña y de lanceros de Lusitania. Rompióse el fuego á las doce del día por la artillería establecida en Páganos, que continuó hasta la caída de la tarde, no siendo muy eficaz por la distancia á que se hacía, y dispuso el general en jefe que en la noche del mismo día quedase la batería de 12 centímetros á unos 500 metros en su parte Sur, contribuyendo á su emplazamiento el brigadier Tello, protegido por la división Andía.

Al siguiente día por la mañana se adelan-

taron hácia la plaza unos 200 metros y sobre la derecha de Páganos las dos piezas de 16 centímetros y la batería de 10 Krupp, que inmediatamente rompieron el fuego sobre sus muros y castillos, y próximamente á las dos de la tarde se consiguió abrir brecha en el muro del frente de ataque, molestando también á la plaza con sus fuegos certeros de artillería las divisiones Andía y Primo de Rivera por sus frentes respectivos.

La batería de 12 centímetros ganaba también terreno y llegó á situarse, protegida por la oscuridad de la noche, á 400 metros, no sin tener sensibles pérdidas por los ciertos disparos del enemigo á tan corta distancia. Durante la noche ordenó el general en jefe que fuerzas de infantería avanzaran hasta lo más cerca posible de la plaza, con objeto de tener al enemigo en constante alarma, é impedir con sus fuegos los trabajos de reparación en los desperfectos causados; y debieron comprenderlo, porque al aproximarse dicha fuerza se oyó en el interior de la plaza bastante alarma, y momentos después se vió arder el combustible que habían colocado en la brecha, temerosos de un asalto, cuyo incendio duró hasta el amanecer del 1.º de Febrero. En este día continuó el fuego contra los muros de la plaza, siendo más eficaz y de mayores resultados.

Sobre las tres de la tarde, y después de un reconocimiento para ver si las brechas estaban en disposición de ser atacadas, los comandantes generales de artillería é ingenieros indicaron al general en jefe su estado realizable, si bien en mejores condiciones la izquierda, ó sea la que se abrió frente á Pá-

ganos; y dispuso el general en jefe que la columna denominada de asalto, preparada desde por la mañana, compuesta de voluntarios de todos los batallones del ejército sitiador, tanto en jefes, oficiales y soldados, y cuyo número prefijado por el general fué de 500 hombres y una sección de ingenieros mandada por un oficial de dicho cuerpo con escalas y demás útiles necesarios á dicha operación, emprendiese el ataque para entrar en la plaza por ambas brechas, dividiendo la columna en dos partes, mandadas cada una por los valientes jefes del regimiento infantería de Asturias, comandante don Ildefonso Marquez y don José Rodríguez Moya, en el momento que oyeran el toque de diana por una banda de cornetas, siendo auxiliada por otra columna de reserva con fuerza del regimiento de Asturias al mando de su coronel don Enrique Bargés, y otra general al mando del brigadier don Juan Tello y Miralles con el resto de su brigada.

Grande é indescriptible fué el entusiasmo de los soldados de aquella columna por la operación que iban á efectuar en el momento de reunirse y darles á reconocer por el brigadier Tello á sus dignos jefes, que les habían de conducir al asalto, aunque iban destinados al sacrificio. Préviamente se había dispuesto que las otras divisiones destacaran grandes guerrillas para circunvalar la plaza hasta unos cuatrocientos metros, aprovechando los accidentes del terreno, y atraer los fuegos del enemigo; y á la media hora de romper el fuego esta guerrilla, y á la seña convenida, se empezó el movimiento de ataque por las dos columnas de asalto, bajo su

protección y el de la artillería, con el apoyo antes mencionado. En aquel momento todas las miradas estaban fijas en las dos columnas que, poseídas del mayor entusiasmo y abnegación, marchaban con un orden y valor sereno, propios solamente del soldado español en los casos supremos, y á pesar de las bajas que les hacían, tanto mayores cuanto más se iban aproximando á las brechas: llegó la de la derecha hasta el cementerio, á unos ciento cincuenta metros de los muros, y la de la izquierda á menos distancia, observando entonces los jefes de ambas columnas que las brechas no estaban aún practicables; opinión que se confirmó por un oficial de esta columna, que con solo ocho hombres se adelantó hasta la primera obra de defensa exterior; este temor lo tuvo el general en jefe, y así lo hizo entender á los dos jefes de artillería é ingenieros; pero razones de importancia debieron obligarle á que se diera el asalto lo más pronto posible, á fin de atender á los enemigos que se presentaron por Lagran.

Cuando Iturmendi con algunas fuerzas carlistas llegó el 30 de Enero á Cripán, reinaba gran pánico en sus correligionarios de todos aquellos pueblos; y al ver el ejército que sitiaba á La Guardia la dieron por perdida, porque Llorente que la mandaba no la había abastecido; tenía muchas municiones de Remington español y sólo 80 fusiles de este sistema; no era bueno el espíritu de la guarnición, porque la debilidad de Llorente no podía dominar á las fracciones en que estaba dividida, figurando en una los yernos de éste, y en la opuesta Alvarez, Merino y los

Ochagavias, y el estado de la fuerza no podía ser más deplorable, á pesar de la importancia que para algunos tenía La Guardia. No pudiendo ser cercada completamente, las fuerzas que acudieron en su ayuda podían recibir emisarios, y los recibían: brindóse Segura á ir á la plaza con cuatro compañías armadas de Remington; no accedió Iturmendi, por no mostrar grande empeño por una población que no pertenecía á Navarra, como si alaveses y navarros no defendiesen la misma causa; pasaron la noche del 30 y 31 lamentando su impotencia, y convinieron, ya que no socorrerla, favorecer la retirada de sus defensores haciendo un alarde por el N. y N. O. á fin de llamar la atención de los sitiadores, para que la guarnición se retirara por la parte del Villar.

A las tres de la mañana del 1.º de Febrero, salió Segura con un batallón, y recorriendo las estribaciones de la Sonsierra por el Mediodía, llegó al frente de La Guardia, desplegó su gente en batalla, teniendo á su espalda el puerto de Lagran; estableció su reserva cerca de la salida del puerto; Iturmendi con el séptimo fué por detrás de la cordillera; colocó sus fuerzas Segura, y apercebidos los liberales de la presencia de sus enemigos, les hicieron frente la caballería y artillería, cañoneándoles ésta, por lo que tuvo Segura en movimiento su gente, haciéndola avanzar ó retroceder según afinaban los liberales la puntería, logrando aquellos así, que habiéndoles disparado 185 granadas, sólo tuvieron un muerto y un herido. La infantería liberal iba formando en línea conforme llegaba detras la caballería y artillería, y

marchó parte en observación del puerto de Herrera. Se cañoneó también á los carlistas de aquel lado, y al cabo de algún tiempo se suspendió este fuego y continuó contra la plaza. Liberales y carlistas comprendieron el propósito de las fuerzas que se presentaron por Lagran y Herrera; se reunieron los sitiados para evadirse, se sublevó una parte de ellos, hirieron á Llorente, y esto produjo gran confusión y desorden.

Ya de noche, y después de dos horas de suspendido el fuego, se oyó tocar dentro de la plaza llamada de oficiales, saliendo al poco rato por la puerta de entrada que da al Norte tres hombres de la población con luces, dirigiéndose hacia Páganos, en donde estaba el cuartel general. Conducidos á presencia de Moriones, le entregaron un pliego cerrado de los jefes carlistas Llorente y Ochagavía, en que pedían capitulación: después de convenida, y sobre las diez de la noche, entraron en la plaza fuerzas del general Primo de Rivera y brigadier Blanco, y tomaron posesión de ella y del castillo, quedando por el momento prisionera toda la fuerza carlista, que entregó sus armas y demás pertrechos de guerra, poniéndola en libertad al siguiente día 2 de Febrero, con pase para restituirse á sus casas.

En el ejército se juzgó de diferentes maneras este acto; pues á la vez que unos le calificaban de excesiva benignidad, y con un enemigo que había cometido punibles excesos, ocasionando no pocas víctimas, otros decían que debió tenerse en cuenta que la plaza, medianamente defendida, hubiera costado bajas de mucha consideración. Además,

las fuerzas sitiadoras tenían por su flanco izquierdo las alavesas, y por el derecho y frente, las navarras.

En Haro y algún otro pueblo, no fueron bien recibidos los libertados carlistas, por ser conocidos los antecedentes de varios.

Volviendo á La Guardia, debe aplaudirse su fácil conquista. pues á valer más sus defensores, debieron haberla dilatado algunos días. Sus antiguas murallas medían en algunos puntos dos metros de espesor, su castillo era magnífico, sus fuegos cruzados y su situación inexpugnable.

Los destrozos causados por la artillería sitiadora fueron considerables.

Mientras Llorente mandó la defensa, fueron acertadas las disposiciones; pero estaba insubordinada su gente, y por la herida de aquel jefe sucedióle en el mando Ochagavía, que fué quien capituló.

El ejército admirable, aun en medio de las penalidades del campamento en noches crueles. Un soldado de cazadores de Barbastro, cuyo nombre sentimos no saber, fué el héroe en esta jornada.

Los carlistas tuvieron unas 60 bajas entre muertos y heridos, incluso algunos jefes, y los liberales más de 100.

Cuando se rindió La Guardia, acudía Mendirry con cuatro batallones en su socorro. No esperaban los carlistas perderla tan pronto. Habían determinado socorrerla, queriendo acudir á la vez muchas fuerzas, no atreviéndose ninguno por sí sólo á presentarse en tan descubierto terreno, ó más bien por rivalidades provinciales; y al efecto, algunos batallones que habían estado en Salvatierra se ade-

lantaron á Alegría el 31 de Enero, casi á las puertas de Vitoria, y deteniéndose avanzaron á los montes de Iturrieta y bajaron hasta Apellaniz el día 1.º; Ollo con dos batallones y dos piezas se presentó el mismo día en Santa Cruz de Campezu, en contacto su derecha con la izquierda de los de Apellaniz; pero ni unas ni otras de estas fuerzas pasaron, que sepamos, de las vertientes de los montes de Izquiz.

La pérdida de La Guardia afectó á los carlistas, y produjo capítulos de culpas, que no todos merecían, pues algunos estuvieron sobrado audaces, lo cual motivó que el día 1.º dispusiera el comandante militar del cantón de Miranda de Ebro, que el jefe de carabineros con toda la fuerza de su comandancia tomase á la carrera las alturas frente á la estación, dominando el camino de Espejo hasta el de Vitoria y margen derecha del río Bayas, por aproximarse los carlistas, y entre otros una vanguardia de 800 hombres al mando de Celedon, que se hallaba en el inmediato pueblo de Fontecha, á unos cuatro kilómetros, con el objeto sin duda de flanquear el paso de otras fuerzas entre Armiñon y Miranda, para poder ocupar el condado de Treviño y proteger á La Guardia. Obróse con loable actividad, y á la hora, los carabineros, con su jefe á la cabeza, habían coronado completamente todas las posiciones; se colocó después en columna de masas, y en reserva el batallón de Albuera, que acababa de llegar; recorrió la línea á las tres de la tarde el brigadier jefe de estado mayor general del ejército del Norte; mandó al coronel Reguera practicar un reconocimiento, que evi-

denció la existencia de los carlistas en los puntos indicados; no se contestó á algunos disparos que hicieron aquellos, y al anoche- cer se retiraron las tropas á Miranda, vigi- lando no quemaran los carlistas aquella her- mosa estación, como lo habían ofrecido.

El día 3 continuaban los enemigos en las mismas posiciones, y algunas fuerzas se acer- caron á Comunion, entre Fontecha y Mi- randa, muy cerca de esta villa, y junto al antiguo camino romano. Miranda, sin em- bargo, no corría peligro, terminado el fuer- te frente á la estación, dirigido por el in- teligente jefe de carabineros señor Horga; y además de la excelente y sólida muralla as- pillerada, se construyó cerca de la puerta un tambor de dos cuerpos, y un fortín en la már- gen de la derecha del Ebro.

SITIO Y RENDICIÓN DE PORTUGALETE, LUCHANA  
Y DESIERTO

## XLII

Desde Julio de 1873 sufría la villa de Portugalete molesto asedio de los carlistas, y redoblaban cada día su empeño de apo- derarse de tan importante punto, cuya defen- sa estaba á cargo del teniente coronel don Amós Quijada. Al punto comprendió la im- portancia de fortificar San Roque y Campan- zar, que es lo que debió haberse hecho en Agosto, cuando acudió á Bilbao el ejército del Norte, y pidió la construcción de un blo- kaus, que hicieron en la invicta villa los in- genieros, y le llevaron á Portugalete el 28 de Diciembre un oficial y 59 individuos de la

clase de tropa. Los carlistas, que habían aumentado sus fuegos el día antes, los re- doblaron, extendiéndolos contra los vapores que remolcaban los dos gabarrones con el blokaus, para impedir su desembarque, el cual, á pesar de los heroicos esfuerzos de al- gunos, y en la esperanza de la aproximación de Moriones, no pudo efectuarse hasta el día siguiente, en medio del horroroso fuego de cañon de los sitiadores desde cuatro baterías, dirigiendo especialmente sus proyectiles con- tra la goleta *Buenaventura* y las fuerzas que protegían el desembarco. Terminado éste por la tarde, enfilaron los carlistas sus fuegos de cañon y fusil á la torre de la iglesia, contes- tando valientemente los que defendían este punto.

Constituían la guarnición de Portugalete 700 cazadores de Segorbe y una compañía de ingenieros de 80 plazas, y aunque fortificada la villa regularmente para resistir el fuego de fusilería, la dominaban las alturas de San Roque y Campanzar. Empezóse el 30 á co- locar el blokaus, y los carlistas la quinta ba- tería en el alto de Campanzar; continuó el fuego de cañon y fusil, que no cesó ni por la noche, hallándose algunas baterías á 300 metros de distancia, y cesó el 31 el de arti- llería, continuando el de fusilería hasta el amanecer del 1.º del año.

Al encargarse Dorregaray de la dirección del sitio, escribió desde Sestao el 2 al señor Quijada, diciéndole que acababa de llegar con objeto de emprender el ataque de la plaza; que no le sería desconocida la situación de Moriones, imposibilitado de dar un paso ade- lante y de auxiliarle; que la guarnición de

Bilbao también se encontraba encerrada, y no podía favorecerle ni restablecer la comunicación de la ría; que era inútil la resistencia y la efusión de sangre, y pública la conducta que Dorregaray había observado con los fuertes que se le habían entregado sin resistencia, y el tratamiento que habían recibido sus guarniciones, le pedía meditara su situación y lo inútil de su resistencia, y le entregara la plaza con el armamento y pertrechos de guerra, quedando en libertad la guarnición, y él dispuesto á escuchar las proposiciones que se le hicieran.

De acuerdo con los jefes de la guarnición y comandante de la *Buenaventura* contestó que había formado la invariable resolución de defender la plaza hasta el último extremo, correspondiendo así á la confianza que en él había depositado el gobierno.

En cuanto recibió Dorregaray esta contestación, sin más aviso mandó romper el fuego á todas las baterías y puntos avanzados, y una granada, que reventó en la bóveda de la torre, donde se hallaban los mejores tradores liberales, mató á uno, hirió á dos de gravedad y á tres más levemente, sin que sus esforzados compañeros desmayasen, á pesar de aquel estrago en un reducido espacio de 20 metros de circunferencia. Sobre 130 proyectiles arrojaron aquel día los carlistas.

El 3 descubrieron la tercera batería con dos cañoneras y una pieza para batir el parapeto y casas del Cristo, y á las diez de la mañana, hora acostumbrada, empezó el fuego que, continuado solía durar seis horas, aunque seguía casi sin interrupción el de fusil. Hicieron los carlistas tres baterías más

en los días 4 y 5; el 6 amaneció ocupada por ellos la orilla derecha de la ría, con un parapeto para fusilería, y empezada la construcción de la batería 12, que no había de hacer menos daño que las demás. Se causaron grandes desperfectos en las obras de defensa, que se reparaban en lo posible por la noche, y el mayor apuro para el jefe de la plaza era que las municiones de artillería estaban agotadas por su número escaso, y reservó para el último extremo 25 disparos; las de fusil se consumían bastantes, aunque con mucha prudencia, pues también guardaba para el caso de un asalto, las suficientes para rechazar al enemigo.

Ca la día más apurada la situación de Portugaleta, fueron al fin el día 8 los vapores *Gaditano* y *Bilbao*, procedentes de Castro, que no pudieron comunicar por tierra, y al arrojar los pliegos que llevaba el comandante del primero cayeron al agua, sin poderse recoger por el fuego intenso que de todas partes hacían. Acoderado el vapor *Bilbao* á la *Buenaventura*, pudo trasbordar municiones, que por la noche se trasladaron á tierra, consistentes en 500 granadas y 90.000 cartuchos de fusil, de gran utilidad en aquellas circunstancias.

Construyóse una batería en la avanzada del Cristo y nuevas obras de defensa, y al amanecer del 9 se rompió el fuego de cañón y fusilería; contestaron con decisión los sitiadores, y contrarrestó la goleta que apagó los fuegos de las baterías de Lejona y Sestao. En la noche de este día entró el vapor mercante *Bilbao* con 100.000 cartuchos de fusil, botiquines y otros efectos, dos oficiales y ocho

individuos de tropa, desembarcándose todo. En la madrugada del 10 incendiaron los carlistas dos casas inmediatas á la avanzada y línea fortificada del Cristo para mejor descubrir los puntos de defensa, y al amanecer rompió el fuego la *Buenaventura* sobre las reparadas baterías de Lejona y Sestao, sosteniéndose vehementemente por una y otra parte hasta las cuatro de la tarde que cesó por la parte de tierra, continuando vivo el que hacían los sitiadores desde las Arenas, en el pretil de la ría, á unos 100 metros de distancia de la *Buenaventura* y ménos del *Gaditano*. Mal parada la goleta (1) ó insostenible, según su jefe, su posición, tuvo que cortar las amarras y hacerse á la mar en la mañana del 11 con el *Gaditano* (2), contemplan-

(1) «Treinta y dos balazos en el casco y 19 hombres fuera de combate. Tres de los balazos cogieron bajo la línea de flotación y el barco hacía mucha agua, que no es posible tapar sin que el buque entre en dique. Por fin de fiesta á la salida me inutilizaron el timón, y por un buen rato creí perdido el barco.» Carta del señor Olleros, comandante del *Buenaventura*.

«Estas grandes averías, que necesitaban obras de consideración, que no era posible verificar con la prontitud que se necesitaba,» según la *Memoria de los servicios* prestados por la marina, no impidieron que los prestara la *Buenaventura* inmediatamente en Santander, cuando esta ciudad estuvo amenazada de ser invadida por Mendirry.

El *Ferrolano* había abandonado antes la ría por falta de víveres, aunque los había, y buques, bien cerca.

(2) El comandante de este vapor dirigió al señor Quijada esta carta: «Muy señor mío y estimado amigo: Esta noche me han destrozado materialmente el buque con un cañón que me han colocado en las Arenas, á pesar de haber tratado de evitarlo, agotando casi por completo las municiones; pero no es esto lo más grave, sino que me han pegado un balazo casi á flor de agua, que me impide no tan solo de ir al Desierto, sino de permanecer en la ría, y Dios quiera que pueda coger cualquier

do ambos buques el grande incendio de la manzana de magníficos edificios del muelle nuevo, producido con petróleo por los carlistas. La marcha de los dos vapores privó á los defensores de Portugalete del gran recurso que las baterías de aquellos buques les proporcionaban, defendiendo el frente débil de las fortificaciones de toda la parte de la ría en una extensión de más de 300 metros.

Manifestó la *Gaceta* que «se habían comunicado las órdenes más terminantes á la escuadra para que marcharan sin demora varios buques en socorro de la bizarra guarnición de Portugalete», que podía y debía confiar en él, tan imperiosamente reclamado y en cuya eficacia consistía la salvación ó pérdida de aquella villa, entregada á sus solas fuerzas desde la mañana del 12, en que se retiraron los buques; pero pasan días; durante cuatro la mar estuvo bella, hasta la tarde del 16 que se alteró un poco; se ha dicho que sólo contaba el jefe de la escuadra con la corbeta *Consuelo* y la goleta *Concordia* cuando recibió la orden de reforzar la guarnición de Portugalete, y «que en pocos instantes organizó una división de buques mercantes mandados por oficiales de los buques de su mando, en vista de que los capitanes de los mercantes se negaron á cumplir este importante servicio, á excepción del vapor *Cuatro Amigos*, don José Ramon de Uriarte

puerto en el que por de pronto remedie tanta avería; crea V. que estamos en la más crítica de las situaciones; también he tenido algunas bajas.

No se puede V. figurar lo sensible que me es tener que abandonar esto, pero no tengo más remedio. Su afectísimo seguro servidor Q. B. S. M.—Manuel Cincunegui.»



y del *Bilbao* don Pedro Iturriaga, que se prestaron gustosos» (1); y sin embargo de tanta precipitación, cuando se disponían los buques á ir, no ya á reforzar aquella guarnición, sino á embarcarla, se previno al jefe marino atendiera á organizar las fuerzas de su mando en Santander, porque ya habían capitulado los defensores de Portugalete.

Una batería colocada detrás de las casas de las Arenas comenzó á lanzar bombas de 27 centímetros, causando grandes desperfectos en la villa, aumentados con el bombardeo y fuegos de los días sucesivos.

El 13 aparecieron á diferentes horas dos vapores de guerra, que prestaron buen servicio, pues á la vez que apagaban algunos fuegos enemigos, levantaban el espíritu del soldado y animaba su presencia á los vecinos de la villa. Era necesario, indispensable, el auxilio por mar, único punto por donde podía hacerse, porque la interceptación de la ría le imposibilitaba desde Bilbao; había que oponer cañones á los de los sitiadores, y los sitiados sólo contaban con dos de montaña deteriorados. Aunque los buques presentados y los que se fueron presentando sucesivamente sólo hicieron algunos buenos disparos, siguieron los carlistas cañoneando desde las Arenas y oponiendo nuevas baterías hechas con la cautelosa astucia que la que apareció debajo de la carretera y en forma de túnel, y otra al extremo de la punta del muelle, evitando los proyectiles de la fusilería liberal. La permanencia de los buques en el abra

(1) Memoria de los servicios prestados por la marina militar en la campaña del Norte, por don Manuel Baamonde y Ortega.

de Portugalete fué corta; y como si esto no angustiase la situación de los sitiados, á los desperfectos que tenían sus obras de defensa, que se afanaban en reparar, se unió la explosión de una mina que, partiendo de la capilla construída en el muelle, terminaba en la manzana de casas inmediata á la casa-fonda nueva, cuya mina hizo volar, posesionándose de dicha manzana de casas dos compañías carlistas. La avanzada de la guarnición, situada en el mismo punto, que la componían un sargento, un cabo y ocho soldados, tuvo tres prisioneros, por haber sido envueltos por los escombros de la casa, cuatro muertos en lucha cuerpo á cuerpo, y tres pudieron salvarse refugiándose en una trinchera inmediata.

Posesionados los enemigos de aquel gran edificio, podían dominar impunemente con sus fuegos toda la cortina de trincheras que entre la fonda y Santa Clara constituían la defensa de las huertas, por lo que resolvió el comandante militar de la plaza incendiar aquella manzana de sólidas casas para librarse del peligro. Colocó las dos piezas de montaña en el piso bajo de la fonda, y á las once de la noche dispararon sobre dichas casas, llenando de espanto á los enemigos que en ellas se albergaban y las abandonaron. A los 26 disparos, tres oficiales, seguidos de un cabo y dos soldados, penetraron en una de las casas incendiándola, y ardieron todas sin que cesara en tanto el fuego de fusilería.

Apoyadas en las ruinas de las anteriores casas, construyeron los carlistas dos grandes trincheras á 120 metros de distancia de la plaza; se aumentaron estas obras hasta colo-

carlas á 100 metros; y llegaron los carlistas á establecer la batería número 16 con un mortero que se estrenó el 21 con certera puntería, é introdujo en la villa varias bombas, que causaron terribles destrozos y consternación. Aproximándose cada vez más los sitiadores, se estrechaban las distancias, se multiplicaban las pérdidas, disminuían los medios de resistencia, la población se iba convirtiendo en ruinas, y el jefe militar reunió en junta á varios jefes y oficiales; expúsoles el estado de la plaza, pidióles consejo, y fué unánime la opinión de que la villa no podía resistir más á la poderosa artillería enemiga, no habiendo medios ni local donde curar los heridos, y que en breve se carecería hasta de aguas potables. Aún se esperó á la marea de la tarde por si se presentaban algunos buques de guerra que ayudasen á los defensores de la villa; y viendo ya á las cuatro que era imposible continuar la defensa, se enarboló bandera de parlamento; se suspendieron las hostilidades, presentóse Dorregaray á conferenciar con Quijada, al que concedió cuanto deseaba, excepto no ser considerados como prisioneros de guerra; no se conformó el jefe liberal con tal condición sin consultar antes á sus subordinados, los que convinieron en aceptar la ley del vencedor por ser imposible continuar la resistencia, y resuelta la capitulación, dijo el jefe á sus soldados en el orden del día 22, que su comportamiento no había obtenido por premio el triunfo que merecían; que se habían agotado todos los recursos en defensa del gobierno, haciendo diez días que envió á decir al general en jefe lo desesperado de su situación, porque él no

podía socorrerlos, y estando casi por tierra los puntos fortificados; «la fonda sin fuegos superiores; el convento derribado; la iglesia atravesada por los proyectiles huecos y amenazando ruina; la avanzada del Cristo, depósito de las aguas que bebemos, próximo á ser abandonado; dos minas á punto de volarnos; municiones para un día de fuego y completamente cortados del resto de España. Vamos á entregar la plaza, quedando nosotros en depósito hasta que el gobierno dé la orden para que sean entregados los prisioneros carlistas que tiene en su poder. La mayor cordura y prudencia en las presentes circunstancias añadirá un timbre más á las honrísimas condiciones con que capitulamos, y hará que siempre se diga de nosotros: fueron 800 bravos, que sucumbieron á 4.000 proyectiles de artillería».

A las doce de aquel día salió de la villa toda la guarnición con sus armas, banderas y equipajes, y al desfilar por delante de un batallón carlista, éste presentó las armas y batió la marcha real. Hecha la entrega de la bandera, armas y efectos de aquel punto militar quedaron prisioneros de guerra (1).

(1) Capitulación que propuso el teniente coronel comandante militar de Portugaleta al jefe superior de las fuerzas carlistas que la sitian:

«Habiendo resistido esta guarnición enérgicamente hasta donde alcanzan sus medios de defensa y exigen el honor y el deber, hará entrega de la villa bajo las condiciones siguientes:

Artículo 1.º Toda la guarnición de Portugaleta, compuesta únicamente de fuerzas del ejército permanente nacional, saldrá de la población con los honores de guerra, y entregará las armas en el punto que designe el jefe superior de las fuerzas sitiadoras.

Art. 2.º Todos los jefes y oficiales conservarán sus es-

La guarnición tuvo cuatro jefes y oficiales heridos, cinco individuos de tropa muertos, seis desaparecidos, 48 heridos y 60 contusos. De la clase de paisanos, contando mujeres y niños, 21 entre muertos, heridos y contusos.

padas y reвольvers, y todos los comprendidos en esta capitulación sus equipajes.

Art. 3.º Los referidos jefes y oficiales é individuos de tropa quedarán en completa libertad de marchar á Santander custodiados por las fuerzas sitiadoras.

Art. 4.º Todos los efectos de guerra se entregarán por comisionados nombrados al efecto.

Art. 5.º Los heridos y enfermos que no pueden marchar y quedar en la villa están comprendidos en la capitulación; serán asistidos y curados por las personas que nombre el jefe superior carlista, y terminada la curación de las heridas marcharán libremente donde les convenga.

Art. 6.º Ningún vecino de la villa será maltrato ni perseguido, ni se le exigirá responsabilidad alguna por los auxilios prestados á la guarnición y trabajos desempeñados, pues lo han hecho obligados por orden del comandante militar, autorizado por las ordenanzas del ejército para los casos de defensa de las plazas sitiadas.

Art. 7.º La presente capitulación será ratificada y firmada por los jefes superiores que la estipulan, y tendrá toda la fuerza que el derecho confiere.

Portugalete 22 de Enero de 1874.—El comandante militar, Amós Quijada y Muñiz.

El comante general que suscribe acepta estas bases con las modificaciones que á continuación se expresan:

Art. 3.º Los jefes, oficiales é individuos de tropa quedarán prisioneros de guerra, y el jefe marchará á Madrid para gestionar el inmediato canje.

Art. 5.º Todos los heridos marcharán al punto que más le convenga, facilitándoles los medios necesarios al efecto.

Artículo adicional. En atención á la petición hecha por el jefe del batallón de cazadores de Segorbe, núm. 18, y autorizado por el Excmo. señor Capitán general jefe de E. M., concedo á dicha fuerza la libertad tan luego como el citado jefe presente un documento en que su gobierno se comprometa formalmente á dejar en libertad inmediatamente igual número de prisioneros carlistas que los hechos en la guarnición de Portugalete, quedan-

Además de los 841 prisioneros que quedaron en poder de los carlistas, se hicieron dueños de dos cañones de á ocho de montaña, 170 granadas; 748 fusiles Remington y Berdan, la bandera, 180.000 cartuchos, herramientas, útiles y otros efectos, 40.000 raciones de galleta, 20.000 de tocino, 20.000 de arroz é igual número de garbanzos con 41 pipas de vino.

Los carlistas emplearon contra Portugalete el segundo batallón de Navarra y el de las Encartaciones, al mando los dos de Andéchaga, 10 piezas de artillería, y tres obuses y morteros, acabados algunos de fundir en Arteaga con las campanas de Vizcaya.

Quijada se mostró completamente satisfecho del excelente comportamiento de sus subordinados y de una buena parte del vecindario, el cual consignó después en una comunicación dirigida al ministro de la Guerra, que durante el asedio de aquella plaza tuvieron ocasión de conocer la energía de carácter y dotes de mando de don Amós Quijada y Muñiz; enaltecieron con toda convicción la heroicidad de la defensa, y más particularmente desde que fué abandonada por los buques de guerra, quedando todo el perimetro de la población á merced de los proyectiles enemigos, sin tener un cañón de poder con que contestar á los que les asediaban, considerando una garantía de seguridad para Portugalete el mando de aquel coronel para gobernador militar de ella.

do entre tanto esta nota en el pueblo que al efecto se le señalará.

Nota.—El número de bajas ha sido en la tropa de 123 entre muertos y heridos y contusos, y 21 en la población,

El señor Quijada, en una fundada exposición, pidió se concediera á su batallón de Segorbe, previo el juicio contradictorio, la corbata de San Fernando.

Evacuada la plaza por sus defensores, entraron en ella los carlistas; quedó encomendada á Andéchaga; se efectuaron algunas prisiones; se borró la lápida de la constitución; se quemó públicamente el registro civil; se impuso á varios contribuyentes la obligación de pagar 10 ó 20 obreros para destruir todas las fortificaciones, y de tal manera se faltó al art. 6.º de la capitulación, que empezaron á emigrar cuantas familias habían quedado en la villa, y su comandante militar don Timoteo Otaduy, prohibió arbitrariamente la emigración, á no dejar cada inquilino una persona que respondiese á las cargas y gravámenes que se impusieran. Se colocaron de una á otra parte del muelle de 14 á 20 calabrotes, cadenas, etc., para impedir á los buques la entrada en la ría; obstáculos todos fáciles de forzar, como lo fueron (1), y se construyeron baterías en los dos puntos del muelle, en Campo Grande y entrada de Algorta en las Arenas.

Nueve días antes de la capitulación de Portugalete, el 13, se verificó la del destacamento de Luchana, compuesto de cuatro oficiales y 117 individuos de tropa del regimiento de Zaragoza y carabineros. Comisio-

(1) El 14 de Abril, un buque francés *L'Amable Lucie*, huyendo de la tormenta entró de arribada salvando en la barra montañas de olas y cuantas cadenas atravesaban la ría, excepto la primera que la rompió, sin lesión del buque, y fué á encallar cerca del Desierto.

onado para sitiarnos don Rafael Alvarez con el batallón vizcaino de Arratia, mandado por Gorordo, se hizo dueño, no muy difícilmente, á los pocos días, de aquel punto, que no debieron haber conservado los liberales en cuanto se interrumpió la comunicación por la ría: los rendidos fueron escoltados por el mismo Alvarez, á petición de ellos, hasta Castro-Urdiales, donde los puso en libertad según lo estipulado. Cuando se supo la rendición de este destacamento, se acababa de poner la orden á su jefe para que por la noche abandonase el puesto inutilizando lo que no pudiera llevarse á Bilbao, para lo cual la guarnición de Deusto apoyaría el movimiento; así que la noticia produjo mal efecto en Bilbao, y más por el abandono de la ría por la marina de guerra (1). Quedó en poder de los carlistas su armamento, 10 paquetes de cartuchos por plaza y 8.000 de repuesto.

La guarnición del Desierto—para cuya protección se pidió el 13 al gobierno un buque de guerra—compuesta de dos compañías, también de Zaragoza,—bien guiadas por el señor Ruiz Alegria—reducida al último extremo, careciendo de lo más preciso para su subsistencia, capituló en la tarde del 22 con las mismas condiciones que la de

(1) A esta reclamación contestó el general en jefe que la marina protegería la ría. Preguntó la situación de la villa y días que podría resistir, y se le contestó detalladamente respecto á víveres y municiones, diciéndole que no convenía prolongar aquella situación más allá del 27 de Enero: lo decían el 19 del mismo, y se repitió el 22, al preguntarlo otra vez Moriones desde Miranda, y comunicó el 28 que estaba esperando refuerzos para ir sobre la plaza á fines de Febrero.

Portugalete, quedando en poder de los carlistas un cañón de á ocho de campaña, 282 fusiles, cartuchos y otros efectos (1).

El 18 se replegó á Deusto el destacamento de Olaveaga, de unos 30 hombres, y el 23 se ordenó á los de Deusto se replegaran á la plaza, inutilizando en lo posible las obras de defensa «no destruyéndolas por completo por no dar sospecha al enemigo del movimiento que se iba á efectuar.» Al retirarse por la tarde fué bastante molestado por los carlistas, aunque no causaron ninguna baja.

En recompensa de la toma de Portugalete, ascendió don Carlos á Dorregaray á teniente general, á Andéchaga á mariscal de campo, á Patero y Rada á brigadieres y á Calderon á coronel.

## EXPEDICIÓN CONTRA SANTANDER

## XLIII

El presidente de la junta de Cantabria don Fernando F. de Velasco, presentó á Elio el plan de una expedición á Santander, que sobre tener escasísima guarnición, poseía una regular cantidad de millones de reales en metálico para remitirlos á Madrid. Se enviaron confidentes; se adquirieron las necesarias no-

(1) En la sumario que se formó al señor Ruiz Alegría, pidió el auditor se hiciera en favor del procesado las declaraciones suficientes para avivar más y más su espíritu militar; dijo el capitán general que se le dieran las gracias por su comportamiento, y el Consejo Supremo sobreseyó la causa, sin que su formación le perjudicase en su opinión ni para los beneficios que pudieran corresponderle.

ticias, y se confirió el mando de una pequeña división, de dos batallones de la de Navarra, otros dos de la de Alava, un escuadron de caballería y una sección de artillería á don Torcuato Mendiry, con cuyas fuerzas, que ascendían á 2.600 hombres, debía efectuar un movimiento en la provincia de Santander y caer por sorpresa en la capital. Se reunieron estas fuerzas el 16 de Enero en el valle de Arcentales; pernoctaron en Ramales, y se aprestó Mendiry á ejecutar su plan de salir en la madrugada siguiente, detenerse tres ó cuatro horas en lo más encumbrado del puerto á fin de ocultar á los de Santander su marcha, y cerca de la noche continuar aquella para llegar á las dos de la madrugada á las puertas de la plaza, formar inmediatamente las columnas de ataque y acometer resueltamente.

Conforme á este plan, salió de Ramales la división expedicionaria, con un día regular; por Valle Ogárrio y Ruesga llegaron á las doce á Arredondo, continuaron la marcha á la una y media; subieron el penoso puerto de Alises con una lluvia menuda; en lo alto del puerto, manifestó Mendiry á los jefes de los batallones el objeto de la expedición; se prosiguió el avance antes de la hora que se había propuesto Mendiry, porque la niebla ocultaba, y hasta cierto punto favorecía el movimiento; pero cerró la noche con tan intensa lluvia, lastimando tanto á los carlistas, que llegaron á Solares é inmediaciones á las once, absolutamente imposibilitados de continuar marchando, por lo que dispuso Mendiry se alojara su gente, y él pasó la mayor parte de la noche en la carretera, acudiendo

adonde era necesario para evitar un siniestro, en los hermosos edificios situados en ella.

El comandante general de Castilla don Santiago Lirio, con las fuerzas que tenía á sus órdenes, debía ir desde el valle de Mena, donde estaba, sobre Reinosa, romper el ferrocarril á Santander para impedir el socorro á esta ciudad y bajar luego á unirse con Mendiry. Dirigió Lirio las fuerzas castellanas á Villasante y los cántabros á Villasana, y al llegar las primeras al punto á que iban, se encontraron con la columna de Medina de Pomar; trabóse el combate con diferentes peripecias, quedando los carlistas en Villasante, y creyendo los liberales que iban aquellos á pasar á la provincia de Burgos se retiraron á Medina, dejando libre el campo á Lirio, que fué aquella noche á Espinosa de los Monteros: aquí se reunió al resto de la caballería, que á las órdenes de Grajal le esperaba.

Todo había marchado perfectamente para los carlistas expedicionarios, menos el contratiempo que experimentó Mendiry; y aun cuando al día siguiente de su llegada á Solares amaneció hermoso, y para el medio día ya estaba repuesta la división, había pasado la oportunidad del ataque, porque supuse, y con razón, que se habrían apercibido en Santander de su proximidad, y se limitó á hacer una demostración sobre la plaza, marchando á pernoctar á Astillero. Desde Solares, por complacer al señor Velasco, presidente de la junta, que con otros individuos de la misma le acompañaban, pasó una comunicación al ayuntamiento de Santander reclamándole

cierta cantidad (1), y según lo había previsto no obtuvo contestación (2).

En cuanto se apercibieron en Santander de la proximidad de los carlistas, esa ciudad, en grande apogeo por absorber el comercio de San Sebastián, y más especialmente el de Bilbao, pensó únicamente en el peligro, y casi todas las clases sociales, sin distinción de matices políticos, se aprestaron con entusiasmo á resistir la invasión, siendo el batallón de voluntarios el primero que se apresuró á pedir las armas, que por cuestiones de apreciación y de delicadeza creyó conveniente deponer hacia poco tiempo; pero todo lo olvidó ante el enemigo común, y el principio liberal unió á todos sus hijos en los momentos del peligro bajo la misma bandera.

(1). Decía así:—«Hallándome en este punto con fuerzas y medios suficientes para cualquier empresa; teniendo además en cuenta que esa ciudad tan amiga del orden y prosperidad material, y tan querida de S. M. católica el rey don Carlos VII, no ha podido todavía coadyubar al triunfo de su nobilísima causa por haberse hallado ocupada por los enemigos constantes de toda tranquilidad y sosiego, he determinado dirigirme á esa excelentísima Corporación municipal, para que poniéndose de acuerdo con el comercio y mayores contribuyentes fijen en el preciso término de tres horas la cantidad que desde luego han de contribuir á soportar la pesada carga de la guerra.

«Espero que el excelentísimo Ayuntamiento y las autoridades, del mismo modo que todas las clases sociales, no se negarán á este indispensable servicio, ni me pondrán en el tristísimo caso de apelar á la fuerza y al castigo.

«Dios guarde á V. S. muchos años.—En las inmediaciones de Santander 19 de Enero de 1874.—El general comandante general, Torcuato Mendiry».

(2) Se ha dicho que Mendiry no entró en Santander por el dinero que le dieron; y podemos asegurar de una manera evidente, que tal dicho es una calumnia.

En muy pocas horas, esta ciudad, casi indefensa algunas antes, contaba dentro de su recinto con más de 5.000 combatientes bien armados, con terribles barricadas y cañones poderosos para rechazar cualquier ataque; los balcones y ventanas iluminados con profusión daban al cuadro un aspecto imponente, que no carecía de belleza. Las goletas y vapores de guerra se hallaban convenientemente dispuestos en la bahía, para barrer las avenidas de Cajo y vía férrea, si por aquella parte intentaba penetrar el enemigo. La junta de defensa de Santander, alabó al día siguiente el patriotismo de los santanderinos y les estimuló á persistir en su actitud. También creó el segundo batallón de voluntarios con los paisanos que no perteneciendo al antiguo habían tomado las armas, nombrándose comandantes primero y segundo á los señores Gamba é Iztueta. El general Velarde fué el encargado de dirigir la defensa.

Mendiry reunió aquella noche en su alojamiento á los jefes de los cuerpos pidiéndoles su parecer sobre acometer ó no á Santander, aunque se había frustrado la sorpresa, y prevaleció la negativa.

El principal objeto de la expedición era apoderarse del gran caudal de millones que había del gobierno; y éstos se embarcaron enseguida en la *Buenaventura*. Emprendióse la retirada en la madrugada del 20; se pasó silenciosamente el puente de San Salvador, donde pudieron haber tenido mal rato con haberse aproximado al puente algún buque, lo cual, sin duda no se ocurrió á los liberales, ó no acudió á tiempo el barco; descansaron los carlistas en los puntos en que habían

pernoctado á la ida, y marcharon los alaveses á Ogarrio, el tercero de Navarra á Valle y el quinto y artillería á Ramales, considerándose ya todos seguros.

Mendiry se dirigió con sus fuerzas á Navarra, como se le previno, y Lirio, según se ha publicado sin contradicción por los mismos carlistas, en lugar de ir á Reinosa, se bajó por el puerto del Escudo á Ontaneda, y en vez de destrozar el ferro-carril lejos de Santander, que era donde les convenía cortarlo, se limitó á romperlo en las Caldas, á cinco leguas de la capital, donde ya no tenía importancia la cortadura, que fué además tan ligera que se recompuso fácilmente. Los alaveses iban aspeados, y los navarros hambrientos y sin pagas; en su marcha á Santander se asustaban en los pueblos de ver á los carlistas, y huían dejando las casas cerradas: se cometieron excesos, con gran sentimiento de sus jefes, que siempre habían castigado el hurto. Ya en Durango, se dió una quincena á la tropa, y media paga á los oficiales.

En los días que el tercero de Navarra permaneció en Guipúzcoa, ascendió Lerga á brigadier y se encargó del mando del batallón el teniente coronel don Simón Montoya, con quien fueron á Estella. En cuanto percibieron las montañas de Navarra, como apenas habían probado el vino en Santander y Vizcaya, saludaron á su querida tierra con el grito de *¡Viva la pinta!* (medida de Navarra) y muchas consumieron.

INSISTENCIA DE DON MANUEL SANTA CRUZ—  
RELEVO DE LIZARRAGA

XLIV

En Guipúzcoa seguía atendiendo Loma con sus fuerzas mermadas á Oyárum y Tolosa; pero no eran los liberales los que más daban que hacer á los carlistas de la provincia en esta ocasión; eran ellos mismos los que se agitaban unos contra otros.

El cura Santa Cruz y sus amigos volvían á moverse en Nantes, y en San Juan de Luz se denunciaba al Vicario de Tolosa señor Mendizabal y al rico americano señor Urruela, como protectores de la trama, y cuyas reuniones se celebraban en casa de Madame Delpont, señora de grande instrucción y apasionada carlista. Se denunciaba la introducción de armas y municiones en España; personas de las más allegadas á don Carlos escribían que ya habían pasado la frontera algunos Santacruzistas que manejaban dinero (1); se dijo reservadamente á los comandantes generales de Navarra y Guipúzcoa que el cura preparaba una intentona con 300 hombres, eligiendo por base de sus operaciones Peña-Plata y Arichulegui, y á poco ofició la diputación de Guipúzcoa reservada-

(1) Y añadía este personaje carlista: «Reservado. Si se pueden tener datos positivos de dónde está el cura, avisar; no basta la idea general de que le alberga Urruela, pues la casa ha sido ya vigilada, y parece haberse adquirido el convencimiento de que hoy no está allí. Procurar que las noticias sean muy positivas, pues sobre todo se desea que la policía no de un golpe en vago: por eso le encargo á V. reserva; pues si esto se divulga, las autoridades negarán toda cooperación, que acaso den, aunque no es muy seguro.»

mente al comandante general de la provincia, que Santa Cruz con siete más había dormido en Cegama. Encargado de la comandancia general de Guipúzcoa don Hermenegildo Cevallos, imprimió el 27 de Febrero en Azpeitia una alocución, que aunque no llegó á publicarse, bien merece ser reproducida íntegra (1); y si no fuera bastante para evidenciar á Santa Cruz, escribió don Car-

(1) Dice así: «¡Voluntarios! ¡Habitantes de la provincia de Guipúzcoa! Un hombre nacido entre vosotros, revestido del sagrado carácter sacerdotal, que ha peleado durante algún tiempo por nuestra bandera, pretende osado introducir la perturbación y la desconfianza entre vosotros, calumniando á los leales y fingiendo ser el único representante del rey N. S. y de los intereses de Guipúzcoa.

«No hace mucho tiempo habéis visto al presbítero don Manuel Santa Cruz implorar la clemencia de nuestro soberano, comprometer su palabra de honor de no volver á perturbar el país, y faltar después á ella, teniendo que huir á Francia ante las bayonetas de nuestros bravos voluntarios; y ahora se propone de nuevo probar fortuna, engañando á incautos carlistas, exponiéndolos á la deshonra y á una muerte segura. Instrumento ciego de pasiones bastardas y demás conciliábulo tenebrosos, no titubea en aumentar los horrores de la guerra civil en la hermosa provincia donde nació.

«¡Guipuzcoanos! Vosotros que al mágico grito de Religión, Patria, Rey y Fueros, habéis sabido hacer heroicos sacrificios de sangre y de dinero por hacer triunfar tan sagrados objetos, sabréis también mirar con desprecio la falacia de nuestros enemigos. Pero esto no basta. Es necesario que reunidos todos, armados y desarmados, jóvenes y viejos, contribuyamos á desbaratar los inícuos planes de nuestros adversarios: es menester que el que no pueda oponerse á su tránsito, prevenga á la fuerza más inmediata para su captura y exterminio.

«En una época no lejana pretendió el presbítero Santa Cruz dar la victoria á nuestros enemigos, consiguiendo abrirles paso por el punto que ocupaba una fuerza guipuzcoana; y ahora que nuestros hermanos tienen empeñada una lucha suprema cerca de Bilbao, vuelve de nuevo á ensayar su traidor intento.



los la siguiente carta que autógrafa poseemos: «Mi querido Cevallos: Debo prevenirte para tu gobierno, y para que lo hagas saber á los voluntarios y á la provincia de Guipúzcoa, que considero como traidores á todos los que ayudan al cura Santa Cruz en sus inicuas maquinaciones; que si la vez anterior fui elemento, no lo seré en adelante con los que desoigan mi voz.—Dios te guarde, y cuenta siempre con el cariño de tu afectísimo Carlos.—Cuartel Real de las Cruces 28 de Febrero de 1874.»

Desde que Cevallos se encargó del mando de Guipúzcoa le preocupó la actitud de Santa Cruz, y para evitar escándalos, encargó á don Ladislao Zavala hiciese ver al cura lo insensato de sus pretensiones, y que se vería obligado á fusilarle y á los que le acompañasen, si entraba en España. Recibiendo, en tanto, avisos de que se preparaba la invasión

«¡Guipuzcoanos! Las autoridades que el rey N. S. y la misma provincia han puesto á vuestro frente, velan por vosotros, y la Divina Providencia os protege: tened confianza. Por mi parte, para prevenir á los incautos y para que nadie pueda alegar ignorancia, en virtud de las facultades que el rey N. S. me tiene conferidas, dispongo lo siguiente:

»El artículo 26 del tratado 8.º, título 10 de las reales ordenanzas dice: «Los que emprendieren cualquier sedición, conspiración ó motín, ó induzcan á cometer estos delitos contra mi real servicio, seguridad de mis plazas y países de mis dominios, contra la tropa, su comandante ó sus oficiales, serán pasados por las armas en cualquier número que sean; y los que hubiesen tenido noticia y no lo delaten luego que puedan, sufrirán la misma pena.

»En su consecuencia, el presbítero don Manuel Santa Cruz y los que le acompañen serán pasados por las armas después de haber recibido los auxilios espirituales.

»Cuartel general de Azpeitia 27 de Febrero de 1874.—El comandante general, *Hermenegildo Cevallos*.»

TOMO III

con 300 hombres, mandó á la frontera á Aizpuruá con cuatro compañías, y preparó otras medidas; y cuando iba á publicarse la anterior alocución, se le presentó Zavala dándole las mayores seguridades de parte de Santa Cruz, de que nada haría, y que remitía una exposición para don Carlos, ofreciéndole su sumisión y pidiéndole perdon de nuevo. No inspiraban gran confianza á Cevallos las promesas del cura, que en su concepto, no obraba por cuenta propia, y deseaba garantías.

Pero perdía terreno la causa de Santa Cruz; le vigilaron con exquisito cuidado, y en la mañana del 22 de Marzo al salir de la casa (1) en que había pernoctado en Ciboure, fué arrestado por las tropas que la tenían cercada, llevado por la gendarmería á su casa-cuartel, y de aquí con dos gendarmes conducido en un coche á Bayona para ser internado (2).

Posteriormente, el comandante de Vera, don Antonio M. Monserrat, ofició al comandante general y á la Diputación desde Lastoala el 9 de Julio, que la señora marquesa de Narros, acompañada de la condesa de..... había ido á verle expresamente desde San Juan de Luz, con el objeto de participarle que Santa Cruz había llegado á la frontera, que conspiraba y sobornaba á algunos individuos de los batallones guipuzcoanos, dando antecedentes de tolo. Apoderóse Monserrat de la persona que llevaba la corresponden-

(1) De Madame Duport.

(2) Había tratado ya de esto en París el señor de Darneto, y tomó cartas en el asunto Mr. P. Laborde, constituido en una especie de agente viajante del carlismo, pues se hallaba á la sazón en Inglaterra (6 de Marzo).

cia, doña Josefa A..... de Villafranca, cogiéndola las cartas de que era portadora, las que con ella remitió á la Diputación de la provincia (1).

Cada día más difícil la buena armonía entre Lizarraga y Dorronsoro, mediando comunicaciones mutuamente ofensivas con motivo de la traslación de la imprenta que la Diputación tenía en Oñate á Vergara, á donde la quería Lizarraga á disposición del obispo de Urgel, envió la Diputación comisionados de su seno con una exposición á don Carlos, quien de acuerdo con Elío trasladó á Lizarraga al alto Aragon y le reemplazó en Guipúzcoa como dijimos don Hermenegildo Cevallos, al que se dieron órdenes apremiantes para que inmediatamente se hiciera cargo de la comandancia.

No fué Lizarraga el que mejor librado salió de esta decisión, aunque no se trató de ofenderle; pero no era muy fácil la buena armonía entre la autoridad militar y la foral, y menos teniendo ésta al frente un diputado tan celoso de la integridad de sus atribuciones é intransigente como don Miguel Dorronsoro. Las atribuciones que se permitió Lizarraga, eran más bien hijas de su celo y fervor por la causa carlista, para la que á veces no desdeñaba el concurso de los liberales, dando en esto una prueba de ilustrada tolerancia (2).

(1) «También debo advertir á V. E. que á dicha individuo J. A. no la he pegado cuatro tiros en el acto, por carecer de órdenes excoresas y terminantes por escrito de mis superiores».

(2) Pruébalo la siguiente carta: «Zarauz 21 de Agosto de 1873.—Señor don Cayo Vea Murguía.—Muy señor

INCOMUNICACIÓN DE BILBAO—NOBLE SACRIFICIO

### XLV

Estrechado más cada día el cerco de Bilbao, aumentando los sitiadores su artillería con la nueva que construían, encargóse de la defensa de la invicta villa el general Castillo, quien en cuanto fué nombrado comandante militar de Vizcaya, corrió á la capital, encontró á los carlistas establecidos en Begaña y Deusto, de donde los desalojó, dispuso se fortificasen estos puntos al mismo tiempo que se continuaban las obras del recinto, que eran solo atrincheramientos de campaña, y dió más impulso á las obras que debían cerrar la izquierda de la ría, que exceptuando la iglesia de Albia y la estación del ferrocarril, estaban completamente indefensas. Empezaron á conocerse entonces los efectos del bloqueo, procuró aminorarlos sosteniendo libre la entrada y salida de la gente del campo para el abastecimiento de víveres, y

mío: He visto con sentimiento, que la fábrica de telas de usted está cerrada desde la invasión del cura Santa Cruz, en que fué saqueada; pero no quiero que se diga que yo ni los carlistas somos los que matamos la industria; quiero ser muy protector de ella; venía con intención de dejar en su fábrica toda la contribución que he exigido en esta villa por la excelentísima Diputación, porque necesito vestir la tropa, y usted me hubiese surtido de piezas de dril, suficientes para dicho objeto. Puede usted sin cuidado abrir su fábrica y venirse usted mismo con su familia, pues le prometo no será molestado por ninguno. Creo no necesite más garantía para creerme que la conducta seguida por mí desde que entré en la provincia de mi mando con todos los que temían, y han sido recibidos por mí como no esperaban. Suyo afectísimo seguro servidor Q. B. S. M.—Antonio Lizarraga».

considerando escasa la guarnición que había, pidió al gobierno su aumento, armas de que se carecía, municiones de fusil y de artillería y víveres, y nada recibió.

El cerco, en tanto, se estrechaba: ya en Diciembre, las avanzadas carlistas se situaban en la Caba, Perla, monte bajo de Archanda, Cristo, Artágan, Peña, Bolueta, Ventabárrri, y aún más cerca, haciéndose imposible la salida fuera de los muros fortificados, por el gravísimo riesgo que se corría á causa del continuo tiroteo de unas avanzadas con otras. Extendían sus fuerzas, bastante respetables á lo largo de la ría, por la orilla derecha en Quintana, Deusto, Capuchinos, Molino de Viento, Arbolancha, Banderas, Luchana, Aspe y altos de Lejona hasta las Arenas y por la izquierda en el Campo Grande, Sestao, Desierto, Zorroza, Olaveaga y Abando de modo que quedaba cerrada herméticamente la comunicación del campo con la plaza. Estas fuerzas destinadas á hostilizar los buques, hacían tan horroroso fuego sobre ellos, que algunos de sus capitanes se negaban á mandarlos, por las repetidas desgracias que ocurrían á bordo, y por el temor de que fueran echados á pique por los cañones que colocaban los carlistas en la proximidad de los muelles. Fuerzas más considerables todavía se veían cruzar por Santa Marina, Santo Domingo, Asua, Elexabárrri y Baracaldo, y ya no había duda de que por algunos de estos puntos se arrastraban piezas de cañón fundidas en Arteaga destinadas á batir á Portugaleta. Al propio tiempo que á la vista de la plaza se descubría este aparato belicoso, se apoderaban los carlistas de las

cadenas, cables, calabrotes, anclas y otros efectos de marina de los almacenes de Olaveaga y de los buques en aquellos fondeaderos surtos, y de una enorme cantidad de cables de alambre del tramvía aéreo de Triano, llevándolo todo á la ría para interrumpir la navegación.

Al comenzar la mañana del 29 de Diciembre, se supo en la villa que la ría *había sido cortada*, por tender los carlistas oblicuamente de muelle á muelle, en Zorroza, dos fuertes cadenas y un calabrote, sujetos, en la orilla izquierda á fuertes estacas que habían introducido en uno de sus recintos fortificados, y en la derecha, á grandes anclas sepultadas profundamente en tierra, para derribar el buque que chocase hácia su recinto fortificado, desde el que se apoderarían de él fácilmente. No alarmó de pronto la noticia, porque se consideraba que sería rápida la destrucción de la barrera, disponiendo de cuatro buques de guerra, en la ría, de otros mercantes y de una guarnición de 4.500 plazas con los destacamentos de Luchana, Desierto y Portugaleta. Ocurrió con este suceso la coincidencia de que en la marea del día anterior abandonaron los muelles del Arrenal todos los vapores mercantes y de guerra, á excepción del mercante *Palmira*, y del *Aspirante*, del Estado en reparación desde la pérdida de su antiguo comandante don José Bedoya, víctima de una bala carlista. No dejó de comprender la autoridad militar superior toda la gravedad del nuevo estado de la ría, y para dejarla libre, dispuso que al rayar el alba del día 30 saliese de Bilbao una columna formada de varias compañías de los regi-

mientos Inmemorial, Alba de Tormes, Guardia foral, algunos ingenieros, una batería de montaña, y un escuadrón de Albuera, en junto 1.000 hombres, al mando del coronel del Inmemorial don Antonio Pino. Esta columna se dividió en dos casi iguales, siguiendo una río abajo por la vega de Deusto con el coronel Pino á la cabeza, acompañado del oficial de E. M. don Pedro Aragonés, y trepando otra el monte de Archanda, á las órdenes del teniente coronel don Luis Quijano. Ambas columnas, protegiéndose, llegaron al Molino de Viento, San Antolín y Banderas, la del monte; y divisoria de Banderas y monte de Cabras, la de la vega. Del destacamento que guarnecía el Puente de Luchana salieron también 40 hombres para ayudar á estas fuerzas. Verificado un reconocimiento por el capitán de E. M. Aragonés y el de ingenieros Otín de los atrincheramientos de Zorroza (1), donde se hallaban tendidos los cables que interrumpían la navegación, las fuerzas situadas en ellos y sus alrededores, y que todo intento de destrucción de aquellos sería vano, además de costar mucha sangre, emprendieron la retirada. En aquel momento, y según su costumbre, los carlistas presentaron repentinamente grandes fuerzas, precipitándose en ala por las laderas, formando masas y sosteniendo un fuego muy nutrido y vigoroso hasta que fueron contenidos por la artillería de la batería del Diente y San Agustín, que hizo certeros y

(1) Las obras defensivas de los carlistas consistían en una especie de parapetos, paralelos al río sobre su orilla izquierda, perfectamente aspilleros, en unas casas igualmente aspilleras, próximas á dichos parapetos.

oportunos disparos. Esta salida costó á la tropa cuatro muertos y once heridos, entre estos tres oficiales, un mulo muerto y un caballo herido.

El regreso de la columna sin haber conseguido el objeto que se propuso, que era el de volar los cables con dinamita, dió á su enemigo fuerza moral, y causó bastante pesar en el vecindario bilbaino, que abrigaba la seguridad de que el éxito coronaría las esperanzas que había concebido al verla partir camino de Zorroza. Como no podía persuadirse de que se abandonase la idea de intentar romper la barrera que le incomunicaba con el mundo, y que destruía todo su comercio y navegación, esperó que la marina de guerra se esforzaría en dar cima al intento que no pudo conseguir; pero la marina no volvió á aparecer por aquellas aguas. Los carlistas reforzaron de nuevo las cadenas, tendiendo siete calabotes de alambre; se atrincheraron más fuertemente en las posiciones que ocupaban, y colocaron un cañon para hacerse más temibles. Bilbao, desde aquellos momentos, quedó incomunicada por agua y tierra. La plaza mercantil que pocos meses antes de estos sucesos tenía dos correos diarios, centenares de buques en sus aguas, dos vías férreas, un cable submarino, 200 kilómetros de carreteras que á ella affuian del interior de la provincia, un movimiento mercantil é industrial que la ponía en contacto con los pueblos más civilizados, y el más codiciado porvenir, quedaba reducida á la estrechez de su recinto, al más horrible mutismo, amenazada por un enemigo audaz y formidable, y abandonada de una gran parte de sus hijos

más favorecidos por la fortuna. ¡Parecía que la maldición del héroe de la leyenda italiana quedaba escrita con sangre sobre sus siempre amigos y pacíficos muros!

No obtuvo mejor éxito el intento de destruir los obstáculos que impedían la navegación de la ría, por medio de un barquichuelo con dinamita; porque calculándose con poca exactitud la duración de la mecha, se incendió el brulote con atronador estampido antes de tropezar en la barrera de cadenas.

Era preciso prepararse á hacer frente al sitio; se efectuó una salida, en la que se recogió todo el ganado que había en las inmediaciones; se colocó una máquina para tomar agua en la ría; se prohibió la extracción de viveres, alentándose al interés privado para que los introdujera; asumió Castillo toda la autoridad de la plaza; nombró una comisión de armamento y defensa; ayudóle el nuevo ayuntamiento, que se dedicó afanoso á ir venciendo los graves obstáculos que se le presentaban, especialmente de recursos; se disolvió por mútuo y juicioso acuerdo el batallón de voluntarios de la república, inscribiéndose muchos en el de auxiliares, que tan importantes servicios prestó: todas las autoridades y el vecindario se identificaron en el mismo sentimiento, y comprendiendo todos que Bilbao en aquellas circunstancias no se defendía á sí mismo, sino que peleaba por una causa que interesaba á todo el país liberal, el pueblo todo aceptó con entusiasmo el noble y heroico sacrificio que la patria reclamaba. La situación no era muy lisonjera bajo ningún aspecto y la empeoró la rendición de Portugalete, que se apresuró el general Castillo á par-

ticiparla á los bilbainos, expresándoles la confianza de que en breve pisaría el ejército del Norte el recinto de la villa, añadiendo en su alocución á los soldados que la gloriosa historia de los sitios de 1835 y 36, les imponía grandes deberes, que había que cumplir, y dignos ejemplos que imitar.

Don Carlos dirigió también desde Durango el 26 sendas alocuciones á los bilbainos y á los soldados de la guarnición, anunciándoles la rendición de Portugalete, del Desierto y Luchana; diciendo á los primeros que si los recuerdos de la guerra de los siete años creían les obligaba á la resistencia tenaz que hicieron sus padres, comparasen la diferencia de los tiempos: que entonces tenían un ejército en Portugalete, legiones extranjeras, una reina que era una esperanza para aquellos á quienes no había llegado la hora de los desengaños, y la riqueza de la desamortización; y á la sazón un gobierno nacido de un motín sin bandera, que no contaba con el apoyo de ninguna nación europea, y ellos abandonados á sus propios esfuerzos; que mirasen lo que sucedía en el resto de Vizcaya, donde á nadie se molestaba por sus opiniones, y que si querían seguir resistiendo caería sobre sus conciencias la sangre que se derramase en Bilbao. A los soldados les consideraba como desligados á los deberes de la ordenanza; les decía que no tenían bandera, y que si continuaban resistiendo les miraría como rebeldes contra su derecho, contra toda legalidad, y como mercenarios de una política extranjera y antipatriótica.

Proseguían sus trabajos los sitiadores, arrojando mineral de hierro en Zorroza, y sumer-

giendo en el Fraile gabarrones para interceptar el canal navegable; ocuparon las casas inmediatas á La Perla, á 500 metros de la avanzada liberal del Arbol Gordo; cortaron la carretera á Bermeo por Munguia en dos puntos, uno cerca del convento de Santa Clara á 600 metros de la batería de Iturribide y 300 de Begoña, y el otro en el boquete de Santo Domingo, apoyado en las casas quemadas; terminaron el parapeto sobre el mirador de Quintana con 15 aspilleras, y un gran caballero de piedra seca; ocupó un batallón carlista la Peña, obligándole á ocultarse un disparo del Morro, y tanto este día 27 de Enero, como los siguientes, el fuego de fusilería apenas se interrumpía.

MOVIMIENTOS.—ABANDONO DE POSICIONES.—LÍNEA LIBERAL Y CARLISTA.—LA ESCUADRA DE GUERRA.

### XLVI

Mientras los carlistas reconcentraban considerables fuerzas en Navarra, reforzaban el destacamento de Monjardin con dos piezas, y se aprestaban á defender resueltamente á Estella, entre Logroño y Miranda había un movimiento inusitado de tropas (1). La dimi-

(1) El día 11 á la una llegó á Miranda un tren con material y 14 carros, y con 15 de estos y más material, otro á la media hora, cuyos carros los proporcionó la diputación de Zaragoza; pues habiéndolos reunido en Navarra ó la Rioja, lo hubieran sabido los carlistas, y se tardara más. A las cinco de la tarde llegó otro tren con material y un batallón de cazadores que se había embarcado en Castejon, y sucesivamente, con intervalo de media hora á una otros tres con toda la brigada Blanco compuesta de cazadores como fuerza de vanguardia. Todos continuaron su viaje á Bóo.

Aún quedaban en la estación de Castejon unos 1 800

carrajes de todas clases llevados de Miranda y Zaragoza. sión que, fundada en motivos de delicadeza, presentó Moriones, no fué admitida; prosiguió con actividad sus trabajos; su plan era excelente, y emprendió sus operaciones, enviando por delante la división Primo de Rivera.

Los carlistas que con don Carlos se habían reconcentrado en Estella, se apercibieron del movimiento estratégico del enemigo cuando ya estaba efectuado: hubo algo de precipitación y aun de confusión en aquel campo, y emprendieron su marcha hacia Bilbao por Alava, atravesándola por Salvatierra y Be- toño, donde descansaron después de nueve horas de marcha con terrible temporal. To-

carrajes de todas clases llevados de Miranda y Zaragoza.

El 12 á las once de la mañana llegó otro tren con 14 furgones, cinco plataformas con una batería Kruppy dos carros y 11 coches llenos de tropa: se había incendiado un coche antes de llegar á Haro, pero le dejaron en la estación y siguieron. A poco arribaron otros dos trenes, uno con 11 furgones con machos y caballos y seis plataformas con una batería rodada y tres carros, y otro con 18 coches de tropa y artillería. Siguió á Bóo, los más procedían de Alcanadre, más allá de Logroño.

A las tres de la tarde llegó el general Moriones con diez y siete coches llenos de tropa, y continuó su marcha á las cinco y 20 minutos: á las seis y media llegó otro gran tren con tropas, y así sucesivamente fué pasando por Miranda de Ebro todo el ejército, habiendo tren que se componía de 31 coches y 12 furgones, y todos continuaron su viaje á Bóo, sin que á pesar de tan extraordinario movimiento hubiese la menor desgracia.

En ninguna estación se permitía salir á los soldados del carruaje: todos iban contentos, entusiasmados y seguros del triunfo; más que á pelear parecía que iban de romería en trenes de recreo: este es el soldado español.

La caballería fué á Miranda por la carretera, y siguió por ferro-carril, excepto unos 100 caballos que quedaron en aquella villa.

maron un rancho de judías, careciendo completamente de vino, y prosiguieron hacia Villarreal, continuando el mal tiempo, lo cual les impidió acelerar las marchas como querían y necesitaban, aunque á pesar de estar en camino los catorce batallones que habían acudido á Estella, no llevaban impedimenta.

Habíase ordenado á Mendiry, que se hallaba en tierra de Estella, trasladarse con siete batallones, y á marchas forzadas, hácia Somorrostro para impedir el paso á Bilbao del ejército liberal. Desde el camino dirigió oportunos avisos del itinerario de su marcha á don Castor Andéchaga, situado con fuerzas del Señorío en Somorrostro, y Mendiry, que el 11 estaba en Maestu, y pernoctó el 13 en Villaro, llegó á las tres de la tarde del 15 al puerto de la Muñecaz, que media entre Sopuerta y Castro; se puso inmediatamente en comunicación con aquel jefe, y adelantando dos batallones á Somorrostro bajó á pernoctar á Sopuerta con el resto de sus fuerzas. Trasládose á Somorrostro al amanecer del día siguiente, y fué grande su sorpresa al saber que Andéchaga, abandonando las posiciones que hasta entonces había sostenido, por el incalificable descuido de haberse dejado tomar aquella noche el cerro de Salta-Caballo, llave de las posiciones carlistas, y sin el cual se hacía imposible su defensa, marchaba con su gente en retirada hácia Bilbao, después de la pelea que hubo en la mañana y tarde de aquel día.

Era Andéchaga de aquellos militares que creen que con cuatro soldados y un cabo se guarda perfectamente un puesto, y en el cerro de Salta-Caballo tenía una insignificante

fuerza, que no pudo resistir el ataque por sorpresa de fuerzas muy superiores, ejecutado durante aquella noche. Los liberales tomaron la delantera á sus enemigos, y á no haber experimentado aquellos el retraso de más de 40 horas en la marcha, sin culpa suya, hubieran llegado á Portugalete y salvado á Bilbao; y aún con tal tardanza, creían muchos de los de la vanguardia que se pudo haber seguido adelante. ¿Se consultó? Creemos que sí, y que se contestó negativamente.

Siguió Mendiry su marcha sin detenerse un instante, en la dirección que lo había hecho Andéchaga, hasta frente de Pucheta, donde le esperaba en la carretera, y después de dirigir al jefe vizcaino severos cargos y declinado sobre él la responsabilidad de la pérdida de las posiciones delante de Somorrostro, se ocuparon en trazar la línea de defensa que se hizo tan memorable, dando principio aquella misma tarde á la construcción de los parapetos que después de los combates del 25, 26 y 27 de Marzo, convirtieron en trincheras, para evitar las excesivas bajas que les causaron los proyectiles liberales.

Las posiciones que dominan á Somorrostro por una y otra parte de la ría son verdaderamente fuertes, porque el pueblo está en las vertientes de ellas, dividido por mitad por el río: su puente le cortaron los carlistas, aun cuando más arriba hay un vado practicable á las pocas horas de dejar de llover. Era, pues, indispensable apoderarse á la primera acometida de las alturas que desde Onton corren á la derecha hasta los montes de Triano, y teniendo así el ejército liberal apoyada su izquierda en el mar, que era parte de la

base de las operaciones, porque es por donde habían de racionarse, podía alargar su derecha hasta donde la conveniencia lo exigiese. Así lo hizo, y el 15 la vanguardia, que ya había ocupado la altura de Salta-Caballo, viendo que los carlistas que coronaban las de Onton y Mioño las abandonaron al fin, por la imposibilidad de defenderse perdido Salta-Caballo, las ocuparon los liberales. En la mañana siguiente se ocuparon también todas las posiciones que hay hasta Somorrostro, llegándose hasta las primeras casas del pueblo. El éxito de estas adquisiciones era de importancia, si bien costó, si no numerosas, sensibles bajas, contándose entre los muertos los tenientes coroneles de Barbastro y Africa, y un teniente de Puerto-Rico, y de los 79 heridos nueve eran oficiales. Las de los carlistas pasaron de 150.

Los carlistas reunieron unos 28 batallones, y se prepararon á defender las alturas de Abanto de Yuso, y de Santa Juliana, formando un semicírculo contra Somorrostro. Más arriba de Abanto, en Nocedal, está la confluencia de los caminos que van á Portugalete uno y á Bilbao el otro; son buenas posiciones, pero muy comprometidas apoderándose la marina de Santurce y de Portugalete. Ganadas estas alturas, no les quedaban á los carlistas otras posiciones que las del puente de Castrejana, donde también se opusieron á Espartero cuando fué en 1836 á levantar el sitio de Bilbao, y por cierto que no con muy superiores fuerzas los liberales y no muy buena artillería, ni aun para aquel tiempo.

El ejército, aunque con gran trabajo y luchando contra la inclemencia del tiempo, se

encontraba bien atendido, llegando oportunamente los convoyes de víveres y municiones. En Castro se estableció un hospital de sangre con 100 camas en la espaciosa iglesia de San Francisco, adonde llevaron en carros con colchones á los heridos, asistidos con cariñosa solicitud y delicado esmero por las señoras de la villa.

El ejército estaba organizado en tres divisiones, mandadas la primera por el general Primo de Rivera, la segunda por Andía y la tercera por Catalán, habiendo además una brigada compuesta de cuatro batallones de cazadores, que en unión de la artillería y caballería se hallaban afectos al cuartel general. El total de la fuerza era de 11 á 12.000 hombres, tres baterías Krupps, y tres de montaña.

Moriones con sus tropas llegó á Bóo sin novedad, y emprendió la marcha para Colindres y Laredo, donde ya estaban el 13 sus avanzadas. Las que ya tenían por allí los carlistas, lejos de oponer resistencia, se entregaron algunas: el 14 llegó á Santoña una de 34 hombres con armas, y decían que se irían presentando otros conforme se les fuera ofreciendo ocasión. El mismo día 14 estaba el brigadier Ansótegui en Santoña. Las tropas que habían llegado antes á este punto, la columna de Ramales y el sobrante de la guarnición, en junto unos 3.000 hombres, salieron á operaciones, embarcándose unos para Castro-Urdiales y otros atravesando la bahía á Colindres y Laredo, ahorrándose así media jornada. Todos fueron á reunirse con Primo de Rivera. En la mañana del 15 salieron de Castro 8.000 hombres á



unirse con las anteriores fuerzas, y el 16 continuaban pasando por la barca de Treto nuevas tropas procedentes de Bóo y Santander para Laredo y Castro-Urdiales; á la vista de Santoña navegaban cinco buques de guerra que se dirigían desde Santander al abra de Portugalete, para cuyo punto salieron también del referido Santoña las goletas *Concordia* y *Ligera*.

Metióse el tiempo en aguas; reinó temporal en el Océano, y basada la operación que proyectaba Moriones en el concurso de la marina, teniendo que proveer ésta á lo más necesario, no dejaba de ser un grave contratiempo la agitación del mar y el estado de la atmósfera.

El 16 no repitió Primo de Rivera el ataque del 15, y Velasco con tres batallones castellanos tomó posesión de las Muñecaz, á la vez que Mendiry y Andéchaga, con otros diez, se estacionaron en la línea que trazaron y estaban fortificando, que partía desde el Montañío hasta el pico de Cortes. Llegó después Ollo con cuatro batallones navarros y cuatro piezas; se encargó del mando de aquel ejército, y encomendó á Mendiry cuidarse de la situación de los cuerpos, servicio de la línea y dirección de las obras de defensa. Los carlistas habían ganado la partida con su apresurada marcha y detención del transporte de las tropas. La falta que cometió Andéchaga, hubiera sido de terribles consecuencias para ellos á haber seguido avanzando Primo de Rivera; pero, ó no tenía órdenes para seguir adelante, ó desconocía las fuerzas de sus enemigos, muy inferiores á las suyas; así que si el 16 avanza á las Muñecaz,

en ellas se constituye, pudiendo extenderse mucho á su izquierda.

El 17 llegó Lizarraga con el batallón y escuadrón de Aragon, y celebróse consejo bajo la presidencia de Ollo, acordándose las disposiciones que se habían de tomar para defender la línea que establecieron. Tiene la ría de Somorrostro á su derecha un pequeño valle tras el que se levantan formidables montes, que partiendo desde Galdames van por las minas de Ortuella á la carretera que conduce de Bilbao á Santander, para volver después á extenderse hasta el mar. Estas posiciones, en cuyo centro se levanta sobre una pequeña altura el pueblecillo de San Pedro Abante, fueron las escogidas para su defensa, y constituían una línea apoyada en el Montañío, Lucero y el mar por su derecha, y por su izquierda la cadena de montañas que desde Cotarro y monte de Triano conducen á Valmaseda. Defendía su espalda la interceptada ría de Bilbao y la de Somorrostro enfrente. El punto culminante de aquella línea ó serie de posiciones era el monte Serantes, que se levantaba desde el Montañío á la orilla del mar; dominaba todas las posiciones hasta Portugalete, que quedaba muy á la espalda de la línea carlista, ofreciendo por el frente que daba á la ría de Somorrostro, única parte por donde podía ser atacado, muy difícil subida. En cambio, por su proximidad al mar, estaba expuesto á los fuegos de la escuadra, que tomaba por blanco de sus cañones las cumbres donde suponía hubiese carlistas.

A la defensa natural que el terreno ofrecía, fortificaron las posiciones con grandes y espesos parapetos de tierra y piedra, para

amortiguar el terrible efecto de la artillería liberal; mandóse para no gastar municiones, que no se disparase hasta que el enemigo estuviera á corta distancia, y que entonces se hiciese rápidamente y á la voz de los jefes, para descomponer y desbaratar á los contrarios, cayendo sobre ellos á la bayoneta en el momento que empezaran á vacilar ó retroceder: se formaron con batallones de distintas provincias cuatro divisiones, á fin de que estimulase á los voluntarios el afán de distinguirse, y ocuparon los carlistas los pueblos de Fuentes, Gallarta, Ortuella, San Pedro Abanto, Nucedal, barrio de Urioste é inmediatos, Santurce, Portugalete, San Salvador del Valle, Baracaldo y Burceña. Ollo estableció su cuartel general en San Salvador, y don Carlos, que l'egó con Dorregaray el 18, se situó en el palacio de las Cruces, á dos horas de Somorrostro y una y media de Bilbao. Se estableció con tal regularidad el servicio de la línea, que hasta los mismos soldados sabían con antelación en dónde habían de pernoctar.

Moriones llegó á San Juan de Somorrostro el 19, que lo pasó, y los siguientes, en establecer bien su línea y levantar baterías. Somorrostro fué su centro, la ría su frente, la mar su extrema izquierda y el monte de Corvera, que se levanta entre el río Somorrostro y las Muñecaz, su derecha.

En una línea de unos 4.000 metros se halla Poveña al extremo izquierdo liberal; es un barrio de poco más de 100 habitantes, pintorescamente situado en la estribación N. O. del monte Janeo y orilla de la arenosa playa de la ría Somorrostro, que se estrecha

al salir al Océano. Casi queda en seco en las bajamar y puede ser navegable en pleamar, muy especialmente en *aguas vivas*. A unos 1.000 metros de Poveña está Musques, barrio también de unas 160 almas. En el camino vecinal que va del monte Lucero y del mar por la derecha de la ría á atravesarla para unirse en ese barrio con los que parten desde él para Montaña, Murrieta y á enlazarse con la carretera entre el barrio de San Martín y las Carreras, y por la izquierda de la ría parte el camino que va á los barrios de la Revilla y la Cuadra y á San Juan de Somorrostro. Este se halla á unos 1.500 metros de Musques y es también un barrio que apenas registra 80 almas, y á la orilla igualmente de la ría, cruzándole la carretera de Bilbao á Santander. Asentado en el valle que le da el sobrenombre, tiene al S. el monte Corvera, y al otro lado de la ría entre los barrios de Sanfelices y San Martín se une con la carretera á Bilbao la que procede de Valmaseda, que va serpenteando por la falda oriental del monte Corvera.

La línea avanzada de los carlistas era de poca mayor extensión, contando desde el monte de Lucero al barrio Memerea. Allí á la parte S. del prolongado monte Serantes, que se eleva 1.357 pies, se hallan los barrios de San Mamés, de unos 70 habitantes; el Valle, de pocos menos; la Cuesta, de unos 100; Cardero ó Cardéo, igual al anterior; sigue el Montaña, que se eleva 1.649 pies castellanos; está á su falda oriental el barrio de Murrieta, de poco más de 80 almas; el de San Pedro Abanto, que es la mitad de aquél, y siguiendo la carretera á Somorrostro pro-

yectando un ángulo, los barrios de Santa Juliana, de Pucheta, de las Carreras, de escasos pobladores; el de San Martín, que cuenta más de 200 almas; el de Santelices, más pequeño, y el de Memerea, de unas 120. Todo esto viene á formar un semicírculo de poco más de un kilómetro, dominando la ría, la carretera y el ferro-carril que va á las minas de Galdames desde el Desierto. Tales son los barrios, antes casi desconocidos del resto del país, que han adquirido funesta celebridad y sido testigos de la más horrible de las guerras.

Las posiciones de unos y otros combatientes eran formidables, y aunque envalentonados los carlistas, *no podíamos pensar*, dijeron, en atacarlas de frente ni por la izquierda, y sólo por Corvera podían intentarlo. Hallaron, sin embargo más cómodo, permanecer á la defensiva, protegiendo el bombardeo de Bilbao, que empezó el día 21 (1), careciendo

(1) Habíase dado la siguiente notable orden general de 20 de Febrero de 1874 en San Salvador del Valle:

«El Excmo. Sr. Teniente general jefe de E. M. G. interino del ejército, con fecha de ayer me dice lo siguiente:

«Mañana viernes 20 se remitirán á los cónsules de Bilbao y al general Castillo los oficios comunicándoles el bombardeo, que empezará el 21 á las ocho de la mañana. En vista, pues, de la seguridad que se abriga en rechazar á Moriones con los pocos elementos que hoy tiene, y para que su gobierno le precise atacar, se empezará el bombardeo de Bilbao el sábado á las ocho de la mañana, encargando la mayor vigilancia, y que todos estén prevenidos y dispuestos á rechazar con su arrojo acostumbrado á las fuerzas enemigas.»

*Soldados.*—En vista de la manifestación que acabais de oír, me ha parecido conveniente dirigiros mi voz en los momentos supremos en que está interesada la patria entera por el mejor éxito de nuestras victorias, y cuando

los carlistas de artillería en su línea, pues sólo tenían cuatro piezas de montaña; no podían tampoco atacar de frente sin exponerse á un gran desastre.

Dice un ilustrado oficial carlista, y actor en aquellos sucesos (1): «Al amanecer del 21, los batallones que habían de sostener la línea de Somorrostro fueron á situarse en sus posiciones, mientras los que habían de contener á la guarnición de Bilbao ocupaban las suyas. Era la primera vez que el ejército real del Norte veía reunidos tantos batallones de distintas provincias para una operación, y el entusiasmo y el gozo de nuestros voluntarios llegaban al delirio. Cantando y gritando marchaban á sus posiciones con un ánsia de pelear y un convencimiento de vencer, que es imposible encontrar más que en soldados que, como ellos, tengan tanta fé y tan gran interés en el triunfo de la causa que defiendan. Un día magnífico, casi de primavera, daba mayor grandiosidad al espectáculo que presentaba nuestro ejército en sus posiciones.

todo el mundo nos contempla en esta solemne ocasión, á fin de que redobleis vuestros esfuerzos para dar cima y conseguir una señalada victoria, de la que seguramente puede depender el triunfo de nuestra sagrada causa y la posesión inmediata del trono de San Fernando por nuestro augusto soberano el rey don Carlos VII (q. D. g.), si como lo espero, y con la ayuda del Dios de los ejércitos, tenemos la gran dicha de derrotar al enemigo y hacernos dueños de la importante plaza de Bilbao.

En su consecuencia, no dudo que cada uno en particular y todos en general, sabreis cumplir con vuestros respectivos deberes haciendo un doble sacrificio para conseguir el sagrado objeto que nos hemos propuesto, y con ello merecereis bien de la patria.

Vuestro general, comandante general interino, *Nicolás Olla*.

(1) Don Francisco Hernando.

Desde los altos del Escurto y la Cerrada, hacía nuestra izquierda, tuve ocasión de contemplar el precioso panorama que ofrecían por una parte nuestros batallones colocados en sus puntos; los enemigos situados en Somorrostro, y los vapores de guerra cruzando el mar desde Castro-Urdiales á Portugalete. Mar, valle y montes parecían animados en aquellos momentos, y todo hacía creer que pronto iba á salir por todas partes la muerte y el exterminio. Pasaron, sin embargo, las horas en el mayor silencio. A las doce del día nuestros morteros rompieron el fuego sobre Bilbao, y al oír su estruendo prorumpieron en entusiastas aclamaciones nuestras tropas y empuñaron las armas. El enemigo no se movió por tierra: contentóse con disparar desde Somorrostro, algunos cañonazos á nuestras avanzadas».

En este día 21 se presentó en el abra de Portugalete una escuadra de nueve buques, haciendo 120 disparos, la mayor parte hacía las Arenas, cayendo en la población ocho granadas sin causar desgracia alguna. No sabemos que intentaran forzar el paso de la ría, aunque ya había el precedente de *L'Amable Lucia*. Es verdad que los carlistas para entorpecer la navegación echaron á pique más gabarras cargadas de mineral, y pusieron nuevas cadenas y cables de muelle á muelle, entre Portugalete y las Arenas; pero todo esto, sin embargo, se podía destruir. Con menos elementos de los que hoy cuenta la marina de guerra, el famoso Rui-Pérez, jefe de la escuadrilla de Avilés, á las órdenes del Almirante Bonifaz, rompió con su buque, aprovechando viento y marea fa-

vorables, y de noche, las gruesas cadenas que habían puesto en el Guadalquivir los moros sitiados en Sevilla, fijándolas entre la torre del Oro y el castillo de Triana; superó cuantos obstáculos se opusieron y se ganó Sevilla: aquel hecho se ha perpetuado dando á la ilustre villa de Avilés por armas los citados castillos unidos por las cadenas, y un buque á toda vela rompiendo aquellas. ¿Podrán en el siglo XIX nuestros ferrados buques menos que los débiles leños del siglo XIII? ¿Eran más potentes los remos que lo es hoy el poderoso impulso del vapor? No lo creemos, aunque somos profanos en la ciencia, y tenemos por seguro que los cables y cadenas que interceptaron el Nervion hubieran sido rotas, como lo fueron las del Guadalquivir, como las del puerto de Marsella que rompió el rey don Alfonso y hoy se ostentan en Valencia, si mal no recordamos, y como se han roto tantas en multitud de hechos que sería prolijo enumerar y tanta gloria dieron á nuestra marina. En cuanto á las gabarras llenas de mineral sumergidas, eran insignificante obstáculo para la dinamita. No formulamos cargos, consignamos hechos, y no dudamos que poderosas razones impedirían á nuestros marinos llevar á Bilbao el auxilio que tan fundadamente esperaba, ó se pusiera expedita la navegación de la ría, como lo había estado hasta el cruzamiento de los cables, alambres y cadenas.

Por la tarde se presentó don Carlos en Portugalete con su E. M., entre el que se hallaban Savalls y su hijo.

El 23 volvió la escuadra al abra; se envió un oficio al alcalde de Algorta, que no quiso

recibir el oficial carlista que estaba de guardia, y aun disparó contra el parlamentario al regresar éste, y la escuadra rompió el fuego haciendo 296 disparos de cañon, dirigidos la mayor parte hacia las cadenas y calabrotes, consiguiendo romper uno; otros disparos fueron para Portugaleta, Santurce y Algorta, que causaron la muerte de una niña, y averías en algunos edificios. Siguieron los fuegos de la escuadra el 24 y 25, y mientras, se peleaba ferozmente en tierra.

## BATALLA DE SAN PEDRO ABANTO

## XLVII

La operación que había efectuado el 15 Primo de Rivera con las brigadas Catalán y Tello, apoderándose de las posiciones de Onton en un combate de siete horas, dejaron dueño al ejército liberal de toda la izquierda de la ría de Somorrostro, y quedó Tello cubriendo las comunicaciones con Castro-Urdiales.

No podía menos de ser objeto de estudio el punto de ataque, y como es frecuente en tales casos, eran distintos los pareceres, y entre estos debemos citar el que emitió por escrito un muy ilustrado oficial de E. M. que hoy forma parte de una no menos ilustrada comisión histórica. «La situación de los carlistas, decía, con la concha y ría de Bilbao á retaguardia, haría muy crítica su posición si se emprendiese un movimiento para envolver su flanco izquierdo, pues en este caso resultarían los hechos siguientes:

1.º »Una vez tomada una colocación es-

tratégica que amenazase desbordar su flanco izquierdo, y establecido en ella el ejército, se vería la facción obligada, sin disparar un tiro, á abandonar sus actuales posiciones, donde no puede subsistir, ni tiene retirada.

2.º »En caso de no reducirse las tropas á una maniobra estratégica, y de emprender de grado ó por fuerza un combate con el enemigo, se atacaría su flanco descubierto y no el que tiene apoyado en la ría.

3.º »Al rechazar la facción atacándola por su ala izquierda, se la separa de su línea de retirada, en tanto que si se la ataca por su derecha, tiene su retirada natural completamente libre y se la arroja sobre ella al rechazarla.

4.º »Las principales obras enemigas hechas para defender nuestra marcha por la costa, resultarían inútiles por medio de un movimiento envolvente. En cambio de estas ventajas, el movimiento envolvente indicado, tendría el inconveniente de comprometer, aunque sólo fuera transitoriamente, nuestra propia línea de aprovisionamientos y nuestras comunicaciones en el mar con Castro; pero esto no tendría gran importancia, porque nos quedaría la carretera de Valmaseda á Santander, que de ningún modo puede ser amenazada por el enemigo, expedita para nuestro servicio y extracomunicación con Laredo y Santoña.

»Sodupe debería ser, en caso de aceptar este plan, el punto objetivo del ejército, pues ocupado este punto, la facción tiene que abandonar todas sus posiciones de la ría de Bilbao».

No consiguió este plan variar el de Mo-

riones; se afirmó al suyo y se decidió á ejecutarle.

Los días que pasaron contemplándose ambos combatientes, los aprovecharon los carlistas construyendo parapetos, y los liberales baterías, que se establecieron en Monte Janeo, que domina el valle y hace frente á Montaña, en Somorrostro contra San Pedro Abanto y en Corvera para batir la izquierda carlista.

Mejorado el tiempo decidió Moriones el ataque y avance, y en la mañana del 24 tronó el cañon, siguió por algunos momentos el fuego de fusilería, y á la hora continuó el cañoneo en toda la línea, llegando las granadas á todas partes, reventando en los parapetos y destrozándolos, levantando nubes de tierra y polvo. Tiroteáronse después las guerrillas de una y otra parte, hasta las diez de la mañana que sólo continuó el fuego de cañon, redoblado á las cuatro, en cuya hora le lanzó contra la izquierda carlista. El brigadier Blanco, con dos batallones de cazadores tomó el puente de Somorrostro, posesionándose de las casas de la derecha del río, haciendo ceder á los carlistas que estaban sobre aquella parte que retrocedieron al punto que ocupaban antes. Tello efectuó un reconocimiento por la altura de la derecha sin empeñar combate, volviendo por la tarde á sus puestos.

Don Carlos presenció desde la llanura delante de San Fuentes, la última parte del combate.

El ataque del 24 dió la clave á los carlistas del que se preparaba para el siguiente; algunos sin embargo, no mostraron esta seguridad, pues no creían se insistiera en el ata-

que de frente, que no podía ofrecer la menor duda de lo desventajoso que había de ser para los liberales, pues aun cuando forzaran las fuertes y muy defendidas posiciones de San Pedro Abanto y Santa Juliana, pudiendo llegar á Nocedal, hubiera quedado el ejército quebrantado. Y no era fácil forzar aquellas posiciones, de cuya defensa se encargó don Rafael Alvarez con los batallones tercero y cuarto de Alava. Dirigió los trabajos de fortificación que en ambos se practicaron, y considerando que las casas de Murrieta, si bien se hallaban fuera de la línea que estaba á su cargo como punto avanzado, podían servirle para desde ellas contener al enemigo y quebrantar sus fuerzas antes de que llegasen á San Pedro, se atrincheró, levantando parapetos en sitios convenientes.

El combate del 24 produjo nuevas dudas y pareceres, y aun aquella misma mañana expuso á Moriones el general Andía, que después de conferenciar con personas competentes y conocedoras de la localidad, opinaba que tomado en primer término el monte Lucero y después el paralelo del puerto de Ciérvana, se dominaban los tres barrios pertenecientes al referido Ciérvana, que son Carden, la Cuesta y San Mamés, también el Montaña por aquella parte, y separaba luego con facilidad al monte de Serantes, desde donde se dominaba asimismo San Pedro, Nocedal y Santurce. Al manifestar esto oficialmente, decía en particular desde Poveña, «que á la posición pequeña del Montaña no se podía subir por el flanco de aquí, y sólo corriéndose por el otro lado del río frente á Musques hay buen acceso;» que el paso del vado aquel día

no podría verificarse hasta las dos y media de la tarde, no dejando más que dos horas y media para arreglarlo y pasarlo, según los inteligentes, comprendióse perfectamente que había que aprovechar el período de bajada, porque así lo que tardase en concluir de bajar y subir duplicaría el tiempo, y la otra marea siguiente era á las tres y cuarto de la madrugada, pudiendo aprovecharse hasta las cinco y cuarto próximamente. Moriones, que há tiempo tenía formada su resolución, como dijimos, insistió en ella, y circuló en la noche del 24 las siguientes observaciones ó advertencias, no muy conocidas (1):

(1) Ejército de operaciones del Norte.—E. M. G.—«Siendo preciso atacar mañana las posiciones enemigas, los señores generales de división, jefe de la brigada de vanguardia, comandante general de artillería é ingenieros y coronel Barges, tendrán presentes las siguientes advertencias:

»El Excmo. señor general Primo de Rivera, con la brigada de vanguardia y la brigada de Tello, ésta con los regimiento Galicia y San Quintín, maniobrará por la derecha del ejército, amenazando el frente por la carretera, conservando siempre la línea de ésta, apoyándose en las casas y trincheras naturales del terreno, destinando los cuerpos á las situaciones siguientes:

»Regimiento de San Quintín, á ocupar y sostener la trinchera de la derecha sobre el bosque que domina la carretera con la brigada de vanguardia y el regimiento de Galicia, para avanzar por la carretera muy despacio y con muchas precauciones.

»El regimiento de Galicia lo encontrará el general Primo de Rivera en la bifurcación de las carreteras de Sopena á San Pedro Abanto. Este regimiento saldrá á dicha posición por el puente que se está construyendo en Muzquiz.

»Tanto á la brigada de vanguardia como al regimiento de Galicia, dará el general Primo de Rivera las situaciones que considere convenientes según las circunstancias: en la inteligencia, que la misión no es la de tomar á San Pedro Abanto, ni la de atacar al descubierto,

En la madrugada del 25 ocuparon los carlistas las trincheras del día anterior. Ollo se estableció en San Fuentes, dejando el cuidado del centro é izquierda á Mendiry; Andéchaga se situó á vanguardia, y Lizarraga á

sino la de amenazar dicha posición, conservar la línea de casas de la carretera y estar siempre en situación de rechazar un ataque que pudiera venir de nuestra derecha.

»El Excmo. señor general Andía con siete batallones de su división, ó sean los regimientos de Tetuan, Sevilla y Cantabria, un batallón de la Constitución, mandado por su coronel, y una batería de montaña pasará el puente que se está echando en Muzquiz y se dirigirá con todas sus fuerzas hasta situarse en una casa blanca y el edificio antiguo con torreones de San Martín, desde donde partirá á atacar la posición del monte Montañón. Esta posición importantísima, llave de la posición, debe hacerse todo género de esfuerzos para tomarla, empezando su ataque por un orden de guerrillas que se corran por la izquierda y derecha de la posición, sosteniendo siempre los fuegos al frente, aprovechando para ello todos los accidentes del terreno, y teniendo presente, que en el caso en que el enemigo avance á un ataque rudo será desde San Pedro Abanto; por lo que las fuerzas del general Andía, marcharán siempre con precauciones para no ser sorprendidas.

»El Excmo. señor general Catalán, con la brigada Cortijo, ó sea el regimiento de Gerona y batallón de Cuenca, y el coronel Marizé con los batallones de Castrejana y Ramales pasará el puente de Somorrostro y se dirigirá por la carretera hasta llegar á la separación del camino que conduce al edificio antiguo de torreones, en cuyo edificio tomará posición; será el centro del ejército y servirá de base para sostener los ataques que puedan venir por la derecha ó por la izquierda desplegando guerrillas á su frente y maniobrando, siempre con las precauciones consiguientes á unas fuerzas de reserva de ambas alas del ejército, con la misión al propio tiempo de sostener su frente y la de avanzar, según las circunstancias lo exijan.

»El general Catalán llevará á sus órdenes la fuerza de húsares de Pavía, reforzada con los ordenanzas, menos los de los generales y brigadieres, y según las órdenes que tengo dadas.

retaguardia con la división de reserva de cuatro batallones.

El jefe liberal no se mostraba menos diligente: atento á todo, y ya entrado el día 25 empezó la artillería un violento fuego, mientras pasaba el ejército por el puente de So-

»Todos los señores generales y jefes, cualquiera que sea la posición que ocupen, tendrán presente que serán ayudados eficazmente por la artillería, colocada en posiciones ventajosas para cañonear las fuerzas y posiciones enemigas, cualquiera que sean sus intentos, ó el paraje donde se presenten.

»Si en los accidentes del terreno y los que pueden ocurrir en el combate, algun general de división viese obstáculos graves que impidieran el cumplimiento de la misión que tiene confiada, me darán parte inmediatamente, pero siempre sin perder de vista el objeto á que se le ha destinado, procurando que no haya en sus fuerzas la más mínima descomposición, que pudiera conducirnos á un conflicto para el ejército. El que en una situación determinada crea necesitar refuerzos me los pedirá directamente para yo graduar la situación; sin perjuicio de ponerlo en conocimiento del general Catalán, que tiene la misión de maniobrar en el centro, según queda expresado. Si durante el combate nos sorprendiera la noche sin que yo pudiera dar anticipadamente mis órdenes, se conservarán las posiciones que se hayan conquistado.

»De las ocho compañías de ingenieros, dos se destinarán á la división Primo de Rivera, é igual número á la de los generales Andía y Catalán, quedando las otras dos á las órdenes del comandante general de ingenieros para el servicio del tren de puentes y otros que pueden encomendárseles, empleándose los afectos á las divisiones, en el peculiar de su instituto, aprovechando siempre sus trabajos para procurar que el ejército tenga el menor número de bajas posible.

»Debe tenerse un especialísimo cuidado en que la tropa no se quede sin municiones, haciéndose el reemplazo de aquella, calculando con tiempo cuándo deben estar próximas las fuerzas á concluir las. Con objeto de que nunca falten de éstas al soldado, he dispuesto se establezca un depósito avanzado en San Martín, otro en el puente colocado por el cuerpo de ingenieros en Muzquiz, y el tercero en la iglesia de Somorrostro, sin perjuicio

morrostro, y por el de barcas, que paralelo y sobre el mismo río, habíase colocado provisionalmente frente á Musques, adonde llegó Andía con la brigada Minguella y una batería de montaña, incorporándoseles tres ba-

del depósito general que va en los carros, del cual se podrán también tomar municiones, que serán conducidas por las acémilas de cada división, en el caso que concluyesen las de los otros depósitos. Todos están en el deber de comprender y hacer comprender á sus subordinados que el tirar poco y apuntar bien, es lo más conveniente, y que asimismo lo es el relevo de las fuerzas que estén en el fuego, para que nunca haya ninguna que tenga que retirarse con la excusa de faltarle municiones.

»La conducción de heridos se hará exclusivamente por los camilleros, sin que pueda servir de excusa el acompañarlos para separarse de las filas, encargando en esta parte el mayor rigor, en el concepto de que exigiré á todos la más estrecha responsabilidad.

»En ambos puentes quedarán establecidos guardias que no deben consentir el paso de más individuos que los heridos y los camilleros que los conduzcan.

»El señor coronel Bargés, con su regimiento de Asturias y los batallones de Africa y Albura y uno del regimiento de la Constitución, queda encargado de la importante misión de proteger la retaguardia del ejército, la de la artillería en sus posiciones, y vigilar que todo se verifique con orden en ella, para que no se encuentren inconvenientes en la conducción de municiones para el ejército, ni en el cumplimiento de mis disposiciones é instrucciones que tienen recibidas.

»Los cuerpos encargados de ocupar posiciones á retaguardia, las conservarán á todo trance.

»En un caso extremo de haber dificultad para conducir municiones, los camilleros pueden llevar en las camillas las necesarias para sus cuerpos ó compañías.

»Confío en que la patria, el gobierno y el ejército quedarán satisfechos de todo, y que ninguno dejará de encontrarse en el puesto que el honor de las armas exige.

»Cuartel general de La Rigada 24 de Febrero de 1874.  
—De orden de S. E., el brigadier jefe de E. M. G., Emilio Terrero.—Hay una rúbrica.—Excmo. Sr. General...»



tallones al mando del coronel Castro. Una vez á la opuesta orilla del río, encontróse el ejército por la izquierda con las formidables posiciones naturales del Montaña, llave de los pequeños valles que á su falda se extienden; por el centro, con reductos perfectamente construídos, y por la derecha con altísimas é inaccesibles montañas, que se elevan al borde mismo de la carretera que conduce á Valmaseda. Apenas había pasado una compañía el puente de barcas, cuando un diluvio de balas anunció que el enemigo, oculto en los parapetos y por ellos favorecido, esperaba el ataque, para el cual con mucha antelación se había prevenido de tal modo, que el terreno, de suyo quebradizo, estaba erizado de defensas formadas en anfiteatro.

A las diez de la mañana los soldados trepaban las empinadas laderas del Montaña, dando prueba de indecible arrojo, mientras por el centro y la derecha sostenían el empuje de las huestes enemigas.

Creyeron los carlistas al principio que sería atacada su izquierda como la tarde anterior, y pronto vieron la preferencia dada á su derecha, pues aunque más difícil de vencer, daba una vez dominada, la posición más importante, coronando las alturas de Lucero y Serantes.

Al Montaña fueron las fuerzas liberales por el lado más suave, en el que á una tercera parte de su elevación, había un bosque y una casa; situóse la gente de Andía al pie del castillo de San Martín, que está en el llano, según se le había ordenado; destacó fuerzas para tantear las del enemigo, y obrar en su consecuencia; avanzaron sin disparar

un tiro, y al llegar al camino que debían seguir á la izquierda, recibieron los carlistas con vivísimo fuego; parapetóse la compañía de guerrilla en las desigualdades del terreno, formando martillo, contestó bien al fuego enemigo, y fué reforzada.

El coronel Posada, con el primero de Cantabria, que salió de vanguardia, había marchado por la izquierda desde el puente, ordenándole el general en jefe dirigirse al Montaña mayor; apoderóse de la casa y del primer parapeto, y seguido su movimiento de avance, sosteniendo, no solamente el fuego que le hacían de frente, sino el de numerosas fuerzas enemigas emboscadas á su izquierda. Pero cuando vió que toda la fuerza que había avanzado por su derecha sobre el Montaña empezó á retirarse á la carrera, sin que por más que gritara detenerse lo verificasen, comprendió su posición, y concluídas las municiones á dos compañías, y teniendo las dos restantes unos diez cartuchos por plaza, se retiró á la parte inferior de la ría á reorganizar el batallón y municionarle, no pudiendo hacer lo segundo por recibir sólo dos cajones de cartuchos. Volvió, sin embargo, á emprender la subida hasta la misma casa, donde colocó dos compañías al mando del comandante Melero, que en unión con otra fuerza de Tetuan guiada por el comandante Duro, contuvieron á los carlistas por el flanco izquierdo, y corrióse Gonzalez Posada con el resto del batallón por la derecha. Entre los heridos en este ataque, lo fueron el teniente coronel Castelló y el comandante Gobar, al frente de las tropas.

Viendo Andía que entre las posiciones del

primero y segundo batallón de Cantabria quedaba una gran distancia, porque el Montaña y sus estribaciones se prolongaban por la derecha liberal en cordillera en una extensión de más de dos kilómetros hasta terminar en el reducto, avanzó un batallón de Sevilla por el centro hasta darse la mano por la izquierda con Posada y por la derecha con Lapuente. El regimiento de Sevilla, que marchó detrás del de Cantabria, llegó al torreón de San Martín sin novedad alguna, y en este punto, que fué el de su partida para el ataque al Montaña, se formó en dos columnas á los respectivos mandos de los señores Pareja y Martínez, y ambas al del brigadier Minguella.

Con tres batallones ya en fuego de la brigada Minguella, tomó éste el mando y dirigió el movimiento, avanzando sobre el enemigo en la dirección que tenía á su frente, que era el Montaña mayor, apoyando su costado izquierdo en el derecho de Cantabria, llegando á colocarse á unos treinta pasos de los parapetos enemigos, sin arredrarles el fuego de éstos ni lo accidentado del terreno.

Llegó en este instante Moriones al castillo donde se encontraba Andía, al que advirtió que las guerrillas del segundo de Cantabria se habían ido muy á la derecha, y era necesario procurasen envolver el Montaña más á la izquierda; se enviaron las órdenes al efecto, pero no se pudieron cumplir, porque más á la izquierda no había posibilidad de envolvimiento, toda vez que se dejaría á retaguardia el reducto enemigo, y que impedía el paso una barranca que separaba en parte el Montaña principal de su derivación, donde estaba

situado el reducto defendido por otro del camino á media ladera (1).

Conocida por Moriones la posición de las tropas de la división Andía, ordenó á los tres batallones de la brigada Castro fuesen por la izquierda á apoyar á Posada. Empezóse la marcha, que tuvo que ser lenta por las muchas zanjas que había que atravesar en el llano, ocupándose Castro en la subida, de ir empujando hácia sus cuerpos respectivos toda la fuerza rezagada que obstruía el único sendero practicable en la dirección que debía seguir, llegando sin disparar un tiro á bastante altura, para serle preciso antes de continuar el ascenso romper el fuego contra la cúspide del monte, ya fuertemente guarnecido. «En la situación descrita me hallaba cuando, sin conocer la causa, observé que los más avanzados retrocedían en la mayor confusión, descendiendo el enemigo á ocupar la casa que tenía sobre la trinchera, para de allí volver sin duda á sus primeras posiciones. Comprendiendo las fatales consecuencias que podía tener la retirada desordenada iniciada en la derecha, y que se propagaba á la izquierda con la rapidez propia al descenso de una pendiente casi inaccesible, contuve las fuerzas de varios regimientos; mandé con una compañía para que avanzase al intrépido comandante Ferrer del Couto; situé otra más á la izquierda para evitar ser envueltos; formé, auxiliado por la actividad del teniente

(1) Subrayamos estas líneas por su gran significación e importancia, las cuales y otras que consignaremos, se mandaron retirar del primitivo parte, para confeccionar otro, como han solido con teccionarse muchos. Poseemos las pruebas.

coronel Hurtado y por los oficiales que me rodeaban, un fuerte peloton de los dispersos de Tetuan, Cantabria y Sevilla, que mandé á reforzar la compañía más avanzada, y agrupé por fin las fuerzas restantes del batallon, mandándolas armar bayoneta, resuelto á defender aquel puesto como la ordenanza marca (1)».

Recibió á poco orden para contener el ascenso y correrse á la derecha; y apenas empezaba á cumplimentarla, comunicóme otra el capitán de E. M. don Julian Suarez Inclán para que con su batallon bajara á ocupar el castillo de los Salazares, del barrio de San Martin. Así lo verificó: presentóse al general en jefe, que le mandó subir de nuevo al reducto y pico de San Fuentes y ponerse á las órdenes del general Catalán. En la anterior operación cayeron heridos el coronel Sierra, de Tetuán, y el comandante Ferrer del Couto, de la Constitución; quedóse Andía con un batallon de Sevilla y una sección de ingenieros de reserva, avanzando hasta el grupo de casas que hay en el centro del vallecillo más próximo al pié del punto céntrico de su línea, sufriendo algunas bajas.

Al medio día recibió orden Andía para efectuar con todas sus tropas el movimiento envolvente por la cañada de la derecha; mandó al coronel Dabán con el batallon de Sevilla á reforzar el segundo de Cantabria, para que ambos cumplimentasen lo ordenado, y Andía se dirigió con los ingenieros al cen-

(1) Parte fechado en la Rigada el 27 de Febrero de 1874, firmado por el coronel en comisión, don Luciano de Castro, cuyo parte, como los demás, se hallan originales en nuestro poder.

tro de la línea para vigilarlo. Empezado el avance, y al llegar á la altura de las primeras guerrillas, hubo el movimiento de retirada por la derecha, que se prolongó hasta la extrema izquierda; la cual y el centro, con el brigadier Minguella, estaban á 50 metros de la cima de la la montaña, sufriendo, no solamente el nutridísimo fuego del enemigo, sino hasta el choque de enormes piedras que arrojaba (1).

(1) «La escasez de municiones y la poca fuerza que por efecto de las bajas les iban quedando, obligó á los referidos jefes (los que mandaban las dos columnas á las órdenes de Minguella) á hacerse fuertes en su última posición, para no llegar á perder la más elevada que tenía nuestro ejército, y que conquistaron debido á su valor, para dar con esto tiempo á recibir las municiones y refuerzos pedidos para reponer las bajas y dar el asalto á la trinchera enemiga; mas cuando con tanta ansiedad esto esperaban, observaron que por el ala derecha de toda la línea se iniciaba una retirada poco ordenada, secundándose este movimiento por el fondo á retaguardia del valle, lo que les hizo creer si se verificaría de orden superior, máxime cuando las fuerzas que se habían apoderado de una casa situada á su izquierda, punto á mi juicio muy estratégico, la abandonaban también, decidiéndose entonces á emprender la suya con toda la fuerza. Al distribuir las del primer batallon, me quedé con el segundo de reserva; pero al ordenarme V. E. envolviese la posición enemiga de nuestro frente por la derecha, dispuse que su jefe el teniente coronel don Ricardo Ortega marchase por la Cañada de este costado, haciéndolo yo á tomar el mando de los dos batallones; y despreciando el mortífero fuego que les hacía el enemigo atravesó ésta y dando ejemplo con su acreditado valor subió á la cabeza de esta fuerza y la estableció convenientemente, siendo su principal objeto el que el ala derecha de mi regimiento se colocase y protegiese mutuamente con las que tenía á este costado, permaneciendo y defendiendo su posición dicho jefe, hasta que fué relevado por fuerzas del regimiento de Gerona, retirándose entonces con la suya y la de ingenieros que tenía á sus órdenes. Una vez ya colocado todo mi regimiento en fuego, y cuando comunicaba órdenes para llevar á

En aquel momento colocó Andía en posición á los ingenieros, mandados por San Gil, que apoyados por Lapuente contuvieron el movimiento de avance iniciado por los carlistas del reducto, y el general con todo su E. M., oficiales á las órdenes y otros, se lanzaron á contener la retirada: formando grupos, no solamente de los cuerpos de su división, sino de otros que estaban por su extrema derecha, se rehicieron las tropas y volvieron á tomar sus antiguas posiciones.

El primero de Navarra, carlista, que defendía el Montaña, pedía refuerzo con mucha urgencia; envióle Ollo; retardándose el que dispuso, acudió solícito Segura, que pudo llegar cuando los liberales empezaban á ceder; relevó con sus compañías las del primero que estaban en fuego; llegó en seguida Boét, con el batallón de aragoneses, se colocó á la derecha de Segura é hicieron frente á su enemigo por aquel lado, batiéndose con sin igual bizarría.

---

cabo el movimiento ordenado por V. E., observé que la fuerza de toda la línea se dispersaba y dediqué entonces mi principal cuidado á contenerla y organizar una columna con la de todos los cuerpos, lo que conseguí bien pronto, ayudado por varios oficiales, el teniente coronel del primer batallón señor Martínez, los comandantes de caballería señores Duro y Rubalcaba, quedándome con esta fuerza en el centro de la línea hasta que recibí orden del Excmo. señor general don Melitón Catalán para que me dirigiera á Muzquiz, y posteriormente la del Excelentísimo señor general en jefe para hacerlo á este pueblo. El comandante don Félix Pareja con la fuerza que organizó después de su retirada, avanzó nuevamente á apoyar una fuerza del regimiento de Tetuán, retirándose á la entrada de la noche por orden superior —Dios, etcétera.—Poveña 26 de Febrero de 1874.—Excmo. señor. —Luis Dabán».

El liberal trepaba impetuoso, sin que el horrible fuego que por el frente y el flanco se le hacía le detuviera; é iba avanzando, venciendo las dificultades del terreno, y subiendo á la cumbre de Mantres sobre los cadáveres que dejaba.

Aquel ataque era heróico, titánico, temerario; pero nadie retrocedía y mutuamente se animaban para ascender: ya en la cumbre, hacían fuego á tan corta distancia, que se confundían unos con otros combatientes. Un pequeño esfuerzo, á ser posible, por parte de los liberales, ó un momento de vacilación por la de los carlistas, y la cumbre era de aquellos, y una vez en Mantres, se barría á los carlistas, se les obligaba á levantar la línea y á retirarse precipitadamente. El gran triunfo habría sido de gran valor, é insigne victoria hubiera conseguido Moriones; pero envián refuerzos los carlistas, se dan cargas á la bayoneta, y herido el brigadier Minguella, y queriendo Andía dar otro avance, corrió con tres compañías á apoyar á Posada, que se había corrido á la derecha de su primera posición; uniése á él, y entonces recibió orden del general en jefe para que Constitución y Tetuan bajasen al castillo de San Martín, haciéndolo cinco compañías del primero y una del segundo, no pudiéndolo hacer el resto porque empeñado en un vivísimo fuego con el enemigo, situado en el bosque del Montaña, retirándose, ponía en grave riesgo toda la izquierda.

Debilitada ésta por el repliegue de dichas fuerzas, se vió Andía imposibilitado de continuar el movimiento de avance, limitándose á sostener aquellas posiciones, hasta que

después de muy anochecido recibió orden de replegarse al citado castillo de San Martín. La artillería afecta á la división Andía, después de permanecer dos horas inactiva en Musques por orden del general en jefe, y á disposición de éste, la mandó más tarde á la segunda casa de la subida del Montaña á batar el reducto situado á la izquierda; «pero el camino que conducía á dicha casa estaba tan lleno de acequias, y el fuego enemigo era tan vivo, que solo fué posible llegar á una pieza; la compañía de la Constitución de la escolta y la sección de ingenieros á la primera casa de la subida del Montaña con las otras tres piezas, y ya dejada una en la primera casa marchó á buscar camino practicable que le permitiese cumplir la orden del general en jefe (1).» Lo que no se verificó por la retirada de las tropas, retirándose también la pieza. En algunos puntos, los soldados, que casi se hallaban ya en la cima del Montaña, tuvieron que descender desde sus posiciones cebándose en ellos los carlistas. Este momento es verdaderamente indescriptible por lo horroroso.

Primo de Rivera con las brigadas Blanco y Tello habia pasado el puente de Somorrostro, avanzado batiéndose hasta las Carreras, sufriendo una contusión de bala que le hizo dejar el mando por el momento, del que se encargó el brigadier Tello, quien siguiendo las instrucciones del general en jefe, se limitó á conservar las posiciones conquistadas.

(1) Parte del jefe de la batería el coronel capitán don Fernando Castillejo, fechado en Poveña el 27 de Febrero de 1874.

Entre tanto, el fuego de la trinchera de San Pedro era horrible; las descargas cerradas se sucedían con una rapidez vertiginosa, produciendo bastantes bajas. Llegó la noche, y con ella la evidencia del fracaso: las tropas ocupaban á San Martín y unas casas próximas á San Pedro, pero no estaban en buena posición, y fué peor cuando don Rafael Alvarez, poniéndose á la cabeza de una compañía carlista cargó á la bayoneta hasta las Carreras. Poco después el coronel Dabán solicitaba atacar con su batallón de cazadores á San Pedro Abanto, cuyos defensores estaban sin cartuchos; pero el brigadier Tello, comprendiendo la responsabilidad en que incurría, no concedió el permiso, aun contrariando su propio deseo. Se retiraron por completo los liberales de aquel punto, y hasta recuperaron los carlistas la torre de San Martín. No sólo se portó Alvarez bizarramente, sino con heroísmo. A caballo, por impedirle un pie ir andando, no abandonó á los que avanzaban, estimulándoles, y con tres grandes contusiones no quiso retirarse. El coronel Lasa y otros se condujeron no menos valerosamente. El carlista se envalentonó de tal manera, que ya á pecho descubierto, favorecido por el número, amenazó los puestos liberales, produciéndose un instante de confusión, en el que ocurrieron grandes desgracias.

Los liberales, se rehicieron casi instantáneamente, volvieron á ocupar las posiciones anteriores, y el apuro para los carlistas fué grande, porque en fuego su reserva, no le quedaba gente disponible: aún hicieron un supremo esfuerzo; se peleó de nuevo; se rechazó á los liberales, y la oscuridad de la noche

y el toque de retirada puso fin á tan sangriento bregar.

En otro ataque que en el de frente al Montaña, hubiera obtenido otro resultado la bizarría con que pelearon los liberales, contribuyendo también lo escarpado y accidentado del monte por aquella ladera á que la artillería no pudiese jugar debidamente. Como se cubría una línea extensa de operaciones, y no se contaba para el ataque sino con unos 11.000 hombres, no se pudieron dejar á retaguardia tropas bastantes para que llegando oportunamente de refresco, hubieran dado nuevo carácter á la lucha, impidiéndolo el desórden con que se retiraron algunas fuerzas.

Los carlistas cometieron una gran falta, manteniendo en inacción las tropas que tenían destinadas para cortar la línea de comunicación de los liberales. Si hubieran interceptado esta línea, que además de ser de comunicación lo era de retirada, hubieran privado al ejército de su base de Castro, dejándole sólo la del mar; base bien débil, tratándose de un mar como el Cantábrico, y de un ejército tan quebrantado y abatido, que todo tenía que llevarlo de lejos (1).

(1) Aunque tarde, comprendieron los carlistas este error, y trataron de formar causa al brigadier Navarrete, que ocupaba aquella posición; pero fuese por debilidad, porque en aquella parte hubiese otros comprometidos, ó porque comprendiesen que ellos mismos pudiesen haber hecho más, á pesar de su cansancio y de la carencia de artillería y caballería (que ha sido su disculpa de siempre), se limitaron á separar á este jefe, quitándole el mando de las fuerzas con que debía haber obrado. También pudieron haber tenido en cuenta que los liberales que defendían aquella comunicación, no se hubieran dejado vencer fácilmente.

El general Moriones envió este telegrama á Madrid. «Cuartel general de La Rigada, 25 de Febrero. «El ejército no ha podido forzar los reductos y trincheras de San Pedro Abanto y su línea. Ha quedado quebrantado. Es urgentísimo vengan refuerzos y otro general á encargarse del mando. Se han inutilizado, haciendo fuego, seis piezas de diez centímetros. Conservo las posiciones de Somorrostro y comunicaciones de Castro». Al recibirle el ministro de la Guerra en la madrugada del 26, le trasmitió al duque de la Torre; conferenció con este señor, que resolvió al instante marchar á ponerse al frente del ejército del Norte; convocóse el consejo de ministros; acudieron todos solícitos, y los que horas antes se hallaban en profunda crisis no atendieran más que á los patrióticos impulsos de su corazón: en las razones alegadas en pro y en contra del generoso impulso del jefe del gabinete, estuvieron á la altura de su puesto.

El general Zavala telegrafió al general Moriones: «Dígame V. E. con urgencia los elementos de todas clases que en su concepto son necesarios para forzar las posiciones y vencer al enemigo». Y contestó: «Creo indispensables 8.000 infantes; dos baterías de á 10 centímetros, rebajando la carga de los disparos: una de á 12 centímetros; otra Krupp de acero y tres de montaña, con la dotación mínima de municiones de artillería de 500 disparos por pieza.

El general Primo de Rivera aunque conatuso, siguió al frente de la división de su mando; el brigadier Minguella herido muy grave; coroneles Mariné y Sierra, heridos,

con otros varios jefes. El ejército conservó las posiciones tomadas durante el día hasta las doce de la noche; quedando situado en Somorrostro, Onton, Mioño y Musques, con un puente sobre este punto». Aún pidió más recursos para continuar las operaciones.

El ministro de la Guerra le telegrafió: «Desguarneciendo por completo otros distritos, se ponen en marcha fuerzas de consideración para aumentar ese ejército. A que no decaiga su espíritu y á sostener ahora más que nunca la disciplina, deben dirigirse los esfuerzos de su digno general en jefe».

«Cuartel general de La Rigada, 27 de Febrero de 1874.—El general en jefe al ministro de la Guerra: «La disciplina de este ejército está á gran altura; su espíritu no ha decaído, y volverá á combatir con la misma decisión. Los refuerzos, los medios y los recursos son urgentes, así como el reemplazo de los distinguidos jefes que han sido heridos».

Un periódico de Madrid, que debemos citar, *El Imparcial*, demostrando una vez más la grande influencia que la prensa ejerce en la opinión pública cuando de ella se hace intérprete, considerando lo supremo de aquellos momentos, excitó de tal manera el patriotismo madrileño en favor de los heridos de la anterior batalla, que ni toda la redacción del periódico, sus empleados y amigos eran bastantes á recibir los donativos de toda especie con que acudieron todas las clases de Madrid, confundidas en un mismo sentimiento, tan generoso como patriótico.

Las bajas de ambos combatientes excedie-

ron de 2.000. Sólo la división Andía tuvo 541, y 13 cabezas de ganado (1). Quedaron en poder de los carlistas muchas municiones y algunos centenares de fusiles.

Ollo fué elevado á conde de Somorrostro.

Al día siguiente de la anterior batalla, reinaba en torno del campo liberal ese silencio que rodea la muerte: nadie atravesaba aquella explanada que hay desde el puente á las faldas de las primeras posiciones, donde el día anterior se desplegaron tantas fuerzas; sólo se veía á algunos grupos carlistas recoger tranquilamente los cartuchos vacíos; en Somorrostro estaba retratada la consternación en todos los semblantes, la pena en el corazón de todos.

#### EVACUACIÓN DE TOLOSA

#### XLVIII

A la vez que los apuros de Tolosa, aumentaba cada día la crítica situación de Loma, obligado á socorrer aquella villa, á costa de algunas bajas. Ya se carecía de algunos artículos de urgente necesidad, y fué en la madrugada del 23 de Febrero aquel general con otro convoy de 80 carros, rompiendo el fuego las avanzadas carlistas en las inmediaciones de Andoain. Siguieron adelante las tropas liberales por ambas orillas del río, y á las

(1) Según los estados oficiales que tenemos á la vista, ingresaron en el hospital de Santarce, procedentes del combate del 25, ochenta heridos carlistas incluso jefes y soldados, cuyos nombres se expresan, y en el hospital de sangre de San Salvador del Valle 242 también carlistas. Todos aquellos barrios estaban llenos de heridos.

tres de la tarde entraron en Tolosa, cuya guarnición protegió también el movimiento. Parte de las fuerzas liberales quedaron en Villabona y Andoain para proteger el regreso de Loma, que batiéndose llegó el 26 á San Sebastián.

El principal objeto de Loma, fué ordenar la evacuación de la plaza, como mandó el ministro, sin que Loma lo considerase necesario, y así lo expuso en comunicación que interceptaron los carlistas. Reunióse el 27 el ayuntamiento, se expuso esta necesidad y la conveniencia de llamar á varios vecinos pacíficos á quienes se encomendase el orden y amparasen á las familias liberales que quedaran; prometieron éstos cumplir el honroso cometido que se les confiaba, de lo que se levantó acta, y en el mismo día se reunieron los elegidos para constituirse. Al siguiente, 28, previa la voladura de los fuertes, se evacuó aquella plaza tan coliciada por los carlistas, y cuya conservación costaba tanta sangre.

Más de 1.000 tolosanos habían partido con el tren de carros; y 300 voluntarios, decididos á morir cubriendo la retaguardia con mesurado y acompasado paso, partieron en el momento en que el valiente y pundonoroso gobernador militar, don José Crespo, arrojó al río las llaves de la plaza. Tolosa fué evacuada. Una orden hizo lo que no pudieron 17.000 carlistas con un bloqueo de siete meses, un fuego incesante de fusilería que hirió á 82 infelices viejos, niños y mujeres, y dió muerte á 14. Un pueblo que sufrió la falta de trabajo y de pan; un pueblo que empleó su capital en obras de defensa; que alcanzaba

60 ó 70.000 duros por adelantos á las tropas, asistencia de más de 600 heridos y 2.000 enfermos, salió con la conciencia tranquila de haber cumplido como bueno, y con el nebuloso porvenir, á que sin titubear se lanzaba.

Las lágrimas que humedecían los ojos liberales eran producidas por el inmenso pesar de no haberles dejado sucumbir bajo los muros que se habían construído, capaces de resistir á 20.000 hombres, con voluntarios más débiles que ellos y con guarnición menos valerosa y sufrida que los soldados de Luchana y Ontoria, sus hermanos en sufrimiento; hermanos que habían comido su pan, compartido las penalidades, y de quienes habían aprendido la serenidad en el combate y el sacrificio de la vida en aras de la patria.

La junta de elegidos nombró presidente á don Juan Echevarría, vice á Larrañaga, y á Arenasa como facultativo para la asistencia de los hospitales, y comunicó al comandante general carlista señor Cevallos, la evacuación de la plaza por los liberales y su ocupación á la hora y media por las fuerzas de Arámburu, habiéndose conservado el orden más completo.

El 7 de Marzo, por mandato de la diputación, se constituyó nuevo ayuntamiento, eligiéndose alcalde interino á don Pedro Ursain.

El día 5 entró don Carlos en la villa, recibido con un arco de triunfo y saludado con repique de campanas y músicas; entregó el 7 con gran solemnidad al cuerpo de guardias de á caballo, el estandarte que tuvieron los de su abuelo en la guerra de los



siete años y conservó la princesa de la Beira, visitó á Andoain, se adelantó á Urnieta, y regresó al campamento de Bilbao.

La evacuación de Tolosa y la retirada de algunas pequeñas guarniciones produjo alarma y desaliento en los liberales guipuzcoanos.

EL DUQUE DE LA TORRE AL FRENTE DEL EJÉRCITO DEL NORTE.—CONSEJO DE GUERRA

### XLIX

Recibiendo los aplausos de los pueblos del tránsito, llegó el duque de la Torre á Santander en la mañana del 28 de Febrero: el temporal le impidió embarcarse para Castro. Aprovechó este tiempo en ordenar la marcha de los refuerzos que con febril actividad iba enviando el ministro de la Guerra; se embarcó el 5 para Castro; tomó el 8 el mando del ejército, que se organizó en dos cuerpos (1), y estableció su cuartel general en San Juan

(1) Mandados por los generales Letona y Primo de Rivera, constando cada uno de una brigada de vanguardia, y dos divisiones de infantería mandadas éstas por los generales Andía y Catalán y aquella por el brigadier Blanco, que formaban el primer cuerpo, y las del segundo el general Serrano Acebrón la primera división, el brigadier Morales de los Ríos la segunda, y el de igual clase don José Chinchilla, la brigada.

Las 50 piezas de todos los calibres, dos compañías de ingenieros, dos batallones de infantería, y la escasa caballería á las órdenes del brigadier Sanchez Mira, quedó afecto al cuartel general.

Era jefe de E. M. el general don José Lopez Dominguez.

El ejército se componía de 42 batallones, dos compañías de ingenieros, una sección de Guardia civil, otra de caballería y 50 piezas de artillería con sus dotaciones completas.

TOMO III

de Somorrostro. Al reconocer el duque de la Torre el terreno que pisaba y distinguía; al contemplar aquellas alturas que, si no imponentes todas por la naturaleza, aunque sí formidables, las había hecho invencibles el arte, se excitaria su valor sin duda; pero más que á las posiciones había que atender á sus medios defensivos; había que estudiar esta guerra muy distinta ya de la pasada.

Conservadas las comunicaciones con Castro, pues por Onton, Salta-Caballo y Mioño, no hay otro paso que la carretera, en la que por un lado dan hondos precipicios al mar y por el otro al mismo borde de la carretera se levantan montañas, lo cual sucede en una extensión curvilínea de más de media legua, podía atenderse á la retirada que los carlistas tenían en caso de una derrota, que no esperaban, por las salidas que hay á la izquierda de su línea, pues por su derecha no se habían de retirar seguramente á Santurce y menos á Sestao y Portugalete, en cuyos puntos tenían aglomeradas muchas fuerzas, por más facilidad para su alojamiento, aunque había casa que albergaba hacinados más de 100 hombres.

A pesar de lo que los carlistas celebraron la jornada del 25, permanecieron en sus posiciones sin tomar la ofensiva, adelantándose sólo á ocupar los puntos que se abandonaban; y esto, aun admitiendo la superioridad numérica, prueba la circunspección con que procedían, lo poco que se aventuraban, porque era propósito en ellos asegurar cada paso y cada golpe. Fueron los primeros que comprendieron la excelencia del nuevo armamento, la clase de guerra que se necesitaba ha-

cer, la importancia de las montañas y alturas, la inmensa utilidad de sus parapetos, convertidos después en trincheras.

Moriones conferenciaba en tanto con el ministro de la Guerra sobre lo que debía ejecutarse, sujetándose á los refuerzos que debían llegar, para lo cual el general Zavala agotó todos los medios á fin de reforzar el ejército con más infantería útil, hasta el punto de desatender otras obligaciones, si no tan importantes como aquellas á que dedicaba sus desvelos y más preferente atención, no por eso menos urgentes.

Pudiendo llegar los refuerzos á 10.000 hombres, contando con unos 2.000 que fueran de Guipúzcoa, no creía Moriones suficiente el número para enviar una expedición á penetrar en Vizcaya por Villarreal y seguir hasta Durango, que no podía menos de llamar hácia sí las fuerzas que sitiaban á Bilbao. Excelente era este plan; pero creía le faltaban de 3 á 4.000 hombres, y no teniéndolos, debía pensarse en un desembarco en la costa por la derecha del Nervión, ó sea por Algorta ó las Arenas. Con una división de 9.000 hombres por Villarreal y Durango, iría á su frente, sin el carácter de general en jefe, y aun manifestó que si se pudiera contar con 10 ó 12 piezas Plasencia, creía posible organizar en Castro una división de 10.000 hombres para operar por Valmaseda en combinación con las fuerzas de Somorrostro. Acertado estaba Moriones en todos estos proyectos, y es de lamentar que su falta de salud le impidiera seguir en el ejército. También conferenció el duque de la Torre con el señor Espinosa de los Monteros, autor del

ataque por Sodupe, que dimos á conocer.

El ministro de Marina, el jefe de estado mayor general y el jefe de la escuadra señor Barcaiztegui, efectuaron el 9 un reconocimiento á bordo del *Ferrolano*, llegando á tiro de pistola de Santurce y á poca mayor distancia de Portugaleta, sin que molestara el enemigo; reconocióse la población y ensenada de Algorta, adelantáronse hasta la pequeña bahía de Plencia, regresó el vapor á Castro, y siguió el general Dominguez á Somorrostro.

Emprendióse el emplazamiento de algunas baterías, se efectuaran otros trabajos, estableciéronse grandes depósitos de víveres y municiones en la iglesia de Somorrostro (1), parques de artillería é ingenieros, se regularon los servicios, se situó el ejército en posiciones convencionales, y un fuerte temporal de vientos, nieves y lluvias paralizó el 11 las operaciones por mar. La artillería liberal molestaba de vez en cuando los trabajos de los carlistas.

El 12 reunió el general en jefe un consejo de guerra, al que asistieron el ministro de Marina, el jefe de E. M. G., los comandantes en jefe de los dos cuerpos de ejército con sus jefes de E. M., los comandantes generales de artillería é ingenieros, y el jefe de la escuadrilla del Norte. Puesto á discusión el

(1) Dirigiendo los carlistas algunos proyectiles á este edificio, aunque sólido, para evitar un incendio se empezó en la mañana del 19 á trasportar las municiones al nuevo polvorín, y al cargar uno de los carros se incendiaron varios cajones de pólvora, volando con estrépito por los aires carro, cajones y carretero, matando á siete soldados y lastimando con quemaduras más ó menos graves á unos 70.

ataque á las trincheras de San Pedro Abanto, todos opinaron en que debía ser de frente, atendidas las obras que los carlistas habían hecho para atrincherar la posición; que era ya base de operaciones obligada la línea de Somorrostro, ú otra en la costa cantábrica; que con los 22.000 hombres de combate que había, no podía desprenderse de aquel ejército un cuerpo que operase independientemente del establecido en la línea de Somorrostro, y siendo muy extenso y muy fortificado el campo atrincherado enemigo, sería sangriento el ataque de frente, no contando con más fuerza para envolver su ala izquierda, conviniéndose que una división desembarcaría en Algorta y Plencia, puntos acabados de reconocer, como hemos visto; caería esa división sobre Bilbao, y atacaría por retaguardia las posiciones enemigas, en tanto que el ejército lo haría de frente. En su consecuencia se mandó ir desde San Sebastian con una brigada al general Loma, y se organizó una división de 8.000 hombres que mandaría aquél, reuniéndose en Santoña para embarcarse.

Adoptóse esta combinación, ante la dificultad de poder disponer de un cuerpo de 12.000 infantes, con la correspondiente artillería y caballería para penetrar en Vizcaya por los altos de Urquiola y los valles de Arratia y Orozco, y caer sobre los sitiadores de Bilbao y retaguardia de la línea carlista, y que para «enviar un cuerpo de 8 á 10.000 hombres con artillería ligera, que partiendo de Santoña por Ramales operase un movimiento sobre el flanco izquierdo enemigo por Valmaseda y Sodupe, mientras que se inten-

taba romper la línea enemiga en esta dirección, había que tener presente para decidirse por esta combinación de movimientos, que el enemigo lo tiene previsto, y situadas fuerzas en los desfiladeros de cuantos caminos conducen á Valmaseda, con trincheras abiertas en los más indicados, y sólo se conseguiría extender más nuestra línea de avance, debilitándola sin obtener grandes ventajas en el resultado, en tanto que no se refuerce este ejército (1)».

## APRESTOS CARLISTAS

## CONDUCCIÓN DE UN CONVOY—TRINCHERAS

## L

Los carlistas, en tanto, no se dormían. El 2 de Marzo hizo Dorregaray que saliera Lizarraga con algunas fuerzas para Llodio y Areta á reunirse con las que tenía Larra-mendi é ir juntos á Valmaseda. Este jefe, restablecida su salud, que le obligó á dejar la comandancia de Alava, cuando el 6 de Febrero volvió á desempeñarla, juntamente con la de Logroño, marchó el 17, aunque no completamente restablecido, á Sopena, ocupando las posiciones del Cono, entre las Muñecaz y el paso de los Pastores, tomando parte en las acciones del 24 y 25, ganando la gran cruz del Mérito militar; marchó á Areta, como se le previno, se le ordenó de nuevo lo hiciera á Arciniega y Valmaseda con el 1.º de Aragon, 1.º de Guipúzcoa, 5.º de Alava y compañías de guías y verederos de esta pro-

(1) Comunicación oficial, fechada en Somorrostro el 19 de Marzo de 1874.

vincia; movióse por el valle de Carranza, llegando hasta Ramales, y abrieron sus ingenieros zanjás en las alturas que dominan la carretera sobre la venta de la Perra. Atendía Dorregaray á esta parte extrema de la izquierda de su línea, temiendo el ataque por el valle de Carranza, que le tenía con más cuidado que el de frente. Dejó Larramendi en las posiciones de Carranza algunas fuerzas, y fué el 5 á Sopuerta, donde estaba Velasco, atendiendo á esta parte y á la de las Muñecaz, que guardaba con las fuerzas cántabras. El mismo 2 de Marzo se dió á don Rafael Alvarez el mando de la cuarta brigada de la división de operaciones, la que había sido aumentada y ascendido dicho señor á brigadier, disponiéndose que continuase defendiendo la línea que se le había encomendado, que era la de San Pedro Abanto; siendo el único y sus fuerzas, que no fueron relevadas durante el sitio de Bilbao, pues las demás alternaban.

Ollo fortificaba el centro y derecha, que, á las dificultades naturales que encontraron los liberales el 25 de Febrero, se añadieron zanjás, fogatas, pedreras, rails, ruedas de wagones y otra multitud de obstáculos colocados con arte para dificultar la subida y precipitar la bajada de los que intentasen apoderarse del alto. Así quedaron aquellos puntos convertidos en inexpugnables fortalezas, que hacían imposible el ataque por aquella parte.

Llegó con el 3.º de Navarra, guiado por Montoya, un convoy de municiones, procedente de aquella provincia; atravesó la llanada de Alava, á pesar de la caballería que

había en Vitoria, y hasta descansó el 7 de Marzo á una legua de la capital, yendo el convoy arrastrado por bueyes; se detuvo hora y media en Arbulu (1); se efectuó la pequeña escaramuza que detalladamente se

(1). «A mitad de distancia de Arbulu á Nanclares, vimos fuerza de caballería sobre nuestra izquierda, hacía la parte de Vitoria; en Lubiano algunos caballos, y en Ulibarri Arana, como una sección de los de Lubiano, que por ser pueblo casi á tiro de nuestra marcha, adelantaban hacia nosotros. Fija la vista en ellos seguimos la marcha de flanco desembarazadamente como si nada ocurriese; pero observando que unos y otros nos aproximábamos más, salió una vez de la cola, diciendo: «Corra la cabeza que viene la caballería.» Me volví, y encarándome en la compañía que marchaba, con ademán severo, pregunto: quién ha corrido esa voz, y me contestaron, viene de atrás. Era el primer lance que me ocurría como jefe principal del batallón; yo dudaba de mí mismo, y á la vez no sabía aun qué confianza tendría el batallón en su nuevo primer jefe. Continué despacio recorriendo el batallón de cabeza á cola, y como todos me dijese que la voz venía de atrás, fuí animando á todos diciéndoles que para qué correr, que eso convenía á la caballería para acuchillarnos, que al contrario, iríamos más despacio, y que no tuviesen cuidado, ni se alarmasen, pues á los que se aproximasen les calentáramos el morro, y se volverían. Al llegar á la última compañía, como también dijese que venía de atrás la voz, me dirigí al comandante segundo jefe don Narciso Martínez de Azcona, que marchaba á retaguardia de la última compañía, y le dije si sabía de dónde había salido la voz, y como me dijo que no, le advertí de la gravedad de esas expresiones; que tuviesen calma, que era probable que el enemigo intentase amagarnos por la cola, y aun atacarnos, presentando algunos caballos al frente; que mientras el enemigo estuviese fuera del alcance y solo fuesen algunas secciones las que se presentasen cerca que se siguiese sin cuidado la marcha; que si atacaban la retaguardia rompiese el fuego la compañía de guardia, y si el número de caballos era de alguna consideración lo rompiese además la última compañía, y que yo á la vez plegaría el batallón sobre la cabeza para tomar las disposiciones convenientes.

»También le advertí que si atacaban la cabeza rom-



se abandonaron, sin embargo los parapetos, y en algunos puntos se reforzaron los antiguos ó se levantaron nuevos. Ya no eran los parapetos contruídos en Velavieta, sino mejorados. Construyeron una zanja de metro y medio, no para que sirviera de foso, sino para ocultar en ella á sus defensores, y con la tierra formaron delante un parapeto; pero como este presentaba blanco á la artillería, les hacía daño; así que en Somorrostro no ponen delante la tierra extraída de la zanja, si no que le forman de pequeña altura con topes, para que presentando relieve fuera también menor el blanco á la artillería.

El que tomó una parte activa y científica en estos trabajos fué el coronel de ingenieros señor Argila, con algunos paisanos de Algorta y pueblos inmediatos, mandada esta obra como todas por el general Mendiry. Perfeccionadas sus trincheras las extendieron desde el monte Lucero hasta el Ezeza en el valle del Cadagua, siendo la divisoría en las rías de Somorrostro y Galindo por los picos de Triano y sierra de la Magdalena, y los atrinchamientos, líneas contiguas enlazadas por reductos, prolongándose en forma de herradura hasta cerca de Otañe. En los combates de Febrero notaron que la excesiva anchura y algún relieve de las zanjas ocasionaban bajas causadas por la artillería, por esto la mayor profundidad de la zanja, y la tierra que extraían la esparcían, no presentando así blanco alguno, pues ni aun se distinguían. Y había tanta zanja, que al marchar las tropas á su asalto tenían que sentir los efectos de los fuegos de ambos flancos y aun de retaguardia. Ante semejante ataque retroceden los

mejores soldados: los del ejército del Norte marcharon al asalto de las trincheras siempre que se mandó. «Y nosotros, como ha dicho un ilustrado general, que, como Jourdan ocúpase en el retiro del estudio del arte de la guerra (1), sin estudiar detenidamente el efecto de las armas de fuego, seguíamos creyendo que en la ofensiva táctica y en el ataque á la bayoneta, estribaba, como en otros tiempos, el éxito del combate y daba la victoria. Los crueles escarmientos no eran bastante á hacer desistir de tan errado propósito y modificarlo convenientemente (2).»

Restablecido Elío de sus dolencias regresó de Burdeos y volvió á encargarse del despacho de E. M. G.

Reprodujose el temporal; sufrieron grandes penalidades ambos combatientes haciendo peno os servicios á la intemperie (3), y hasta

(1) «El general Jourdan al Directorio ejecutivo: Colonia 4 Vendimiario del año V. (25 de Setiembre de 1796). Tengo el honor de manifestaros que ayer entregué el mando del ejército del Sambra y Mosa al general Beurnonville, retirándome á Colonia.

«En este retiro voy á ocuparme del estudio del arte de la guerra. Trato de adquirir los conocimientos que son necesarios á un general si desea llenar satisfactoriamente sus deberes; cuando haya reunido la esmerada instrucción teórica á la práctica de cinco campañas de las más activas, entonces, si puedo ser empleado con ventaja para servir á la república, aceptaré gustoso ese empleo».

Excelente lección para los militares que por considerarse prácticos se creen dispensados de estudiar ó de leer.

(2) Estudios sobre la guerra civil en el Norte por el general D. Pedro Ruiz Dana.

(3) Dice un itinerario carlista: «Los que estaban en la posición del Montañón, más elevada y desabrigada que la nuestra tenían que pasarlo peor. Cubría el servicio de ella un batallón castellano; lo había visto subir cuando nosotros, roto, harapiento, con ese aspecto enfermizo que

la localidad produjo enfermedades que ocasionaron muchas bajas.

LA ESCUADRA—EXPEDICIONES MARÍTIMAS  
DESEMBARCO FRUSTRADO

LI

Aunque era general la creencia de los carlistas de que se verían atacados por su izquierda, no dejó de manifestarse, «que aprovechando los liberales la escuadra y los vapores de Santander de que podrían disponer, embarcaran una noche una división, la desembarcaran más allá de Portugalete, envolvieran nuestra derecha colocándose á retaguardia de nuestra línea, y entraran en Bilbao casi sin disparar un tiro. No creían los nuestros que intentase semejante cosa, á pesar de que había motivos fundados para sospecharlo.» Y en efecto, no se cuidaron de tal operación, y en prueba de ello, que el 17 y 18 avanzaban los alaveses á Molina de Carranza, y Lizarraga á Villaverde.

La escuadrilla que al mando de don Victoriano Sanchez y Barcaiztegui quedó constituida en 1.º de Febrero, se componía de 17 buques de vapor y vela, y listos el 20 del mismo mes para emprender operaciones de guerra, empezaron por la expedición al abra de Bilbao, rompiendo el fuego por divisiones sobre los muelles de Portugalete, Arenas y Alto de San Roque; dirigió también la *Ligera* algunas granadas á Algorta para vengar

da el frío al que está desabrigado y me parecía que nos miraban con envidia considerando el abrigo que nos dan nuestros capotes... Por la mañana nos dijeron que se habían helado algunos de aquellos infelices».

el fuego con que se recibió á un parlamentario; practicó Barcaiztegui, sin ser hostilizado, un reconociimiento entre Algorta y Portugalete; al sentir el fuego del avance del ejército sobre Somorrostro, disparó la *Concordia* contra la batería de las Arenas sin que contestara, y al ver al siguiente día que el termómetro bajaba y se indicaba próximo temporal, mandó avivar los fuegos y que siguiesen los movimientos de la capitana, navegando todos á Castro-Urdiales y á Santoña. Volvieron el 23 al abra, rompióse el fuego contra las Arenas y muelle de Portugalete, sin ser hostilizados los buques; el 24 salió la *Concordia* al abra de Somorrostro para batir á los carlistas que ocupaban el Lucero y Montañó; reconoció Barcaiztegui el abra de Somorrostro y la barra de Ciervana; envió el *Gaditano* algunas granadas á Serantes, y el *Ferrolano* hizo algunos disparos sobre Ciervana; se dispuso amagar un desembarco sobre Santurce, al que amenazarían, y á Portugalete la *Consuelo* y la *Ligera*; el *Gaditano* protegería el desembarco, y la *Concordia* y el *Ferrolano* la marcha del ejército; pero dispuso Moriones del batallón que había de efectuar el desembarco, y en vista de que recalaba mar de N. O. y los barómetros bajaban, se marcharon los buques á Santoña á esperar órdenes. Ni esta vez ni la anterior fué notable la alteración que se experimentó en el mar; estuvo la *Concordia* haciendo fuego contra los carlistas que se batían con Moriones; efectuaron diferentes movimientos varios buques; el 2 de Marzo se fué á pique el *Bilbao* en Castro por haber tocado en un bajo; el *Ferrolano*, encargado de apresar

las embarcaciones dedicadas á la pesca entre Bilbao y Fuenterrabia, volvió á Santoña con tres lanchas apresadas cerca de Motrico, habiendo encontrado otras sobre Ondarroa, que lograron ponerse en salvo, haciendo los carlistas desde la costa fuego de carabina, contestado por el vapor con metralla y algunas granadas, y ocupáronse despues varios buques de la escuadra y otros mercantes en el transporte y desembarque de las tropas con que se aumentó el ejército del Norte al encargarse de él el duque de la Torre.

Tratóse despues de efectuar un desembarco en la costa á la derecha del Nervion, para lo que había acudido desde San Sebastian la división Loma; se consideró á Bermeo como el mejor punto de desembarco, pero estaba lejos del objetivo del ejército, y se optó por Algorta. Se prepararon varias embarcaciones menores con planchas de hierro sobre sus áncoras adheridas á unos candeleros de hierro, para defender á la tropa embarcada del fuego enemigo; se embargaron todas las lanchas pescadoras de Castro, Santoña y Laredo; fué el capitán de fragata don Luis Gaminde á Santander para que se embargase y dirigiese á Santoña el número de vapores que se considerase necesario, y listos todos los buques, se hizo la señal de ponerse en movimiento á las cuatro de la tarde del 19. Con tiempo hermoso y mar bella zarpó aquella escuadra de 25 buques de guerra y mercantes y más de 40 pequeñas embarcaciones, conduciendo unos 9.500 hombres de desembarco con su correspondiente dotación de artillería y viveros para diez días, al mando de los generales Loma y Serrano Acebron, y guiada la escua-

dra por el ministro de Marina señor Topete y el señor Barcaiztegui.

Al moverse el *Itálica*, atracado al muelle de Santoña, se aconchó sobre el cantil del canal, inutilizando la máquina por haberse doblado el eje; contratiempo vencido por el pequeño mercante *Cuatro Amigos*, que lo sacó de la varada y remolcó.

El secreto de esta expedición á Algorta y al Nervion dejaba de serlo en el mero hecho de zarpar en pleno día de Santoña, contemplando su rumbo los carlistas desde las alturas; y aunque esto no impediría que llegara antes la escuadra liberal que los auxilios que pudieran enviarse á los puntos amenazados, la misma escuadra, ya de noche, se cuidó de avisar su presencia á los defensores de Algorta y las Arenas, y que estos contaran los buques que la formaban, por la luces que cada uno llevaba. Al punto comprendió Patero, que allí se hallaba, el objeto de la expedición y dió parte al general en jefe, que estaba á unas dos leguas distante.

Como no contaban los carlistas con este ataque, no tenían por la costa más que un batallón desparramado, y las piezas de marina sacadas de la ría para estorbar un desembarco.

Los refuerzos que impaciente esperaba Patero no llegaron á tiempo, probando así lo mucho que dejaba desear la dirección que había en el campo carlista y la indolencia del jefe superior. Pero no tuvo esto, sin embargo, fatales consecuencias.

Combinado el desembarco con el ataque del ejército, provisto ya de todo lo necesario, por lo que se hicieron grandes elogios del



ministro de la Guerra, se situaron los cuerpos para al amanecer del 29 emprender el movimiento de avance, rompiendo el fuego toda la artillería y marchando algunos batallones por los puentes de Somorrostro y Musques á ocupar los caseríos del valle. Solo se esperaba la señal convenida de la escuadra.

Al llegar ésta el tiempo era bueno; viento flojo del N., mar llana, y la altura barométrica 30,35. A las tres de la mañana, hora en que debía empezar el embarco en las lanchas, varió el cariz del tiempo; hubo consejo de guerra en el que se acordó suspender la operación hasta la madrugada; á las cinco, que recaló la segunda división, se convocó otro consejo con asistencia de los prácticos, acordándose no era posible verificar la operación, porque por momentos recalaba mar, que hacía comprender se entablaría pronto fuerte el N. O., y al amanecer del 29 se presentó un chubasco por el N. O., que desfogó soplando con regular fuerza por espacio de poco más de una hora. Quizá este chubasco se confundió con el principio de un temporal, ó hubo otras causas que ignoramos; pero es lo cierto que, cuando ya el chubasco estaba acabando de desfogar, volvió la escuadra á desandar el derrotero anterior, y los buques que llegaron á Santoña lo hacían en el momento en que la fuerza del sol disipaba la niebla tan frecuente en aquella costa, y especialmente por las mañanas. Convocados los capitanes á bordo del vapor *Cádiz*, se levantó un acta que produjo controversias. Loma no ocultó su disgusto por el fracaso (1).

(1) En defensa de la retirada de la escuadra se publi-

En cuanto desapareció la escuadra del abra de Bilbao, quedó el cielo diáfano y la mar como un lago.

«Con grande satisfacción fué recibido por todos el resultado del consejo de guerra, por-

có lo siguiente: «Aún no había amanecido, cuando los generales Topete y Loma y el brigadier Barcaiztegui deliberaban en vista del tiempo sobre la conveniencia de llevar á cabo la proyectada operación. Para nosotros que calculábamos á sangre fría las probabilidades de éxito, no era su decisión dudosa. El tiempo se acentuaba más y más por el NO; el viento refrescaba; la mar crecía, y á menudo desfogaban chubascos de aquella parte con llovizna menuda y fría; los prácticos aseguraban como próximo un temporal de aquella parte, para el que con ningún abrigo podíamos contar, y con el que todos los buques correrían inminente peligro de perderse sobre una costa, con la que es imposible comunicar si la mar no está completamente llana. Si el tiempo permitía llegar al sitio elegido para el desembarco, y empezar una operación doblemente difícil por la mar que veíamos romper en la costa y la falta de costumbre de soldados de andar en embarcaciones pequeñas, era posible que no diera lugar á terminarla, y quedaría en tierra una parte de la división separada del resto y comprometida por consiguiente en medio de un enemigo numeroso. Si el tiempo permitía desembarcar por completo las fuerzas, no era posible, en vista del cariz, que se pudiera hacer lo mismo con los víveres y municiones que llevaba el *Itálica*, y en este caso ¡cuán comprometidas no se veían nuestras tropas aisladas y desprovistas de los más necesarios elementos! Este vapor, que tan necesario era para la expedición, no tenía máquina, y sin tal auxilio corría inminente riesgo de estrellarse sobre la costa á poco que el tiempo refrescase.

«Todas estas reflexiones y otras muchas que á nosotros nos ocurrían, debieron tener en cuenta aquellos señores para decidirse á renunciar por el pronto á sus proyectos. Nosotros comprendíamos la grave carga que pesaba sobre jefes de reputación tan brillante como justamente adquirida, y las amargas censuras que los impacientes darían á su decisión; pero la suerte de muchos miles de hombres, quizás la de la guerra, estaba en sus manos, y el país les agradecerá que venciendo sus de-

que la *opinión unánime* era que si se llevaba á cabo con las circunstancias del tiempo, era inminente una derrota de consecuencias horribles, tanto por el número de bajas que indudablemente habría, como por el efecto moral que esto produciría en el ejército enemigo, ya entonces envalentonado con las posiciones formidables que ocupaba (1).» Dispéñenos el autor de estas líneas que no estemos de acuerdo con su pronóstico: el gran efecto moral y material en los carlistas le produjo el que no se efectuara el desembarco; y este efecto no lo experimentaron sólo los defensores de don Carlos, si no los liberales todos, como se demostró en Castro, Santoña, Santander y en toda aquella costa; esto, prescindiendo de Bilbao.

Si, como parece, el punto escogido para el desembarco era una pequeña playa situada á poco más de un kilómetro de Algorta, por la parte N. tenía malas condiciones, pues sobre ser pequeña, es toda ella de piedra, aunque menuda, y las fuerzas que desembarcaran, sin espacio donde formarse, tenían que subir indispensablemente por una sola

seos no hayan expuesto á un fatal descalabro recursos tan preciosos como necesarios en las actuales circunstancias.

«Al amanecer, empezaron los telégrafos de banderas á dar órdenes, y los buques á levar sus anclas y ponerse en movimiento, dirigiéndose los pequeños á Castro y el resto á Santoña. La capitana cerraba la marcha para atender á cualquier necesidad imprevista, y aquella se terminó felizmente, sin más novedad que la de haber tenido el *Ferrolano* que tomar de remolque al vapor mercante *San Nicolás*, que tuvo avería en sus calderas».

(1) Memoria de los servicios prestados por la marina militar en la campaña del Norte, por don Manuel Baamonde y Ortega, ordenador de marina.

vereda, que por la naturaleza y los trabajos que había hecho Patero, era casi inaccesible ó difícil cuando menos. ¿Dió este resultado el anterior reconocimiento? Podía, sin embargo, hacerse simultáneo el desembarco en otros puntos de mayores ó menores inconvenientes, que tratándose de hechos de guerra todos los tienen, á la vez que se hacía un esfuerzo para forzar la entrada de la ría; pues los defensores de la boca de ésta no podían estar muy tranquilos viendo el desembarco que al mismo tiempo se hiciera por Algorta.

El forzar la entrada de la ría era de éxito casi seguro, aunque para ello hubiera sido necesario sacrificar algún barco. La fuerza de la marea y la velocidad del buque eran suficientes para romper las *malísimas cadenas* (1) que obstruían el paso; y sobre todo, lo que en cortar cadenas, y esto creían poderlo hacer (2), se perdiese, valía muchos menos que los miles de hombres que por haber fracasado aquel plan se perdieron en las jornadas de Marzo y de Abril. Dícese en la misma Memoria, que la operación de cortar las cadenas «no tenía importancia militar alguna, y que por el contrario, aun entrando en Portugalete, podría considerarse como una derrota, toda vez que era imposible sostenerse allí por muchas horas, é imposible también avanzar hácia Bilbao, por los obstáculos de que tenía noticia encontrarían los buques...» Justamente la base de la

(1) Así las ha calificado el mismo señor Patero.

(2) «Si se hubiese intentado cortar las cadenas, no dudaba aquel entendido y valeroso jefe que conseguiría su objeto, si bien con la exposición de perder algún buque». Memoria citada.

salvación de Bilbao estaba en Portugalete, desembarcando allí una división ó en las Arenas para avanzar por Lejona y Aspe; y en no romper las cadenas los buques, se vieron defraudadas las esperanzas de los bilbainos, que todos los días confiaban en ver llegar algún buque con viveres y municiones, como pedían y se les ofrecía enviar.

Siendo muchos los días en que la playa que está frente al establecimiento balneario de las Arenas, del señor Aguirre, está abordable para embarcaciones menores, y en atención á que la fuerza de desembarco era de 9.500 hombres, pudo haberse llevado también alguna fuerza á esta parte, al mismo tiempo que se procuraba forzar la entrada de la ría. De las tres ó cuatro tentativas posibles, con que una saliera bien, y era casi seguro, el resultado hubiera sido completo. Aun cuando los carlistas hubieran estado prevenidos, las condiciones de aquellas localidades para el desembarco, no permitían aglomerar fuerzas en ningún punto.

Frustrado el desembarco, suspendióse la operación por tierra, esperando el duque detalles del ministro de Marina, para seguir su parecer y el de los generales Loma y Barcaiztegui, insistir en la operación, como se tenía acordado, ó cambiar el plan; situó en tanto la infantería de Loma en Laredo, Colindres y Santoña, esperando los barcos preparados para si mejorase el tiempo, intentar la operación del 22, avisando sólo la salida. Mejoró, en efecto el tiempo, pero la marina no consideró prudente volver á intentar la desembarcación; pudiendo considerar esto el general en jefe como un fracaso, pues tenía

grande interés y fundadas esperanzas en aquel acertado proyecto.

En prueba de que se podía ir á Bilbao, no faltaron quienes se ofrecieron llevar á la invicta villa viveres en buques mercantes, á condición de que se les asegurasen estos, por no ser suyos; y no se concedió tan justa petición, por oponerse quienes lo debieron haber hecho, en concepto del público.

APRESTOS.—BATALLAS DEL 25, 26 Y 27

## LII

El 24 reunió el general en jefe un nuevo consejo de guerra, que discutió los medios de llevar á cabo la operación de forzar la línea carlista. Varios fueron los pareceres, sosteniendo algunos su anterior opinión, sobre lo arriesgado y expuesto de un ataque de frente, que no era por cierto el que más simpatías tenía; pero al fin quedó aprobado éste bajo las bases propuestas por el general Primo de Rivera, quién explicaba detalladamente la operación concebida según los datos del terreno que el cura de Somorrostro le había facilitado (1). Ordenóse en este día que inte-

(1) Polémica entablada en la prensa periódica entre los señores Lopez Dominguez, Calatrava y Primo de Rivera.

«Pero reconociendo como los demás el comandante general del segundo cuerpo la absoluta necesidad de un ataque de frente impuesto por las circunstancias, manifestó que á su parecer, debía embestirse simultáneamente toda la línea enemiga, con el fin de ocultar el verdadero objeto de la operación, reducida á apoderarse del pico dominante de una extensa meseta situada sobre la extrema derecha del ejército, y algo avanzada, y que es conocida en el país con el nombre de *Campa de los pastores*, desguarnecida á la sazón, acaso por creerla el general carlista inaccesible á nuestras tropas».

rin se disponía la reforma de la última táctica de guerrilla, se observase la del marqués del Duero, excepto el fuego avanzando que se hacía por filas, marchando por pasos á su frente y en el de desfilada por secciones. Se reconoció como de suma utilidad el cometido que en dicha táctica tiene toda la fila exterior, pues ella responde de la disciplina de la fracción al mando de su oficial, vigila el buen uso que se hace de las municiones, da situación al soldado para aprovechar las ventajas del terreno, órdenes para avivar ó suspender el fuego, y en casos dados designar por sus nombres los tiradores que han de hacerle con el deber de apreciar la distancia y mandar colocar el alza, así como que el soldado apunte con calma, y no consentir que alguno se separe ni rezague de la fila sin justificado motivo, de todo lo cual es responsable el oficial, sargento ó cabo de la fracción que manda en el orden abierto. Todo esto es de importancia suma porque evita lamentables desórdenes, con frecuencia cometidos.

Encargóse á Primo de Rivera, accediendo á sus deseos, el ataque á la izquierda enemiga, á Loma el del centro y á Letona el de la derecha, apoyando la marina, que ayudaría con sus fuegos por la desembocadura de la ría.

Los carlistas también se aprestaban, y atendiendo al aumento de fuerzas que habían tenido, y al destino que se había dado á algunos batallones separándolos de sus brigadas, ordenó Olló el 16 de Marzo en San Salvador del Valle, que la primera división al mando de Andechaga, compuesta de los batallones primero de Castilla, de Arratia y el de

Encartados, se situara definitivamente en la extrema derecha en la línea de Ciervana y posiciones inmediatas á este pueblo; se formaron ocho brigadas de dos batallones cada una, á los respectivos mandos de los brigadieres Zaldueño, Rada (don Teodoro), Yoldi, Goñi y Alvarez y del coronel Zaratiegui, guiando la séptima y octava los brigadieres Berriz y Aizpurúa, formando estas dos últimas la segunda división á las órdenes del general Martínez de Velasco; se destinó el cuarto de Guipúzcoa á Santurce y Portugalete, encargando á su jefe al comandante de armas de este punto y á Patero obraran de acuerdo para evitar un desembarco; continuó Mendirry á las inmediatas órdenes de Olló, y por si los liberales hiciesen algún movimiento repentino que no diese lugar á que se comunicasen las órdenes por los ayudantes de campo, se estableció un cañón en el alto del Escurto, cuyo disparo indicaría la señal de alarma, izándose á la vez la bandera española para que al divisarla los vigilantes que tenían los batallones avisaran haberse hecho el disparo, acudiendo entonces la primera brigada á Sanfuentes, la segunda á su inmediación, la tercera detrás de Santa Juliana, inmediata al puente sobre el ferro-carril y resguardada de los fuegos de la artillería liberal, la cuarta á Necedal, la quinta á San Pedro Abanto y Santa Juliana, la sexta ocupando los parapetos á retaguardia de este pueblo, un batallón de la séptima sobre las posiciones de Pucheta, y el otro á retaguardia, y la octava en las posiciones inmediatas á las Córtes: se dispuso la manera de hacerse el servicio en las alturas de Montañón é inmediatas, el esta-





blecimiento de cuatro piezas de artillería á la izquierda de la altura de Montañó y las otras dos en Santa Juliana; se recordó y recomendó la forma en que debían hacerse los fuegos, castigando con severidad al que disparase á mayor distancia que la ordenada, y se situaron los hospitales de sangre en Santurce y Hugarte, disponiéndose lo conveniente, en cuyo servicio se esmeraban la señora de Calderon y los señores Barrena y Burgade. Revistó don Carlos todas las posiciones, tropas y hospitales, quedando altamente satisfecho de cuanto vió, y así se la participó á Olló.

Telegrafió el duque de la Torre el 24 que empezaría el ataque al día siguiente; y en efecto, al amanecer del 25 se pusieron las tropas en movimiento, y á la vez que ocho buques de guerra cañoneaban á Santurce, Portugalete y las Arenas, contándose entre las víctimas una niña, y entre los edificios incendiados el palacio de los señores Murrieta, rompía el fuego la artillería desde Arenillas y Janeo y la de grueso calibre del centro, atacaban Primo de Rivera, Tello, Chinchilla y Morales de los Ríos las primeras alturas de la derecha, Loma pasaba el puente de Somorrostro para acometer por el centro, y se apoderaba del barrio de las Carreras, y Letona por el puente de Musques, dejando en reserva á Andía, ocupaba á San Martín, atrincherándose en sus casas.

Defendía el parapeto del Portillo inmediato á las Córtes, punto atacado por la división Primo de Rivera, el primer batallón de Guipúzcoa, que después de la insurrección de Santa Cruz se había organizado con gen-

te nueva; poco acostumbrada al fuego, se atemorizó ante el diluvio de granadas que la enviaban y abandonó el punto expresado, del que se apoderaron los liberales, que continuaron avanzando, y hubieran avanzado más á ser reforzada esta parte de la línea liberal. Más previsores los carlistas acudieron á reparar la falta del primero de Guipúzcoa y á contener á sus adversarios, sosteniendo sus posiciones el primero de Aragón, el primero de Alava y el cuarto de Castilla. Batíanse bien los liberales ayudándose mutuamente los allí cercanos; se iban agotando las fuerzas de los carlistas, y se presentó Yoldi con el sexto de Navarra á restablecer la confianza en sus compañeros y contener á sus enemigos.

Debemos detallar esta operación, que fué de trascendencia. A la hora de llegar á Santa Juliana el tercero de Navarra, seis de la mañana, ordenóse al brigadier Yoldi *se dirigiese inmediatamente allí*, señalando á una altura considerable y distante: Yoldi mandó á Montoya, se dirigiese con su batallón *allí*; tomaron á toda prisa aquella dirección, y como nadie conocía el terreno, ni sabía distancias ni nombres, hallóse en breve el camino por encontrarse gente por todas partes, y costó tres horas el subir á *allí*; pues de nueve á nueve y media llegaron al boquete de las Córtes, que era el *allí* á cuyo alto se le enviaba. Cuantos encontró en el camino le decían que quizá no llegase á tiempo. El terreno era todo él en cuesta ascendente. El coronel del tercero, señor Montoya, no sabía lo que ocurría ni á donde se dirigía; supo á poco que encontraría á Velasco y á Lizarraga, y ya cerca del boquete de las Córtes vió

próxima alguna fuerza carlista á la derecha de su camino, y un coronel gritándole fuese á aumentar aquella, contestándole que subía más alto á las posiciones de Lizarraga; y en cuanto llegó con la cabeza del batallón á un llanto en la eminencia, salieronle al encuentro tres ó cuatro jefes agradeciendo su oportuna llegada, porque tenían su gente sin un cartucho, no podían resistir más por estar encima los liberales, y mostrábanse afectadísimos, recomendándole lo urgente de que tomara posición. Preguntó Montoya por Velasco y Lizarraga para recibir sus órdenes, dijéronle que estaban distantes, que el punto apurado era aquel en que estaban, por haber perdido el primero de Guipúzcoa el parapeto llave de la posición, y había que tapar las posiciones de retaguardia del parapeto perdido por los guipuzcoanos, y como el coronel carlista no conocía el terreno, ni las posiciones de su enemigo, y no se le daba tiempo, por lo apurado del caso, dijo le indicasen los puntos que convendría ocupar, para hacerlo mientras llegaba el jefe de la brigada señor Yoldi, que suponía á la cabeza del sexto, siguiendo al tercero; le indicaron unos pñascos sueltos é inmediatos un poco sobre la izquierda, y en el acto fué á ocuparlos la primera compañía, y la segunda se colocó delante, esto es, enfrente del parapeto perdido. Llegó entonces Yoldi, dióle cuenta Montoya de lo que estaba haciendo, y le ordenó bajase con una compañía á una profundidad sobre la derecha, y cargase al enemigo donde lo encontrase (1). Montoya mandó enton-

(1) Semejante orden sorprendió á Montoya por lo extraño. Era el primer jefe del tercero; este batallón venía

ces al capitán de la tercera que se acercaba en aquel momento, que comenzase á descender, y se quedó el coronel viéndola desfilar, en vez de ponerse á la cabeza, pensando en la orden de Yoldi, de «baje usted con una compañía y cargue usted al enemigo donde le encuentre.» Era el capitán de aquella compañía el señor Barceló, que alegre como siempre, «vamos muchachos,» les dijo, y como si fueran á una fiesta descendieron rápidamente. Acudió en esto la cuarta compañía con su jefe don Cristóbal García, púsose Montoya á su cabeza con su secretario el alférez Bermejo, y al descender aquella rápida cuesta y tratar de ponerse al frente de toda la fuerza para buscar al enemigo, toca un corneta á la bayoneta, repite el toque la que iba delante de las dos compañías del tercero, mándala armar el alegre Barceló, pregunta Montoya quién ha mandado aquel toque, y se encuentra que algunos aragoneses de los avanzados que habían visto al subir al boquete de las Cortes seguían tocando á la bayoneta victoreando á los navarros; se confundieron con éstos en la carga los que estaban en los parapetos avanzados en la posición en que habían dejado al coronel que los llamaba al subir al boquete, quitaron en esta carga dos parapetos á los liberales, y de una casa sacaron cuatro ó cinco prisioneros (1). Casi al

marchando á la desfilada, y á consecuencia del apuro, sin dar tiempo á formar el batallón, había situado las dos primeras compañías en los puntos indicados, y como iba el sexto á retaguardia, hubiera continuado Montoya colocando su gente á la vez que iba llegando, esperando así al brigadier, cuya llegada acabamos de ver, y su primera disposición.

(1) Un gastador del tercero iba á matar á uno de ellos,



mismo tiempo, los navarros y aragoneses que estaban mezclados en un parapeto, lo abandonaron corriendo, y Montoya los hizo volver. Se dirigió éste un poco á la derecha hacia donde se había corrido la tercera con Barceló; anuncióle el teniente Lana que estaba aquel herido; llueven allí cascos de granadas; vuelve al terreno anterior, que era como *el fondo de un gran barreño*, y reciben sus soldados el mortífero fuego que desde las alturas les hacían los liberales, sin que pudieran molestarles los carlistas, pues estaban éstos dominados perfectamente por su izquierda, ó sea por la inmediación del punto donde habían comenzado á descender, pues ya vimos que á quema ropa del enemigo había situado Montoya las dos primeras compañías.

Como recuperados los dos parapetos y hechos los prisioneros referidos, no hacían en aquella profundidad más que tener bajas inútiles, sin poder combatir al enemigo que les abrumaba con horroroso fuego, se corrieron sobre su derecha á salir al camino por el que habían pasado al subir al boquete de las Córtes. Encontraron al coronel que estaba cubriendo aquellos, y conforme iban llegando quedaban á cubierto del fuego enemigo. Mientras subieron aquella pendiente llovían las balas y sólo se oía su silbido y los lamentos de los que caían heridos, sin pen-

y como se lo impidiese un teniente muy bravo y muy bueno á la vez, se vuelve el desalmado gastador y le dice: «¿No me deja usted mojarla?» indicando con la bayoneta al prisionero: lo impidió el teniente, y obedeció el gastador, quedando tan conforme con la salvación de aquel infeliz como con su muerte.

sar cada uno más que en ganar la altura.

Las fuerzas liberales dominaban perfectamente á los carlistas, pero no se movían, ni hubiera sido prudente hacerlo, pues al que hubiese bajado le hubiera sucedido lo que á sus enemigos, pues las compañías del tercero se habían situado en punto desde donde les abrasarían impunemente.

Seguramente que aquella bajada al Manzanar no tenía otro objeto que el imponer á los liberales, que habiendo tomado en el boquete la llave de la posición, bajaron al hondo por la derecha carlista, amagando romper por la posición de los aragoneses, la que también perdía mucho después de tomado el parapeto de los guipuzcoanos; pero antes de la llegada del tercero, pudieron los liberales bajar sin peligro al hondo, para desde allí romper por la posición que defendía Boét con los aragoneses. Allí desaprovecharon los liberales una ocasión oportuna é importante; se perdió un tiempo precioso que le hubo para la llegada del tercero y sexto de Navarra que se interpusieron peleando con los que habían descendido tarde al Manzanar.

Reunida la compañía y media de navarros en la posición de Boét, volvieron á subir al boquete de las Córtes donde descansaba el sexto y la música del tercero, pues al resto del batallón se le había mandado delante á servir de *carne de cañon*, porque los parapetos estaban á tiro largo de pistola de la batería liberal, cuyos disparos taladraban y destrozaban los parapetos carlistas, matando oficiales y soldados, y al pasar un raso antes de llegar á dichos parapetos, no sólo la arti-

llería, sino la fusilería liberal ocasionaban grandes pérdidas. En estos momentos recibió Yoldi algunas órdenes de Lizarraga, y sin poderse contener contestó gritando al ayudante: «Diga usted á su general que desde allí no se pueden dar bien las órdenes, que desde aquí veremos lo que conviene hacer; que lo mejor que podía hacer era volver por la honra que ha perdido con sus guipuzcoanos perdiendo esta posición para fastidiarnos á todos.» Más de tres horas habían tardado para llegar al boquete de las Córtes y poco ménos necesitarían para subir á la cúspide que ocupaban Lizarraga y Velasco.

Llegó entonces Dorregaray con Oliver á donde estaba Montoya; sorprendiéronse de no ver ningun general en aquel importante punto, que ha haber sido atacado por más fuerzas liberales, hubiera sido envuelta toda aquella ala izquierda carlista; hizo Dorregaray algunas observaciones, mirando las posiciones liberales, con grave riesgo, pues aún en aquella posición, punto de partida de la retaguardia, estaba á poco más de medio tiro de fusil, y aunque el declive del terreno y algunos grandes peñascos les cubrían, reventaban las granadas en el aire, y era continua la lluvia de cascos de ellas, que causaban algunas bajas. Bajó á poco Velasco excusando lo sucedido, pero no explicando la demora de su presentación; detuviéronse aquellos jefes una hora tomando algunas disposiciones, y subieron despues al alto de Buenavista, estancia de Lizarraga y otros generales.

Yoldi pensó entonces dar una carga de frente con los dos batallones. Como el terre-

no ocultaba al enemigo, suponía que éste hubiera sido reforzado, si no era bastante para proseguir avanzando, y aunque Montoya se limitó á decir que dispusiera lo que quisiese, no se le ocultaron las graves consecuencias que podrían resultar de tal ataque, pues era de presumir que habiendo recibido el aviso á las seis de la mañana en Santa Juliana siendo ya las once y media cuando de esto se trataba, y teniendo los liberales una batería á boca de jarro, hubiesen subido para aquella hora fuerzas respetables, que no subieron; porque no hubo en los liberales la previsión y el cuidado que en los carlistas. Se desistió de la carga, recorrió Montoya las posiciones de su gente atravesando un raso, desde el que descubría perfectamente, por lo corto de la distancia, á los liberales, distinguiendo hasta las graduaciones, lo cual hacía mortífero el fuego de fusilería y exterminador el de la artillería. Allí recibían los del tercero á pié firme la muerte, sin defensa contra los proyectiles.

A las dos y media de la tarde concluyó el tercero de Navarra sus municiones; fué relevado por el sexto, que sufrió el mortífero fuego liberal al pasar por el raso; se replegó el tercero á la posición primitiva y se entregó al descanso. A las dos ó tres horas preguntaron á Yoldi los del sexto si se retiraban, y á pesar de la negativa y del ejemplo que había dado el tercero, de la sangre que costaba, y que al cabo de un par de horas sería de noche, comenzaron á retirarse por su propia voluntad. Corrió Montoya al saberlo; mandó ocupar las posiciones más expuestas; en el peñasco citado antes encontró al coro-

nel Inestrilla, primer jefe del sexto (1), y abrazados para comunicarse el calor, sin aproximarse mucho al pedrusco por lastimarles la cadera, y sin poderse separar por helarles el viento, esperaron la aurora del 26.

Ya por la tarde, habiendo experimentado numerosas bajas las brigadas liberales, el general Serrano Acebron avisó á Primo de Rivera que *si podía adelantar sus tropas hacia aquellas trincheras, quedarían limpias y seguiría su camino*; viendo Primo frustrada su operación, llamóle para hablar; fué Serrano, dejando á Tello encargado del mando, y se dispuso abandonar las Córtes después de oscurecido, para evitar el certero fuego de los carlistas. Quedó la brigada Trillo para retirar los heridos y situarse después en las alturas de Memerea, donde pasó la noche.

Las trincheras y un profundo barranco de orillas muy escarpadas, dijeron los liberales, que contuvieron el avance del segundo cuerpo. Desde entonces se estableció la línea de unos y otros combatientes, quedando los liberales en algunos puntos que habían conquistado, y los carlistas trazando su nueva línea en el mismo pico de las Córtes.

La noche puso fin á aquel bregar, en el que

(1) Como solo había quedado poco más de una compañía de su batallón sin retirarse, mandó á preguntar á Yoldi si se retiraría él también; contestó que no, y se extrañaba Inestrilla de que no teniendo casi fuerza de su batallón, se le hiciera permanecer á 200 ó 300 metros del enemigo, cuando su batallón estaba á retaguardia.

Pensaron pasar la noche resguardados por el peñasco, y como Montoya no se había alimentado desde el desayuno de las cinco de la mañana, partió con el Inestrilla un huevo cocido y un pedacito de pan que tenía

unos y otros combatientes se batieron con entusiasmo y bazarria.

Se emplazó aquella noche una batería Krupp en las primeras trincheras que tomó el general Primo; éste llevó su artillería á la altura que ocupó por la tarde; se mandó otra batería Krupp á reforzar á Loma en las Carreras; se estableció el cuartel general en las casas más próximas al puente de Somorrostro, en la orilla derecha; se racionó (1) y municionó toda la tropa, y se adoptaron otras disposiciones para seguir en el combate con la nueva aurora.

Así lo esperaban los carlistas, que aún conservaban posiciones dominantes á las que habían perdido: durmieron en el suelo ocupando los mismos puntos que al terminar el com-

(1) Era muy frecuente el que, lo mismo los liberales que los carlistas, estuvieran batiéndose casi todo un día sin comer; y entre muchas anécdotas que podríamos referir sobre la ejemplar sobriedad y buen humor del soldado español, lo haremos de la siguiente: El fuego de la artillería liberal impidió subir las raciones para cuatro compañías del cuarto de Navarra que solo tenía aguardiente y ocho panes para todos. Su coronel, el señor Segura, les dijo que se iba á tomar una copa de aguardiente, pero que respecto á pan no había para cada uno más que un pedazo como el que él tomaba, y partió uno del grandor de una nuez; dió el pan al que estaba á su lado que hizo lo mismo, y al entregarse al tercero dijo: *como quien comulga*, y celebrando esta gracia fué corriendo el pan, y aun sobró un buen pedazo cuando llegó al último de la sección entre la que se repartía.

Subieron á poco un cesto de buena y abundante comida para el señor Segura; negóse á comerla, conocieron sus soldados por qué lo hacía; cogieron la cesta para servirle ellos mismos, y conociendo Segura el inconveniente de comer, y el mayor de resistir, pegó un puntapié á la cesta, que rodó con su contenido por la pendiente abajo, y dijo uno: *c... bien hecho*: todos repitieron lo mismo, y le colmaron de enternecedoras lisonjas.

bate para estar preparados, y llevaron á su extrema izquierda las cuatro piezas de montaña que mandaba Rodríguez de Vera, para colocarlas en el cerro de Buenavista, en el que tenían establecido su cuartel general Lizarraga, Velasco y Larramendi, para batir desde allí el pueblecillo de las Córtes, si seguían ocupándole los liberales.

Al otro extremo de la línea carlista estaba su posición bien asegurada. Además de ser fuerte por la naturaleza, aumentaron sus defensas barrenando las rocas de la cumbre, para que al hacerlas volar rodasen por la pendiente arrastrando á los que subiesen. Con el mismo objeto tenían juegos de ruedas de las del ferro-carril, y bombas de á 27 centímetros cargadas, y con mecha dispuesta, que oportunamente prenderían, haciendo rodar al proyectil al encuentro de los liberales que subieran.

Al amanecer del 26 continuó el ataque en toda la línea; y si ruda fué la acometida, no lo era ménos la resistencia, para la que tantos y tan poderosos elementos acumularon los carlistas. Después del terrible luchar de aquel día, Loma ocupó Las Carreras, Letona desde San Martín se puso en contacto con Loma, y Primo ocupó el combatido pueblo de Pucheta. Habíanse corrido Tello con un batallón de infantería y Serrano Acebron con dos cazadores hacia el centro para apoderarse de Pucheta y apoyar á Loma; y la posesión inútil de este pueblo costó tres ataques á la bayoneta y la vida á muchos oficiales y soldados que con gran heroísmo y abnegación, y sólo por obedientes al deber se sacrificaron, siendo dignos de mejor suerte y dirección,

puesto que después de conquistado el pueblo hubo que abandonarlo por mal situado, y porque su ocupación no respondía á ningún fin que favoreciese el plan del general en jefe.

La derecha, indudablemente, no logró su objeto, no sólo de envolver la izquierda carlista, sino que ni aun extendió la línea liberal por este lado (1).

Lo principal del combate fué en el centro, pues en la izquierda carlista lo que más la molestó fueron los relevos, en los que siempre experimentaba bajas por la proximidad de los liberales.

En catorce horas que duró el bregar, más de 10.000 fusiles y 30 cañones disparaban cada minuto. El estruendo era infernal; la humareda constante; las pérdidas fueron grandes, aunque menores que las del anterior día. La escuadra cañoneó también á los carlistas.

Estos pasaron la noche reponiendo los destrozos causados en sus parapetos. Su gente estaba animosa, y los castellanos especialmente podían ser presentados como ejemplo de resignación y heroísmo. Dos días llevaba el cuarto de Castilla en sus parapetos, casi sin comer ni beber, y con infinidad de bajas; y cuando se le envió el relevo para que descansara, pidió y obtuvo se le dejase en aquel puesto, que quería conservar ó morir en él. «Lo que deseamos, decían los soldados, son picos y palas (2).» Y en efecto, en vez de

(1) Sobre las operaciones de estos días se publicaron en los periódicos sendos comunicados, acusándose mutuamente de algunas faltas y achacándolas á algunos otros jefes, y de cuyos escritos se han formado folletos, que han circulado con profusión.

(2) Campaña carlista, por el señor Hernandez.

dormir, pasaban la noche abriendo nuevas zanja y levantando otros parapetos. El batallón de aragoneses que formó Cevallos (1), se portó con no menos heroísmo, no honrándoles debidamente por no ser vascongados.

El primero de Alava, que había perdido 180 hombres, tampoco quiso se le enviase á retaguardia, y el cuarto contestó como los castellanos, aun cuando ocupaba San Pedro Abanto, donde era mayor el peligro y la mortandad más grande.

En el campo liberal se emplazaron nuevas baterías, y se avanzaron varias piezas; disponiéndose por la noche el ataque para el día siguiente, á cuyo fin conferenció en las Carreras el jefe de E. M. con Primo de Rivera y Loma, acordando la forma y manera de emprenderse el ataque á San Pedro Abanto y casas de Murrieta, que sería guiando aquellos dos columnas de á cuatro batallones, que debían atacar por derecha é izquierda, quedando una brigada en reserva; ocho piezas Krupp protegerían desde las mismas Carreras el avance de los liberales y cuatro de Plasencia, emplazadas en una altura de las Carreras á la derecha, que dominaba Pucheta, ayudarían con sus fuegos. El general Andía con sus fuerzas reforzadas, pasaría el puente de Musques para amagar á Montañó por la izquierda, y para hacerlo por el centro del mismo monte, corriendo á la derecha para apoyar el ataque de la izquierda en las Carreras, saldría Letona de sus trincheras.

La aurora del 27 de Marzo, festividad de Nuestra Señora de los Dolores, generalísima

(1) Al terminar la guerra solo sobrevivieron tres.

de los carlistas, en la que tanto confiaban, fué saludada con el fuego que rompió toda la línea liberal; avanzaron las tropas, el segundo cuerpo no pudo salvar las peñas y el barranco, bien defendido por los carlistas, y dispuesto para la una el ataque á San Pedro Abanto, combinado con el de Montañó, rompió á las doce toda la artillería un vivísimo fuego, acumulándole sobre las posiciones que debían ser atacadas; unos batallones pasaron el puente de Musques, mientras otros avanzaban hacia Montañó, venciendo los primeros obstáculos que se les oponían: á la una se lanzaron las columnas preparadas contra Murrieta y San Pedro, cuyas posiciones había ocupado en la noche del 26 el batallón del Cid, primero de Castilla: defendía las casas de Murrieta el comandante Perez Nájera, y á San Pedro el teniente coronel del Pino, y al tener al liberal á corta distancia, rompieron de frente y flanco tan certero y mortífero fuego, que en breve llegaron á ser más los tendidos en tierra que los que quedaban en pie. Considerándose éstos contemplados por todo el ejército, no retrocedían un paso.

El fuego era horroroso en toda la línea: los carlistas resistían desesperadamente; saltaban en ocasiones de sus parapetos y cruzaban sus bayonetas con los que les atacaban con la misma arma; se rehicieron los liberales; se apoderaron de los caseríos de Pucheta y Murrieta; fueron rechazados desde San Pedro Abanto, cuya defensa era más obstinada, y donde los liberales sufrían además del fuego de frente, el de flanco y el de retaguardia, producido por una trinchera que

con traviesas y rails construyeron los carlistas en el ferro-carril de Galdames; y como si esto no fuera bastante, la iglesia de San Pedro y algunas casas agrupadas á su alrededor, que están sobre una colina, eran defendidas por los parapetos y más abajo por un arroyo que servía de foso. Heróicos esfuerzos hicieron los liberales para apoderarse de San Pedro y de la trinchera del ferro-carril; todo era inútil; llegaron hasta orilla del arroyo, que no pudieron salvar, y allí encontraron la muerte. ¡Cuántos cadáveres llenaron el pequeño prado triangular que hay al pie de la eminencia en que está San Pedro Abanto y junto á la carretera!

La división Andía del primer cuerpo inició su simulado ataque á Montañó, ocupó las primeras trincheras, y no continuó su avance por los fuegos cruzados de los enemigos. Poco después se le ordenó cesara en su movimiento simulado y volviera á Musques, por si necesitaba reforzarse con sus batallones el duque.

Letona acudió á las Carreras con una brigada, en auxilio de los que se veían rechazados. A menos de un kilómetro de San Pedro Abanto, forma la carretera á Somorrostro un ángulo con el camino que de las Carreras se dirige á Montañó, y sobre dicho ángulo había un parapeto, y tras él nueve casas divididas en dos grupos, formando el pueblecillo de Murrieta, que era preciso tomar por aquella parte para pasar á San Pedro Abanto, entre el cual y el inmediato Murrieta aún tenían los carlistas parapetos. Dirígense las tropas de refresco al parapeto del ángulo, con la resolución que lo habían

hecho las anteriores; son recibidas por un terrible fuego que las hace vacilar; las reaniman sus jefes, y sembrando el campo de cadáveres, entraron en el parapeto, asaltándole por los dos lados, retirándose vencidos los carlistas después de luchar cuerpo á cuerpo. Se apoderan los liberales del grupo más bajo de casas, defendiendo los carlistas el más alto; queman éstos las que abandonan; avanzan los liberales á San Pedro; pero se encuentran con que desde los parapetos de Sanfuentes avanzó también un batallón de navarros á colocarse encima del arroyo ó barranco que separa San Pedro de las casas de Murrieta y al que se dirigían los liberales, que se ven barridos á tiros por la izquierda, mientras de frente les acribillaban los de San Pedro, y por la derecha los de las minas: era un *fuego en redondo* é irresistible. La artillería de las Carreras vomitaba metralla y granadas á muy corta distancia, reventando los proyectiles en todas las trincheras carlistas, y la polvareda que levantaban y el humo de la pólvora, ocultaban á los combatientes y oscurecían el cielo.

La brigada Cortijo que estaba de reserva es lanzada en apoyo de las primeras columnas, que tenían ya muy mermadas sus filas. Defendía San Pedro Abanto don Rafael Alvarez, que no se limitó á pelear desde los parapetos, sino á la bayoneta, y pelearon él y su gente con bizarría.

Era imposible seguir adelante. Iba á participarle así Primo de Rivera al general en jefe, cuando le ordena éste empujase el ataque de la derecha, que la izquierda iba avanzando. Dirigióse entonces á los jefes de

Alcolea y Cuenca, les ordenó reunir á toda prisa sus batallones, despachó á las casas varios oficiales para precipitar la marcha de los rezagados, y bajo el fuego nutridísimo de las trincheras carlistas, teniendo á su intermediación á los valientes brigadieres Terrero y Blanco y á los coroneles Pera y Pacheco, adoptó otras medidas encaminadas al propio objeto. Nadie llegaba, sin embargo, trascurriendo minutos enteros sin incorporarse un solo hombre. En medio de la impaciencia que devoraba en estos momentos al comandante general, adviértele alguno que las casas están llenas de soldados que en ellas se guarecían para evitar la muerte, y que no solo obstruían el paso á los que avanzaban por la cuneta, sino que pisoteaban á los heridos, produciéndose una confusión que ya los oficiales no alcanzaban á dominar. Irritado Primo con este suceso, y viendo en él un mal síntoma que era preciso corregir, lanzóse á la casa más próxima espada en mano, y con ella y con la voz trató de restablecer el imperio de la disciplina; entonces una bala enemiga le atravesó el pecho.

En estos momentos el coronel Radica, con cuatro compañías del segundo de Navarra, descendió, atacando á la bayoneta, del pico de las Carreras á las casas que tenían tomadas los liberales; no les pudo desalojar de ellas en su impetuoso ataque; limitóse á encerrarse en las casas que no habían tomado sus enemigos, y en su posesión quedó hasta terminar la batalla.

No se adelantaba, y el mismo duque de la Torre con el cuartel general se lanzó á las Carreras, donde acababa de ser herido el ge-

neral Loma. Envía fuerzas á reforzar el ataque á San Pedro Abanto; son recibidas con horrible fuego; nuevas y graves heridas imposibilitan á Loma; alienta al combate el general en jefe victoreado por los soldados, que más que la victoria iban á buscar la muerte; no se puede pasar de Murrieta; se ordenó su ocupación á todo trance; aturdió el ruido de los no interrumpidos disparos de cañon y de fusilería; conmovían el ánimo más fuerte los ayes de los heridos que llenaban el terreno del combate; no era ya posible intentar nuevo asalto; la noche se aproximaba á cubrir aquel campo verdaderamente de sangre, y de heroicidades; estaban ya los soldados rendidos de fatiga, y cesó el combate, permaneciendo el jefe liberal en las Carreras y casas de la barriada, teniendo todo el terreno tan duramente conquistado cubierto de las numerosas y sensibles bajas causadas. Proponíase durante la noche asegurar las casas tomadas, evacuar los heridos, refrescar las tropas que le fuera posible, sin desguarnecer la extensa línea que ocupaba el ejército, y ver si al día siguiente podía conquistar con un supremo esfuerzo la importante posición de San Pedro: necesitaba para continuar esta difícil operación refuerzos con urgencia, acumular material en Santander, y allí y en Santoña municiones.

Unos y otros combatientes quedaron en las posiciones que ocupaban al cesar el combate; casi podían darse la mano; tan próximos estaban.

El general en jefe se retiró al anochecer al cuartel general situado en San Martín.

Las pérdidas de los liberales se calcularon

en aquel día en unas 1.500; pueden duplicarse: de todos modos resultaban, según los partes, unas 2.500 en los tres días de combate; y habiendo tenido los carlistas ménos por pelear á cubierto, y confesadas unas 2.000, no creemos exagerado, en vista de los datos que hemos logrado reunir, fijar en unos 8.000 hombres las bajas de ambos beligerantes, contando los liberales entre los muertos á los bravos coroneles Rodriguez, Quintana y Trillo; entre los heridos, además de los generales antes citados, los bizarros brigadieres Terremos y Cortijo. Muchos jefes y oficiales hallaron gloriosa muerte ó recibieron no ménos gloriosas heridas.

Los carlistas no tuvieron ningún jefe superior herido, atribuyéndose esto á la disposición del terreno.

En la orden general del campo liberal se dijo: «El día ha sido de prueba para este valiente ejército, que se ha batido al descubier-to contra un enemigo oculto y fuertemente atrincherado. Hagamos un supremo esfuerzo, y ocupemos esa posición tan disputada que nos ha de dar el triunfo. Así lo espera de vuestro nunca desmentido valor y de vuestra disciplina, el excelentísimo señor general en jefe.»

Al día siguiente 28 relevaron al regimiento de la Constitución, que estaba en Musques, los mermados batallones de Marina y Estella, y escribe un testigo presencial: «Increíble parece cómo venían aquellos hombres, que ni aún en marcha regular seguían por el camino unos detrás de otros, disenimados, tristes y sombríos, pintados en sus semblantes amarillos y negros de la pólvora, el sufrimiento,

la aflicción y tristeza, y en sus nuevos y rotos vestidos llenos de barro, las señales de tres días de luchar, quizá sin comer con rasguños y sangre en las manos y cara, producidos por las asperezas que tuvieron que vencer en el terreno. El batallón de Estella, recién organizado en Madrid, y completo en sus plazas, estaba reducido á una tercera parte: de sus 38 oficiales quedaron cinco, sin ningún jefe.»

La naturaleza, que en los tres días de combate se había mostrado en todo su esplendor, el 28 se cubrió el cielo de nubes, oscureciéndose como si vistiera luto por tan horrible hecatombe; enrarecióse el aire, formaba la lluvia charcos de sangre alrededor de los cadáveres, y por todas partes no se veían más que horrores, ruinas, cenizas y destrucción (1). Pocas ó ninguna casa había intacta en aquella extensa circunferencia: por todas partes se veían cadáveres, trozos de capote, morrales, paquetes de cartuchos y otros muchos objetos que habían abandonado sus dueños muertos ó heridos: por do quiera la desolación y el terror; pero en ninguna parte se presentó espectáculo más horrible que en un prado entre las Carreras y San Pedro Abanto, al pie de la eminencia de éste, y en cuyo espacio había dos ó tres filas de cadáveres unos encima de otros. «A su vista por más que nos repugnara, dice un testigo ocu-

(1) Hay en las Carreras una ermita consagrada á la Santísima Trinidad, y delante de la puerta un árbol corpulento, que al començar á brotar con lozanía cuando empezaron estos combates, recibió tantos balazos, que lo mataron, y aun se conserva seco con sus brotes, representando todo un poema.



lar, tuvimos que acostumbrarnos; pues reducido el batallón á pasar la noche en una inmediata casa deshabitada, tuvimos que comer y dormir junto á ellos, llegando á tal punto la familiaridad del soldado, que careciendo de algunas prendas ó efectos perdidos en la batalla, despojaba de ellos á los muertos (1).»

OBSERVACIONES SOBRE LAS ANTERIORES  
BATALLAS

LIII

La operación para salvar á Bilbao había fracasado, como fracasó la anterior de Moriones, como el intentado desembarco entre Algorta y Plencia. A Moriones, le faltaron fuerzas, á Topete resolución, al duque de la Torre fortuna.

Aunque hubiese conseguido Moriones su objetivo de posesionarse del Montañón, no se

(1) Estos cadáveres fueron enterrados sobre el terreno en cinco grandes fosas, y en otros puntos, practicando algunos paisanos con interés y hasta con heroísmo esta Obra de Misericordia. «El 29 pasamos á las casas de Murrieta y campos próximos á rezar la sepultura eclesiástica á otras varias fosas hechas para enterramientos: en una de ellas estuvimos entre Murrieta y San Pedro y había cadáveres mezclados de unos y otros, vinieron los carlistas de San Pedro y estuvieron presentes, dando la circunstancia de que viendo los artilleros del monte Ja neo grupos, é ignorando sin duda el religioso acto que verificaba en este terreno intermedio, hicieron dos disparos de cañón, que afortunadamente no causaron desgracia. Los carlistas entonces, llamados por sus jefes, marcharon á San Pedro y nosotros á las casas de Murrieta, donde pusimos una bandera en un asta con una sábana: inmediatamente llegó la orden del cuartel general y proseguí el acto».

Diario de un capellán castrense.

hacía dueño de Portugaleta y del camino á Bilbao; pues defendida la carretera por las posiciones de San Pedro, del Escripto, el Cortarro y la Cerrada, y flanqueada por la interesante altura de Serantes, no había que pensar más en él, por muy aumentadas sus fuerzas.

Fué acertado el movimiento envolvente contra la izquierda carlista que se encomendó á Primo de Rivera; pero no se consiguió: sea la culpa de quien quiera, esto no quita á los jefes la responsabilidad ó la gloria de las derrotas ó de los triunfos: lo cierto es que no se avanzó lo que se debía y podía por la derecha liberal, y que se acudió decididamente al centro, que era la parte invulnerable de los carlistas.

Si en el momento que se ocupó la posición que abandonó el primero de Guipúzcoa se hubiera reforzado á aquellas fuerzas, es muy probable se batiera á los carlistas en su extrema izquierda antes que éstos recibieran refuerzos, y abrieran trincheras; en términos, que, ha haberse enseñoreado los liberales, como era casi seguro, del Pico de Córtes y atrincherándose en él, la posición de los carlistas en el resto de su línea habría sido insostenible, por resultar envuelta, y con dificultades para verificar una retirada ordenada. No sabemos que se pidieran tales refuerzos, ni ocurriera el enviarlos; y no faltó tiempo, como no faltó á los carlistas, áun que tardaron más de tres horas en llegar.

En la junta ó consejo del 21, fueron varios los pareceres; pero no estuvo la mayoría por el ataque de frente, y aunque se combinó con el envolvente por la derecha liberal, podía,

en nuestro humilde juicio, haberse previsto la necesidad de reforzar esta ala del ejército si llegaba un caso como el que llegó. Esto hizo que no se aprovecharan todas sus consecuencias, que habrían sido en definitiva el triunfo de los liberales y la salvación de Bilbao en el primer día del combate. Fracasado éste, nos parece un lujo de valor la acometida á San Pedro Abanto, recibiendo el *fuego en redondo*, como gráficamente dijo el general en jefe. Se hizo alarde de ese valor, de ese heroísmo peculiar en el ejército español, desde el jefe al último soldado; pero ya se vió que no bastaban tales cualidades para forzar la línea carlista, formada con hileras de parapetos y defendida con fusiles Remington y Berdan reformado, haciéndose tantos disparos por minuto. Los que se inspiraban en su valor, hasta deseaban quizá el ataque de frente; los más reflexivos, los que conocían el terreno por sí mismos, no por relaciones de otros, estudiaban el nuevo armamento, la guerra, hacían comparaciones, y consideraban imposible el ataque de frente. En nuestro pobre concepto, é inspirados sólo en algunos estudios militares, muy pocos, la guerra civil lo era de movimientos, pocos combates; así vimos que los alemanes sólo han hecho últimamente en Visemburgo, Woest, Sedan y Metz, eso que tiene su nombre en la ciencia, y que vulgarmente se llaman *encerronas*. Esto es lo que creemos debe ser la guerra moderna, atendido el alcance y precisión de las nuevas armas de fuego. No se desconocía esto sin duda en el ejército del Norte, donde no faltaban verdaderas ilustraciones militares, y de esas que estudian en la

paz lo que debe hacerse en la guerra; pero, ó se veían dominados por el mayor número, ó no se podían realizar sus planes por falta de fuerzas. De todas maneras, no hacemos capítulos de cargos, sino observaciones, reclamadas por nuestro deber y nuestra conciencia. Es evidente que se criticó á Moriones por su ataque de frente, que le condenaba la opinión general en el ejército, y se incurrió, sin embargo, en el mismo defecto que se censuraba.

Los carlistas, que sabían la importancia de sus posiciones, llevaron á ellas todas las fuerzas disponibles, agotaron los recursos de su inteligencia para aumentar las defensas de aquella montaña de mucha base que dominan por un lado de carretera que desde las Carreras se va elevando y baja luego hasta Santurce, por lo que el sitio tan disputado como defendido puede considerarse como un pequeño puerto, y á estar San Julian más cerca de Abanto, sería aquel desfiladero una especie de horcas caudinas, aunque no tan verticales los lados como lo son en el paso de Dos Hermanas, camino de Pamplona á Tolosa.

Si se hubiera realizado el desembarque entre Algorta y Plencia, el resultado no era dudoso, aun cuando sólo se hubiera conseguido poner aquel ejército expedicionario en Portugalete. Entonces la salvación de Bilbao se habría hallado en el mismo caso que en 1836, pudiendo efectuar el duque de la Torre las operaciones que ejecutó Espartero desde Sopuerta y Villasana, teniendo el ejército en deplorable estado (1).

(1) Ya en el valle de Mena, con escasa tropa, el sol-

También pensó algún jefe carlista se aprovechara la ausencia de Loma y sus tropas de Guipúzcoa, y escribió Elío desde las Cruces el 5 de Marzo: «Es indudable que Serrano,

dadodescalzo, desnudo y hambriento; horrible el invierno, y el terreno dé por sí quebrado, lleno de cortaduras y parapetos y volados los puentes, para satisfacer sus necesidades se le enviaron dos millones en letras, que no pudo hacer efectivas, y tuvo que enviar á Logroño para proporcionarse 300.000 reales. Pasemos, sin embargo, por otros contratiempos, que consignados están. El 7 continuaba en Villasana, y los carlistas en Oquendo, Llodio, Amurrio y sus inmediaciones: el 8 se trasladó á Villarcayo, el 9 á Soncillo, avanzó con más lentitud al valle de Losa, pues hubo jornada de dos leguas, en la que invirtió un día. Desde Villarcayo avisó á Ewans para que enviara algunas fuerzas á Portugalete con la marina británica, que él marcharía á Castro, y si no podía forzar los atrincheramientos de Somorrostro y las dificultades de su ría, pues los carlistas demolieron el puente de San Juan, ayudaría á la marina inglesa á poner expedita la ría de Bilbao, para que el enemigo abandonara las defensas de Somorrostro.

Trasladóse, en medio de terribles aguaceros, á La Nestosa, Ramales, Rasines y Limpías, y el 20 pudo llegar el ejército á Castro-Urdiales, componiéndose de catorce batallones y dos escuadrones. Celebróse junta de generales y jefes superiores, se acordó el embarque del ejército por lo difícil de ir por tierra á Portugalete, comenzó el 22 el embarque, impidió el temporal darse á la vela hasta la mañana del 23, que se trasladaron algunos batallones á Portugalete y Santurce, y el 24 la caballería, y al regresar en este día los buques para embarcar las demás tropas, impidiólo el estado del mar: tres días estuvo el ejército dividido y en peligro; se resolvió llevar el resto de la fuerza por Somorrostro, llevando un puente de caballetes y ordenando saliesen á proteger el paso las tropas de Portugalete; y al ejecutarse así y verse amenazados los carlistas por la espalda y pronunciado el movimiento de frente, cedieron el terreno á pesar de las obras que habían emprendido; establecióse el puente en la ría de Somorrostro, y aunque de noche, llegó Espartero el 25 á Portugalete con parte de las fuerzas, y el 26 las restantes.

Debe estudiarse la historia.

TOMO III

que va á jugar su reputación y tal vez su posición, hará un esfuerzo extraordinario para conseguir lo que Moriones no ha podido lograr.—Mientras estos sucesos pasan por aquí podría intentarse sacar partido en otra parte: si es cierto que Loma se haya embarcado con la mayor parte de las fuerzas del ejército que tenía, sólo habrán quedado en Guipúzcoa los nacionales y miguelotes; en este supuesto podría el señor general Cevallos amenazar á San Sebastian y aun atacarlo; reuniendo los dos batallones que le quedaban, llamando á sí provisionalmente la compañía de la Diputación y movilizand algunas de las compañía fijas, llegaría á componer una fuerza con la cual sin inconveniente ocupase algunas alturas inmediatas á San Sebastian, y colocando en ellas los morteros y cañones fundidos en Azpeitia, obligar á aquella ciudad abierta y extendida á capitular, si es exacto que sus habitantes no están dispuestos á ver destruidas sus casas» (1). Proponía también que fuerzas de Aragon y Cataluña operasen sobre las provincias de Cuenca y Guadalajara, amenazando á Madrid é incomunicándole para que nada pudiese enviar al Norte.

CONSEJO CARLISTA

MUERTE DE OLLO Y DE RADA

LIV

A las ocho de la noche del 28 de Marzo, celebró don Carlos nuevo consejo (2) en San

(1) No estaba bien enterado, pues estaban decididos á defenderse los liberales guipuzcoanos.

(2) Ya nos ocuparemos de los anteriores al tratar del sitio de Bilbao.

Salvador del Valle proponiendo el mismo señor la conveniencia de levantar el sitio de Bilbao y retirarse de la línea hasta entonces sostenida con tanto heroísmo. Como los convocados se sentaron indistintamente sin sujeción á categorías ni antigüedad, correspondió á Mendiry hablar de los primeros, y con energía trató la cuestión ámpliamente bajo el punto de vista militar y político, opinando porque se debía levantar el sitio y retirarse de la línea, siendo uno de los motivos, tal vez el menos fuerte que adujo, que no tenían ni un solo cartucho de repuesto, y que á los cuerpos no se les había podido dar el completo de su dotación. Sin más discusión, todos los señores que le sucedieron en el uso de la palabra se limitaron á manifestar que opinaban como él y daban su voto en el mismo sentido, excepto dos que lo dieron en contrario con alguna explicación. Elío dijo entonces: «Señores: Veo que todos opinan ustedes porque se levante el sitio y nos retiremos, excepto los señores general Andéchaga y brigadier Berriz, que desean su continuación; pues bien, yo opino como estos señores, y continuará el sitio y nuestra situación en la línea».

A tales palabras se levantaron todos como protestando y diciendo cada uno para sí que para qué se les había llamado. Ofrecieron sus respetos á don Carlos, y volvieron disgustados á sus cantones. Tenían razón para estarlo. Es inconcebible que un consejo presidido por don Carlos votara este señor y 17 más que convenía levantar el sitio de Bilbao y retirarse, y votando sólo dos por la continuación, decidiera de plano Elío con aquellas

palabras, que hasta podía considerar ofensivas casi todo el consejo, compuesto de las eminencias militares del carlismo. Y presidiendo don Carlos no mostró su jefe de E. M., no solo el respeto, sino ni aun la deferencia que merecía el rey que presidía el consejo.

Aunque el jefe liberal se propuso renovar el ataque al siguiente día, no creyó asegurada la línea que ocupaba, muy inmediata á la carlista; estaba la tropa fatigada, no dió tiempo la noche para relevar todas las fuerzas ni recoger todos los heridos, y había que construir trincheras y baterías, una de éstas en las Carreras, para doce piezas de á ocho, con objeto de batir el reducto de Sanfuentes, la trinchera del ferro-carril de Galdames y las de Santa Juliana, otra más retirada para cuatro piezas de 16 para batir la iglesia de San Pedro Abanto, y la tercera de seis piezas de á 10 en el monte Janeo, que también batiría á San Pedro y á la altura del Montañón, y construyéronse otras obras y caminos cubiertos.

En la mañana del 28 se reprodujo el fuego por ambas partes, hasta que una espesa niebla le hizo suspender, como si la naturaleza deseara evitar el derramamiento de más sangre (1). Prosiguieron los disparos de ca-

(1) Las granadas de los liberales deshacían las obras que se construían en Montañón y despedazaban á los que estaban dentro de ellas. A una compañía, después de haber sufrido mucho, le mató una granada seis hombres y le hirió cinco; aterrorizada trató de retirarse; se le dijo que si lo hacía seguiría todo el batallón y detrás correría toda la división Navarra que les estaba mirando, que á toda costa había que defenderse, y volvieron á entrar en la trinchera, rezando en alta voz el acto de contrición, para dar á entender que estaban dispuestos al sacrificio.





J. Alaminos

ñon y fusilería el 29 considerados en uno y otro campo como entretenimiento, y más en este día en que fué muy escaso el fuego.

Al amanecer se trasladó Mendiry, según costumbre, á Sanfuentes, adonde llegaron entre siete y ocho Dorregararay y Ollo, y sobre las once Elio. Comieron á la una y media saliendo después á tomar el sol y fumar fuera de la casa. Reunidos se hallaban en un gran corro diferentes generales y brigadieres hab'ando con una persona bien conocida que acababa de llegar de Zaragoza, y á eso de las tres y media se separó Elio con el forastero algunos pasos, y Dorregaray dijo á Mendiry: «Vamos á que nos bajen unas sillas y nos sentaremos á la sombra junto á la casa quemada.» Habriáanse separado unos 50 pasos cuando oyeron la detonación de la granada que hirió gravemente en el mismo sitio que acababan de dejar al general Ollo, brigadier Rada y auditor de guerra de la división de Navarra señor Escudero, y de menos consideración al coronel secretario de la comandancia general de la misma señor Torrecilla, sucumbiendo de resultas los tres primeros (1). Esta triple desgracia fué dolorosamente sentida por todo el ejército: Ollo era muy querido por su valor é inteligencia, y aunque rudo de carácter tenía don de mando, amaba la equidad y practicaba la justicia: Rada era considerado por su incomparable bravura, y el auditor por su inteligencia y simpático carácter.

(1) Al visitar don Carlos á Ollo en San Salvador del Valle, á donde fué trasladado, dióle el herido las gracias, y le manifestó su pena de no acompañarle á Madrid y no haber conocido á doña Margarita.

Exacerbados los navarros en su pena, querían vengar la muerte de sus dos queridos jefes, y proponían lanzarse por la noche á la bayoneta sobre el campo enemigo hasta apoderarse de los cañones que habían sido causa de la desgracia. No quiso Elio aprovechar la cólera de sus paisanos; tomó para calmarlos el mando de ellos, hasta que don Carlos designara al sucesor de Ollo, que lo fué Mendiry, nombrado el 5 de Abril, encargándose inmediatamente de la comandancia general de Navarra y del mando de su división.

Conocidos los antecedentes de Mendiry, su honradez, su modestia y el crédito de entendido que disfrutaba, fué bien recibido su nombramiento, siendo desde entonces el alma de todo como lo había sido Ollo.

## TREGUAS Y CONFERENCIAS

## LV

La proximidad de ambos combatientes hizo que se dirigiesen unos á otros la palabra, y en la misma noche del 27, los liberales que se hallaban al pie del Montañó invitaron á sus enemigos á recoger dos heridos alaveses que tenían; lo permitió el coronel Segura, que bajó con los gastadores á recogerlos, recibéndole cortesmente un capitán de Zamora y otro de ingenieros que atrincheraba la posición conquistada; se condolieron mutuamente de no tener cosa que ofrecerse; hablaron de la guerra y de la causa más ó menos digna que cada uno defendía, y se despidieron deseándose buena suerte. No sólo en este punto, sino en la parte de las minas, en que man-

daba Berriz, y en el centro, liberales y carlistas, separados por poco más de 100 metros, empezando por insultarse concluyeron por ir dejando las armas en los parapetos, mezclarse amigablemente abrazándose y cantando juntos. Dióse permiso por los jefes de la vanguardia para retirar unos heridos carlistas que había en las casas de Murrieta; después pidieron y se dió permiso para enterrar los muertos; conferenciaron también; presentóse en las Carreras don Diego Villadarias para hablar con sus amigos; hizo lo mismo don Carlos Calderon, y hasta su señora madre conferenció en las Carreras con Topete y Serrano sobre hospitales y heridos.

Llamaron, como no podían ménos, la atención pública estas conferencias; escribió el duque de la Torre (1) que «lo ocurrido entre nuestro campo y el del enemigo no tenía la importancia que en Madrid se le había dado;» refiere lo sucedido como lo hemos narrado, poco más ó ménos, y añade: «y quiso Velasco y quiso Lizarraga hablar con Franco, ayudante del jefe de brigada Bargés; éste subió, le enseñaron su campamento y le hicieron proposiciones que me comunicó (el relato le he hecho en extenso al ministro de la Guerra), fueron rechazadas y después no habido más que habladurías y grandes dificultades, y un rigor, y necesitar mucha vigilancia para evitar se vean; porque no hay verdadero odio entre unos y otros (2)..... Mucho

(1) En San Martín á 7 de Abril de 1874, al capitán general de Madrid don Manuel Pavía.

(2) Era exacto. Entre los muchos incidentes que lo demostraban y podíamos citar, consignaremos los si-

se ha hablado, es verdad, de convenios; mucho se ha dicho y dice que los carlistas aceptarán á don Alfonso, pero estas son perfidias é intrigas de los que aún piensan, porque los carlistas lo que quieren es á don Carlos. La verdad es que unos y otros desean la terminación de la guerra y aguzan su inventiva. Por escrito no puede decir más su afectísimo amigo Q. B. S. M.—Francisco Serrano.—Ruego á V. lea esta carta á los ministros.»

El general Serrano diría la verdad: pero había más de lo que decía. Es indudable que el origen de las conferencias fué para recoger algunos heridos y enterrar los muertos; y de lo que en estas conferencias se tratara, motivó lo mucho que se habló. Nos valdremos sólo de datos y noticias de crédito y de documentos originales que en nuestro poder tenemos, limitándonos á una exposición de hechos.

Los carlistas presentan la iniciativa de parte de los liberales y dicen que estando don Carlos G. Boét con un batallón aragonés de Almogárabes del Pilar frente á las fuerzas de Bargés su compañero amigo en Cuba, invitó al carlista á visitarse; excusóse Boét, y diciéndole que un oficial deseaba hablar á Lizarraga, se lo dijo á éste, que á su

guintes: sobrevino una noche una gran tormenta y las avanzadas de unos y otros combatientes corrieron á guarecerse en unas casas que se les interponían en las Carreras, y al encontrarse se preguntaron unos á otros: ¿hay pa'abra? y á la contestación afirmativa se mezclaron, repartiéndose los viveres que tenían.

El relevo de una avanzada traspasó perdidamente la línea carlista y los mismos carlistas la encaminaron á su destino

También se concertaban para bajar por agua á un arroyo y cambiarse algunos artículos.



vez lo participó á Velasco y Larramendi, y de acuerdo los tres se celebró la conferencia con un jóven teniente, graduado de capitán. Escribióse inmediatamente á Elío el resultado; á la mañana siguiente no fué el oficial, sino el cura de Somorrostro quien solicitó hablar á los generales carlistas, y acudió á efectuarlo, ginete en el caballo de un jefe de E. M. Lo sucedido en esta conferencia, referido por los carlistas, lo expresan los documentos, que debemos reproducir íntegros (1).

(1) Son los siguientes:

«Excmo. señor don Joaquín Elío.—Campo de batalla, 1.º de Abril de 1874.—Nuestro estimado general y amigo: A las diez, como decíamos á usted anoche, se presentó el señor cura de Somorrostro, y después de saludar sacó un pliego, y dijo iba á leernos las proposiciones que el presidente del Poder ejecutivo le comisionaba para que nos las hiciere. 1.º Reconocimiento de todos los empleos de generales: creímos se trataba de los que se viniesen á nuestras filas, y le dejamos proseguir. 2.º Reconocimiento de grados y empleos á los oficiales procedentes del ejército, y á los de la clase de paisanos un destino civil, con un sueldo doble del que hoy disfrutaban. Al oír esto nos levantamos y dijimos tuviese la bondad de no proseguir, pues como ayer habíamos dicho, ni nosotros, ni en nuestro campo se encontraba quien admitiese proposiciones ningunas, á ménos que como primera base no se digera «se reconocerá á don Carlos de Borbón y Este como rey absoluto de España, de la cual es legítimo soberano, con todos los atributos adherentes á la monarquía absoluta.» Que partiendo de esta base explícita y terminante manifestada, nosotros estábamos autorizados para reconocer los empleos de los que vinieran á nuestro campo, y solo á eso; pues cualquier otra cosa que se pidiese después, debía acordarla S. M. y nadie más que S. M., en la firme inteligencia, de que nosotros solo trataríamos del reconocimiento de empleos, siempre que antecediere el reconocimiento de S. M. como rey absoluto de España.

Después de esto hablamos amistosamente, y él entonces nos dijo en confianza que era muy difícil que Serrano accediese á lo que queríamos; y como le repitiésemos

A la vez don Carlos Costa, que conversaba con los liberales, o'á á alguno de los jefes, «que para salvar á España de la demagogia era necesaria la unión de los ejércitos

que sólo así podríamos tratar, dijo que si le autorizábamos para poder decir nuestra contestación á otros generales y jefes, á lo que dijimos que por nuestra parte no había inconveniente, pues esa era nuestra bandera, esa la causa que nos tenía sobre las armas, y que si los generales y oficiales la reconocían y acataban, nosotros estábamos autorizados para reconocer á todos los que llegasen á nuestras filas para engrosarlas. Entonces, bajo reserva, nos añadió que sería muy probable que sus mismas tropas lanzasen á Serrano, pues la atmósfera estaba cargadilla, y si él no daba solución pronto á la cuestión, tal vez no fuese quien tuviese que resolverla.

El señor cura de Somorrostro marchó entonces no sin que antes le hubiéramos repetido que en manera alguna admitiríamos otra conferencia sobre el particular sino precedía el reconocimiento de don Carlos VII. Al ver la manera como nuestros soldados se mezclaban con los de la república, íbamos á dar la orden para prohibir que saliesen de sus trincheras, cuando se recibió la general de 1.º de Abril en Sanfuentes, dada por el general Durrugaray, la cual se comunicó acto seguido á estos batallones».

El señor brigadier Navarrete desde su campamento, dice en este momento lo que sigue:

«Excmo. señor don Gerardo Martínez Velasco, mi querido general y amigo: A las cinco de esta tarde recibí confidencia de Santander, y me dice que antes de ayer desembarcaron en aquella ciudad unos 4.000 guardias civiles y carabineros, dirigiéndose en seguida á la Cabada, y que han retrocedido para el mismo punto.—Consérvese usted bueno, y sabe somos suyos afectísimos seguros servidores y subordinados Q. B. S. M.—Gerardo Martínez de Velasco.—Antonio Lizarraga.—José Larramendi.—(Siguen las rúbricas)».

«Excmo. señor don Joaquín Elío.—Campo del Monumento, 2 Abril de 1874.—Nuestro estimado general y amigo: Se acaba de recibir una carta, que trascrita á la letra dice: «Excmo. señor general Velasco. El duque de la Torre me dice lo siguiente:—Que promete bajo su firma y responsabilidad que en el momento que finalice la guerra civil se convocará á la nación á un plebiscito

carlista y republicano, y la creación de un fuerte poder militar, proclamando á Serrano emperador (1).» Y añade un ayudante de

para que decida de la clase de gobierno y monarca que ocupase el trono; que él y sus generales respetarán y harán respetar al que la votación aclame, sin ninguna cohibición. Suplica á V. E. la contestación.—El cura de Somorrostro *Ambrosio Galindo de San Pedro*.—Nosotros ya contestaríamos á esta carta, sosteniéndole lo que antes le digimos; que éramos defensores de don Carlos VII, sostenedores del derecho divino de los reyes, y que en nuestro credo no cabía el dogma de la soberanía nacional, para hacerles conocer la tontería que querían hacer, al dorarnos una píldora que no habíamos de tragar; y de no contestarle de ese modo, darle la calada por respuesta; pero no hemos querido decidir nada sin avisarle á usted para que usted nos de instrucciones sobre el particular, pues las instrucciones de usted son naturalmente emanadas de S. M.—Esperan con urgencia su contestación sus afectísimos seguros servidores y subordinados Q. B. S. M.—*Gerardo Martínez de Velasco. Antonio Lizarraga.—José Larramendi*.—(Siguen las rúbricas).»

«Ugarte 2 á las ocho de la noche, Abril de 1874.—Excelentísimos señores don Antonio Lizarraga, don Gerardo Martínez de Velasco y don José de Larramendi: Mis queridos amigos: Recibo en este momento su apreciable con la copia de la carta del señor cura de Somorrostro. La contestación que ustedes querían darle me parece muy buena, pero yo la deseo cortita. Yo les diría: «para nosotros don Carlos VII es el rey legítimo de España; no podemos aceptar nada que ponga en duda su derecho, y que lo haga depender de un plebiscito ó de una asamblea. Será inútil que se tome usted la molestia de dirigirnos otras comunicaciones que no tengan por base el reconocimiento de S. M. el rey don Carlos».

«Creo que no se debe decir más que esto, y no aceptar más comunicaciones de este género. No me extendo más por no retardar la contestación. Desecndo á ustedes muy buena noche se repite suyo afectísimo seguro servidor Q. B. S. M.»

(1) «Entre otras proposiciones hubo alguna tan descabellada como proclamar emperador á don Francisco Serrano. Lo consigno como hecho, en la seguridad de que dicho general es extraño á ella, porque nada de esta

Lizarraga (1): «El imperio de Serrano no debía tener, sin embargo, muchos partidarios en el ejército enemigo, porque pocos días después de lo dicho al coronel Costá escribía un jefe de las tropas que estaban en Somorrostro una carta al coronel Ferron, en la que le decía que varios generales, jefes y oficiales estaban resueltos, para que el ejército liberal no careciese de bandera, á dársele proclamando rey de España á don Alfonso XII. Al mismo tiempo los verdaderos republicanos se alarmaban de la actitud que con nosotros guardaba Serrano y los demás jefes, y temiendo que, ó se proclamara á don Alfonso ó al imperio militar, enviaban comisionados á los batallones para mantener vivo el sentimiento republicano que los jefes querían apagar....» Trabajóse, en efecto, á favor de don Alfonso, y mucho enervaron por el pronto las fuerzas de aquél los que parecían mostrar más diligencia por la restauración que por batir á los carlistas.

Dorregaray en su conferencia con don Manuel Andía, se empeñó aquél en convencer al jefe liberal para que visitara y el duque á don Carlos, en la seguridad de que tratándole le considerarían á propósito para

transacción se expresaba en la carta que el señor Fernandez Rodas dirigió con autorización».

M. S. de don José R. Larramendi

Era seguramente ageno el señor duque de la Torre á tal proyecto, como no podía menos de serlo á otros, y á no pocas oficiosidades de algunos que se le mostraban muy amigos. La misión del señor Rodas era la de atraer carlistas al campo liberal, y como son importantes los documentos que prueban cuanto sucedió, pueden verse en el número 5.

(1) Don Francisco Hernando.

reinar en España, que siendo monárquica tenía una república pasajera: en la entrevista que don Fausto Elio tuvo á su solicitud con su pariente don Pedro Dana. se limitaron á hablar de sus respectivas familias, y á la que el señor Oliver, acompañado del señor Inestrilla, acudió invitado por alguno de sus antiguos compañeros los señores Iriarte, Reinlein, Mazarredo y Espinosa, se habló única y exclusivamente de amigos, separándose á la media hora, por ser la designada diariamente para romper el fuego la artillería liberal.

Todos los días avisaba el ejército liberal á qué hora rompería el fuego de cañon, y visto que á pesar de las precauciones adoptadas en el campo carlista solía causar alguna baja, manifestaron que si se continuaba disparando con granadas, se daría orden á las avanzadas para que disparasen, y desde entonces se ordenó á la batería de Janeo disparar sólo con pólvora.

Durante estas entrevistas desertaron algunos soldados, especialmente catalanes, que solicitaron su pase para Francia, y se lo concedieron los carlistas.

El 1.º de Abril, desde San Salvador escribía Elio á Dorregaray: «Mi querido general y amigo: Anoche estuve á ver á S. M. y volví á mi casa á la una: allí supe que el enemigo había pedido suspensión de armas por todo el día de hoy á los señores generales Velasco y compañía, que supongo se habrán entendido por ese otro lado.—En su consecuencia creía innecesaria mi salida temprano, y la haré como ayer.—Prohiba usted que nuestra gente salga de sus parapetos, y

que los republicanos suban á ellos: lo mismo oficiales que soldados pueden hablar si quieren desde lejos.—Hoy 3 parece que por allí se ha dicho que Velasco se había presentado con sus fuerzas, y varias patrañas: es preciso tengamos mucho cuidado, porque sin duda alguna hay agentes enemigos que tratan de explotar la situación, y sobre todo asustan al país. Más que nunca ahora necesitamos estar muy unidos, y no tener contemplaciones con nécios, díscolos y mal intencionados. La retirada de Bilbao es muy desagradable por la importancia que se le ha dado, pero nada nos debilita.»

El coronel carlista don José Lasa recibió una carta de don Manuel Andía, fechada en las Carreras el 10 de Abril, en la que le invitaba á fumar un cigarro al día siguiente á la hora que más le conviniese, y competentemente autorizado por Berriz y Elio, acudió á la cita con las debidas precauciones, y sin otros concurrentes.

Ni estas, ni otras conferencias, ni las cartas que mediaron, ni mensajes más ó menos significativos, produjeron resultado alguno, por lo que prescindimos ocuparnos de otros incidentes de este asunto, que no harían más que corroborar lo que dejamos expuesto.

PROSIGUE EL SITIO DE BILBAO

LVI

Cada vez más resueltos los bilbainos á defender su querida villa, mostrando una vez más que allí los hombres son héroes, y la mujer modelo de patriotismo, á fin de Enero se vieron incomunicados con todo el resto de

España, entregados á sus propios recursos: experimentando escaseces y arreciando el enemigo en su empeño de apoderarse de Bilbao, tuvieron que hacer frente hasta á la paga del soldado, disgustado por no recibirla. No arredró esta contrariedad á los que veían arruinado su comercio é industria, paralizadas las fuentes de la producción y la riqueza, é hizo el ayuntamiento un empréstito voluntario de 40.000 duros, suministrando en todo el trascurso del sitio hasta 100.000 para pagar los haberes á la guarnición, bien alimentada.

Celebróse el carnaval con las mismas diversiones que en otros años; empezó ya por este tiempo á alarmar la cuestión de subsistencias, especialmente después que los vapores abandonaron la ría sin llevar víveres y municiones á la guarnición; dábase carne sólo para los enfermos y á gran precio (1); se estableció para las clases menesterosas un comedor económico, sostenido por suscripción particular y fondos municipales, y á todo se atendió; nada dejó que desear el pueblo de Bilbao; hasta individuos civiles sirvieron de poderosa ayuda á los militares facultativos, consignándolo así en las memorias que tenemos á la vista (2).

(1) El par de gallinas costaba entonces 100 reales, y ocho duros el quintal de patatas.

(2) «Gratuitamente y con el mayor celo é inteligencia prestaban sus servicios facultativos á las órdenes del señor comandante, el ilustrísimo señor ingeniero jefe de segunda clase del cuerpo de caminos, canales y puertos, don Adolfo de Ibarreta y Ferrer, el arquitecto don Julián de Zubizarreta y Usatorre, y el ayudante de obras públicas don Domingo de Almarza y Zulueta. En previsión de un próximo sitio y no existiendo sección alguna

Pasaban días: el esperado socorro nunca llegaba; se estrechaba el cerco, produciéndose víctimas inocentes, que para evitarlas y prevenir los efectos del bombardeo que se anunciaba, salieron los cónsules extranjeros á conferenciar con el jefe carlista, y lo hicieron con don Leon Iriarte, levantando después un acta en Bilbao, en la que declaraban que en vista de que el bloqueo no se ejecutaba tan humanitariamente como era de desear por parte de los carlistas, se decidieron á la conferencia, que celebraron en Olaveaga con el expresado jefe, al que manifestaron no podía ser bombardeada la villa sin previo aviso y término de setenta y dos horas para que los extranjeros, mujeres y niños tuvieran tiempo de salir; que, como cuestión de humanidad, se ordenase á las avanzadas carlistas no hiciera fuego sobre Bilbao, y menos sobre los edificios con pabellon extranjero, á todo lo que ofreció su

del arma acepta á la división de Vizcaya, organizó el capitán Mariátegui en el último mes de Agosto, una compañía de voluntarios con el nombre de compañía de zapadores auxiliares, mandada por el arquitecto municipal don Francisco de Orueta, teniendo como tenientes á don Francisco de Elizalde maestro de obras, y á don José María Alvarez ayudante de obras públicas, y como alféreces á don Pedro Pelaez maestro de obras y á don Modesto Echarriez, fontanero mayor de la villa. La circunstancia de ser todos los individuos de esta compañía operarios de las obras de defensa, y que por tanto estaban ya acostumbrados los últimos cuatro meses á trabajar constantemente bajo el fuego enemigo y á ver caer heridos á varios de sus compañeros, hace esperar que podrá ayudar eficazmente á la compañía de pontones en los trabajos de riesgo que había que ejecutar cuando el enemigo establezca sus baterías».

Diario de la defensa de Bilbao por el cuerpo de ingenieros.

cumplimiento el jefe carlista. Este, en tanto, se aprestaba al bombardeo, y para apresurar y perfeccionar las obras que se estaban ejecutando fué llamado don Luis de Argila, que se hallaba en Navarra fortificando algunos puntos, se presentó á don Carlos en Durango, y le ordenó marchase inmediatamente á dirigir las obras del sitio de Bilbao á las órdenes de Valde-Espina. Destinóse la compañía de obreros que se estaba formando en Vizcaya, y autorizóle para pedir paisanos auxiliares en los pueblos de la provincia; púsose de acuerdo con el comandante general de artillería señor Maestre y los oficiales señores Velez y Leon; estudió el terreno para el emplazamiento de las baterías; se decidió establecer una de morteros en Santo Domingo, otra debajo del molino de viento ó Banderas, y la tercera inmediata á Begaña.

La presencia del ejército liberal en los confines de la provincia de Santander con la de Vizcaya por la costa, llevó á Argila á Salta-Caballo y en retirada hasta Somorrostro; prosiguieron las obras de sitio; se fueron colocando los cañones y morteros que se iban hallando, hasta los que servían para amarrar buques y los fundidos en Azpeitia y Arteaga (1), y el 19 de Febrero desde So-

(1) Fuéles también de grande utilidad la fábrica de los señores Ibarra y compañía, situada en el Desierto. Alejada nueve kilómetros de Bilbao y cuatro ó cinco de Portugalete, cuando sucumbió el fuerte allí establecido, á cuya construcción ayudó hasta con tablonés, quedó abandonada á los carlistas, que ya se habían apoderado antes, á la fuerza, del Cepillo mayor: el 29 de Enero ordenó Andéchaga se procediese á la fabricación de bombas para atacar á Bilbao, y mandó al encargado de la fá-

dupe escribió Dorregaray al general Castillo una atenta carta diciéndole que había demorado el bombardeo de Bilbao hasta ver si Moriones atacaba, y rechazado, se evitaran los males que se originarian á la villa; pero viendo que todo era inútil, su rey le ordenaba previniése que veinticuatro horas después de recibida aquella comunicación empezaría el bombardeo, rogándole dejara salir á los ancianos, mujeres y niños que lo desearan, por la carretera de Zornoza precisamente. Le repetía lo sensible que le era apelar á este último extremo y destruir una villa como Bilbao, en la situación que estaba España.

Con no menos cortesía contestóle al día siguiente el general Castillo quedar enterado del anunciado bombardeo, del que daría aviso y permitiría la salida de los que la desearan, «no pudiendo menos de manifestarle

brica «facilitara á don Timoteo Otaduy los elementos indispensables para realizar su objeto,» y el marqués de Valde-Espina en 23 de Febrero previno al encargado «terminantemente que sin excusa de ningún género, y bajo su más estrecha responsabilidad, se procediese á hacer fundiciones de bombas cada 24 horas por espacio de unos días, desde el siguiente inclusive», amenazándole con castigarle con inexorable rigor si no cumplía lo que se le prevenía. Nada podía oponerse á que los carlistas dispusieran discrecionalmente de aquella fundición, y no puede considerarse como cargo el que un Diario del sitio de Bilbao formado por un cuerpo facultativo dijera que allí se fabricaban proyectiles para el enemigo; también pudo añadirse que daría dinero, porque la exigían el pago de una crecida contribución, que no pagó por ocurrir á poco la salvación de Bilbao. Resistiéndose á otros pagos, ordenó la diputación carlista se inutilizara la industria fabril de los señores Ibarra si no pagaban, y cortaron la cañería que surtía de agua dulce á la fábrica, causando estos y otros grandes perjuicios á aquellos señores y á la multitud de familias que su útil industria sostenía y sostiene.

su admiración de que un cuerpo de tropas, que pretende con la fuerza impedir el paso al ejército del general Moriones, no encontrase otro de reducir á Bilbao que el del bombardeo, haciendo caso omiso de sus débiles fortificaciones y de sus defensores para arruinar la villa en nombre de su rey».

El mismo día 20 se dirigió el ayuntamiento á los bilbainos diciéndoles que el empleo de un bombardeo cruel y destructor no alteraría la serenidad y la confianza de aquel noble pueblo, cuyo valor nada podía hacer disminuir; les recomendaba la fe que había elevado la villa á la más alta posición; mostraba lo que confiaba en su energía; que al cumplir todos con su deber se reverdecían los laureles de su historia, y que en el puesto que les señalaba el peligro encontrarían á su ayuntamiento.

El general Castillo avisó al público el bombardeo, y dirigió otra alocución á los bilbainos diciéndoles que los constantes enemigos de la libertad proporcionaban á los hijos de la villa la ocasión de demostrar que no habían desmerecido de sus mayores; que al ordenar el bombardeo se acortaban los plazos que los usos de la guerra concedían al extranjero y las leyes de la humanidad al desvalido y al anciano; que no iban como en 35 y 36 á atacar los muros y á sus defensores, sino que ocultándose con sus morteros detrás de los montes dañaban los edificios sin presentarse al frente de las bayonetas de los sitiados, y que los bilbainos y la guarnición, inspirándose en anteriores ejemplos, demostrarían que Bilbao era el baluarte de la libertad y el sepulcro del carlismo.

## BOMBARDEO—INCIDENTES

## LVII

La plaza estaba defendida el 29 de Diciembre por los fuertes del Morro con cuatro piezas, los de Miravilla y San Agustín con tres cada uno, Mallona, Sendecha (1) y el Diente, con dos respectivamente, y con una Choritoque. Se situaron después algunas piezas en Begoña, Solocoeche y otros puntos; se establecieron nuevas baterías y fundición de proyectiles, aprovechándose hasta los arrojados por los carlistas, si bien por su mala calidad había que mezclarlos con otro hierro para corburar más la colada, y se proveyó con inteligencia y asiduo celo á cuanto había de necesitarse.

El 21, después de las doce del día, vencidos los grandes obstáculos que se presentaron para comenzar el bombardeo, por escasear las municiones, rompió el fuego la batería carlista de Pichon, siguiendo las de Casa-Monte y alto de Quintana, cayendo la primera bomba, sin reventar, en el muelle de Ripa. Corrigiendo su puntería, dirigió sus fuegos al casco de la población, parque de San Nicolás y gabarras, que contenían pólvora. Las demás baterías que hicieron un fuego incierto al principio, le rectificaron. Arrojaron 14 bombas de 80 á 100 libras, en la primera hora; dispararon con más lentitud al anochecer, y continuaron así toda la noche, á excepción de la batería de Casa-Monte, causando desperfectos en la población y

(1) Esta batería se denominó después de la Muerte.

produciendo un incendio que duró poco. Hasta el toque de diana del 23 arrojaron los carlistas 147 proyectiles, y las baterías del Morro, Mallona, Choritoque, Diente, San Agustín, Muerte, Puente del Arenal, Solocoeche y Estacion, contestaron con 444 disparos.

Al siguiente día dirigieron los sitiadores sus fuegos sobre San Anton, donde había un depósito de pólvora, y al caso de la población, cayendo una bomba en San Nicolás en la capilla donde estaba almacenada la pólvora en 27 cajones; reventó el proyectil, rompió varios de aquellos y sacos, dejando la pólvora al descubierto y destrozó la capilla (1); el 23 destruyó una el puente colgante de San Francisco, interrumpiéndose las comunicaciones telegráficas con el Morro y Miravilla, por pasar los conductores por dicho puente; pero estas líneas se restablecieron en el acto. Siguieron cayendo bombas en San Nicolás y San Anton; se sacó de aquí la pólvora y cartuchería que se llevó á la casa-avanzada de Zababuru, y el 26 una nueva batería carlista situada en las casas próximas al convento de Santa Mónica, á 100 metros de distancia, disparó contra Begoña, que había sufrido grandes destrozos, por los disparos desde Artagan, todos á muy corta distancia, poniendo á prueba el heroísmo de los forales, que conquistaron inmarcesible gloria. El 27 presentaron los carlistas un mortero en Ollar-

(1) En el momento de la explosión se lanzó el capitán del detall con la guardia civil y carabineros á sus órdenes, y en medio del humo, polvo y escombros, sacaron todos los cajones, reconociéndolos previamente por si alguno pudiera producir una explosión.

gan frente al Morro, incendiaron el 1.º de Marzo una casa de la población, que sufrió mucho, y pudo producir un gran desastre; una bomba cayó cerca de las gabarras que contenían pólvora, la cual se trasladó al primer arco blindado del puente del Arenal; otra bomba destrozó el 4 en el parque de San Anton un cajón de granadas sin romper ninguna, otra destruyó el 13 la cañería del gas, y otra junto al gasómetro, quedando la población sin alumbrado. Siete proyectiles penetraron al día siguiente en la fábrica del gas causando muchos desperfectos.

Nada disminuía el valor y la decisión de los defensores de Bilbao, aún cuando vieron frustrado el socorro que esperaban confiadamente. Creyeron el 24 estar las fuerzas salvadoras en el pico Lucero, recibiendo la noticia con aclamaciones; consideraron á don Carlos en retirada, cuando en la noche del 25 oyeron las músicas, y repique de campanas que saludaron su entrada en Deusto, victoreándole, y se empezó á desconfiar del triunfo por los mejores observadores, que desde los altos seguían los movimientos de los combates del 25 al 27 de Febrero. La comunicación que se recibió de Dorregaray no dejaba ya duda, y la contestación fué digna (1).

(1) Las Cruces 25 de Febrero de 1874.—Señor don Ignacio M. de Castillo.—Muy señor mío y de mi consideración: Después de un combate empezado en la tarde de ayer y sostenido durante todo el día de hoy, las fuerzas de Moriones que han tentado un último y supremo esfuerzo; se han visto rechazadas de todas las posiciones que ocupaban, y sus filas completamente diezmadas. Actores de esta sangrienta derrota han sido los infelices heridos que le envío, los que podrán estar mejor asistidos en esos hospitales que en estos pueblos, ocupados

El socorro había fracasado; así lo participaron los carlistas, intimando de nuevo la rendición de la plaza y pidiendo el nombra-

por tan numerosas fuerzas. Creo, pues, que si Bilbao se defendía alimentando la esperanza de un pronto socorro, puede perderlo por completo; y en este supuesto es doloroso se continúe la obra de destrucción por solo un amor propio mal entendido. El honor del ejército que dentro se encierra ya está á salvo, é inútil prolongar la resistencia. Medite usted y mediten todos su situación, pues aún es tiempo de que su suerte no sea tan dura. Si deroga esta advertencia, tal vez más adelante no pudiera lo mismo su atento seguro servidor Q. B. S. M., *Antonio Dorregaray*.—Se suplica el acuso de recibo de los heridos.

Señor don Antonio Dorregaray.—Bilbao 27 de Febrero de 1874.—Muy señor mío y de toda mi consideración: Los heridos que usted me anuncia en su escrito del 25 que recibí anoche, no han llegado, porque el señor marqués de Valde-Espina, según me dice, á petición de los interesados les concedió el no venir á esta villa. El bloqueo que sufre impide que hasta hora tenga yo otras noticias sobre los combates librados en las inmediaciones de Somorrostro que las que usted y el señor marqués me dan; como antiguo militar usted ya sabe que está prohibido á los gobernadores de las plazas fundar sus resoluciones en noticias procedentes del campo enemigo, y solo debe atender á las que procedan de su ejército ó por jefes ú oficiales que comisione para averiguarlas, que no es, pues, por desconfiarme, que en manera alguna, abrigo, sino el cumplimiento de un deber, el que me impide hacerme cargo de las consecuencias que usted deduce deben ejercer sobre Bilbao, mientras que yo no reciba las noticias de alguna manera de las indicadas. Deploro muy de veras que sufra esta villa un bloqueo inútil para el fin que se ha entablado, su guarnición resguardada como todo su material, al abrigo de seguros blindajes, contempla el horroroso espectáculo de la ruina de un pueblo, sin que por ello la defensa pierda un solo día, ni le cause otra dejación, que el sentimiento que á todo e razón noble causa la desgracia ajena y sin que por otra parte quepa á sus jefes evitarlos ni sacrificar el honor militar de la guarnición que descansa, sin haber sido atacada, con sus fortificaciones intactas y con municiones de boca y guerra, no debe pensar en capitular.—Soy de usted atento, *Ignacio María del Castillo*.

miento de una comisión que examinara el campo de batalla y obras de defensa que existían en la línea carlista (1).

Reunió el general Castillo las autoridades civiles y militares, les dió cuenta de las comunicaciones de los carlistas y de la contestación que les dirigía (2); discutióse la conveniencia de enviar la comisión, pues no faltaron quienes querían enviarla, y todos

(1) Las Cruces 27 de Febrero de 1874.—Señor don Ignacio María del Castillo.—Muy señor mío y de toda mi consideración: He recibido su atenta carta de hoy, y abundando completamente en los mismos sentimientos que usted manifiesta, estoy completamente dispuesto á poner cuanto de mí dependa para evitar mayores males á esa floreciente villa y á cuantos en ella se encierran. Comprendiendo quiera usted oír á personas de toda su confianza, que lo enteren de la verdad de cuanto ha sucedido, autorizo la salida de esa plaza de una ó dos personas que usted designe, y las que bajo mi palabra de honor podrán estar con la más completa seguridad y visitar los lugares de la lucha sostenida los días 24 y 25. El señor marqués de Valde-Espina dirá á usted el modo de salir de esa y el paraje en donde se encontrará un jefe esperándolos para conducirlos á mi presencia, y yo en persona les acompañaré después. Si á usted le parece, será conveniente que los comisionados salgan en una lancha con bandera blanca, y desembarcarán en el puente de Barcas es'ablecido en Deusto. Espero se sirva contestarme lo antes posible, y entre tanto se repite suyo con la mayor consideración atento seguro servidor Q. B. S. M., *Antonio Dorregaray*.

(2) Señor don Antonio Dorregaray.—Bilbao 28 de Febrero de 1874.—Muy señor mío y de mi distinguida consideración: Doy á usted las gracias por el ofrecimiento que me hace de recibir una ó dos personas de mi designación para recorrer el campo en que se han librado los combates del 24 y 25 de éste. No lo acepto, porque como he manifestado á usted anteriormente, el resultado de aquellos combates no tiene influencia inmediata en la conducta ni en la suerte de esta plaza. Agradezco á usted esta muestra de deferencia, y se repite con toda consideración, como su atento seguro servidor Q. B. S. M., *Ignacio María del Castillo*.



estuvieron al fin unánimes en que no fuera, causando este acuerdo excelente efecto en el vecindario. Este comprendía en su patriotismo la inconveniencia de que hubiera salido la comisión, aun cuando uno de los comisionados fuera el decidido don Ramón Salazar y Mazarredo; pues si los parapetos y fortificaciones eran tan inexpugnables como los carlistas decían, y como lo eran en efecto, podrían haber desalentado bastante. Para evitar los juicios que pudieran hacerse de las comunicaciones de los carlistas, se reservaron.

Para inutilizar la avanzada de la Salve y apoderarse los carlistas de este punto, descubrieron el 9 de Marzo una barricada bastante fuerte; construyeron después una extensa trinchera en la falda de Archanda, que ya molestaba bastante el relevo, y en la madrugada del 14, gran número de fuerzas sitiadoras atacaron la izquierda de la ría por Albia y á la vez por la derecha desde la Salve hasta Begoña; dirigióse después el principal ataque á la avanzada de la Salve, que al cabo de un nutrido fuego se rindió, viéndose incendiar la casa del señor Delmas que los rendidos ocupaban, consumiendo las llamas objetos y libros de valor; también intentaron incendiar á Begoña, con una camisa embreada, paja y botellas con materias inflamables, pero fueron rechazados, continuando el fuego toda la noche, principalmente por la izquierda de la ría (1). Si el fuerte

(1) Sobre el ataque y defensa de la casa de Delmas, son importantes los siguientes párrafos de las comunicaciones oficiales carlistas.

«En la noche de ayer, y previa autorización de V. E., he

de Abando hubiera hecho fuego, gran daño recibirían los carlistas.

Ya habían estos incendiado la quinta de don Ramón Salazar y Mazarredo, en Deusto, después de haber estado alojado en ella

dispuesto fuesen atacados los fuertes avanzados del enemigo, situados en la casa consistorial de Begoña y en la Salve, casa llamada de Delmas, sobre la izquierda de la carretera, que por la orilla de la ría conduce á Bilbao. Para distraer la atención de los sitiados, ordené que se amagase al propio tiempo un ataque contra la avanzada que ocupa la casa de Zabálburu. La toma de la casa consistorial era de interés por ser una de las inmediatas á la iglesia de Begoña, y facilitar mucho su posesión el ataque de dicha iglesia, que se está preparando. Pero el punto más importante era el de la casa de Delmas, porque de hacernos dueños de él, al paso que se conseguía estrechar más de cerca la plaza de Bilbao, dejábamos de ese modo dentro de nuestro campo una avenida, que partiendo del camino de Artasamina ó Casa monte, única entre Begoña y la avanzada de la Salve. Por esa razón he dispuesto constituir en dicho punto con el batallón de Durango, distribuyendo las seis compañías de que se compone del modo siguiente: la primera compañía en la casa de Ibarra, con orden de que una de las secciones hiciera fuego sobre el punto atacado, y la otra contra Bilbao, con el doble objeto de tener en alarma la guarnición y hacer comprender al destacamento del punto de Delmas que el ataque era á la plaza, y que cortada por nuestras tropas su comunicación con ella, era indispensable su rendición; la segunda compañía en la casa llamada de Begoña cerca y delante de nuestra barricada, que obstruye el paso por la carretera, y la quinta en la derecha de aquella. Estas dos compañías debían destacar una escuadra cada una para atacar los dos fuertes que miran á la barricada y á la ría, cubiertos por los árboles que en ese espacio de terreno se encuentran, quedando el resto como reserva mientras guardaba la barricada. Las compañías tercera y cuarta al mando del comandante segundo jefe en el camino de Artasamina, para atacar el cuarto fuerte de la casa ocupada por el enemigo, siendo sin embargo su objeto principal rechazar la fuerza que hubiera podido intentar socorrer á la atacada; la restante en observación de la avanzada ene-

y consumido las provisiones que hallaron. Pocos días después sufrió la misma suerte la quinta de don Luis Leon, la del señor Zu-

miga que sigue á la de Delmas en dirección del Diente, y la sétima con dos compañías del batallón de Munguía en reserva.

A la una de la madrugada han roto el fuego las avanzadas de la orilla opuesta de la ría, y seguidamente se han seguido los disparos de fusilería contra la casa consistorial, á la que se ha tratado de dar fuego, sin éxito, por lo que se desistió del ataque, al propio tiempo que se emprendía el de la casa de Delmas, rindiéndose á las cuatro y media de la mañana, y después de haber hecho una tenaz resistencia la fuerza que la ocupaba, compuesta de un teniente de carabineros, capitán de infantería, y treinta carabineros con un sargento primero, habiéndose intentado tres veces por nuestra parte incendiar á mano la casa, lo que al fin se ha conseguido, como puede V. E. servirse ver por la adjunta copia del parte que me acaba de dirigir, terminado este hecho de armas, el teniente coronel primer jefe del batallón de Durango.

Copia del parte á que se refiere el anterior.—Excelentísimo señor: Las órdenes de V. E. se han cumplido y V. E. ha presenciado ocupando varios puestos la manera de ser éstas interpretadas, al tomar la avanzada llamada de Delmas. Falta de elementos, escasez de tiempo y de municiones, todo hacía temer un fatal resultado; pero el arrojo de los voluntarios que ha rayado en heroísmo ha cumplido á todo, y cuando seguían las acertadas disposiciones de V. E., debía tocar un fin de combate, permanecer el día de hoy, un supremo esfuerzo ha decidido el hecho. V. E. ha visto que ha sido preciso llegar por tres veces á una casa aspillerada y arduamente defendida. Talar las paredes bajo el fuego enemigo y sin más elementos que alquitrán, estopa y un poco de gas Mülle, improvisar burlotes y encenderlos á mano, logrando aquellos apagados por dos veces con su fuego. Rasgos ha habido que merecen especial mención; yo haré de ellos explicación detallada si V. E. me lo ordena.

Pongo á disposición de V. E. 31 prisioneros que se han cogido sin condición alguna, de los cuales uno es el teniente de carabineros capitán de infantería don Antonio Vilchez Verdugo, y un sargento primero, dos heridos que pasan provisionalmente á este hospital, y un muerto».

biria, y los caseríos de los señores Zuazo, Allende Salazar y otros.

Suspendido por los carlistas el bombardeo en los días 15 y 16, recibióse en éste un telegrama de Serrano, fechado en Somorrostro el 10, dando cuenta de los ataques de Febrero, de su ida al ejército y su refuerzo, y de prepararse para salvar á Bilbao, recomendando se sostuviera el espíritu de la guarnición y el del invicto pueblo; que ni uno ni otro necesitaban seguramente de estímulo: aprovechó el vecindario aquella tregua para circular por la población contemplando los estragos causados por los proyectiles carlistas, que no respetaron ni los hospitales, haciendo víctimas hasta inocentes criaturas; volvieron á caer bombas sobre la villa el 17; ocuparon los sitiadores en la mañana del 18 el convento de Santa Clara, próximo á Begoña cuyo destacamento liberal se apoderó de la casa de Abaitua, donde recogieron chacolí, galletas y cartuchos, cuya casa fué después volada, así como otra en Albia, en la avenida de la Perla, y los carlistas á su vez se empeñaron en incendiar con petróleo la casa consistorial de Begoña, impidiéndolo bizarramente los forales que la defendían.

Empezaron los sitiadores á atrincherarse en el campo de Volantín, apoyando la izquierda de la barricada en las ruinas de la casa de don Luis Leon; ejecutaron los sitiados trabajos de defensa en la avanzada del Tivoli para poner este punto en segura comunicación con las casas de San Agustín, cuyos trabajos molestaron los carlistas por su proximidad á ellos; se concluyó el cerramiento de Albia; se continuó el muro del recinto; descubrieron

los enemigos una buena batería en Artagan, á 300 metros de Begoña y unos 60 de la casa del Alpargatero; una cañonera oblicua, inmediata, y otra batería en la que anteriormente tenían en Casa Monte y Artasamina; fué atacada por la tarde la avanzada de Vista Alegre desde los setos y las casas, lo cual no se comprendía, pues pudieron avanzar á favor de la oscuridad, y para evitar que ésta favoreciese á los carlistas y sirviera á la vez á los sitiados, se estableció una estación de luz eléctrica en San Vicente de Abando que iluminaba el campo de Volantín y sus inmediaciones.

Después de una semana sin bombardeo, se reprodujo el 27, en cuyo día se dispuso racionar de pan desde el siguiente á toda la población, que según el censo que se formó ascendía á más de 18.400 almas, dándose una libra diaria á cada uno de los generales, jefes, oficiales y tropa sin distinción de clases, y media libra á todos los demás individuos, incluso los niños de pecho. Se hizo cargo la autoridad de cuanta harina de trigo y maiz existía en la plaza, y esta medida, poco consoladora, en nada afectó á los bilbainos, porque la esperaban, y aún mayores privaciones, á las que iban haciendo frente, habiendo ya sustituido por la carne de caballo, á 6 reales libra, la excelente que antes comían».

Aumentan las contrariedades la patriótica decisión de los bilbainos, y entre los muchos actos de abnegación y desprendimiento que pudiéramos referir, citaremos sólo el de don Eustaquio Allende Salazar, que residiendo habitualmente en Madrid, quedóse á defender

su pueblo, formó con los auxiliares, compartiendo la gloria que estos conquistaron, y pidió se le autorizase para que se hicieran á su costa las obras de defensa que conceptuáse conveniente la comandancia de ingenieros, en su casa-palacio de Albia, lo cual se concedió y se empezaron las obras el 31.

Confiados los bilbainos con la oferta del nuevo general en jefe del ejército del Norte, cuando oyeron el fuego de los combates que se reprodujeron en la línea de Somorrostro, todos dirigieron á aquellos montes sus anteojos; los juicios que se emitían solían ser tan diversos como el carácter de sus autores, y lo más exacto era que casi nadie se daba cuenta de lo que ocurría. La autoridad militar anunciaba que el ejército avanzaba victoriosamente, y tan popular se hizo esta frase, que se tomó á broma, y era la contestación que se daba al preguntarse por noticias (1). Adquirióse, sin embargo, el convencimiento de que el ejército liberal no avanzaba y circularon en la villa muchos ejemplares de una alocución de Valde-Espina, diciendo á los bilbainos que el destino de la población que defendían había sido escrito en Somorrostro el 25 de Febrero y confirmado en los días 25, 26 y 27 del que regía, en los mismos campos; que en lucha horrorosa habían quedado en tierra más de 6.000 españoles, la mayoría liberales, por haberse batido á pecho descu-

(1) «En una casa situada encima del hospital, que escogíamos algunos como observatorio, nos colocó algún chusco el siguiente letrado, al ver la ineficacia y divergencia de nuestras tareas: *Manicomio modelo: desde aquí á Leganés*».

El sitio de Bilbao en 1874 por un testigo ocular.

bierto, habiendo sido enterrado Primo de Rivera y estando Loma espirando; teniendo también por su parte la pérdida de Ollo y la herida de Rada; y añadía: «Depositada la suerte de Bilbao en manos del ejército de socorro, el 25 de Febrero fué derrotado Moriones y eso debió bastar para que una población sensata, floreciente y rica y consagrada exclusivamente á la prosperidad de su industria y su comercio, se decidiera, ajena á pasiones políticas, á poner en salvo sus vidas y haciendas. Quiso esperar. Un mes ha necesitado á aquel ejército para rehacerse después del revés sufrido, y durante su trascurso se ha dedicado sin descanso á allegar cuantiosa artillería y aglomerar sin perdonar sacrificio cuantos recursos ha podido reunir. Convencido el rey de que Bilbao quería esperar á toda costa el resultado de una nueva batalla, y compadecido de los sufrimientos, desgracias y ruinas de la población, quiso acelerar la hora del choque decisivo y ordenó, como se hizo, que fuese bombardeado San Juan de Somorrostro, ocupado por las tropas de la república. Llegó al fin el momento tan deseado, y tres días de un empeñadísimo, sangriento y horroroso combate, han declarado cerrado el paso á Bilbao. Una abnegación y heroísmo como el de los numantinos podría tener explicación ante un enemigo extranjero. Entre españoles es insensato, al par que inhumano y cruel. El rey no se impacienta por ser Jueño de Bilbao; su suerte, está dicho, escrita está. Se duele tan solo de que cuatro obcecados, que tendrán sin duda muchas culpas pendientes, juzgándonos vengativos se engañen y os engañen,

arrastrándoos á una resistencia que más que á la defensa de Bilbao tiende á su propia defensa, bajo la máscara de patriótica abnegación. El rey lo ha dicho muchas veces: no quiere ser rey de un partido, sino de todos los españoles: quiere devolver á esta desgraciada nación, hoy juguete y víctima de la ambición de algunos, la paz y bienestar con la prosperidad y nombre que el mundo entero envidiará un día; y para ello, y español de raza y de corazón, está dispuesto á todo género de sacrificios. El nieto de cien reyes, heredero de una cuantiosa fortuna, no puede buscar nombre ni posición. Al llevar á cabo la gloriosa empresa de conquistar un reino, á cuyo gobierno como Monarca tiene derechos legítimos irrecusables, cumple un sagrado deber y no hace más que afrontar la inmensa responsabilidad de sus actos en recompensa de la dicha de devolver á su pueblo la felicidad que tanto anhela y necesita. —Ahora bien, si sus voluntarios entran en Bilbao por una capitulación honrosa para todos, puesto que una sola es nuestra honra, sereis respetados, yo os lo garantizo; pero si obcecados insistís en prolongar una resistencia que no tiene razón de ser, preciso será entrar á viva fuerza, y en medio de la confusión consiguiente, no sé hasta qué punto alcanzarán mis fuerzas á contener á los que, por efecto de esa resistencia, han perdido un general en quien adoraban.—Al dirigiros estas palabras, cumplo con mi conciencia como cristiano, como español y como soldado, y sobre vosotros descargo la responsabilidad de las ruinas y daños que á Bilbao sobrevengan en lo sucesivo.—Meditad con des-

pacio, que el cielo os ilumine, y al decidiros el mundo os juzgará y nos juzgará, encargándose la historia de colocarnos á cada cual en el lugar que le corresponde.—Cuartel general de Deusto 31 de Marzo de 1874.—El general comandante general de este señorío, *Marqués de Valde-Espina.*»

JUNTA SUPERIOR DE ARMAMENTO Y DEFENSA—  
CONFIANZA Y PENURIA—CONSTANCIA Y ALEGRÍA

### LVIII

Suspendido nuevamente el bombardeo, adelantaron los no interrumpidos trabajos de los ingenieros, reparando los destrozos en los fuertes y baterías, asegurando sus obras, efectuando nuevos emplazamientos de piezas de batir y esmerándose siempre en su afán por atender á todas las necesidades, multiplicándose en todas partes: no pudieron hacer más los ingenieros militares y civiles y cuantos les ayudaban. Este era el propósito de cuantos ejercían algun cargo en Bilbao; y si no excedió á todos, están al nivel de los primeros los servicios que prestó la comisión permanente de la junta de armamento y defensa, que elegida por aclamación (1), comenzó sus verdaderas tareas el 24 de Enero. Harto conocían, como les dijo el general Castillo en su primera reunión, «que pueblos que tienen la historia de Bilbao, tienen el

(1) Se componía de los señores don Ramon Salazar y Mazarredo, presidente; don Luciano Urizar, don Ramiro Orbezoza, don Adolfo Aguirre, don Vicente Uhagon, don Eustaquio Allende Salazar y don Cosme Echevarrieta, vocales, y don Julian Peña, secretario.

deber de ser fieles á sus tradiciones y á sus glorias, porque esto constituye, no sólo el honor de la población, sino tambien su porvenir y su bienestar.»

Reuniéndose todos los días aquellos individuos, que hacían tambien de soldados, acordaron la prestación personal de 400 peones diarios para terminar pronto las fortificaciones, ligando todos los fuertes exteriores con caminos cubiertos; atendieron á la cuestión de subsistencias, á la elaboración de municiones y facilitar á los artilleros cuanto necesitasen, aún embargando lo que hacía falta (1). Apurando las circunstancias, á fin de Marzo creyó la comisión llegado el caso de convocar la junta general para la cuestión de subsistencias, pero no consideró el ayuntamiento tan apurada la situación; se dispuso despues la elaboración del pan con 60 por 100 de harina de trigo y 40 por 100 de la de haba, expendiéndose á 5 cuartos la libra, y previo informe de una comisión mixta de individuos de la permanente y del ayuntamiento, se fijó precio á los comestibles existentes en la plaza, señalándose por bando de la autoridad militar. Reuniéndose casi dia-

(1) En el diario inédito del sitio que hemos citado antes, se formula el cargo á los señores Ibarra y compañía de haberse negado á facilitar material de hierro para la defensa, y según los documentos que tenemos á la vista, desde el principio hasta el fin de la guerra estuvieron entregando hierros y cuanto era necesario para la defensa de Bilbao y la de la causa liberal: son bilbainos y liberales. Así figuraban por la mayor cantidad en casi todas la suscripciones patrióticas.

Por razón de su industria sufrieron grandes perjuicios, como ya manifestamos, y hasta los ocho gabarrones que para obstruir la ría sumergieron los carlistas eran de la propiedad de dichos señores.

riamente los individuos de aquella comisión permanente, fueron de grande auxilio para las autoridades civiles y militares, y un verdadero poder para la defensa de la plaza, á la que prestaron importantes servicios.

Suspendido el bombardeo el 1.º de Abril, efectuaron en este día una salida 300 hombres de Alba de Tormes á recoger 160 fanegas de trigo almacenadas en el Pontón, y volvieron con 80 por falta de medios de transporte, habiendo experimentado algunas bajas por el fuego de una avanzada carlista.

Renúvase el 5 el bombardeo por la batería de Quintana, en la que jugaban tres morteros; el 6 se incendió una casa en la calle de Santa María, el 9 á propuesta de la junta de armamento y defensa, se dispuso ir matando sucesivamente los caballos de las secciones de Numancia y Albuera para la alimentación de los enfermos, por no existir ya más ganado vacuno que el necesario que para surtir de leche á los hospitales se había conservado; volvióse á suspender el 10 el bombardeo hasta el 28, y el puente del Arenal, respetado hasta entonces por los proyectiles, fué destruído el 13 por una avenida, interrumpiéndose la cañería de aguas potables, en cuya composición se trabajó con acierto. Esta riada destruyó también los puentes de barcas que tenían los carlistas en diferentes puntos de la ría, lanzándolas al mar, rompiendo á su paso las cadenas con que chocaban.

En la noche de este día 13, se recibió un parte fechado el 9 del general Lopez Domingue, diciendo que después de los combates del 25, 26 y 27 en que se había peleado muy bien, estaban en las casas de Murrieta delan-

te de San Pedro; por la derecha en los primeros montes de Galdames; «que iba el marqués del Duero con 20.000 hombres, que hará un movimiento envolvente por nuestra derecha, y pronto levantaremos ese cerco; á resistir, pues; ánimo á esos valientes y que se defiendan, que en breve se franqueará la ría. En Janeo hacemos señales, fijarse desde Begoña y vean si podemos entendernos.» Este parte produjo excelente efecto en la guarnición y vecindario, y asombró á todos la valerosa intrepidez del carabinero Juan Diez Cordero que fué el portador, y al que el general Castillo prohibió llevar la respuesta, porque le hubiera costado la vida, á causa de que se hizo pública en Bilbao la afortunada hazaña, llevada á cabo á costa de grandes penalidades en un viaje de cuatro días.

Se confió más en el socorro, esperado siempre; pero se aumentaban la penuria y las angustias por la escasez de alimentos: ya costaba 7 duros una gallina, 12 reales un par de huevos; el pan de haba fué sustituido por el de maiz, y si bien la tasa de precios de los comestibles los ponían al alcance de las pequeñas fortunas, no fueron estas las que más disfrutaron, porque reparaban muchos en acudir al comedor económico que alimentaba á los pobres, y no podían participar de los alimentos que no solían faltar á las personas pudientes; la avaricia de algunos vendedores les hacía vender subrepticamente á mayor precio que el señalado en el bando los géneros que retiraron de la venta pública, pretextando haberse concluído.

Todo esto, sin embargo, no disminuía la constancia y el buen humor de los bilbainos,

en el que tomaba parte esa preciosa mitad del género humano, que si hace de la debilidad su poder allí le aumentó con su patriotismo, que la inspiró serenidad en los peligros, valor en lo más crítico de las circunstancias y mostróse siempre fuerte como la mujer de la Sagrada Escritura, La obsequiaron los auxiliares con función teatral, se improvisaron bailes, se dieron serenatas, se compusieron himnos (1), ensayados por

(1)

## CORO.

Ya nos llaman á las armas,  
Compañeros acudid,  
Y corramos sin demora  
Nuestro deber á cumplir.  
¡A vencer! ¡O á morir!

## PRIMERA ESTROFA.

Somos auxiliares  
Sin color ni grito,  
Somos defensores  
De este pueblo invicto,  
Y derramaremos  
Toda nuestra sangre  
Por la libertad.

Himno dedicado al batallón de auxiliares de Bilbao, puesto en música por don Manuel Villa, de la sexta. Letra anónima.

CANTO DEL AUXILIAR. (Estrofas intercaladas en el himno).

## PRIMER CANTO.

Madre mía que escuchas mi canto  
Y hace poco me viste luchar,  
Solo exijo de tí un beso santo  
Como premio del pobre auxiliar.  
Esta gorra que llevo es mi escudo,  
Respetuoso la quito yo aquí,  
Y con ella en la mano saludo  
A mi Dios, á mi patria y á tí.

.....  
Puesto en música por el anterior profesor.

el octogenario Ledesma cuando el servicio que como veterano prestaba le dejaba libre; los músicos de las bandas militares componían y ejecutaban himnos guerreros, y el pueblo cantaba al son de la jota y de tonadillas canciones populares en contra de los carlistas.

Contribuían á sostener esta constancia y alegría los periódicos de la localidad, *El Irurac-Bat* y *La Guerra*, que ningún día dejaron de publicarse, mostrando su ingenio sus ilustrados redactores en la confección del periódico, sin que decayera su interés cotidiano; y para que no se olvidara la gloria conquistada por Bilbao en los anteriores sitios, reproducía las páginas que á ellos consagramos en nuestra HISTORIA DE LA GUERRA CIVIL, lisonjeándonos en esto el ver evidenciada la exactitud de lo que entonces escribimos.

## LOS SITIADORES

## LIX

Justas eran las esperanzas que los carlistas fundaban en hacerse dueños de Bilbao, pues sobre la influencia moral que el hecho en sí tenía, la adquisición de aquella villa les proporcionaría recursos de importancia.

El 10 de Febrero celebró don Carlos en Zornoza y casa del señor Olano, un consejo de Guerra para conocer aquel señor los elementos y probabilidades que había para el ataque y toma de Bilbao, hecho transcendental para su causa; los medios para rechazar el ejército de socorro que acudiría á levantar el sitio, examinándose detenidamente si con-

venía atacar inmediatamente á Bilbao ó esperar la vuelta de Dorregaray, que había ido con seis batallones á defender á Estella del ataque de que la creían amenazada. Unánimes estuvieron en la importancia de la operación, y en que debía empezar el bombardeo, único medio de tomar la plaza, tan pronto como estuviesen listos los aprestos de la artillería, pues se carecía de proyectiles y de pólvora, y asegurada la defensa de las líneas de aproche de la plaza para ponerlas á cubierto de cualquier ataque del ejército de socorro, acordando en su consecuencia se oficiase á Dorregaray «para que acudiese sin pérdida de tiempo, pensando bien cualquiera movimiento del enemigo que pudiera inducirle á error, y vigilar convenientemente sus movimientos para impedir que pudiera ir en socorro de la plaza de Bilbao».

Poco después decía Valde-Espina á Dorregaray (1). «He pasado días angustiosos, temiendo el levantamiento del bloqueo, á pesar de que estaba resuelto á disputarlo á toda costa.... Tenemos 500 bombas, y ya desde hoy harán las fábricas 80 al día. Las baterías estarán concluidas entre hoy y mañana, y se podrá empezar el bombardeo á principios ó mediados de la semana próxima, pues deseo, de empezar, no interrumpirlo».

Con gran fe establecieron los carlistas el bloque y sitio de Bilbao, confiando también en que una batalla dada fuera apresuraría su renúnción; estimuló don Carlos á sus soldados diciéndoles (2) que, contando con su va-

lor, había emprendido una operación que sólo con ellos podía intentarse, cual era atacar á Bilbao con un ejército de socorro al frente, tres veces mayor que el suyo, sostenido por una escuadra que atacaba la ría y bombardeaba la costa; que había visto derrotar á Moriones, y renacer sus esperanzas en los campos de Somorrostro; que cuando les acompañaba en el combate sentía que Dios estaba de su parte, prometiéndose acometer con ellos cualquiera empresa seguro de la victoria, y que así llegarían á Madrid y podrían dar á la patria querida los días de paz y ventura que necesitaba para ser otra vez señora del mundo.

Al ver los carlistas que ni la pérdida de Portugalete, ni los combates de Febrero y Marzo en Somorrostro amilanaron lo más mínimo á los liberales, se empezaron á emitir opiniones diversas. Opinaban unos por cambiar de sistema, batiendo en detall cada uno de los fuertes, concentrado sobre el elegido toda la artillería, y no bombardear más á la población, pensando otros que se debía intentar el asalto, y aunque fuera sacrificando gente apoderarse de la villa.

Reunió don Carlos el 16 de Marzo consejo en Las Cruces, en el que Maestre, como más moderno, manifestó que Bilbao estaba bien defendida, aunque aún no había sido formalmente atacada, que el enemigo estaba intacto, que el sitio podría ser largo, que carecían de pólvora los sitiadores, que se habían refundido sus morteros en los últimos días de forzoso descanso, y procurando pólvora, sus disparos serían más certeros, no bajando de 200 por día; que en el caso de decidirse el

(1) Desde Deusto el 14 de Febrero de 1874.

(2) Desde las Cruces el 26 de Febrero.



ataque de la plaza el punto de Begoña sería el indicado y podría ensayarse abrir minas tomando paralelamente la casa que se hallase más cercana, pues la mina no podía tener la extensión más que unos 60 metros; mostró la conveniencia de escoger buenos tiradores para cazar á los sirvientes de las piezas enemigas, y que no podía ensayarse el asalto de la plaza, por necesitarse hubiese antes dos ó tres días de gran fuego sobre ella, ensayando esto sobre Begoña, como dejaba dicho, ó como otros creían sobre Miravilla. Patero, dijo que podía y debía mejorarse el cierre de la ría, pues las cadenas lo hacían aparentemente, y los barcos de poco calado podían pasar cuando la marea estuviese alta (1); propuso se condujese el barco que se hallaba en Sorroza, prefiriéndole al empleo de los torpedos; manifestó que como defensa no tenía sino cinco compañías, de las cuales destinaba una para artilleros, y concluyó pidiendo dos ó tres compañías.

Acordes los demás señores en que los liberales atacarían lo antes posible, disintió Andéchaga diciendo que el enemigo se retiraría sin atacar por rehusarlo el soldado. Convinieron todos en salir del estado de inacción en que se hallaban, tan perjudicial para ellos como ventajoso para los liberales, y Elío, no dudando en el ataque, creía debía efectuarse por tres puntos, esto es, amenazando por derecha é izquierda y atacando simultáneamente por el centro bajo la protección de su artillería.

(1) Un comprobante más á lo que sobre esto hemos dicho.

Deplorándose la falta de pólvora participó Valde-Espina haber enviado á Francia un ayudante en busca de ella; se trató de otras generalidades, manifestando Maestre que no había motivo para desanimarse por la tenacidad de los defensores de Bilbao, que creía reducido en el momento que llegase la pólvora; se opinó hacer más riguroso el bloqueo, y despues de despedir don Carlos á los consejeros recibió un pasado de la plaza con el que conferenció, disponiendo practicase una operación que el pasado propuso.

Los triunfos en Somorrostro no les daba á Bilbao, y no pocos jefes manifestaban que era preferible levantar la línea, dejar á Bilbao, y caer, mientras que los liberales se daban cuenta de lo que los carlistas hacían, sobre otro punto, y obtener alguna ventaja que compensara lo que dejaban. Para armonizar estos pareceres hubo consejo el 12 de Abril en San Salvador del Valle, presidiendo don Carlos á los generales Elío, Dorregaray, Mendiry, Larramendi, Lizarraga, Valde-Espina, y otros, acordándose, despues de mucha deliberación, no levantar la línea y esperar en ella el tercer ataque.

Su ejército no estaba seguramente en peores condiciones que antes; se habían aumentado las obras de ataque contra Bilbao y las fortificaciones de la línea de Somorrostro desde las minas hasta Santurce y las Arenas, estableciendo una segunda línea desde Algorta y las Cabras sobre el puente de Luchana á unirse con la sitiadora por Banderas, Santo Domingo y Begoña: se abrieron baterías cortándolas en roca viva con espesor de cinco á seis metros y defendidas por parapetos

para la infantería al abrigo de los proyectiles, y estas obras, ejecutadas por el señor Argila, fueron celebradas, atribuyéndolas inexactamente á ingenieros alemanes (1).

Aunque algunos deseaban se asaltase á Bilbao, y hubo jefes que con sus batallones se ofrecieron á ir los primeros, se desistió por completo de este medio y se ordenó al Centro y Cataluña distrajeran á las fuerzas liberales é impidieran acudiesen á Somorrostro todas las de España. Pensóse también que pasasen por el Alto de Aragon á Navarra algunos batallones catalanes para reforzar y ayudar á los sitiadores de Bilbao (2).

Ante esta plaza estaba indudablemente reconcentrada la guerra: empeñados en tomarla los carlistas y en salvarla los liberales, era ya cuestión de vida ó muerte para unos y otros, y aun mayor para la causa liberal que no había podido vencer en dos meses y en grandes combates la línea que amparaba á los sitiadores. Esto á la vez que daba importancia y crédito á los carlistas, disminuía el de los liberales: era cuestión de hechos, y estos evidentes. Así había ya alguna nación extranjera dispuesta á reconocer á los carlistas como beligerantes, y sólo pendía de la conquista de Bilbao.

Pero esta villa estaba defendida por los que

(1) Ningun oficial prusiano formó parte del cuerpo de ingenieros carlistas; sólo hubo un sargento francés, monsieur Ferval; llegó á teniente y se pasó á los liberales, llevándose el haber de la compañía y la mensualidad de los oficiales.

(2) Cundió de tal modo este proyecto que el 26 de Abril corrieron rumores en la villa acerca de la llegada á Vizcaya de los carlistas de Cataluña y del Maestrazgo.

habían heredado el heroísmo de sus antecesores en 1835 y 36, algunos de los cuales empuñaban también esta vez las armas; así se quejaba Valde-Espina, escribiendo á Doreregaray (marqués de Eraul) (1). «¿Qué quiere V. que se haga aquí con 3.000 hombres, contra un Bilbao tan rebelde, que después de haber aguantado más de 4.000 bombas están dispuestos sus habitantes á resistir otras tantas y á luchar con el hambre y toda clase de horrores antes de entregarse al rey? Lo que extraño sobremanera es que teniendo 7.000 hombres armados en la población (2) no se atreven á intentar una salida resuelta. Sin embargo del fenómeno de ser mucho menos nosotros que los sitiados, de no tener más que cuatro cañones para batir 48, y carecer de pólvora para ellos y los morteros, hasta el extremo de haber recibido otras 32 arrobas tan solo en ocho días, útiles, pues aunque se han recibido otras 72, la calidad es malísima; crea V. que no descansa mi imaginación para ver por dónde se puede recibir, y cómo se puede hacer algo. Hasta aquí no se ha podido realizar nada; pero no por eso cejo en mi empresa, y no he perdido del todo la esperanza de conseguirlo. Veremos.—Las noticias del interior de la plaza son en suma, que la guarnición no opondría gran resistencia á rendirse si el pueblo manifestase que no quiere sufrir más; pero como éste, por el contrario, dominado por una docena

(1) En carta autógrafa que poseemos como cuantos documentos citamos, fechada el 16 de Abril de 1874 en Deusto.

(2) En esto no estaba bien informado: no eran tantos.

de personas, dice antes morir que entregarse, la guarnición se ve obligada á resistir, aunque creo que no puede ser por mucho tiempo, porque está mal de víveres.»

Todo lo posponían los carlistas á Bilbao, y Elío escribía á Dorregaray (1): «yo navarro, que quiero á mi país como á la niña de mis ojos, prefiero que entren antes en Estella que en Bilbao.»

ÚLTIMOS DÍAS DE BOMBARDEO

LX

Aunque suspendido el bombardeo, se agravaba la situación de Bilbao, cuya autoridad militar envió el 25 al ministro de la Guerra, y al general en jefe, este parte cifrado:» Mañana concluye maíz. Pueblo sin pan, y sin arroz, ni tocino en venta. Tropa, mediano rancho, daré tres y café. Sin vino. Situación agrava; procuro sostener buen espíritu, pero hay mucho malestar y nace desconfianza de poder ó querer salvarnos. Combato enérgicamente idea y aun castigaré si se propala.» El 27 terminaron las existencias de harina de maíz; dejó de darse pan á la guarnición y vecindario, por carecerse de él por completo, causando esto algún desaliento, y dispuso el general Castillo, á propuesta de la comisión permanente, suministrar á la tropa un tercer rancho ó extraordinario, y raciones de café y azúcar.

En este día concedió don Carlos autorización para salir de Bilbao á los súbditos fran-

(1) Desde Traslaviña 21 de Abril de 1874.

ceses é ingleses que lo deseasen, accediendo á una petición anterior de los consules de dichas naciones, señalando el 28 la salida por la carretera de Zornoza para ir á Durango, y de-de allí á Bayona los que marchasen, y los que hub'eran de quedarse en España irían antes á los puntos que se les señalase, escoltados por fuerzas carlistas (1).

Reanudóse el bombardeo el 28 á las cinco y media de la mañana por las baterías Pichon, Quintana y Casa-Monte sobre los fuertes y la plaza, y lo rompieron casi simultáneamente Pichon y Quintana; dispararon cada una con dos morteros y con uno la de Casa-Monte, dirigiendo las tres más bombas sobre los fuertes que los días anteriores, y menos sobre la población. Por la tarde la batería de Ollargan rompió el fuego de cañon y mortero sobre Santucho y el Morro, la de Artagan el de cañon contra Mallona, en cuyo recinto cayeron varias balas, así como en las baterías del Diente y Choritoqui y sus inmediaciones, y la de la Cadena Vieja dirigió sus fuegos contra Begoña, causando varios desperfectos. Fué violento el bombardeo, especialmente en las primeras horas, y de seis á siete de la tarde, disminuyendo algo al anochecer, cesó á las tres de la madrugada y empezó de nuevo á las cinco y seis de la misma bastante nutrido, siguiendo con intensidad hasta la hora de la mañana. El fuego de las baterías Ollargan, Artagan y Cadena

(1) Se concedió esta salida por considerar los sitiadores próxima su entrada en la plaza, y temer, como escribían y decían los jefes, no poder contener á sus soldados en los primeros momentos.

Vieja cesó al anochecer. Los fuertes y baterías de la plaza contestaron por el día.

Al empezar el bombardeo, hicieron los carlistas desde la falda de Archanda nutrido y constante fuego de fusil sobre la gente que habiéndola sorprendido el bombardeo en la parte de Albia, regresaba á la villa por el puente del Arenal; haciéndose también bastante fuego sobre Begoña, Zabalburu, Torre Urizar y Abando.

Sorprendida la población en el primer momento por los muchos días en que había estado suspendido el bombardeo, levantóse inmediatamente el espíritu público y se empeñó más en resistir con denuedo, á pesar de los tres incendios que se produjeron en la villa.

Por tres conductos se remitió este parte al ministro de la Guerra y general en jefe: «Reitero anteriores partes, encareciendo urgencia, diariamente creciente inmediato socorro. Pueblo soporta bien bombardeo, pero no falta absoluta de pan, que ya empezó. Hay también falta de arroz, tocino, gran escasez de vino, etc., etc. Apremia mucho y mucho socorro. Juzgo impotentes mis esfuerzos su muy breve plazo de días dentro del mes. Doy noticias por telégrafo Banderas desde barco anclado frente Arenas que descubre perfectamente Miravilla. Don Carlos permite salir mañana súbditos franceses é ingleses por consideración á las buenas relaciones que mantiene».

Los carlistas incendiaron al anochecer una casa próxima á Albia y otra á corta distancia de la Salve, y después de apoderarse algunos guardias liberales, sin resistencia, de

doce fanegas de maíz sin desgranar en una casa próxima á la de Albaitua, al retirarse dicha fuerza empezó á arder la casa.

Continuaron en este día, como hacía meses, las obras de fortificación y los trabajos de fundición, parque y talleres; se adoptó por fin el fulminante de los estopines de fricción, con la diferencia de cambiar la goma arábica por la cola de boca, cuya última sustancia en estado líquido forma el barniz aislador; siguieron, sin embargo, las pruebas, y se resolvió volver á abrir el taller de recarga de cartuchos.

Las baterías carlistas de Pichon, Quintana, Casa-Monte, Ollargan (mortero), Ollargan (cañon), Artagan y Cadena Vieja, arrojaron este día 302 proyectiles, que no produjeron ninguna desgracia personal, siendo las bombas de buena fundición, muy regular el espesor de metales y las espoletas muy largas. Varias no reventaban. Los fuertes y baterías del Morro, Mallona, San Agustín, Choritoqui, Estación, Abando, Muerte, Solocoeche, Larrinaga y Zabalvide contestaron con 248 disparos.

Continuó el 29 el bombardeo con menos intensidad, que aumentó á las nueve de la mañana, siendo muy nutrido de once á doce, siguiendo con bastante viveza hasta las dos de la tarde en que empezó á decrecer, cesando á las tres y media de la misma: comenzó de nuevo cerca de las cinco con lentitud; fué violento á las diez de la noche, vivísimo hasta las dos cuarenta de la madrugada, y lento durante dos horas. Volvió á aumentar su intensidad al amanecer con intervalos hasta la hora de diana. En este día empezó á hacer

fuego desde Ollargan una pieza rayada de 10 centímetros, disparando los carlistas bombas y granadas cilindro-ovales, al cuartel de Santucho y fuerte del Morro, logrando introducir en éste varias de las segundas, y algunas bombas en el recinto de Mallona y en las inmediaciones de las baterías de la Muerte, Estación, Solocoeche, y otras. Los sitiadores arrojaron 535 proyectiles y 300 los sitiados, aparte del nutrido fuego de fusil que se sostuvo; teniendo las tropas de la guarnición dos heridos.

Siguió el 30 el bombardeo con intensidad, más ó menos sostenida, hasta la una del día, avivado hasta la hora de diana, forzando los carlistas las cargas, lo cual les permitía enviar varios proyectiles á las inmediaciones de la casa de Zubalburu y bombas á Albia, y causar grandes destrozos en la torre, iglesia y casa de la avanzada de Begoña, á un tiro de pistola de los cañones carlistas. De aquí el peligro en que estaban continuamente unos y otros combatientes, acechándose para cazarse (1). Cuatrocientos setenta y seis disparos hicieron los carlistas, contestados por 309, teniendo la guarnición liberal dos heridos y el vecindario dos muertos.

(1) Los forales dejaban fijos por la noche sus fusiles con la puntería afinada, y al sentir el menor movimiento disparaban con éxito seguro, volviendo á cargar el arma sin moverla.

«Para evitar esto, establecieron los carlistas en la boca de la especie de túnel por donde asomaba su pieza, una plancha de hierro de un pulgada de espesor, que la cubría perfectamente, y que podía girar alrededor de uno de sus puntos. Esta plancha tenía en la parte superior y central una abertura estrecha y larga que servía de mira, la cual se cubría con una chapita también giratoria. Por esta hacían la puntería, y en el momento

Continuado el 1.º de Mayo el bombardeo, aunque con lentitud, desde la primeras horas hasta las once y media de la mañana en que cesó, se reanudó á la una y 35 minutos, haciendo fuego la batería Pichon con un solo mortero y la de Quintana con dos; las baterías de cañones de Artagan y Cadena Vieja dispararon más vivamente que los días anteriores; y á las once y quince minutos de la noche lanzaron desde Quintana dos bombas al grito de «ahí van las últimas,» habiendo disparado los sitiadores 288 proyectiles y los sitiados 149.

El fuego de este día en vez de afectar á los defensores de Bilbao les exasperó, porque ya á las seis de la mañana participaba Begoña que se notaban movimientos de retirada en los carlistas: á las siete se decía que con los que se retiraban iban muchas mujeres, artillería y bagajes. Miravilla decía á las ocho de la mañana que desde las seis se estaba observando gran movimiento de fuerza enemiga que cruzaba de Burceña á Basurto, á la que se incorporaban otras que salían de Zorroza, moviéndose en varias direcciones, y otras hacían alto en las primeras casas de Basurto: á las ocho y media, que seguía el movimiento por la carretera de Zorroza, bajando además por la de San Vicente multitud de gente y de ganado que iba á embarcarse en Luchana: á las nueve decía Begoña que habían pasado ya 11 batallones, debiendo

«dado levantaban desde dentro con una cadena la plancha grande, disparando la pieza y retirándose los artilleros. Hecho el disparo se dejaba caer la plancha y se recomenzaba la operación »

El sitio de Bilbao en 1874, por un testigo ocular.

atravesar en Burceña el Cadagua, pues, empezaban á subir por Altamira: el Morro decía cuarenta y cinco minutos después que se veía llegar fuerza enemiga al alto de Archanda y seguían subiendo en mayor número; añadía, y Miravilla poco después, que en el alto de Burceña había un batallón tomando posiciones, fuerzas mayores en Banderas, y una compañía en el monte de Cabras; que se veía subir fuerza por el monte de Santa Agueda, y Begoña dijo á las once: la fuerza enemiga se halla á la derecha del Cadagua; las del ejército coronan las alturas de Galdames. A las doce cincuenta y cinco, dice el Morro que la fuerza que estaba en Burceña había tomado por Iturrigorri la dirección del alto de las Neveras, y seguían diciendo desde el anterior punto y Miravilla con el intervalo de minutos, lo cual aumentaba la ansiedad y zozobra, que por la izquierda de Burceña pasaban fuerzas enemigas, que hacía las Neveras desfilaban más fuerzas, que las que había antes por el alto de Santa Agueda seguían á las dos y media en el mismo sitio, y las que estaban entre Gueñes y Zalla, continuaban en sus posiciones aumentando; y á las cuatro de la tarde se anunció que se acababa de enarbolar la bandera española en el monte de Campanzar.

A las seis se vió al pié de Cabras en las casas de Luchana grande humareda, que se supuso de casas incendiadas por los carlistas; á las siete cuarenta minutos se distinguieron algunos fogonazos de fusilería en el monte de Santa Agueda, y á las ocho y cinco se vieron perfectamente en la cresta ocho disparos de cañón. Parecía indudable que las

fuerzas libertadoras avanzaban y que se hacían disparos en Santa Agueda. Es completa la tranquilidad por la noche, y especialmente después de las últimas bombas arrojadas, como dijimos, á las once y quince minutos; la niebla no permitía distinguir en la madrugada del 2 el monte de Santa Agueda, pero se oyeron 23 cañonazos: no se dudó que el ejército estaba en aquella inmediata altura, teniendo á su pié el Cadagua, y reinó en la villa verdadero entusiasmo: estaba salvada.

Como la retirada de los carlistas los aproximaba más á la plaza, redobló el general Castillo la vigilancia en todos los puntos; se reforzaron las guardias de algunos fuertes, avanzadas y retenes, y se emplazaron diferentes piezas en sitios avanzados con el objeto de cañonear á los carlistas que trataran de defender el paso del Cadagua en Castrejana, cañoneándoles ya por la tarde al pasar por Altamira.

Con grande ansiedad era esperado el día 2 por los sitiados, que al amanecer se vieron saludados por muchas aldeanas que llegaron con víveres: no se distinguieron carlistas alrededor de la plaza, cuyo sitio levantaron aquéllos dejando en pos de su huella incendiados cuantos caseríos antes ocuparan, y otros, por ser sus dueños liberales (1).

(1) Muchos destrozos y algunos incendios se debieron á las gentes del país. Al llegar la fuerza que salió de Miravilla á las casas próximas á este fuerte, las encontraron ocupadas por paisanos y mujeres, robándolas y destruyéndolas.

«De la población salen algunas personas que incendian y saquean algunos caseríos, siendo perseguidas inmediatamente por nuestra caballería».

Diario del cuerpo de ingenieros.

La guarnición de Begoña recogió granadas, balas y efectos de artillería, encontrando una pieza clavada en la batería de Santa Mónica, y sin clavar otra en Artagan, no pudiendo entonces reconocer la de la Cadena Vieja por haber en el alto de Archanda tres ó cuatro tiradores haciendo fuego. Envió el general Castillo un batallón á los altos de Santo Domingo y de Archanda; halló dos piezas de hierro lisas de 13 centímetros de la marina inglesa, muy antiguas, gran número de balas, granadas ojivales, botes de metralla y una cantidad considerable de bombas, de las que todavía quedaban muchas en las inmediaciones de las baterías de morteros; hizo el Morro algunos disparos de cañón sobre la batería de Ollargan, donde se veía trabajar alguna gente, y se adoptaron las disposiciones necesarias para recibir al ejército libertador.

Ciento veinticinco días había durado el sitio, en los que, cuatro baterías de morteros y cuatro de cañones, arrojaron á la plaza 5.369 bombas (1), 1.307 balas, 107 granadas y 2 disparos de metralla, que dan un total de 6.785 proyectiles, y los sitiados consumieron 8.007 granadas de los calibres de 16, 12 y 8 centímetros, 1.999 balas y 12 botes de metralla, además de 170.657 cartuchos de fusil Remington y Berdan.

(1) Teniendo en consideración el número de éstas, y calculando aproximadamente en 1.400.000 metros cuadrados el área que ocupa la población, resulta una bomba por cada 260 metros cuadrados.

El día que mayor número de bombas cayeron fué el 23 de Abril, que llegaron á 437, y además 43 granadas y 55 balas esféricas; total, 535 proyectiles.

Quedaron ocho casas completamente destruidas, habiendo sufrido bastante la mayor parte de las de la población, cuyas pérdidas se calcularon en unos 30 millones de reales. Según los estados de bajas, la guarnición experimentó las de ocho oficiales y 118 individuos de tropa, y entre auxiliares movilizadas y paisanos hubo más de 70 muertos y triple número de heridos.

Constituían la guarnición de Bilbao el 29 de Diciembre de 1873, incluyendo el batallón de voluntarios de la república y de Orduña y de emigrados, auxiliares, etc., 27 jefes, 260 oficiales y 4.826 individuos, y 204 cabezas de ganado caballar y mular: el 1.º de Abril resultaban disponibles para el servicio 27 jefes, 218 oficiales, 5.249 individuos de la clase de tropa, hallándose además en la plaza en diferentes conceptos varios jefes y oficiales de infantería, la tripulación del *Aspirante* que prestó su servicio como dotación de la batería de marina, y el personal de la comandancia de marina y sus agregados. Al levantarse el sitio había con corta diferencia la misma fuerza.

El servicio de la plaza y puntos fuertes destacados, que lo cubrían el 27 de Diciembre, un jefe, 21 oficiales y 588 individuos de tropa, el 24 de Enero necesitaba 805 de estos, 32 oficiales y dos jefes, á últimos del mes ascendían á 900, y el 22 de Marzo eran menester 52 oficiales y 1.558 soldados, auxiliares, etc.

Al empezar el bloqueo había en los fuertes y baterías 17 piezas de bronce y de hierro de los calibres de 8 á 16 centímetros, y 18 en el parque, de la que no formaba parte la

batería de montaña y estas piezas se fueron emplazando según la necesidad lo exigía. La fundición provisional de proyectiles, parque y talleres que estableció la artillería, dió excelentes resultados por bien dirigida (1).

Si en los sitios de 1835 y 36 Bilbao mereció bien de la patria, en este último no desmerecieron sus hijos en su justa fama. El ayuntamiento (é incluimos al que cesó en Enero), se mostró lleno de patriotismo, abnegación, desinterés y celo, atendiendo á todo en tan críticas circunstancias: la diputación foral fué émula de la corporación municipal, y la junta de armamento y defensa, y con especialidad la comisión permanente, prestó á Bilbao servicios que no podían tener mayor recompensa que la gratitud eterna de sus convecinos. Mucho contribuyó esta comisión á sostener el elevado espíritu de los siempre entusiastas y valerosos bilbainos.

El comandante general don Ignacio Maria del Castillo, que tenía bien acreditado su valor, supo dirigir la defensa, atender á todo, armonizar con todas las corporaciones y autoridades, y no es un misterio lo que sufrió por no poder efectuar alguna salida conveniente; faltaban municiones de fusilería, y se guardó este secreto. Era primero la patria que una popularidad efímera.

La guarnición cumplió perfectamente con

(1) Produjo: Granadas de 10 centímetros, 1.217; de 8 centímetros, 418. Balas de 12 centímetros, 1.277; de 10 centímetros, 925. Granadas de metralla de 12 centímetros, 4.054; de 8 centímetros, 8.679. Virolas para espoleta de tiempo, 3.633. Virolas terminadas para espoleta, 3.033. Tubos de mecha para espoleta, 3.318. Espoletas construidas, 2.227. Botes de metralla de diferentes clases, 312.

su deber. Los artilleros é ingenieros lucieron su ciencia y aun individualmente, pues el señor Mariátegui inventó unos botes de metralla á mano cargados con dinamita. El cuerpo de forales acreditó en Begoña, puesto de peligro y verdadera avanzada de Bilbao, su heroísmo. Los francos ó voluntarios de la república, más que hombres de partido mostraron ser patriotas; y el batallón de auxiliares, compuesto en su mayoría de las personas más acomodadas, puede presentarse como modelo de abnegación y de patriotismo, y vanagloriarse cada uno de sus individuos diciendo: *he sido auxiliar* (1). Los voluntarios emigrados compartieron también con los bilbainos fatigas y glorias, y los ancianos que rondaban, y aun la compañía de bomberos, habiendo entre ellos carlistas, nada dejó que desear. Hasta el Banco, facilitando fondos para las más apremiantes atenciones, contribuyó á la defensa de Bilbao, haciéndose digno de mejor recompensa de la que por parte del gobierno obtuvo.

No terminaremos este capítulo sin consagrar algunas líneas á la mujer bilbaina que, con su entusiasmo patriótico y varonil comportamiento, sirviendo al hombre de estímulo, no de rémora, modelo ella de serenidad y ejemplo de privaciones, olvidando en los conflictos el llanto de que siempre es pródiga, por ostentar la amante sonrisa de que es avara, ayudando al esposo á vestir los arreos militares cuando apuraba el peligro y

(1) Los nombres de los auxiliares están con justicia consignados en el interesante folleto titulado: *Bilbao ante el bloqueo*. Bombardeo de 1873-74, por el señor don Mariano de Echevarría.



consagrándose afanosa á los heridos y enfermos, adquirió merecida fama, y una página en la historia para que la gratitud sea eterna.

En suma, rayó tan alto el valor de los bilbainos, y fué tan grande su decisión, que muchos estaban resueltos, en último extremo, á prender fuego á la villa, y nacionales y soldados dispuestos á abrirse paso por entre los carlistas, marchando á Vitoria ó uniéndose al ejército. Todo menos capitular, cuya palabra no llegó á pronunciarse.

Así cantaba el pueblo:

Hemos jurado morir  
Antes que capitular;  
Si tomasen nuestros fuertes.  
Fuego al parque y... ¡á volar!

ANTECEDENTES—TELEGRAMA DEL 3 DE ABRIL  
NOMBRAMIENTO DEL MARQUÉS DEL DUERO

### LXI

Siempre, y en primer término, ocupaba constantemente al ministro de la Guerra la que se sostenía en el Norte, dejando en completa libertad al general en jefe para efectuar sus pensamientos y llevar á cabo sus operaciones, facilitando cuantos recursos de toda especie se necesitaban: no esquivaba su opinión, bien explícita cuando era necesaria, y ya en 4 de Marzo la manifestó contraria á destacar cuerpo alguno por mar con el objetivo de Bilbao, por Algorta y Plencia, porque se constituirían dos líneas externas sin posibilidad de ayudarse, contra una interna con todo su poder concentrado y en aptitud de caer sobre el cuerpo que eligiese y aun destrozarlo, para revolverse sobre el otro, sin tener que andar más que legua y media. También

se hizo cargo de las dificultades que opondría el mar en aquella costa tan poco segura, para embarcar, conducir y desembarcar an Algorta 8.000 hombres, y proveerlos oportunamente de víveres y municiones. No creía el citado ministro en la facilidad de reembarco en el caso muy probable de que no llegase el cuerpo destacado á Bilbao, y por el contrario, entendía como mejor operación, que habria preferido si mandase en jefe el ejército desde el principio de la campaña, con la fuerza que en aquel momento contaba, el ataque por Valmaseda, ó la combinación de dos cuerpos, maniobrando el uno por aquella línea y el otro por la ocupada ante San Pedro Abanto. Es la primera indicación que vemos consignada oficialmente del movimiento estratégico ó envolvente sobre la izquierda carlista; y sin embargo, no nació entonces en la mente del general Zavala, que ya tenía preconcebida tal operación, quien tanto conocía aquel terreno por lo que en él había peleado en la anterior guerra civil.

Desde los combates de Febrero, era evidente que había que adoptar otro camino para ir á Bilbao, y podía no ser desconocido para muchos, pero es lo cierto que no fué seguido. No quiso imponerle el marqués de Sierra-Bullones, á pesar de su convicción de que no había otro que el que insinuaba por la derecha liberal, sin que se fijara en que fuese precisamente por Valmaseda, sino también por cualquiera otro punto de aquella línea.

Hecha oportunamente la indicación, se repitió el 5 de Marzo, insinuando además que se fueran fortificando las pequeñas etapas que el ejército hiciera en su avance. No descon-

fiaba de que se avanzaría, y decía con esa fe que tenía tan arrigada: «No sé lo que sucederá á Bilbao, pero sea cual fuere el éxito de las primeras operaciones, no crea V., mi general, que la causa se pierde allí ni en ninguna otra parte. Reñimos en esas montañas seculares el principio de la libertad y civilización de la Europa, que quiere defender el absolutismo en sus dos extremidades: lo venceremos.»

Fijo en la idea de que sólo un movimiento envolvente podía dar la victoria á las armas liberales, empezó á reunir los elementos para la formación de un nuevo cuerpo de ejército y el 9 del mismo mes de Marzo comunicaba la reunión de ocho batallones de la reserva en Madrid que se estaban instruyendo y fogueando, y un regular cuerpo de caballería, y en Aranjuez dos buenos batallones de carabineros con 300 caballos y cuatro piezas. Este cuerpo de reserva, que era al mismo tiempo un campo de instrucción, se fué enviando desde luego al Norte.

Atendia á la vez el ministro á municionar debidamente al ejército; ¿cómo no hacerlo si al encargarse del departamento de la guerra había solo un repuesto de 480.000 cartuchos, habiéndose gastado en un solo combate de pocas horas 850.000? (1) ¡Cuál sería la grave

(1) En 30 de Marzo tenía el ministro de la Guerra en Santander.....	7.500.000
cartuchos Remington.	
Habían salido el 28 de Liverpool.....	1.500.000
Quedaba pendiente una contrata de..	11.000.000
que se iban entregando semanalmente	
Ademas tres contratas de 20 millones	
cada una.....	60.000.000
que debían entregarse en el término de un mes.	
Constituía todo un total,.....	80.000.000

situación del ministro ante la creciente necesidad de un ejército delante del enemigo! Pero si tan competente general atendía de esta manera á tan perentoria necesidad, pocas veces mirada con aquel solícito e-mero, como sabía también la funesta dirección del fuego que con tan escaso discernimiento se hizo delante de las posiciones de Abanto, llamó la atención del general en jefe «acerca del abuso escandaloso que la infantería hacía de un arma que, por lo mismo que tanta facilidad posee de multiplicar sus disparos, era de absoluta necesidad economizarlos y apuntar con más intención. Se hará un gran servicio, añadía, á la disciplina, al éxito de los combates y á la posibilidad de municionar las tropas si se consigue sujetar la verdadera locura con que se ha abusado del fusil Remington.»

Las insinuaciones del general Zavala no podían menos de ser atendidas por una inteligencia tan clara como la del general en jefe; y en efecto, el duque de la Torre procuró asegurar las ventajas que había obtenido y continuó los trabajos en las Carreras y Murrieta, emplazó tres baterías Krupp y una Plasencia, ligó las casas aspilleradas de ambos pueblos, y detrás de esta primera línea emplazáronse también dos fuertes baterías con piezas de 16 y 12 centímetros para batir la iglesia de San Pedro y sus trincheras, en cuyos trabajos mostraron su actividad é inteligencia los jefes facultativos señores Zenarruza, Pera, Pombo y cuantos les secundaban. Así se formó una extensa línea avanzada, mandada por el general Letona con la división Andía, ocupando las tropas

liberales desde la barriada de San Martín, las Carreras, casas de Murrieta y Pucheta hasta las de Memerea. El segundo cuerpo ocupaba en las alturas de la derecha las trincheras carlistas que había tomado, llegando hasta la línea de las Córtes en los montes de Galdames, sus reservas en Somorrostro, y la otra división cubriendo la línea de comunicación con Castro, situándose en las alturas hasta Onton inclusive.

No eran seguramente bastantes estas fuerzas para salvar á Bilbao; y como había que batir á los sitiadores, rompiendo ó rehazando su línea, seguía el ministro venciendo grandes dificultades para formar un nuevo ejército: indica esto el 4 de Marzo, y el 29 del mismo anuncia ya la reunión de un cuerpo, que entre guardia civil, carabineros y tropa del ejército no bajaría de 15.000 hombres, que se enviarían en el breve plazo necesario para moverlos, cuyas órdenes quedaban dadas. Todo esto lo confirmaba al día siguiente y el nombramiento de competentes generales y brigadieres, diciendo que, «este cuerpo sin alterar la organización existente del ejército al mando del duque, importante por su número y calidad, avanzaría en la dirección mejor estudiada y resuelta, haciendo imposible en sus líneas la permanencia del enemigo que se haría seriamente comprometida sino operaba un movimiento de retroceso, rápido y oportuno».

El 31 decía: «Un movimiento estratégico realizado con fuerzas respetables, hace imposibles ciertas posiciones difíciles de atacar de frente. Con el número de combatientes hoy reunidos, y los que irán, no es esa ya

una guerra irregular de montaña: el terreno es estrecho y ocupan mucho 18 ó 20.000 hombres, que también han menester gran cantidad de víveres y otras necesidades irremisibles á esas grandes poblaciones ambulantes. Tengo la evidencia de que conducidos los refuerzos por una acertada línea de maniobra abandonarán los carlistas la suya ó se expondrán á un desastre».

La convicción del ministro era profunda; la exactitud de sus cálculos está en los hechos. Pero aún fué más explícito. Anunciada la reunión de un tercer cuerpo de ejército y las consecuencias que casi con seguridad podían esperarse, dirigió este importante «*Despacho telegráfico oficial*.—Madrid 3 de Abril de 1874.—El Ministro de la Guerra al General en Jefe.—San Martín.—Ocupándome constantemente de ese ejército, y continuando en manifestar á V. E. mis opiniones, según me lo tiene encargado, aventuro lo siguiente: Incluyendo los cuatro batallones que ya se han incorporado á ese ejército, los refuerzos que preparo ascenderán á 15.000 hombres, distribuidos en 20 batallones. Como se trata de una operación, á la vez táctica y estratégica, porque atacará de flanco al enemigo y amenazará su base de operaciones; verificada esta maniobra en fuerzas suficientes para batirse con la mayor parte de las enemigas, y obligadas éstas á dividirse también, no puede V. E. suponer que tomen la ofensiva. Para asegurar el éxito pudiera V. E. destacar ocho batallones que se unirían á los 20 citados, cuyo mando quizá aceptaría el marqués del Duero, porque su patriotismo no se negará á ningún servicio necesario ó

conveniente. El cuerpo de 28 batallones operaría por Valmaseda, Mercadillo, Avellaneda, etc., siendo imposible que el enemigo, aunque haya fortificado algo de aquel terreno, abarque fortificada también una extensión de cinco leguas. Mientras más se medita esta operación, mejor se comprende que los carlistas no pueden permanecer en sus actuales líneas; una vez emprendida aquella, dando como su resultado, si esperase, su derecha y su espalda al mar, y después al estrecho terreno regado por el Nervion y el Cadagua, cuyo último río no podría ya pasar, ó se retira rápidamente para mejorar su situación, cediendo á V. E. las líneas que ataca y las sucesivas, de difícilísimo abordaje, tomadas de frente, ó será envuelto y rendirá las armas en número no despreciable. Creo que las fuerzas que ha acumulado en esas posiciones no excedan de 20 á 24.000 hombres, no todos iguales en mérito y armas; pero aun siendo 30.000 y mejorados por el terreno y las obras de arte, no son bastantes para aguantar á pié firme esta combinación, única que asegura, bien ejecutada como debe esperarse del entendido general que se encargará de ella, el paso del ejército á Bilbao, sin la gravísima sucesión de combates que hoy le esperan, más delicados cuanto más avance y se aparte de sus comunicaciones, que no hay perfecta seguridad de trasladar en breve espacio á Portugalete, dadas las condiciones de esa costa. Es de absoluta importancia obligar al enemigo á retroceder, hasta distancia conveniente, para desahogar y asegurar la retaguardia de ese ejército. El cuerpo de que me ocupo, evita el cuidado en que V. E. ha vi-

vido respecto de sus comunicaciones. El enemigo ha de replegarse forzosamente ó cometería la mayor de las faltas. V. E. no se debilita, porque de los once batallones que hoy tiene destinados á asegurar sus comunicaciones, puede destacar los ocho, que emprenderían su movimiento por ferrocarril en el último instante, para ser también los últimos que concurriesen á la operación, y cuando la presencia de los otros 20 garantizarían completamente la retaguardia del ejército. Si esos 11 batallones no entran hoy en línea de combate, no se disminuye ésta, pero sucederá en la enemiga. En suma, V. E. no hace sacrificio ninguno y utiliza, con menos enemigos, las tropas que hoy hacen servicios secundarios. Mayor fuerza que la de ocho batallones ha de destacar el enemigo en el caso de que permanezca en sus líneas, mal aconsejado, y más todavía si maniobra para afirmarse y evitar el grave flaqueo que propongo y ya indiqué á V. E. Esos ocho batallones son indispensables para operar con seguridad de buen resultado y para servir de base, fogueados como ya lo están, á las tropas que envío, aunque en su mayor parte de soldados viejos. Si V. E. acepta este pensamiento que ahorra mucha sangre y peligros, sírvase avisármelo para empezar á situar las tropas y demás convenientemente, debiendo esperar los ocho batallones indicados hasta el momento oportuno. En la expectativa de una segura expedición al interior, completamente desguarnecido y corriendo un peligro inminente, el cuerpo en cuestión podrá desde su terreno acudir á la defensa del país, descubierto y sin fuerzas ningunas capaces de de-

tener al enemigo. Las que V. E. dirige no podrían hacer este importante servicio dada su situación. Esta idea facilitaría naturalmente lo que V. E. me anunció y de que me he ocupado en mis dos últimas cartas, si así le conviniera.»

Parece que el duque de la Torre envió el mismo 3 de Abril, por el correo una comunicación en la que manifestaba que, si bien era cierto el avance del ejército sobre el campo atrincherado enemigo, tomando posiciones con gran resultado moral y material, lo era también que la línea que tenía á su frente y por ambos flancos, dificultaba la rapidez que en el ataque exigían de consuno la situación de Bilbao y la ansiedad de la opinión pública. Como ya había anunciado, presentía que si la necesidad le imponía el ataque de frente, no pudiendo cambiar su base de operaciones, este ataque había de ser rudo y sangriento, indicando que serían necesarios nuevos refuerzos para romper el campo atrincherado enemigo. «Mas como quiera que el enemigo defiende tenazmente el paso por San Pedro Abanto y Santa Juliana, que dominan la carretera, formando un verdadero y penoso desfiladero; nuestro ataque á su línea se va prolongando en forma de cuña, ocupándonos muchas fuerzas en el sostenimiento de línea tan extensa; y habiendo los carlistas acumulado el total de sus fuerzas en el camino de ataque, ya claramente descubierto, creo indispensable recurrir á un movimiento estratégico, que al menos desguarnezca de fuerzas enemigas la línea envolvente que tenemos en nuestro frente de ataque. En este concepto, ante una necesidad apremiante,

creo conveniente que el nuevo cuerpo de ejército que se organiza, se sitúe en los pueblos de los alrededores de Santoña, y con un total de 10 á 12.000 hombres y artillería de montaña se mueva en dirección á Valmaseda por caminos y valles á la vista de los montes de Galdames, de manera á amagar, cortar al enemigo su retirada, envolviéndole por su flanco izquierdo. Es de esperar que aquél acuda en defensa de su amagado flanco, y combinando el movimiento de nuestro tercer cuerpo de ejército con el ataque de frente en los términos posibles, se obtenga un satisfactorio resultado, ahorrándonos algo de la mucha sangre que habría de derramarse siguiendo el ataque al frente, que necesariamente ha de ser muy lento y costoso.»

Consignadas dejamos las fechas en que se indicó y anunció la formación de un cuerpo de ejército, y también el levantado pensamiento de que, maniobrando éste por una línea estudiada y adoptada, no podrían los carlistas sostenerse en las posiciones de San Pedro Abanto, que tenían á su retaguardia un triángulo cuyos dos lados constituían el mar y el Nervion; terreno estrecho con graves dificultades para maniobrar en él, y mucho más si las tropas que habían de combatir allí se veían empujadas por su frente y flanco izquierdo por un ejército en fuerza suficiente para ofrecerles muy serio cuidado. De aquí la profunda convicción del ministro de la Guerra, el cual comprendía que fuesen cuales fuesen los planes de los carlistas habrían, al solo amago de una operación de flanco, de mejorar su posición y no aceptar un combate cometiendo el grave error de batirse en tan falsas

condiciones. De modo que, ya manifestada la formación del tercer cuerpo y una operación de verdadera y trascendental importancia, dicho se está que el marqués de Sierra Bullones aspiraba á algo más que distraer fuerzas carlistas que pudiesen facilitarle el ataque de frente. Y también dejamos demostrado con las fechas del anuncio de la formación del tercer cuerpo y del telegrama del 3 de Abril, que sin duda en ambas cosas se inspiró el duque de la Torre al redactar su parte copiado, que no pudo llegar á Madrid, conducido como lo fué por la vía ordinaria, sino posteriormente al largo telegrama reproducido, y que envolvía todo un plan de campaña.

Aún debemos llamar la atención sobre unas frases del telegrama; las en que se proponía para el mando de aquel cuerpo de ejército al marqués del Duero, defiriendo á indicaciones del duque de la Torre (1), el cual, en ocasión bien importante, había hecho mérito de aquel distinguido general, hasta para el mando en jefe del ejército en el caso de haberlo de dejar el que era á la vez jefe del Estado; y para que fuese libérrima la decisión del general Serrano, nada dijo el marqués de Sierra-Bullones al general Concha, hasta después de recibida la contestación del duque.

El general en jefe contestó telegráficamente que el plan que el ministro le proponía estaba en el fondo conforme con el que le

(1) En efecto: el general Laserna había sido relevado de la capitania general de Sevilla para ponerle al frente del tercer cuerpo, porque era el candidato *in pectore* del ministro de la Guerra.

comunicó en oficio por el correo, «si bien en el suyo, decía el duque, se da más importancia al cuerpo que ha de verificar el movimiento estratégico, y estoy conforme con que lo mande, si acepta, el marqués del Duero. Como los batallones están muy disminuidos de fuerzas, pienso que sólo me podré desprender de siete, que situaré convenientemente y á las órdenes del general que mande el cuerpo de operaciones. Con las fuerzas que me quedan, me mantendré en una defensiva enérgica, al menos hasta que el enemigo desguarnezca alguno de sus flancos. Entre tanto he de conservar comunicaciones con Castro, fáciles de cortar aun por pocas fuerzas enemigas, si se abandonarán las alturas de la Concepción y Onton. Podré desprenderme también de las dos baterías Plasencia, y disponer V. E. de las nuevas piezas que van llegando, pues aquí sólo podrán formar las tres baterías de cuatro piezas Krupp que tenía, contando con la sección de la columna de Medina de Pomar».

El 6 fué nombrado el marqués del Duero comandante en jefe del tercer cuerpo, avisándolo el ministro al duque de la Torre con el siguiente telegrama: «Recibida carta de V. E. del 4 me anticipo á manifestar á V. E. que el marqués del Duero está destinado á mandar el tercer cuerpo del ejército de que V. E. es general en jefe, y dependiendo de la autoridad de V. E. en el modo y forma que determina la Ordenanza general. Ni puede ni debe suceder de otra manera, y en cuanto á lo que ulteriormente haya de ser V. E. lo dispondrá como y cuando lo estime oportuno». Confirmóse el nombra-

miento en comunicación especial (1) al duque, en la cual se decía: «El marqués del Duero va, como he anticipado á usted por telegrama, á las órdenes de usted: así debía suceder irremisiblemente, porque es incomprendible que dentro de un mismo ejército puedan subdividirse el mando y la responsabilidad. Aunque ninguna duda puede caber en lo que es elemental, así se lo notifiqué, advirtiéndole que si encontraba algún inconveniente, que estaba á tiempo y podía quedarse en Madrid. Ya sabe usted que soy claro, explícito, y que no gusto de situaciones dudosas. Está usted, pues, en aptitud de disponer del tercer cuerpo, como de los otros dos, y esa es toda la deferencia y todo el deslinde de atribuciones posibles; — «usted mande y los demás obedecen;»—y esto hasta sin necesidad de invocar la elevada categoría de Jefe del Estado».

¡A cuántas observaciones da lugar el levantado espíritu con que fueron escritas las anteriores líneas! Pero se trata del general Zavala, y nos basta exponer hechos omitiendo juicios.

## PLANES—TEMPORAL

## LXII

Evidente la necesidad de variar el plan de ataque para salvar á Bilbao, así como el aumentar las fuerzas que habían de ejecutarlo, muchos de los que más insistieron en acometer de frente, proclamaban después el movimiento estratégico.

(1) De 7 de Abril.

Ya manifestamos algunas opiniones, y restanos decir que también el general Villegas, de cuartel en Santoña, á poco de encargarse el duque de la Torre del mando del ejército, envióle á decir por conducto del general Chinchilla é intendente Damato, que «si se pasaba por el camino elegido sería con una muralla de sangre; que no era por allí por donde se debía pasar, sino obligar al enemigo á extenderse desde Valmaseda á Somorrostro, prescindiéndose de la artillería pesada y de los carros».

Efectuáronse los combates del 25 al 27 de Marzo; se formó, si no la muralla, el lago de sangre, y recordando sin duda la frase del general Villegas, llamóle el duque, marchó inmediatamente en el vapor que al efecto se le envió, y expuso su plan del movimiento envolvente por la derecha liberal. Aprobóle, dice el hijo de aquel general, como no podía menos, el general en jefe; comunicóle al ministro de la Guerra, y se confirió á Villegas la capitania general de Burgos, con residencia en Santander, para reunirle las fuerzas sin descubrir el pensamiento ulterior. Diez mil hombres de refuerzo, porque Serrano no creía conveniente retroceder de las posiciones á tanta costa ganadas, ración para tres días, algunas baterías de montaña, que no le obligaran á seguir sendas determinadas y la ayuda del general en jefe, que debía amagar á Montañó y dirigirse hácia Galdames, era lo que creía Villegas suficiente para decidir la operación, y con ellas tenía seguridad de pasar.

Ya hemos visto, sin embargo, que el ministro de la Guerra, inspirándose en sus pro-

pias ideas, allegaba los elementos necesarios para ejecutarlas, y se constituyó el tercer cuerpo de ejército, cuyo mando se confirió á Concha; y el día antes de su nombramiento, el 5, decía el general en jefe al general Villegas: «El plan acordado aquí por nosotros se piensa llevar á cabo; es el mismo discutido por el ministro de la Guerra; deseo vaya V. á esa expedición».

El general Villegas, práctico especial de aquel terreno, no podía menos de ser consultado y lo fué por el general Concha todos los días que estuvo en Santander, siendo de opinión que, si el enemigo resistía en las Muñecaz (cuyo ataque no entraba en su plan antes de tener una división en Sopena), se le aislara por Galdames y Sopena, ó se le atacase cuando estuvieran fuerzas en estos sitios para coger prisioneros.

Se continuaron en tanto los trabajos en la línea avanzada de las Carreras y Murrieta asegurándola de todo ataque, la recorrió el duque al amanecer del 11 de Abril, reconociendo detalladamente todo el terreno enemigo de enfrente, y participó al ministro de la Guerra que la posición que se ocupaba en las casas conquistadas á la derecha é izquierda de la carretera, aseguraba el punto de partida para la continuación del ataque al frente; pero creía indispensable avanzar el ala derecha por las alturas de Galdames, para envolver los atrincheramientos enemigos que molestaban de revés el ataque de frente á San Pedro. Se continuó en el emplazamiento de nuevas baterías, y como se extendiera demasiado la línea de aprovisionamiento, consideraba indispensables los recursos que tenía

pedidos por medio de su ayudante de campo el conde de Paredes de Nava.

Iban llegando en tanto los refuerzos á Santoña y Castro, acantonándose por aquellas inmediaciones, en Laredo y Colindres; arreció el temporal de lluvias y vientos, que causaron grandes destrozos; vióse al amanecer del 12 inundado todo el valle; impresionaban los desastres que el agua y el huracan producían; arrastró el desbordado Somorrostro el puente de pontones de Musques; se anegaron las trincheras, se deshicieron los parapetos y cañoneras, la mayor parte de las piezas quedaron enterradas en el lodo, anegados los repuestos de municiones, y amenazando ruina algunas casas de las Carreras y de las avanzadas en Murrieta. Los mismos desperfectos hubo en el campo carlista, por lo que ni unos ni otros temieron verse atacados, pues hasta fueron abandonadas por la noche varias trincheras. Disminuyó el temporal en la noche del 12, se fueron reparando los destrozos, se reprodujo en la tarde del 13, se paralizaron todas las obras, poniéndose el campo intran-sitable; cedió un poco el viento al cuarto día, aunque no la lluvia, y ya el 18 empezó á mejorar, permitiendo continuar los trabajos de reparación. El ejército sufrió mucho, experimentando bastantes bajas, que llenaron los hospitales.

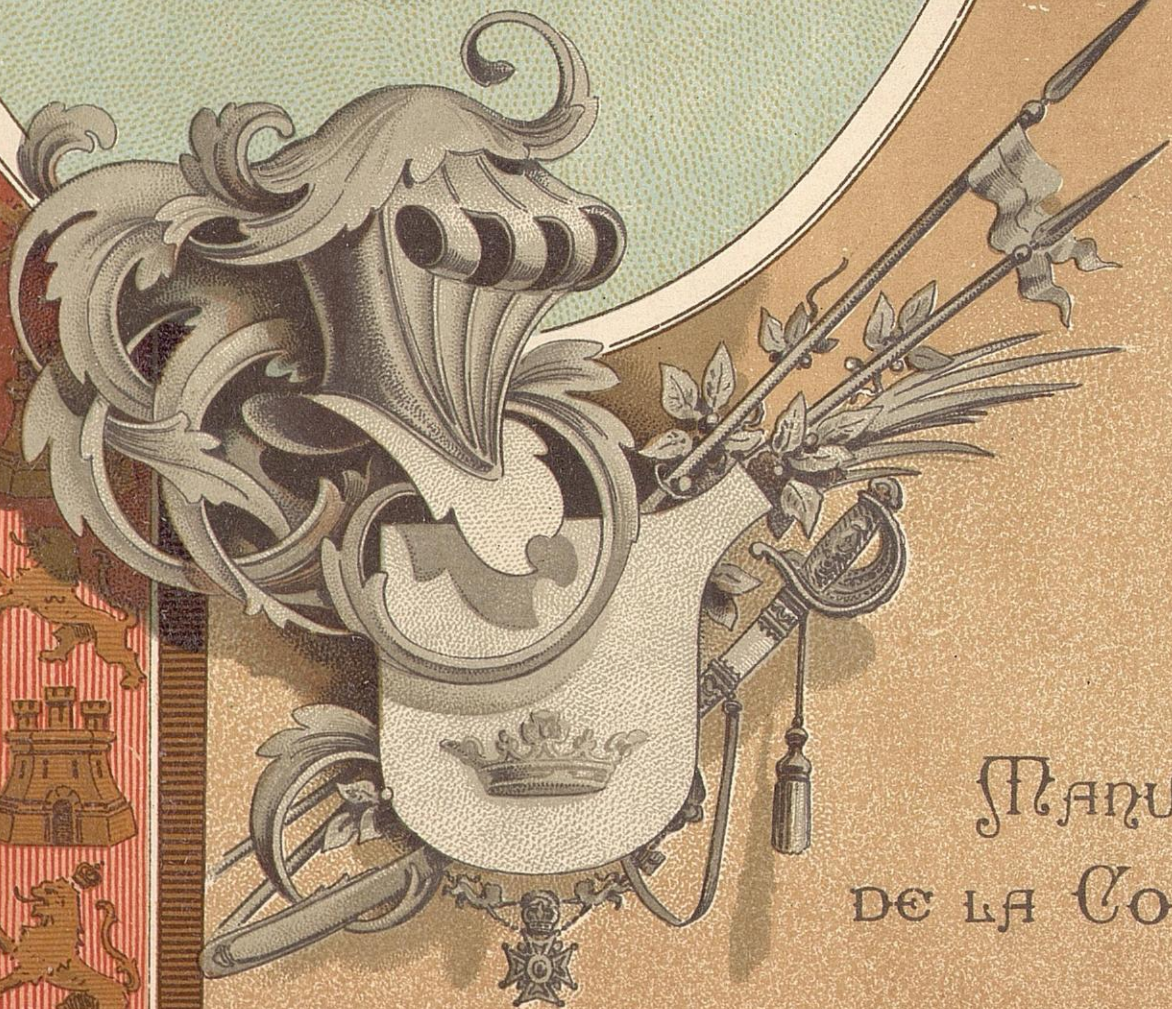
DON MANUEL DE LA CONCHA

LXIII

Don Manuel Gutierrez de la Concha, nació el año de 1808 en Tucuman (antiguo vi-







MANUEL  
DE LA CONCHA.

reinato de Buenos-Aires). Su padre, don Juan de la Concha, brigadier de marina, murió con gloria defendiendo á España en aquella guerra tan sangrienta, costosa y larga, que los americanos sostuvieron por su independencia.

Al inaugurarse la guerra civil en 1833, Concha, que había sufrido algunos meses de arresto por su vehemente adhesión á la causa liberal, pidió y obtuvo se le destinase al ejército del Norte, al que fué con el empleo que ya tenía de teniente: se halló en la acción de Durango, y en 14 más en 1834, siendo herido en la de Alsásua y posteriormente en la de Zúñiga, sin que por esto dejara su puesto en el combate. Por su denuedo y la manera con que en la acción de Mendaza desempeñó las funciones de jefe de estado mayor, obtuvo alabanzas de Córdoba, cruces de primera clase de San Fernando y nombramiento de capitán. Se distinguió en 1835, especialmente en el puente de Larraga y en Arroniz; fué nombrado comandante de infantería el 6 de Abril de 1836, y despues, sobre el campo de batalla, teniente coronel, por su bizarría en la conquista de la altura de Urnieta, que ofreció tomarla ó no volver.

Continuó peleando en Guipúzcoa, siguió con Espartero en persecución de la expedición de don Carlos, peleó en Chiva, volvió á combatir en Navarra, fué bizarro su comportamiento en Belascoain, pues al ver que era imposible enseñorearse de las posiciones y reductos carlistas sin cruzar el río Arga, pidió á Leon tres batallones, ofreciendo pasarlo á su cabeza y hacerse dueño del reducto; vacila el general y accede, previniendo

que reconociera la fuerza de la corriente con unos cuantos húsares; estos fueron todos muertos ó heridos antes de prestar el servicio á que se les destinaba; mas Concha sin arredrarse, arenga á sus soldados, les presenta la gloria que van á adquirir, les dice que el arma blanca es la más propia de los valientes, que pusieran las cartucheras sobre las mochilas, y que no disparasen un tiro hasta llegar á las posiciones de los carlistas; dió la órden y el ejemplo para pasar el río, y sin vacilar, y bajo el fuego enemigo, las tomó y el reducto á la bayoneta, por lo que obtuvo en juicio contradictorio la cruz de San Fernando de segunda clase.

Ascendido á coronel permaneció en la rivera encargado del mando de la brigada de Navarra; ascendió á brigadier en 1839, y entre otras acciones se distinguió en la de Arroniz y Barbarin contra Elio, quien al ver que Concha se quedó en el centro con sólo diez compañías, arrojó sobre él tres batallones para envolverlas: no se arredra Concha; manda que las banderas se adelanten hasta las guerrillas, y colocándose á la cabeza de sus reducidas tropas, exclama: «Soldados: allí están nuestras banderas». Fieles á la voz y ejemplo de su jefe, desprecian el peligro, arrollan cuanto se opone á su paso, y haciendo prodigios de valor se enseñorean de las posiciones. Doscientos hombres de pérdida tuvieron las diez compañías. Otra cruz de San Fernando de primera clase fué la recompensa, que tanto agradeció Concha, de tan distinguido mérito. Hallóse despues en otras acciones, y en la última del 13 de Setiembre; concurrió á las operaciones del

centro, conquistó en Castellote la faja de mariscal de campo, limpió de carlistas las provincias de Guadalajara, Cuenca y Albacete, protegió el viaje de las reinas, obtuvo el valioso triunfo de Olmedilla, y persiguiendo á las derrotadas huestes de Balmaseda le obligó á penetrar en Francia con escaso acompañamiento.

Terminada la guerra civil, comenzó á emplear toda su actividad é inteligencia, lo mismo en las cuestiones políticas que en las militares. Su filiación como hombre de partido la hizo entre los liberales conservadores.

Tomó una parte activa é importante en la conjuración contra el regente en 1841, y si entonces fué de los vencidos triunfó en 1843, persiguiendo á Espartero hasta que éste se embarcó en el Betis.

En el poder los moderados, se caracterizó el general Concha como uno de sus hombres más liberales, desempeñando algún tiempo los puestos militares de más importancia y responsabilidad, entre ellos el de jefe del ejército expedicionario al vecino reino de Portugal, de cuyos hechos, así como de su campaña en Cataluña, nos hemos ocupado ya; pero registra la historia otros que no pueden omitirse al reseñar la biografía de quien tiene tan brillante historia.

Hecha la revolución de 1854 en Barcelona, desembarcó en la capital del principado procedente de Inglaterra el marqués del Duero, imponiéndose desde el primer momento á la junta, obligándola á que le nombrara su presidente. Tomó al mismo tiempo posesión de la capitania general de Cataluña, y se encontró con un país acobardado, el poder en

manos de una junta exaltada y con el ejército indisciplinado.

Púsose en contacto con los jefes que le inspiraban más confianza; adoptó medidas que devolvieron la tranquilidad á los ánimos, sosteniendo para conseguirlo formidables debates con la junta, sin arredrarle las constantes amenazas de las turbas, que le seguían; y sin más compañía que su ayudante concurría á la junta diariamente á mermar la su poder. La sublevación de las fuerzas encargadas de la defensa de la junta misma, que prorrumpieron en gritos subversivos contra el general hallándose éste en el edificio, y á las que redujo á la obediencia instantáneamente; los continuos motines que hubo en los cuarteles; las repetidas asonadas de la muchedumbre, nada fué bastante para hacer cejar á aquel carácter de hierro en su empresa salvadora de reconstituir el orden social en aquel industrioso país. Varias pruebas pudiéramos citar de su autoridad y del prestigio que allí adquirió, pero nos limitaremos á las que más detalladamente conocemos. Es una de ellas la disposición que prohibía al ejército recibir gracias de ningún género, y uno de sus ayudantes (señor Perrot) que le presentó para que lo autorizase con su firma un documento expedido por la junta otorgándole un ascenso, fué despedido de su lado, negándose por supuesto la gracia que quería revalidar.

Lo hecho con el batallón cazadores de Tarragona, que mandaba en comisión el entonces coronel don José de Reyna, prueba también el temple de aquella alma: sublevado este batallón, á excepción de una compañía que

se encontraba á las inmediatas órdenes de Reyna, hizo armas contra sus oficiales matando á dos hermanos de aquel jefe, que noticioso de lo ocurrido salió de su alojamiento con la compañía que le restaba fiel y redujo á la obediencia al resto del batallon, presentándolo en correcta formación después de haberle pasado revista de armas, al jefe de estado mayor general, general García que llegaba de Barcelona á enterarse de lo sucedido, precediendo á las tropas que debían batir á los sublevados; el marqués del Duero hizo desfilarse á su presencia al batallon y dió orden para que marchara á Vich, exceptuando la compañía leal, disponiendo que en uno de los lados del camino, y en punto conveniente, se situaran fuerzas de infantería y dos baterías que habían de ametrallarle á su paso. Los ruegos de su jefe y de todo el Estado Mayor hicieron desistir de este propósito al general Concha; pero hizo fusilar á un cabo y un soldado, en cuyos fusiles se encontraron señales evidentes de haber hecho fuego enviando á Mahon todo el batallon, excepto la citada compañía, á embarcarlo allí para la isla de Cuba. Pero el hecho más culminante de la historia del general Concha se halla en la sublevación ocurrida en la ciudadela de Barcelona, ocupada por las fuerzas que debían embarcarse para América. En abierta rebelión estas tropas, perdido el respeto á sus jefes y oficiales, levantan los puentes de aquella fortaleza y se disponen á hacer fuego de artillería contra la población si son hostilizadas. El marqués del Duero se presenta en el glasis de noche, habla á los que se encontraban sobre las murallas y obtiene

de ellos que se permita la entrada á *el solo*, haciendo fuego en el momento en que se acerque alguien más. Los que acompañaban al general se opusieron á que cediese á tal exigencia, máxime hallándose las tropas leales en situación de atacar la ciudadela y al pie de sus muros; mas el general ordenó que permanecieran en sus puestos, y decidió entrar solo en el fuerte, encargando al gobernador militar de la plaza que si antes de 20 minutos no había salido de la ciudadela, ordenara el asalto, aunque lo presentasen á él como blanco, y que cayera el que cayese se tomase aquello. Momentos crueles de incertidumbre fueron los que siguieron á la entrada del general, quien persuadiendo á unos, castigando á otros, logró apoderarse de los ánimos de aquella muchedumbre indisciplinada, obligándola á abandonar la fortaleza, que fué ocupada por las tropas que estaban en el glasis.

No menos valeroso se mostró en 1860 en el campamento de Torrejón de Ardoz.

Afiliado á la unión liberal fué considerado como uno de sus hombres más eminentes por sus dotes políticas y gran prestigio en el ejército. Así que, honrado unas veces con difíciles misiones diplomáticas, otras con las capitánías generales de mayor importancia y jefaturas de distrito militares de más significación y confianza, otras con altos puestos en el organismo constitucional, algunas con presidencias de juntas destinadas al fomento de la industria nacional, muchas comisiones reservadas que los encargados de dirigir un Estado sólo pueden y deben confiar á hombres cuya reputación está

basada en estas condiciones: inteligencia, dignidad, lealtad.

Unicamente comprendiendo esto ha de explicarse la conducta observada por el marqués del Duero en periodos difíciles como los que hemos conocido desde 1868 á 1874, en los cuales apenas hizo el ilustre general otra cosa que dedicarse á investigar los medios mejores para el desarrollo de la agricultura, en la que nadie podía dudar de su competencia, ni echarle en cara su poco entusiasmo, pues su actividad y toda su fortuna empleó-las en demostrar lo que valen los progresos industriales en el desenvolvimiento de la riqueza del suelo.

Desde el principio de la última guerra civil seguía su curso con afán, estudiando la anterior, formaba ilustrados juicios, y como á todos era evidente su patriotismo y enemistad á los carlistas, ni la república vaciló en contar con el marqués en sus mayores apuros, hallándole siempre dispuesto á servirla porque servía en ello á su patria.

A las veinticuatro horas de haber sido nombrado para el ejército del Norte salió de Madrid, conferenciando en Valladolid, Palencia y Reinosa para activar la organización y envío de las fuerzas que debían formar parte del tercer cuerpo; conferenció diariamente en Santander con el general Villegas, armonizando en el plan de campaña; ocupóse con aquella actividad incansable que le distinguía en vencer el cúmulo de dificultades que oponía la clase de fuerzas que se iban reuniendo, las distancias de que acudían, pues hubo cuerpo que fué de Melilla, cambiando en Santander su antiguo armamento, teniendo que

aprender su uso, y hubo fuerzas, como las de la reserva de Valladolid, que tenían que terminar la instrucción del recluta. El ministro de la Guerra que se afanaba por enviar tropas, las sacaba de todas partes, y parecía reproducir la fábula de la antigüedad. Venciendo Concha infinitos obstáculos y los que el temporal por mar y tierra oponía, pudieron ir fuerzas á Castro y Laredo, enviando otras después Villegas por tierra con más economía, y el 16 llegó el marqués á Somorrostro, hospedándose en la misma casa que el duque, para no dilatar ni dificultar un instante sus conferencias.

CONFERENCIAS.—PREPARATIVOS

#### LXIV

El jefe de E. M. G. del ejército del Norte ha dicho: «que desde la primera conferencia manifestóse el marqués del Duero partidario de una operación combinada entre el cuerpo del ejército á sus órdenes y el que guarnecía la línea de Somorrostro, indicando que su movimiento fuera por el valle de Carranza, dominándolo á caer sobre Sodupe y Valmaseda, mientras que las tropas del primero y segundo cuerpo operaban por el puerto de las Muñecas, á partir de Castro y Otañes, y amagando sobre el campo atrincherado de San Pedro Abanto. Combatióse por el duque de la Torre este primer plan, que debilitaba nuestro ataque en todos los puntos, extendiendo demasiado la derecha que debía marchar aisladamente, para cuyas operaciones no se tenían fuerzas bastantes ni medios de transporte suficientes. Insistía el general en je-

feen que la más segura operación sería moverse los cuerpos de ejército en contacto para que pudieran auxiliarse mutuamente, extendiendo ménos la línea táctica, para que no faltasen medios, pues el principal objeto que se proponía el marqués del Duero de envolver el ala izquierda enemiga, obligando quizá á las tropas carlistas á rendirse ó cogerles gran número de prisioneros, era imposible atendiendo á lo accidentado del terreno, que facilitaba siempre á un enemigo práctico y conocedor el escapar por cualquier punto que se propusiera, y aun suponiendo que nuestras fuerzas pudieran por su número estrecharles en un círculo infranqueable, siempre tenían el recurso de trasladarse á la derecha del Nervion por los dos puentes que sobre la ría tenían; era, pues, imposible cortarles la retirada. Consultáronse planos, oyéronse pareceres y noticias de la gente práctica del país, recontáronse las fuerzas útiles, los medios de trasportes, municiones, etc., etc., y después de dos días de continua conferencia y discusión, marchó á Castro el general comandante en jefe del tercer cuerpo, dudoso todavía en lo ventajoso del plan que prefería el duque de la Torre, á su primitivo pensamiento; y como se verá en el curso de esta narración, todavía aceptado el plan del general en jefe, tuvo empeño y fué siempre objetivo del marqués del Duero el desarrollar su ala derecha, viniendo por último á atacar los montes de Galdames, obligado por la falta de fuerzas y de medios de trasportes, á pesar de que le facilitaron todos los que el ejército tenía.»

Dícese en la *Relación histórica de la última campaña del marqués del Duero*, después

de expresar las malas condiciones militares que reunía el campamento de Somorrostro, que contribuían á dificultar la formación de un plan de campaña todo lo eficaz que exigían la situación forzada á que las circunstancias había llevado al ejército liberal, y la apurada en que Bilbao debía ya encontrarse, y añade: «El marqués del Duero tendría que atender con el mayor esmero á salvar esta dificultad; y entre los dos planes que presentó al duque de la Torre, ambos apoyados en una misma idea, la de efectuar los movimientos del ejército de su mando sobre el flanco izquierdo de la línea carlista, quedó acordado se ejecutase el que por la formidable posición de las Muñecaz lo conduciría á retaguardia del enemigo, mientras las tropas de Somorrostro con sus maniobras y el fuego de sus cañones tratarían de hacer creer en un nuevo ataque de frente, extendiendo á la vez su ala derecha hasta que diese la mano con la izquierda del tercer cuerpo para flanquearlo y apoyarlo eficazmente en su ataque. Se comprende al momento que este plan era el ménos extenso de los presentados por el marqués del Duero, quien en distintas circunstancias hubiera, de seguro, dado la preferencia al que, alejándole más de aquel anfiteatro, en que parecía como encerrado el ejército entre las montañas más ásperas de Vizcaya y el Océano, le llevaría por Valmaseda á rebasar la línea fortificada de los carlistas, y cortarles, si le daban tiempo, la retirada. Pero este plan obligaba al ejército de Somorrostro á extenderse por su derecha á distancias que quizá no se hallaría en estado de cubrir, y se adoptó el anterior, más res-

tringido en la esfera de su acción, si bien, por lo mismo, podía llegar á ofrecer mayores peligros, toda vez que proporcionaba al enemigo la ventaja, para él inapreciable de conservar reconcentradas sus fuerzas y hacer más fácil, de consiguiente, la defensa de sus posiciones, con el inconveniente, además, de que no diera el fruto que el general Concha esperaba del que, por su grandiosidad y desarrollo, no sólo sorprendería á los carlistas, confiados en la debilidad de sus contrarios, tanto como en la robustez de sus líneas, sino que prometía mayores resultados con la probabilidad de pérdidas relativamente menos importantes »

Regresó á Castro el 18 el marqués del Duero, estableciéndose en la quinta de Miramar; revistó al día siguiente en las alturas de la Rompida la división del general Reyes, y ordenó que los jefes y oficiales y sargentos se unieran en el centro de las líneas; formaron círculo y les dirigió un sentido y entusiasta discurso diciéndoles entre otras cosas: «Los tercios de Flandes ambicionaban la reunión de los insurrectos para exterminarlos en una sola batalla; vosotros que no los cedéis en valor, teneis ahora esa fortuna que aquellos bravos veteranos no lograron, ni tampoco alcanzaron nuestros soldados en la pasada guerra civil. El triunfo es seguro, y es tan grande mi convicción, que así lo he manifestado en Madrid al venir á incorporarme á vosotros; las puntas de vuestras bayonetas nos abrirán en breve el camino de Bilbao. Las circunstancias en que hoy me encuentro me impiden batirme en las guerrillas, como tantas veces lo he hecho, y á esas huestes debo

nueve cruces de San Fernando: ahora presenciare cómo las ganan mis compañeros.» Victoreóse á España, al ejército, á la libertad y al general, reinando en todos gran entusiasmo y confianza.

En este mismo día 19 escribía Concha á Serrano que, con las nuevas noticias topográficas que había adquirido aumentaban sus esperanzas de dar una fuerte lección á los carlistas; que comprendiendo las dificultades que el Duque y Lopez Dominguez encontraban para alejarse de aquel campo y maniobrar por su derecha, se inclinaba al segundo de sus proyectos que encontraban mejor aquellos señores, el de marchar directamente á las posiciones de Avellaneda, cuyo flanco izquierdo sería envuelto por la división que fuese á Traslaviña; que creía le detuviese poco el paso de las Muñecaz, y una vez en Avellaneda, si fuese de día, enviaría una división por la cordillera, hasta el camino de Gueñes á Galdames de Suso, pudiendo Serrano tomar con menos pérdidas las posiciones de Galdames. Designaba los movimientos que á su virtud habían de efectuarse, y añadía: «V. me dirá lo que creen Vds. mejor, pues sabe cuánto deseo que nuestras opiniones sobre la operación lleguen á ser una misma.»

Por orden general del 18 en San Martín de Somorrostro, se organizó el ejército que mandaba en jefe el duque de la Torre, componiéndose de una división de vanguardia, mandada por el mariscal de campo don Romualdo Palacios, y tres cuerpos de ejército, mandado el primero por el teniente general Letona, el segundo por el de la misma clase Laserna y el tercero por el capitán general Concha.



La división de vanguardia y los cuerpos primero y segundo se componían de 35 batallones con la artillería é ingenieros, sumando 15.494 combatientes, y el tercer cuerpo de 26 batallones, un escuadron y 20 piezas de artillería con 16.596 hombres y 86 caballos, arrojando todas las fuerzas un total de 33.000 hombres de todas armas. Admirable conjunto dado el estado crítico del tesoro y la penuria de las circunstancias, que no fueron obstáculo para la inquebrantable decisión del ministro de la Guerra, al que no arredraban dificultades (1).

Corrió Concha á Laredo, y nos escribía el 21: «Estoy en extremo ocupado y sin descansar un instante, organizando los elementos tan diversos de este ejército y atendiendo á todos sus detalles, principalmente á la instrucción de los batallones de carabineros y guardia civil, que por primera vez se ven reunidos, y que van presentando muy buen aspecto, y están muy animosos como las demás tropas, ocupados en ejercicios diarios, y al mismo tiempo que los entretienen útilmente, les hace irse desprendiendo del sentimiento natural de haber dejado sus hijos, pues la mayor parte de los carabineros y muchos de los guardias civiles son casados. Estoy deseando emprender las operaciones, que tengo suspendidas por falta de transportes; creo que muy pronto podré empezarlas. Hablé muy largamente con el duque de la Torre y convinimos en apreciaciones hallándole en muy buenas ideas. Dios me dé suerte para poder pronto hablar con usted larga-

(1) Se enviaron además sobre 400 acémilas.

mente; en el entretanto disponga del buen afecto que le profesa su amigo y seguro servidor Q. B. S. M., Manuel Concha.»

En este mismo día dió una orden general acompañada de un oficio á los jefes de división, ocupándose de cuanto concernía desde el general al último soldado en el campo de batalla, y nos decía al remitírnosla. «Conozca usted al mismo tiempo el criterio con que yo considero ciertos detalles de la guerra» (1).

En constante correspondencia con el duque de la Torre sobre las operaciones que iban á emprenderse, deseaba siempre armonizar todos los pensamientos. Así le escribía el duque de la Torre el 22 de Abril: «Enteramente de acuerdo con las operaciones y opinión de usted. Cuando usted quiera nos veremos, y llevaré á Lopez Dominguez; á no ser que hubiese aquí algo urgente, en cuyo caso irá Lopez Dominguez solo. Combinaremos nuestras operaciones, y en mi movimiento se deben hacer las cosas de modo que no solo dé á

(1) «Si algun soldado, decia uno de sus párrafos, en los fuegos marehando disparase desde la retaguardia de la línea dando una prueba de aturdimiento ó poco ánimo, se le obligará á seguir con sólo un cartucho en el punto más próximo al enemigo, sin perjuicio de ser juzgado en consejo de guerra si hubiese causado alguna baja entre los que marchan en su puesto».

Y terminaba diciendo: «Por último, los jefes y oficiales no perdonarán medio de hacer comprender á sus subordinados que si alguna vez en la guerra basta dejar bien puesto el honor de las armas peleando con bravura y cerca del enemigo, en esta ocasión es indispensable conseguir rápidamente la victoria; pues solo así corresponderemos dignamente á los sacrificios que hace el país y la constancia y sufrimiento de la heroica Bilbao y de su donada guarnición».

usted la mano, sino que el enemigo se vea amagado por la espalda. Es indudable que aquí debemos romper el fuego tan luego como usted emprenda el movimiento, sea éste próximo ó lejano. Estoy en un todo conforme en cuanto manifiesta y dice.»

Lo que empezó á insinuarse el 4 de Marzo por el marqués de Sierra Bullones iba á ejecutarse completamente desarrollado por el del Duero. Podían otros haberle pensado y expuesto, como sucedió; no amengua esto la gloria de aquellos distinguidos generales, como no habría amenguado la de cualquier otro que hubiese ejecutado el mismo ó distinto plan, aunque varios jefes hubiesen coincidido (1).

(1) En un documento oficial se dijo al público el 1.º de Mayo, que el marqués del Duero había cooperado con su notoria pericia y altas condiciones militares, al más pronto y decisivo resultado de la campaña; y el marqués, contestando á la felicitación que le dirigió, le dijo: «No podré ocultar á usted, sin embargo, que me ha causado profundo disgusto, que usted, á quien siempre he creído mi amigo, se haya hecho eco, nada menos que en un *Boletín extraordinario*, de esas especies absurdas, que no se de dónde han salido, con las cuales se ha tratado, aunque inútilmente, de extraviar la opinión, harto ilustrada ya por la evidencia y pública notoriedad de los hechos.

Yo no he sido cooperador en el último movimiento. El plan seguido era uno de los que yo presenté, y que aceptó el duque de la Torre, que en su calidad de jefe del Estado no podía ser responsable de las operaciones. Claro es que siendo mío, había de reservarme toda la iniciativa, y por lo mismo no exigí de los otros dos cuerpos más cooperación que cañonear al enemigo para entretenerlo en sus posiciones de San Pedro Abanto, mientras que yo con el tercero me colocaba á su retaguardia.

El movimiento ejecutado por el tercer cuerpo hasta colocarse encima de Bilbao y obligar al enemigo á abandonar sus posiciones y levantar el sitio, ha costado 75 muertos y 705 heridos, mientras que la cooperación de

Empezó el 26 á mover Concha sus tropas, estableciéndolas en Buriezo, Limpias, Ampuero, Samano, Mioño y Oaton; trasladóse el 27 el duque de la Torre á Miramar á conferenciar con el marqués, algo molestado éste con una fuerte fluxión á la boca, y lo hicieron larga y minuciosamente, acordando los detalles para dar comienzo á las operaciones al siguiente día.

Concha con un batallón y el cuartel general marchó á Otañes, donde pernoctó el citado 27, pasando la noche sin dormir, contemplando el general desde el balcón de su alojamiento, á la luz de la luna, las formidables posiciones de las Muñecaz, que se elevaban á su frente, conferenciando á la vez con gente del país sobre detalles del terreno y dictando órdenes para el día siguiente (1).

los otros dos á quienes se pretende atribuir la mejor parte de esta corta campaña, sólo ha costado 12 bajas

Por esta simple comparación comprenderá usted hasta qué punto es injusto el parangón y el mal efecto que habrá causado en el tercer cuerpo ese empeño de atribuir á otros el éxito de una jornada que tiene la conciencia de haber decidido solo.

Si el duque de la Torre lo hubiera sabido, estoy seguro que no hubiese dejado circular tales especies, conociendo como conozco la verdad de los hechos.

(1) «Se hizo marchar el convoy directamente á Otañes desde Gurriezo y Limpias; pero el camino era de herradura y no permitía el tránsito de las carretas que hubieron de retroceder, por disposición del general Martínez Campos, á buscar la carretera de la costa y seguir á Castro el convoy conducido por tres batallones que se destacaron para custodiarlo.

»Este entorpecimiento ocasionó tal retraso para el convoy en su marcha, que hasta las doce de la noche no empezó á llegar á Castro la cabeza; inaugurándose, de este modo la serie de contrariedades que habían de proporcionar en estas operaciones el racionamiento y los trasportes».

Última campaña del marqués del Duero.

En el campamento de Somorrostro se dió aquel día la orden general, anunciando que al amanecer se rompiera el fuego en toda la línea, enumerando las prevenciones que se habían de observar, y los puntos que debían ocuparse.

## APRESTOS CARLISTAS

## LXV

Decididos los carlistas á conservar su línea, aguantaron el furioso temporal del 11 al 16, tan desastroso para ambos combatientes, pensando unos y otros en defenderse lo posible de la inclemencia del cielo (1).

No dudaban los carlistas que los liberales serian reforzados para no tener que retirarse; y cuando supieron la formación del tercer cuerpo de ejército, que se confería su mando al marqués del Duero, é interceptaron un parte en el que el general Lopez Dominguez decia al gobernador de Bilbao: «tenemos 24.000 hombres en Somorrostro y viene Duero con 16.000 para flanquear derecha, así que Bilbao será pronto libre», tuvieron ya la certeza hasta por dónde serian atacados (2).

(1) Leemos en un diario carlista: «El 15 por la tarde se presentaron en Gallarta algunas compañías vizcainas con un partidario, diciendo que aquella noche iban á atacar la posición de Memerea, aprovechando el abandono en que el enemigo la dejaba por el temporal, y procuraban hacerlo público para que ocupándolas el enemigo tuviesen ocasión de retirarse sin hacer nada, como lo verificaron».

(2) Y no sólo lo supieron por aquel escrito que tanto celebraron, sino por muchos periódicos de Madrid que aseguraban que no se atacaría de frente, sino por otra parte.

El 5 de Abril escribía Elio á Dorregaray que «si efectivamente hubiese un ataque general avanzando el enemigo por dos puntos tendríamos que retirarnos, y S. M. y la mucha gente que le sigue tendría que moverse y eso causaría un gran desorden y confusión no estando bien preparados para ello. Me parece que sería bueno hablar con la diputación muy en reserva y presentarles el caso de movimiento del enemigo, y si tienen almacenes ú otros objetos que se deban avanzar, hacerlo tranquilamente».

Se fueron adoptando providencias; el 16 las fuerzas vizcainas que estaban en la parte de Ciervana, marcharon con Andéchaga hácia Valmaseda, ocupando el tercero de Navarra las posiciones que aquellos dejaban, y se sustituyeron los antiguos parapetos con zanjas sin enfilas, que no dejaban espacio muerto, pudiéndose circular por ellas con comodidad sin que se descubriera una boina.

Acordóse el 18 quedara Larramendi sobre Galdames con dos batallones y pasase Velasco con otros dos á Carranza y Villaverde de Trucios, poniéndose en relaciones con Yoldi, que con dos cántabros ocupaba las Muñecaz.

Elio decia á don Carlos que estaba con bastante cuidado porque si le atacaban por Sopuerta ó Valmaseda y habia que oponerse en los dos puntos, en ambos serian débiles, y si sólo en uno la otra columna avanzaría. «Me ocupo de esto con los señores generales, y Andéchaga, como siempre, cree que esto importa nada».

Encargó Elio la línea de Somorrostro á

Dorregaray y se trasladó el 21 á Sodupe (1).

Cuanto más se extendía la línea carlista más se debilitaba; pues en vez de comprender como antes desde el mar hasta los altos de Galdames y las Muñecaz, se prolongó hasta Carranza y Santa Cruz de Arcentales; sobre tres leguas.

Larramendi, que había quedado en la línea de observación del enemigo, comunicaba á Dorregaray las noticias que recibía y las observaciones que le sugería cuanto observaba.

Algo enfermo Elio, llamó á su lado á Lizarraga, y juntos se trasladaron á Villaverde de Trucios y Arcentales para conferenciar con Velasco y Andéchaga, llegando también al mismo punto Aizpúrua con dos batallones. Elio mandó á Andéchaga, con otros dos á ocupar el puerto de las Muñecaz.

Componían el total de fuerzas avanzadas 11 batallones (2) que fué preciso extraer de la anterior línea.

(1) Escribía el 22 á Dorregaray, entre otras cosas: «Me escribe Velasco que está haciendo parapetos á toda prisa en los puntos por donde puede atacar el enemigo. Lo mismo sucede aquí con Andéchaga, de modo que si dan algún día más de tiempo, aunque con poca fuerza, se les hará buen recibimiento, porque no podrán emplear más artillería que la de montaña.

«Por la parte de las Muñecaz ó Carranza se presentaron ayer tres y hoy dos desertores: los cinco catalanes. Se ve que si esto se prolonga los catalanes se van á escapar todos.

»S. M. me ha honrado con una cartita, diciéndome que es preciso que impidamos el paso á los republicanos por ahí, y por aquí, y por cualquier otro punto que vayan. Téngalo usted entendido por la parte que le toca».

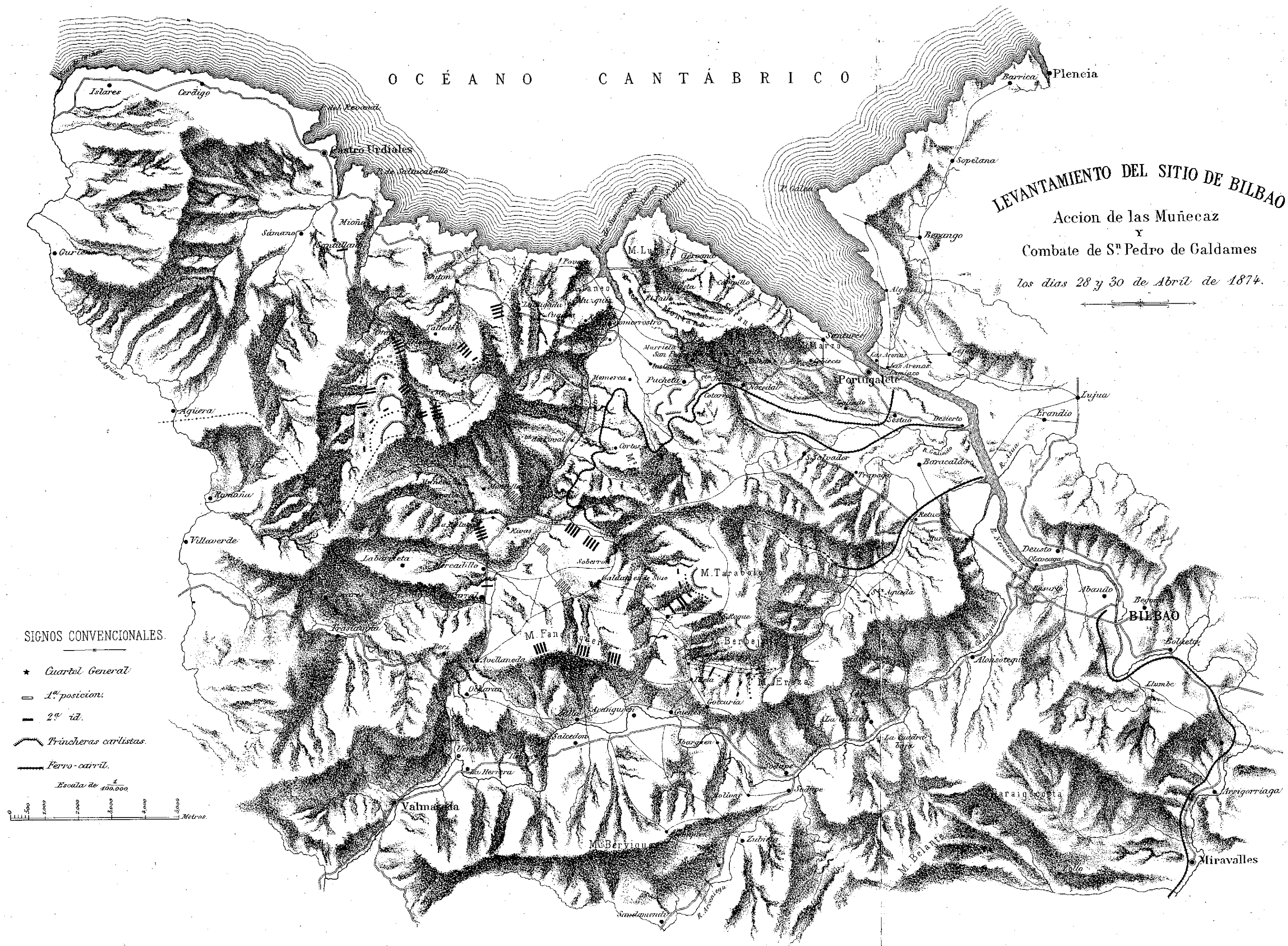
(2) Dos encartados á las órdenes de Andéchaga; la división castellana de cuatro batallones y una compañía de guías al mando de Velasco; el sétimo y octavo de Guipúzcoa, que constituían la brigada de Aizpúrua; la

Sostenía Elio contra la opinión de los jefes carlistas sus subalternos, cuando se hablaba de las operaciones, que Concha no cometería la torpeza militar de forzar el paso de las Muñecaz, que cuando más haría una tentativa para llamar la atención, pero que su objetivo debía ser Valmaseda; así que prescindió de aquellas posiciones, y si envió á Andéchaga con sus dos batallones á ocuparlas, fué más bien para que estuviera en observación del enemigo y le diera parte de sus movimientos.

Así, pues, el 26 estaban Andéchaga y Yoldi en Talledor y las Muñecaz, Aizpúrua en Villaverde, Velasco por Santa Cruz de Arcentales, hasta Carranza, y Elio y Lizarraga en Traslaviña ocupando el centro.

Habíase apoderado la división Echagüe en la mañana del 27, sin gran dificultad, del pueblo de Otañes, y al saberlo Elio al día siguiente, y no haberle duda de que la dirección de los liberales era á las Muñecaz, envió á su ayuda de cámara Simón con la orden verbal á Velasco para que mandara un batallón á reforzar á Andéchaga, previniéndole que Simón lo conduciría y colocaría en posición. Al ver Velasco tal informalidad, dudó cumplimentar la orden, y viéndola al poco rato confirmada por un ayudante, en vez de enviar un batallón marchó él mismo con el primero y segundo de la división, llegando á las Muñecaz en el momento de romperse el fuego.

de Yoldi de dos batallones cántabros y el primero de Aragón que tenía Lizarraga.



O C É A N O C A N T Á B R I C O

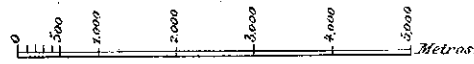
LEVANTAMIENTO DEL SITIO DE BILBAO

Accion de las Muñecaz  
 y  
 Combate de S<sup>n</sup> Pedro de Galdames  
 los dias 28 y 30 de Abril de 1874.

SIGNOS CONVENCIONALES

- ★ Cuartel General
- 1 1<sup>ª</sup> posicion.
- 2 2<sup>ª</sup> id.
- Trincheras carlistas.
- Ferro-carriil.

Escala de 1/100,000





## ACCIÓN DE LAS MUÑECAZ

## LXVI

Confiando en la victoria é impaciente por conseguirla, montó Concha á caballo al amanecer del 28, subió á la altura del pueblo ocupado la tarde anterior por Otal, apreció por sí mismo el conjunto de terreno, la situación de los carlistas y sus defensas, se ratificó en su plan de ataque, allí mismo previno lo conveniente á Martinez Campos que debía mandar la izquierda de la línea y regresó á Otañes para dar sus órdenes á los demás generales, y comenzar el ataque. Eran las cinco de la mañana y aún faltaban las raciones, cuya dificultad estuvo á punto de suspender el ataque para el día siguiente; pero su perseverante actividad salvó todos los obstáculos, y á la una y media de la tarde las tropas estaban racionadas y emprendían el movimiento. No se perdieron muchas horas; mas á no haber impedido la falta de raciones emprender antes el avance, éste hubiera sido menos costoso y más decisivo, porque se habría hallado solo á Andéchaga.

Concha había simulado el combate por Carranza, y mientras los carlistas acumulaban allí sus defensas, el ejército dejándolas á su espalda, se situaba entre Otañes y Castro para atacar las Muñecaz, estribación que se desprende de los elevados montes de Ordunte, dividiendo primero las aguas de los ríos Agüera y Somorrostro y limitando después por la izquierda el valle de este último hasta morir con él en el mar. Cruza esta cordillera por el alto de las Muñecaz la carre-

tera de Castro á Valmaseda, elevándose á los Retornos con un gran desarrollo en zigzag, salvando las alturas por el referido puerto de las Muñecaz entre el pico de Haya por la derecha y otro más elevado aún por la izquierda. Allí se halla la divisoria de las aguas y la de las provincias de Santander y Vizcaya y continúa la carretera por el alto y bajo con nuevas revueltas al Valle de Sopuerta.

Además de las excelentes posiciones que formaban los estribos de los cerros á derecha é izquierda del puerto, habían construido los carlistas grandes trincheras que era preciso conquistar. Envióse á Echagüe con la primera división de su mando al estribo de la derecha de la carretera hasta tomar el pico de Haya; á Martinez Campos á atacar las posiciones de la izquierda hasta apoderarse del otro pico, destacando la brigada Beaumont á ocupar el pue'lo de Talledo cuando el ataque de las alturas hubiera avanzado lo necesario para la mútua protección del movimiento; y Reyes con la tercera división permaneció en Otañes, como en reserva, para custodiar convoyes y hospitales, enviar municiones y preparar á las tropas el racionamiento del día siguiente.

Ordenada la marcha, se incorporó Concha á la primera división, encargada de tomar las posiciones que tenían los carlistas atrincheradas de frente y de flanco, aumentando la defensa el espeso bosque de robles que cubre en gran parte el terreno y sus rápidas pendientes. La operación no era fácil, y el calor sofocante de aquel día la hacía más difícil. No fué, sin embargo, grande el es-

fuerzo que hubo que hacer para tomar la primera posición, y ya en la segunda se empeñó seriamente el combate sin obtenerse resultado, hasta que dos batallones flanquearon la posición por ambos lados, quedando envuelta y tomada la trinchera.

Faltaba la última posición del pico de Haya, la más formidable, defendida á la mitad de su falda por una gran trinchera, y después por una rápida pendiente con espeso bosque de robles y jaras que ofrecían excelente defensa á los carlistas. Acababan de llegar los que guiaba Velasco, al que había avisado Elío, como dijimos; entró en fuego el batallón carlista de Arlanza, resistiendo á pecho descubierto, y conociendo Velasco que empezaban á escasear las municiones, le reforzó con el batallón del Cid, que subió á la carrera, desplegó una guerrilla por su izquierda y ayudó á los de Arlanza á sostener la posición. Solos aquellos dos batallones, que apenas contaba cada uno 400 plazas, sin esperanza de refuerzo y al descubierto, hicieron tan heroica resistencia que fué la admiración de todos. Allí mostraron una vez más aquellos bravos castellanos, que siendo los más desatendidos eran los más valientes.

Avanzaba la tarde, la tenacidad del combate hacía temer se dilatase hasta la noche; resolvió Echagüe cargar á la bayoneta, y á la cabeza, y dando él ejemplo, llegó á flanquear la posición; pero era penosa la subida, extrema la fatiga de las tropas; los carlistas resistían y cargaban briosos; los momentos eran supremos: Echagüe que ya se encontraba á mitad de la subida, no podía llegar á la cumbre; y Concha entonces, que estaba

viendo la tenacidad del combate, ordenó á Reyes el envío de algunas fuerzas, que no llegaron, é impaciente por la tardanza en tomar la trinchera y avisado por el brigadier Espina, que por su solo criterio consideró de necesidad reforzar las tropas de ataque, fatigadas por una subida de hora y media, se dirigió á su cuartel general diciendo: *Vamos todos*, y con el único batallón que allí quedaba fueron resueltos á la posición por una senda que aunque flanqueada por el fuego enemigo, era el único paso practicable. Exaltó su presencia el ánimo de las tropas; los rendidos de fatiga se levantaron para volver con nuevo ardor al combate; renació el entusiasmo, el jefe, los generales Echagüe, Vega Inclán y los brigadieres, batiéndose en las guerrillas con el batallón cazadores de la Habana que iba de vanguardia, y con los de Mallorca, Ramales, segundo de guardia civil y quinto de carabineros, se lanzaron á envolver al enemigo, recibiendo Concha una contusión de bala en el hombro derecho que le rompió la levita.

Martinez Campos encontraba obstáculos no menos difíciles de salvar, habiendo trinchera que fué tomada, perdida y vuelta á tomar hasta tres veces, venciendo al fin todos los obstáculos hasta apoderarse de la última posición de aquel lado, poco después que Echagüe coronaba las de la derecha, distinguiéndose el batallón de Marina.

«Temeraria, escribía Velasco en su parte y en carta al ministro de la Guerra, era la valerosa conducta que el Cid y Arlanza observaban, V. E. la habrá presenciado desde el sitio que ocupaba, y no dudo que habrá



merecido su aprobación: á las cinco y media el enemigo hizo correr algunas fuerzas por nuestra derecha fuera del alcance del fusil y de nuestra vista y con grande asombro mio, excelentísimo señor, los ví aparecer posesionándose de parapetos y montes sin encontrar resistencia de ningún género, y en puntos tan interesantes cuanto que le permitían, á juzgar desde donde yo miraba, posesionarse sin obstáculo, de la carretera, que debía conducirlos, dominándolo todo hasta Sopuerta. Desde aquel momento, excelentísimo señor, el enemigo tenía libre el paso á Sopuerta por la carretera, y mis dos batallones quedaban en una posición difícil, tanto más, cuanto que no tenían municiones y quedaba cortada mi comunicación con V. E., que era á quien podía solicitar me las diese: no quise, sin embargo, que el enemigo pudiera vanagloriarse nunca de haber hecho retroceder á los hijos de Castilla y continué sosteniendo la posición hasta anochecido, que les dí orden de trasladarse conmigo á Traslaviña, habiendo antes pedido al brigadier Aizpúrua me enviase desde la posición que cubría alguna fuerza, como lo hizo enviándome dos compañías de guipuzcoanos para con sus fuegos proteger la retirada de los dos batallones castellanos que no tenían un solo cartucho, como lo hicieron».

Andéchaga había desplegado otro de sus dos batallones en la extrema derecha, distante unos tres kilómetros de la izquierda, y lo mismo que Velasco, estaba en la creencia de que el centro, que en realidad era más quebrado y de ascensión más difícil, estaría ocupado por algunas otras fuerzas; mas como no

lo estaba, de aquí su asombro al ver dominada por los liberales aquella posición, que imposibilitaba á los carlistas de derecha é izquierda sostenerse en la que ocupaban, y se retiraron al amparo del valiente sétimo de Guipúzcoa, que llegó en aquel momento. Presenciando entonces Andéchaga, que acababa de dejar á Talledo, la distribución de municiones á sus fuerzas, recibió un balazo que le dejó sin vida.

Concha se enseñoreó de las alturas de Muñecaz y á Elio se le acusó de no haber concurrido con todas sus fuerzas á defender aquel punto (1). No tiene disculpa el creer que el ataque fuese una mera tentativa, y que la necesidad ó empeño de salvar á Valmaseda lo detuvieran en el valle de Arcentales, porque ni una ni otra razón pueden disculparle, supuesto que teniendo que describir en su marcha un círculo pequeño, hubiera podido salir con facilidad al encuentro del enemigo que tenía que describirlo mucho mayor.

El duque de la Torre envió oportunamente á Laserna, por la carretera de Sopuerta, y la división de vanguardia por los montes de Arenillas y Corbera á darse la mano con la izquierda del tercer cuerpo: Morales de los Ríos siguió por los estribos de la misma cordillera hácia el pueblo de Montellano, y por la izquierda de la carretera fué un batallón á apoderarse de las Córtes, como lo consiguió, así como la división de vanguardia tomar los montes hasta la cima de la cordi-

(1) Creyendo también el señor Arguila que podrían verse atacados por la extrema izquierda, proponía se hiciesen obras, que Elio no creyó necesarias.

llera, uniéndose con Martínez Campos; tomó Cassola las trincheras próximas á Montellano y quedó Laserna en la carretera á la altura de aquel pueblo.

La artillería de posición y la escuadra sostuvieron un terrible cañoneo.

Las pérdidas del tercer cuerpo ascendieron á 45 muertos y 436 heridos. Los carlistas tuvieron menos pérdidas y 24 prisioneros.

#### ACCIÓN DE GALDAMES

#### LXVII

Los carlistas quedaban rebasados, y se encargó á Lizarraga dirigiese la retirada; bajó á Sopuerta, y Elío se replegó con sus fuerzas á Galdames, siguiéndole Lizarraga.

Aquel mismo día, 28, mandó Larramendi retirar las reservas de la línea de trincheras, tanto para obtener la seguridad de que no serían atacadas, cuanto porque necesitaba prepararse para sostener un ataque por el flanco izquierdo á retaguardia.

Concha vivaqueó aquella noche en medio de las tropas, á pesar de la abundante lluvia que caía; mandó á los ingenieros habilitar la carretera para el paso del convoy de víveres, que llegaron al amanecer; se racionaron las tropas; esperó se le incorporaran las que esperaba, y aunque la lluvia y la niebla no le permitían en la mañana del 29 estudiar el terreno, creía decidirse á elegir el ataque á la izquierda, por el estribo que dominaba por la cordillera principal el valle de Galdames,

facilitando así el movimiento á Laserna y Palacios hácia dicho valle, pudiendo despues el marqués inclinarse á la derecha.

Terminado á la una de la tarde el racionamiento, movióse la brigada Molina sobre Avellaneda, marchando el mismo Concha con la vanguardia á reconocer el terreno y ordenar el combate. En el camino supo con sorpresa el abandono de Avellaneda y de sus posiciones; lo ocupó todo inmediatamente la vanguardia; esperó en el Carral la llegada de las demás fuerzas; visitó un hospital de la cruz roja lleno de heridos carlistas, á los que tranquilizó y facilitó auxilios, dejando una cantidad de su peculio particular para atender á las necesidades del establecimiento; avisó á Laserna la posición y que seguía el movimiento; envió á Echagüe á dominar el valle de Galdames para envolver la línea carlista y proteger la marcha que al día siguiente habían de hacer las tropas por un difícil desfiladero de tres horas que conduce á San Pedro de Galdames, y aquella operación dificultosa, y en medio de un temporal de agua y niebla, por terrenos escabrosos y en la oscuridad más completa, terminó felizmente á las doce de la noche, vivaqueando Echagüe con sus tropas en las ocupadas posiciones.

Martínez Campos se incorporó por la tarde con el resto de su división, y «todo hubiera estado dispuesto para el amanecer del 30, á no ser por la marcha difícil y lenta del convoy de carretas, que aún no había empezado á llegar de Otañes (1).»

(1) Última campaña del marqués del Duero.

Considerando Elío muy fácil la bajada de los liberales á Sopuerta, ordenó la misma noche del 28 su abandono, y al despuntar el 29 salió aquel jefe con los batallones cántabros y encartados, reuniéndose todos en Galdames. Se llamaron las fuerzas de Velasco y Aizpúrua; se envió á los coroneles Costa y Ferron á reconocer las posiciones y situar bien las fuerzas que estaban en San Pedro de Galdames, y se situó Elío en Güeñes, como punto céntrico.

Al ver Elío que Concha enviaba fuerzas en todas direcciones, dice el mismo que no podía saberse la que se proponía seguir, y destinó alguna fuerza á ocupar á Acibuti ó Lacigati entre Soberron y Urayaga, para que no pudieran, corriéndose por las Córtes, tratar de hostilizar el flanqueo de Larramendi. Y continúa diciendo Elío en el documento que tenemos á la vista (1). «Como no podía saberse, como digo á usted, la dirección en que el enemigo se proponía seguir su camino, para estar prevenido á todo evento y defender el portillo en que desemboca la carretera que va desde Galdames á esta villa, ordené que se escalonaran tres batallones bien posicionados en la derecha de dicho portillo con el señor brigadier Yoldi; el señor general Velasco vino á este pueblo con tres castellanos y uno guipuzcoano que se le reuniría, y le mandé que destinase otro para evitar que fuera flanqueado por la gran altura de la izquierda. A las tres y media me avisaron que se había decidido la marcha de ellos por la carretera de

(1) Carta escrita á Dorregaray desde Güeñes el 30 de Abril.

Sopuerta á Valmaseda, y comprendiendo que el batallón que había de enviar el señor Velasco á la altura de la izquierda llegará tarde, los reconcentré todos aquí y empecé á observar la marcha que llevaban. Una fuerte columna ocupó la altura de la Magdalena, habiendo dejado la carretera de Valmaseda y metiéndose en la montaña. Esta altura domina todas las vertientes y por lo mismo tiene fácil acceso por todas partes, y he resuelto hostilizarlos aquí alguna cosa y trasladar la defensa á Sodupe. Toda la noche los hemos tenido y tenemos en la actualidad muy cerca. Ya presumía yo lo que V. me dice del terrible cañoneo sobre esas posiciones, porque estuve oyéndolo todo el día. Me alegro mucho que el brigadier Alvarez haya escapado tan milagrosamente, y siento sus heridas leves, del mismo modo que las de Gome-rain. No le pido á usted fuerzas, aunque me hacen muchísima falta, por no debilitarlos á ustedes.»

Lo situación de Concha en Sopuerta, nos dice un jefe carlista, no empeoraba la nuestra en la línea de Somorrostro y sitio de Bilbao, porque considerábamos imposible rebasar nuestra ala izquierda apoyada en la elevadísima sierra de Córtes y Galdames, si como era de suponer hubiese destacado Elío algunos de sus batallones á defender los senderos casi impracticables que los liberales tenían que forzar para ascender á ella. Mucho peor para nosotros, añade, hubiera sido si el general Concha, reconcentrando sus fuerzas hacia la parte de Bribiesca las hubiera trasladado rápidamente en ferro-carril sobre Victoria y desde allá por Villarreal nos hubiera

tomado el puerto de Ubidia, adelantando algunas escalonadas al valle de Arratia para cortarnos las comunicaciones con el interior de las provincias, en cuyo caso nos hubiéramos visto, por falta de subsistencias, precisados á levantar el sitio y retirarnos de la línea, en donde muy trabajosamente se racionaban las tropas.»

El movimiento de Concha desde Sopuerta por la carretera de Valmaseda desconcertó á Elío, haciéndole volver á su temeraria inspiración de que aquel movimiento era para dirigirse sobre Valmaseda; así que abandonó á Galdames y descendió precipitadamente á Güeñes, donde se detuvo con todas sus fuerzas, porque recibió parte de que los liberales que marchaban por el camino de Valmaseda se habían posesionado de un cerro á la izquierda de la carretera á unos tres kilómetros de Sopuerta; desde cuya posición descubrirían á Galdames, la vega de Güeñes y la carretera hasta cerca de Valmaseda.

Los carlistas tenían los puentes de Güeñes minados y dispuestos á volarlos.

Conferenció en la noche del 29 con el marqués del Duero el ministro de Marina señor Topete, en nombre del duque de la Torre; al amanecer del 30 no había llegado más que una parte del convoy, que tenía ocupados cuatro batallones, y hasta las dos de la tarde no pudo emprenderse el movimiento, dejando á retaguardia la artillería Krupp por imposibilidad de conducirla. Emprendióse con siete batallones la marcha sobre Galdames; pasaron por el desfiladero y llegaron á San Pedro á las cinco y media de la tarde sin ser hostilizados. Adelantóse Concha, recono-

ció las posiciones en que el enemigo desplegaba sus fuerzas, ordenó á Martínez Campos ocupase los caseríos de los dos escarpados cerros que forman la estrecha garganta en que termina el pueblo; avanzó Soria á ocupar el pico de Erezala, Marina, y uno de Tetuan la altura pico de la Cruz, empezó á la mitad de la subida el tiroteo de guerrillas, que fué tomando cuerpo, y antes de anoecer se había empeñado un combate formal.

Continuando en este día Elío en Güeñes con sus fuerzas, temerosos los generales inmediatos de lo que iba á suceder, fueron á su alojamiento y le expusieron la necesidad de volver á ocupar á Galdames, ofreciéndose Velasco á defender con su división el pueblo y los senderos que conducen á la sierra, y Elío les contestó que el enemigo había iniciado su movimiento y que muy pronto lo continuaría hacia Valmaseda, y que para oponérsele necesitaba todas las fuerzas; razón por la cual no se desprendería de un solo soldado para contenerle en una ascensión temeraria, que ni siquiera trataría de intentar. Como resultado de las muchas observaciones que le hicieron cedió por fin, dando orden para que volviera á Galdames una compañía de Castilla, disponiendo Velasco fueran dos, en consideración á su escasa fuerza; así que al comenzarse el ataque á Galdames no le defendían sino aquellas dos compañías, que tendrían poco más de 100 hombres, viéndose precisados á retirarse, después de una corta resistencia, á ocupar los senderos que conducen á la sierra.

Elío estuvo verdaderamente desorientado,

pues la multitud de confidentes y varias parejas de caballería que tenía apostadas, daban noticias de movimientos por todas partes, y aquel jefe carlista pasó casi todo el día sobre el puente de Güeñes, examinando con su antejo los movimientos de los liberales, recibiendo confidencias, leyendo partes y sin saber á punto fijo á qué atenerse. Al fin apareció claramente á los carlistas en toda su extensión el plan de Concha, hábilmente preparado y oculto hasta entonces.» Era audaz si no sabía la escasez de fuerzas que teníamos por Galdames; pero si como es de presumir sabía que sólo un batallón podía oponérsele, en el acto, era casi marchar sobre seguro. De todos modos, cuando nos convencimos del objeto de los enemigos, al menos cuando ya se vió, era tarde para remediar el daño. El enemigo iba, al romper para aquella parte, á dividir nuestro ejército interponiéndose entre las fuerzas de Dorregaray y las nuestras, y corriéndose por los montes sobre Castrejana antes que aquellas se retirasen de la línea de San Pedro Abanto, iba á encerrarlas entre el mar y la ría y á coparlas allí. Nunca se vió ejército alguno en mayor peligro que aquella noche, ni nunca el heroísmo de unos pocos salvó á los muchos de una catástrofe» (1).

En las líneas de Somorrostro se había roto el fuego de artillería al amanecer del 29; el jefe de estado mayor general se dirigió con su escolta á Montellano, comunicó á Laserna las instrucciones del general en jefe, para que reconcentrase sus tropas en la margen

izquierda del Somorrostro, siguió el jefe de estado mayor general hasta la cumbre de la cordillera que ocupaba la vanguardia, dispuso lo conveniente, descendió á unirse con Laserna en las inmediaciones de Montellano, regresó á Somorrostro á dar cuenta de su cometido, marchó también el general en jefe con su cuartel general á Montellano, reconoció las posiciones de Galdames, ordenó á Laserna que al amanecer del 30 ocupase la derecha del río Somorrostro, los caseríos de aquella parte y la línea férrea de Galdames, desde cuyas alturas molestaba el fuego que hacían los carlistas en algunas trincheras que defendían los accesos á las cumbres en la dirección que debían llevar por el centro de su cordillera, que era el objetivo de Laserna, y á virtud de las noticias que éste y el duque recibieron de Concha, envió Serrano al ministro de Marina, como vimos, y regresó el general en jefe al campamento de Somorrostro, imponiéndole Letona del fuego de artillería y fusilería que se había sostenido durante el día en las líneas de las Carreras, Murrrieta y alturas del monte Triano.

Larramendi, que vió el 29 marcado el movimiento de los liberales, mandó al amanecer del 30 al comandante Hernández con cuatro compañías del primero de Guipúzcoa á hostilizarlos en las posiciones del Cerco, y al teniente coronel Mora que recorriendo la línea que trazaba el enemigo, en su movimiento envolvente, viera si estaban cubiertos todos los pasos accesibles y diera conocimiento á Elío de lo que se hacía. Todo lo aprobó Elío.

Dorregaray, muy disgustado porque «ni

(1) La campaña carlista, por Hernando.

Elio, ni Lizarraga, ni Velasco, ni ningún otro se ocuparon de hacerle saber lo sucedido para que tomase las urgentes disposiciones que tan gravísima situación exigía; adquiriendo los detalles por los dispersos y paisanos, envió al teniente coronel Oriol en busca de Elio, á pedirle órdenes (1)», y manifestó en tanto á Larramendi por telégrafo, la necesidad de tomar disposiciones para levantar la línea, pues su posición podía ser atacada por retaguardia, y le ordenó defender aquella posición á todo trance.

Tomó Larramendi algunas disposiciones; vió que los guipuzcoanos continuaban defendiendo sus puestos, y avanzando sobre la carretera de Bilbao á Valmaseda por Sopuerta,

(1) «Con Elio estaban Lizarraga y Velasco, y ninguno de los tres sabían lo que debía hacerse. Oriol insistía en que le dieran pronto una resolución, pues ya era la una de la madrugada... Inútil insistencia: ellos creían que no urgía tanto, y á las dos de la mañana salió Oriol sin haber conseguido ni noticias ni instrucciones para Dorregaray.

»Este, que vió la inminencia del peligro, dispuso en el poco tiempo que ya quedaba, hasta el amanecer la retirada de todas nuestras fuerzas; y gracias á él se salvaron éstas, pues á haber esperado la resolución de Elio ó de don Carlos que se había trasladado á Durango, irremisiblemente hubieran sido hechas prisioneras».

Dorregaray y la traición del centro, por don Antonio Oliver.

Y dice el ayudante de Lizarraga, señor Hernando:

«Al empezar el combate nocturno, Elio, volando los puentes de Güeñes, fué á Sodupe, donde recibió noticia de que también eran atacadas las posiciones de Larramendi; supo que el general Dorregaray opinaba por retirarse á la segunda línea, y vió que en efecto era imposible sostenerle. Entonces hizo que Lizarraga escribiese á Dorregaray la orden de retirarse de la línea de San Pedro Abanto á la de Castrejana, operación que afortunadamente ya este general había empezado á hacer antes de ordenársela, porque el tiempo apremiaba».

cogieron 16 acémilas cargadas con granadas, una cantinera y algunos soldados; se establecieron baterías al flanco de Larramendi para hostilizar sus posiciones; supo á las dos y media que los liberales subían á su posición por San Pedro de Güeñes; se adelantó á su encuentro, llegando con tanta oportunidad, que se hallaba el enemigo á más de media cuesta; seguía avanzando, y lanzó sobre él 10 compañías á la carga, obligándole á retirarse con poco orden hasta el otro lado del río, con pérdida de algunos muertos y 10 prisioneros de diferentes cuerpos.

Entrada la noche dejó al teniente coronel Eguileta acampado en la posición; se trasladó á la línea de trincheras; envió á Dorregaray los prisioneros y el parte verbal del hecho de armas, advirtiéndole que no por haberle sido ventajoso había evitado el peligro de verse envuelto, y que si antes de media noche no recibía orden de levantar la línea lo haría por necesidad.

Con el alba del 30 rompió el fuego la artillería de la línea de Somorrostro, trasladóse el general en jefe á Montellano, tomó Laserna á viva fuerza los caseríos de la izquierda de Somorrostro ocupando el ferrocarril de Galdames; en vista de los movimientos de Echagüe ordenó el duque á Laserna se dispusiera el ataque de los montes en cuyas faldas se encontraba, enviando por el centro y la derecha á la división de vanguardia y por la izquierda á Morales de los Ríos, quedando otra en reserva, debiendo todas las fuerzas reunirse en el alto de Peña Lampa; coronaron bizarramente las tropas liberales las alturas donde Laserna y Palacios

habían de concentrarse; acamparon en la cordillera ya dominada y lo participaron al general en jefe que había dirigido la operación desde los caseríos de la falda del monte en la derecha del río de Somorrostro.

Ya vimos que la ascensión á los picos de Erezala y de la Cruz, se había convertido en combate formal, especialmente en el pico de la izquierda, donde atacaba Martínez Campos, entablándose una lucha desigual, cuyas dificultades aumentaban la noche y lo escarpado del terreno; batíase allí el batallón de Cruzados, cuarto de Castilla, mandado por el joven y valeroso Solana, que hizo de aquel batallón, de pocas plazas, uno de los mejores del ejército carlista. Allí pelearon hasta con heroísmo (1). Fatigadas las tropas

(1) «Atacados por fuerzas tan superiores, que ni siquiera las podían contar, los bravos castellanos las rechazaron por tres veces, y otras tantas, cargaron á la bayoneta sobre ellas, las causaron grandes pérdidas y las cogieron algunos prisioneros. A temerizados ante esta defensa tan heroica, suspendieron los republicanos el combate por algún tiempo, y viendo que no había manera de tomar de frente aquellas posiciones, favorecidos por la oscuridad de la noche, envolvieron á los castellanos, se acercaron á ellos gritando ¡Viva el rey! para que creyeran que los que por retaguardia venían eran carlistas que les llegaban de refuerzo, y cuando estuvieron encima se lanzaron sobre ellos á la bayoneta. A pesar de esto, los castellanos defendieronse largo rato como leones, trabándose un encarnizado combate cuerpo á cuerpo, y á tiros, bayonetazos y hasta mordiscos, pelearon mientras les fué posible. Envueltos en fin, y agobiados por el número, dió su jefe la orden de dispersarse, y así lograron casi todos bajar con Solana á eso de la una y media á Sodupe. El combate había durado desde las siete hasta las once y media de la noche, y había costado infinidad de gente á los enemigos; pero la pérdida de los altos de Galdames nos obligaba á levantar la línea de San Pedro Abanto. La resistencia que habían hecho los castellanos,

liberales hubo que darlas descanso, suspender el avance y limitarse á sostener la posición á donde se había llegado, para poder más adelante restablecer el combate.

Más afortunada la derecha, reforzada con un batallón de Leon, mandado por su comandante don Eduardo Gonzalez y Ferrer, que substituyó al coronel, herido, avanzó venciendo dificultades, y en medio de la oscuridad de la noche, que hacía resaltar más la línea de fuego, que á manera de cinta rodeaba el vértice de la cónica montaña, consiguió al fin coronar á las diez las escarpadas cúspides de aquellas casi inaccesibles alturas sobre las cuales todavía tuvo que sostener un combate de media hora. A las diez y media de la noche eran dueñas las tropas liberales de aquellas formidables posiciones, iluminando en aquel momento la luna las ensangrentadas rocas de su cúspide.

Cincuenta muertos y unos 200 heridos costó al tercer cuerpo esta victoria. Los carlistas dejaron unos 22 cadáveres.

Laserna ocupó los altos de la cordillera que abandonaron los carlistas, tuvo unas 12 bajas, y Palacios al posesionarse de la altura de Peña Lampa, experimentó corto número de bajas en muertos y heridos.

El tercer cuerpo estaba ya á retaguardia de la línea carlista. Bilbao podía considerarse libre, y era tan grande la derrota que experimentaban los carlistas como inmenso el triunfo de los liberales. Y aún podía ser

con la que habían retrasado cinco horas el avance de los republicanos, salvaba al ejército de Dorregaray de caer prisionero.

Campaña carlista, Hernando.

mayor, á seguir cometiendo aquellos los errores que hasta entonces se habían cometido, y de los que todos se lamentaban.

MOVIMIENTOS CARLISTAS—LÍNEA DEL CADAGUA  
LEVANTAMIENTO DEL SITIO DE BILBAO

### LXVIII

Con la posesión de Galdames inutilizó Concha y puso fuera de combate las fuerzas de Elío, quien comprendiéndolo así se trasladó á Sodupe; posición que con sólo dos batallones situados en las trincheras que se habían abierto en las dos laderas le hubiera sido, si no imposible, muy difícil al marqués del Duero forzar el paso de aquella dificultosa garganta, cuya carretera conduce por Alonsótegui á Castrejana.

Los movimientos que dispuso Larramendi fueron de valer y obtuvo con ellos algunos resultados; pero le era imposible impedir el triunfo de sus enemigos. Suponiendo que las fuerzas de Elío defenderían la subida por la parte que se efectuó principalmente, cuando supo que estaba ya dominada la altura, optó por el único partido que le quedaba para salvar sus fuerzas, cual era el de operar en retirada sobre Ortuella. Ordenó á Boét que á media noche reconcentrase todas las fuerzas, retirándose á las minas de Somorrostro, en unión de Berriz; quedó Larramendi á retaguardia con el resto de las fuerzas para detener al enemigo; comunicó su determinación á Dorregaray, y que los liberales ocupaban el pico de la Cruz, por lo que no podía atacarles al día siguiente en la altura de San Pedro, como era su propósito; reconcentró

sus fuerzas para ponerlas al abrigo de toda sorpresa, y á las dos y media de la madrugada del 1.º de Mayo regresó el último de los ayudantes que mandó á Dorregaray, siendo portador de la orden de dirigirse Larramendi al puente de Castrejana, y añadió que todos los batallones habían emprendido la marcha. A las siete de la mañana llegó Larramendi á aquel punto donde encontró á Dorregaray que le mandó trasladarse á Banderas.

Elío pudo remediar sus muchas y grandes faltas enviando inmediatamente de su llegada á Sodupe, cuatro de sus batallones á tomar la sierra de Galdames, y como trascurrió más que el tiempo que se necesitaba para hacer esta marcha, no llegaron oportunamente para molestar cuando menos á los liberales en su difícil cuanto temerario avance; no haciéndolo, la situación de los carlistas en la línea con el enemigo á retaguardia era imposible (1).

(1) Si el general Elío, dice un jefe carlista, no hubiera dado en todos tiempos tan señaladas pruebas de su acrisolada lealtad, habríase sospechado que en aquellas operaciones había obrado en connivencia con el enemigo; lejos de mí el pensamiento de emborronar su brillante historia con la infame mancha de desleal. El general Elío no hubiera cometido tan graves faltas si el estado de su salud no hubiera impreso en su carácter, demasiado inerte siempre, la flojedad y abandono que le dominaron en los últimos meses de su existencia».

No hubo, en efecto, el menor asomo de deslealtad en Elío, el último en retirarse, pues no quedando en Sodupe más que él con Lizarraga y sus respectivos ayudantes, dijo Elío: «retírese usted también Lizarraga, y llévase su E. M. y el mío; quiero quedarme solo con mi ayudante para que conste que fui el último en retirarme.» Y así lo hizo, incorporándoseles á la media hora en Alonsótegui.



En su alojamiento de Nocedal se hallaba Mendiry sin acostarse esperando noticias de Larramendi, cuando sobre la una de la madrugada llegó uno de sus ayudantes á decirle que los liberales acampaban en lo más encumbrado de la sierra y que él se retiraba sobre Ortuella. Hizo salir á escape á su hijo á participar esto á Dorregaray, situado en San Salvador del Valle, regresó á las dos con Oliver, y en el mismo instante los ayudantes de Mendiry á comunicar la orden de retirada, pudiendo á las siete de la mañana trasladarse con el último batallón desde Nocedal á Castrejana.

En las alturas Martínez Campos y Reyes el 1.º de Mayo, quedó Concha en Galdames esperando un convoy de heridos y las raciones que tardaban en llegar por el mal estado de los caminos. Era la una de la tarde; no había sido posible ponerse en movimiento, y conociendo Concha la importancia del tiempo, y que era preciso llegar á Bilbao oportunamente para impedir al enemigo su retirada por el Cadagua, marchó con la primera división, uniéndose en las alturas con la segunda y tercera, que le recibieron con grandes aclamaciones.

La línea de Cadagua, tan célebre en la guerra de los siete años, era la esperanza de los que no la habían visto desde entonces, ni habían hecho su estudio con relación al alcance de las armas modernas, y seguramente que Lizarraga que tiempo antes había ido á allí á prepararla, no reconoció mucho aquellas posiciones. Así decían algunos que allí podían estar otros tres meses, pues Concha no había conseguido más que

hacerles cambiar de línea; con este objeto se habían construido parapetos y fortificaciones (1). Pero no parecía Elio estar muy animado por ninguna resolución, cuando ya el 30 escribía á Dorregaray: «Vamos á marchar; no se dónde nos llevarán».

En el lado izquierdo no había defensa alguna: en la cumbre de Santa Agueda, que limita la cordillera, se colocaron dos compañías castellanas con orden de retirarse cuando el enemigo fuese, haciéndolo por el puente que el batallón de Segura tenía orden de defender.

Al llegar Mendiry á Castrejana situó los cuerpos por orden de Dorregaray; esperaron á Elio, que llegó una media hora antes de anochecer, y al preguntar á Mendiry cómo encontraba aquellas posiciones, contestóle que detestables, y que si se vieran precisados á permanecer allí veinticuatro horas, se terminaría la guerra.—«¡Hombre! le replicó Elio, eso es mucho asegurar: en la guerra de los siete años, estas posiciones no las pudo tomar el enemigo, á pesar de sus esfuerzos.—Con la artillería de entonces, añadió Mendiry, serían muy buenas, pero hoy son indefendibles; además, el enemigo no necesita tomarlas ni exponer sus fuerzas para destruirnos; antes de anochecer ha de ver V. desplegar sus baterías de montaña sobre toda esa

(1) En la orilla derecha del Cadagua, donde mandaron colocar al coronel Segura para defender el puente Castrejana, había bastantes parapetos mal contruidos y enfilados muchos desde la pendiente opuesta, y entre él y Junquera construyeron los indispensables para defender el paso, y obstruyeron el puente con árboles, por si la voladura que se estaba disponiendo no daba resultado.

cordillera que tenemos al frente, y á poco más de medio tiro. Esta tarde hemos podido ocultar nuestras fuerzas á Bilbao, y no obstante hemos experimentado bastantes bajas, y mañana, que si se las ocultamos al enemigo, tendremos que descubrirlas á las baterías de la plaza, y que de ningún modo las podremos poner á cubierto de los fuegos de flanco que indudablemente nos harán algunos buques de la escuadra estacionada á la entrada de la ría, será deliciosa nuestra situación sin poder oponer al enemigo ni una sola pieza, ni causarle el menor daño».

Al concluir estas palabras comenzó á entrar en línea al frente de los interlocutores la artillería liberal, según lo había previsto Mendiry. Entonces Elío, dirigiéndose á Dorregaray, le preguntó qué opinaba: contestóle que lo mismo que Mendiry, y exclamó: Esto es muy grave, don Antonio; vamos á ver á su majestad, que debe estar en Zornoza, para hacerle comprender la necesidad de abandonar estas posiciones, y V., Mendiry, espere órdenes, pues para la media noche se le podrá comunicar lo que se determine.» Dos horas después recibió Mendiry lo orden de don Carlos para la retirada, autorizándole para que la realizara en la forma, medios y sobre los puntos que creyera más conveniente, confirmada esta orden por un autógrafo de don Carlos, que recibió á las cuatro de la madrugada. A las dos de la misma atravesaba Mendiry el puente de barcas con el último batallón. Los carlistas estaban todos en plena retirada, levantado el sitio de Bilbao, triunfante el ejército liberal.

Su general en jefe, al amanecer del 1.º de

Mayo, visitó con su cuartel general las posiciones de San Pedro Abanto, Santa Juliana y Montañó, y en el mismo San Pedro consideró el duque que la principal recompensa del valioso triunfo que se conseguía, correspondía al general Zavala, al ministro de la Guerra, que supo reunir los múltiples y poderosos elementos con que se venció, y sin consultarle, porque no habría aceptado, como de ello tenía recientes pruebas, le nombró capitán general de ejército, con aplauso del país liberal, y gloria digna para el duque.

Proveyó Serrano solícito á cuanto el ejército necesitaba y para que siguiera avanzando: ordenó á Laserna ocupara á Portugalete, á donde marchó el general en jefe á las doce del día (1), siguiéndole Letona, quedando Andía en Somorrostro para levantar el campamento, y minutos antes de entrar en Portugalete la vanguardia de Laserna, los buques rompieron las cadenas y demás obstáculos que impedían la entrada en la ría. Se ordenó el pase de algunos batallones á la derecha del Nervion, y atendió el general en jefe con diligente esmero á cuanto las circunstancias exigían, no olvidando avisar á Bilbao mandando izar en el alto de Campanzar la bandera nacional, saludada con 21 cañonazos de las piezas de más calibre.

Al hallarse Concha en la altura de Santa Agueda aclamado por el ejército, vió coronados sus esfuerzos: conseguido su triunfo,

(1) Al dejar el campamento de Somorrostro, en orden general al ejército refirió las operaciones que se habían efectuado, y le daba las gracias en nombre de la patria y del gobierno por su comportamiento y virtudes.

felicité y dió la mano á los jefes de los batallones de Soria y de Leon que tan bravamente ganaron las alturas de Galdames, y adelantóse á la vanguardia de Martínez Campos, que cambiaba algunos tiros con las guerrillas carlistas que protegían la retirada de aquellas fuerzas, dirigiéndoles aún Concha algunos cañonazos, que avisaron á la vez á Bilbao.

Hasta las doce de la noche duró la marcha del tercer cuerpo, desde San Pedro de Galdames á las alturas de Santa Agueda, conibiéndose apenas una marcha de 23 batallones y 20 piezas por senderos impracticables, descargando con frecuencia la artillería por imposible su tránsito en los mulos, y ante un enemigo tan vigilante como el carlista, sin igual en el arte de aprovechar los accidentes del terreno, y teniendo que marchar uno á uno á la desfilada durante doce horas. Gran daño pudieron haber causado los carlistas con sólo hostilizar desde las crestas que dominaban el sendero que llevaron las tropas liberales. No se ocultaba al marqués, sin embargo, por las indicaciones de su vanguardia y del flanqueo, que se hallaba su derecha despejada de enemigos, protegida su izquierda por las tropas del duque de la Torre, que estaba muy quebrantada la moral de los carlistas, y realzada la confianza de sus soldados. La gran pena de Concha fué no haber hecho un buen número de prisioneros; pero siempre tropezaba con la dificultad de provisionar el ejército.

Los carlistas habían ordenado aumentar aquella noche el bombardeo sobre Bilbao para ocultar su retirada. Esta, aunque precipitada

en algunas fuerzas, fué ordenada en general (1).

Aún se pensó en resistir en otros puntos, y se mandó á Larramendi reconociese y preparase la defensa de la línea del río Azua: la reconoció con Berriz, ofició desde Banderas que era insostenible por carecer de defensas, pues las que había eran pocas y de malas condiciones para resistir el fuego de los cañones liberales; que la orilla del río Azua, como la falda y altura de Banderas no tenían obra de defensa capaz de resguardar una

(1) Al pasarse la ría por Zornoza se acercó Mendiry al señor Montoya, coronel del tercero de Navarra, manifestándole su deseo de que se quedara el último. Fueron marchando los demás batallones, y á las nueve de la noche se encontraba solo aquel batallón con Mendiry, impaciente éste porque no llegaban algunas fuerzas que faltaban; conociendo también Montoya y su gente el peligro que arrostraban, aunque trataba aquel de disimularlo inspirando confianza. Acercáronse en esto los dos capellanes del batallón que habían pasado la tarde durmiendo, y la noche, la soledad y la luna tan clara les inspiraba temor, y dijeron al coronel de modo que lo oyesen los oficiales y soldados que estaban próximos: «¡mire usted que estamos solos y el enemigo cerca!» gritóles el jefe y los mandó á rezar. Los batallones de Zalduendo no llegaban, se envió otro ayudante á buscarlos. Situó bien Montoya á su gente, llegaron por fin á las diez de la noche las fuerzas esperadas, disculpando Zalduendo la tardanza con la hora á que había recibido la orden, y la distancia.

Pasadas estas fuerzas, rompió el tercero la marcha de once á doce de la noche; la luna clarísima y el enemigo cerca; tuvo que mandar ocultar los cañones de los fusiles, marchando por un camino de herradura, descendiendo y aproximándose al enemigo; el caballo del capellán don Juan Bosch pisó un cartucho que se disparó, lo cual produjo mal rato, y poco faltó para que no hubiera podido pasar la ría el batallón. Habíase alejado el capitán Iribas, buscando algo de comer, y encontrándose próximo al puente, impidió que lo incendiaran creyendo había pasado el tercero de Navarra.

compañía, y sin discusión se dispuso la retirada de Banderas después que lo verificase la artillería del sitio de Bilbao, encargándose Larramendi de escalonar las fuerzas hasta Larrabezua.

Al continuar el 2 su marcha el marqués del Duero, se le presentaron tres jóvenes auxiliares de Bilbao, avisando la retirada de los sitiadores, la quema del puente de Castrejana y la cortadura del de Burceña. Avisó por su ayudante el coronel Astorga al duque de la Torre lo que ocurría; que iba á pasar el Cadagua, y que le esperaba en las afueras de Bilbao para que entrase á la cabeza de las tropas: contestóle el duque, poniéndolas todas á su disposición, puesto que iba á quedarse de general en jefe del ejército; que el marqués entrase el primero en Bilbao, pues quería tuviera aquel honor el general distinguido que tanta gloria había conquistado, y que el duque no entraría hasta la tarde; y para desvanecer hasta el último escrúpulo de compañerismo y de consideración por parte del marqués hacia el jefe del Estado, el duque, impulsado por uno de esos nobles sentimientos que le son tan comunes, ordenóle al mismo tiempo por medio del conde de Paredes de Nava que entrase en Bilbao con sus tropas sin aguardarle. Así lo hizo Concha á pie al frente de sus soldados, recibidos con entusiasmo: causó nuevo júbilo la llegada de Serrano, que desembarcó después en el Arenal, abrazándose ambos generales, siendo seguramente cordial aquel signo elocuente de la armonía que entre ambos reinaba entonces, para bien de la patria.

Quedóse Concha al frente del ejército, de-

positando en aquel general el duque de la Torre toda su confianza, y éste regresó á Madrid, donde fué recibido con arcos, flores y colgaduras, diciendo con loable sinceridad á los que en la estación le victoreaban: AL GENERAL ZAVALA SE DEBE TODO.

VARIACIÓN DE POSICIONES.—REEMPLAZA DORREGARAY Á ELÍO.—CONCHA DE GENERAL EN JEFE.—ENTRADA EN ORDUÑA.—MARCHA Á VITORIA

## LXVII

La noticia de la salvación de Bilbao causó en todos los liberales el júbilo que la importancia del hecho merecía. El ministro de la Guerra felicitó en nombre del gobierno al ejército, á su general jefe, y á todos, por una gloria, que la consideraba también de la patria y firmó además una orden general, presentando al ejército del Norte como modelo de disciplina, de valor y de constancia, que salvando las libertades patrias enaltecía el nombre del ejército, estimulaba á éste á que combatiera á los enemigos sin tregua ni descanso, multiplicándose é imitando la bizarría de los que habían triunfado en Vizcaya, para ser como ellos esperanza de la patria y noble remedio de sus males.

Don Carlos dijo el 3 á sus voluntarios, que siempre les había hablado después de la victoria y ahora lo hacía con el mismo orgullo que en las heroicas acciones de otras veces; que se mostraron disciplinados, comprendiendo que don Carlos, como padre, no podía sacrificarlos estérilmente, y con asombro de todo el ejército enemigo reunido ejecutaron

su movimiento que será glorioso en la historia. No impidió esto que reinara la discordia en el campo carlista, como ya veremos, y hasta se quiso fusilar á algunos generales.

Establecieronse los carlistas entre Durango y Galdácano, donde tomaron posiciones para resistir, en caso de verse atacados, como lo esperaban, y donde aun siendo vencidos tenían fácil retirada (1). Su línea era extensa, pues desde la Peña de Orduña hasta Durango, aun no pasando de aquí su extrema derecha que podía extenderse hasta Marquina, y por Zornoza hasta Guernica, para tener bien cubierto el camino á Durango, residencia de don Carlos, atravesaba á Vizcaya en toda su extensión de S. á N. cruzando tres ó cuatro valles y doble número de altas cordilleras.

No dejó de impresionar á muchos carlistas, especialmente vizcainos, la retirada que se había efectuado y la muerte de Andechaga, y se propalaron conceptos tan alarmantes que Elío (2) tuvo que autorizar á los jefes de brigada para tomar medidas enérgicas, y hasta extremas con los paisanos ó militares que en sus conversaciones ó actos tendiesen á hacer creer que no podía sostenerse la guerra. Valde-Espina estimuló con una alocución el valor de los suyos; la junta de Merindades elevó á don Carlos un mensaje declarando estar resuelta á vencer ó morir en

(1) Reuniéndose en Durango cuatro ó cinco caminos por donde irse, podían retirarse hácia Marquina, el Valle de Deva y á los altos de Elgueta y de Urquiola.

(2) En la orden general del 2 de Mayo, decía: «Por mi parte seré inexorable y todo el que, sea por debilidad ó por malicia, cometa esta simulada traición, porque traición es, será fusilado inmediatamente».

la contienda, y se comprometió la provincia de Vizcaya á comprar cañones y 10.000 fusiles más. Alentó esto á otras provincias que elevaron sendas exposiciones á don Carlos protextando de su decisión de seguir adelante; repitióse el célebre *no importa*; animóse el espíritu carlista, y fuese olvidando el anterior desastre, pensando todos en compensarle.

Ocupado se hallaba Mendiry en las obras de atrincheramiento de las nuevas posiciones de los carlistas, cuando fué llamado por don Carlos; corrió á Durango; al atravesar el salón para dirigirse al aposento de dicho señor tuvo que hacerlo por entre las distinguidas personas que se hallaban reunidas para el baile que había aquella noche; esperábasele don Carlos en un gabinete, en el que se encerró con el jefe llamado; enteróse minuciosamente del estado de las obras de defensa que se hacían, mostrando más interes por los asuntos de la guerra que por lo que á su alrededor pasaba, y dijo á Mendiry: He pensado separar del mando al general Elío y antes de hacerlo me ha parecido consultarte. Señor, le contestó: el general Elío, que tan señalados servicios ha prestado á la causa que V. M. simboliza, es la primera figura del partido y una separación absoluta no sería bien recibida ni en el ejército ni en el país. Su edad y sus achaques han enervado su energía para las operaciones de la guerra y creo sería muy conveniente reemplazarlo en el E. M. G. con el general Dorregaray, suprimiendo la capitania general de Navarra, Vascongadas y Rioja que éste desempeña, y que á nada conduce, dejando al general Elío de

ministro de la Guerra y presidente del consejo de ministros.—Este es mi pensamiento, replicó don Carlos, y así lo ejecutó, encargándose Dorregaray, del ejército el 11 de Mayo, dándose á conocer el 13 con una alocución á los voluntarios, recordándoles que había compartido con ellos los peligros y privaciones de la guerra desde su principio, y les estimulaba á seguir adelante para aniquilar la revolución, prometiéndoles no separarse de ellos hasta triunfar ó perecer en la contienda.

Continuaron los carlistas en sus posiciones hasta el 15 de Mayo, que al saber que Concha se movía hácia Vitoria, marchó Mendiry con la división de Navarra para Villarreal, haciéndolo las divisiones alavesa y castellana por el valle de Arratia en la misma dirección.

Al pasar Mendiry por Durango se presentó á don Carlos, quien le dijo al despedirse: «Te agradeceré muchísimo que cuando vayas á Navarra hagas cesar todos los abusos que se que hay allí, castigando con mano fuerte á los que puedas probarme que siguen una conducta reprehensible, sobre todo en el manejo de fondos. Al principio se pudo cerrar los ojos sobre muchas cosas; hoy es preciso que vea el país que mi triunfo es el triunfo de la moralidad y la honradez.» Al oír esto, un general que estaba presente, añadió: «Mendiry, fusile V. á Romero (1), que es el principal... que con sus escan-

(1) «Don F... Romero, que de guardia civil licenciado había ascendido á teniente coronel, sin otro mérito que haber estado encargado desde el principio de la campaña de la exacción y distribución de suministros, gozaba

dalosas exacciones tiene desolado el país.» Mendiry manifestó que mandaría formar causa y se cumpliría la ley. Don Carlos le escribió días después reiterándole sus órdenes sobre el mismo asunto.

Encargado el marqués del Duero el 30 de Mayo del mando del ejército del Norte, atendió, de acuerdo con el general Castillo, á poner la plaza de Bilbao á cubierto de un nuevo ataque, conviniendo en fortificar el monte de Cabras, alto de Banderas, molino y monte de Abril en la orilla derecha, y Portugaleta y Desierto en la izquierda; dejó en la villa todo el segundo cuerpo para que pudiera proteger la construcción de las obras, que había de durar unos veinte días; organizó el ejército, continuando de jefe de estado mayor general don Miguel de la Vega Inclán; encargóse al brigadier Blanco la vanguardia, compuesta de seis batallones de cazadores; al teniente general Letona el primer cuerpo con 16; al mariscal de campo Morales

de muy mal concepto en el país siendo la opinión general que en el destino que desempeñaba había hecho algunos miles de duros, lo mismo que su segundo don J. Fernandez, siendo notorio que uno y otro antes de la guerra estaban en la miseria; pero era Romero hermano del canónigo que tenía de secretario el general Elío, y con el apoyo de éste había podido sostenerse en su destino, no obstante las prevenciones que contra él existían.» (M. S. original de un jefe carlista).

Y leemos en un itinerario que tenemos á la vista:

«Antes de entrar en Estella las fuerzas, se dijo habían gritado en el camino las gentes que salieron de dicha plaza ¡Mueran los ladrones! (y ya en Somorrostro se hablaba de abusos de autoridades en Estella), ardaban aquella noche medio asustados algunos de los que habían hecho la campaña de Somorrostro en Estella, buscando la oscuridad de la noche para encontrarse, y sin duda comunicarse sus triste impresiones».

de los Ríos el segundo con 12, y el tercero, con los 24 batallones que lo constituían, al teniente general Echagüe. El 6.º batallón de la Guardia civil quedó afecto al cuartel general.

Era arraigada idea en el marqués del Duero la de atacar á sus enemigos en Navarra, y aun estando en Bilbao, afirmöse en ella. Se le ha combatido porque no fué tras los carlistas á Durango, y seguramente, que visto desde el campo liberal, todo inducía á creer que hubiera podido obtenerse un resultado favorable; pero si nos trasladamos á las filas carlistas, veremos que desde luego tomaron muy excelentes posiciones que atrincheraron, y que el desaliento que se apoderó de algunos no fué general, y se vió prontamente reprimido. El éxito estaba en continuar la persecución el mismo día 2 de Mayo; más aun dado caso que las tropas hubieran estado en disposición de continuar aquel día el movimiento, faltaban viveres, cuando menos, que no podía surtirlos en seguida la plaza por carecer de ellos; y aunque los hubiera en los alrededores, no se reunirían tan brevemente como era preciso para atender á un ejército considerable que seguía marchando. De todas maneras, Concha tenía ya un objetivo que merecía consideración: pensaba que derrotando á los carlistas en Navarra los resultados serían más trascendentales. Así es que, prescindiendo de las opiniones que se emitieron en pró y en contra de proseguir á Durango, á nadie ocultó Concha que le habían faltado cuatro horas para obtener un triunfo decisivo cortando á los enemigos la retirada de Somorrostro, y que

no se trataba de perseguir á un ejército que desordenadamente se retira ó huye, sino de operaciones serias, dirigidas á librar nuevas batallas en posiciones atrincheradas y elegidas por el enemigo, al cual era preciso ir á buscar en ellas, porque tampoco podía dejársele en los flancos ni á retaguardia. Quería marchar con paso firme y seguro. Iba, pues, á trasladar la base de operaciones á la línea del Ebro entre Miranda y Tudela, para penetrar en Navarra por la Ribera y caer sobre Estella, primer objetivo después de Bilbao, haciendo marchas ordenadas en país dominado por los carlistas, y obteniendo triunfos fáciles hacer confiar al soldado del general que le guiaba.

El 11 fué Concha á Portugalete y Somorrostro para activar el aprovisionamiento del ejército, á cuyo fin se habían de construir grandes depósitos en Miranda de Ebro y Logroño; en la madrugada del 13 se emprendió la marcha por Portugalete, Somorrostro, Mercadillo, Carral y Sopena; se pasaron sin obstáculo las posiciones de Avellaneda, y habiendo avanzado Blanco hasta Villasana en el valle de Mena, y Martínez Campos, fingiendo dirigirse por la carretera de Arciniega, tomando después sobre la derecha avanzando al Berron, ocupó las alturas de la izquierda de la carretera de Villasante, coronando los picos de Aceba y los demás dominantes próximos, y corrió el flaqueo hasta el alto del Cabrio para cubrir la marcha del grueso del ejército, que la verificaba por la carretera.

Entró Concha en Valmaseda, huérfana de autoridades, y á la comisión de vecinos que

se le presentó, la habló de la iniquidad de aquella guerra, de la punible é injustificada rebelión de unas provincias tan favorecidas, y de su inquebrantable propósito de obligarlas á aceptar la paz ó hacer emigrar á sus habitantes al interior de las montañas. Visitó y atendió á los heridos carlistas que llenaban el hospital de sangre establecido en la sala capitular; continuó al día siguiente su marcha por el valle de Mena, puerto del Cabrio, Villasante y Medina de Pomar. De aquí á Osma por el camino más corto, cruzando el valle de Losa, para hacer con aquellos pueblos lo que venía haciendo con otros que se distinguían por su carlismo, que era sacarles buen número de raciones; y como el camino era de herradura, se desprendió de la artillería Krupp y de los carros, cuya conducción hasta la Puebla de Arganzon por Traspaderne, Oña, Cubo y Miranda de Ebro encargó al general Catalán. Si Concha se proponía aumentar la columna de Medina de Pomar, comprendía su importancia, y muy especialmente la que podían tener las operaciones basadas en la línea del Ebro. A no haberse reconcentrado antes á otras fuerzas las de Medina de Pomar, no se habría facilitado el paso de los carlistas asturianos á la línea de Abanto, dejando también abandonada la provincia de Burgos, en la que aquellos hicieron una buena recluta y grandes exacciones, estando á punto de dominar la vasta extensión de terreno que hay desde Vizcaya y Alava hasta el ferro-carril de Santander.

Esforzóse el general Villegas para que salieran á operaciones en columnas pequeñas las fuerzas que había en Santander y se res-

tableciese la columna de Medina de Pomar; consiguiólo al fin, porque era justa la pretensión, aunque al pronto no hubiera podido ser atendida; aún consiguió interesar á la diputación de Santander para la formación de una contraguerrilla, y efectuó Villegas operaciones importantes, de las que ya nos ocuparemos.

Siguiendo Concha su movimiento, llegó á Osma y Berberana sin más que un pequeño tiroteo sostenido en este último pueblo por la vanguardia de Blanco; continuó el 17 á Orduña, después de vencer algunas dificultades de la administración militar; penetró en la ciudad vizcaína sin más resistencia que el fuego de unas guerrillas de caballería; impuso una fuerte contribución; se apoderó de algunos paños y uniformes; destruyó la fábrica de cartuchos de Artomaña, visitó á los heridos carlistas, admitiendo en clase de indultados á varios convalecientes; se retiró el 18 sin ser molestado, merced á la colocación de las fuerzas de Letona en la Peña de Orduña; pernoctó en Espejo: siguió el 19 por Salinas de Añana, Subijana y Nanclares á Vitoria, á donde llegó á las cinco de la tarde, habiéndosele incorporado Catalán con la artillería, y pudo quedar Concha satisfecho del recibimiento que le dispensaron los alaveses, que se veían ya libres del estrecho bloqueo en que á la ciudad tenían los carlistas.

#### RECONOCIMIENTO

#### LXX

Restablecida la comunicación de Vitoria con Miranda de Ebro, impedida antes por los



aduaneros carlistas de la Puebla de Arganzon, atendiendo á asegurarla lo que fuera posible, especialmente por el paso de las Conchas, y pensando en un sistema de columnas, que se ha presentado con poca claridad, pues no la hay en decir que una columna en Medina del Pomar defendería el Valle de Losa, se acordó el establecimiento de líneas ópticas, encargadas al señor Mathé, que había mostrado en 1848 en Cataluña su competencia: el 24 se efectuó un reconocimiento de las posiciones carlistas, dirigiéndose por la de derecha Echagüe con una columna á Ulibarri-Gamboa, avanzando hasta la falda de Arlaban, cuyas posiciones reconoció, regresando á pernoctar en dicho pueblo; por la izquierda fué Martínez Campos por Arriaga, Miñano y Betolazo á Urrúnaga, del que se apoderó despues de un ligero tiroteo con los carlistas que le ocupaban y los pueblos de Nafarrati y Eloni, y Concha por el centro, siguió la carretera de Villarreal, en cuya población entró, habiéndose retirado los carlistas que lo ocupaban á las posiciones próximas á uno y á otro costado de la carretera de Ochandiano, en observación tambien de la de Ubidia, extendiéndose su ala izquierda hasta las alturas de Arlaban.

Como Concha no se proponía otra cosa que efectuar un reconocimiento, no trabó combate con sus enemigos, á pesar de presentarse á cuerpo descubierto, pues no habían construído ningun atrincheramiento, sosteniendo un tiroteo de guerrillas la brigada de vanguardia que les dirigió algunos cañonazos.

Abandonada Villarreal por sus autoridades

locales, el párroco y varios vecinos constituyeron el ayuntamiento provisional; exigió Concha una contribución igual á la que pagaban á los carlistas, se racionó á las tropas con los comestibles que se hallaron ocultos, cometieron algunos soldados varios excesos, condenados enérgicamente por el marqués, que se mostró resuelto á reprimirlos, diciendo en la orden del día, que, «el que cometiese algun robo ú otra grave falta contra la disciplina quedaría sujeto á un consejo de guerra verbal, cuya sentencia se ejecutaría inmediatamente.»

Regresaron las tropas á Vitoria el 25; salieron al día siguiente para Salvatierra con el propio objeto que á Villarreal; cobró la misma contribución pecuniaria y en especie que en este último pueblo, y volvieron á la capital alavesa el 27. Dos días antes marchó Echagüe con la brigada Espina á Navarra á encargarse de la capitania general de aquel distrito, y de la división de la Ribera, compuesta de dos batallones y unos 1.000 caballos, que mandaba el general Tassara.

El marqués del Duero, despues de intentar el levantamiento del bloqueo que impedía á las provincias castellanas utilizar los mercados de las vascongadas, manifestó al gobierno lo que consideraba como una imprescindible necesidad para terminar la guerra.

MARCHA CONCHA Á LOGROÑO Y LOS CARLISTAS Á ESTELLA—EXPEDICIÓN DE LIZARRAGA Á ARAGON—SE TRASLADA EL EJÉRCITO Á LODOSA—INCIDENTES

LXXI

Por Peñacerrada, La Guardia y el condado de Treviño se trasladó Concha á Lo-

groño, sin más que un pequeño tiroteo en el descenso de la sierra de Toloño, adelantándose el jefe de Estado Mayor general Vega Inclan á invitar al ilustre príncipe de Vergara á ponerse á la cabeza de las tropas á su entrada en la ciudad, ó á presenciar el desfile desde su casa; cuya honra declinó por su falta de salud, con harto sentimiento suyo y de todos.

Viendo los carlistas en los anteriores movimientos de Concha una amenaza á Estella, á esta ciudad trasladaron sus fuerzas: llegó á ella Mendiry el 26 de Mayo; removi6 al gobernador y empleados de la plaza, confiando á Lerga el primer cargo que desempeñaba Argonz, quien pudo haber evitado algunos desórdenes, aunque procuró castigar el que se señalara con cruces rojas las casas de los liberales y se disparase una perdigonada á la del señor Jaen; ocupóse de las obras de defensa, pues no había construído ni un solo parapeto, encomendándolas á Argila, al que días antes se le ordenó completar el batallón de ingenieros; y con ellos y unos 300 paisanos más, se ocupó en atrincherar los montes que rodean aquella ciudad, extender las trincheras desde Abarzuza á Erezala y establecer otra línea desde Muru hácia Eraul á concluir en Ibiricu sobre Abarzuza. Se decidió también atrincherar la falda de Montejurra, uniendo sus atrincheramientos con los de Estella, partiendo de los Castillejos, siguiendo la sierra á la derecha del río Ega hácia Morentin, Dicastillo, Arellano, Muniain y Barbarín hasta Villamayor y la falda de Monjardín. Ya se habían empezado las fortificaciones de Santa Bárbara de Mañeru

y el establecimiento de una línea de trincheras hasta Puente la Reina, por la derecha de Arga continuándolas hasta el puente de Belascoain.

Organizó Mendiry la división de Navarra; ocupóse de elegir las personas que habían de componer la diputación foral, para proponerlas á don Carlos, según este señor le encargara, y para lo que se valió del consejo de personas respetables y honradas; confinó al Baztan á los señores Romero y Fernández para que en la sumaria que iba á abrirse no ejercieran presión ni influyeran (1); y por querer el orden se formó contra Mendiry una verdadera cruzada (2).

(1) «Pero en el mismo día que salieron confinados recibí una Real orden promoviendo á Romero al empleo de coronel por sus eminentes y distinguidos servicios, que me hizo comprender que el general Elío por encima de todas las consideraciones, y hasta de la opinión pública, se empeñaba en sostener al hermano de su secretario, y reflexionando sobre las consecuencias que los procedimientos podían ocasionar, desistí de su instrucción, sacrificando el cumplimiento de mi sagrado deber á la amistad y cariño que tenía al general Elío y á la esperanza de poderlo reconciliar con el general Dorregaray, que estaban en lastimosa desavenencia, contentándome con tenerlos confinados unos días. Después, por influencia de un amigo, nombré á Romero comandante militar de Santesteban, y lo mismo á esa persona que á mí, nos ha pagado ese favor con la más negra ingratitud.»—M. S. original.

Dorregaray después mandó á Argonz orden de don Carlos para recogerle el despacho, y aunque se le recogió á Romero no se le envió á Dorregaray.

(2) «Se habían situado en Estella algunas personas necesitadas y de dudosos antecedentes, comprometidas por la causa y completamente inútiles para la guerra, y como muchas de ellas comían de suministro por el despilfarro y prodigalidad de Romero y Fernandez, con la separación de estos dejaron de chupar semejantes sanguijuelas, y atribuyéndose á mí todas sus desgracias, se

La defensa de Estella la constituye el terreno accidentado que la circunda, siendo la parte norte la de más fácil acceso por las carreteras que la afluyen y la poca elevación de sus montañas; de aquí todo el empeño de Mendiry en atrincherar esa parte, como lo consiguió, colocando convenientemente las tropas carlistas.

Mas no se limitaron á defender á Estella en sus alrededores, sino que empezaron á bombardear á Hernani para llamar la atención de Concha hácia este punto, y Lizarraga, llamado por don Alfonso para que pasase á Aragón, salió de Puente la Reina con las fuerzas aragonesas y el noveno de Navarra, entró por el Alto Aragon, llegó á Berdun y envió destacamentos hasta las mismas puertas de Jaca. Pero mermadas sus fuerzas por irselas pidiendo, encontróse sin más que el corto batallon aragonés, apenas bastante para defender el convoy de armas y municiones que llevaba, habiéndole cerrado ya algunos pasos y destinándole fuerzas á perseguirle. «El país, además, decía el mismo Lizarraga, mal dispuesto respecto á nosotros por sus ideas y por anteriores excesos que algunos mal aconsejados han cometido, nos opone toda clase de dificultades, promueve la desertión de nuestras filas, envía sus hijos á engrosar las enemigas y las favorece de cuantas maneras puede.» Desde Navascués, el 8 de Junio, pedía á don Carlos el envío de las fuerzas que necesitaba para pasar á Aragon;

me declararon enemigos irreconciliables, haciéndome una guerra serda, de mala ley, puesto que propagaban contra mí toda clase de chismes y calumnias.»—Idem idem.

detúvose en Navarra; efectuó con su gente algunos movimientos sobre Iso y Aoiz, cambiando algunos tiros con las fuerzas liberales que habían ido á aquella parte; tuvo también ocasión Senosiain de tirotearse con aquellas; se destinaron á la línea de Estella las fuerzas que debían completar la expedición, los mil fusiles que llevaba se dieron á los batallones décimo y duodécimo de Navarra, que se estaban creando, y cuatro cañones Withwort, los primeros que recibieron de aquella clase, los enviaron á Estella.

El marqués del Duero se esforzó en hacer frente á las contrariedades que se le presentaban; debiendo añadir á las que dejamos expuestas la de no disponer del segundo cuerpo de ejército que dejara en Bilbao para atender á las obras de defensa de aquella plaza y de Portugaleta. Pensó en abandonar San Sebastian é Irún de lo cual nos ocuparemos más adelante, pero considerándose necesaria su defensa, envió fuerzas.

Al saber el movimiento de Lizarraga, y que la columna que operaba en Cinco Villas y la guarnición de Uncastillo se habían retirado antes por orden del capitán general de Aragon, cuando tan necesarias eran allí, y que aún pedía aquella autoridad la brigada Otal, contestándole el marqués que no podía dar un solo hombre sino para combatir la expedición, mandó á Echagüe que desde Tafalla se moviese sobre Lumbier, y que Otal desde Logroño se dirigiese por Gallur, Tauste y Sos á Ruesta, flanqueando así la derecha carlista en su marcha por la Canal de Berdun y poniéndose á las órdenes y en combinación con Echagüe, que dirigiéndose por

San Martín de Ujue, Serga, Eslaba y Aibar había llegado á Lumbier. Retiráronse los carlistas á Navascues; maniobró hábilmente Echagüe con las brigadas Espina y Otal en combinación con Martínez Campos, que por orden del general en jefe se había dirigido desde Larraga á Artajona á ocupar la Peña de Unzué y el Carrascal, y los expedicionarios regresaron á Puente la Reina.

Atendió á la vez Concha á las necesidades del ejército, admirablemente secundado por el ministro de la Guerra, poniéndolo todo en disposición de emprender decididamente la campaña, que consideraba había de ser decisiva; envió un comisionado á Dorregaray para que no impidiese la libre circulación de los trenes que debían ser neutrales, ofreciendo no servirse de ellos para la conducción de tropas y efectos de guerra, amenazando en caso contrario con destrucciones que estaba muy lejos de realizar, y el jefe carlista contestó que los generales Moriones y Nouvilas, con quienes había pactado lo mismo, faltaron á sus compromisos, y que aunque no contaba con medios para evitar la invasión en su territorio, aplicaría el rigor de la ordenanza á los que cayesen en su poder si se cometían devastaciones é incendios. Se solicitaron conferencias, que no se celebraron, y quizá pudieran haberse entendido los que no quisieron verse.

El 9 de Junio se trasladó Concha á Lodosa, y al ayuntamiento, c'ero y demás que salieron á recibirle les demostró lo incalificable de la insurrección, la falsedad del sentimiento religioso que se explotaba imponiendo pena de la vida al que hablase de paz, con

lo cual se conculcaba el Evangelio, y les añadió: que puesto que querían la guerra la tendrían con todas sus consecuencias, y habían de llorarlas. Recibió en Lodosa los refuerzos que iban llegando; fueron reuniéndose los víveres y recursos necesarios; atendió al restablecimiento de la disciplina, á la que faltó una compañía de artillería, mostrándose el general en jefe á la altura de su puesto, procuró ir desarraigando ciertas faltas en alguna parte de la oficialidad, que se habían ido convirtiendo en costumbre, en defecto del buen servicio y mengua del deber militar, é iba recibiendo heridos y enfermos curados que se habían ido desparramando por todas las provincias, merced á excesiva tolerancia y no muy grande previsión, y se les obligó á volver á sus cuerpos, á virtud de la verdadera persecución que les hizo el ministro de la Guerra, justamente escandalizado de que aún permanecieran en sus casas estando completamente sanos.

Además de los detalles de todo género que ocuparon á Concha, de la aplicación de los principios consignados en su proyecto de táctica de caballería, y después de pedir datos acerca del terreno en que se proponía operar y de otros, de recibir informes y noticias, procurando siempre desorientar á todos, se ocupó en redactar las instrucciones para el ataque á Estella (1), de las que dió conoci-

(1) Estas instrucciones tan bien entendidas y tan perfectamente detalladas, están publicadas en la última campaña del marqués del Duero, por cuya única razón no las reproducimos, como lo haríamos gustosos, á pesar de su extensión, si estuvieran inéditas. Necesario su estudio á los militares, debemos suponer, aunque no lo

miento á los generales el 21, acompañándolas un plano del terreno en que había de operarse, designando distancias, ríos, arroyos y caminos, marchando aquel día á Lodososa.

Razón tenía el marqués en sentir, al redactar las instrucciones para el combate, el no tener otro cuerpo de ejército que en combinación con los del ataque proyectado operase á la vez por la Solana. Y era más poderosa esta razón, por haberse agravado la disentería que desde Somorrostro estaba molestando tanto al ejército, y se recrudeció en la ribera de Navarra.

APRESTOS CARLISTAS.—ALOCUCIONES

LXXII

Los carlistas estaban resueltos á impedir la entrada de sus enemigos en Estella, preparando hasta la voladura de los puentes del Ega, defender los vados desde la orilla derecha, principalmente de la vertiente oriental de Monte-Jurra, concentrar las fuerzas en la estribación que partiendo de la sierra de Urbasa forma el Este de la Amezcoa, pasa por Eraul, Monte-Muru, Zurucuain y Murugarren y termina en Villatuerta; no defendiendo las buenas posiciones que existen entre Oteiza y Villatuerta por no extender demasiado la línea, dejando en este terreno las partidas (que nada hicieron), y desaguardo las lagunas y pozos de Oteiza para que los liberales no pudieran estacionarse allí.

aseguraríamos, que las conocerán, pues alguna enseñanza ofrecen.

La posición elegida era buena y proporcionada á las fuerzas que habían de defenderla. Apoyaba la izquierda en la meseta de Eraul, fuerte por la naturaleza; la derecha en el Ega que tiene buenas posiciones en la orilla opuesta al extremo de la posición para defenderla y defender los caminos de Puente y Oteiza, que se unen en este punto, y aumentaba su fortaleza el arroyo Iranzu, que formando una gran barrancada, la cubre en todo su frente. Había el inconveniente de tener el río á la espalda con un mal puente detrás en la izquierda, otro en Estella y un mal vado en la derecha inmediato á la venta de Moro; estaba muy distante el agua de beber tan necesaria en el estío, y el centro no era fuerte como los extremos, por estar el pueblo de Zurucuain muy próximo á la barrancada del Iranzu, y dominando muy de cerca desde la orilla opuesta.

Aquellas posiciones sólo tenían algunos parapetos en las cumbres, y no muy perfeccionados, por lo que escribió Mendiry á Segura que trazara las obras necesarias y las ejecutasen los quintos que estaban en Alegría y dos compañías de ingenieros (1).

Comprendiendo Dorregaray el mal efecto que produciría para la causa carlista las amenazadoras palabras de Concha en Lodososa, procuró desvanecerle en su alocución

(1) Al saberlo don José Pérula, resentido quizá porque no le habían dado tal comisión, aun cuando le manifestó Segura que las obras trazadas por éste habían sido en Murugarren y sus inmediaciones, no pertenecientes á su brigada, se quejó á Mendiry, que le contestó no había querido ofenderle, y le encomendó la dirección de las obras, teniendo como auxiliares á los entendidos Inestrilla y Segura.

desde Estella del 16 de Junio, en la que anunciaba á sus soldados que tenían enfrente el ejército enemigo mandado por Concha, al que denostaba duramente, porque pretendía introducir la desconfianza y la discordia, y acobardar con la amenaza, proponiéndose apoderarse de Estella, «cuya plaza decía, no tiene en su circuito ni una fortificación, ni una sola aspillera, sino que en las colinas que á distancia la circunvalan, hemos abierto en un perímetro de cinco leguas, numerosos atrincheramientos, sistema de defensa que al par que esterilizará casi por completo el terrible poder de la artillería de nuestros enemigos, que tan desigual sabe hacerse para nosotros el combate, les obligará á ellos á caminar á la zapa, fortificándose de nuevo á cada palmo de terreno que logren avanzar en su penosa marcha, para venir al fin á estrellarse con las últimas trincheras, dejando el campo cubierto de víctimas. Y si quereis suponer por un instante que logren apoderarse de esta ciudad, no os desaliente tampoco esta suposición; la guerra entraría entonces en condiciones nuevas muy ventajosas para nosotros.» Les añadía que no hicieran caso de las amenazas de incendio, saqueo y destrucción del país, que no se ejecutaría por el temor de las consecuencias; que les obligaría entonces á hacer la guerra sin cuartel, y concluía diciéndoles que, cualquiera que fuese el resultado de la próxima batalla, confiaran en sus generales, que contando con la ayuda de Dios respondían con su vida, nombre y honra, de que antes de dos meses verían completamente destruido el numeroso ejército

en que la revolución fundaba sus esperanzas (1).

A esta alocución contestó Concha con otra fechada en Larraga el 24, en la cual, desdenando las diatribas que se le dirigian, decía solo á sus soldados que el anunciar para más adelante la guerra sin cuartel, eran las prostrimerías de una causa perdida, distinguiéndose por la crueldad. Y añadió: «No sigamos nosotros tan horrible ejemplo. Nuestra misión es vencer y no asesinar. Espero, pues, que al entrar en Estella, que está destinada á sufrir los estragos de nuestra formidable artillería, no se desmentirá un instante la proverbial hidalguía del soldado castellano ante un enemigo vencido y ante una población que al fin es una ciudad de España. Así responderéis dignamente á ese grito de rabia que arranca la impotencia del enemigo, mereciendo la estimación de los hombres honrados y la de vuestro general en jefe».

AVANCE DEL EJÉRCITO LIBERAL.—SITUACIÓN DE  
AMBOS COMBATIENTES EL 25

### LXXIII

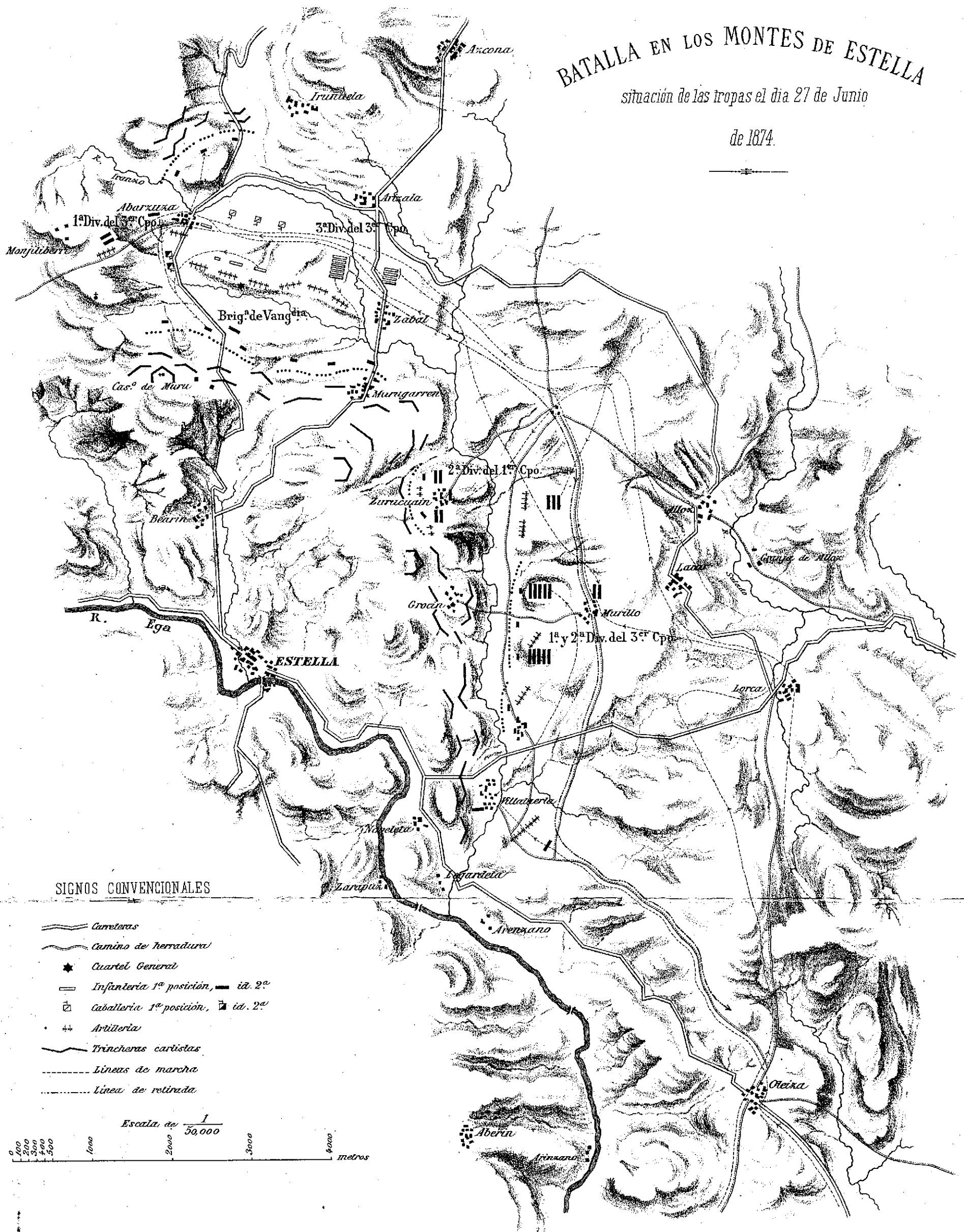
El ejército concentrado en Larraga y Lerín se movió el 25 hácia Estella, en tres columnas, dirigiéndose la primera que man-

(1) Posteriormente se imprimió una proclama clandestina que se esparramó por los caminos, diciendo al ejército que Concha tenía en el bolsillo un telegrama del gobierno para que se licenciara inmediatamente á los cumplidos; haciendo esto, no en gracia á sus servicios, sino por no haber podido dominar la insubordinación de sus hermanos en Cataluña, que se negaban á batirse si no se les daban las licencias, y que Concha los llevaba al matadero.

# BATALLA EN LOS MONTES DE ESTELLA

situación de las tropas el día 27 de Junio

de 1874.



## SIGNOS CONVENCIONALES

- Carreteras
- Camino de herradura
- ★ Cuartel General
- Infantería 1ª posición, — id. 2ª
- Caballería 1ª posición, ▣ id. 2ª
- ++ Artillería
- Trincheras carlistas
- Líneas de marcha
- ..... Línea de retirada

Escala de  $\frac{1}{50,000}$

0 1000 2000 3000 4000 5000 6000 metros





daba Martínez Campos á Lorca, Lácar y Alloz, siguiendo por la cumbre del monte Esquinza; la segunda guiada por Echagüe, fué faldeando el anterior monte á atacar el bosque de la vertiente meridional, y la tercera á las órdenes del general en jefe marchó á Oteiza por la carretera, á donde camió también el primer cuerpo por la izquierda del Ega. Sin más que un ligero tiroteo llegaron estas fuerzas á los puntos que se les tenían designados, y al descubrirse recíprocamente en las alturas del Esquinza, que esperaban les fuesen disputadas, y observando á las que por los flancos iban cubriendo su movimiento á la misma altura, prorrumpieron en un *hurra*, que las montañas vecinas repitieron por toda la comarca, llenando de confianza al soldado y de satisfacción al general en jefe.

Coronadas las alturas de Villatuerta siguió la brigada de vanguardia hacia Murillo, protegiendo el movimiento de las tropas que tomaron Villatuerta, guarnecida por una compañía navarra con orden de hacer algunos disparos á la llegada de las gnerrillas liberales (1), y cañoneando al pueblo de Grocin, ocupado por los carlistas (2). Una parte de

(1) Entonces fué hecho prisionero el corresponsal alemán fusilado después en Abarzuza.

(2) Son importantes las siguientes páginas del diario de operaciones del general Rosell: «Preparada una brigada de la división á las órdenes del general Catalán para atacar envolviendo la derecha de Villatuerta, se recibió una orden del general en jefe del ejército (única que se recibió), y de la que fueron portadores el comandante de E. M. G. señor Roger, y comandante de caballería, ayudante del general Vega, en la que se prevenía que sin pérdida de momento se tomase á Villatuerta.

las tropas que conducía el general en jefe tomó posición en las alturas á la derecha de la carretera de Oteiza á Villatuerta, para batir los montes de Estella y al mismo Grocin: continuó Martínez Campos su avance sobre Lorca, Lácar y Alloz; esperó Concha impaciente la ocupación de Villatuerta; se apoderaron también fácilmente los liberales de Arandigoyen allí inmediato, desguarnecido, y de Murillo, y se situaron en las posiciones y pueblos conquistados.

Solo merced á una hábil estratagema, pudieron las tropas liberales, sin más que un ligero tiroteo, posesionarse de tan importantes puntos, y alojarse el vencedor á unos tres

Repetidas las órdenes que se tenían dadas al general Catalán, el general Rosell se dirigió en persona á la elevada posición que ocupaba el general Audía para que desde allí descendiesen las fuerzas á ocupar á Villatuerta, que debía envolver Catalán. A la llegada del general á la altura, se hallaban en ella el jefe de E. M. G. del ejército señor general Vega Inclán, que por orden del general en jefe disponía descendiesen las fuerzas de aquella división á tomar el pueblo, operación que apoyó la artillería Plasencia desde la altura sosteniéndola y envolviéndola el general Catalán y artillería de á diez centímetros. Ocupada Villatuerta con la pérdida de tres heridos, pasó á alojarse á Arandigoyen una brigada, quedando ocupadas Santa Bárbara de Oteiza y altos de Villatuerta por dos batallones. La división Audía, caballería, artillería y brigada móvil se alojó en Villatuerta después de repartido el servicio y atrincherada toda la parte alta del pueblo, que constantemente estuvo molestado por el fuego de la línea de trincheras sucesivas que terminan en los llamados altos de Estella.

Nos consta que después de alojados y departiendo los generales Vega Inclán y Rosell, preguntó éste si la venida del primero á aquel cántón era con el objeto de encargarse del mando de aquellas fuerzas: su contestación fué que el general en jefe lo había mandado para inspeccionar y acelerar la marcha de los convoyes y aprovisionamiento del ejército.

kilómetros de Estella, formando un semi-círculo frente á aquella plaza, dejando á su espalda á Cirauqui y Mañera, á los que apenas pudo llegar otro general anteriormente, si bien tenía muchas menos fuerzas, cuando atacó desde Puente la Reina.

Había manifestado Dorregaray que si Concha atacaba por un lado, le harían todos frente, y si dividía sus fuerzas, á la división que se presentara en peores condiciones, la atacaría para *apoderarse completamente de ella*. Comprendiendo la imposibilidad, como dijo en su parte, de empezar la defensa á larga distancia de Estella, limitó su línea, y al pronunciar el enemigo su movimiento, los carlistas ocuparon las posiciones que se extienden desde Allo por Dicastillo, Morentin, Aberin, Venta de Echavarri, alto sobre Villatuerta, Zurucuaín, Grocin, Murugarren, Muru y posiciones al N. E. de Estella terminando las últimas en Eraul y Puente de Echavarri. La extrema derecha la defendían Zaldueño y Valluerca con cuatro batallones navarros, Alvarez con dos alaveses, Yoldi con la brigada Cántabra y el batallón de Asturias, teniendo en Allo un regimiento de caballería y cuatro compañías del primero de Navarra. En la batería construida en Echavarri colocaron dos piezas. El centro de la línea carlista, que se extendía desde la ermita de Santa Bárbara de Villatuerta hasta Muru, lo ocupaban cuatro batallones navarros á las órdenes de Pérula y del coronel del sexto; dos castellanos á las de Zaratiegui, y á las de Fontecha los batallones de Munguía y de Bilbao. La izquierda estaba encomendada al brigadier Costa y al coronel de la media brigada gui-

puzcoana, con seis batallones de Navarra, Guipúzcoa y Castilla, teniendo como en reserva otras fuerzas.

Iniciado el movimiento liberal, se introdujo gran pánico en Estella, cuyos habitantes la abandonaron, llevándose ganados, muebles, ropas y cuanto podían los que tenían medios para sufragar el excesivo coste del alquiler de una carreta ó caballería.

En la noche del 25, visto el avance de los liberales, previno Mendiry, que mandaba la línea, á los jefes de batallón el camino que cada uno debía seguir en el caso de tener que retirarse. El comandante Portillo con siete caballos pasó el Ega y cogió siete soldados liberales prisioneros y 23 acémilas.

Ambos combatientes se prepararon en la noche del 25 para el combate del nuevo día, previniendo Concha que se hallasen formadas las tropas á las seis de la mañana, siendo tres cañonazos disparados desde Murillo la señal para empezar el ataque en toda la línea, y se circularon á los generales y jefes de cuerpos, órdenes claras y advertencias precisas, previniendo á cada uno lo que había de hacer, pues hubo que efectuar algunas ligeras variaciones en el primer plan.

AVANCE EL DÍA 26

LXXIV

Tocóse diana á las cuatro de la mañana del 26; anticipáronse los carlistas á comenzar el ataque; le secundó el primer cuerpo; trasladóse el cuartel general de Lorca á Murillo, donde permaneció esperando la llegada

del convoy, que debía haber salido la noche anterior de Oteiza para aquel pueblo, según lo había ordenado al intendente y á los jefes nombrados para su custodia, y exclamaba Concha impaciente: *¡Qué dirán en Madrid! ¿Qué creerán también los carlistas al ver que no les atacamos? Y sin embargo, no es posible obligar á estos soldados á hacerlo sin alimento* (1). Y así tuvo que hacerlo, aunque ya tarde y en medio de un deshecho temporal, tomándose el pueblo de Zurucuain, y un pequeño bosque al pié de las alturas de Montalban, dirigiéndose desde estas al ataque á Abarzuza.

El tercero de Navarra que estuvo detrás de Murugarren recibió orden de dirigirse al caserío de Muru donde estaba Dorregaray, que mandó se ocupasen unas zanjas que había un poco más adelante, y así lo hicieron cuatro compañías mandadas por el comandante Alvarez Sobrino.

Apoderados los liberales de Abarzuza, Montoya que mandaba aquel tercer batallón navarro ocupó la ermita contigua, en la que pernoctó.

(1) Al medio día se supo que el mal dirigido convoy por unos guías, perdió el camino, tuvo que retroceder á Oteiza y fué causa de que aquel día 26 no se reanudasen las operaciones hasta las cuatro y media de la tarde.

Nos escribe un jefe carlista:

«Ignoro las órdenes que tendría el encargado del convoy; pero la verdad es que de noche tomó la carretera de Oteiza á Estella, marchando tranquilamente á esta ciudad, en la que decían los prisioneros estaba Concha. Si el capitán carlista Abad (gallego), que aquella noche mandaba el servicio de escuchas en el referido punto de la carretera de Estella, hubiera sabido cumplir con su deber, y con más entendimiento, todo aquel convoy habría caído en poder de los carlistas sin perder un hombre».

TOMO III

Murugarren fué bien defendido por los castellanos; pero obligados á ceder, iban á dejar las trincheras, cuando la presencia de tres compañías alavesas guiadas por Gamon, ayudante de Mendiry, los reanimó, y cargando sobre los liberales los rechazaron hasta Zaval.

La ermita, vigorosamente atacada, fué bien defendida desde sus trincheras, llegando los liberales hasta ellas; mas cargados á la bayoneta por tres veces tuvieron que ceder, así como en la parte de Eraul, después de haber llegado á coronar la cumbre.

El general Concha que había acudido á presenciar la toma de Zurucuain, marchó con el mismo objeto hacia Abarzuza á donde llegó en el momento que se conquistaba, estableciéndose en este pueblo.

Por la izquierda de la línea liberal, operó la artillería de posición desde la ladera de los altos de Villatuerta; marchó Rossell sobre Grocin (1), quedando en Arandigoyen y

(1) Cerca de este pueblo recibió por conducto del general Vega una orden escrita del general en jefe diciendo: «Estoy en Murillo. Desde aquí veo que Grocin está completamente dominado por una altura con bosque; que la artillería no podrá jugar sobre los altos de Estella por la no ocupación de este pueblo. Por lo tanto, el primer cuerpo se limitará á sostener á Arandigoyen y Villatuerta, tomando á Noveleta si puede hacerse sin grandes pérdidas. El general Echagüe marchará á Montalban precedido de la brigada de vanguardia y secundado por el general Campos, que batirá de flanco y de revés con su artillería las posiciones de dicho pueblo. Es posible que no ataque á Zurucuain porque está también dominado, y siga la marcha por Murugarren que está en la línea de Grocin y Zurucuain, quedando por lo tanto sobre el flanco izquierdo y aun rebasado el enemigo, é inútiles por lo mismo las defensas hechas. Dicen que hay muchas defensas en Murugarren; pero el general Campos, las envolverá ocupando á Zaval.

34

Villatuerta, Catalan y Ruiz Dana, que retrocedieron; se reconocieron los puntos de defensa de Noveleta y se participó todo al general en jefe:

Las operaciones de este día 26, se diferenciaron de las del anterior en que ya se fué encontrando todo el terreno cubierto de muy formidables trincheras bien defendidas (1).

Queda después la toma de Muru, que decidirá la jornada; se halla sobre la cordillera, con sus bosques á cierta distancia de la subida, pero obrará contra él toda la artillería. Después los carlistas no podrán detener nuestra marcha por la cordillera por el peligro de caer prisioneros.

Estoy impaciente por saber del convoy; pero todo lo temo de la administración militar, y V. E. no me ha dicho nada desde las cuatro. Ahora llega un oficial y me dice que el convoy ha tomado otro camino. Habiendo en esa tanta caballería, debían ya haberse mandado en su busca. Déme V. E. frecuentes avisos.—Murillo á 26 de Junio de 1874.—Manuel Concha.—Excmo. Sr. General Vega.

(1) El jefe carlista don Ramón Argonz, nos escribe lo siguiente:

«Sobre las nueve de la noche dí orden para que el segundo batallón de Navarra se replegara á la ermita de Eraul, el cual, abandonando los parapetos había avanzado harto demasiado en una carga á la bayoneta. Al querer nombrar el servicio, resultó que todo el batallón se encontraba sin municiones, á excepción de una compañía que había conservado algunas, á lo que dejándola de servicio al frente del enemigo, con lo restante del batallón me retiré al pueblo de Eraul, donde apenas si encontramos habitantes por haber huido todo el mundo.

«Mi primera diligencia en dicho pueblo, fué la de pedir 60.000 cartuchos para el segundo de Navarra, y 43.000 para los tres batallones á las órdenes de Costa. Al terminar la batalla, y á exigencias del coronel, autoricé para que el batallón Durango que había llegado muy cansado, se retirara á alojarse al pueblo de Echavarri. Al querer dar la orden para que el brigadier Costa con sus dos batallones, y el de Aragon que ocupaban el alto de mi izquierda, se replegaran á las inmediaciones de

En Abarzuza dictó Concha las órdenes convenientes para el establecimiento de las tropas, y confió en la llegada del convoy de raciones, que tanto le iba ya perjudican-

Eraul, se me informó que dicho brigadier, siguiendo el movimiento del batallón de Durango, con los tres á sus órdenes se había marchado á alojarse á Galdeano, cuya disposición me sorprendió, y me contrarió por la mala posición en que me quedaba con un solo batallón y sin municiones, lo que dió lugar á que desde luego oficiara al brigadier Costa para que inmediatamente regresara á Eraul con los tres batallones; pero ni las municiones llegaron ni el brigadier Costa tampoco, hasta la mañana siguiente, que se me presentó en Abarzuza.

«Como llevo dicho, el pueblo de Eraul cuando llegué estaba desierto, y como no tenía ni un solo confidente, á cosa de las diez llamé al alcalde para preguntarle si habían llegado algunos vecinos, presentándome dos ó tres, que por cierto estaban bien bebidos, y esto no obstante, gratificándoles bien, les mandé á las inmediaciones de Abarzuza en observación de lo que allá pasaba, encargándoles que se estuvieran hasta poco antes de amanecer, dándome aviso de cualquier movimiento que observaran; pero los buenos paisanos, fuera que tuvieran miedo ó bien por su estado de embriaguez, á las once y media de la noche se me presentaron informándome de que la columna estaba quieta: en su vista, llamé al teniente coronel del batallón, para que eligiendo una docena de muchachos de su fuerza y que fueran prácticos, los mandará á las inmediaciones de Abarzuza, para que por parejas se pusieran de escucha, avisándome de cuanto observaran, pero ningún aviso recibí.

«Al teniente coronel había prevenido que á las tres de la mañana mandara tocar diana, y que formando el batallón acudiera á las trincheras: era ya precisamente esta hora cuando se me pasó un recado, que una persona quería estar conmigo, y mandándola entrar, la primera salutación fué la de informarme que Concha era muerto, y que la columna se estaba retirando: á semejante noticia, me asomé á la ventana, y anunciándole al teniente coronel aquella nueva, le ordené que emprendiera á la carrera la marcha con el batallón pa-

do; pues por la demora con que obligó el día anterior á emprender las operaciones, dió tiempo para que los carlistas se apercibieran del verdadero punto de ataque de su enemigo, y llamaran precipitadamente á los batallones que tenían en las faldas de Monte-

ra Abarzuza, mandando al propio tiempo un recado al general Iturmendi, para que montando á caballo siguiera mi movimiento para dicho pueblo, en el cual todavía el segundo batallón mencionado llegó á hacer unos 200 prisioneros, cogiendo muchas armas y municiones de las que carecían en absoluto, así como muchísimos heridos.

»Como esto sucedía al romper el día, é ignoraba por lo tanto la distancia á que pudiera estar la retaguardia del enemigo, pues no tenía ni un solo caballo para poderlo mandar de descubierta, y como por otro lado no contaba con más fuerza que el segundo batallón ya ocupado con los prisioneros y en proveerse de municiones, desde luego mandé á escape un ayudante á Ibiricu para que bajara la brigada de Guipúzcoa, llegando al poco tiempo uno de los dos batallones, que lo hice formar en columna delante del pueblo.

»Ya muy de día, los batallones que habían hecho la defensa de la ermita de Abarzuza, al observar boinas en el pueblo y su campo, desde luego juzgaron que eran los voluntarios, y que el enemigo se había retirado, con cuyo motivo principiaron á descolgarse hacia el pueblo, haciéndolos formar en columna delante del pueblo á medida que iban llegando.

»Así que tuve reunidos cuatro ó cinco batallones, ordené al segundo que con los prisioneros se retirara á Estella, encargando al coronel Boét, jefe de los aragoneses, que acababa de llegar, la custodia de los heridos y el pueblo y destacando cuatro compañías, viese de cortar el fuego en algunas de las casas que estaban ardiendo, y con el resto de los batallones emprendí mi movimiento por los llanos de Abarzuza á Zabal, llamándome la atención el que nuestra extensa línea de la derecha no hiciera fuego de flanco sobre el enemigo que se estaba retirando.

»Antes de llegar á Zabal me apercibí de una fuerte masa de infantería y caballería enemiga con artillería que había formado en Murillo, lo que me hizo comprender que era su retaguardia; pero como no llevaba caba-

Jurra y Monjardín, y por la parte de Cirauqui, Mañeru, y Puente la Reina. Aquellos fueron cañoneados en su tránsito en la carretera de Allo, por la artillería del primer cuerpo.

ATAQUES DEL 27.—MUERTE DE CONCHA

LXXV

Amaneció el 27; aún no había llegado el convoy, y cuando lo hizo á Montalban, sólo conducía una pequeña porción de raciones, por quedar atascados muchos carros en los caminos, intransitables por las lluvias (1).

Habiase tocado diana, y prevenidose que luego de racionadas las tropas empezara Echagüe el ataque de Muru y Murrugaren, y Campos desde Zurucuain hasta las alturas de la misma cordillera, dirigiendo una batería sus fuegos á las trincheras de Grocin, so-

llería ni veía que nuestra línea atacara, dispuse que los batallones hicieran alto en el llano de Zabal, dejando encargado de ellos al general Iturmendi y brigadier Zalduendo, mientras yo pasaba á Murugarren á avistarme con Mendiry, á donde al poco rato llegó Dorregaray.»

(1) La parte que llegó llevaba únicamente 10.000 raciones de pan que, en virtud de las órdenes anteriormente dictadas se distribuyeron sin conocimiento del marqués del Duero á las tropas más inmediatas, que eran las del general Martínez Campos, sin alcanzar ninguna á las demás del ejército. Se dijo que antes de la tarde llegaría el resto del convoy y otro nuevo cuya salida de Oteiza estaba también anunciada; más por el pronto, no hubo otro remedio que el sufrir aquella nueva y terrible contrariedad, y el de distribuir entre las tropas de Abarzuza las raciones de tocino que los carlistas tenían almacenadas en el pueblo, y habían abandonado en su huida.»

(Última campaña del marqués del Duero.)

bre el que marcharía parte del primer cuerpo, ocupando la restante á Arandigoyen y Villatuerta, y hasta las dos de la tarde no pudo empezar el combate, disgustando grandemente á Concha el incendio de algunas casas de Abarzuza, que después de apagado por la mañana se reprodujo al abandonar el pueblo las tropas, incendiándose también muchos víveres que dejaron los carlistas y pudieron haberse utilizado. Enérgicamente condenó Concha el que se cometieran tales desmanes: dijo á los batallones formados que sobre ellos podía caer la nota de incendiarios; que estaba resuelto á castigar tamaña afrenta con todo el rigor de la ordenanza, y que se formaría un consejo verbal para juzgar á los que resultasen culpables.

Había reconocido Concha desde la torre de Abarzuza, acompañado de los señores Castro y Zapata, el terreno, situación de los enemigos y sus defensas; acordó la manera de dirigir el ataque del ala derecha contra Murugarren y Muru (1), rompióse el fuego por la izquierda y el centro, se marchó sobre Murillo, para desde allí formalizar el ataque de Grocin, pues verificándolo por otro punto

(1) Al salir Concha de Abarzuza dejó al brigadier Beaumont con seis batallones por si el enemigo intentaba algun ataque envolvente, y fué á situarse con una gran batería de 30 piezas Krupp, debidamente protegida, para batir á Murugarren y el caserío de Muru; debiendo Beaumont tener dos batallones á disposición del general en jefe para cuando los pidiese; tres con una batería Plasencia debían situarse hácia las avenidas de Eraul á Ibiricu para sostener cualquier ataque y proteger la batería colocada sobre la carretera de Estella, que debía batir la ermita de San Pedro de Muru, y dió además las instrucciones que habían de seguirse según las vicisitudes del combate.

sus fuegos molestarían á las fuerzas de Martínez Campos que ocupaba á Zurucuain; y un distinto modo de apreciar la manera de preparar el ataque entre los generales Vega Inclan y Rossell, en la parte correspondiente á éste, hizo que por segunda vez preguntase Rossell á presencia del E. M.—«Mi general Vega, usted es más antiguo que yo, y además jefe de E. M. G. del ejército, ¿tiene usted alguna orden para encargarse de este cuerpo de ejército? Si así es, aquí me tiene usted á sus órdenes; mande, que yo obedeceré, y la responsabilidad ó gloria sea para usted.—No, señor, contestó.» Citamos estas palabras por su importancia.

La artillería disparaba sin descanso para facilitar el ataque de la infantería, y á las tres y media, considerándole ya preparado el general en jefe, ordenó á Blanco iniciarse el de las posiciones atrincheradas de Monte-Muru mientras que Reyes atacaba á Murugarren y sostenía el ala izquierda de las fuerzas anteriores. Empezóse el avance hácia Monte-Muru y ermita de San Pedro de Muru; había que atravesar un riachuelo, cuyo único puente se halla sobre la carretera, algo distante de la salida de Abarzuza, y una vez atravesado subir los ásperos escarpes de la montaña.

Enfrente, formando la extrema izquierda carlista, estaba un batallón vizcaino con el tercero de Navarra, cuyo jefe señor Montoya, suponía se habían quedado algunas fuerzas de los suyos en los montes para vigilar á los liberales y oponerse á que se moviesen por la derecha de éstos, pero no quedó allí ninguna carlista, temiendo Montoya, y con

razon, que si el enemigo desde Abarzuza se adelantaba hácia el monte por la parte de Eraul unos mil metros, quedaban sus zanjas enfiladas y nada podría hacer. Vió por fin por la parte de Eraul algunas fuerzas carlistas; mas en vez de aproximarse bajaban ó se alejaban, temiendo el coronel carlista que el enemigo se moviese y viese aquello descubierto, considerando entonces seguro su desfile á Estella por su espalda, teniendo que correr para no quedar prisionero con sus navarros (1).

Dorregaray, que no dudaba de las intenciones de su enemigo, dispuso que la brigada Alvarez, que desde el día anterior se encontraba de nuevo en los altos de Murugarren, reforzada con dos batallones continuara en el mismo punto para concurrir á la defensa de las posiciones del centro, en caso necesario, al propio tiempo que los batallones tercero y

(1) En esta situación, nos dice el mismo señor Montoya, como centinela más avanzado, y viendo aquel descuido en nuestra izquierda, me decidí á ir al caserío de Muru al encuentro de Dorregaray, Mendiry y alguno que hubiese quedado encargado de aquella parte (pues por ningun lado veía ningun jefe superior); cerca ya del caserío encontré al brigadier Zaldueño que venía á caballo, le dije que iba á dar cuenta y á prevenirme para lo que ocurriese, pues yo no podía hacer milagros estando abandonado desde Abarzuza á Eraul, y Zaldueño me dijo que se volvía á avisar; me preguntó si tenía reservas; le contesté que que reservas había de tener cuando apenas podía cubrir las zanjas de primera línea; convinimos y pude reunir como una compañía en una zanja, no muy bien situada, detrás de las otras. Era esto de siete á ocho de la mañana: al regresar á la ermita continué fijando mis miradas hácia Eraul, y hácia la una y media tomaron posición algunas fuerzas, pero ¡qué espíritu habría en ellos cuando el día anterior abandonaron á Abarzuza!

octavo de Navarra permanecían á retaguardia de las de Muru; y ya por lo que avisaran Montoya ó Zaldueño, ó porque hubiera desatendido en un principio la parte de Eraul, destinó á ella á Argonz con el batallón de Durango y segundo de Navarra para reforzar la extrema izquierda que habían de defender aquel general é Iturmenli. Dorregaray con Mendiry y Larramendi se reservó las posiciones de Murugarren.

Rompieron el fuego los carlistas desde sus enterradas trincheras al empezar su descenso al arroyo las cabezas de las columnas, que siguieron su marcha sin detenerse á pesar de las dificultades que ofrecía el paso del río á la desfilada y con agua á la cintura. Empeñóse la subida bajo un nutridísimo fuego de frente y flanco, hecho á cubierto desde las extensas líneas de trincheras; azotaba además una copiosísima lluvia acompañada de un viento horrible, que lanzaba el agua y el humo de los incendios de Abarzuza sobre las baterías y las tropas, haciendo imposible descubrir las posiciones carlistas, á pesar de lo cual, á la media hora de emprendido el ataque coronaban la altura por la izquierda las guerrillas de Barbastro y Alcolea, y por el centro las de Ciudad-Rodrigo, arrojando al carlista á la bayoneta de sus defensas.

No por esto se había triunfado: lo largo y rápido de la pendiente de la montaña; la configuración del terreno cruzado de arroyos profundos, zanjas y setos, formando en su vertiente una serie de bancales y escalones que no permiten la subida uniforme, obligaban para rebasarlos á descomponer la forma-

ción de los batallones y desunir las compañías y hasta las hileras, teniendo que dividirse para buscar un fácil acceso por derecha é izquierda, y á veces á larga distancia. Reducidos así á grupos aislados sin enlace ni cohesión, al salvar los obstáculos de la subida tenían que mostrarse débiles y mermados por las numerosas bajas que ocasionaba el fuego de los carlistas. Seguíase avanzando á pesar de todo con admirable denuedo; pero como en cada uno de los escalones que había que ganar se aumentaba el fraccionamiento de las fuerzas, hubo guerrilla que al escalar la altura llegó sólo con 27 hombres. Y como el enemigo por las causas expuestas había comprendido el objeto real del movimiento y sus consecuencias, llevó allí sus mejores fuerzas, con las que el soldado liberal, empapado en agua, cubierto de lodo, cansado, hambriento, y sin formación compacta ni sólida, hubo de sostener, cuando se creía victorioso, un combate cuerpo á cuerpo, rudo, desigual, con las fuerzas carlistas, que saliendo del revés de la montaña donde se mantenían á cubierto del fuego, acometieron á la bayoneta y obligaron á retroceder al liberal; peleándose en muchos puntos en las mismas trincheras que quedaron regadas con la sangre de aquellos valientes, sirviendo de sepultura á no pocos (1).

(1) Son interesantes estas líneas del diario inédito de un jefe carlista. Después de referir la multitud de proyectiles que caían en las trincheras delante de Muru, y aterraban á los que las ocupaban, teniendo que abandonarlas varias veces; pintar la aproximación de las fuerzas liberales ordenando la carga á la bayoneta; y al valeroso coronel del 3.º de Navarra, que de pié sobre una zanja presentaba excelente blanco con su gran im-

Reyes á la vez atacaba en los llanos de Zaval la derecha de las posiciones de Monte-Muru para apoderarse de Murugarren; pero era nutrido el fuego que hacían los carlistas; atacan además á la bayoneta; se sostiene

permeable de seda, dice: «No había reserva de que disponer; era preciso que los mismos defensores de las zanjás salieran á cargar, lo que no era fácil; pues aturdidos por el fuego ni oían, ni veían, ni entendían; los momentos eran supremos; Montoya se desgañitaba sobre el parapeto espada en mano llamando á la carga; el enemigo estaba materialmente encima: un sargento enemigo, joven, de barba rubia, era el más avanzado; á distancia de diez á quince pasos de la zanja, y volviendo Montoya á la cuarta compañía que tenía detrás la manda cargar; un capitán, que era valiente y lo había mostrado en Somorrostro, contestó: el enemigo está en la carretera; pues á morir, dijo Montoya; y volviéndose éste á mirar al enemigo y á los suyos de la izquierda, vió que algunos de éstos y de la citada compañía estaban ya en aptitud de abandonar sus puestos retrocediendo. En el mismo instante, el sargento enemigo dirigió una mirada como diciendo, dejarnos esas posiciones; y en el acto, blandiendo Montoya la espada y haciendo ademán de echarse sobre él, le dijo: si das un paso, cobarde, te atravieso; ven á morir: dudó el sargento, volvió la espalda, siguieron á Montoya cuatro, ocho, 40 y todas las cuatro compañías que tenía á su vista, y se dió la primera carga por las fuerzas del tercero. Salió Sobrino con las fuerzas de la derecha, cargando sobre su izquierda, encontrándose con Montoya al fin del declive, y algo á la derecha, enfrente de la ermita, sobre la carretera de Abarzuza. Delante de las zanjás había un trigo alto, y en él quedaron algunos muertos. Hubo que ir deteniendo el valeroso empuje de los voluntarios al llegar á la carretera, por haber considerables fuerzas enemigas de todas armas y que cada uno volviera á sus posiciones esperando nueva carga de los republicanos. Con los últimos carlistas que quedaban estaba Montoya, y al acercarse á saludarle un muchache de Viana, que estaba recomendado para cabo, le mató una bala. Al comandante Sobrino, una bala de cañón le llevó parte de la ropa. El fuego de las baterías republicanas era terrible. Una granada cayó á los piés de Montoya; se cruzó de brazos esperando reventarse, y no reventó».



empeñada la lucha y se retrocede al fin á Zaval después de haber llegado á las trincheras de Murugarren. Se acrecienta el brío de los carlistas; corren en número considerable á apoderarse de las alturas de Abarzuza y del pueblo, atacando á las fuerzas que las ocupaban; se hace rudo el bregar; envía refuerzos Beaumont para impedir la derrota y la pérdida de Abarzuza, que comprometía el ala derecha liberal, que siendo flanqueada, si no envuelta, el ejército podía ser cortado; y «sin duda que obró así, dicen sus compañeros, considerando de la mayor importancia la misión que se le había encomendado, y de toda necesidad el sostener á toda costa sus posiciones; pero distrajo las fuerzas puestas á sus órdenes á punto de tener en fuego sobre los montes vecinos cinco de los seis batallones que el general en jefe dejara en Abarzuza».

La izquierda liberal cañoneaba á Grocin y trincheras de toda la línea y con fuego de guerrillas, esperando hacer el movimiento que era simultáneo (según se ordenó), y como una conversión ó eje móvil, adelantándose el costado saliente, que era la derecha de la línea, y disminuyendo hasta llegar el eje que eran las fuerzas de Villatuerta, cuyo movimiento de avance disminuía en velocidad.

El de retroceso, que empezó por la izquierda de la línea de ataque, se impidió con oportuno auxilio, se restableció el combate, se volvió á ganar la áspera y penosa pendiente de Monte-Muru, á pesar de la lluvia y el viento; pero extremada la fatiga y aumentado el enemigo, al llegar las guerrillas á la cumbre, una nueva carga de los carlis-

tas las hizo otra vez cejar abrumadas por el número y los obstáculos, y replegarse. Entonces hicieron falta los dos batallones que habían ido á las alturas de Abarzuza, y que el marqués del Duero tenía ordenado se conservasen á su disposición; á esta necesidad acudió el coronel Castro, que había permanecido en los puestos avanzados hácia Eraul, que los carlistas atacaban para mantener en jaque la derecha liberal; salió del pueblo, y ayudado de los capitanes de E. M., señores Galvis y Gonzalez Iribarren, contuvo á los dispersos de Monte-Muru y cesó la reacción ofensiva de los carlistas, que volvieron á sus trincheras á guarecerse del fuego que de nuevo se les hacía, resueltos unos á esperar y otros á emprender un tercer ataque.

Mientras esto sucedía en el ala derecha, Martínez Campos esperaba la conquista de Murugarren para atacar las alturas de Zurucuaín, y el primer cuerpo se limitaba á amagar la toma de Grocin desde las posiciones de Murillo, entreteniendo el combate por la parte de Villatuerta y Arandigoyen.

Concha desde la gran batería vió lo sucedido; se decidió á restablecer el combate; dijo á su ayudante Astorga: *Está visto que hay que hacer lo que en las Muñecas*, y fué con su cuartel general á la carretera de Estella, reuniéndose los grupos de guerrillas, no formados todavía, que continuaban el fuego desde los reparos que habían encontrado en su retirada. Las fuerzas reunidas por el coronel Castro y algunas de Leon y Valencia, que se portaron bizarramente, se constituyeron como de reserva, y reformando en lo posible las tropas de vanguardia, sin esperar

la fuerzas pedidas al general Reyes, acometía el marqués la empresa de apoderarse de Monte-Muru, enviando sin embargo hasta cinco oficiales á aquel general para que acudiese inmediatamente con su división en su apoyo; pues tal orden llevaron el brigadier Manrique, el teniente coronel Zavala, el capitán Lozano, y otros.

Echagüe, aunque postrado en una manta junto á las piezas con fiebre y disentería, quiso impedir la marcha del general en jefe, ofreciéndose á ejecutar por sí la operación; mas no lo consintió Concha, quien al llegar al puentecillo que cruza uno de los riachuelos que se reúnen por bajo de Zaval para llevar sus aguas al Ega por Villatuerta y Legarreta, se separó de la carretera hácia la derecha, y pasando junto á un grupo de chopos que crecen en la márgen del arroyuelo á que aquel da paso, comenzó á ganar la pendiente y accidentada eminencia de Monte-Muro. Imposible á la mitad de ella la subida á caballo, apeóse el general y su comitiva, y en una ligera inflexión del terreno quedaron sueltos los caballos, pues como no iba escolta, el asistente del marqués solo podía tener de mano el de su amo, el del coronel Astorga y el suyo.

Apoyado Concha en el brazo de uno de sus ayudantes, continuó subiendo, y poco antes de llegar á la meseta coronada de las trincheras que para su defensa habían abierto los carlistas, mandó detenerse á los que le acompañaban, excepto sus ayudantes Astorga, Grau y Lozano, y el capitán de artillería señor Villar, en quien á veces se apoyaba también. «De tal manera quedaron al ganar

la altura, dicen los ilustrados narradores de estos sucesos, que el general, sus acompañantes y las parejas de guerrilla que marchaban por los dos flancos, formaban horizonte para los del cuartel general, lo cual prueba el esmero con que el marqués cuidaba de no comprometer inútilmente á los que llevaba en su derredor para las atenciones del servicio.»

Merced á la energía y rapidez con que se atacó, Concha con las pocas fuerzas que conducía, ganó lo alto de la posición y aún no habían llegado al pie las del general Reyes que iba marchando en aquella dirección. Inspeccionó las posiciones carlistas, y cuanto era menester para formar su resolución, que la tomó, á su pesar, de diferir el ataque al día siguiente,—eran ya las siete y media de la tarde,—lisonjeándole la esperanza de un triunfo decisivo, pues no dudaba conquistar aquellas trincheras que veía á unos cincuenta pasos de distancia. Bajó hacia el grupo que formaba el cuartel general; y en tanto, el coronel Castro que dirigía la reserva, creyendo hacer más eficaz su acción apoyando la marcha del general por su flanco derecho, ganaba la altura por una inflexión de la montaña, libre de los efectos de la fusilería carlista, hasta ponerse muy cerca de las trincheras que iba á atacar, y al asomar á la cumbre, y disponerse las parejas de guerrilla que iban á la cabeza á romper el fuego, después de nutridas y mortíferas descargas de los que defendían las trincheras, las saltó una gran masa de infantería navarra para lanzarse á la bayoneta con espantosa gritería, haciendo retroceder en desorden á la escasa reserva liberal, no per-

seguida por los carlistas, que satisfechos del resultado volvieron á sus parapetos.

Se había inculcado en el ánimo de los carlistas que hostilizando á los enemigos se les cansaba; que sólo los más decididos llegaban hasta los parapetos, y como era ágría la pendiente llegarían sin fuerzas, pudiéndoseles combatir entonces con el arma blanca, y los primeros que huyesen comunicarían la fuga á los demás. Esto no obstante, deseaban algunos retirarse por carecer de municiones, á los cuales dijo Montoya que quedaba la bayoneta; á otros que manifestaron haberla perdido en la carga, les contestó que hiciesen uso de la culata, y mostrándole uno abierto el fusil por la garganta, cogió á aquel individuo por los hombros y le tiró al suelo, diciéndole: *pues se hace esto*. Levantóse el soldado sonriendo de no tener evasiva, y callaron todos. Sucedió á poco el nuevo avance de los liberales; se aproximaban, animándoles un jefe á la cabeza, que montaba un caballo tordo, fustigando á los soldados para que avanzasen y le siguieran; el jefe carlista se desgañitaba para que mataran á aquel hombre, temiendo que su aplomo y gran valor hiciera cejar á los suyos; todos le disparaban exclusivamente y nadie le acertaba, hasta que al fin cayó el caballo; saltó Montoya en aquel momento de la zanja gritando *¡á ellos!* y le siguieron en esta nueva carga hasta la carretera (1).

(1) Aunque algunos jefes carlistas se distinguieron como Montoya, no faltó alguno, y ya brigadier, que ocupaba una importante posición, que al oír decir que el enemigo envolvía su izquierda, abandonó con sus batallones el puesto que ocupaba, y no se detuvo hasta Val de Ega.

Por la parte de Murugarren, Alvarez con alaveses y castellanos presentó una obstinada resistencia, y dió brillantes y decisivas cargas á la bayoneta.

Concha, al que dejamos bajando del monte, había mandado á los del cuartel general que montasen; continuó el descenso hacia el puentecillo; el coronel Astorga fué herido; fué también de gravedad en la ingle el corneta de órdenes, y separados los del cuartel general para recoger los caballos, quedó solo con el asistente Ricardo Tordesillas, al que pidió el caballo, y al ir á montar, una bala enemiga, que los carlistas atribuyen al tercero de Navarra, cortó aquella vida consagrada siempre á la defensa de la libertad y de la patria. Perdió ésta uno de sus más esclarecidos hijos, á la sazón su esperanza, y una gloria nacional. Su nombre era bien conocido y altamente estimado por su ilustración en toda Europa.

## RETIRADA DEL EJÉRCITO

## LXXVI

La jornada estaba perdida.

Por la muerte del general en jefe recayó el mando en el general Echagüe, que reunió en Abarzuza á los generales y brigadieres allí presentes para acordar lo que convenía hacer. Unánimes estuvieron en ejecutar la retirada á la base de operaciones, ó sea á la línea del Ebro; pues faltó el ejército de raciones y quebrantada en algunos puntos su moral, no podía continuar la batalla al día siguiente, y Echagüe, asumiendo la responsabilidad de esta medida, prestó un buen ser-

vicio al país; pues dadas las circunstancias del momento, hubiera sido temerario y quizá ocasionado á un desastre de consideración el querer prolongar una batalla en circunstancias tan desfavorables como las en que se encontraba el ejército.

Hasta las nueve de la noche habían permanecido las tropas del primer cuerpo en las posiciones que desde por la tarde se les había designado, y desde las que infructuosamente habían intentado tomar el pueblo y posiciones de Grocin, hora en que se les ordenó tomasen posición, verificándolo su jefe el general Rossell con la primera división en Villatuerta, el general Catalán con la primera brigada de la segunda división en Arandigoyen, y la segunda brigada en Murillo. Las fuerzas del segundo cuerpo se encontraban: la división Martínez Campos en Montalban, y las de Reyes y Beaumont cubriendo la línea del puente de Abarzuza.

A las diez empezaron á llegar las tropas á Murillo: algunas de ellas en batallones sueltos, y otras casi en estado de dispersión por compañías y aun por pelotones, deteniéndose todas en Murillo pidiendo de comer. Allí se encontraba el brigadier Ruiz Dana, que hasta la llegada de las primeras ignoraba la muerte del general en jefe, y al saberla, dispuso, tanto para contener los fugitivos, cuanto para prevenir las eventualidades que pudieran ocurrir, la muy acertada medida de tomar posición con los tres batallones de su mando y uno de cazadores que encontró en aquel pueblo, mandado por el coronel Sorribes, jefe de media brigada, disponiendo á la vez que todos los fugitivos que fueran

llegando se alojasen en el pueblo, prometiéndoles darle ración del convoy detenido en Murillo, cuando fuese de día. Todos, jefes y oficiales, pedían ración para sus estenuados soldados. El brigadier Ruiz Dana, que carecía de instrucciones para el caso, é ignoraba el paradero del general Echagüe, las pidió al jefe de Estado Mayor general, que sabía se hallaba en Villatuerta.

A las doce llegaba á Murillo el brigadier Prats, comandante general de artillería; pero habiendo recibido sólo orden de llegar á Murillo, y no hallando allí instrucciones, convino con Ruiz Dana seguir á Villatuerta, donde podría recibirlas del jefe de Estado Mayor general (1).

(1) La primera batería del primero montado, su capitán Nevot, al anochecer y después de haber estado haciendo fuego todo el día 27 en las eras de Abarzuza, bajo las órdenes del comandante don Francisco de la Piñera. encargado de ella se disponía á obedecer la orden de incorporarse al comandante general, Prats, cuando le preguntó el brigadier Blanco el número de disparos que le quedaban, contestó tener aún de 35 á 40 tiros por pieza, y en su vista recibió orden de permanecer en el pueblo para resistir en caso de que atacaran los carlistas. Así lo hizo pasando horas bien amargas, pues las piezas, arzones y carros de municiones tuvieron que estar en medio de una calle, en la que ambas hileras de casas ardían, corriendo el inminente riesgo de una voladura, cuya sola perspectiva le aterraba por el funesto efecto que hubiese causado en las tropas que estaban en el pueblo, y que pertenecientes á los batallones que habían sufrido más en el ataque de Monte-Muru, se refugiaron allí sin oficiales y separados de sus banderas. En esta ocasión se agregaron á la batería una porción de dispersos de distintos cuerpos al verla en correcta formación, y luego estos mismos hombres se portaron con los artilleros como los mejores camaradas en los trabajos sin cuento que tuvieron que llevar á cabo para sacar adelante sus carruajes y en la construcción de un pequeño puente de ramaje que para salvar el arroyo fué preciso

A las dos de la madrugada llegaba también á Murillo el brigadier Jaquetó con 600 caballos, y se puso á las órdenes de Dana con esta fuerza, que iba en excelente estado, sin que en ella se notase el menor síntoma de lo que acontecía en algunos batallones; todo lo contrario; así que, con aquella caba-

construir á la una de la noche más oscura que se conoció y con barro y agua hasta la cintura. Sirvió, pues, esta batería de *mucho* á una porción de dispersos que por la mañana en Murillo se fueron á sus cuerpos, así como también llevó en sus carruajes un comandante de infantería atravesado de un balazo, que con siete soldados manifestaron todos deseos de salir del pueblo por temor á ser fusilados al entrar en él los carlistas.

Puesta en marcha la tropa que abandonaba á Abarzuza, fué llamado á presencia del brigadier Blanco, por el coronel de artillería Echaluze, y ambos le dieron el cargo honroso de llevar en un carro de la batería al cadáver del general en jefe, cuya muerte ya sabía por boca del expresado brigadier. Tanto el capitán Nevot; como sus oficiales Absola, Carvajal y Fernández, alternaron al lado del cadáver, dispuestos todos al mayor de los sacrificios para salvar tan sagrado depósito si los carlistas les atacaban.

Tanto el brigadier Blanco como el batallón cazadores de Barbastro, á cuya cabeza marchaba la batería; prestaron toda clase de auxilios durante la marcha en aquella triste noche.

Llegado que hubo la batería á Murillo á las seis de la mañana, ya no encontró pan, ni vino, ni nada; allí permaneció esperando órdenes sin que nadie se apercibiese de que en uno de sus carruajes iba el cadáver del general en jefe, hasta que Piñera la recibió del brigadier Blanco, de marchar á situarse en batería en un cerro elevado que dominaba el camino de Oteiza, y así lo hizo revasando un convoy que encontró ocupando el camino abierto el día antes, teniendo que marchar sus carruajes á campo travieso, y poniéndose como se le había ordenado á las órdenes del señor coronel Moreno de Villar que con media brigada tomó posición, protegiéndole, y del que recibió orden más tarde para marchar á Oteiza.

Al punto que ocupaba Piñera llegó y le relevó una ba-

llería y los cuatro batallones, la importante posición de Murillo estaba á cubierto de cualquier ataque que los enemigos intentaran al amanecer, como era de presumir, si bien no había una sola pieza de artillería, porque Prats no pudo dejar á Dana ni una batería, que con insistencia le pidió, fundándose

tería de montaña, su capitán Provedo, que tuvo momentos después hasta siete bajas en la gente, marchando aquel á Oteiza donde á las once de la mañana, y reconocido que fué el cadáver del general, próximo á descomponerse por el calor, recibió la orden de adelantar el carro de sección donde iba, para hacer su entrega á los médicos que en Tafalla tenían orden de embalsamarlo, llegando solo á cargo de un oficial. La batería permaneció en Oteiza hasta las doce del día en que por orden del general Vega emprendió la retirada á Tafalla, donde llegó á las seis de la tarde, sin más escolta que sus oficiales y jefes de pieza y carro.

El cadáver del general Concha, según manifestación del mismo señor Piñera, sujeto á una camilla y ésta atada en el interior de un carro de la primera batería del primero montado, salió de Abarzuza á las once de la noche, sin que los artilleros conductores del carro supieran quién era el herido que creían llevar, pues solo los oficiales tuvieron noticia en el momento de la retirada del sagrado depósito que se les había confiado. «Nadie, añade, supo la marcha donde iba el ilustre finado, excepción hecha de los generales Echagüe, Martínez Campos, brigadieres Beaumont, Blanco y Manrique, coronel Echaluze; y algunos ayudantes del difunto.»

Como el ejército, menos la brigada de vanguardia, creía que toda la artillería Krupp se había retirado con el brigadier Prats á Tafalla, cuando se supo que el cadáver había sido transportado secretamente en una batería de la expresada clase, creyó la brigada Otaí, con la mejor buena fe, que había, al par que escoltado la artillería á Tafalla rendido este último honor al general en jefe, y el que lo obtuvo fué la brigada Blanco, y en particular el batallón de Barbastro, cuyos oficiales y soldados estaban bien ajenos en aquella aciaga noche, al prestar los servicios que prestaron á sus compañeros de artillería, que lo hacían ante el cadáver del marqués del Duero.

en carecer completamente de municiones.

El general Rossell había llegado con sus tropas á Villatuerta á las doce de la noche, y á las dos de la mañana se recibió una carta escrita con lápiz, en la que Echagüe participaba al general Vega la muerte del que lo fué en jefe; que las tropas las había reconcentrado en Abarzuza para emprender el movimiento de retirada aquella noche ó antes de amanecer, y que esperaba se dispusiera también para marchar á Montalban, á donde debería estar al amanecer tomando posición. «Para proteger nuestra retirada, añadía, el general Rosell deberá ocupar las alturas de Villatuerta y no las abandonará hasta nuestro paso.» Y escribía Martínez Campos una hora después al general Rossell, que no se habían podido tomar las posiciones del enemigo y el ejército pronunciaba su retirada, suponiendo que se dirigía Echagüe por Murillo á coger el puente ó vado de Villatuerta, por lo que creía que debía Rosell proteger aquel movimiento por Villatuerta y formar con Martínez Campos cuando llegase la extrema retaguardia para dirigirse al Arga ó al Ebro. Mandó Rossell al coronel Caballero que atalajasen y enganchasen las baterías; manifestó el general Vega la comunicación recibida; presentóse al rayar el alba en Villatuerta el brigadier Prats diciéndole que carecía de municiones y sólo iba para que protegiese su marcha á Oteiza, é indicóle el camino que debía seguir, que estaba libre y protegido. Al tomar posición el primer cuerpo, empezó á cañonear los altos de toda la línea para impedir á los carlistas saliesen de sus trincheras; marchó para Oteiza, lle-

vando en carros los 140 heridos que tenía y las provisiones, y desembarazado de esta impedimenta, se tomaron posiciones.

Dana había dispuesto que al romper el día 28 se tocara diana y salieran de Murillo todas las tropas que habían llegado la noche anterior; las hizo permanecer en las inmediaciones del pueblo; las racionó de pan, y marcharon conduciendo el convoy de carros por el camino de travesía que va á la carretera vieja de Oteiza y Villatuerta.

A las cinco y media de la mañana llegó á Murillo el general Echagüe; aprobó cuanto Dana había dispuesto, y le ordenó que dejando en Murillo la caballería de Jaquetó, con el general Campos que debía llegar poco después, siguiera con el convoy y tropas, que empezaron á desfilar, para unirse con la brigada de su mando al general Rossell. El general Catalán con una brigada sostenía las posiciones frente á Arandigoyen, y en las que á Dana se ordenó tomase posición frente á Villatuerta. El convoy, aunque dificultado por el estado del camino de travesía desde Murillo á la carretera vieja de Oteiza, á causa de la abundante lluvia del día y noche anterior, pudo ir llegando á aquel último punto, cubriendo el trayecto la división Catalán, que tuvo que sostener un nutrido fuego y rechazar los ataques del enemigo, tanto por la parte de Arandigoyen como por la de Villatuerta, y la división Campos que cubría la retaguardia con la caballería de Jaquetó que no fué seriamente hostilizada.

La división Andía, que había ocupado las posiciones desde Villatuerta á Oteiza, fué reforzada, especialmente en los puntos de

Santa Bárbara y Monte-Esquinza, por algunos batallones que se encontraban intactos por lo poco que el día anterior sufrieran. Así, sin perder un carro ni una acémila (1), llegó todo el ejército á Oteiza, siendo las últimas tropas que lo efectuaron las del primer cuerpo, que sostuvieron la retirada. La caballería, tanto el 27 como el 28 en la retirada, protegió á la infantería y artillería, y prestó señalados servicios.

Los carlistas ignoraron aquella noche la muerte del general Concha, y cuando á la mañana siguiente salieron algunas fuerzas á efectuar reconocimientos, especialmente para recoger armas y municiones perdidas, que tan útiles eran, llegaron á los pueblos de la línea liberal y supieron lo sucedido; les indignaron los incendios de Abarzuza, Zaval, Zurucuain y Villatuerta; se lanzaron los carlistas contra los liberales, hicieron 155 prisioneros en Abarzuza, recogiendo también en el trayecto cajas de municiones y algunas armas y bagajes; siguieron á la carrera por el camino de Lorca, y se hubieran posesionado del monte Esquinza con gran detrimento de los liberales, si éstos no hubiesen tenido ocupada posición tan importante.

Fué notable sin duda aquella retirada, con inmenso convoy, desfilando después magistrosamente por malos caminos, ante un enemigo no despreciable, conteniéndole de posi-

(1) Atascados algunos carros en el camino de travesía, y estorbando la marcha de los demás, se trató de quemarlos, como aconsejaba la prudencia, á fin de que por no tomar esta medida pudieran ser la causa de un contratiempo para el ejército, pero á costa de inauditos esfuerzos todo se salvó.

ción en posición, desplegando batallones y haciendo fuego por escalones y en masa; oponiendo caballería en actitud de lanzarse á la carga y jugando perfectamente la artillería. Así dijo Echagüe al ministro de la Guerra: «No se ha perdido nada del material de artillería, ni un solo carro de los 200 que traje desde Murillo, ni una sola acémila, de las 2.000 que seguían al ejército, ni una res de las 250 que se llevaban para abastecerlo».

Se descansó tres horas en Oteiza, de donde había salido el convoy para Larraga y Tafalla, y se continuó la marcha por Larraga, Miranda y Berbinzana á Tafalla.

Los liberales experimentaron cerca de 2.000 bajas entre muertos, heridos, prisioneros y extraviados. Los 27 batallones de que dispuso Dorregaray apenas perdieron 300 hombres, y de esta cifra correspondieron 56 al tercero de Navarra, que fué el que más sufrió, y de los que más se batieron, así como los de la brigada Alvarez.

## OBSERVACIONES

## LXXVII

Los mismos jefes carlistas confiesan que el general Concha dirigió con admirable inteligencia la batalla, efectuando el desarrollo de sus fuerzas como en un simulacro; «pero le faltó, estratégicamente hablando, dice Mendirry, apreciar lo que siempre constituyó nuestra debilidad. Si una vez situadas sus fuerzas sobre Villatuerta, Murillo, Zaval y Abarzuza, nos hubiera entretenido con pequeños ataques de guerrillas, sin comprometer sus masas, adelantando aquellas con sus re-

servas parciales hasta obligar á nuestros voluntarios á romper el fuego, dos días hubiéramos podido resistir; pero al tercero nos habríamos visto obligados á abandonar las posiciones y la plaza por falta de municiones, pues con las que teníamos de reserva apenas hubiéramos podido reponer de 30 á 40 cartuchos por plaza».

Razón tenía el jefe carlista y de autoridad es su opinión, porque mandó la línea de defensa en aquellos combates; pero Concha se había encariñado con un plan vasto, extenso, que no solo le diese una victoria, sino que le produjese un resultado decisivo: no le satisfacía la mera ocupación de Estella, si no hacía á la vez algunos miles de prisioneros. De aquí su movimiento envolvente á cortar á los carlistas el camino de las Amezcoas y el del valle de la Berrueza, su retirada natural. Arrojado entonces al Ebro, la guerra entraba en un período descendente, que hubiera sido indudablemente rápido.

Los carlistas, sino temieron, dudaron del resultado de aquel avance: el mismo día 27 escribía Dorregaray al ministro de la Guerra: «Ahora tenemos, pues, al enemigo sobre nuestro flanco, y si intenta un esfuerzo podrá colocarse á nuestra espalda; de modo que las condiciones de defensa han variado muchísimo. Procuraremos sostenernos lo que se pueda, pero no podremos hacerlo hasta lo último, por lo difícil de la retirada si ellos consiguen avanzar por la línea. En el caso de que fuera indispensable abandonar estas posiciones y dejar franca la entrada de Estella, hemos pensado enviar cada división á su provincia respectivamente para operar

en ella y aguardar los nuevos recursos».

La ocupación de Estella pudo conseguirse rompiendo resueltamente la derecha y el centro de la línea carlista; pero no conseguía el marqués su objeto, y la pérdida de los carlistas se habría limitado á la de la ciudad, quedándoles libre la retirada. De aquí el interés de Concha de entretener el combate en el centro é izquierda, para que la derecha efectuara su movimiento envolvente, encontrándose de pronto los enemigos con el ejército liberal á su retaguardia. A no ser el retardo del convoy, el plan del marqués del Duero tenía muchas probabilidades de triunfo; la tardanza fué funesta en aquellos días. Si no pasó desapercibido para el jefe liberal el descubierto que en un principio presentaron su enemigos por la parte de Eraul, comenzado temprano el ataque la victoria era segura.

Concha hubiera deseado disponer de otro cuerpo de ejército que atacando por la Solana y los Arcos se diera la mano con la derecha liberal, encerrando así á los carlistas en un verdadero círculo de hierro que les hubiera sido difícil si no imposible romper; pero no había más tropas de que disponer, y ya vió que era imposible desguarnecer á San Sebastián y la línea liberal desde Hernani á Irún. Tenía, pues, que conformarse el marqués con las fuerzas de que disponía; y comprendiendo que aun ocupada Estella y cogidos bastantes prisioneros aún se podían obtener nuevas ventajas inmediatas, dió instrucciones reservadas al coronel Castro, diciéndole en Lodosa: «sepa usted mi pensamiento después de la toma de Estella,



para que si yo falto lo comunique á mi sucesor». Y prevenía la ocupación de Arbeiza, Ayegui, Igúzquiza, Azqueta, Muniáin y Abérin, situándose tres batallones en Oteiza para proteger el convoy que se replegaría á Larraga, y la brigada de vanguardia marchase á Oteiza y Lerin, pasando de allí á Allo, para cortar la retirada al enemigo. Otras fuerzas desde Estella flanquearían Monte-Jurra por la carretera de Allo, tomando á Dicastillo, y una vez ocupada la Solana sacar los recursos que se encontraran en este valle y en el de la Berrueza, indicando á la vez, que no se destruyese el fuerte de Monjardin, conveniente para sostener el dominio sobre Estella. Otros pensamientos indicó también para perseguir á los carlistas, pero quedaron en proyecto: su muerte lo inutilizó todo (1).

Además de la tardanza del convoy, se ha publicado que la hubo en la toma de Villatuerta el 25, atribuyendo á ella no quedara terminada la operación sobre Monte Muru, sino el mismo día 25, al menos el 26. Nada podemos decir respecto al retardo del convoy; en cuanto al de la toma de Villatuerta, están terminantes las instrucciones del general en jefe: «El primer cuerpo, decía en ellas, pernoctará en Villatuerta (el 25), pasando á alojarse una brigada en Arandigoyen y ocupando á Legardeta y Arinzano dos batallones, quedando otro atrincherado en los altos de Villatuerta (2)». Ni de palabra ó por escrito,

(1) Como presintiéndola ya en Logroño, manifestó su deseo de llevar consigo un carruaje, porque decía que ni herido, ni enfermo se separaría un instante del ejército.

(2) Este párrafo no aparece impreso en las «Instruc-

tenemos entendido que se marcase la hora en que se debía tomar á Villatuerta. Se dirá que á las dos y media de la tarde estaba la división Andía dominando desde un alto á Villatuerta; ¿por qué no descendió? Las instrucciones que señalaba el diario de operaciones y que este general tenía de su jefe inmediato, eran que permaneciese en la posición hasta que llegase á su altura por su izquierda la división Catalán, que debía envolver la derecha de Villatuerta para tomar este pueblo, como así se verificó, con la sola pérdida de tres heridos; cumpliendo en esto las instrucciones adicionales del marqués de «envolver y cañonear las posiciones para tomarlas». Aun colocado parte del primer cuerpo en Villatuerta á las tres de la tarde (puesto que otra división batía á esta hora á casas de Echevarri y Legardeta), y dado el caso de que sin orden del general en jefe hubiese tratado de forzar la derecha de la línea enemiga no estaba con esto terminada la operación, dada la situación del ejército y la del enemigo y sus trincheras.

Intentando forzar la línea de éstas por Villatuerta, habría habido precisión de avanzar sobre Grocin, Zurucuain y demás trincheras. empezando un combate con malas condiciones por la hora, y cuyos puntos eran de difícil acceso, como lo demuestran las instrucciones que para el ataque del 26 escribía desde Murillo con precisión é inteligencia el marqués del Duero; que empezaban por no atacar aquel día á Grocin, tomar á Zurucuain en-

ciones para el ataque de Estella, primer día» dejando á estas tropas sin sitio para alojarse cuando á los demás cuerpos del ejército se les marca.

volviéndolo desde Montalban, cañoneando de revés y de flanco desde Zaval á Murugarren.

En el párrafo sexto de las instrucciones generales para el primer día, se vé que Villatuerta y Arandigoyen debían ser batidos y cañoneados desde Murillo antes de ocupar los las fuerzas del primer cuerpo, con lo que se demuestra que estos puntos, como más avanzados y enclavados, digámoslo así en la línea de trincheras carlistas necesitaban más del apoyo del ala derecha y centro del ejército, que éste de las fuerzas de Villatuerta, que formaban la cuña sobre cuyo eje debían ejecutarse las operaciones de Monte-Muru. ¿La cuña cejó? no. Por lo tanto, si en Villatuerta pernoctó el primer cuerpo el día 25, que eran las instrucciones que tenía, si era la cuña del movimiento de Monte-Muru y no cejó, si ocupando á Villatuerta más temprano hubiera cambiado la situación del ejército, no tiene apoyo, á nuestro parecer, la creencia de que la tardanza en la toma de Villatuerta malogró la jornada de Monte-Muru. El cargo es grave y debía esclarecerse (1).

(1) Lo hemos intentado procurando conseguirlo; pero protestando, como en otra ocasión hemos dicho, que está lejos de nuestro ánimo atribuir intención alguna al cargo y á varias omisiones al ocuparse de estos hechos; las creemos, por el contrario muy naturales. A la escrupulosidad más exquisita, á la investigación más esmerada, se escapan á veces sucesos importantes, y cuando falta el autor y promovedor de todo, aunque existan los poseedores de sus planes, de sus intenciones, hasta de sus secretos, nada más fácil que alguna de esas equivocaciones y omisiones, aun cuando tengan la importancia de la que nos ocupa.

CONSEJO DE CUERRA.—FUSILAMIENTOS

LXXVIII

El triunfo de los carlistas era grande, aunque le empequeñecieron por no hacerse algunos superiores á las malas pasiones: ilustrados carlistas pensaban así también (1).

Ordenóse á Montoya se encargase de los prisioneros juzgándolos en consejo de guerra y fusilándolos, lo cual no le fué grato, porque más deseaba habérselas con sus enemigos en el campo que en el tribunal; tuvo que obedecer, y bajo su presidencia se constituyó el consejo en Abarzuza con dos capitanes del primero de Navarra, dos del tercero y dos del cuarto.

Ciento cincuenta y cinco hombres llenos de vida y juventud, abatidos por la desgracia y esperando una muerte próxima, eran

(1) «La marcha de nuestra política fué siempre al acaso, sin derrotero fijo, inclinándose más bien á lo limitado y pequeño que á lo grande y magnánimo; solo así pudo cometerse la imprudencia de fusilar en aquellos momentos en que á la guerra se la pudo dar una dirección más humanitaria, algunos de los prisioneros hechos. La forma de someterlos á un consejo de guerra por el delito de incendiarios no justifica la razón de esa fatal resolución, porque al hacerlo quedaba prejuzgada la sentencia, y ya que se les puso en ese terrible trance, debió haber sido para que las personas que rodeaban al rey inspirándose en sentimientos cristianos y humanitarios le hubiesen inclinado á usar de la régia prerogativa para perdonar la vida á aquellos desgraciados.

»Es lo cierto que ese derramamiento de sangre oscureció la gloria de tan gran batalla, y en lugar de haber obtenido resultados favorables, positivos, no sirvió sino para irritar los ánimos en la nación y concitar á la Prusia contra nosotros, por ser uno de los fusilados un capitán de aquella nación, que estaba al servicio del ejército contrario.—*Mendiry.*»

objeto de la curiosidad ó de la burla de un populacho sin entrañas que había acudido á Abarzuza á presenciar el fusilamiento de aquellos prisioneros, entre cuyo público había algunos sacerdotes, que fueron llamados para prodigarles los consuelos de nuestra religión. Sin que el consejo reunido para juzgarlos hubiese pronunciado la sentencia, estaba prejuzgada la suerte que les esperaba. Llegaron en aquel momento el coronel Segura y el capitán García; hizo esto concebir alguna esperanza á los prisioneros: creyéndose Segura impotente para realizarla se paró á la vista de aquel triste cuadro, horrorizándose al ver un grupo de paisanos que allí cerca abría una gran fosa; marchó maquinalmente á la casa donde estaba reunido el consejo, la misma en que había estado alojado Concha, y á cuyas inmediaciones esperaba mucha gente el resultado para presenciar la ejecución de aquellos infelices.

Aquel juicio era una fórmula para cubrir las apariencias, un sarcasmo. Entre los pocos que se atrevieron á defender los prisioneros se distinguió Sobrino, el valeroso comandante del tercero de Navarra, que tanto arrojo había mostrado como vimos. Sostenía que no se les podía condenar como incendiarios, porque á ninguno se le podría probar que había tomado parte en los incendios, no habiendo más testigos que ellos mismos; que los generales no querían que se los fusilase, porque mandaban juzgarlos con arreglo á ordenanza, y la ordenanza no los condenaba; que si quisiesen que se les fusilase hubieran dado orden de hacerlo como perte-

necientes á un ejército de incendiarios, haciendo caer sobre ellos los excesos cometidos por todos. No hallaban eco ni eran atendidas estas palabras en el consejo, cuyos vocales, oficiales de campo, como solían llamarse para mostrar sus cualidades prácticas, eran gentes que en su mayoría hacía un año que estuvieron cavando ó estudiando teología en algun seminario, y en el tiempo que llevaban en las filas habían olvidado lo que sabían de su antigua profesión sin aprender nada de la nueva. El auditor que debía ilustrarlos se puso enfermo, ó fingió que lo estaba, y le reemplazó un jóven que también hacía las veces de fiscal, y que ni por su salud, ni por sus servicios era apto para aquel puesto.

Como defensores hicieron subir á dos alféreces: trató de instruirlos Sobrino para la mejor defensa; pero en cuanto entraron en la sala se cortaron, y dijeron que no entendían de aquello; y al ver que de los 155 prisioneros juzgados eran condenados á muerte 135, se encogieron de hombros sin pronunciar una palabra en su defensa.

El juicio se efectuó presentándose los acusados en grupos de 50. Se anotaban sus nombres y se les preguntaba si el general les había dado orden de incendiar y robar, y todos contestaban conformes en que les mandara respetar vidas y haciendas. Si habían robado é incendiado, y dijeron que no; que los que solían robar é incendiar eran otros. Hubo un oficial que dijo que él no podía haber tomado parte en los incendios, porque desde que salió de Tafalla no había entrado en poblado, y marcó los puntos en que había estado con su batallón, en cuyo caso se encontraba una

treintena de los acusados que pertenecían á su mismo cuerpo.

Allí estaba también el alemán Smith, hecho prisionero en Villatuerta al empezar el combate, por lo que no podía acusársele de incendiario. Contestó en mal español al interrogatorio que no era militar, que no quería mal á España ni había tomado parte en los incendios; pidió permiso para escribir á su familia, que le fué concedido: condenado á muerte, se le bautizó, á petición suya, antes de ser fusilado en Villatuerta. El interrogante era el fiscal que hacía de auditor, y después de tal interrogatorio, pidió la pena de muerte contra todos, exceptuándose veinte, á propuesta de Montoya, por pertenecer á las ambulancias unos, y otros por haber sido presos por Portillo antes de que llegaran á Villatuerta. La sentencia se firmó por unanimidad, habiendo vocal que al firmar decía que le temblaba la mano (1).

Iba á ejecutarse la sentencia; suplicó Se-

(1) Antes de firmarse la sentencia se presentó Sobrino en el consejo con pretexto de preguntar al presidente si se alojaría el batallón, y con el propósito de influir á favor de los acusados, y al ver la inutilidad de sus nobles esfuerzos, dijo que si se les condenaba á muerte la vergüenza le haría pedir su licencia absoluta.

Había entre los curiosos dos personas que se interesaron por los prisioneros y se unieron á Segura para concertar el modo de hacer algo en su favor: uno era Calderon, coronel de guías que, como valiente, le repugnaba aquel sacrificio, y el otro un cura italiano que en lo más recio del combate se aparecía muchas veces animando á los soldados haciéndoles adorar una gran cruz de hierro que siempre llevaba consigo. El estar don Carlos á dos leguas de distancia, y el deberse ejecutar la sentencia desde luego, dificultaba todos los planes, y sólo era posible la salvadora resolución de Segura.

gura á Montoya retardase dos ó tres horas su cumplimiento; prometió hacerlo; voló con García en busca de don Carlos, que se hallaba en Múez; recibióle el párroco de Irujo, que, lejos de ayudar á Segura, le manifestó que era inútil lo que se hiciera, que don Carlos estaba muy incomodado, y no quería hablar de perdón, añadiendo otras frases que tendían á hacer desistir del propósito; y al ver Segura tan desfavorable disposición en aquel eclesiástico, le dejó para insistir en su idea: le dijeron estaba comiendo don Carlos acompañado de doña Margarita; recibióle el señor Benavides, á quien pidió se interesara, para que en vez de fusilar á 135 hombres se les diezmará; accedió al instante don Carlos, como hubiera accedido sin duda al perdón de todos; volaron de nuevo Segura y García á Abarzuza, reventando sus caballos; y como pasó más tiempo que el convenido, estaban confesados todos los condenados á muerte, marchando para ser fusilados 20 en Villatuerta, 12 en Zurucuain, y disponiéndose la ejecución del resto en Abarzuza. Estos estaban salvados; pero había que llevar la orden á los que estaban en marcha; no se podía contar con los caballos de Segura y García; solo se prestaba á llevar la noticia el cura italiano, más su caballo andaba menos que un hombre, y providencialmente se presentó el comandante Sobrino, y tuvo la fortuna de llegar á tiempo de salvar á aquellos desgraciados.

Aún quería sacrificar á todos Dorregaray, que envió á su ayudante Villanueva, para que prescindiéndose de la orden de indulto, fusilase Montoya á todos los que habían sido con-

denados á muerte; pero llegó en aquel momento el señor Suelves, ayudante de don Carlos, corroborando la orden que había llevado Segura, y él mismo fué á participarla á Dorregaray. Increpó éste, por conducto de su jefe de Estado Mayor, á Segura y á Montoya, porque á las seis de la mañana no estaban ya fusilados los prisioneros; procedióse á un sorteo, sacando cada cual su papeleta; llegó Dorregaray á Abarzuza en el momento en que iba á empezar la ejecución; recibióse los prisioneros con aclamaciones á su persona, al rey y á la religión; les contestó en términos tan inconvenientes como poco delicados; reprendió ágríamente á Montoya por no haberlos fusilado inmediatamente de sentenciados, y procuró que la ejecución se acelerase.

Los fusilados fueron un capitán, un teniente y 10 soldados en Abarzuza; en Zurucuain un soldado, y en Villatuerta otro y el alemán Smith; uno menos de los 13 que correspondían á los 132 que entraron en suerte por las fracciones que resultaron en los diversos puntos.

El noble proceder de Segura y Sobrino, digno coronamiento de la bizarría que en los combates mostraron, como tenían de costumbre, fué castigado por Dorregaray con un mes de arresto en Monjardín, levantado á los pocos días respecto al primero por la intercesión de Mendiry, que había aprobado tal conducta, eficazmente ayudado por doña Margarita.

Don Carlos premió á Dorregaray con la gran cruz de San Fernando y á Mendiry con el condado de Abarzuza, dirigiendo al se-

gundo una carta que publicó el periódico carlista felicitándole por la gran parte que había tomado en aquella victoria, «la mayor, tal vez, que se ha alcanzado en esta campaña.» Premióse también á todos los demás jefes.

La entrada de don Carlos y de doña Margarita en Estella fué una verdadera ovación.

Los fusilamientos que dejamos narrados produjeron un grito de indignación en todas las almas nobles, y el mismo Dorregaray se consideró obligado á publicar un largo escrito en *El Cuartel Real* para decir á la España, á la Europa y al mundo civilizado, los móviles de aquella grave determinación que se había visto precisado á tomar. Retrotrayendo los hechos á Julio de 1869, aduce los fusilamientos de Montealegre, de Iglesuela y de Valcovero, el plan de Escoda, el de Carratero en Córdoba, la muerte inofensiva de los carlistas que en 1872 se estaban bañando en el Tajo, y otros hechos menos importantes á los que daba carácter oficial; exponía el comportamiento tenido con los prisioneros que se habían hecho en distintas acciones, y sutlevado ante los incendios de Villatuerta, Zurucuain, Zaval y Abarzuza y otros excesos decía: «Hoy hemos fusilado no más que la décima parte de los criminales: de hoy para arriba sufrirán esa suerte todos: de hoy para arriba haremos guerra sin cuartel á ese ejército de fieras».

¿Se probó que eran incendiarios los fusilados? Expuestos quedan los hechos, y no resulta de ellos un acto de severa justicia, sino de mezquina venganza y de bárbaro atropello, propio de toda guerra civil, que

apaga en el corazón humano los más generosos sentimientos, y familiarizado el hombre con la sangre, la derrama impasible, desnaturalizándose é insultando á la humanidad,

La historia no puede disculpar ni referir impasible estas hecatombes, procedan de donde procedan, y tiene que condenarlas y la guerra que las produce (1).

#### ASUNTOS CARLISTAS

### LXXVI

La escasa importancia de los hombres políticos que seguían á don Carlos fueron origen de algunas discordias y no pocos desastres. Ni supieron encauzar una política digna en el campo carlista, ni menos aprovechar los dispersos elementos que había en el extranjero, deplorablemente dirigidos por comités exóticos, ocupándose algunos como el *English carlist committee* «en la agradable tarea de colocar el nombre de una dama inglesa á la vista de S. M. C. la reina Margarita, como merecedora de esta muestra especial del favor y protección real (2)».

Mucho podían haber hecho las diputaciones carlistas; pero la de Vizcaya se puso en completa hostilidad con el comandante general Velasco, y se calificaba de alfonsino á su presidente señor Arrieta Marcarua; la de Guipúzcoa pedía recursos á don Carlos para

(1) Véase documento número 6.

(2) Era esta señora Mme. Zoé Emmeline Payen-Payne, née Taylor, esposa del fundador del comité, y cuya señora decían había prestado grandes servicios á la causa carlista.

continuar la guerra, y mandaba comisiones contra Lizarraga, que legislando sobre todas las materias, expidió documentos amenazando á aquella corporación; la de Alava, si bien la más comedida y mejor organizada, manifestaba su necesidad de recursos, y la real junta de Navarra, nombrada por don Carlos, como era costumbre en las anteriores guerras, y constituía de suyo una jurisprudencia política, obraba por sí, como podía hacerlo, lo cual disgustaba á algunos, así como el que algunas veces no concurriera á deliberar con las otras tres diputaciones cuando se la convocaba para asuntos graves.

El obispo de Urgel, desde Vergara, sin contar con don Carlos, y obrando de acuerdo únicamente con Lizarraga, legislaba para toda España, creando hasta un colegio general militar con condiciones ridículas; haciéndose el mismo prelado director del periódico *El Cuartel Real* (1), y esperando al Señor Manterola que anunciaba en un telegrama pomposo que Su Santidad había concedido las bulas de la Santa Cruzada para que se expendiesen en aquellas provincias; y por último, el mismo señor obispo pidiendo reiteradamente sueldo para él de 3.000 reales como teniente general, de 2.500 para Manterola como mariscal de campo, y así sucesivamente para todos los que estaban á su alrededor.

(1) Se ordenó que el periódico dependiera directamente de la señora de don Carlos, y se le dió nueva organización en su forma y contenido; fué nombrado director el señor don Manuel Brunetto, con la cooperación de los señores don Félix Zarran don Juan Galvez y don Damian Ruiz de Rodriguez, siendo tesorero el señor Medina de Aragon

Don Carlos no pudo menos de dar sus quejas al obispo al ver desvirtuada por éste la providencia que se vió precisado á tomar contra un eclesiástico que había sido comisario régio de Burgos, considerado como elemento de perturbación por la intemperancia de su carácter, y mostrar su extrañeza de que el prelado publicase su pastoral del 22 de Febrero, porque creía don Carlos, y con razón, que las cuestiones políticas no debían, por regla general, ser objeto de las pastorales. Pero lo que más desagradó fué que el obispo se mostrara más católico que carlista, en lo cual seguía la opinión de muchos, diciendo: «Recordadlo bien, carísimos hermanos nuestros, y Nos no tememos proclamarlo muy alto, y decirlo á todo el mundo: el móvil que os impulsó á abandonarlo todo, á exponeros á tantos peligros y trabajos, no fué otro sino porque queréis ser á todo trance católicos, sinceramente católicos, y porque detestáis el mónstruo de liberalismo, condenado por la iglesia. ¡Ah! Si no hubiera habido más cuestión que la de personas, ¡qué pocos de vosotros hubiérais abandonado vuestros hogares! ¡Y cuán pocos continuaríais en los batallones si no estuviérais persuadidos, como lo estáis, que la persona de S. M. el Rey es la personificación genuina del catolicismo en España!»... Dicese más adelante que en algunos soldados carlistas se había disipado el fervor religioso de los primeros días, relajándose las costumbres, que no era siempre su boca cristiana, y eran sus obras paganas. Se calificó de inconveniente aquella pastoral, que aún hacía otras graves acusaciones, y en circunstancias verdaderamente

críticas para los carlistas, en cuyo campo todo estaba en lucha, sin que fuera sólo este escrito el que se redactó contra costumbres no muy católicas.

El cuerpo de artillería, cuya arma era la mayor necesidad que sentían, se puso en disidencia con las diputaciones de Vizcaya y Guipúzcoa por la administración de las fábricas de armas, hasta el punto de mandar retirar los oficiales facultativos que estaban al frente de ellas, y no había pólvora, cartuchos, ni proyectiles para el sitio de Bilbao. El batallón aragonés en completo estado de insubordinación desde la desgraciada expedición mandada por Caracuel. Los batallones castellanos desnudos, descalzos y sin municiones; y una comisión catalana diciendo á don Carlos que si se cumplía la orden de hacer ir á Savalls (al que se había llamado para castigarle por desobediencia á don Alfonso) se sublevaría el ejército de Cataluña.

Don Carlos conjuró por el pronto esta situación admitiendo la dimisión al corregidor de Vizcaya reemplazando á Velasco con Valde-Espina y á Lizarraga con Cevallos; volvieron los oficiales de artillería á las fábricas, y empezó la fundición de morteros, cañones y proyectiles.

Disuelta la junta de la frontera se ordenó desde Durango la creación y organización de un cuerpo especial de policía y de orden público, á la vez que se indultaba á los voluntarios de la república que desearan volver á sus pueblos, y los que sin haber tomado las armas hubiesen tenido que ausentarse por sus ideas políticas.

Estas providencias, que hacían concebir

grandes esperanzas por los principios de transigencia y tolerancia que representaban, las desvirtuaban la intransigencia é intolerancia que reinaba en muchos del campo carlista y de la corte. Las palabras deslealtad y traición eran frecuentes; Lizarraga decía á don Carlos (1): «Es indudable, Señor, que entre los muchos que defienden la sagrada causa de V. M. hay algunos de malos antecedentes y otros que guardan en su pecho resentimientos y rencores, y otros son materia dispuesta siempre para la traición.» Y hasta le escribía que se guardase mucho de una persona que no nombraba. Se suscitaron antagonismos entre Dorregaray y Elio, que empezaron por ser supuestos y acabaron por muy verdaderos; mostraron poca discreción y más apasionamientos que tacto político algunos de los que acompañaban á don Carlos y formaban su corte, y se fueron sembrando vientos que habían de producir tempestades.

Los triunfos obtenidos en Febrero y Marzo aumentaron de tal manera las aspiraciones de los políticos carlistas, que se creyó llegado el caso de crear ministerios, fundándolo en la conveniencia de repartir en diversos departamentos los negocios del Estado, aunque no permitiendo ni haciendo necesarias las circunstancias el restablecimiento de todas las Secretarías, por entonces. Al efecto se nombró ministro de Estado á don Romualdo Martínez Viñalet, encomendándole los negocios extranjeros; á don Joaquin Elio los de guerra, y á don Luis Mon y Velasco,

(1) Desde Azpeitia el 31 de Enero de 1874.

conde del Pinar, de Justicia, Gobierno, Política y Hacienda, sin que por esto cesara en el desempeño de su cargo de corregidor de Vizcaya hasta que se le reemplazara en este destino. Hubo que emplear al turbión de ojalateros que se arrimaba al árbol que empezaba á florecer, haciendo corregidores, creando tribunales, no sirviendo la mayor parte más que de figuras decorativas, que ni el mérito tenían de la consecuencia política.

No satisfizo esto á todos; prosiguieron las intrigas llevöse por algunos la pasión hasta desear que se perdiera un combate para desacreditar al que lo dirigía, se creó tal atmósfera en contra de algunos palaciegos, que llegó á levantarse una partida capitaneada por un oficial del batallón de Durango al grito de ¡Viva la religión y los fueros, y mueran los hojalateros!

La venida á España de doña Margarita, esposa de don Carlos, fué un acontecimiento político, que cada uno de los partidos que dentro del carlismo luchaban, trataron de explotar en su provecho; pero aquella señora, con excelente sentido, se mostró superior á todos y sólo se interesó eficazmente en que su esposo estuviera rodeado de lo más digno é ilustrado del partido. Su comportamiento inspiró desde luego generales simpatías: recibió una verdadera ovación en todas partes; apenas se ocupó más que de visitar hospitales y consolar enfermos y heridos, sin que las enfermedades contagiosas fueran un obstáculo para mostrar personalmente á los que las padecían el interés que le inspiraban; se encomió su caridad, se aplaudieron sus virtudes y se concibieron en ella tales espe-



ranzas, que firmaron las diputaciones una exposición felicitando á doña Margarita y pidiéndola que no se separase del lado de su esposo, en lo cual insistían, porque «sería un ejemplo luminoso de virtudes.»

Las cuestiones eran graves: las consecuencias podían ser terribles, siendo lo de ménos para muchos el que se quitara del lado de don Carlos al duque de la Roca, contra el que se dirigían acerbas censuras, de las que no estaban libres la mayor parte, sino todos los que formaban aquella corte, haciéndose mutuamente una guerra implacable, que justificaba la que desde fuera se les hacía.

Había ido doña Margarita á *purificar la atmósfera*, como se dijo; la junta de Navarra, que tan explícita se proponía ser, fué disuelta; las demás juntas tuvieron ménos resolución de la que anunciaban, y muchos sólo se atrevieron á poner pasquines, como los que aparecieron en Estella. Donde todos se desahogaban era en la correspondencia privada, porque no se podían llevar á la prensa las manifestaciones de la opinión pública, que los reyes y los gobiernos liberales y justos las estimulan en vez de comprimirlas ó evitarlas, porque deben ser el barómetro de su conducta.

Mostróse empeño en que doña Margarita se quedara para que se estableciera la familia bajo formas adecuadas á la política y al mecanismo interior de los que viven; no para sí, sino para aquellos á quienes rigen, y de quienes reciben en holocausto fortuna y sangre. «Las visitas de la señora, escribía un carlista ilustrado y no sospechoso, han de ser

en extremo enojosas si ha de encargarse de aburrir favoritos, ineptos y malvados, y de conducirlos á la frontera para despedirlos, siquiera sea tan admirablemente y con tanta gracia como acaba de hacerlo con la Roca.»

Si del nuevo ministerio se concibieron esperanzas, pronto se desvanecieron. El ministro de la Guerra dejaba el país en los momentos más críticos, é iba á París, ó más bien le enviaban con una misión poco importante, quedando en Tolosa su sucesor, donde nada tenía que hacer, mientras don Carlos se iba al ejército; Elío se quejaba de que el ministro de Estado no le daba la menor noticia, y no comunicaba al extranjero órdenes ni instrucciones, y el ministro de Hacienda acompañaba á don Carlos y no se aprovechaba el efecto del triunfo de Abarzuza para hallar dinero, habiendo manifestado el duque del Cars y el señor Torre Gil en París que algo podía hacerse.

Esmerábase don Carlos en complacer á todos, en mostrar que no era afecto á una intransigencia absurda y sistemática, y dió el famoso manifiesto firmado en Morentin el 16 de Julio (1), ratificándose en cuanto había dicho en su carta á su hermano don Alfonso; y que así como un rey de Aragon rasgó con el puñal el privilegio de la Unión, él rasgaría con la espada de la justicia los privilegios de licencia y otorgaría á los pueblos sus cartas de libertad; que satisfaría los sentimientos religiosos de la católica España y su amor á la monarquía, pero sin espionaje religioso

(1) Redactado por el ilustrado don Valentin Gomez, que se encargó á poco de la dirección de EL CUARTEL REAL.

ni despotismo; que no molestaría á los compradores de los bienes de la iglesia, como lo había demostrado; que quería una legítima representación del país en Córtes; que fijaría su atención con el más exquisito esmero en la instrucción pública; que salvaría la Hacienda y cumpliría como cumple un deudor honrado, y añadía: «Fuera impropio de mi dignidad rebajarme á de mentir las calumnias que algunos propalan entre el sencillo vulgo suponiendo que estoy dispuesto á restaurar tribunales é instituciones que no concuerdan con el carácter de las sociedades modernas. Los que no conocen más ley que la arbitrariedad, ni tienen energía más que para encarnizarse con los vencidos y atropellar á los indefensos no deben intimidar á nadie con el augurio de imaginarios rigores y monárquicas arbitrariedades. ¿No he probado cien veces con mis adversarios rendidos, que ni la arbitrariedad ni el rigor hallan cabida en mis sentimientos de rey?» Este manifiesto no fué del agrado de todos, combatiéndole algunos por considerarle liberal.

Seguramente que era penosa la situación de don Carlos si había de satisfacer tantas y tan encontradas opiniones como las que ya surgían en el campo carlista. La verdad es que en éste, como en el liberal, había menos patriotismo y más ambiciones; en uno y otro escandalizaban inmerecidas mercedes; y si en el ministerio de la Guerra de Madrid aturdía el número de solicitudes, en el de Tolosa se quejaba Planas de tener más de 600 sobre su mesa, y recibir cada día de 15 á 20.

## NEGOCIOS CARLISTAS

EN ROMA Y EN OTROS PUNTOS

## LXXX

Entre los agentes que el carlismo tenía en Roma, se distinguía por su celo el maestro escuela de la catedral de Sigüenza don Fidel Rueda y Crepo, que ocultaba su nombre bajo el seudónimo de Silvio. Todo su afán era procurar recursos para sostener la guerra, y seguramente que sólo su fe, su actividad y su constancia, pudo ser capaz de reunir las sumas que se apresuraba á librar en cuanto llegaban á su poder, pues no dejaba de encontrar resistencia á dar dinero, cuando no se habían olvidado las ruinas que produjo el empréstito á favor de don Miguel de Portugal. Propuso y se aprobó la formación de un comité de pocos, pero decididos (1), y pensaron en la emisión de un empréstito, no con banquero, sino con «una corporación... que lo haría más por deseo de acelerar el triunfo, que por ganancia.» Y no se limitó á proporcionar recursos aun apelando á la *casa grande*, como decía, sino á reclutar voluntarios, solicitando fueran admitidos al servicio militar de don Carlos, italianos tan ilustres como el doctor don Miguel Rudel, hermano del médico de Su Santidad, el príncipe de Gabriel Alamy, sargento del ejército pontificio, y los oficiales de artillería Leani, Ughi y Ferroti.

(1) Compuesto de los señores don Juan Patrizi, marqués de Patrizi; don Ignacio Solderini, conde de Solderini; don Luis Negri, canónigo; don Eduardo Soler, ex-catedrático de Bellas Artes, y don Silvio...

Con introducción aquel agente hasta en el Vaticano, ya oponía obstáculos para que doña Isabel fuera á confirmar á sus hijas (1); ya procuraba, escribía, calmar la ansiedad del Vaticano por saber la rendición de Bilbao; pidió al Papa se dignara conceder á los emigrados políticos de España el uso de la Bula de la santa Cruzada, lo que obtuvo verbalmente, y sin Breve, por razones que la Santa Sede juzgaban atendibles (2), y consiguió de Su Santidad que el día de las Candelas bendijera dos para don Carlos y doña Mar-

(1) Decía con este motivo: «Doña Isabel escribió á Franchi que quería venir á confirmar sus niñas... Franchi, que sueña en volver á Madrid, contestó que bien: la ex-corte liberal lo ha tomado por lo serio y cree que Su Santidad está conforme... parece que no: tanto, que sé que un altísimo personaje he dicho que no me obliguen á escribir una carta diciendo que no venga...» (Histórico.) «Veo que lo pensarán mejor... caso contrario, ganaremos...» El viaje se efectuó y se escribió que la Santa Sede había observado las altas reglas de conveniencia y de prudencia que le eran habituales, limitándose á atenciones debidas á la prosapia de la augusta viajera.

(2) Se telegrafió la concesión al señor Dubroq, y algunos carlistas de la frontera en vez de agradecer la concesión y servirse de ella sin hablar, pidieron explicaciones á Roma y se escribió de allí con este motivo: «Hay opinión de que al partido carlista falta alto sentimiento político, y de ello no tienen culpa nuestros enemigos, sino la lengua de algunos de los nuestros. ¿Qué dirá la Santa Sede si sabe que en vez de dar gracias nos entretenemos pidiéndole explicaciones? Esto no es cristiano ni político. Si hubiera duda de la verdad de la concesión, pãse; mas desde el momento en que digo *El Santo Padre*... me parece que son ganas de jugar con personas altas y bajas las impertinencias de esos desocupados. Un alto personaje, pues, del Vaticano me encarga que diga á V. que interponga su influencia para que se calle sobre la forma de la concesión, de la cual nadie es juez sino el Santo Padre; que se aproveche en conciencia, sin oír á nadie en contrario, y que se responda: *Roma locuta, et cetera*...»

TOMO III

garita, pues siendo costumbre hacerlo para algún príncipe, se creyó no debía olvidarse al que se consideró con tal derecho.

Convertido al carlismo el señor arzobispo de Malines, propuso á Don Vicente Manterola se obtuviese una autorización de Roma para disponer en favor de los carlistas del dinero de San Pedro recaudado en las cinco diócesis de Bélgica; mas poco después aquel Prelado se negó á tener participación en los asuntos de aquellos.

Se pensó en pedir á Roma el vestuario de las tropas que fueron del Papa, y se decía (1): «En el Vaticano hoy más que uniformes de soldados hay dinero. El Papa acaba de recibir donativos muy cuantiosos; y el Papa es muy generoso. Mas: el Papa es carlista. ¿No sería mejor que bajo mi responsabilidad pidiese dinero para comprar armas y municiones?» Y añadía más adelante: «¿Será posible que los católicos de Europa nos abandonen, cuando es suya la causa que defendemos? ¿O parecerá mucho el dinero que se dá á los carlistas, cuando á los carlistas les parece poca, muy poca la sangre que derraman, atendida la grandeza y la santidad de la causa?»

Se pidió á Roma se hiciera con el obispo de Urgel lo que con el de Leon se hizo en la anterior guerra, y se le confirieran las mismas facultades que al Patriarca de las Indias, como subdelegado general castrense, lo cual no pudo conseguirse, ni otras aspiraciones de los carlistas; y aunque parecían indudables las simpatías que tenían en el

(1) Desde Bayona el 15 de Marzo de 1873.

Vaticano, no hallaba éste la conveniencia de preferirlos á los liberales, que disponían de casi toda la nación, y no podía faltar á un Gobierno establecido, que lejos de romper con Roma, concedía al ministro de Estado un suplemento de crédito y dos créditos extraordinarios para el pago del Tribunal de la Rota, y levantaba la suspensión de proveer piezas eclesiásticas.

Pensóse en Roma en conferir los obispados vacantes en España; se consultó á los metropolitanos, que opinaron se intentase explorar al gobierno, y se convino en la forma de nombrar los 22, formándose una lista de 60, mandada por todos los obispos. En cuanto se supo en el campo carlista, se envió á Roma á don Vicente Manterola á exponer á Su Santidad la necesidad en que se hallaba don Carlos de protestar contra el acto de presentación de obispos hecho por Castelar, y recibido el emisario el 28 de Enero por el ministro de Estado del Papa, le contestó: «Autorizo á usted para asegurar al rey que la Santa Sede ha nombrado directamente los obispos españoles recientemente preconizados sin que Castelar haya en nada concurrido á este acto. Su Santidad hizo saber al gobierno de Madrid la resolución de nombrarlos, é indicó sus nombres, preguntando si algo tendría que oponer contra alguno de esos candidatos, y lo hizo con el objeto de evitar que el gobierno cerrase las puertas de sus respectivas diócesis á los nuevos preladados. La Santa Sede no ha podido reconocer derecho de presentación en el gobierno presidido por Castelar, no habiendo reconocido al gobierno de Madrid. Su Santidad, por consi-

guiente, no ha reconocido en manera alguna el nombramiento de obispos que ha aparecido en la *Gaceta de Madrid*; y ha cuidado de consignar muy expresamente en el consistorio que nombraba los nuevos obispos *motu proprio et ex benignitate Sedis Apostolicæ* (1)».

Insistiendo Su Santidad en el pensamiento de proveer las sillas vacantes en todos los países, el gobierno envió un telegrama el 21 de Febrero, proponiendo para la de Toledo al obispo de Jaén señor Monescillo, no queriendo aceptar al cardenal Moreno, que se había indicado en Roma por los amigos de doña Isabel; y aunque aceptaban al primero altos personajes de la corte romana, y se mostraron en ello muy satisfechos los carlistas, por considerarse al obispo de Jaén en Roma «como el más fino y decidido legitimista, y en el caso de una reunión de Cortes tendríamos un Canciller de Castilla digno sucesor del señor Inguanzo», al fin triunfó el señor Moreno, á pesar de lo que contra él trabajaron los carlistas. Véase, pues, que las simpatías que éstos tenían en la corte romana, no se traducían en hechos, á excepción de algunas pequeñas suscripciones de particulares afectos al carlismo, por lo que

(1) «Su Emma. el cardenal Antonelli escribía al señor Manterola, cuantas veces ha hablado de S. M. en el largo curso de nuestra conferencia, le ha designado constantemente con el nombre de «El Rey» y al despedirme me ha dicho: Debemos esperar que todo esto terminará pronto para la felicidad del Rey y de la España.—Hoy mismo (28) recibo la invitación de la Antecámara Pontificia para la audiencia privada que Su Santidad se digna concederme mañana á las seis de la tarde».

éste representaba en favor de los derechos de la Iglesia.

La elevación de Viñalet al ministerio de la Guerra dejó sin presidencia ó dirección el gobierno carlista de la frontera, y se estableció un comité central en Bayona, bajo la presidencia del señor Hubert de Marignon, compuesto de los señores vizconde de Barres, Dubroq, Poydenot, barón de Garro y monsieur Pablo Laborde, siendo su cometido provocar y recibir de los distintos centros de Francia y aun del extranjero, donativos y socorros en auxilio de la causa, centralizar en sus manos estos recursos, efectuar las compras que les fuesen encargadas por don Carlos ó sus ministros y hacerlas llegar á su destino; servir este comité de nudo entre los demás comités y el Cuartel Real; transmitir los partes y correspondencias que aquel enviase ó debiera recibir; facilitar recursos á los oficiales y soldados que pasasen por la frontera; dar los informes que se les pidiese, y entenderse con las autoridades francesas (1).

Los fusilamientos de Abarzuza, tan combatidos por la mayor parte de la prensa extranjera, y el de Smiht especialmente, causa-

(1) También se entendían éstas con las juntas carlistas de España, como lo prueba el siguiente documento.

«Basses Pyrenées.—Gabinet du Prefet. Pau 20 Avril, 1874. Mon cher Monsieur.—Je suis autorisé á traiter avec la Junte de Navarre pour les troupeaux de Baigorry. Je suis convaincu que dans l'interet de nos nationaux vous voudrer bien aider au sucés de cette negotiation. Je vous prie donc de me dire la meilleure maniere de l'entreprendre.

Recevec, mon cher Monsieur, l'assurance de mes meilleurs et plus dévoué sentiments.—Nadaillac».

ron gran sensación en Prusia, por lo que deseó Elío que don Juan, padre de don Carlos, fuera á verle para mostrarle aquel clamoreo, tratar de combatirlo y neutralizar el efecto que en la opinión pública producía. Ya en Inglaterra se hacían indicaciones de intervención y en Alemania se amenazaba con que el gobierno de aquel país no dejaría impune tal atentado (1).

Tratóse entonces de fijar la residencia de doña Margarita, que regresaba de las provincias; ocupáronse de ello Laborde y el diputado Mr. Casayon Latour, al que manifestó Mac-Mahon que la Prusia parecía decidida á intervenir, al menos diplomáticamente, en los negocios de España, habiendo declarado al gobierno francés que debía renunciar á las facilidades concedidas en la frontera á un pretendido congreso carlista, que debía, según ella, reunirse en Dax, y á comprometer á la duquesa de Madrid á alejarse de Pau. El mariscal respondió de una manera que no podían rechazar los mismos carlistas; y en cuanto á doña Margarita, dijo que habitaba en Pau con sus hijos sin tomar parte en la guerra, y que por su cualidad de mujer y de francesa era difícil no permitirle residir donde bien la pareciese. Y añadió el Maris-

(1) «Estas declamaciones periodísticas, escribía Elío desde París, repetidas en todos los tonos y bajo todas las formas, producen un efecto desastroso contra nosotros en la opinión pública y crean una atmósfera que puede llegar á sernos fatal.... Mientras los enemigos se valen de todos los medios para presentarnos á la faz de la Europa como unos monstruos enemigos de la civilización y de todo sentimiento humanitario, nosotros nada hacemos para rechazar esas falsas imputaciones y para presentar la verdad ante la opinión pública europea».

cal á Mr. Latour: «Yo no sé como se tomará mi respuesta; ¿no podríais convencer á la señora duquesa de Madrid á que se alejara de la frontera, y residiera en los alrededores de Burdeos? Ya veis á qué humillaciones nos vemos reducidos: ayudadnos á que no sean más grandes.»

Entraron en su período crítico los negocios carlistas en el extranjero, á pesar de la actividad que mostraban sus agentes, enviados hasta Rusia, á cuya corte fué el duque de la Union de Cuba, al que los ingleses deseaban tener de representante de don Carlos en Londres; para donde, sin embargo, no era cuestión de derecho ni aun de religión, sino suceso solamente, sin que los carlistas de allí fueran excepción de tal regla. Para algunos fué cuestión de negocio; pues no todos participaban del entusiasmo del general, Kiskpatrick, que venía tomando parte en los asuntos carlistas desde Octubre de 1872. Mister Ed. Purcell redactor y propietario de la *Westminster Gazette*, puso este periódico al servicio de la causa carlista, á cuyo favor abrió una suscripción pública, que no produjo grandes resultados (1); siendo evidente que el comité carlista de Londres, el primero fundado en Europa, no tuvo otra autoridad, según declaración propia, que la moral y política por las declaraciones que provocó del gobierno inglés en el parlamento, y llamar algo la atención pública hácia el carlismo para informarse del objeto de la guerra.

(1) Les résultats matériels obtenus par le Comité eut été jusqu'à ces jours malheureusement très minimes et eut suffi à peine à repandre aux nécessités du travail du Comité.»

(Rapport du Comité carliste de Londres.)

CENTRO VASCO-NAVARRO.—JUNTA DE LAS MERINDADES.—ADMINISTRACIÓN CARLISTA

### LXXXI

Las diputaciones de Vizcaya, Guipúzcoa, Alava y junta gubernativa de Navarra, pidieron á don Carlos desde Azpeitia el 25 de Abril, la creación de un centro permanente formado con representantes de las cuatro corporaciones para la más rápida gestión de los negocios y estrechar la unión y armonía de las autoridades forales de las cuatro provincias, evitándose así las incesantes comunicaciones que mutuamente se cruzaban, motivando por defectos de redacción ó forma, malas inteligencias y aun disgustos. Estableciéndose además este centro cerca de don Carlos y de las autoridades, podía ser un cuerpo consultivo, cuando se le quisiera oír, y una reunión constante de las cuatro provincias para recibir y transmitir las órdenes que á todas ó á cualquiera se dirigiesen. Creóse á su virtud por decreto de 8 de Mayo el centro Vasco-Navarro, compuesto de cuatro individuos elegidos respectivamente por cada una de las diputaciones, y aunque por el pronto armonizaron unos y otros poderes, eran muy encontrados los intereses de los que gastaban con los de los que tenían que recaudar y producir.

La que se erigió en verdadero poder anulando el de la diputación, fué la junta de las Merindades en Vizcaya, convocadas para el 2 de Mayo en Durango á fin de tratar de todo lo que había hecho y tenía que hacer la diputación, y de cuanto convenia para la

mayor actividad de la guerra é interés de ambas majestades divina y humana, bien común del señorío, observancia de sus fueros, inmunidades, privilegios, preeminencias, buenos usos y costumbres. Efectuóse el día señalado la primera junta de aquella especie de congreso constituyente; acudió el 3 en corporación á la morada de don Carlos á prestarle el debido homenaje, cuyo acto se encargó perpetuar en un cuadro al pintor don Antonio Lecuona, y en las sesiones siguientes se ocupó de la formación de nueva estadística, de la liquidación general de suministros y gastos, de todos los servicios de la administración pública, de recaudar el dinero de la bula, del presupuesto mensual de ingresos y gastos para una división vizcaína de 6.000 hombres (1); clasificó pueblos y clases señalando cuotas, dispuso las cantidades que habían de pagar los mozos sujetos al servicio de las armas que se hallasen ausentes del Señorío, formando una escala de 5.000 á 10.000 reales é impresionada por los recientes sucesos militares y comprendiendo la imperiosa

(1) Es curioso y notable el presupuesto.

GASTOS.	
	Rvn.
Calzado, calculado á medio real diario por cada voluntario.....	90.000
Vestuario, á real diario...	180.000
Prest.....	292.000
Hospitales.....	15.000
Composición y renovación de armamento....	20.000
Pólvora y cartuchos.....	100.000
Gastos de artillería.....	20.000
Administración.....	10.000
Imprevistos.....	10.000
<i>Total rs. vn.</i> .....	<u>737.000</u>

necesidad de poseer artillería moderna, aceptó por unanimidad la proposición de adquirir recursos: como había quien prestaba, cual lo había hecho en otra ocasión, 40 ó 50.000 duros en condiciones favorables bajo la garantía de los concurrentes que la otorgaron inmediatamente (1), se comisionó para la compra de los cañones y municiones (2), valiéndose de un oficial entendido del arma, á don José Niceto de Urquiza y á don Juan Nicolás de Tollara, mostrando tal celo y eficacia, que el 10 de Julio se desembarcaron en Bermeo 27 cañones de acero de diferentes

#### INGRESOS.

Arbitrios señoriales con dobles derechos de los que actualmente tienen.....	400.000
Impuestos extraordinarios.....	90.000
Portazgos, con el duplo de los derechos actuales.....	60.000
Multas y decomisos.....	5.000
Contribución de industria y comercio.....	80.000
Idem directa sobre la propiedad.....	102.000
<i>Total rs. vn.</i> .....	<u>737.000</u>

(1) Dice así el pagaré: «Pagaremos mancomunadamente é *in solidum* en virtud del presente en Londres, capital de Inglaterra, á seis meses de esta fecha al domicilio de los señores C. de Murrieta y compañía, y á la orden del señor don Pedro de Arrola, la cantidad de ocho mil doscientas ochenta libras esterlinas, valor recibido de dicho señor en metálico y préstamo mercantil.—Orduña 10 de Junio de 1874.—Pagadero el 10 de Diciembre de 1874.—Son 8.280.»

(2) Se acordó á la vez que la diputación se desligara en las conferencias de Vergara del compromiso adquirido en las anteriores con las diputaciones hermanas sobre el par teamier to y sostenimiento de una fábrica de cañones, toda vez que comprando el Señorío por su cuenta el contingente de artillería y fusiles que, segun aquel compromiso le correspondían, quedaba cubierta la obligación del país anticipadamente y con ventaja.

calibres y sistemas, y 200 cajones de proyectiles, útiles y aparatos de batería (1). Justo fué el entusiasmo que produjo en aquella asamblea el acierto, la actividad y el sigilo con que procedieron sus comisionados, y el voto de gracias que con estrepitoso aplauso les dieron. También don César Eguidazu anticipó 60.000 rs. para comprar cuatro cañones de acero, cuya cantidad se envió á la junta de la frontera.

Acordó la junta de merindades se demostrara á los representantes de las provincias hermanas, la necesidad de que cada una se administrase y rigiese por sí misma en todos los ramos, segun fuero, debiendo desaparecer la intendencia militar, ó que ésta no se ingriese en la administración de las fuerzas del país vasco-navarro; tuvo también que luchar con la ingerencia del poder militar en los asuntos civiles y rechazar atropellos como los cometidos contra el secretario del ayuntamiento de Guernica, contra el alcalde de Marquina y contra los abusos que se permitió el gobernador de Durango, y otros, que no es siempre la moderación la que suele inspirar á las autoridades militares, especialmente á las inferiores; mostróse enérgica la merindad, exigiendo á todos la presentación de cuentas (2); se encargó del suministro de

(1) En el mismo buque llegaron los señores Urquizu, don José Niceto Tollera y Olazabal.

(2) De lo que no se exceptuó ni el comandante general del Señorío don Gerardo Martínez de Velasco, que las rindió por medio de su apoderado don Isidoro Ruiz de Arbulo presentando una Memoria fechada en Durango el 3 de Diciembre de 1874. En ella aparece que la primera cantidad que recibió fué la de 2.000 duros que le entregaron los señores Urquizu; que impuso después la

raciones; organizó los correos y comunicaciones telegráficas; estableció el *Boletín del Señorío*, para tener un periódico á su servicio, cuyo primer número apareció el 5 de Agosto; llamó á la juventud vizcaina para formar un cuerpo de migueletes, y creó una junta superior de armamento y defensa del país (1).

contribución de guerra de 2.168.086 reales sobre la riqueza territorial del Señorío, enviándose la mayor parte de lo que se recaudaba á Francia para adquirir armas, tomando las letras en Bilbao, interviniendo activamente en todo esto los señores Arazosa, Eguidazu (don César) Legarreta, Ortuzar y Garro; no pasando por manos del general Velasco cantidad alguna de lo que se recaudaba.

Manifiesta después no haber manejado más que 1.497.723 rs. y 20.000 rs. de la contribución de Deusto, de que dió cuenta á una con las cantidades que se le facilitaron de la Tesorería para el prest de los soldados; que los rendimientos de arbitrios y peajes habían sido utilizados por los respectivos jefes de distrito, sin intervención del general; expresa la imposición y aplicación de las multas; dice que las sumas por él manejadas distaban mucho, como se veía, de «esas fabulosas cantidades que algunos suponían que había recibido y malversado;» detalla la inversión de todas las cantidades recaudadas, y presenta un déficit en su contra de 14.211 rs. 71 cénts., atribuyéndole á falta de comprobantes por lo difícil de las circunstancias por que se había atravesado; que no había percibido sueldo ni gratificación hasta el mes de Noviembre, en que comenzó á cobrar una paga muy módica, no siendo de extrañar hubiese tenido que gastar algunas cantidades para sus atenciones puramente personales, cantidades que no llegarían con mucho á las que otros generales en igualdad de circunstancias habían percibido en concepto de sueldo y gratificaciones de mando, y terminaba apelando á la «benevolencia en pró de una persona, que solo por el mérito de haber realizado el movimiento de Vizcaya abandonado á sus propias fuerzas, y de haber conseguido organizar una división de diez batallones, con los que dominó el territorio vizcaino, á excepción de la capital, con bien poca efusión de sangre, era digna del reconocimiento del país y del aprecio de los buenos vizcainos».

(1) Se constituyó el 15 de Octubre con asistencia de



Las diputaciones en tanto continuaban su gestión administrativa; montaban fábricas de cartuchos, esmerándose cada provincia en proveerse de la mejor maquinaria, excepto Alava que, como más pobre y menos necesitada de aquel artículo por el menor número de sus fuerzas, se reservaba adquirir los cartuchos de cualquiera de las tres provincias hermanas, ayudando á los gastos de su fabricación en la parte conveniente.

Autorizada la diputación de Vizcaya por la junta de merindades para imponer al capital, á la industria y al comercio un empréstito forzoso de dos millones de reales al interés anual del 5 por 100, acordó en Setiembre realizarle, después de haber sometido á la junta de merindades para su aprobación, el modo de efectuarlo, y costó trabajo en recaudar la mitad (1).

Ordenado el armamento general del país, después de las sacas que se habían efectuado de todos los mozos útiles de 18 años de edad (2), se ocupó la diputación de regla-

---

los señores don Alejo Novia de Salcedo, don Juan de Bazozabal, don Gregorio de Pradera, don José de Garro y don Tomas de Inguanza; no habiendo asistido por ausentes, don Santiago de Arana, don Juan E. de Orue y don José P. de Uriarte, que pidió no figurase su nombre como individuo de la junta. No se reunían tampoco muchos; pidió don José de Garro que se aumentase el personal, y se propuso á don José María de Ampuero y don Vicente de Jauregui.

(1) Por riqueza territorial se recaudaron 891.001,23 y por industrial 41.800.

(2) El marqués de Valde-Espina había ordenado antes, y acordado la diputación en 11 de Abril, que todos los casados comprendidos en la edad de 18 á 40 años que regresaron á sus casas hasta nueva orden, se presentasen para destinar los á servicios pasivos, en reemplazo de los soldados que debían ingresar en los batallones;

mentar este importante servicio, y grandes esfuerzos tuvo que hacer para conseguir organizar los tercios por las resistencias que encontró y se afanó en vencer, sin que lo pudiera conseguir por completo, á pesar de las medidas rigurosas que tomó, según se ve en sus repetidas circulares sobre este asunto; y presentar el armamento general como una medida salvadora exigida por el inminente peligro en que se hallaba aquel país de ser invadido.

Gran celo emplearon la junta de merindades y la diputación en dar hombres y recursos para la guerra; se apoderaron hasta de los productos de la Bula, contrariando así lo ordenado por el obispo de Vitoria, por lo que algunos párrocos como el de Villaro, el de Valmaseda, y otros se negaron á obedecer á la diputación por no desobedecer al Prelado; se amenazó con la fuerza á los que no entregasen lo recaudado; ni á ella cedieron los párrocos de Lequeitio, Zornoza y Guernica; invitó la diputación para que del fondo de la fábrica de las respectivas parroquias hicieran un donativo de la cantidad que se les había de adjudicar en virtud de las disposiciones del Prelado, y convinieron los señores arciprestes, en presencia del señor

---

y como no se apresurasen á hacerlo se les conminó con ser juzgados por la autoridad militar como desertores.

Y no eran los casados los morosos, sino que muchos de los llamados voluntarios se ausentaban de las filas, escondiéndose en sus casas ó marchando del país, lo que obligó á la diputación á expedir circulares tan fuertes como la del 6 de Junio, en la que señalaba un plazo de 15 días para la presentación de los desertores, que serían juzgados militarmente y ejecutada la sentencia en el acto de ser cogidos.

Manterola, deducir de la recaudación de la Bula de Cruzada el 25 por 100, y dos quintos para el señor obispo de las del indulto cuadregesimal y difuntos.

Crecientes las necesidades de la guerra, aumentaban á la vez los apuros para reunir fondos; en un principio hubo carlistas tan desprendidos como doña Francisca de Isasi, que prestó 20.000 duros, que le fueron devueltos religiosamente; no se obtenían después estos préstamos con facilidad y había que sacar recursos del país, de cuyo agobio. El importe de suministros y demás servicios desde el 25 de Agosto de 1870 hasta 31 de Diciembre de 1874 por los pueblos de Vizcaya ascendía á cerca de 44 millones de reales (1).

Lo mismo que en Vizcaya sucedía en las demás provincias Vascongadas y en Navarra.

La diputación carlista de Guipúzcoa veía en descenso los productos de la administración; la de Illarrazu que debía producir 8.000 reales diarios la había anulado la posición de las fuerzas carlistas que tenían los recursos casi agotados y al país profundamente impresionado, habiendo ayuntamientos que dimitían por no poder cobrar las contribuciones, probándolo «con el aspecto que presentaba la casa consistorial ocupada con tanto mueble como resultado de haber tenido que recorrer casi toda la población la fuerza armada para la cobranza;» que todos los pueblos de la costa alegaban la miseria á que se veían reducidos por la prohibición

Véase documento número 7.

de la pesca, lo que les imposibilitaba pagar las contribuciones; que la industria y el comercio eran nulos; que entre muchas atenciones vencidas y pendientes se contaba á la sazón la segunda quincena de la división de Guipúzcoa que ascendía á unos 200.000 reales, aparte de la comandancia de armas y compañías fijas, no llegando los fondos en tesorería á 50.000 reales, y estaba en gran descubierto la comisión de suministros con los rematantes; que los gastos de la guerra ascendían á dos millones de reales mensuales (1), y pedía á don Carlos auxiliase siquiera con medio millón de reales.

Solicitóse de la diputación sostuviera la academia de cadetes, y considerándose perjudicada en sus intereses, se dirigió á las de Vizcaya, Alava y Navarra para costear la academia por las cuatro provincias, disponiéndose si no á despedir de ella los que no fueran guipuzcoanos (2); y añadía que mientras no tuviera la seguridad de cubrir sus atenciones, como las del pré de soldado, vestuario, etc., «dejaré de pagar los pedidos por respetables que sean, y si viene una Real orden haciendo uso del pase foral, pasaré por la amargura de decir: *se obedece pero no se cumple*. Yo principalmente y conmigo otros guipuzcoanos, hemos comprometido al país de una manera, que nos daría espanto si no

(1) Por todas estas atenciones dispuso el embargo de los bienes del conde de Villafranca, que no pagaba las contribuciones que la diputación le impuso, considerando siempre el señor Dorronsoro lo mismo á este señor conde y á otros títulos que estaban con los carlistas, que á cualquiera otro contribuyente.

(2) Comunicación á don Bartolomé Benavides.

contempláramos la santidad de la causa, y no seríamos dignos de él, si después de haber prodigado por nuestra mano sus intereses y su sangre, no la salváramos por falta de celo y energía».

Expidiéronse circulares apremiantes y se llegó á imponer la multa de 600 reales á cada uno de los individuos de los ayuntamientos (1) que no pagaban las derramas que se les hacían, encargando á los comisionados de apremio (2) les embargaran los bienes si no pagaban; y mientras allí se afanaba la diputación, se la piden gruesas sumas para el personal de las fábricas de artillería de Azpeitia y Bacaicoa, y contesta que era una desdicha que entre tantos que creaban gastos no hubiera uno solo que preguntase á la diputación si podían pagarse; que no se hicieran presupuestos y arbitraran recursos antes de ordenar pagos; que los gastos aumentaban y los ingresos descendían, «y la única economía que entre mil despilfarros se ha llevado á cabo, era la reducción de las pagas, merced á la iniciativa vigorosa de las cuatro provincias.» La diputación hacía economías y tenía derecho sin duda á que todos las hiciesen, y no creándose oficinas inútiles en aquellas circunstancias y gastos supérfluos, cuando muchos padres y viudas que habían perdido en la guerra sus hijos y esposos se acercaban llorando á aquella corporación pidiendo una ración siquiera para no mendigar públicamente un pedazo de pan (1).

(1) Eran 39, y todos carlistas.

(2) Que eran los señores Asons, Iturbide, Zabalo, Azpiroz y Lacarra.

(1) «Y sin embargo, la diputación está todavía por

Dorronsoro se dirigió á Dorregary demostrándole la miseria del país y el deber de la diputación de reclamar contra lo supérfluo para no desatender lo necesario, contestando aquel general que hacía tiempo que procuraba poner coto á tantos abusos y extirpar de raíz los males que se lamentaban; que constantemente había estado reclamando contra el exceso de personal en las dependencias, pidiendo que el sobrante ingresara en los batallones; que trabajaba para fijar puntos de depósitos para los jefes y oficiales que no podían servir en activo ó no tuviesen colocación para evitar el abuso y escándalo que se daba con los muchos que permanecían en la población esquivando el trabajo y la exposición al frente del enemigo; pudiendo sacarse de estos depósitos los servicios pasivos que quedaran vacantes, ó

conceder la primera ración, á pesar de que les hace más falta y tienen mejor derecho, en mi concepto, que muchos de los dependientes de la intendencia general que en la villa de Tolosa toman 87 raciones y 16 de forraje, según la lista adjunta, cuando según el espíritu de su creación, bastarían pocos, poquísimos empleados. ¡Cuántos de esos señores y otros que se pasean por los pueblos de Guipúzcoa estarían mejor con el fusil en la mano! ¡Y cuánto no ganaríamos en ello ahogando esa palabra siniestra de *hojalateros*, que nos hizo en la guerra pasada, y no sé si nos hace hoy más daño que el ejército enemigo! En fin, si la diputación no ve muy pronto que se entre de lleno en el camino de las más radicales economías, está resuelta á negar la ración, y no se diga la paga, á todo el que no sirva en batallón ó en puestos absolutamente necesarios. Todos los gastos actuales serán de más ó menos utilidad, y muy grato le fuera á la diputación poder pagarlo; pero cuando no hay para lo necesario, la imposibilidad llega á hacer con escándalo las supresiones que la prudencia pudo anticipar suavemente.»

*Carta de don Miguel de Dorronsoro á don Bartolomé Benavides.*

para ocupar los que la á sazón desempeñaban gentes útiles para las armas, y terminaba recomendando la urgencia de organizar definitivamente la artillería facilitando cuanto necesitaba, y entonces tomarían tal incremento las operaciones que descansarían aquellas pobres provincias.

En represalias de las multas que se exigían por los liberales á las familias de los soldados carlistas, y para indemnizarles de los daños causados, dispuso la diputación de los bienes de aquellos, reteniendo sus rentas y prohibiendo la enajenación y permuta de dichos bienes, hipotecarlos ó gravarlos en cualquiera otra forma. Y se cumplían estos acuerdos, de lo cual se cuidaba Dorronsoro, que mostraba una actividad infatigable, un celo extraordinario y una honradez loable. Diligente investigador, lo mismo obligaba á los ayuntamientos morosos á rendir sus cuentas, que hacía contribuir á los que vivían en el país teniendo sus rentas en capitales ó préstamos; y fundándose en que eran los más desahogados, les imponía gran suma (1), exceptuando los préstamos hechos á la causa carlista. No eximía del pago á sus correligionarios, aunque estuvieran prestando otros servicios á la causa. Consiguió aquel diputado subastar en tres reales la ración de pan de trigo, vino, cuatro onzas de tocino y ocho de alubia (2); y necesitaba esta y otras mu-

(1) «Los acreedores por préstamos á intereses escriturarios, pagarán en concepto de anticipo forzoso reintegrable en bonos del Tesoro, el 30 por 100 de una anualidad si el interés no llega á 2.000 rs., el 40 por 100 hasta 4.000, el 50 por 100 hasta 8.000 y en lo sucesivo el 70 por 100.»

(2) Se adjudicó el remate á don Nicolás Urquía, veci-

chas economías que se debieron á la buena administración que iba estableciendo, porque solo en Junio las estancias de los voluntarios heridos y enfermos ascendieron á unos 50.000 reales. Las cuotas de suministros no alcanzaban siquiera á cubrir el importe de las raciones, y dispuso que en Julio pagasen los ayuntamientos 530 reales por fuego en vez de 500, y desde 1.º de Agosto 600 mensuales hasta nueva disposición.

La diputación quería atender á todo; tenía al corriente hasta el pago de las nodrizas de expósitos; abría suscripciones para las viudas y huérfanos de los operarios víctimas de la catástrofe del 6 de Octubre en una de las dos fábricas de pólvora de Azpeitia; atendía á la instrucción primaria, á lo que la conservación de los caminos exigía, y al disponer el obispo de la diócesis que el 75 por 100 de los productos de la Bula de la Santa Cruzada se entregase á las fábricas de las parroquias, dijo aquella corporación á los patronos de las mismas, que pagándose la primicia con escrupulosidad y estando atendido el culto lo mismo que en años ordinarios, «hoy que todos los sacrificios son pocos para defender la causa de la Religión, es fácil comprender que se está en el caso de contentarse para el culto con aquellos recursos que siempre han bastado á dotarle con desahogo;» y acordó que deducidos los pequeños gastos de expedición, se entregase el 75 por 100 al alcalde, que lo remitiría á tesorería general; y si los mayordomos de las fábricas pusieran reparos,

no de Beasain, bajo la fianza de don Juan Antonio Yurrita.

Los días impares se daba ración de carne, una libra.

la diputación en último caso habría de cobrar la primicia hasta el importe del 75 por 100 de la bula.

Se había pedido á los ayuntamientos el 26 de Octubre preparasen con urgencia carne en vivo á razón de seis *erraldes* (60 libras) por fuego, para entregarlo al primer aviso, y pocos días despues, el 11 de Noviembre pedía otras (1), no siendo sin embargo todo suficiente; y cuando las operaciones militares se llevaban á la provincia, las necesidades eran mayores y más apremiantes; pues aunque las demás diputaciones sufragaban los gastos que les correspondían, no era esto tan perentoriamente como la necesidad exigía. Lo mismo pasaba cuando el grueso de las fuerzas carlistas operaba en Vizcaya ó Navarra; no pudiendo menos de verse agobiada la provincia vizcaina cuando tuvo que suministrar por espacio de tres meses de 35 á 36.000 raciones diarias, sin haber recibido otro auxilio que el vino que enviaba Navarra para el

(1) Es notable la circular.

Además del pedido de la circular número 106, se hace preciso que los pueblos preparen otra tanta carne en vivo, es decir, seis *raldes* por fuego, cuidando de que el ganado no sea j6ven: la entrega se hará como antes, al primer aviso de la comisi6n de suministros.

Ruego á V. S. que piensen bien en lo extraordinario de las circunstancias, y comprenderá perfectamente la necesidad de aprontar con toda puntualidad, además del ganado, la cuota de 600 reales por fuego. En medio de tanto sacrificio, debemos mantener vivo nuestro entusiasmo, seguros de que nunca haremos tanto que no merezca mucho más la santidad de la causa que defendemos.

Dios guarde á V. S. muchos años. De mi diputación particular en Azpeitia á 11 de Noviembre 1874.

El diputado general, *José María Verzosa*.—Por la M. N. y M. L. Provincia de Guipúzcoa, su secretario, *Juan J. Elorza*.

consumo del soldado, y algunas reses vivas que en diversas ocasiones suministró Guipúzcoa. Esto originó la órden del 18 de Abril en Durango, para que las demás provincias atendiesen al racionamiento de sus batallones.

Terrible era á veces seguramente la situación de las diputaciones carlistas, y aún se les hacían graves cargos, obligándolas á rechazarlos y á contestar: «Esta corporación tiene la sensible desgracia de que nunca lleguen á oídos de su soberano, respecto á la misma, más que noticias desagradables y solo la inexactitud que preside á las mismas el verdadero pesar que en otro caso le afectaría. Han informado mal á S. M.; ó mejor dicho, han faltado á la verdad en daño de una junta á quien nadie aventaja en celo por el real servicio, las que le han dicho, etc. (1)»

Estableció la junta de Navarra un juzgado en Estella y otro en Santesteban (2); atendió solicita á todos los ramos de la administración pública, en lo que podía; llamó de nuevo á las armas el 15 de Abril desde Elizondo, á todos los navarros ó naturalizados de Navarra solteros ó viudos sin hijos desde los 18 á los 35 años de edad, cualquiera que fuese su talla, pudiendo redimirse por 14.000 reales á metálico ó por 20.000 en una suscripción al empréstito voluntario; y cuando fué necesario alentar el espíritu público despues

(1) Oficio fechado en Elizondo el 16 de Enero de 1874, firmado en nombre de la junta de Navarra por don Cesáreo Sanz y Lopez, y como vocal secretario don S. Mata y Oneca, y dirigido al secretario de campaña de don Carlos.

(2) Conferido el primero á don Pedro Jesús Fernandez, y el segundo á don Ramon Irurzquiz.

de la retirada de San Pedro Abanto y del levantamiento del sitio de Bilbao, dió el 6 de Mayo una entusiasta alocución, terminándola con estas palabras: «¡Adelante, adelante, navarros! terror de nuestros enemigos, asombro de España y admiración del mundo; adelante, adelante; nuestro es el triunfo, segura la victoria, y por eso podemos compendiar nuestra fe y nuestra esperanza en el grito sublime que simboliza nuestra bandera, en el grito mágico de viva el Rey!» (1)

Dispuso el 30 de Junio averiguar la entidad de los daños causados por las tropas liberales en Abalzuza, Villatuerta y otros puntos, distribuyendo su importe en la mejor forma entre los liberales de Navarra, para proceder á la indemnización oportuna, lo que no realizó aquella corporación, porque acordado su relevo, elevaron sus individuos á don Carlos un extenso escrito el 1.º de Julio, en el que expusieron los móviles que les impulsaron á aceptar el espinoso cargo de vocales de aquella junta, proponiéndose al constituirse arbitrar recursos para las apremiantes necesidades de la guerra, y organizar todos los ramos de la administración: refieren lo que habían hecho, que habían adquirido armas, municiones y equipos para el ejército; montado fábricas de pólvora, de proyectiles y de cartuchos y dedicándose con afanosa solicitud á resolver los infinitos expedientes, procurando hacerlo con la más

estricta justicia, cuidando así de su más alto prestigio, aun cuando no siempre se tradujese al exterior la lealtad y el celo de los que sirven á la causa pública, lo cual se acentúa más en los tiempos de guerra, en que la fiebre es ley de los espíritus y la ansiedad la atmósfera de los corazones. «Así es, señor, que la maledicencia con su cinismo, el ódio con su encono y la indiscreción con sus funestos extravíos, gastan á los hombres más sinceros y leales, cuando esos hombres constituyen una corporación gubernativa que en el ejercicio de sus funciones está llamada á intervenir en los destinos sociales. No se extrañan, pues, los vocales de la real junta de Navarra, de que por equivocados conceptos ó siniestras intenciones, se les haya creado en determinadas esferas una atmósfera de prevención que les haga incompatibles con el desempeño de sus cargos, si es que han de conservar en ellos, no sólo la conciencia de su leal proceder, que ésta nunca ha de faltarles, sino el prestigio consiguiente á quien se sacrifica sin alardes vanos y con levantada fe por la causa de la patria». Pedían, en su consecuencia, se les relevara del cargo de vocales de la junta para que al retirarse á la vida privada, conservasen la satisfacción de haber contribuído, en cuanto les fué posible, al bien público, ofreciendo prestar á los que constituyesen la nueva junta, el concurso de su voluntad más pronunciada.

La impresión de este escrito fué calificado por un oficio del ministro señor conde del Pinar, y publicado en el *Cuartel Real*, como un hecho sin ejemplo en la historia de la monarquía española, añadiendo que jamás fun-

(1) Firman los señores don Cesáreo Sanz y Lopez, Esteban Perez Tafella, Joaquin de Marichalar, Narciso Montero de Espinosa, Dámaso Echevarría, Juan Cancio Mena, Serafin Mata y Oneca.

cionarios públicos, «y mucho menos los funcionarios que, como los de la mencionada real junta, son de nombramiento real, y sólo al rey deben dar cuenta de su conducta, se han creído autorizados para hacer públicos por medio de la prensa, los motivos que les han impulsado á renunciar sus cargos. Semejante hecho es tanto más lamentable, cuanto la relación de los motivos en que los individuos de la real junta fundan su dimisión, ni es la más conveniente para la conservación de la unión y concordia entre los leales súbditos y defensores del rey, ni tan reverente en sus términos como es debido á la augusta majestad del trono». Complaciéndose don Carlos en creer que habían obrado incoscientemente, se limitaba por aquella vez á hacer público su desagrado, disponiendo además quedaran sin efecto los nombramientos que para elevados puestos había hecho en favor de varios de los individuos de la extinguida junta, y ordenado se recogieran todos los ejemplares impresos de aquella dimisión.

Destituída la junta gubernativa de Navarra, y encargado Mendiry, como vimos, de su reemplazo, se invitó á don Demetrio Iribas, quien manifestó que entraría á formar parte de la nueva si la constituían los que en 1868 componían la diputación y eran adictos al carlismo, como los señores don Nicasio Zabalza, don Gonzalo Fernandez de Arcaya y don Alberto Calatayud, y suponiendo no aceptara este último por debilidad, propuso Iribas á don Mauricio Bobadilla y á Ochoa de Olza, individuos de las anteriores diputaciones, y carlistas, aunque el señor Ochoa había limitado su lema político á Dios

y patria, eliminando á don Carlos, y que las vacantes las llenaran los electores. Mandóse á Iribas presentarse en Elizondo (1); no había en caja más que 17.000 reales (2), se llevaron los fondos de Dancharinea y de Valcárlos para pagar lo urgente; acudieron á los dos ó tres días los señores Zabalza, Fernandez y don Jerónimo Ilzarbe, después Peralta y Jaurrieta; se reunieron á los dos meses en Echarri-Aranaz, asistiendo también don Demetrio Iribas y don Sebastian Urra, faltando los señores Jaurrieta y don Pablo del Río; se trató de la residencia de la junta y se convino fuera Estella, á donde no fué el señor Iribas, que se opuso á aquella residencia por no considerarla punto á propósito para el mejor éxito de los trabajos, que necesitaban más tranquila morada.

Esta nueva diputación, se encontró embarazada para la gestión de muchos asuntos, y especialmente los relativos á compras de armamento, porque la anterior junta, al cesar en su cargo, no dió cuenta de ellos ni facilitó los justificantes, y dijo á don Carlos en una exposición: «La oficina de la contaduría señalaba crecidos desembolsos para las contrataciones de armamentos, sin aparecer por otro lado su inversión ni existir documenta-

(1) No encontró más que los empleados, dispuestos en su mayoría á crearle conflictos en vez de ayudarle: el tesorero y contador presentaron su dimisión, y la admitió al primero, declarando públicamente que se alegraría la presentasen todos.

(2) Según manifestaron al señor Iribas, la junta anterior envió los fondos á Bayona llevándolos el señor Marchalar y algún otro, para pagar un armamento que no llegó hasta el 12 de Octubre, que desembarcó en Fuenterrabía.

ción alguna, y como resultado de tal informalidad, continuas dificultades se suscitaban y se presentan hoy día por las reclamaciones de los acreedores, á quienes se ignora si se han satisfecho sus alcances.» (1) Se insistió en que se formalizaran las cuentas desde su origen y se llevaran al archivo los papeles y documentos que en él debían estar; declararon los señores mencionados por conducto de don Cesáreo Sanz y Lopez, que aceptaban como justas las órdenes de esta diputación, «pero que el obstáculo para la realización de los dignos deseos de todos, era la resistencia absoluta del señor don Estéban Perez Tafalla, quien había dirigido los asuntos de armas por encargo de la real junta, y en cuyo poder debían hallarse todas las cuentas y justificantes.

Infructuosos los esfuerzos de la nueva diputación, acudió como dijimos, á don Carlos, para que ordenara al señor Perez Tafalla presentara todas las cuentas, justificantes, deplorando muchos el espectáculo que daban los mismos correligionarios en asuntos de tal

(1) Y añadía: «Habiéndose presentado entre otros el comerciante don Pablo Aldamiz, que verificó el transporte de un cargamento de fusiles en el vapor *Nieves*, desde Bella Isle al cabo de Iguer, y apremiada la diputación por sus reiteradas instancias, y confiando en el contenido de una carta del ex-diputado don Estéban Perez Tafalla, que aseguraba adendársele cierta cantidad al referido comerciante, hubo de pagársele con protexta alguna parte, prometiendo satisfacer el resto cuando las cuentas y justificantes, inútilmente reclamadas, se presentasen, y excitando al señor Aldamiz para que trabajase en ese sentido cerca de los individuos de la disuelta Junta.» Al escribir estas líneas, leemos en la *Gaceta de Madrid* que el consejo de Estado ha desestimado la demanda presentada por dicho señor Aldamiz para que se le indemnizara del valor del su cuestro.

género, que entorpecía la marcha de los negocios cuando más se necesitaba del auxilio de todos (1).

Dirigíalo todo en la provincia de Alava el señor don Rodrigo Ignacio de Varona, dedicando su inteligencia, su celo, su constancia á armonizar los múltiples elementos que eran necesarios para sostener la lucha y regular la administración; pero estaba solo, y por mucha que fuera su solicitud no podía atender debidamente á tanto asunto; aun cuando á todos hizo frente desde un principio, con bien reducido personal (2), y guerreando,

(1) Por encargo de la Junta compró el señor Perez Tafalla en el extranjero algunas armas, formalizando las cuentas con los documentos justificativos de la inversión de los fondos, y al reclamárselas la nueva Junta las negó, fundándose en que lo mismo aquella diputación que la Junta carecían de su origen legítimo; por no ser forales y no debía quedar desarmado para el día en que una diputación elegida por el país con arreglo al fuero, usara de su perfecto derecho exigiendo la responsabilidad á cuantos habían manejado los intereses de los pueblos. De aquí, el que el señor Tafalla manifestara que no pudiera acceder á la dación oficial de las cuentas, pero como no temía su examen, escribió á don Gonzalo Fernandez de Arcaya que iría á Estella, se presentaría en el mismo salón de sesiones, pondría de manifiesto las cuentas con toda su documentación, para que por notarios se sacasen todos los testimonios que quisieran, y las recogería después para presentar los originales á la primera diputación legítima foral que hubiese en su campo.

No podía, indudablemente, ofrecer mayor justificación de las sumas que manejara el señor Perez Tafalla, á quien se pasó para que la informara, la exposición hecha en su contra, y en vista de las razones que expuso fué desestimada, no desmereciendo aquel señor lo más mínimo en el buen concepto que á todos merecía.

(2) Un secretario de justicia (según el fuero el diputado sentenciaba y fallaba las causas criminales), un consultor asesor, otro fiscal y otro defensor de reos pobres, un tesorero, un interventor, un administrador de correos, un inspector de aduanas, un capellán y siete



pues salió al campo el 21 de Abril de 1872, permaneciendo hasta el 22 de Junio, en cuyo día disolvió en el monte de Ozalla la fuerza que mandaba y emigró, saliendo nuevamente á campaña el 21 de Junio de 1873, desempeñando los cargos de maestro de campo, comisario y diputado general á guerra.

El presupuesto mensual de Alava para todas las atenciones ascendía á 16.000 duros; pero sin haber la gente armada que hubo después, ni estar establecidos los talleres y fábricas: recaudó durante su mando unos cinco millones de reales, que se invirtieron, además de cubrir el presupuesto, en la compra de 3.000 fusiles, que con 1.040 que le dieron del desembarco de la *Ville de Bayonne* y 200 que había dado Velasco le bastaron para armar los cinco batallones, cuerpos de verederos y aduaneros y partidas volantes, establecimientos de maestranza, talleres, fábricas de pólvora y explotación de las minas de Barambio, en adelantos y préstamos (1), quedando en caja cuando dejó el mando 132.015 reales y 200.000 que al día siguiente deberían ingresar por varios conceptos después de pagarse la mensualidad de Agosto, y satisfecho también el importe de paños para uniformes y cuero para calzado, dejando sin embargo un crédito contra la provincia de 17.000 duros.

escribientes, y como maestro de campo general dos ayudantes de campo y otros dos de órdenes.

(1) 60.141 rs. á Castilla, 99.073 á Rioja, 7.992 á Palencia, 28.665 á otras provincias 385.000 para compra de armas para los cuerpos centralizados y 332.920 para la compra en Francia de espadas, cápsulas de varios sistemas, cornetas, instrumentos de música y otros efectos.

Muchos creían llegado el caso de que hubiera una diputación foral, y de aquí las quejas que se elevaron hasta don Carlos, el pedir que se reuniera la junta general, y nombrara ésta la particular que se constituyera en gubernativa de guerra con el diputado general á la cabeza. Y decía don Celestino de Iturralde: «Bien seguro es que la junta no tendría una escolta de más de 200 jóvenes, elegidos, mejor vestidos, mejor armados y mejor atendidos que los que se hallan haciendo frente al enemigo, con más otra escolta de 30 caballos que hacen falta para formar el escuadron y unos 60 músicos, un personal numeroso de ayudantes y empleados, todo lo cual absorbe recursos que pronto, en sentir de quien debe estar bien informado, han de hacer falta para pagar á los oficiales que están soportando las penalidades de la campaña» (1).

Al fin se atendió á lo que se consideró una necesidad, se decretó la convocación de juntas (2), y se inauguraron el 13 de Agosto en Maestu, bajo la presidencia del comisario

(1) Y no decía esto en son de guerra contra el señor Varona, porque escribió al mismo tiempo: «De un lado está un señor maestro de campo, que tiene el gran mérito, sin ser hombre de armas, de haber salido á campaña en tiempos difíciles; del otro miles de alaveses que se baten por la justa causa, y todos los habitantes del país que los mantienen y proveen de lo necesario; y lo que todos estos quieren es que se adopte una marcha más acertada y más conforme también á la manera de ser del país, á fin de que no nos hundamos antes de tiempo y en medio del más completo descrédito».

(2) El señor Varona dirigió una valerosa alocución á los alaveses, diciéndoles que deseaba el momento de que se constituyera el país con arreglo á fuero; les sometía sus actos públicos y privados, y al retirarse á la vida privada les declaraba su orgullo de ser alavés.

don Francisco Paula de Rivas; eligieron por aclamación maestro de campo, comisario y diputado general á don Francisco María de Mendieta, y teniente diputado á don Galo Sautu; procedióse á los demás nombramientos; se cumplimentó debidamente al señor Varona, deferencia de que era bien merecedor por los grandes servicios que había prestado á la causa carlista, y de los que no se prescindió, y en la segunda junta del 2 de Setiembre, se disolvieron las generales extraordinarias cumplido ya el objeto para que se habían reunido.

El 18 de Noviembre se constituyeron las ordinarias en Ibarra de Aramayona, presididas por el señor Mendieta y Zabalburu; se nombraron las comisiones de hacienda, cuadrillas, caminos, montes y plantíos, etc., y al darse cuenta de un oficio del comandante general carlista de la provincia, proponiendo se nombrara una junta que entendiera en el reintegro á las familias carlistas de las exacciones llevadas á efecto por los liberales con los bienes de éstos, se acordó no haber lugar á nombrar la comisión, aunque sí al reintegro de las exacciones: se acordó también contribuir á los gastos para la fortificación del Puerto de Herrera; autorizóse al diputado general para que acompañado del comisario de Tierras Esparzas, don José Angulo, asistiese á las conferencias de Vergara con los representantes de las provincias hermanas, en las que se acordó facilitar armas á las fuerzas de Castilla; se dispuso que á todo el que contribuyese con alguna cantidad á las autoridades liberales de Vitoria, se le exigiese otra igual, que ingresaría en los fondos

provinciales; á la vez que se aprobó la creación de un consejo de guerra permanente, se rechazó, como contrafuero, la admisión de la administración militar; se exigió 10.000 reales á los que se hubiesen ausentado á otras provincias ó á Ultramar después del 21 de Abril de 1872, y en su defecto á las familias de los mismos; se prohibió la entrada en juntas á los abogados; se autorizó al diputado y junta particular para arbitrar, si lo creyesen necesario, medios para subvenir á los apremiantes gastos que había y terminaron sus reuniones el 25 de Noviembre, citándose para las próximas del siguiente Mayo en el mismo pueblo de Ibarra.

Al cesar el señor Varona en el cargo de diputado recibió el nombramiento de coronel, la gran cruz de Isabel la Católica, y otras, como una prueba de lo que se agradecían sus grandes servicios, que bien merecían tales recompensas, que le concedió don Carlos muy gustoso, así como después la cruz de fidelidad, que la merecía.

La diputación de Alava podía ocuparse de la administración general de la provincia; pero esto era secundario ante las apremiantes necesidades de la guerra, que tantos y tan costosos sacrificios exigía.

No estaban siempre acordes las cuatro provincias, y aunque se creó el centro Vasco-Navarro, los acuerdos de éste no fueron por todos cumplidos. No se ayudaban tampoco en otros, y al disponerse en la conferencia celebrada en Durango el 11 de Febrero la adquisición por Guipúzcoa, Vizcaya y Alava de 6.000 fusiles Minié para formar un ejército de operaciones aquende el Ebro, cuyo

armamento ofrecía una casa de Bayona al precio de veinte francos y medio cada uno, la junta de Navarra, aunque había acudido á la conferencia accidentalmente su individuo señor Cancio Mena, manifestado su completa adhesión á la idea y ofrecido recomendar el asunto á aquella junta, no contribuyó, porque en aquel reino, decía, había en las filas gentes sin armas y por carecer de ellas no salían muchos al campo, considerando primero las atenciones de su provincia que las de otras.

CRISIS.—MINISTERIO DEL 13 DE MAYO

### LXXXII

El ministerio que nació del golpe de Estado del 3 de Enero, se halló pronto en crisis, porque al saber el general Zavala que el duque de la Torre tenía contraído algún compromiso con el señor Castelar, lo cual era enteramente nuevo para el ministro de la Guerra, no consideró conveniente continuar en el gobierno.

Pavía declaró entonces al duque de la Torre su deseo de presentarse en el consejo de ministros á exponer las razones que tenía para retroceder al 3 de Enero y ver si podía convencer de esta necesidad á los demás ministros; más no dió resultado este buen propósito; la divergencia era profunda, y la crisis evidente.

Atravesándola estaba, cuando llegó el pavoroso telegrama de Moriones, impresionó al gabinete, se conjuró la crisis por entonces prestándose patrióticamente el duque de la Torre á ir al ejército, investido con el

cargo de presidente del Poder ejecutivo, quedando el general Zavala de presidente interino del ministerio, y continuando con el departamento que venía desempeñando con tanto celo y acierto.

Deseó después el duque de la Torre regresar á Madrid, donde creía sin duda necesaria su presencia, y comprendiendo Zavala lo trascendental de este asunto, le presentó al consejo de ministros como de propia iniciativa; y como era de suponer, sublevó á todos, que desconfiaron de la lealtad del ministro de la guerra; éste escribió en el mismo consejo, y leyó á los ministros la carta en que decía al duque el deprecable efecto que había causado el iniciar su idea.

Desconfióse de la lealtad del general Zavala; corrieron mensajeros á Somorrostro; el nombramiento efectuado entonces del marqués del Duero, cayó, según escribía el ministro de la Gobernación, *como una bomba*; se propalaron voces absurdas, hasta que ya cansado el marqués de Sierra Bullones de que no le sacara de aquella crítica situación quien podía y debía sacarle, manifestó al consejo de ministros la verdad sobre el regreso á Madrid del general en jefe del ejército del Norte (1). Se había dudado de la rectitud del ge-

(1) Son notables los siguientes documentos referentes á este importante asunto.

Ministerio de la Gobernación, gabinete particular.—Sr. D. C. V., Abril 6 del 1874.—Mi querido amigo: Sirva esta para V. y el amigo Carretero.

Ayer el nombramiento de Concha ha caído como una bomba en todo el partido liberal: *nadie* está contento con él. Habiéndole hecho observaciones al ministro de la Guerra, éste dijo: «No le he nombrado yo; yo mandé á Laserna para que se encargase de la división de reserva y el duque me dice: *es bueno el señor Laserna, pero*

neral Zavala, no podía continuar en el ministerio, y dimitió.

Al saberlo el general Pavía rogó al duque no admitiera tal dimisión (1); lo mismo hizo después el señor García Ruiz (2); se insistió en tanto con empeño para que el marqués re-

*quiero que mande ese cuerpo mi querido amigo y compañero el marqués del Duero».*

¿Es cierto esto? Ustedes dos lo van á averiguar hablando al duque; sepamos la verdad. Si no dice la verdad el ministro de la Guerra, sabremos á qué atenernos, y si es cosa del duque, es preciso hacerle ver que por ese camino podrá perdernos y perderse el país.

No dejen ustedes de contestar inmediatamente, mandando á su afectísimo amigo, *Eugenio García Ruiz*.

A esta se contestó en telegrama cifrado del 8 de Abril.

«Pinedo y Carretero después de entrevista con presidente salieron para Castro; llegará á esa el día 10. Me encargan no se tome resolución hasta su llegada. Señor Nuñez de Arce habrá dado ya en esa explicaciones».

(1) Por medio de este telegrama. Capitanía general de Castilla la Nueva.—Capitán general al presidente del Poder ejecutivo.—Madrid, Abril 9 de 1874.—Urgentísimo.—«Ruego á V. E. no admita la dimisión que le hace el leal, caballeroso y digno general Zavala, porque sería irremplazable en las actuales circunstancias, y porque no es justo que se le calumnie y se dude de él».

(2) El ministro de la Gobernación decía al señor Vea Murguía.—«Haga V. S. mis respetos al señor Duque, y dígame de mi parte que la lealtad del general Zavala está muy alta y fuera de toda duda, y que hoy, hasta que entre triunfante en Bilbao, una crisis total ó parcial no puede menos de ser funesta».

El ministro recibió esta contestación:

San Martín 11 á las doce y treinta minutos.—D'spacho telegráfico.—Al ministro de la Gobernación.—El gobernador de Vizcaya.

«He enterado al señor duque telegrama cifrado de V. E. y me encarga decirle que ya está el asunto arreglado conforme sus deseos. El general Pavía pidió también no se admitiese la dimisión al general Zavala. El señor Duque no la ha admitido: mañana llegara ahí el señor Topete, y todo se zanjará en bien de la patria y de la libertad.

tirara su dimisión, pintándole con tan vivos colores las terribles consecuencias que podrían venir á la causa liberal, que por amor á ésta accedió á continuar en el ministerio hasta la llegada del duque de la Torre (1).

(1) Algunos de los telegramas y de las cartas que mediaron con este motivo, son notables, honran á sus autores y aclaran algunos puntos hasta ahora desconocidos.

Capitanía general de Castilla la Nueva.—E. M.—Sección.—Capitán general de Castilla la Nueva.—Al presidente del Poder ejecutivo.—Madrid, Abril 11 de 1874. El general Zavala accede á continuar hasta la llegada de V. E. Ruego á V. E. detenga la venida del general Topete, porque no siendo necesaria podría volverse á descomponer el gobierno.

Al mismo del mismo.—Madrid 12 de Abril 1874.—Manifesté á V. E. que el general Zavala accedía á continuar hasta la llegada de V. E., y omití hacerle presente que eran necesarias unas palabras de V. E. para que pudiera continuar con dignidad y justificarse de la acusación de desleal á V. E. La salida del general Zavala y formación de otro ministerio en vísperas de la batalla que va á dar V. E. perturbaba el país y sobre todo el ejército. Ruego á V. E. tome en cuenta mi súplica en nombre de mi lealtad y desinterés y calme la natural excitación del digno general Zavala.

San Martín 13, 1 y 45 tarde.—Madrid 16 Abril, 11 y 1 noche.—General en jefe capitanía general Castilla la Nueva.—Acabo de recibir su telegrama del 12.—El general Topete salió el día 10; creo habrá llegado y que regresará muy pronto.

Castro 14.—Madrid 16 Abril.—San Martín 14 Abril general jefe al capitán general.—Recibido hoy su telegrama del 11 á las 8 y 40 noche.—Contestaré por el correo.

Ejército del Norte, general en jefe, particular. E. S. D. M. P.—San Martín 14 Abril 1874.—Mi querido general y amigo: Aunque atrasados recibo sus telegramas; he escrito al general Zavala todos los días, y hoy particularmente le contesto en términos tan explícitos, tan terminantes, que no le debe quedar la menor duda del respeto y estimación que su conducta y su lealtad merecen á todo el que se precia de imparcial. En todo lo ocurrido no ha habido más mal que el no tener los demás

Entonces presentó decididamente su dimisión el general Zavala, y lejos de admitirla el duque le obligó á encargarse de la formación del nuevo ministerio, amenazando con dejar el poder si Zavala no le ayudaba. Ambos personajes querían, y así lo demostraron, mantener la conciliación: bien explícitamente dijo el duque á los individuos de la comisión del gobierno interior del Congreso que fueron á felicitarle á poco de su llegada, que si alguno de los partidos políticos que la sostenían á la sazón se empeñaba en romperla, no podía impedirlo porque no se hallaba en el caso de imponer á nadie su voluntad. «Ahora mismo, les añadió, me hallaba conferenciando con los señores Zavala, Martos y Sagasta y les decía lo propio, y que me hallaba dispuesto á tratar inmediatamente esta cuestión si así lo deseaban, pero tuviesen en cuenta que solo hacía 24 horas que me hallaba en Madrid.» Quería inspirarse en la opinión del país, en lo cual revelaba verdadero patriotismo.

El programa que se trazó el general Zavala era breve: solo pensar en concluir con

---

ministros conocimiento de ciertos nombramientos.—El general Topete llevaba instrucciones de dar explicaciones tan satisfactorias como fuesen necesarias.—Ya sabrá usted todo lo ocurrido; haga usted, pues, lo que crea conveniente; en la inteligencia de que me parece bien cuanto conduzca á la buena relación y amistad de los ministros y á que se restablezca la armonía.

Estamos envueltos en un temporal horrible; el huracán y el diluvio y granizo no cesan: ¡pobres soldados!

Aún no he podido avistarme con el marqués del Duero, que permanece en Santander.

Mucho sufro, mi buen amigo.

Es de usted afectísimo seguro servidor y amigo  
Q. B. S. M.—*Francisco Serrano*.

los carlistas, y formar un ministerio de todos los partidos, sin excluir el republicano y alfonsino, y concluída que fuese la guerra, las Córtes, libremente elegidas, serían las árbitras de la suerte de la nación, que todos acatarían. Pero los hombres políticos no secundaron tan patrióticas ideas, tan nobles propósitos; no pudo Zavala desvanecer los delicados escrúpulos del señor Abarzuza y de otros republicanos; la firme y apasionada resolución del señor Martos y sus amigos radicales, y la intransigencia alfonsina para que el señor Elduayen formase parte del nuevo ministerio; y el encargado de formarlo resignó en el presidente del Poder ejecutivo los poderes que de él recibiera. Podía lamentarse de la falta de patriotismo en todas las fracciones, y en circunstancias tan críticas como aquellas; pues ya había dicho el general Serrano que los carlistas quedaban quebrantados, pero la guerra no estaba concluída, y aún había que hacer grandes esfuerzos para obtener la paz.

Zavala había hecho cuanto era posible para formar el ministerio de conciliación; testigos son cuantos con el general hablaron y vieron su firme propósito de resignar su cargo si no conseguía realizar su deseo, y lo cumplió de una manera que no podía dudarse; pero el duque de la Torre, que era buen testigo de cuanto hizo el ministro de la Guerra, que abundaba en sus sentimientos y confiaba en su cooperación, lejos de admitir la dimisión que le presentaba, le manifestó que si no continuaba encargado de la formación del ministerio que fuera posible, aquel mismo día reuniría á los notables de todos los partidos y

les entregaría el poder que de ellos había recibido. A esta amenaza cedió el marqués de Sierra Bullones, y formóse al fin el gabinete del 13 de Mayo, compuesto de los señores Sagasta, Alonso Martínez, Ulloa, Camacho, Romero Ortiz, Alonso Colmenares y Rodríguez de Arias, con la presidencia del general Zavala, encargado también del departamento de la Guerra, y aquellos señores, por el orden designado, de los ministerios de Gobernación, Gracia y Justicia, Estado, Hacienda, Ultramar, Fomento y Marina.

Este ministerio se dió á conocer por medio de un manifiesto, ya que no podía hacerlo en el seno de la representación nacional, diciendo que, aunque sus individuos procedían de un solo partido, querían gobernar sin el estrecho criterio de las banderías políticas, por lo que esperaban el apoyo de los liberales de todos los matices; que el espíritu generoso de la revolución de Setiembre y sus aspiraciones regeneradoras las representaban y mantenían en toda su pureza los miembros del gabinete; que aspiraban á concluir en breve la guerra civil, consolidar la paz en la península y Ultramar, y extirpar todo germen de futuros trastornos; dar á conocer el verdadero estado del tesoro; administrar con severa moralidad las rentas públicas, y para vencer los obstáculos que no dudaba encontraría en su marcha, esperaba contar con el concurso de la nación, sedienta de reposo, considerando recompensados sus patrióticos desvelos si lograba abreviar el período de una interinidad que tenía en suspenso el juego de las instituciones liberales, esperando con ansia el momento en que pudiera ser el país

libremente consultado acerca de sus destinos.

El autor del golpe de Estado del 3 de Enero, que pretendía se volviera á aquella fecha y se nombrara un gobierno nacional que ejerciera una dictadura enérgica contra las clases elevadas de todas las carreras, que eran las que á su juicio perturbaban al país, que vió defraudadas sus esperanzas, en la forma que demostró ante las Córtes (1), presentó su dimisión fundándola en que el nombramiento del ministerio homogéneo era un olvido absoluto de lo pactado, y contrario á la política inaugurada el 3 de Enero.

MONTPENSIERISTAS Y ALFONSINOS

### LXXXIII

A raíz del 3 de Enero comenzaron á moverse activamente los partidarios de la candidatura para el trono de España de la duquesa de Montpensier. Don Pedro Lopez Grado, que con sus amigos los señores marqués de Campo Sagrado, y don Antonio Mendez Vigo trabajaron tanto para elegirle diputado por dos distritos de Asturias, se unió con los señores general don Blas Quesada, Gomis, Capdepon (don Tomas,) Gamazo, Saavedra, Fabra, Curiel y Castro, García (don Diego), Bueno y otros, hasta 38 ex-diputados á Córtes; nombraron una comisión, que manifestase al gobierno su propósito respecto á la infanta y al bien del país; manifestó Lopez Grado, que llevó la voz en esta comisión, al ministro señor Sagasta, la necesidad de abandonar la interinidad y convo-

(1) Discurso del 17 de Mayo de 1876.

car las Córtes, lo que también deseaba el gobierno, pero terminada que fuese la guerra; no desistieron de su propósito los montpensieristas; eligieron tres individuos que en unión con los señores Romero Ortiz, Lorenzana y Ayala acordaron el modo y forma de dirigirse al duque de Montpensier, enterándole de cuanto se proponía; excusóse el señor Ayala por enfermedad, y reunidos los demás señores, después de discutir y acordar escribir al duque, surgieron dificultades para que la firmaran algunos individuos, y los que componían esta notable agrupación vieron defraudados sus deseos.

Más fructíferamente trabajaban los alfonsinos, cuya dirección tomó don Antonio Cánovas del Castillo, proponiéndose «que nadie dejara de ser alfonsino por antecedentes ni escrúpulo político, y para esto, añadía hacen falta dos centros cuando ménos, en cada pueblo: uno más conservador donde quepan los que la impaciencia ha hecho carlistas cuando vean que el carlismo es la más lenta y la más difícil de las soluciones; y otro más liberal donde puedan acogerse todos los desengañados de la revolución. Sólo de esta manera puede formarse el ancho molde que una dinastía necesita para hacer sólida y fecunda la institución monárquica.»

Y tanto se pensó en agregar á los carlistas á las filas alfonsinas, que mediaron mensajes é inteligencias más ó menos officiosas, y hasta se proclamó en la prensa por un periódico de la autoridad de *La Epoca* (1). No

(1) «Nadie ignora que el duque de Madrid, casado con la hija de una princesa cuyos representantes eran los embajadores mismos de Isabel II, estaba dispuesto,

fueron estériles estos trabajos en algunas provincias de Andalucía, especialmente en Córdoba; pero donde más se significó el alfonsismo fué en el ejército. La reparación de los injustos é indignos ultrajes que antes recibiera, le predispusieron á declararse contra una forma de gobierno que sólo conocía por el abuso que se hacía de la libertad que la misma concedía, y pintándole la paz como consecuencia inmediata de la restauración monárquica, se aficionó á ésta, aun cuando se considerase que no decía mucho en favor de la decisión del que combate con las armas deber el triunfo más que á ellas á una conversión política. Y no contribuía esto poco á mermar el entusiasmo del ejército, lo cual hubiera tenido funestas consecuencias, si no fuera característico en el soldado español excitarse su valor en la pelea.

Acentuóse el espíritu alfonsino en el ejército del Norte; tubo reuniones de algunos oficiales para proclamar á don Alfonso; llegó á decir un comandante de un cuerpo facultativo que no se pasaría de San Pedro Abanto mientras no se proclamase á aquel príncipe: dábase cuenta de todo esto al ministro de la

como su padre don Juan, á reconocer á la reina y á ser infante de España. Dios había querido, como en Inglaterra, terminar estas tristes luchas llamando uno tras otro á su seno á los que tal vez no podían dignamente renunciar la herencia y la significación de su padre. Esta fusión, facilitada aún más por otras hidalgas concesiones, sancionada por la voluntad de la nación en Córtes, protegida por el padre común de los fieles, deseada por la Europa monárquica, que toda ella había reconocido á Isabel II y al príncipe de Asturias, nosotros la hemos pedido, la hemos deseado como la salvación de la patria».

Gobernación, añadiéndole que tal era el espíritu del ejército, aunque el mal estaba en Madrid, donde debían vivir prevenidos, pues mientras el duque estuviera allí se iría contentiendo; y á nosotros nos escribía un jefe caracterizado: «desde que entramos en Bilbao se habla descaradamente de política, se cantan canciones á coro como sucedió en Victoria y en Lodosa sobre ciertos asuntos, y sobre los antecedentes y ascensos de algunas personas, por lo cual hay mucho descontento, no buena moral y poca disciplina». Este era el resultado que daban los trabajos políticos con que se minaba al ejército; resultado sabido siempre, cualquiera que sea el espíritu político que se procure inculcar en el soldado, que no debe tener otro que el de la obediencia á sus jefes, y éstos la estricta observancia de su deber, de la ordenanza, que es su código sagrado. ¡Triste situación la de la patria en la que unos partidos procuran imponerse á balazos, y contribuyen todos á profundizar la sima que les divide!

Afortunadamente el marqués del Duero, el más alfonsino de todos, era á la vez el más patriota; y cuando el general Echagüe, jefe del tercer cuerpo le anunció que una comisión de jefes y oficiales de todas armas del citado cuerpo, deseaba verle para rogarle proclamase á don Alfonso, les recibió, y apenas le habían saludado cuando con severo y digno acento les dijo que comprendía el propósito que allí les llevaba, que les hacía pensar más en el príncipe desterrado que en la paz, queriendo evitar el batirse con los carlistas, asegurando su propia fortuna política y profesional; pero antes de realizarlo pasa-

rían sobre su cadáver. Les sermoneó duramente, les ordenó no pensar más que en el cumplimiento de sus deberes como militares y caballeros, y les recomendó no intentar ninguna calaverada, que él reprimiría inexorable.

Cuantos conocían á Concha, y su hermano don Juan lo decía, hubiera arrostrado la muerte antes que consentir en tal proclamación, que consideraba en aquellas críticas circunstancias tan prematura como impolítica. Así pensaba Cánovas, así los alfonsinos más sensatos. El marqués del Duero quería reducir á los carlistas á la nulidad después de tomar Estella, y desde aquella ciudad enviar á Madrid sus mensajeros á pedir al gobierno que proclamase la monarquía y convocase las Cortes, esperando de éstas que aclamasen á don Alfonso: rechazaba mezclarse en cualquier movimiento alfonsino, hasta no triunfar de los carlistas y obligar al gobierno á proclamar la monarquía. No estaba en este último punto de acuerdo con su amigo el general Zavala, que deseaba se reservase todo á las Cortes, precediendo antes la conclusión de la guerra: esto era lo patriótico; bien es verdad que nadie ha excedido al primer marqués de Sierra-Bullones en patriotismo.

Era convicción profunda en Concha, que sin las Cortes ¿qué sería y qué podría ser la monarquía? «Yo os aseguro, decía don Juan, que mi pobre hermano ha contrarrestado con firmeza y sagacidad política la tendencia del ejército hacia la restauración, aunque la consideraba inevitable más tarde, pues no podía esperarse en todos moderasen apasionamientos y contuviesen impaciencias».



## RENDICIÓN DE CARTAGENA

## LXXXIV

Cartagena seguía siendo el baldón de los cantonales, el tormento de la república y la afrenta de España. En el seno mismo de aquella inapreciable joya de nuestra costa del Mediterráneo, se agitaban todas las malas pasiones, se producían pronunciamientos, y manifestaciones armadas, cundía la desunión entre los mismos cantonales, la escitaban los que servían de emisarios del gobierno, viéronse presos y amenazados de muerte jefes tan principales como Pernas, Carreras, Real y Pinilla, y una gran parte de la oficialidad de Iberia y Mendigorria, desconfiaron los paisanos de los militares, dominó el elemento civil, á cuya cabeza se puso el general Contreras, se emplearon horribles crueldades contra algunos de los presos por el ex-cartero Saez, que no mostró seguramente muy fraternales sentimientos; pagaron los cantonales á la escuadra prusiana 30.000 pesetas de indemnización que reclamó en actitud de combate, y 20.000 pesetas á los italianos, parte de cuya cantidad la recibieron en efectos del arsenal, y pasando el tiempo y no consiguiéndose por ninguno de los medios que se pusieron en juego la rendición de los insurrectos, comenzó el bombardeo el 26 de Noviembre, contestado vivamente por la plaza y castillos, así como por las fragatas *Nu-mancia* y *Tetuan*.

No daba el bombardeo el resultado que se esperaba; causaba ruinas, mas no cejaban los cantonales; apremiaba el gobierno por

que arreciara el ataque y se tomara pronto la plaza; no lo consideraba tan fácil el general Ceballos; insistió en su dimisión, se le autorizó al fin para que dejara el mando al general Pasaron, y salió del campamento, suspendiendo el nuevo jefe el bombardeo contra la ciudad, dirigiéndole sólo al fuerte de Atalaya. Hasta el 11 de Diciembre habían hecho las baterías de sitio 9.297 disparos, contestando los sitiados con 10.159 y 1.652 las fragatas.

Nombrado el 10 general en jefe del ejército sitiador don José Lopez Dominguez, manifestó Castelar el propósito del gobierno de rendir la plaza por la fuerza, costase lo que costase, y que reuniéndose el 1.º de Enero la Asamblea, comprendería lo que podía influir en sus decisiones el que hubiera sido vencido el cantonalismo, cuyas esperanzas y cuyo centro de acción era Cartagena: encargóse el 12 del mando, inspeccionó la línea, dirigió una proclama á los sitiados, invitándoles en nombre de la libertad y del orden á deponer las armas, y no persistir en prolongar una defensa larga y tenaz, consumiendo los millones y cuidados de la nación que necesitaba emplearlos contra los enemigos de la patria y no contra españoles y liberales; añadióles que el ataque iba á ser rudo y sangriento, y que serían responsables ante la historia, el pueblo y sus familias, de los males que acumulaban sobre Cartagena. Formó su plan de ataque, al que obedecieron desde entonces todas las operaciones, todos los movimientos y todos los trabajos: sin más consultas, ni nuevos proyectos, dudas ni vacilaciones, rompieron el fuego las baterías al

amanecer del 15; ocuparon las tropas de la derecha el barrio de Dolores, siguiendo á la casa de Mafogores y hasta cerca de las Canteras, utilizando convenientemente las fuerzas de que se disponía, que arrojaban un total de 7.173 soldados de todas armas 323 oficiales, 42 jefes, 686 caballos y 163 mulos de arrastre y de montaña. Las fuerzas insurrectas se calculaban en más de 10.000 hombres, incluso el batallón de Galvez y los dos de presidiarios.

Construyéronse nuevas baterías, avanzando la línea de bloqueo unos 2.500 metros, cercando la plaza, para lo que se recibieron refuerzos de hombres, cañones y material; efectuaron los sitiados algunas salidas, conferenció el general Lopez Dominguez en Portmon con el general Chicarro, jefe de la escuadra, que expuso las dificultades que se oponían á la eficacia del bloqueo, porque solo contaba con buques de gran calado y vapores de poco andar, y convinieron en la mútua ayuda que habían de prestarse. La imprudencia de un cabo que intentó quitar la espoleta á un enorme proyectil Astromg, produjo 28 víctimas (1).

Si grande interés había en tomar la plaza para el 1.º de Enero, no era menor el que mostraban sus defensores para impedirlo, alentados por los avisos que recibían de Madrid para resistir á todo trance hasta la apertura de las Córtes. Y como si no causara inmensos males tan inútil y terrible resistencia,

(1) Fué muy sentida la del joven teniente de artillería don Agustín Vidal, que habiendo recibido la orden destinándole á la Academia de Segovia, deseó continuar prestando sus servicios en el sitio.

vino á aumentar los estragos el incendio de la fragata *Tetuan* (1). Ni esto, ni cuantos desastres se experimentaban en la plaza arredaban á sus valientes defensores, dirigidos por la tenaz energía de Contreras, la calculada frialdad de Ferrer y el fanatismo político de Galvez; así recibieron impasibles los 8.021 disparos de cañón que en los últimos 15 días del año hicieron los sitiadores, contestándolos con 3.241, y aunque perdieron el Calvario, que se ocupó definitivamente y se iba estrechando el cerco, ocupándose también el barrio de San Antonio, no disminuía nada de esto su decisión, enarbolada siempre bandera negra.

Y era cada vez más crítico el estado de

(1) «Y el incendio llegó á ser tan asombroso, que el mar parecía vomitaba olas de fuego, y entre ellas salió un terrible estallido que sorprendió á los espectadores, y luego otro, y otro, y muchos á la vez. Los cañones de la *Tetuan* efectuaban sus disparos, abrasados por las llamas.

«Un grito general sucedía á cada detonación; las casas de las murallas de mar y cuartel de guardias marinas estaban en inminente riesgo de ser barridas por los proyectiles: conflicto salvado gracias á la baja puntería de los cañones.

«La cubierta de nuestra fragata había desaparecido, así como la obra muerta y maderaje superior; la *Tetuan* flotaba sin hacer agua, gracias á su completo blindaje asido al esqueleto del buque.

«Pero no debía hacerse esperar el terrible momento en que volase el polvo in, y todos temblaban esperándolo con espanto.

«Un terrible bramido sale del seno de la *Tetuan*, á cuya acción se resienten muchos edificios, volando en pedazos las puertas de los más inmediatos, y el buque se sumerge, arrojando al espacio inmensa mole de fragmentos incendiados.

«El enemigo da fin al drama, reproduciendo el fuego de sus cañones.»

(Relación de un cantonalista.)

aquellos cantonales, más apurada su situación; hasta con los hospitales llenos de heridos, pasaban por el horrible trance de carecer de medicinas y demás medios de curación, apelando al caldo de bacalao ó de sardina, pues el poco en conserva que facilitaban los buques extranjeros se agotaba en breve. Moría mucha gente y era terrible y desconsolador el cuadro que presentaban las calles, en las que abundaban los carros llenos de muertos desnudos. Mucho se sufría en Cartagena, y aún experimentó el horrible incendio y voladura del Parque, bien repuesto de pólvora y proyectiles, causando indescriptibles destrozos y sobre 400 víctimas entre ancianos mujeres y niños, que consideraban aquel recinto, seguro albergue contra el fuego enemigo. Mortal fué este golpe para los defensores de la plaza, que vieron á poco defraudada la esperanza que fundaron en la reunión de las Córtes, ignorando quizá, que ya tenían en su contra á los que más habían simpatizado antes con ellos. Pero si decayó el espíritu de muchos, los que creían que nada podían esperar del enemigo, estaban resueltos á morir luchando, haciendo desesperada resistencia, y efectuando vigorosas y audaces salidas, sin más éxito que experimentar pérdidas.

Nuevos incendios pusieron á prueba el valor de los cantonales; más la rendición del ya indefendible castillo de Atalaya con su guarnición de unos 300 hombres, que obtuvieron merecido indulto, pudo ya convencerles de la ineficacia de los esfuerzos en sostener una defensa inútil, á la vez que tan loca resistencia perjudicaba al gobierno tanto como

favorecía á los carlistas, que se extendían impunemente por las provincias de Albacete y Murcia, necesitándose el ejército ocupado en el sitio, para hacerles frente.

Comprendióse en la plaza la importancia de la pérdida de Atalaya, salió una comisión á suplicar una suspensión de hostilidades para tratar de la rendición, ofreció el general el indulto á todos los que se entregaran hasta las doce de la mañana del día siguiente, durante cuyo plazo suspendería el fuego, rechazó un proyecto de capitulación que proponía la junta, formuló por escrito la concesión que hacía (1), y se avisó desde Alum-

(1) «Ejército de operaciones frente á Cartagena.—El general en jefe del ejército de operaciones frente á Cartagena, teniendo en consideración la defensa hecha por la plaza y la petición que se le ha dirigido en nombre de la humanidad para que cese el derramamiento de sangre, concede, una vez rendida dicha plaza con sus castillos, arsenal, y buques, y cuantos medios de defensa encierra, lo siguiente:

Art. 1.º Quedan indultados los que entreguen las armas dentro de la plaza, tanto jefes como oficiales, clases é individuo de tropa de mar y tierra, institutos armados, voluntarios ó movilizados.

Art. 2.º Los pertenecientes al ejército de mar y tierra quedarán á disposición del gobierno para distribuirlos en los distintos cuerpos del ejército y armada.

Art. 3.º Los que procedan de otros institutos armados pasarán á sus casas libres de toda pena por el hecho de la rebelión.

Art. 4.º Los procedentes de correccionales ó penados por otros delitos, se entiende quedan solamente indultados de la rebelión que tuvo su principio en el alzamiento cantonal.

Art. 5.º Se exceptua del anterior indulto á los individuos que componen ó han formado parte de la junta revolucionaria, y de ser habidos quedan á disposición del gobierno.

Art. 6.º Se hará entrega de todo el material de guerra y marina, buques, armamentos y cuantos enseres

bres al comandante general de la escuadra la suspensión de hostilidades y su próroga (1); y al regresar á la ciudad los parlamentarios les acompañó el brigadier Carmona, siguiendo con ellos hasta la puerta de Madrid, que quedó abierta, y entonces el citado brigadier con los coroneles Moltó y Sánchez Mira, los oficiales francos de servicio de Farnesio y remonta de Córdoba, ayudantes y escolta, entraron en la plaza, con asombro de sus defensores. Hizo Carmona formar en el cuartel el batallón de Mendi-gorría que victoreó al gobierno; apresuraron su marcha los buques de la escuadra, á los que se había refugiado la junta y muchos cantonales que se salvaron en Africa; se ocupó el castillo de Galeras, San Julián y los puntos importantes del recinto; se desarmaron los voluntarios y los confinados, conduciéndose á estos al correccional, y regresó Carmona al campamento á participar al ge-

pertenezcan al ramo de guerra en la citada plaza, á una comisión de jefes y oficiales de este ejército, nombrados al efecto.

Art 7.º Para la aceptación de las anteriores condiciones, se da como plazo improrogable hasta las ocho de la mañana del día 13 del actual, no admitiéndose condición ni variación alguna en el texto de estas cláusulas, en la inteligencia que espirado aquel, se continuarán las operaciones con el mayor vigor, no volviéndose á admitir proposición alguna para la suspensión de hostilidades.

Cuartel general frente á Cartagena 12 de Enero de 1874.—*José Lopez Dominguez*».

(1) Por medio de este telegrama: «El Excmo. señor general en jefe de este ejército, en telegrama de las diez de la mañana de hoy, me dice ponga en conocimiento de V. E. que la suspensión de hostilidades se ha prorogado hasta la una de la tarde de hoy.—Dios, etc.—Alumbres 12 de Enero de 1874.—*José Lopez Pinto*».

neral en jefe cuanto había hecho. Regresó el 13 á tomar el mando de la plaza, en la que entró el mismo día á la cabeza de parte de sus tropas el general Lopez Dominguez, cuyos servicios premió Zavala con el ascenso á teniente general, confiriéndole el mando del ejército de operaciones del centro.

El sitio, la defensa y rendición de Cartagena constituye uno de los episodios más importantes de nuestros días, en el que sitiados y sitiadores emplearon ese valor que caracteriza nuestra raza, pudiendo congratularse el gobierno, como dijeron ilustres y competentes extranjeros, de «tener unos cuerpos facultativos á la altura de los primeros de Europa, y unas armas generales que no desmerecían de aquellos cuerpos.»

Si los cantonales podían estar satisfechos del valor que emplearon, no podían estarlo del inmenso daño que hicieron á la patria. Casi destruída la antigua fundación de Asdrubal que da nombre al mejor puerto de nuestra costa del Mediterráneo, despojados sus arsenales, sumergida la *Tetuan*, volados abundantes y magníficos repuestos de municiones y armas, además de las que de aquellas se gastaron, se calcularon en 200 mil'ones de reales las pérdidas sufridas, sin apreciar las vidas que costó aquel loco ensayo de teorías funestas.

Las obras del sitio fueron bien dirigidas, y es indudable que el ataque al castillo de Atalaya, debía ser cuando menos simultáneo al de la plaza, y estuvo acertado el general Lopez Dominguez en la preferencia que mostró por este punto, cuya rendición le facilitó la de la ciudad casi inmediatamente.

## OFRECIMIENTOS FEDERALES

## LXXXV

La pasión que suele dominar siempre en los partidos extremos les lleva á inteligencias absurdas y á alianzas funestas, útiles sólo para demoler é ineficaces para construir nada estable; pero así como en los partidos afines son fructíferas las conciliaciones, rechaza hasta la moral esas artificiales coaliciones entre sostenedores de los más opuestos principios políticos, que no tienen más vínculos que pueda unirlos que la desesperación. Ya habían peleado juntos, como hemos visto, montemolinistas y republicanos sin obtener mutuas ventajas, y aunque ahora se ayudaron más indirecta que directamente cantonales y carlistas, no faltaron sin embargo proyectos de grande y eficaz apoyo.

Un catalan, jefe militar, que «durante 25 años, como decía, fué idólatra por la república, estuvo siempre reñido con los moderados, desechó seductores ofrecimientos de los progresistas, había sido el favorito de Prim y de Olózaga, y rechazado halagüeñas promesas de los montpensieristas,» escribió desde Perpignan (1) una carta al general carlista don Juan Castell, manifestándole que desengañado, estaba dispuesto á abrazar el carlismo y proponía con los buques cantonales apoderarse de los del Gobierno (2). Envió

(1) El 9 de Diciembre de 1873.

(2) He aquí su proyecto: «Es público mi prestigio entre los cantonales españoles, especialmente entre los sitiados de Cartagena en donde la mayor parte de la tropa y toda la marinería obedece á una sola indicación mía. De entre ellos ha querido seguirme, como subordinado

Castell la proposición al obispo de Urgel para que la presentara á don Carlos, no haciéndolo el mismo Castell «porque se me ha tratado, decía, con desprecio, se ha querido rebajarme tanto, que aunque los medios me lo hubieran permitido, no me habría atrevido á dar un paso por temor de recibir un desaire»; recomendaba el asunto y decía en P. D. que á última hora se había presentado un medio al parecer más fácil y menos dispendioso para lograr el mismo objeto. Interesóse el obispo, se acogieron los ofrecimientos del ex-republicano, se pidieron nuevos datos, y la toma á poco de Cartagena lo inutilizó todo.

y como amigo el comandante que era de la fragata.... D... idolatrado de sus compañeros y de sus subordinados.

«Dado el caso, yo podría disponer, sin contar con algunos buques menores, de tres fragatas blindadas, con las cuales, convenientemente preparadas, me comprometería á destruir ó á apresar la escuadra del Gobierno de Madrid, compuesta de dos blindadas y de cuatro de madera, de donde resulta que una sola batalla nos haría dueños de todas las costas que rodean la Península, de sus importantes arsenales, con su inmenso material de guerra, y de las riquísimas ciudades que se encuentran á orilla del Mediterráneo y del Océano, puesto que se desprende lógicamente que vencida la escuadra surta en las aguas de Cartagena, quedaríamos dueños de todas las naves españolas, y entonces se habrían agotado los recursos del Gobierno para proseguir la guerra.

«Si este proyecto merece aprobación y se me ordena llevarlo á cabo, es indispensable que se me facilite un vapor de gran velocidad para poder forzar la línea de bloqueo que está establecida delante de Cartagena, porque sería preciso llevar algunos capitanes de marina y algunos maquinistas, cuya adquisición sería de mi cuenta, para el mando y servicio de las fragatas. Y debe nombrarse en tal caso una persona de su confianza que poniéndose de acuerdo conmigo esté autorizada para facilitar los recursos que las imprescindibles necesidades del servicio puedan exigir».

Algún tiempo después se presentó en el campo carlista alguno de los que habían estado en Cartagena, diciéndose comisionado de los refugiados en Orán, y recomendado por un abogado carlista de Madrid, ofreciendo la cooperación de los que procedentes de aquella ciudad habían penetrado aisladamente en la Península (cuyo número elevaba á 4.000), sin más condición que el reconocimiento de los grados y empleos de 75 oficiales de igual procedencia; y posteriormente (1), si bien movidos de un sentimiento humanitario el presidente y secretario del Consejo de la federación española, solicitaban de don Carlos, al que daban el tratamiento de majestad, pidiera el cange de Francisco Carreró, que había sido condenado á muerte por la sublevación cantonal de Sevilla, y se hallaba en Ceuta.

El acto más ruidoso por más público y por la importancia de quien lo efectuaba, fué la presentación en el campo carlista del capitán de navío don Federico Aurich, barón de Bretauville, que acababa de ser ministro de Marina de la república, acompañándole en su presentación en Bayona el coronel don G..... C.....; dirigiendo el primero un manifiesto á los españoles, llamando al liberalismo prostitución de la libertad, y procurando justificar el paso que daba (2). También diri-

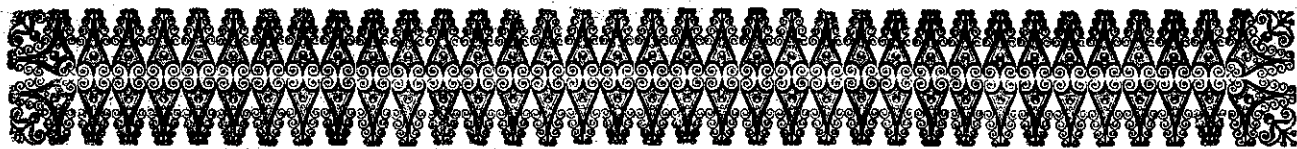
(1) El 5 de Junio de 1874. La exposición tiene por membrete un óvalo en tinta azul con esta inscripción alrededor: *Consejo provisional de la Federación Española*, y en el centro la balanza de la justicia con un piqueta y una pala cruzadas, y encima el gorro frigio.

(2) Así decía: «Yo he vivido dentro del liberalismo; le he prestado mi concurso y mi apoyo; he visto todas sus evoluciones y sus ensayos todos hasta el último, espe-

gió otra alocución á sus compañeros de la armada, estimulándoles á seguir su ejemplo, diciéndoles que don Carlos ofrecía restaurar la grandeza y los timbres de la armada española con su aristocrática organización y sus glorias.

rando siempre reformas y mejoras nunca realizadas; llegué hasta á olvidarme del riquísimo legado de gloria que debo á mis abuelos, á cuyos manes pido no se acuerden de mi falta; he alcanzado, sin conspirar nunca, un puesto honroso en mi carrera; he sido ministro; aún podría aspirar á las elevadas posiciones; y sin embargo, ante la voz de mi conciencia afligida por los males de la nación, ante tantos desastres, tanta ignominia y mengua tanta .. todo lo abandono, á todo renuncio, honores, dignidades, posición, hogar y familia, y voy á buscar bajo los pliegues de una noble bandera que tiene por lema «Dios, Patria y Rey,» es decir, mi creencia religiosa, mi madre España y el mandatario de la ley, el custodio de mi libertad, de esa libertad que yo quiero y ansío para todos los fines honestos de la vida, la posible salvación de mi patria, pidiendo á Dios me perdone no haberlo hecho antes, y á la historia, que si se ocupa de mis faltas, se acuerde también de mi arrepentimiento y de mi pública confesión.

»Voy allá, á la Covadonga de la monarquía y del honor castellano, porque quiero tener un Rey, hijo y nieto de Reyes, y no un millar de tiranuelos que por turno me vejen y opriman; voy allá donde se halla, no el señor absoluto, como se pregona para extraviar incautos, sino el representante de la tradición nacional y de las viejas libertades españolas; voy allá porque se proclama un absolutismo noble y grande, el absolutismo de la ley, que guarda lo mismo el palacio del magnate que la choza del mendigo, y mide por igual al prócer y al menesteroso; voy allá para encontrarme en medio de la antigua España, entre un ejército de bravos que pelean desinteresada y espontáneamente para probar al mundo que aun alentamos, y voy allá porque un príncipe honrado y caballero que nunca ha faltado á su palabra y lealmente cumple hasta ahora sus promesas, me garantiza todo esto, y no es locura dar crédito á un vástago de estirpe regia, aquí donde todos nos hemos sucesivamente entregado á tanto aventurero engrandecido».



## LIBRO DÉCIMO

### CATALUÑA

DON ALFONSO Y SAVALLS

#### I

**U**TRA vez las disensiones de los liberales dieron nuevos triunfos á los carlistas, y mientras los primeros se cañoneaban en Barcelona, Gracia y Sarriá, los segundos se apoderaban de poblaciones como Vich, y si no lo hicieron de Manresa y otras, debióse á la vigilancia de sus guarniciones y vecindario, sucediendo todo esto cuando los defensores de don Carlos atravesaban en Cataluña terrible crisis, producida por muy graves divergencias entre los principales jefes.

En efecto, no pudiendo sufrir ya don Alfonso la insubordinación de Savalls, *sus actos punibles*, como se dice en una exposición

dirigida á don Carlos, para que se procediera contra aquel caudillo con arreglo á ordenanza, formuló contra él una acusación de 25 cargos, entre los que los hay verdaderamente graves, no sabiéndose qué admirar más, si la despreocupación del que los cometiera, ó la resignación del que los aguantara (1).

Llamó entonces don Carlos á Savalls, creyéndose en Cataluña que era para sujetarle á un consejo de guerra cuya sentencia había de serle fatal, por exigirlo la ordenanza: como por otra parte no podía prescindirse de los servicios que había prestado, muchos abogaron por Savalls, atreviéndose algunos á escribir que «si S. A. después de castigados los culpables volvía á Cataluña de paso para Valencia, acompañado de su excelsa esposa la serenísima señora doña María de las Nie-

(1) Véase el documento número 8.

ves, origen involuntario del desprestigio en que ha caído el príncipe y con él la autoridad, desprestigio que viene hoy á aumentar esa misma resolución, por cuanto el público que no filosofa, porque es el agente eficaz de la guerra, traduce por debilidad é impotencia el que el capitán general del principado no castigue por su mano á los rebeldes y aplace su entrada para cuando hayan desaparecido los obstáculos, si no cree que la decisión es de miedo engendrado por la culpa, lo cual añade nuevo realce á la aureola de popularidad de que goza Savalls y que á toda costa debe evitarse» (1).

Se quiso comparar á Savalls con el cura Santa Cruz, y era injusto el paralelo. En el cura faltó el carlista y nadie excusó sus crímenes; el catalán miraba más por la causa, y su partido aplaudía al caudillo y atenuaba sus faltas. Y ¿cómo no habían de querer sus soldados al jefe que decía, como dijo un día al llegar á San Hilario y mandar romper filas, «chicos, pagar todo lo que compreis y *divertiros* engendrando carlistas»?

Sin comprender la significación de la palabra autoridad ni mucho menos sus atribuciones; creyendo servir al rey que amaba, poniéndose en contradicción con su hermano y jefe, permitiéndose censurar sus actos y no acatar sus órdenes, era Savalls un conjunto de heterogéneas cualidades que sabían explotar malos consejeros. Inconsciente del deber, ni aún daba importancia á sus disensiones con don Alfonso, y escribía á varios propie-

(1) Aun cuando no está bien terminado el período, está tomado del original que tenemos á la vista, escrito en buena letra, y no nos compete el variarle.

tarios y amigos (1). «Yo por mi parte puedo asegurar á ustedes que guardaré como hasta el presente he guardado toda sumisión y respeto á cualquiera autoridad que se me designe. No creo deba yo reconciliarme con S. A. el augusto hermano de S. M. el Rey, cuando ni siquiera ha habido discordia. Nunca me he quejado de las rectas intenciones de S. M., y siempre he atendido á sus órdenes é indicaciones: únicamente me he disgustado algunas veces por el poco tacto de las personas que le rodeaban, y estas fueron las que motivaron mi viaje al cuartel real».

Falto Savalls de carácter organizador, y sabiendo hacer la guerra sin ser militar, era tan popular que, cuando á su regreso de Francia se presentó en San Quirce, hallándose los hermanos de don Carlos, á quienes no se había victoreado, fué objeto de una ovación que podía envidiar un monarca. Así decía de él una persona muy competente: «Ha llevado á cabo heroicas empresas con la astucia de hacerse propios algunas veces lauros ajenos y echar á otros la culpa en los pocos descalabros que ha tenido. Eso, el miedo que ha infundido con algunos actos bárbaros; el afectar una protección que ni de mucho ha respondido en realidad á las apariencias; el nombrar sus subalternos entre los voluntarios matones de baja ralea ó de poca conducta; el alternar rastreramente con todo el mundo, y sobre todo el hacer públicas ciertas debilidades y pequeñeces del cuartel general, le han dado un prestigio difícil de combatir por más que sea necesario, y

(1) 18 de Noviembre de 1873.



una preponderancia en el país con grave detrimento del principio de autoridad... Este es Savalls, á quien prematuramente se quiere separar de la escena, no previendo, ó mejor, no calculando por falta de datos, que hoy puede ser ruina lo que mañana sea timbre glorioso de recta justicia.»

Don Carlos, que conocía las faltas de unos y otros, que recibía escritos tan notables como el de don Carlos R. de Elna, en los que se retrataba exactamente á todos, no presentando á ninguno exento de culpa, tomó la única resolución que creía podía tomarse en tan delicada situación, y escribió á don Alfonso (1): «Savalls llegó, y Planas, como testigo de todo, podrá enterarte de lo ocurrido. Le he impuesto un *castigo terrible*, por la manera que lo he hecho, y él se muestra arrepentido y hasta te pide perdon y promete obedecerte en todo y por todo (2). Debes, pues, darte por satisfecho. Segun la opinión de todos los generales, ni podía ni debía darse un escándalo que hubiese traído otros mayores, y Savalls, castigado y arrepentido, debe volver á trabajar por la causa, como lo

(1) Desde Sodupe el 20 de Febrero de 1874.

(2) «Serenísimo señor infante don Alfonso de Borbon.—Sodupe 20 de Febrero de 1874.—Serenísimo señor.—Llegué á este cuartel real el 17 de los corrientes. S. M. el Rey (q. D. g.) me recibió como Rey y me castigó como padre: he cumplido el castigo que S. M. se dignó imponerme; ahora sólo deseo que V. A. R. como católico y buen cristiano perdonará mis faltas y correrá un velo á las ofensas que le haya inferido, prometiendo á V. A. R. que de hoy en adelante estaré siempre sumiso á V. A. R. y cumpliré fielmente cuanto se digne mandarme.—Serenísimo señor, humillado á los pies de V. A. R., pide perdon y B. S. M. á V. A. este su servidor.—Francisco Savalls.»

hizo con tanto heroísmo en los primeros días del alzamiento.»

A su virtud, se ordenó en las Cruces el 24 de Febrero que se encargará Savalls de nuevo del mando que anteriormente desempeñaba en las provincias de Barcelona y Gerona, «después de haber escuchado de los reales labios una severísima pero merecida reprobación por los hechos punibles y las faltas graves cometidas por aquel general durante su mando, y de haber sufrido el castigo de arresto que personalmente tuve á bien imponerle.»

Si los amigos de Savalls hallaron ocasión de enaltecerle, sus émulos le dirigieron nuevas inculpaciones, y le atribuyeron el fusilamiento ó asesinato de los señores Fageda, padre é hijo, y del señor Oliveras; los primeros ricos propietarios de la provincia de Gerona, y el último librero, con tres hijos en las filas carlistas, á cuyo partido pertenecían todos. Por evitar persecuciones ó por conveniencia, marcharon á Francia, donde tenían su familia, tomando el camino designado por sus correligionarios como más seguro, y en Camprodon participaron el objeto de su viaje, rogando á Barrancot ó á otro jefe les custodiase hasta la frontera si había algún peligro. Se acostaron tranquilos y á una hora avanzada de la noche se les llamó con pretexto de que el enemigo se acercaba; salieron de la población y á corta distancia los fusilaron sin darles tiempo de encomendar su alma á Dios. Grande y dolorosa impresión causó este horrible hecho entre los mismos carlistas, y los hijos de una de las víctimas, que servían en Navarra,

acudieron á don Carlos, que se apresuró á ordenar se procediera á instruir la correspondiente sumaria, entregándose la orden á don Domingo de Miquel y de Basols, que salió de Estella para Cataluña con tal objeto, que no se cumplió (1), ni parece se cuidó de ello.

(1) Hemos procurado averiguar la verdad; hemos recibido un cúmulo de cartas acusándose unos á otros y quedamos con la misma duda. Algunos acusan á Savalls, y este señor asegura bajo su palabra y con su propia letra y firma que *nada supo ni dió ninguna orden*. Otro jefe carlista nos dice: «Ni Savalls, ni yo, ni creo que Geroi tuvimos la culpa de semejante muerte. Es más: ni Cambó (a) Barrancot, es responsable de ella. Quien los fusiló fué el comandante segundo, jefe del primer batallón de Gerona don Juan Bautista Aymami, que protegido por la fuerza de Miguel Cambó, el Barrancot, se dirigía á Francia á tomar las aguas de Amelie por la herida que recibió en la rodilla derecha en la acción de San Sadurní »

Había motivos de rivalidades. Al tratarse de levantar somatenes, se reunieron los propietarios carlistas en Mieras, á cuya reunión asistieron algunos jefes, entre ellos el desgraciado Fontova, y manifestaron no estar muy conformes con algunos, demostrándolo más evidentemente el señor Fontova en la carta que en nombre de todos escribió al señor Garriga, farmacéutico de Gerona. A esta reunión asistieron también los fusilados; pero no tomaron parte en la discusión, lo que no obstó para que se les acusara en una carta, y á Fontova, de desafectos, y hasta de traidores, atribuyéndose á estas rivalidades el fusilamiento de Fontova y los de los Fagedas y Oliveras.

Otros acusan al señor Oliveras de que como presidente de una junta carlista hiciera todo el daño que pudo á la nombrada por don Carlos, presidida por el marqués de Capmany; «pero esta misma razon, se nos dice en una carta, y la de encontrarse en Ridaura al lado de Solanich (a, Zaragatal, me hacía interesar que este señor viviera para aclarar en su día los móviles que le habían impulsado á rebelarse contra las órdenes del Rey.»

Ya recibiera Barrancot la orden que algunos aseguran, ó la diera á Aymami, ya fueran resultado de este ó parecidos asuntos, nuevos asesinatos y algunos envene-

SE APODERAN LOS CARLISTAS DE VICH.—REGRESO DE SAVALLS.—CORRERÍAS Y ESCARAMUZAS.—GANDESA.

## II

No era de esperar seguramente que los republicanos avanzados de Cataluña, ó más bien los federales, que hasta proclamaban la independencia de aquel país, mostrándose más catalanes que españoles, dejaran de protestar del golpe de Estado del 3 de Enero, y depusieran las armas, como dispuso el general Martinez Campos, proponiéndose reorganizar la milicia: con más heroísmo que buena dirección, iniciaron la batalla en diferentes puntos, siendo fácilmente vencidos en todos, con gran derramamiento de preciosa sangre. El mismo Xich de la Barraqueta, coronel Marti, que guiaba respetable fuerza destinada á perseguir á los carlistas, peleó en Sarriá al grito de ¡viva la república federal! siendo vencido é indultado á su petición. Y como si no bastara la sangre que se derramó, aún se reprodujeron nuevas víctimas en la misma Rambla de Barcelona al pasar por la de las Flores los prisioneros hechos en Sarriá.

No podían menos de aprovechar los carlis-

namientos, lo cierto es, que ni la justicia, ni la humanidad tenían mucho que agradecer á los que, más que partidarios de una causa política, manchaban su bandera y eran asesinos de sus mismos correligionarios, porque asesinato indigno fué la muerte de aquellos desgraciados, por cuya memoria, si no hemos hecho la suficiente luz, preparamos el camino para que se haga. Podíamos ser más explícitos; pero así como podemos juzgar por convicción, no podemos acusar sin pruebas, y las necesitamos más completas.

tas la lucha en que estaban empeñados los liberales, y el jefe superior interino de aquellos, don Rafael Tristany, que deseaba corresponder á la confianza que en él se había depositado, dirigióse el 3 de Enero con sus 2.000 infantes y 50 caballos hacia Manresa, aparentando el ataque á esta ciudad por ver si acudía el enemigo y trabar pelea con él: no sucediendo esto, se dirigió á Prats de Llusanés, aumentó con una pieza de artillería de montaña el contingente de sus fuerzas, y marchó el 8 á Vich, á once leguas de Barcelona, contando aquella población cerca de 14.000 habitantes. Querol, Miret y Galcerán atacaron por la derecha, centro é izquierda; invadieron una parte del pueblo; en algunos puntos heroica resistencia, hasta cargando á la bayoneta, y á puñetaños; pero avanzaron los carlistas, se les opusieron barricadas, ocuparon la de la calle Nueva varios individuos de Navarra, mientras una sección de caballería, se posesionó de la Rambla, esquina á la plaza de Manlleu, y otra de la plaza de los Mártires, ésta para proteger una pieza Krupp; los voluntarios, en tanto, construyeron una segunda barricada de fanegas de sal: dueños los carlistas de las primeras casas de la calle, fueron taladrándolas, y á medida que avanzaban ofendían á los de las barricadas, causándoles algunas bajas, y obligándoles á abandonarlas; por lo que libres de ellas, y posesionados de la plaza de los Mártires, se retiró la fuerza y la sección, acribillada desde las casas de la misma plaza. A las once eran ya dueños los carlistas desde la puerta de Roda á la de Gulp, y pocos momentos después subían por el paseo y calle de la Fuxina,

TOMO III

tocando paso de ataque, invadiendo la mayor parte de la Rambla. Entonces le fué preciso á una compañía de voluntarios que sostenía el cuartel del Cármen retirarse al segundo recinto. En todas estas operaciones había intervalos de un fuego horroroso, y otros, aunque cortos, de mucho silencio.

Continuó toda aquella noche el fuego de fusilería y artillería desde las boca-calles de la plaza á la Rambla; al anoecer del 9 ocupaban las fuerzas de la guarnición solamente la plaza, calle de Cardona, con dos barricadas, cuartel de la Merced, palacio del Obispo y un reducto del teatro; no cesó la resistencia verdaderamente bizarra; á las tres de la mañana del 10 se agotaron las municiones Remington, y se tuvo que entregar fusiles de otro sistema para poder aprovechar otras, y sobre dicha hora se dió la orden de concentrarse en el palacio del Obispo al toque de llamada y atención, que se dió al rayar el día. A esta seña se reunieron las fuerzas con alguna confusión y se habló de parlamento. Al oirlo los voluntarios y algunos nacionales, que sabían que no tenían cuartel, prurumpieron en gritos de ¡fuera capitulación! ¡al campo á morir matando! y en seguida en tropel salieron hácia la puerta, por la que se abrieron paso, y se lanzaron á la plaza de Balmes, en cuyo punto y á sus ruegos se puso á su frente el señor Bassa, uno de sus jefes. Al salir del primer puente se rompió el fuego con mucho orden, y se fueron retirando hácia la montaña por la parte de Taradell, con solo dos heridos leves.

Viendo la restante fuerza que la primera había ya pasado, parte de ella se anima para

41

salir, otra se atemoriza, se interrumpe el paso por las piezas, y se arma una confusión que dió tiempo á acudir al enemigo, pudiendo pasar sin embargo los liberales, si bien con alguna pérdida.

Durante la lucha de los dos días, no bajaron de 300 bajas las que hubo por ambas partes.

El triunfo de los carlistas fué de inmenso valer. Dueños de una ciudad que no pudieron ocupar en la guerra de los siete años; que aún peleando juntos en 1847 montemolinistas y republicanos, trataron en vano de conquistarla el 2 de Junio de aquel año, al vencer ahora, además de quedar prisionera parte de la guarnición, y apoderarse de las dos piezas Krupp, armas, caballos y multitud de efectos y pertrechos de guerra, adquirían gran resultado moral por la importancia de la conquista. Impusieron una contribución de 50.000 duros, incendiaron la cárcel, juzgado y teatro y derribaron las fortificaciones.

Al participar el general Turon esta pérdida, decía con amargura que, como estos movimientos carlistas se apoyaban ó combinaban con los cantonales, habían escogido la oportunidad de los sucesos de Barcelona para que no se pudiera enviar socorro, porque no dió tiempo y no podía ni desprenderse de fuerza alguna para impedir el progreso de los carlistas, teniendo que atender á destruir la sublevación cantonal promovida en varios puntos. Encomendaba al gobernador militar de Tarragona la salvación de Manresa, donde había muchas municiones y efectos, y á donde debía dirigirse con la columna de Vllafranca con todas las fuerzas que le fuera

posible, evacuándola si no la considerase defendible.

Nada impide á los carlistas aproximarse á Cervera, romper la cañería del agua potable y ordenar á los jornaleros, bajo pena de la vida, dejasen de recolectar la aceituna, que era lo mismo que reducirlos á la miseria, pues hacía un mes no trabajaban: al otro extremo, la liberal Rosas, tuvo que pagar á sus enemigos la contribución de que se había librado hasta entonces; pero al correrse aquellos á Castellon de Ampurias, la mayoría de los voluntarios se negaron á la defensa, embarcando las armas, y los que no las soltaron se fueron á la montaña; invadieron á escape la población algunos ginetes llevando, cada uno un infante á la grupa; amenazaron con la muerte á los que no se presentasen á pagarsus cuotas, y gracias que se redujeron á dos los siete trimestres que los carlistas pedían. En poblaciones en que nunca hubieran cobrado las cantidades que imponían, pudieron hacerlo impunemente por el abandono en que las dejaron los voluntarios ó móviles, que hallaban más patriótico pronunciarse por el cantonalismo que hacer frente á los carlistas.

Vencida la insurrección y hechos los funerales á los muertos, dirigió el general Turon al ejército una orden del día—13,—diciendo que era necesario volver á combatir contra los carlistas con el mayor ardor, y Martinez Campos les dijo que nada tenía que añadir á lo que decía el general en jefe, porque le conocían y le conocía.

Los carlistas en tanto, después de haber triunfado en Vich, y de su comportamiento

en esta ciudad, no se concibe el que tuvieron en Sarriá á cuatro kilómetros de Gerona, con los bravos movilizados que defendían el fuerte. Aún pudieran cohonestar el incendio, y si se quiere, dadas las condiciones inhumanas de toda guerra civil, que vieran impasibles que las llamas devorasen aquellos cuerpos asfixiados ya por el humo de ellas; pero cebarse con bárbara crueldad con dos desgraciados fugitivos, y después de horrible y feroz mutilación, arrojarlos vivos al río para verlos espirar en medio de los más horribles tormentos, es un lujo de inhumanidad que repugna.

Y aún se aproximaron los carlistas aquella noche á la capital, esperando les abrieran las puertas los amigos de dentro, lo que hubiera sucedido sin la vigilancia de las fuerzas del ejército y de la milicia que defendían las murallas.

El general gobernador de Gerona, que se hallaba en operaciones, regresó á la ciudad con una columna de 1.200 hombres, deseando vengar la muerte de los 19 valientes que defendiendo la libertad sucumbieron.

Manresa se salvó de una catástrofe, que la hubiera experimentado sin duda al conseguir Miret, Tristany y Baró su objeto de sorprenderla, prevalidos de la niebla; mas sólo penetraron en algunos de los arrabales de extramuros, y sospechado su intento, se impidió. Aún persistieron, lisonjeados con el éxito obtenido en Vich, y desde Sallent y Balcereny avanzaron el 14 decididos á atacar á Manresa, llevando Tristany artillería; llegó á un cuarto de hora de la ciudad, pero dió la campana de la Seo la señal de acudir co-

lumna, detuviéronse los carlistas, volvieron á Sallen y escondieron los cañones, temiendo á las fuerzas del coronel Mola y Martínez, que frustró los planes de sus enemigos.

Lo que no pudieron conseguir los carlistas en Manresa lo intentaron el 19 en Sabadell, amenazándola por la noche Tristany y Miret con numerosas fuerzas, llegando sus avanzadas hasta más allá de Sentmanat; pero se tocó oportunamente somaten, llamó el pregonero á los vecinos armados, que acudieron en gran número de todos los partidos liberales, se llenaron las calles de barricadas, y el aspecto que presentó la población y el aproximarse la columna del capitán general, que llegó en la madrugada del 20, salvó á Sabadell: retrocedieron los carlistas sin intentar el ataque.

No satisfecho con esto el general Martínez Campos continuó persiguiendo á los que no le esperaron, dirigiéndose los carlistas por Caldas de Montbuy á San Felú de Codina y Moyá, internándose en la montaña.

El regreso de Savalls fué un verdadero triunfo para los carlistas catalanes, que le recibieron en Vich el 16 de Enero con músicas, repique de campanas y arcos de triunfo.

Reuniéronse algunos jefes, se acordó proseguir activamente la lucha, dióse un indulto, que Miret prorogó en Moyá el 18 por término de quince días para que se acogieran á él todos los enemigos armados, cualesquiera que fuesen los cuerpos á que pertenecieran, y los que transcurrido aquel plazo fuesen cogidos sin haber obtenido ni solicitado de las autoridades carlistas el indulto, serían sometidos á un consejo de guerra verbal

aplicándoles todo el rigor de las leyes de guerra.

Dos días después, Savalls, desde las Presas, mandó que en el improrogable término de cuarenta y ocho horas se presentaran todos los que hubiesen desertado si no querían ser pasados por las armas, en cuya pena incurriría todo el que en lo sucesivo desertase, considerándose deserción permanecer fuera de las filas más de veinticuatro horas, sin permiso de sus respectivos jefes.

La guerra continuaba con esas alternativas y vicisitudes que se resisten á toda reseña, que rechazan todo juicio. Ostentábanse los carlistas triunfadores en una comarca dominándola, y en cuanto se presentaba una respetable fuerza liberal la abandonaban y se guarecían en la montaña. Así sucedió en la comarca del Vallés y el llano de Vich, bastando la presencia del general Martínez Campos para que se retirasen á las escabrosidades de Llusanés, trasladándose desde las inmediaciones del Ter á las del Llobregat.

Pero más abajo de ese mismo rio Ter, en Gerona, se veían á la vez sériamente amenazados por los carlistas de un riguroso bloqueo si no se les satisfacían siete trimestres de contribución, atacando además por sorpresa en la noche del 23 á la importante villa de Santa Coloma de Farnés, siendo rechazados victoriosamente: al extremo opuesto en las márgenes del Noguera Pallaresa, en Rialp, asentado en la vertiente de los Pirineos, sufría Orteu un fuerte descalabro que le produjo bastantes muertos y heridos, y 19 prisioneros; hecho sin duda de los más importantes llevados á cabo en la provincia de

Lérida por el comandante Santos Barrios con pocos soldados de Málaga y 50 voluntarios de la Seo, muy superiores en número los carlistas, á los que no sólo favorecía el terreno en aquellos empinados montes del Pirineo, sino que la bayoneta y el pico tenían que abrir el camino en la nieve endurecida.

Los 42 pueblos fortificados que tenía la provincia de Tarragona eran el apoyo de las columnas que en ella operaban, y habría más fortificaciones si rencillas de localidad y otras causas no hubieran creado antagonismos en algunos pueblos. La facilidad con que los abiertos eran invadidos, hizo pedir á muchos, como La Selva, Prades y Santa Coloma, se les fortificara, lo cual era necesario por su posición estratégica y su importancia, si bien en los pueblos cerrados había que dar ocupación y mantenimiento á los liberales comprometidos é imposibilitados de salir á ganar su subsistencia.

No impedían las fortificaciones ciertos alarides de los carlistas, atreviéndose Caballé á amenazar á Reus con el incendio si no satisfacía poco más de medio millon de reales que pedía. Pero este y otros atrevimientos no hubiesen ocurrido, si los cantonales no hubieran compartido con los carlistas la triste gloria de arruinar su país: no bastaba asolar los campos, era necesario destruir las ciudades, paralizar el trabajo, matar la industria y mermar la riqueza; y como si esto no fuera bastante, ir los que de liberales se hanpreciado, á aumentar las huestes carlistas.

Los voluntarios de la provincia de Tarragona, que se ofrecieron á combatir á unos y otros enemigos, acababan de demostrar la

decisión de su propósito al haber intentado el cura Flix apoderarse por sorpresa del pequeño pueblo de Lloa, en el momento de abrir las puertas. Cuerpo á cuerpo lucharon hasta cerrarlas; les auxiliaron sus compañeros de Falcet, que sólo necesitaron oír el fuego para acudir en su socorro; lo mismo hicieron de Gratallops Bellmunt y Vilella, y dispersaron al enemigo con pérdidas.

Batidos los francos sublevados á las órdenes de Saquetas, y hecho este prisionero, pudo atenderse á los carlistas: fué batido el cura de Prades por los cazadores de Madrid, teniendo aquel establecido en las márgenes del Francolí el teatro de sus operaciones, dedicándose á horribles escenas los que merodeaban á las orillas del Noya, haciendo fuego á trenes de mercancías, como lo hicieron en Gélida, hiriendo al maquinista y descarrilando el tren. Actos de esta naturaleza y los que algunos carlistas se permitieron contra las mujeres casadas civilmente, además de la quema de los libros del registro civil, más parecían empeño de causar daños generales que de guerrear por una causa. Y apenas podían evitarse estos males; bien es verdad que ni con suficientes fuerzas se contaba para perseguir á sus causantes; y para poder operar Martínez Campos, tuvo que pedir algunas al brigadier Salamanca, que se las concedió generoso (1), aún cuando las necesitaba; pues en

(1) Es notable el telegrama con que le contestó Martínez Campos «Nunca podemos agradecer bastante el general en jefe y yo el notable comportamiento y desinterés de V. E. en esta ocasión. V. E. ha sabido hacer lo más difícil que es quedarse sin tropas para acudir en nuestro auxilio: sólo á una inteligencia elevada, á un

aquella provincia, en toda la parte que se halla entre el Ebro, el Francolí, y desde la costa hasta la empinada sierra de Llena, que forma el límite con la provincia de Lérida, estaban constantemente los carlistas, y hasta sorprendían poblaciones como Montblanch, importando poco fuesen 200 ó más los que mandara Baró en la noche del 2; es lo cierto que ya entrara por un huerto junto á la puerta de Valls ó por otro lado, sorprendió al centinela y á otros á quienes degolló, se diseminaron por la población, causaron muertos, cometieron punibles excesos, y se retiraron antes de la llegada del batallón Fijo de Ceuta, que se hallaba en Valls, y al primer aviso salió á la carrera, pudiendo impedir terribles represalias.

En cambio los movilizados de Sabadell y Tarrasa, guiados respectivamente por Gori y Trilla, sorprendieron á los carlistas en San Lorenzo de Saball, su constante guarida, y les causaron no pocas pérdidas, poniéndoles en dispersión completa y desordenada.

Había ido Salamanca á Mora de Ebro á conducir los cañones y armas concedidas á los voluntarios reunidos de dicho punto, y se propuso sorprender á Gandesa que la estaban fortificando los carlistas, que en ocho meses no había visto un soldado del ejército, y si la crecida del río y la equivocación de un parte, retardó la operación, haciéndola imposible, la volvió á intentar el 29 de Enero con las debidas precauciones, procurando desorientar al enemigo, como lo consiguió efectuando

patriotismo acendrado, á un carácter firme y digno y á un reconocido valor le toca portarse como V. E. lo ha hecho: así se hace presente al gobierno.»

el paso del Ebro en la noche del 31, con el mayor silencio, con toda la fuerza reunida y los voluntarios de Mora, Gandesa, Flix y Villalba, á los que se unieron despues otros. Con las mismas precauciones llegó al frente de Gandesa á las cuatro de la madrugada, esperó amaneciese, y al tocar la campana de la iglesia el alba, disparó una granada contra el fuerte, la cual entró por uno de sus balcones, tocó ataque, lo efectuó con arrojo el comandante de Reus señor Morana, colocándose la vanguardia en la casa frente al fuerte para impedir la ocupasen los carlistas, pues la tenían preparada al efecto, tapiadas y aspilleradas sus ventanas y puertas, excepto una que dispuso Salamanca se abriese con una granada que casualmente rompió la palanca que la cerraba, y se ocupó. Colocada la pieza de artillería frente al tambor del fuerte, situado sobre la carretera, y á una distancia de 30 pasos, se cañoneó con éxito (1).

Los sorprendidos carlistas salieron en dispersión con sus jefes Basquetas y Mañero; retrocedieron al tropezar con las fuerzas liberales que les persiguieron; se hicieron aquellos fuertes en las casas; se generalizó el combate; murió Basquetas y fué preso Mañero; se volvió al ataque del fuerte que causaba bastantes bajas á los liberales; rompiéronse dos rejas por cuyas ventanas entraron algunos cazadores de Reus, y taladrando pisos, tabiques y muros llegaron al tambor donde hicieron también un agujero por el que hirieron á un carlista y mataron á otros, rindiéndose los demás.

(1) El oficial de artillería don Joaquin de Santa María y Pizarro ganó la cruz laureada de San Fernando.

Contando Salamanca con ménos de 800 hombres, no esperando auxilio, hallándose con escasas municiones, sin un proyectil la artillería, fatigada y hambrienta la tropa, con bastantes heridos, muchos graves, y con 2.000 enemigos en Cherta y bastantes en otros pueblos próximos, en cuanto enterró los muertos, derribó los tambores del fuerte y organizó la marcha, la emprendió tranquilamente llegando á Mora á las cinco de la tarde, donde dejó los heridos y los 67 prisioneros hechos á los carlistas, entre los que se contaban Mascareta, Piñol, Subirats y el antes citado Mañero.

La reconcentración de los carlistas catalanes sobre la márgen derecha del Ebro, podía ser de buen resultado para la causa liberal, siempre que asegurase el paso del río para que no se trasladaran los carlistas de una á otra parte, á su voluntad, á cuyo efecto propuso el brigadier la construcción de un fuerte en Flix, otro en García y el tercero en Mora de Ebro, suficientemente guarnecidos. La columna de móviles del Priorato, que persiguiendo al cura de Flix no consiguió aceptara el combate y le obligaron á repasar el Ebro por Ginestar, que está frente á Miravet, y si mal no recordamos, se extiende por allí mucho el río formando dos ó tres islas, por ser más llano el terreno, particularmente á la izquierda de la corriente, prestó un verdadero servicio, del que se pudieron sacar mayores ventajas.



RELEVO DE AUTORIDADES. — DECAIMIENTO. —  
 MANRESA.—MONTBLANCH.—LA JUNCOSA.—  
 ALBIOL.—AMPOSTA.—EL EBRO

### III

Reforzado el ejército de Cataluña, y libre ya Martínez Campos de cuidados cantonales, aunque no dejaban de preocuparle otros políticos, no ménos inconvenientes entonces, salió á campaña el 19, llegó á Vich sin resistencia, huyeron de él los carlistas, como vimos, y al saber que le había sido admitida la dimisión, regresó á Barcelona donde se despidió de los catalanes de una manera que no podía ser muy grata para el gobierno (1); que le relegó á las Baleares.

También fué relevado del cargo de general en jefe de aquel ejército, general Turon (2), al que se confirió la dirección de la

(1) «CATALANES: Al transcribimos el telegrama del general Pavía del 3 del actual, creí que era exacto se trataba de formar en Madrid un Gobierno nacional, en que tomaran parte todos los partidos políticos excepto el cantonal y el carlista: cuando supe la formación del gabinete hice presente á éste el hondo disgusto que se había producido en la opinión pública, pues no se habían cumplido las promesas y presenté mi dimisión para que nadie creyera que yo había contribuido al error: admitida ya, sólo me queda dar las gracias al pueblo catalán por su sensatez, porque si bien una pequeña parte ha alterado el orden en los días 8 y 11, la inmensa mayoría ha estado á mi lado.

Me separo con sentimiento de vosotros ahora que pensaba combatir á los carlistas; pero me queda la esperanza de que todos aprobarán no haya ensangrentado la victoria y reconocerán mi lealtad.

Barcelona 23 de Enero de 1874.—*Arsenio M. de Campos.*

(2) En su despedida se limitó á dar las gracias al ejército por su comportamiento y disciplina.

guardia civil, dándose al general don Rafael Izquierdo el mando del ejército y la capitania general de Cataluña.

Corrió Izquierdo para encargarse del importante mando que se le confería; saludó á los catalanes diciéndoles que bastaba ya de utópicos desvaríos que desgarraban el seno de la patria; que no era difícil la empresa de dar la paz á aquellas provincias cuando se contaba con un ejército valiente y disciplinado y un pueblo culto y liberal, y él por su parte no omitiría para conseguirlo peligro ni fatiga.

Se organizaron las fuerzas liberales (1); pero no había en todos la debida unión: tuvo que ir á Salamanca á Valls, cuyos habitantes estaban disgustados é indiferentes, habiendo sido de los pueblos que más sacrificios habían hecho por la causa liberal, armándose y fortificándose á su costa; mas al ver que poblaciones mayores y bien guarnecidas como Vich caían en poder de los carlistas, no guarneciendo á Valls más que 30 soldados, no se hacían ilusiones respecto á la suerte que les esperaba, si no se les enviaba una guarnición de 200 hombres ó se movilizaba igual número.

(1) Encomendose la provincia de Barcelona al brigadier Mola y Martínez (después á Medeviela) con cinco batallones, cuatro piezas y 100 caballos; teniendo la brigada Ciriot dos batallones, cuatro piezas y 140 caballos, la brigada de la provincia de Gerona la mandaba el general Nouvilas, y se componía de cinco batallones, cuatro piezas de artillería y 140 caballos; la de Lérida, el coronel Tomasseti con dos batallones, cuatro piezas y 50 caballos, y la de Tarragona el brigadier Salamanca con dos batallones, cuatro piezas y 120 caballos.

Había además una columnita en el Panadés, y otras en el llano de compañías sueltas que recorrían varios pueblos.

ro. Imposibilitaba lo primero la falta de tropas, por lo que se tenía abandonados á Falset, Montblanch y otros pueblos.

Un medio había de conseguir resultados de valer, y era el de autorizar la creación de lo que en Cataluña se llaman *patuleas*, poniendo estas compañías sueltas á las órdenes de infatigables y valientes montañeses que mereciesen la confianza de sus subordinados. La audacia y el conocimiento del terreno, á cuyas cualidades se debió el rescate de los prisioneros de Vich, daban grandes resultados. Una columna que se formó en Puigcerdá de voluntarios y soldados al mando del capitán Correa y Molera, cayó al amanecer sobre la Pobra de Lillet, donde sabía estaban aquellos, y después de una ligera lucha con los que la custodiaban, rescataron á más de 200.

Creyó otra vez Tristany lograr su codiciada posesión de Manresa, para donde se dirigió desde Aviñó con 2.000 infantes, 150 caballos y una pieza de artillería, y aunque guarnecían la ciudad dos batallones de francos y cuatro compañías de América, sólo éstas y algunos pocos voluntarios ó francos cumplieron con su deber, cruzándose de brazos algunos de los restantes, y dedicándose otros á cometer excesos, en vez de acudir á ayudar á sus compañeros é impedir el asalto, que se facilitó á los invasores y le efectuaron á las diez de la noche del 4 de Febrero (1).

(1) Guarnecían la ciudad cuatro compañías del regimiento de América de unos 200 hombres, los batallones voluntarios números 7 y 14 fuertes en junto unos 700, y unos 400 milicianos de la ciudad. El 4 cubría todo el servicio el batallón de voluntarios número 7, y no se creía

No desmayaron los defensores de la ciudad, que se fueron retirando á la Seo, donde se hicieron fuertes, hasta que la aproximación de la brigada Mola y Martínez obligó á los carlistas á abandonar á Manresa, después de

en un ataque. A las nueve y media de la noche un grupo carlista se presentó en el reducto de Barreras; acercóse sigilosamente; sorprendió al centinela, le desarmó y apaleó. Inmediatamente colocaron escalas en aquella parte de muralla y subió el primero el cura Galcerán. Escalada la muralla se encontraron los carlistas en un huerto cuya puerta de comunicación con el interior de la ciudad estaba tapiada. Esta puerta fué derribada, con la circunstancia de que lo fué por la parte interior según un reconocimiento facultativo que se practicó después, probando que había inteligencias con gente de la ciudad.

Apercibidos los defensores de la presencia de los carlistas se reforzaron los puntos, y desde Barreras y Portal de San Francisco empezaron á hostilizarles. En esto quedó de repente á oscuras la parte baja de la ciudad, y rompieron los carlistas un horroroso fuego, corriéndose hácia los portales de Valladolid y San Francisco, que atacaron con el auxilio de un cañón, que abrió brecha.

Los defensores de estos puntos se batían como fieras uno contra diez; se les mandaron refuerzos, pero se encontraron con que por la espalda se les hacía también fuego. Creyendo que sería una equivocación, hicieron señal de «alto el fuego,» pero lejos de cesar aumentaba. Entonces se vino en conocimiento de que el enemigo les estaba hostilizando por retaguardia. Esto acontecía en la calle de Barreras, en la cual los carlistas no habían podido adelantar un palmo de terreno, aun después de cinco horas de lucha. En el portal de San Francisco no fué tan tenaz la resistencia, concentrada en aquella hora en la plaza de Gispert, calles de Urgel y Vilanova. Allí se luchó de tal manera, que para adelantar una distancia de menos de quinientos pasos, emplearon los carlistas más de doce horas. Los defensores se iban retirando paulatinamente, hasta que se hicieron fuertes en las plazas del Olmo y de Creus, donde la lucha fué principalmente á la bayoneta, y con un valor sin igual á cuerpo descubierto por parte de los soldados de América. Desde la plaza del Olmo se retiraron hacia la calle de San Miguel por haber agotado las municiones. En esta

derribar sus fortificaciones, llevándose unos 60 prisioneros. Razón tenía Tristany al decir en su parte, después de recomendar el comportamiento de don Martín Miret, que si ad-

calle había tres barricadas; los soldados se municionaron de nuevo y se opusieron al paso del enemigo con tanta tenacidad, que aquellas barricadas fueron perdidas y tomadas sucesivamente tres veces.

Los que defendían la plaza de Creus, sin municiones también, se corrían en tanto hacia la Bajada de la Seo, donde se hicieron fuertes, impidiendo desde allí que se aproximaran los carlistas. Era ya medio día, y aquellos se disponían á atacar con un cañon las Casas Consistoriales, pero recibieron aviso de que se acercaba la columna del coronel Mola, y se pusieron en salvo.

Hallándose el cuartel ocupado por los voluntarios, se vió con gran asombro que, sin atinarse la causa, había sido evacuado el edificio.

Llegó oportunamente la columna, y aunque los carlistas aun no habían conseguido apoderarse de toda la población, tuvieron tiempo mientras unos atacaban, de entregarse otros á toda suerte de excesos, saqueando y robando cuanto les plugo y destrozando lo que no podían llevarse, como sucedió en las casas de Gallifa, Fortuny, Argullol, Pons, Perramon, Esteve, Abadal, Calvó, Casajuana, Serarols, Bovets, Raboso, la del comandante de la milicia señor Porta, Giriber y Terrado. Al mismo tiempo derribaron las fortificaciones desde San Francisco hasta el Cármen, en cuya tarea fueron espontáneamente secundados por algunos vecinos. Los portales de Mosen Bosch y Picas, que abarcan un gran recinto, quedaron en pie.

Antes de salir se llevaron en rehenes á los señores Llopis, Viñas, Puy y Mas, Pons y Salernou, Pons y Pujadas, Pallás, Portabella y Clots, Calvó, San Miguel, Oller y algún otro, á quienes soltaron en Suria el día siguiente.

La defensa fué dirigida por los jefes don Filipiano del Campo, comandante militar que aquel mismo día había tomado posesión y don Francisco de Gazman. Estos dos jefes unidos al señor Sastre, teniente coronel de América, con solos 200 hombres, la mayor parte bisoños, hicieron prodigios de valor, luchando todos con heroísmo. Los dos capitanes de voluntarios señores Ramos y Cas-

mirable había sido el levantamiento del espíritu público carlista en el llano de Vich, no lo era menos en toda Cataluña con la toma de Manresa.

Baró, después de su ataque á Montblanch, pasó el Francolí y en Plá de Cebra le dispersó en la madrugada del 8 Salamanca, con alguna pérdida de hombres y efectos de guerra.

Pudo llegar á Olot el convoy de municiones de boca y guerra que desde Gerona llevó el gobernador militar, venciendo la resistencia que le opusieron Savalls y Aymami en las fuertes posiciones de Castellfullit, donde tenía que atravesar el Fluviá; fué importante y sangriento el encuentro con Mora y Quico en las inmediaciones de la Selva; Cirlot batió en las alturas y pueblo de Senmanat á las fuerzas de Pujol, causándolas muertas y heridos; el capitán Trilla con los movilizadas de Tarrasa desalojó á unos carlistas de Rubí; una columna de cazadores de Madrid batió en Vallbidrera á otra partida carlista, y las que amenazaban á Tarrasa, Sabadell y Berga se retiraron, pudiéndolo hacer de estas poblaciones; pero Vallbidrera está á dos horas de Barcelona, Rubí mu-

cante demostraron también gran valor personal, valor que si hubiese sido secundado por todos sus compañeros, otra habría sido seguramente la suerte de Manresa.

Respecto á bajas, los carlistas dejaron 19 muertos y siete heridos en Manresa, después de haber cargado otros muertos y muchos más heridos en 22 carros. Las tropas tuvieron unos ocho muertos y 16 heridos, número exiguo si se considera que la lucha fué á cuerpo descubierto y que duró más de 14 horas. La milicia tuvo uno de los primeros y tres de los segundos. No pueden fijarse las bajas de los voluntarios, que fueron pocas.

cho más cerca de esta capital que Tarrasa y aún que Sabadell, y únicamente Senmanat está más lejos.

No son de extrañar, sin embargo, estas audaces excursiones de un enemigo que se subdividía hasta en pequeñas fracciones; que conocía á palmos el terreno; con buenos confidentes, y si no con la ayuda, con la indiferencia de los pueblos. No se concibe de otra manera que habiendo permanecido algún tiempo en acecho de Tarrasa y Sabadell y atacado á Manresa, no le hubiesen impedido pasar los de este punto á Llobregat; que los acechadores de Tarrasa pasaran también el río de las Arenas y bajaran hasta Rubí, á la margen derecha del mismo, y los de Sabadell pasando el Ripoll ó Ripolleta, fueran á Senmanat al abrigo de la sierra de las Caldas de Mombuy. Y á todos estos puntos, sin embargo, les han seguido las tropas liberales, y hubieran sido más fructíferos los resultados, si en vez de ser solos los movilizados de Tarrasa los que tomaran parte en estas funciones de guerra, les hubieran ayudado los de otros pueblos; no era posible entonces que osaran acercarse tanto á Barcelona, como lo hicieron, pues desde la eminencia del cabo de Vallbriera pudieron contemplar perfectamente á la gran capital, y trasponiendo aquella altura estaban en San Gervasi, ó en Sarriá y Gracia: era cuestión de osadía, como lo fué antes de ir á Mataró.

¿Cómo podía cohonestarse que los carlistas permanecieran tres y cuatro días tranquilos en Igualada? ¿Qué Miret convocase á los mayores contribuyentes para nombrar ayuntamiento monárquico, nombrándole él mismo

de lo más selecto de la población, y hasta solicitando lo aprobasen las autoridades liberales? Más que osadía era una arbitrariedad atacar la estación de Caldetas, matando á un mozo inofensivo, teniendo que suspenderse el servicio en la línea del litoral; á nada conducía la quema de los libros, del registro civil, y era una inmoralidad la anulación de algunos matrimonios por aquella ley contraídos; prohibió Miret por su bando de 10 de Febrero no sólo la presentación de los quintos en las cajas del Gobierno, sino la rendición á metálico, y el cumplimiento de las órdenes y leyes que se refriesen á las quintas, imponiendo terribles penas, así como por el pago del préstamo forzoso de los 175 millones de pesetas; y al día siguiente, desde Suria, el mismo Miret, en vista de que Manresa, en vez de destruir sus obras de fortificación, volvía á reedificar las destruidas por los carlistas, declaraba facciosas á todas las personas que en el término de tres días se hallasen en la ciudad ó en un radio de un cuarto de legua de la misma; que serían confiscados y vendidos en pública subasta sus bienes; prohibía toda clase de fabricación, considerando como enemigos los que concurrieran al trabajo; que se cerrase la estación del ferro-carril, y que ningún vecino pudiese extraer ni introducir en la ciudad género alguno.

Volvió á marchar Savalls á ver á don Carlos, encomendando el mando que ejercía á don Francisco Anguet; procuraron todos que en su corta ausencia no cesaran las operaciones; pernoctó Tristany el 26 en Santa Coloma de Queralt; se trasladó á la carlista villa de

Espluga de Francolí y por Ulldemolins el 28 se dirigió al Priorato.

Atacada Villafranca de Panadés por las fuerzas de Tristany y Miret, fueron rechazadas por su pequeña guarnición de caballería de Bailén, mandada por don Fernando Sola, y por el heroico vecindario, que mostró de lo que es capaz un pueblo decidido; pues de ocho compañías de que se componía la milicia de Villafranca, sólo cuatro tenían armas, y éstas estaban depositadas en la casa ayuntamiento.

El batallón Fijo de Ceuta, que se mostraba activo y decidido, contando sólo 450 hombres, no vaciló en atacar en la Juncosa á las fuerzas que mandaban Quico, Baró, el cura de Prades y Cendros, tomándoles sus posiciones, hasta que consumidas las municiones y reforzados los enemigos, retrocedió á proveerse de aquellas donde estaba la reserva, y volvió á hacer frente á los carlistas, que se retiraron con algunas pérdidas, experimentándolas también los liberales. Salamanca ordenó se hiciera público el comportamiento de aquel batallón, tan bien guiado por su jefe el señor Picazo, para el que pidió el empleo de coronel después de alabar su conducta.

No se portó con menos bizarría el batallón de cazadores de Reus, mandado por el señor Lience en las montañas de Albiol. Sabedor Salamanca de que algunas fuerzas carlistas se dirigían á la Selva, ordenó á aquel marchara á este punto, atacando con prudencia, y no empeñando ataque que pudiera ser dudoso, y prudentes estuvieron en no caer en la celada que los enemigos les prepararon, si-

mulando una retirada hasta Puig Senall. Trabóse un pequeño combate hasta que los liberales se retiraron. Salió Reus de esta ciudad á las seis de la mañana, y al llegar á Almoster sus avanzadas, sorprendieron á las enemigas que se retiraron hácia la Selva, en donde creían encontrar al grueso de su gente; la que al tener noticia de la aproximación de la columna, abandonó la población y se dirigió á tomar posiciones á las inaccesibles alturas de Albiol. Los cazadores de Reus se dirigieron á atacar á los carlistas sin reparar en la superioridad numérica del enemigo, ni tener en cuenta para nada las ventajosas posiciones que ocupaba. El fuego fué terrible por espacio de cinco horas; los carlistas, á pesar de su bizarría, iban cediendo las alturas, cuando recibieron el refuerzo de unos 700 hombres, al mando de Miret. Viendo entonces el jefe liberal que los soldados habían agotado hasta el último cartucho, mandó armar bayoneta y emprendió una ordenada retirada hacia la Selva, sin que los carlistas les siguieran.

Había que llevarles más municiones; se prestó á ello el primer batallón de la milicia de Reus, y cuando empezaba la brillante retirada de los cazadores, la columnita que á las once de la mañana salió de esta ciudad, compuesta de unos 100 infantes y 68 caballos del regimiento de Bailén, al mando del teniente coronel señor Montañó, desembocaba en la riera de la Selva. La caballería carlista que bajaba á escape á ocupar sin duda aquel punto para cortar la retirada al batallón, volvió grupas hacia la montaña al divisar á la liberal. Esta misma fuerza de caba-

Hera salió más tarde para Tarragona, con el objeto de conducir municiones para los cazadores de Reus, con unos 100 guardias civiles, llegando á la Selva á las once. Al regreso á Reus el batallón de cazadores y la columnita, fueron recibidos con gran entusiasmo y músicas (1).

Al mismo tiempo se apoderaban los carlistas de Amposta, abandonada por su guarnición, compuesta de 500 hombres bien armados y aprovisionados, con fuertes parapetos y grandes fosos, que aprovechando la oscuridad de la noche fueron á refugiarse á Tortosa, antes que nadie les atacara, abandonando sus dos cañones y las municiones, sin que se les ocurriera clavar aquellos é inutilizar éstas. En la anterior guerra civil dos compañías resistieron á Cabrera con 3.000 hombres.

Aglomerados los carlistas del Centro sobre el Ebro en la provincia de Tarragona, hallóse ésta en grave peligro por el corto número de fuerzas con que contaba su jefe el brigadier Salamanca, y teniendo que acudir á la vez á puntos extremos; así que, mientras el Fijo de Ceuta peleaba en Juncosa contra triplicadas fuerzas, y otra exigua columna libertaba

(1) «Entre los muchos rasgos de heroísmo llevados á cabo anteayer por el batallón cazadores de Reus, cuéntase que al emprender dicho batallón la retirada por haber agotado las municiones, un soldado, al que quedaban unos cuantos cartuchos, viendo que un carlista se había separado del grueso de los suyos, se salió de las filas y sostuvo con él un largo tiroteo. A las repetidas voces que daba al soldado el capitán de la compañía para que se retirase, contestaba aquel: «mi capitán, ó él ó yo.» Este episodio duró un breve rato, hasta que el carlista cayó atravesado de un balazo. El soldado salió con un ligero rasguño de bala en la mano».

á Villafranca, San Fernando se batía en el Ebro, y dejando la capital sin un soldado, se embarcaban los únicos de que se podía disponer para socorrer á Amposta y Tortosa, cercadas por numerosos carlistas: por los mismos días, en tanto que los cazadores de Reus tan bien se portaban, San Fernando ejecutaba una arriesgada operación para volver al Priorato y socorrer á Mora de Ebro, haciendo una marcha de flanco al frente de unos 6.000 enemigos, rompiendo su cerco; Villafranca, Villanueva y Vendrell, quedaban descubiertos por haber dispuesto el general en jefe de la columna del Panadés para una operación urgente en otra provincia; amenazándoles seriamente Pino, Nas-ratat y otros, estaba continuamente amagada Tortosa y descubierto el paso del Ebro.

Pero si se conjuró el peligro por un lado, renació en otro; el grueso de los carlistas se reunió en Prades, amenazó á Cornudella y á Poboleda, intimando la rendición, que evitó San Fernando; mas no había fuerzas que impidieran el continuo pasar y repasar del Ebro, que aumentaba las de los carlistas y tanto poder les daba. Así decía el comandante general de Tarragona que no le era posible salvar el Priorato sin arriesgar San Fernando, abandonar Valls, Reus y la capital, que no tenían un soldado, contando para todo con 1.200 hombres más expuestos que San Fernando, por no quedar otras fuerzas para distraer al enemigo, y haber de forzar inexpugnables posiciones defendidas por 4.000 hombres. La suerte y el haber llamado al grueso de los carlistas hácia la Musara y Arbolí con el resto de las fuerzas apoyadas

en pueblos del llano para su retirada, dejó libre el paso á San Fernando, y salvó á Cornudella y á Poboleda. Si San Fernando hubiera sido batido, se habrían perdido aquellos pueblos; hubieran abandonado las armas los que aún las tenían, y tenido fatales consecuencias la causa liberal en aquella provincia.

TRIUNFOS DE LOS CARLISTAS—DECAIMIENTO DE LOS LIBERALES—DERROTA DE NOUVILAS—PÉRDIDA DE BESALÚ—FUSILAMIENTOS—ABANDONO DE POBLACIONES.

#### IV

Comprendiendo Tristany la escasez de fuerzas enemigas que tenía la provincia de Tarragona, obró activo, marchó el 2 de Marzo á la Selva, detuvo el tren, intimó la rendición á Alcober, cuyos voluntarios se encerraron en el fuerte dispuestos á defenderse hasta el último extremo, les auxiliaron los cazadores de Reus y se retiraron los carlistas á Vilavella. Cayeron en la madrugada del 3 sobre Vendrell, resistieron valientes sus defensores (1), y no llegando tan pronto

(1) «Dueños los carlistas de gran parte de la población, fueron entregadas muchas casas al incendio y al saqueo. El fuego hasta las cuatro de la madrugada se redujo á un tiroteo por intervalos. A las cuatro los carlistas dieron el ataque á la iglesia, habiéndose antes apoderado de la casa del ayuntamiento perforando las contiguas que tienen la entrada por la calle del Mar. En la iglesia se hallaban gran número de mujeres y niños que se habían acogido allí antes de que los carlistas penetrasen en la Plaza Nueva. Los defensores de la iglesia se reducían á unos 50 hombres. Los carlistas colocaron una piza en la boca calle del Mar, que disparaba contra el tambor construido delante de la puerta principal de la

como deseaban el ayuda que esperaban y Salamanca había ordenado que acudiera, capitularon, ocasionando este fácil triunfo de los iglesia. En varios terrados de casas de la población se situaron piquetes de carlistas que hostilizaban la torre de la iglesia. El ataque fué muy vivo contra esta posición. El tambor, á pesar de los desperfectos que le causaba la artillería, era tenazmente defendido. Cuatro veces los carlistas dieron la señal de parlamento, y otras tantas no se les contestó. Ante tal resistencia, arrimaron dos barriles de petróleo en la pared trasera de la iglesia. Las llamas y el humo se introdujeron inmediatamente por una ventana que tenía la pared junto á la cual estaba el altar mayor. El incendio de la iglesia era seguro si el comandante militar no hubiese mandado desenladrillar la iglesia y cerrar aquella ventana. Al propio tiempo los carlistas abrieron un boquete en una de las paredes de la iglesia y pegaron fuego á una puerta de la misma. Sus defensores con las baldosas del templo construyeron una pared frente á la puerta incendiada, y no permitieron que ni un carlista asomara la cabeza por el boquete abierto, por el cual aquellos arrojaban azufre y petardos incendiarios.

El comandante militar sostuvo la defensa hasta que vió que el desaliento se apoderaba de los defensores de la iglesia por no poder resistir aquella situación. Dentro de la iglesia reinaba el abatimiento más grande, que aumentaban las mujeres y niños con sus ruegos y lágrimas. Una comisión de fuera la iglesia trató con Tristany las condiciones de una capitulación. El comandante militar y los pocos defensores que había fueron respetados, saliendo el comandante armado al frente de unos pocos hombres que aún parecían resueltos á defenderse. Desde este momento los carlistas quedaron dueños de todo el Vendrell, pues los defensores que se habían reunido en el edificio llamado de Micalot y en la casa de Pardo, no tenían ya importancia. De los últimos habían quedado únicamente tres y se habían rendido bajo palabra de salvarles la vida; mas fueron cruelmente fusilados al bajar; los otros, que no pasaban de 27, se rindieron también al saber la rendición de los de la iglesia. Los carlistas entonces no hicieron más que comer y partir de la población, verificándolo á las dos y media de la tarde, y llevándose los dos cañones, clavados, de batería, que tenía el Vendrell».

(Correspondencia particular.)

carlistas gran decaimiento en el espíritu de los liberales, reuniéndose los de algunos pueblos para tratar de dejar las armas. Vióse en grande apuro Salamanca; trató de animar el espíritu público comparando los sacrificios que hicieron y el valor que mostraron los pueblos en la anterior guerra civil, con sus pretensiones ahora, pues cada uno pretendía estar guarnecido por un batallón, para lo cual no bastaría todo el ejército liberal, y les decía: «Se quiere esta fuerza para proteger pueblos liberales acobardados, que serían los primeros en rendirse, que deben sus contribuciones y sus quintos..... ¿es que los liberales hoy no son de la misma raza que sus antecesores? Tienen valor para sostener luchas mortíferas é incendiarias con sus mismos hermanos liberales, y no le tienen, ni fe, ni patriotismo para luchar con igual denuedo con los carlistas. ¿Qué fortificaciones ni qué tropas han tenido en las luchas políticas Valls, Reus y otros puntos, para pelear con los mismos liberales sus hermanos en 1840, 1843, 1854 y 1868?»

Si algunos pueblos merecían que esto se dijera de ellos, eran los menos, y aun estos acreditado tenían su liberalismo y su valor; pero se atravesaba un período crítico, se consideraban con derecho á recibir un auxilio que no estaba en la mano de los jefes ni aun del gobierno el proporcionarles, porque no había ejército bastante, y no se prestaban á aumentarle los mismos pueblos: pedían algunos de éstos soldados y no daban sus quintos. Pueblos que se habían distinguido como Villanueva y Geltrú, San Sadurni y Villanueva del Panadés, fueron abriendo sus puer-

tas á los carlistas, y con el Panadés abandonado, Igualada en poder de aquellos, libre el desfiladero de Martorell, y Vich también abandonada, se paseaban impunemente los carlistas por el llano, alarmaban á Barcelona, y algunas brigadas liberales tenían que multiplicarse para proteger á Manresa, Mataró, Gerona, Berga, San Celoni, Granollers, Sabadell, Tarrasa, Reus y otras muchas que se veían constantemente amenazadas.

El general Izquierdo, que ya en 7 de Febrero pretendió publicar un bando terrorífico, impidiéndolo el gobierno; que se había quejado á Tristany del criminal comportamiento de algunas bandas de carlistas, consideró necesario emplear el rigor contra los enemigos que cometieran excesos, creyendo de este modo contener la audacia de los carlistas y sus triunfos, é inútilmente; insistió en que el gobierno le autorizase el uso de tal medio; pero tuvo que limitarse á providencias menos extremas, aunque deplorables, exigidas por terrible necesidad (1).

(1) El capitán general tuvo que publicar lo siguiente:

«Los que siembran el abatimiento de los pueblos; los que de un modo insidioso y menguado abultan los peligros, extienden los temores y fomentan el desconcierto y la alarma promoviendo la emigración de ciudadanos pacíficos, merecen más severo castigo que los que alzados en armas corren en el campo sus peligros y sobrellevan sus azares.

»Resuelto á que mi autoridad alcance á donde haya que reprimir, á donde haya que vencer, á donde haya legítimos intereses que amparar, sirviendo siempre á la noble y santa causa de la libertad, ordeno y mando:

»Art. 1.º Queda terminantemente prohibido que los vecinos de los pueblos, en todo el distrito de mi mando, exceptuando las capitales de provincia, abandonen su



Mendiola y Ciriot obtuvieron algunos pequeños triunfos, que no impedían, sin embargo, atrevidas excursiones y muy fructíferas por las contribuciones que los carlistas cobraban. Tenían además otro objeto las excursiones al campo de Tarragona: habiéndose ordenado á Tristany que distrajera las fuerzas liberales para que no acudieran refuerzos al ejército de Somorrostro, creyó el jefe carlista que eran las de aquella provincia las que más fácilmente pudieran ir en ayuda de sus compañeros, y por esto su ataque á Vendrell, sus amenazas á Cornudella y Montblanch.

En la parte opuesta, cerca de los Pirineos, no se mostraban menos atrevidos los carlistas. Regresó Savalls de su nueva presentación á don Carlos, á desvanecer recientes cargos, y émulo de los triunfos por otros conseguidos, insistió en apoderarse de la co-

domicilio más allá del radio de una hora de los mismos.

Art. 2.º Cuando para asuntos particulares necesitare algún vecino dejar su domicilio, lo expondrá por escrito al alcalde del pueblo, y apreciado por dicha autoridad el caso, lo expondrá al comandante militar de la localidad, si en ella residiere, ó al que más cerca se encontrare. Sin este asentimiento por escrito no podrá el solicitante salir de la población.

Art. 3.º Concedido el permiso á un vecino para trasladar su residencia, ha de dejar precisamente su casa abierta y persona que en ella le represente.

Art. 4.º La falta de cumplimiento en todo ó parte á las disposiciones anteriores, será multada con la de 1.000 pesetas precisamente en papel de reintegro la primera vez, y sujetos los contraventores en lo sucesivo al fallo militar.

Art. 5.º En igual penalidad incurrirá el que directa ó indirectamente conspire en favor del enemigo, fomente el descorazonamiento de los pueblos ó propale de palabra ó por escrito especies ó noticias que á ello contribuyan.

diciada Olot: reunió el 4 de Marzo en Vich las fuerzas de la provincia de Gerona y parte de las de Barcelona, y se encaminó el 8 á atacar á aquella villa, cuyo sitio estaba encomendado al señor Sabater desde Diciembre anterior. Recia la embestida, fué también la resistencia en algunos puntos, peleándose hasta á la bayoneta fuera de los fuertes exteriores, algunos de los cuales pudo ser mejor defendido por la milicia. El batallón cazadores de Manila, no considerándose bastante fuerte para defender solo el extenso recinto de la plaza se encontró y atrincheró en la Iglesia y en el Hospicio. Continuó el combate el 11, y al saber aquella tarde los carlistas que acudía una columna liberal, se retiraron, quedando prisionero Martí y parte de una compañía que estaba en una casa, cuidándose más de tomar café que de batirse.

Nouvilas salió de Gerona en auxilio de Olot, y al saberlo Savalls ordenó á Miret ocupara las posiciones de Castellfullit, en las que mandó Savalls construir grandes parapetos. En ellos esperaron dos días los carlistas, y en la mañana del 14, cansados, con hambre y frío, se disponían á ir á Besalú á atacar á Nouvilas, cuando viendo brillar á la claridad del sol las bayonetas liberales hácia Montagut, mandóse á Galcerán á detenerlos, y lo consiguió entre Torallas y Oix en el punto denominado Sierra de Tou (1) sin presentar los carlistas más que una guerrilla.

(1) Desde entonces se llama esta sierra la del *Tochu*, ó sea del Tonto, por suponer que si no se detiene Nouvilas arrolla á Galcerán, y se pone á retaguardia del resto de

Savalls ordenó á todas sus fuerzas el cambio de frente y dispuso el ataque. Miret, desplegó una parte de las suyas, y mandó tomar unas posiciones frente á las que ocupaban los liberales, debiendo hacerse esta operación ocultamente mientras simulaba una retirada, para que creyéndola aquellos, abandonaran las fuertes y magníficas posiciones que ocupaban, disponiendo entonces que tres compañías del segundo de Barcelona y una del segundo de Gerona, con grande sigilo y las debidas precauciones, las tomaran por retaguardia, como lo consiguieron en el momento en que las abandonaron los de Nouvilas. Desplegó Miret fuertes guerrillas por ambos flancos, rompiendo el fuego; reforzó las guerrillas que fueron avanzando así como el centro reganando las primeras excelentes posiciones de los liberales, á los que cogieron una pieza en una brillante carga á la bayoneta, siendo Miret herido al ordenarla, é hizo avanzar el flanco derecho también á la bayoneta, sostener el fuego el centro y la izquierda, y empleó á poco el arma blanca. Hubo momentos y sitios en los que la resistencia fué valerosa y tenaz, por algún tiempo; se introdujo un inmenso desorden y se apoderaron los carlistas de las tres piezas restantes. Acuden en aquellos momentos siete compañías del tercero de Barcelona y segundo de Gerona á cortar el paso á los que se retiraban por la izquierda, y al llegar al hondo se encontraron con que Savalls había dispuesto lo mismo por aquel

las fuerzas carlistas, que no tenían más remedio que retirarse y abandonar el sitio de Olot.

Al ver Savalls la detención de Nouvilas, dijo á los que le rodeaban: «Esta noche cena conmigo».

lado: se enviaron otras fuerzas á ocupar el flanco derecho para impedir á las liberales tomar el camino de Oix y el de Camprodon, y en tal estrechez las pusieron y en un terreno en el que estorbaba la caballería y bagajes para abrirse paso, que á los dos cañonazos que se les tiraron con su misma artillería, empezaron á rendirse (1).

Componíase la columna liberal de los batallones primero de Cádiz, primero de Navarra, cazadores de Barcelona y de Arapiles, 180 carabineros y otros tantos voluntarios que se incorporaron en el camino, cuatro piezas y unos 170 caballos, pernoctando en dos pueblos. El 14 tomando la derecha de la carretera para Tortella haciendo altos á cada paso en formación de columna, llegó á la derecha de Castellfullit á las dos de la tarde. Rompió el fuego el batallón de vanguardia con las guerrillas carlistas; retiráronse éstas, avanzaron en tanto otras fuerzas carlistas por diferentes puntos sin que se diesen órdenes, diciéndose sólo que nada valía aquello, y únicamente el coronel de Cádiz mandó disparar algunos cañonazos contra unos 1.000 carlistas, que para esquivarlos se colocaron

(1) «Poco pudimos recoger del campamento en la misma noche: primero, por la oscuridad de ella; luego, porque no podía yo en tal estado mandar por hacer ya dos horas que estaba herido. Mandé recoger la artillería y demás pertrechos, ordenando además la conducción de los prisioneros, no sin haber antes dispuesto varias fuerzas á ocupar diferentes puntos, á fin de que tirando algunos tiros de noche, les obligase más fácilmente á reunirse al pueblo todos los dispersos que habían quedado, á cuyo efecto mandé retenes por la parte del pueblo con orden de encender hogueras, y ellos acudieron de dos en dos y varios grupos, reuniéndose más de 200».

Carta de Miret fecha en Olot el 18 de Marzo de 1874.

á retaguardia: siguió la columna adelante dejando las mejores posiciones, y al llegar al punto más peligroso mandó el general que formaran en columna y que se sentaran. «A todo esto, dice uno de los que estaban presentes, viendo que nos iban estrechando por todas partes y que se colocaban en disposición de atacarnos, estando como llevo dicho, tiraron una descarga que la bala que no tocó en la primera compañía aprovechó en la última y en la caballería, cayendo unos heridos y otros muertos. Como era de esperar se armó el gran desórden, escapando unos y rompiendo otros el fuego en medio de aquel laberinto: se mandó tocar alto el fuego para ordenar la tropa; pudimos formar parte, y continuamos defendiéndonos con desesperación hasta que se concluyeron las municiones, dando algunas cargas á última hora, pero ya no había remedio; ni se daban órdenes, ni se veía al jefe, principiando á escapar la tropa cada uno por donde podía: sólo quedamos defendiendo la última posición algunos, hasta que se apoderaron de la artillería, y tuvimos que abandonarlo todo. Lo más triste ha sido que no había ni una senda por donde escapar, solo despeñaderos y barrancos: yo me tiré á despeñarme antes que caer prisionero, y gracias á la noche que se echó encima, pudimos salvarnos, subiendo una montaña que sólo los pájaros pueden andar por ella, cayéndonos á cada paso y llenos de cansancio, hasta el extremo que yo me tiré sin poder tenerme en pie, aunque me fusilasen, y como yo todos: la sed nos abrasaba, y hubiera dado cuanto dinero tenía por un cántaro de agua. Con inauditos esfuerzos pude

seguir con cinco soldados que me acompañaban, llegando á una casa que se hallaba en lo alto de una montaña donde encontramos cuatro oficiales y unos 40 soldados, y fuimos todos en dirección á Francia, donde entramos á las dos del día siguiente, despues de mil trabajos» (1).

El carlista regresó con 2.300 prisioneros, cuatro piezas de artillería y más de 100 caballos. Al reconocer el campo á la madrugada siguiente Anguet y Galcerán, recogieron gran cantidad de armas, municiones, material sanitario y las cajas de los fondos, no pudiendo trasportar en toda la mañana cuanto encontraron, y aún se recogían efectos ocho días despues (2).

(1) En Francia estuvieron hasta el 22, llegando á Barcelona el 23. Entre los hechos heroicos merecen consignarse el de don Eduardo Teprado y Perez, comandante de ejército capitán de artillería, á quien se concedió la cruz de San Fernando de segunda clase con pensión de 1.500 pesetas, trasmisible á su familia; estando ya herido subió arrastrando una cureña derrumbada, cargó por sí las piezas, dirigió los fuegos al enemigo con imperturbable serenidad, y sostuvo con sin igual bizarría, hasta obtener gloriosamente muerte al pie de los cañones, la misión que su honor y deber le imponían; del sargento primero de dicho cuerpo Blas Gomez Lahoz, que no abandonó á su jefe en tan duro trance, y perdió la vida combatiendo y resistiendo heroicamente al enemigo, por lo que obtuvo también cruz y pensión en juicio contradictorio.

En San Felit se reunieron 21 jefes y oficiales y 300 de tropa de los que fueron á Francia.

(1) Savalls dió en este día la orden siguiente:

«Voluntarios: El Dios de los ejércitos ha coronado una vez más vuestros esfuerzos.

Sois la admiración de España y de la Europa entera. Sois invencibles, porque la fe que os anima hace que vuestra bravura supere todos los obstáculos.

Jefes, oficiales y voluntarios todos: Os doy las gra-

El 16 fué Savalls á las Presas, envió parlamentarios á Olot, y no esperando auxilio el batallón de Manila, capituló con los honores de guerra y la condición de ir á Barcelona: salió con sus armas y bagajes, entregando las seis piezas de dotación de la plaza y 500 fusiles de la milicia. Al llegar este batallón á la capital del antiguo Principado catalán (hasta cuyas puertas fué escoltado por cuatro ginetes carlistas), el capitán general señor Izquierdo le saludó con efusión por su digno comportamiento en Olot, y porque sólo capituló cediendo á un enemigo tres veces superior en número. Los prisioneros fueron perfectamente tratados, por el pronto, y así lo hicieron público.

En tres días recogieron los carlistas en la provincia de Gerona diez cañones, cerca de 4.000 fusiles, unos 200 caballos y gran cantidad de dinero.

La brigada carlista de Lérida que al mando de don Francisco de Asís Tristany recorría parte de las Garrigas, pasó la frontera de Aragon con objeto de sacar recursos, y por Fraga, Candamos, Peñalba y Bujaraloz, llegó hasta doce leguas de Zaragoza, sosteniendo sólo un encuentro en las ventas de Fraga.

Dueño Savalls de Olot, celebró un solemne *Te Deum* por los triunfos que acaba de conseguir, hizo derribar las murallas, en-

cias por vuestra bizarría. Dios, la Patria y el Rey premiarán vuestros sacrificios, y pronto, muy pronto, recogeremos el fruto de nuestras fatigas.

¡Adelante con vuestra nob'e conducta! ¡Adelante! Siempre os seguirá victorioso vuestro general, *Savalls*.  
Castellfullit 15 de Marzo de 1874.

comendó el mando de la plaza á don José Ferrer (1), y se dirigió á Besalú, donde hizo lo mismo, y fusilar, previo consejo de guerra verbal, á 28 voluntarios de la república, hechos prisioneros en la anterior derrota de Nouvilas, por haber pertenecido antes á las filas carlistas.

Pernoctó el 21 en Santa Coloma de Farnés, abandonada por los liberales, desde allí mandó á Blanes, también abandonada, algunas fuerzas á las órdenes del comandante don Salvador Soliva para derribar las fortificaciones y recoger dos cañones y otros efectos de guerra que se habían dejado, y al saber en la madrugada del 22 que los que guarnecían algunos de los anteriores puntos habían formado una columna que cobraba las contribuciones en Tordera y pueblos inmediatos, procuró atacarla; sitió á parte de ella en Tordera, y reducida la defensa á la iglesia, capitularon sus defensores, quedando en libertad, y los carlistas con más de 1.000 fusiles, abundantes municiones y una rica bandera. Pernoctó en aquella villa, el 24 en Lloret; por Blanes fué á Llagostera, cuyos voluntarios la abandonaron, guareciéndose en San Feliú de Guixols, y al dirigirse el 26 á esta villa se le presentó una comisión de la misma prometiendo el desarme de los voluntarios y el pago de la contribución que

(1) Deseando calmar las pasiones políticas, publicó un bando el 9 de Abril amenazando con la severidad de las leyes de guerra á los que insultaren de palabra ó de obra á los que profesasen distinta opinión política; al que ultrajare, vejare ó atropellare á su semejante, y juzgando y castigando como ladrón al que penetrase en el domicilio de otro con pretexto de buscar armas ó efectos de guerra.

se señalase, y volvió Savalls á Santa Coloma de Farnés á dar descanso á su gente.

Contento Savalls con tales triunfos, dirigió á los gerundenses y á los catalanes todos una entusiasta alocución, en la que después de llenar de improperios á los liberales, estimulaba á aquellos á que salieran de la apatía en que estaban, y despertaran «para que de una vez acabemos con tanto despotismo y latrocinio, con tanta farsa y con tanta impiedad... Guerra á esos infames fraticidas.... hasta arrojarlos de nuestro pátrio suelo. Guerra... para alcanzar muy pronto una paz octaviana que coronará nuestros sacrificios», y victoreaba á la religión, á la patria, á los fueros catalanes y á don Carlos, diciendo por nota que quedaban establecidos los banderines de recluta en Olot, Santa Pau, Amer, Prats de Llusanés, Vich, Igualada y Fontruvi.

DESALIENTO.—REHENES.—ARBITRARIEDADES

DISIDENCIAS CARLISTAS

## V

La derrota de Nouvilas introdujo verdadero pánico en los pueblos liberales de Cataluña; dejaron las armas muchos voluntarios, abandonando la defensa de sus hogares, manifestando que temiendo el incendio de sus propiedades y otros daños con que les amenazaban los carlistas, y peligrando su vida, preferían la seguridad de sus personas y bienes obtenida en las poblaciones que no defendían y pagaban la contribución á los carlistas: otros liberales como los de Valls levantaron acta diciendo, que si guarnecía la villa un batallón le ayudarían á la de-

fensa, y si no, abrirían las puertas á los carlistas cuando se presentasen. Y como si no bastaran los apuros en que se hallaban las autoridades liberales, vino á aumentarlos la circular en que el centro internacionalista ordenaba á sus correligionarios se pusieran en armas y auxiliaran á los carlistas, *pues había llegado la hora.*

No dió esta desesperada determinación el resultado que sus autores se proponían, ni todos los voluntarios liberales abandonaron las armas, habiendo pueblos, como los del juzgado de Falcet, que se mostraron más animosos cuanto mayor era el peligro; levantaron acta de su resolución de combatir sin tregua á los enemigos, sacrificando hasta la vida, y pidieran armas, que cuidó solicito Salamanca de irselas enviando.

Se fortificó á San Feliú de Guixols para sostener la comunicación marítima con Barcelona; se pensó seriamente en establecer rondas; se organizó desde luego una pequeña brigada de unos 1.500 hombres para proteger los puntos fortificados, y algo se reanimó en algunos puntos el espíritu público.

Envalentonados los carlistas, opusieron á la circular del general Izquierdo mandando establecer las rondas volantes en los partidos judiciales, otra circular declarando enemigos de España á todos los que formarían parte de aquellas rondas, sujetándoles á un consejo de guerra (1). El intendente don Francisco Solá también se permitió desde San Boy de Llusanés el 19 de Marzo publicar un

(1) En Solsona á 13 de Marzo 1874, firmando como general en jefe interino del ejército de Cataluña don Rafael Tristany.

bando amenazando con juzgar como autores de hurto ó robo á los recaudadores de las contribuciones del gobierno, considerando como enemigos á los contribuyentes que pagasen; tomáronse disposiciones sobre distintos ramos (1), y hasta se eximió á la compañía Canal de Urgel de toda contribución ó tributo, aunque fuese con el carácter de guerra. Miret, para dotar al ejército carlista de Cataluña de oficiales ilustrados y entendidos, estableció un colegio militar de alumnos pensionados y pensionistas; Tristany dejó sin efecto los nombramientos de profesores de instrucción primaria hechos por el gobierno, y restableció en sus puestos á los que los dejaron por haberse negado á jurar la Constitución de 1869; y como se hallaban los carlistas en pacífica posesión de una gran parte del territorio que ocupaban, obraban en él como poder constituido.

Los rehenes de que se apoderaron los carlistas en Montblanch, en Rocafort de Queralt, en Poboleda, y especialmente la prisión del diputado provincial señor Vidal (2), además de la de las alcaldes de Vendrell y Vilalba, á los que hicieron pagar grandes sumas, obligaron á Salamanca á prender á varios carlistas en Mora la Nueva y Ascó, cuya libertad reclamó Vallés amenazando con terribles represalias, y contestó el jefe liberal

(1) En el mismo día 19, desde Prats de Llusanés, don Mariano Buxadé, jefe superior del distrito militar carlista de Berga, prohibió hasta el cazar el 1.º de Agosto. Lo mismo dispuso don José Casanova y otros que mandaban diferentes distritos.

(2) Cuyo fusilamiento y el de su criado José Garrit fué un acto de venganza, que no honraba ni mostraba los cristianos sentimientos de sus autores.

que por cada liberal pacífico que prendiera su enemigo, prendería él diez, haciendo la guerra ojo por ojo, y diente por diente; «y diré á V. con claridad que es muy cómodo el sistema de Vds. de aparecer muy caballerosos los jefes principales de las facciones, como usted, Tristany y otros, y tener á sus órdenes gavillas como las del cura de Flix, la del de Prades, Mora y otros, que se encarguen de sembrar el terror con los rehenes, incendios, fusilamientos y asesinatos que Vds. dicen que no aprueban, pero que no les impide utilizarse de su efecto y reunirse á las facciones que tal hacen todos los días y á todas horas.

.....  
Coteje V. mi ataque, por ejemplo, de Gaudesa con el de Vds. de Vendrell: yo á nadie molesté, ni siquiera se entró en una casa; no se ofendió á un defensor. Ustedes en Vendrell asesinaron 18, incendiaron, robaron. En Valls lo mismo, é igual en todos los pueblos que no les abren las puertas. Si mi conducta es inhumana y la de Vds. humana, como dicen, declaro que no lo entiendo. Hagan Vds. la guerra como en el Norte; sólo de armas contra armas; persigan Vds. á las gavillas de facinerosos con boina como allí se persiguió al cura Santa Cruz hasta expulsarlo, hagan Vds. lo mismo con los que aquí secuestran, fusilan y toman rehenes por dinero, con los extranjeros merodeadores que vienen á arreglar nuestra patria cuando no sirven para la suya, y en ese camino no tendrá queja de mí».

Y añadía en P. D.: «Créame V.; en la lucha de rehenes pierde V., porque como no ha tenido la tolerancia que nosotros, no

están entre Vds. los liberales, ni fuera de pueblos fortificados, como está la gente de ustedes, y por ello le aseguro que en lo sucesivo por cada peaton pobre infeliz que ustedes me fusilen les he de fusilar yo diez pájaros gordos, que yo sé dónde los he de buscar, sin equivocarme como Vds. se han equivocado en los tres que me han fusilado en Masroig, Aleixar y La Selva, y se lo probará á V. el acierto con que cacé los rehenes: además, esto hará que despierten los que hoy duermen y que para nada me sirven, mientras á Vds. todos le sirven y están bien despiertos.»

Prohibieron los carlistas la circulación de trenes, que se contribuyese directa ó indirectamente á la fortificación de los pueblos liberales, multando á la población con 2.000 reales por cada 20 que se entregaran para ello, y con la pena de muerte á los paisanos que forzada ó voluntariamente trabajasen en las obras (1); y tambien los liberales llegaron á impedir en algunos puntos la explotación del ferro-carril, habiendo línea, como la de Tarragona á Reus, que pagaba á los carlistas unos 300 duros mensuales, aún cuando Moore limitó el servicio de viajeros y mercancías á un tren diario.

Salamanca escribió á Moore, que declaraba fuera de la ley como foragidos, sin opción á los honores de la guerra, á todos los individuos de su partida; que mandaba á trabajar á Vilarodona á los paisanos de otros pueblos inmediatos, y desde el día siguiente 28 circularía el tren desde Tarragona á Reus,

(1) Está fecundado este bando en Junosa de Montmell en 21 de Marzo de 1874 y le firma José Moore.

llevando periódicos y correspondencia oficial y particular; que por cada liberal que fusilase fusilaría diez carlistas, que al efecto tenía detenidos, además 132 de valer en el presidio; y de los daños causados á los pueblos, incluso los 5.000 duros cobrados por el rescate del alcalde de Vendrell, los cobraría de una contribución extraordinaria á los carlistas.

A pesar de la bonanza en que estos se hallaban, Miret escribía que faltaba autoridad y dirección en los asuntos de Cataluña, que él y Galcerán habían convenido pasar uno al lado de Tristany y otro al de Savalls para impulsarlos y hacer que marcharan acordes; pero se presentaron para esto graves inconvenientes; no siendo el menor el que aún no estuviesen arregladas por completo las cuestiones entre don Alfonso y Savalls, en las que mediaba Mr. Caseneuve.

Al ser nombrado don Rafael Tristany comandante general de Cataluña, se suprimieron las comandancias primera y segunda de Barcelona, Gerona, Lérida y Tarragona, cuyos mandos no servían más que para dificultar la buena y completa organización del ejército, y el establecimiento de la intendencia militar, considerada indispensable para sostener los grandes gastos de la guerra, y se sustituyeron con cuatro jefes á las órdenes de Tristany, mandando cada uno una brigada, dirigiendo Anguet la de Gerona, Miret la de Barcelona, la de Lérida don Francisco Asís Tristany, y la de Tarragona Moore. Savalls quedó sin mando, y debía presentarse á don Alfonso ó á Tristany para que se le diese colocación, y al regresar á Cataluña

supuso avenencias que no existían, se llevó consigo las fuerzas de Barcelona y produjo nuevas excisiones. Al corriente de todas don Alfonso, deseaba regresar á Cataluña para «arreglar allí con energía varias cosas, quitando algunas personas muy malas y organizar el ejército y pasar pronto el Ebro para encargarse de su destino (1).» Y decía en otra carta que la provincia que más organización necesitaba era la de Gerona, en la que no se quería reconocer autoridad alguna, y era exacto: hasta el intendente se quejaba de lo mismo. y se mostraba que los recursos de esta rica provincia, «sólo servían para engordar á ciertos jefes, y entre tanto la Real Hacienda se halla sin un cuarto y sin saber cómo pagar los voluntarios.» Deseando don Alfonso uniformar su ejército, reunió algunos fondos de sus parientes y de los de su mujer, y mandó hacer los uniformes, que regaló los á catalanes.

DIMISIÓN DEL GENERAL IZQUIERDO  
TORREDEMBARRA — ALFORJA — BANDOS — BORJAS  
DEL CAMPO

## VI

Poco satisfactorio era para la causa liberal el estado de la guerra en Cataluña. Casi abandonada la provincia de Gerona, las fuerzas del ejército tenían que evitar el encuentro con el enemigo, y las brigadas Medeviela y Cirlot, después de intentar el socorro de Olot, se retiraron precipitadamente de Vich á Granollers, limitándose á proteger

(1) Carta autógrafa de don Alfonso del 27 de Marzo de 1874.

las plazas del llano y Manresa, no atreviéndose á ir á Berga, que ya peligraba. Así que, por carecer de tropas para combatir á los carlistas en el campo, y de autorización para hacer una campaña vigorosa en las poblaciones contra las juntas y agentes carlistas, reiteró el general Izquierdo su dimisión (1) y le reemplazó don Francisco Serrano y Bedoya, que se encargó del mando el 3 de Abril, dirigiendo á sus subordinados una alocución, en la que decía que había aceptado el destino comprendiendo todo lo difícil de su cometido; reclamaba el auxilio de todos, sin distinción de partidos, y que si el sistema de benevolencia fuese ineficaz para hacer la guerra, la haría sin consideración alguna: dió nueva organización á las fuerzas, operando en la provincia de Barcelona las brigadas Estéban, Cirlot y Saez de Tejada; en la de Gerona la de Cañás; en la de Lérida la de Arrando, continuando Salamanca en la de Tarragona, y restableció las fortificaciones del llano, empezando las de Villanueva y Villafranca.

Los carlistas restablecieron el cuerpo de

(1) Que se despidió el 2 de Abril de los catalanes diciéndoles que llevó la idea «de combatir rudamente y sin miedosas contemplaciones á los enemigos encubiertos ó declarados de la libertad; esperando con la aplicación de este sistema, aun sin aumento de fuerzas ni elementos, haber conseguido mucho; que solo había sido liberal, hombre de orden y de respeto á la ley, llevándose la seguridad de conciencia de nada haber emitido para la paz el orden y prosperidad de aquellas hermosas provincias.»

También publicó esta carta: Capitan general Cataluña, porque la libertad pelagra, plegué mi bandera política y fui solo liberal. General de cuartel vuelvo á mi campo y como republicano de orden saluda y se despidió de sus amigos de Cataluña, R. Izquierdo.



somatenes, reglamentándoles y ordenando su inmediata organización á los jefes de distrito, para que cuando conviniese hacer uso de ellos pudieran ponerse inmediatamente sobre las armas.

Salamanca llevó en tanto, arrostrando grandes peligros, un convoy á Tortosa (1); quejóse de la frecuencia con que se repetían las presas en el puerto de San Carlos de faluchos cargados de tabaco, cuando podían conducirse en vapores; protegió el deseo de los señores Fores y Uldemolins de Valls, de organizar una compañía de movilizados en el llano de aquel punto, y resuelto á obrar con energía contra algunas autoridades y particulares, publicó un bando el 19 de Abril prohibiendo la circulación de sellos que los carlistas ponían en las cartas; que se les pagase contribución no mediando fuerza mayor, imponiendo fuertes penas á los contraventores y estimulando la denuncia, y mandó formar expediente en cada pueblo, en el que constaran los individuos de él que se hallaban con los carlistas.

Estos, guiados por el cura de Prades, atacaron á Alforja, rechazándoles su pequeña guarnición de movilizados; Mora y Baró sitiaron á Torredembarra agujereando las casas y acometiendo al fuerte con carros cubiertos de colchones, conduciendo además petróleo y dinamita. Llegaron los sitiadores

(1) Por lo que aquel viaje, que produjo la salvación de Tortosa, pudiera perjudicar el ferro carril de Valencia á Tarragona, afanóse tanto el señor Campo, que si pudo estar satisfecho de su proceder y de las comunicaciones que dirigió al brigadier Salamanca, éste supo demostrarle lo preferibles que eran los intereses de la patria á los de una empresa particular.

al ala derecha del edificio, abrieron con dinamita un boquete de dos metros de diámetro, heroicamente defendido por los sitiados, y no pudiendo penetrar por él, incendiaron el depósito de pipas que había en los sótanos del fuerte, pertenecientes á la asociación de cuberos, los que lejos de arredrarse, siendo solo unos pocos francos, mandados por el señor Longoria, rompieron la escalera para constituir su defensa en el primer piso, imposible de hacerla en la planta baja por el incendio de las pipas. Desesperanzados los carlistas por tan heroica resistencia, y suponiendo ó sabiendo que acudía Salamanca en auxilio de aquellos valientes, se retiraron á la madrugada con algunas pérdidas sufridas en aquel bregar de seis horas. Los voluntarios de Catllar, Perafort y Altafulla acudieron también en socorro de sus compañeros.

Pocos días después los curas de Prades y de Frix atacaron al pueblo fabril de La Riva y cortaron la acequia de las aguas para las fábricas, rechazándoles el destacamento de movilizados y la milicia.

El fijo de Ceuta, que salió á media noche á sorprender en Pont de Armentera á Mora, no lo consiguió por retrasarse algunos minutos el avisar á la fuerza que había de coger á las avanzadas cuando fuera á dar aviso, y se contentó con seguirle de cerca.

En connivencia con algunos vecinos de Alforja, de cuyo pueblo había 52 en las filas carlistas, entraban en él con frecuencia disfrazados; y observando que la guarnición del fuerte acostumbraba todos los días á las dos de la tarde ir unos á comer y otros al café, dejando sólo á cuatro ó seis hombres, pene-

traron de noche en esta población de más de 2.000 habitantes unos 100 carlistas de las partidas de Moore y curas de Flix y Prades, cuya entrada facilitaron aquellos, sorprendieron á la guarnición compuesta de cazadores de Reus y voluntarios, matando á algunos y haciendo prisioneros á los restantes; fusilaron en seguida, sin los auxilios de la religión, que pedían, á todos los voluntarios prisioneros (1), y al aproximarse Salamanca se dirigieron á la montaña.

Indignado el jefe liberal por la conducta del pueblo y los fusilamientos efectuados sin causa ni motivo, y faltando á la palabra de honor empeñada por Moore, impuso al vecindario, como contribución extraordinaria de guerra, el importe de la de un año

(1) «Habiendo visto salir del fuerte todos los defensores, y que quedaban solo seis, hicieron una descarga al centinela, de la que cayó muerto, y se arrojaron sobre el fuerte; pero los cinco hombres que quedaban cerraron la puerta y los rechazaron con pérdida de dos muertos; los demás individuos que había en la población fueron cogiéndolos al ir al fuerte, excepto al teniente de francos que con seis ú ocho más se abrió paso y llegó al fuerte; pero encontrando la puerta cerrada fué muerto allí y herido el sargento de Reus y un soldado.

»Entonces los carlistas llevaron á todos los que habían capturado, entre ellos el jefe de los móviles, alcalde y secretario frente al fuerte para ponerlos en primera línea, y empeñádoles palabra de honor de perdonar la vida á todos, dijo se rindieran á los tres defensores del fuerte que estaban ilesos, y que si no fusilaría á sus compañeros, entregándose entonces.

»Apenas tomado el fuerte, que fué á la media hora de la sorpresa, dispuso el cabecilla Moore que se fusilasen todos los prisioneros excepto los soldados, y lo hizo con ocho móviles, 18 francos del sexto, el alcalde y el secretario, escapándose los demás por conocer bien el terreno».

Comunicación del brigadier Salamanca al capitán general.

por todos conceptos, en beneficio de las familias de los que habían muerto en la defensa ó sido fusilados, pagando el cuádruplo los que tuviesen hijos ó padres en las filas carlistas; y el capitán general, no menos irritado, ordenó el fusilamiento de todo carlista natural de Alforja que fuese aprehendido, la expulsión del pueblo y el secuestro de las casas de los que tuviesen hijos, padres ó hermanos con los carlistas, y de los que se probase hubiesen contribuido á facilitar á éstos la entrada.

Hallándose Moore en las Borjas del Campo, supo que se acercaban fuerzas liberales con desesperada resolución por lo que había indignado el proceder de los invasores de Alforja; tomó el carlista posiciones en las sierras de la Bruguera, entre las Borjas y Vilaplana; sostuvo allí el empuje de los enemigos, y la oportuna llegada de Salamanca con refuerzos de tropa, voluntarios y movilizados, obligó á los carlistas á retirarse, experimentando unos y otros combatientes sensibles pérdidas en las cuatro horas que duró el combate.

En el resto de Cataluña obraban con actividad algunas columnas liberales; impidió Cirlot que Tristany sorprendiera á Martorell; se vió libre de carlistas la comarca del Vallés, aunque había que asegurarla con la fortificación de algunos puntos, y como esto no se hacía tan fácil y prontamente, ni podían acudir las columnas á todas partes á la vez, bloqueaban los carlistas distritos enteros, causando considerables daños: nada se veía libre de la saña con que se combatía, y especialmente los que guiaban pequeñas par-

tidas que estimaban sus méritos en relación á sus atropellos y fusilamientos.

REGRESA DON ALFONSO Á CATALUÑA

ACCIÓN DEL GRAU LLUSANÉS

## VII

Habíase dispuesto por don Carlos que Savalls pasara inmediatamente á Perpiñan á recibir órdenes de don Alfonso, nombrado general en jefe del ejército del centro y Cataluña, para que se sometiera á la corrección que tuviera á bien imponerle, «á pesar de la reprensión severa y el arresto sufrido en el cuartel real de Sodupe por el general Savalls, en razón de los hechos punibles y faltas graves cometidas durante su mando»: no mostrándose muy dispuesto á obedecer, porque él y los que le apoyaban suponían se le quería hacer prender por la policía francesa, se desvanecieron tan injustas sospechas (1) y acudió Savalls.

Don Alfonso en Perpiñan lo encontró todo en un estado deplorable, pues los más valientes se habían acobardado ante las amenazas de Savalls y los suyos, que vociferaban asesinatos y venganzas; resistiendo á los consejos de todos habló á Savalls y á la comisión de propietarios, como lo exigía su dignidad, mostrando que nada temía; estuvo Savalls humilde y oportuno, y le mandó que hasta el 10 de Mayo quedase en Francia y separase de su lado al doctor Vendrell (2).

(1) A lo que contribuyeron los buenos oficios de don José María Galy.

(2) Freixá, Lafuente, Casaneuve y algunas señoras se esforzaron para que al siguiente día cesase el castigo,

Todo apareció apaciguado por el pronto; pero al siguiente día renacieron nuevos temores, presentando muy expuesta la entrada de don Alfonso en España, especialmente si pretendía efectuarla sin Savalls; mostróse decidido y resuelto el hermano de don Carlos á entrar solo si sus acompañantes temían; dirigió una fuerte orden á Savalls (1), y penetró con su esposa y acompañamiento el 29 de Abril por el lado de Oseja con buena suer-

pero no quiso don Alfonso faltar á su propósito de entrar en España sin Savalls.

(1) La siguiente: «Habiendo llegado á mi noticia las bajas é indignas intenciones de ciertos individuos de tu división con respecto á mi persona y á cualquiera que me acompañe, llegando hasta á decir que yo y los demás que vayan conmigo dejaríamos la piel si quisiésemos pisar el suelo catalán antes de tu vuelta á Cataluña, me veo en la precisión de pasarte la presente comunicación ..

«Nada me detuvo jamás, y nada me detendrá delante de mi deber; por lo tanto, después de haber tenido la entrevista contigo en esta ciudad, y cumpliendo las órdenes de S. M. estoy resuelto á entrar en Cataluña ahora mismo.

»Se cuanto se me quiere hacer, y nada me asusta.

»Si después de estar yo en Cataluña veo que todos se conducen como deben, y no se me hace la menor imposición, te prometo que á los pocos días te enviaré el nombramiento de jefe de división y te llamaré á Cataluña, como te lo había ya prometido.

»Si al contrario, veo que se me quiere amenazar contra todo principio de autoridad, en ese caso te prometo, en lugar de asustarme, sostendré mi autoridad y me comportaré de otro modo menos agradable para ti.

»Entro en Cataluña, pues se que Dios está conmigo, y que cumplo mi deber; pero te prevengo que toda responsabilidad de lo que me pueda suceder, ó á los que me acompañan lo hago recaer exclusivamente sobre ti.

»Que Dios te guarde muchos años.—Perpiñan 24 de Abril de 1874.—El infante general en jefe, *Alfonso de Borbon y Austria*.—Excmo. señor general don Francisco Savalls».

te, pues la tuvieron en no caer en manos del comandante militar de Puigcerdá, señor Morera, que bien informado del sitio por donde habían de pasar en la frontera preparó una emboscada, que afortunadamente para los que en ella iban á caer no obtuvo resultado. Saludó don Alfonso á catalanes y valencianos manifestándoles su sentimiento por haber estado seis meses alejado de aquel país, por exigirlo el deber y la conciencia «hasta que quedase completamente restablecido el principio de autoridad, hollado por algunos, á quienes S. M. el Rey impusiera el condigno castigo;» mostró á los catalanes su satisfacción por su conducta y sus hechos; agradeció á los valencianos que correspondieran á su llamamiento contando con un numeroso ejército; esperaba le tormasen también los aragoneses, considerando un honor el mandarles; recomendaba á todos la unión, la disciplina y la obediencia, con cuyas cualidades y su proverbial valor rivalizarían con sus hermanos del Norte para dar la paz, que todos deseaban y esperaban con la ayuda de Dios y la protección de la Virgen, y terminaba victoreando á la Religión, á España y á Carlos VII.

Recibido don Alfonso con grandes muestras de regocijo, revistó el 3 en Vich las fuerzas, y se propuso terminaran los abusos y atropellos que particularmente se cometían y tanto perjudicaban á la misma causa carlista, deseando se hiciera la guerra noblemente, y sobre todo que terminaran las rencillas entre los mismos correligionarios, que llevados unos de un excesivo é inconsciente provincialismo, y poco conciliadores

otros, producían dificultades y conflictos.

El alarde de fuerzas que hicieron los carlistas á la entrada de don Alfonso, y la situación de Berga, que iba siendo apurada y podía serlo más, exigió se la atendiera, y las brigadas Estéban y Cirlot lo ejecutaron, venciendo las dificultades consiguientes por la situación de aquella plaza en el corazón de la montaña, con caminos difíciles y ocupados por los enemigos. Seguía al frente de ella don Antonio Figueras, y ocho meses hacía que no había ni ninguna fuerza liberal, teniendo la plaza período de 97 días sin correspondencia oficial ni particular. Asediada constantemente por los carlistas, consistían sus nuevas obras de fortificación en haberse tapiado las puertas de las casas que daban al campo, levantándose en algunas partes paredes que necesitaban frecuentes recomposiciones. Los dos cañones con que para la defensa se contaba, únicamente se podían mover en el llamado castillo, que mal levantado sobre sus ruinas, estaba dominado como el pueblo por las montañas de Queral y la Petita, siempre ocupadas por los carlistas, que causaban bajas en la fortaleza y en las calles, é intentaban asaltos; así que la verdadera fortificación de Berga la constituían entonces los soldados de los regimientos de Extremadura y Cadiz, que batiéndose diariamente experimentaban grandes privaciones careciendo hasta de mantas en un país frío, y en invierno. Y para proporcionarse leña para guisar ó carne para el hospital, lo hacían á costa de su sangre, que en la acción que reñían con los bloqueadores experimentaban siempre dolorosas pérdidas.

El 4 de Mayo pernoctó en la Gironella la brigada Esteban con el convoy, salvando los obstáculos que los carlistas opusieron, y el 5 siguió á Berga en combinación con Cirlot, que estaba en Caserras. Media hora antes de llegar á la villa se dejó la carretera para ir flanqueando hasta el campo santo, y continuar al abrigo del fuego que los carlistas hacían desde San Pedro Mártir, llegando la columna Cirlot á las Horcas cuando se desalojaba al enemigo de la sierra de la Petita é inmediaciones, cuyos parapetos se demolicieron, acampando la tropa, que sufrió una gran nevada, regresando despues á sus verdaderos puntos de partida.

Verificado el relevo de la guarnición de Berga, y llevando la brigada Esteban un convoy de carros con las mujeres, niños y utensilios de los oficiales relevados, acordó aquel brigadier con el de la misma clase señor Cirlot, al saber que los carlistas se reconcentraban hácia Santa Coloma de Queralt é Igualada, dirigirse á Manresa y Suria para marchar por Calaf en busca del enemigo; pero supo Esteban en la madrugada del 6 que había en Prats de Llusanés unos 1 500 carlistas; avisó á Cirlot (1) que con las fuerzas de su mando que estaban en Caserras y Aviá fueran á Prats, y Esteban marchó al mismo punto, sabiendo á poco que los carlistas le esperaban en la sierra del Grau de Prats.

Estaba en Prats de Llusanés don Alfonso

(1) Envió dos partes; uno para que cayera en poder de los carlistas, como sucedió, diciéndole que acudiera á encargarse del convoy para llevarlo á Barcelona, y el otro indicándole el movimiento que efectuó.

con seis batallones y los escuadrones de Barcelona y Gerona, y considerando insuficientes estas fuerzas, ordenó que el 1.º y 2.º de Gerona, desde San Feliú saserra, se dirigiesen á la sierra de Marlés, formando el 2.º con el 5.º de Barcelona el ala izquierda de la línea, y se mezclase el 1.º con las fuerzas que constituían el centro y derecha, emboscando la caballería para preservarla del fuego de la artillería liberal y cortar la retirada si éste se dirigía á Alpens, en lo cual no pensó seguramente.

Continuó el movimiento de avance de los liberales, se pasó sin dificultad la sierra de Marlés por la palanca de Viralta, en lo que se tardó más de hora y media por la estrechez del paso, y se hizo alto en un pequeño sembrado entre la ría y el monte, teniendo á su frente el terreno que había de ser teatro de mortífero bregar, limitado por la sierra del Grau, posición dominante sobre la que se halla Prats de Llusanés, con estribos muy marcados que cercan la derecha é izquierda, con todas las subidas de la sierra de difícil acceso, dominadas por los carlistas, y el liberal á su retaguardia la sierra de Marlés, que aunque de poca importancia por su caudal de aguas, era de difícil paso por su mucha pendiente y lo accidentado del terreno que la limita.

A la vista unos y otros combatientes, interrumpió los tristes diálogos de amistosas despedidas y mútuos encargos para ultratumba el toque de formación; arengóles brevemente Esteban, añadiendo las terribles palabras de que no se daba cuartel, y convenido con Cirlot el ataque, empezó pene-

trando el batallón de Béjar en un bosque, recibíendole los carlistas con un fuego mortífero; fueron entrando en fuego las demás fuerzas, efectuando las que guiaba Cirlot un gran rodeo; cayeron sobre el enemigo obligándole á concentrarse más sobre su derecha, esforzándose en sostener sus posiciones y rechazar la izquierda liberal para envolverla y apoderarse de la artillería; sostúvose una lucha encarnizada, peleándose en algunos puntos cuerpo á cuerpo y hasta con los dientes; hubo horrores, y hasta se fusilaba á los que se iban á presentar, considerándolos enemigos en acción. Prolongábase aquel sangriento bregar con mútuos avances y retrocesos en un terreno de pocos kilómetros; un batallón liberal se vió en un momento prisionero y libre, accidente comun en los combates, y lo mismo sucedió al 2.º de Gerona que estuvo á punto de ser copado por los liberales y le salvó una carga á la bayoneta ordenada por Vila de Viladrau; y al cabo de cinco horas y media, más por cansancio y falta de municiones que por vencimiento de uno ú otro contendiente, cesó el fuego, se formó en columnas en el mismo campo de batalla, sembrado de cadáveres y heridos, y á no larga distancia ambos combatientes, dirigiéndose los carlistas á Alpens, donde pernoctaren, y los liberales á Prats, con un inmenso convoy de heridos, quedando aún bastantes entre los muertos, que se fueron recogiendo al día siguiente por la tarde, habiendo perecido muchos por falta del debido auxilio, y lo deplorable del tiempo.

Cerca de 2.000 españoles derramaron su

sangre (1). Liberales y carlistas se atribuyeron la victoria, pudiendo concederse á los primeros que ocuparon el campo del combate y pasaron á Prats. Aquello no fué acción sino una carnicería en la que el estímulo de matar era mútuo, necesitándose más valor para perdonar ó salvar una vida que para inmolarla. Solo se hicieron 10 prisioneros, tres de ellos heridos gravemente. Volvieron á las filas liberales más de un centenar de los prisioneros de Nouvilas que hallaron ocasión de fugarse. Fué aquella la primera acción que reñían en Cataluña tan respetables fuerzas, llegando á 12.000 hombres ambos combatientes.

El día 9 salieron las columnas liberales hácia Vich con un gran convoy de heridos, dejando en Prats los más graves con los heridos carlistas que se habían recogido respetando su vida, llegando á las siete de la tarde á aquella villa (2).

(1) En Prats faltó local para tantos heridos, aun llenada la iglesia por no querer ocupar un hermoso hospital de sangre en las afueras del pueblo donde había estado la imprenta del *Estandarte Católico*.

Justo es consignar que el vecindario de Prats, esencialmente carlista, se mostró hospitalario y generoso, poniendo cada vecino á la puerta de su casa aguardiente y agua al paso de las tropas, llevando media azumbre de caldo de gallina cada veinticuatro horas para los heridos y suministrando colchones y cuanto se necesitaba, en abundancia.

(2) «En todo el camino no se dió á los heridos caldo, agua ni nada: ni aun se dió tiempo á los que iban en camillas para verter aguas. ¡Qué lástima ver aquellos infelices un día entero sufriendo el incómodo movimiento de las camillas! Tan mal ordenado estaba su servicio, que á la mayor parte no se les relevaba; así que lo mismo soldados que paisanos se rendían, y algunos abandonaban las camillas. Para que no quedase en un monte la

## EL EJÉRCITO Y EL CARLISMO EN CATALUÑA

## VIII

Autorizado Savalls por don Alfonso para volver á Cataluña, le dió el mando de la primera división del ejército que, según su organización (1), contaba 21 batallones que

en que iba un oficial, tuve que cargar con cuatro carabinas y llevarlas más de hora y media, hasta que acelerando un poco el paso encontramos relevo para aquellos pobres muchachos, que ya no podían más. En este intermedio me encontré con el capellán de Tarifa don Miguel Guerri, que solo con un soldado llevaba otro oficial en una camilla.

»Aquel calvario concluyó con la llegada á Vich: allí en su magnífico hospital servido por monjas de la caridad; diré mejor, ángeles de la tierra, quedaron colocados los heridos hasta que se los trasladó á Barcelona por Moyá».

Estos apuntes los debemos al dignísimo capellán castrense don Lorenzo Mancebo.

(1) Era la siguiente. «Comandancia general del Principado de Cataluña.

Comandante general: Excmo. señor teniente general don Rafael Tristany.

Jefe de E. M. El coronel don Jacinto Vives.

Segundo jefe de id. El teniente coronel don Santiago Fernandez.

Fuerza afecta al cuartel general. El batallón de guías de Cataluña.

Primera división. (Barcelona y Gerona).

Jefe de la división. El mariscal de campo don Francisco Savalls.

Primera brigada (Barcelona).

Jefe de la brigada. El brigadier don Martín Miret (Batallones siete).

Segunda brigada. (Gerona).

Jefe de la brigada. El brigadier don Francisco Anguet. (Batallones cuatro).

Segunda división. (Lérida y Tarragona).

Jefe de la división interino. El brigadier don Francisco Tristany.

Jefe interino de E. M. El coronel don Mariano Orteu.

apenas sumarían 8.000 hombres, pues excepto los de Gerona, ninguno llegaba á 400 plazas. Los escuadrones con la caballería cogida á los liberales, eran excelentes; y con cañones, también de la misma procedencia, organizaron dos baterías de montaña que marchaba con la infantería: las piezas de batalla y sitio tomadas en algunos pueblos estaban ocultas. El total de las fuerzas se elevaba á cerca de 11.400 hombres, 400 caballos y 20 piezas. El armamento de la infantería no era bueno, por falta de uniformidad, habien-

Tercera brigada (Lérida).

Jefe interino de la brigada. El coronel don Ramón Tristany.

Idem id. de E. M. El coronel don Manuel Camats. (Batallones cinco).

Cuarta brigada. (Tarragona).

Jefe interino de la brigada. El coronel don José Moore.

Idem id. de E. M. El comandante don Manuel de la Jara. (Batallones cinco).

Caballería.

Jefe principal. El brigadier don Manuel Vilagelin. (Escuadrones cinco, uno por cada brigada, y el otro que alternando todos, formará parte de la división de operaciones afecta á mi cuartel general).

Ingenieros.

Jefe principal interino, encargado de la organización del cuerpo. El teniente coronel de infantería don Luis de Mas.

Artillería.

Jefe principal interino de la misma afecta á la división de operaciones de mi cuartel general. El coronel don Francisco Segarra.

Sanidad militar.

Jefe principal del cuerpo interinamente. El subinspector médico don Juan Adzerol.

Cuartel general del centro y Cataluña en Prats de Llusanés á 10 de Mayo de 1874.—El infante general en jefe, *Alfonso de Borbon y Austria*.

Unos 500 hombres que constituían las cuatro compañías de mozos de escuadra, tenían por jefe á don Luis Aymamy.

do en cada batallón armas de tres ó cuatro clases. La falta de fábrica de cartuchos metálicos producía grandes apuros y era causa de que para proveerse de ellos se apelara al supremo recurso de asaltar un pueblo fortificado, no deteniendo á aquellos catalanes, ni fosos, ni murallas, venciendo impávidos las mayores dificultades.

Batíanse admirablemente en campo raso mientras avanzaban y atacando al arma blanca, necesitándose más contenerlos que empujarlos, para que no comprometieran el éxito del combate; pero no guardaban orden en las batallas, ni calma, ni prudencia en las retiradas, marchándose cada voluntario por donde creía encontrar mejor salida, lo cual probaba la falta de disciplina.

La naturaleza de los servicios que prestaba la caballería realzaba su importancia. Hostigaban constantemente á las columnas liberales, vigilaban sus movimientos, cogían sus rezagados, perseguían sus confidentes, auxiliaban siempre á sus partidas, y cuando rara vez tenían ocasión de pelear cargaban con bravura, como lo hicieron en San Quirce, en Tordera, en Bañolas y en algunos otros puntos, si bien cargaban sobre fugitivos y se cebaban en ellos acuchillándoles, aprovechando como en Tordera la mala dirección que tenían los voluntarios republicanos, que en vez de haber encaminado la retirada por los bosques laterales lo hicieron por la carretera, dejando entonces la caballería carlista un espacio de tres kilómetros convertido en un cementerio.

Ocho piezas de bronce cogidas á Cabrinety, Maturana y Nouvilas, con buenos mulos

y atalajes, constituían la artillería de montaña de los carlistas de Cataluña, careciendo de oficiales facultativos para montar maestranzas, fábricas y fundiciones, pues sólo el coronel don Amado Claver estuvo con don Alfonso haciendo en Camprodon y otros puntos algunas obras no muy perfectas.

No daban tampoco los carlistas catalanes grande importancia á su artillería, que en su vida errante, más les estorbaba que les servía, y hasta la toma de Olot no tuvieron territorio fijo, considerando más conveniente ocultar los cañones.

Las dos compañías de ingenieros que había en Cataluña hicieron en casos raros ligeras obras de fortificación, pues sobre no gustar á los catalanes batirse detras de trincheras, no se comprendió allí la importancia que en el Norte se les daba.

En lo que se esmeraron todos los jefes fué en organizar el cuerpo de mozos de escuadra, empleándolos algunos en perseguir criminales y defender la propiedad, conservando su traje (1).

(1) El de los carlistas catalanes era variado. Los zuevos, creados por don Alfonso, llevaban la chaquetilla abierta y el ancho calzón gris que usaba el ejército pontificio, sustituyendo la boina al kepis.

El batallón de Savalls, primero de Gerona, vestía el traje de su general: boina roja, levita encarnada y pantalón azul turquí los oficiales, y blusa roja, en vez de levita, los soldados. El segundo de Gerona, ó de Anguet, se distinguía por sus blusas azules y sus barretines ó gorros del país. Los demás batallones llevaban los uniformes que les regaló don Alfonso, ó los que les habían procurado sus jefes, ó ninguno, como sucedía á la mayor parte de las fuerzas de Tarragona, que aunque muy entusiastas eran de la más pobres.

La caballería estaba bien montada y armada, con los



Todo necesitaba organización en Cataluña, y don Alfonso manifestó á Tristany que al volver al Principado vió con harto sentimiento que la opinión pública se había extraviado por causas que no quería recordar; que era preciso rectificarla y hacer comprender que había autoridades y se necesitaba buena administración, y le prevenía procurase obrar en armonía con los demás jefes del ejército para proseguir la organización del mismo, bajo la base de la más estricta disciplina, concentrando *verdaderamente* el mando de todas las fuerzas, con objetivo fijo en las operaciones, y obrando combinada y activamente en los movimientos para imponer y vencer al enemigo, conservar el orden en los pueblos y cimentar el principio de autoridad relajado; que crease la diputación de Cataluña, que desde punto céntrico y seguro se ocupase de la organización civil, administrativa y judicial, y principalmente de la recaudación de contribuciones, sin atribución alguna en lo militar; ordenase á los ayuntamientos que no pagasen más que á los empleados nombrados por la diputación, mediante recibo talonario; centralizase la dirección de los hospitales, servicio de correos y estafetas (zanjando prudentemente el conflicto de los sellos), y confidencias; que se liquidara lo recaudado durante la campaña y los conceptos en que se hubiese hecho la recaudación, publicándose el resultado en los

caballos, monturas y armas cogidas á los liberales, y los escuadrones de Gerona y Barcelona usaban boina blanca ó roja, dormán de paño encarnado con alamares negros, pantalón azul con franja roja y media bota de cuero.

periódicos carlistas, para satisfacción de los pueblos, y se siguiera en lo sucesivo el mismo sistema cada tres meses. Le encargaba el exacto cumplimiento de todo esto, que él haría, si no tuviese que ir al centro, é hizo publicar estas prevenciones que honraban á don Alfonso, mostrando el orden y la moralidad que deseaba introducir en todos los ramos, á pesar de las grandes dificultades con que tropezaba.

Con mayores tropezaron los que dejó encargados. Podía confiarse completamente en Tristany, pero carecía de la suficiente energía y quería estar bien con todos. Las instrucciones que dió á los jefes de los distritos, que habían de ser de reconocida probidad, bien vistas en el país de su mando, del que debían ser naturales, eran excelentes; mas no todos las comprendían. La falta de recursos era otro de los más insuperables inconvenientes. Además, varios propietarios catalanes querían se formase una especie de junta para la recaudación de fondos, nombramiento de municipios y justicias, etc.; otros deseaban una junta de gobierno vislumbrándose la aspiración común, la independencia de Cataluña. «Lo que los catalanes desean es, bajo la palabra fueros, declararse independientes de España. Esto me consta por varios conductos, y esto es lo que siempre yo prevenía y de lo cual no dudé nunca (1)».

No quería ni aun el pretexto de disensiones, y por los muchos enemigos que tenían quitó del lado de Savalls y expulsó á Francia al Dr. Vendrell, al brigadier Andreu y á un

(1) Carta de don Alfonso en Solsona el 28 de Mayo de 1874.

joven teniente coronel. Mucho trabajó don Alfonso, y no se podía dudar de sus buenos deseos para normalizar la guerra y moralizar relajadas costumbres, no siendo los carlistas á quienes menos perjudicaron.

Desde Solsona atravesó don Alfonso el campo de Tarragona, y aunque hacía quince días que sabían las autoridades liberales que iba á pasar el Ebro y por Flix (1), le pasó por el mismo punto con los señores Freixá y Moya, con el batallón de zuavos, otro formado de soldados desertores y prisioneros liberales, una batería de montaña y el quinto escuadrón de Cataluña. Quiso don Alfonso que hubiera pasado Miret con la brigada de

(2) «6 de Mayo 74.—Clave B —Según noticias don Alfonso y doña Blanca intentan pasar al distrito de Valencia por la barca de Flix».

Al jefe de C...—A. B.—Difícil es la comisión que le voy á conferir, pero todo lo espero de su celo. Es preciso que además de la protección á los pueblos armados se dedique V. S. con el mayor celo é interés y sin economizar gasto, que yo lo abonaré, á estar al tanto de la marcha que ejecute don Alfonso y doña Blanca, de aproximación á la provincia: después dentro de ella, parece que vendrán escoltados partidas Mora y curas y que su intención es pasar el Ebro por Flix. Los voluntarios de Mora de Ebro han quitado la barca, pero esto no será inconveniente si no andamos listos, y por ello he dispuesto que Crevillé con los voluntarios suyos y los de Prades, Figuera y Cornudella reunidos en el último punto, y los que se agreguen de otros, defiendan el paso, hostilicen y entretengan lo posible, causando alarma para darnos lugar á obrar y llegar; he avisado también á los de Mora de Ebro y al brigadier Despujols.»

Siguieron las confidencias y los telegramas avisando á todas partes; se efectuaron movimientos; se tomaron multitud de providencias hasta que el 26 de Mayo se telegrafió desde Gratallops: «Don Alfonso y doña Blanca pasaron el Ebro á la una de la madrugada de ayer por Flix, viniendo con 300 hombres y cinco caballos de la parte de Granadella».

Barcelona para ayudarle; pero sobre hacer falta en Cataluña no se prestaban gustosos los catalanes á salir de su país, y hasta pedían la separación de su ejército del de el centro para ser el primero independiente.

#### SITUACIÓN DE CATALUÑA

### IX

El general Serrano Bedoya vió un obstáculo á sus buenos intentos en la asociación internacional, exótica de origen, que mataba el trabajo pretextando favorecer al obrero, y arruinaba la industria poniéndola en pugna con el capital, y procuró inutilizarla disolviendo toda sociedad de las llamadas obreras, de trabajadores, aunque entre ellas no las había culpables, lo cual no se detuvo á deslindar, y ofreció mostrarse severo con los que persistiesen en sus propósitos criminales; siendo más que propósitos el ayuda que muchos daban á los carlistas, prolongando con la guerra civil los males de la patria. Así adquirió aquella guerra tan grandes proporciones en todo el antiguo Principado, desde los Pirineos orientales al Mediterráneo, desde el golfo de Rosas á los ríos Noguera-Ribagorzana, Cinca, Algas y Cenia, que dividen á Cataluña de Aragón y del Maestrazgo. Allí, en la margen de todos los ríos, en la cumbre de todas las montañas, hasta en las fértiles llanuras que riega el Ebro y baña el mar, merodeaban los carlistas, penetraban en poblaciones importantes, cobraban contribuciones, sacaban recursos de toda especie y eludían toda persecución, á no con-

venirles caer sobre alguna columna descuidada ó mal dirigida.

La guerra en esta parte de España, tuvo un carácter especial que la distingue, y no consiente de ninguna manera la comparación con la de las provincias vascas, áun cuando allí se reunieran tantas fuerzas como en éstas. Más subordinados los vascongados, se prestan á la obediencia y forman ejército; en Cataluña les costó la vida al conde de España cuando empezaba á conseguirlo. Se reunían algunas partidas para un golpe determinado, disolviéndose en seguida, riñendo las más de las veces por el reparto del botín.

Los elementos disolventes que abrigaban los carlistas no se aprovechaban por parte de los liberales; no podían aprovecharse de la manera como se hacía la guerra, aun cuando no se arbitrara otro medio. La provincia de Tarragona, de tan grande extensión y atravesando el Ebro una parte de ella, solo contaba con una brigada de escasa fuerza, y hubo que ir aumentando las fortificaciones, obligando á muchos pueblos á levantarlas, establecer telégrafos, rondas y se organizó al fin la columna del Panadés, de unos 630 infantes y 50 caballos.

En las provincias de Barcelona y Gerona estaban la brigadas Estéban y Ciriot que obraban activas; buscaban con afán al enemigo, se batían bien, se dispersaban, y luego careciendo la montaña de bases de operaciones, tenían que dirigirse á Granollers, Manresa ó Barcelona para depositar los heridos y municionarse. Era imposible la persecución y el evitar que se rehicieran los carlistas. Hacían falta más tropas, y mal podía enviar

el gobierno lo que no tenía, pues ya vimos lo que tuvo que hacer para formar el tercer cuerpo de ejército en el Norte.

Los somatenes no dieron resultado: poco le importó á Castell el de más de 7.000 afiliados, que no le impidieron recorrer todo Cataluña, y muchas de las armas de aquellos fueron á poder de los carlistas. Se creyó más conveniente el establecimiento de las rondas poniendo á su frente al señor Ametller, y fué acertado el pensamiento. También las tenían los carlistas, y Tristany las encargó la persecución de toda pequeña partida de sus correligionarios que no tuviese jefe conocido, á las cuales consideraba cuadrillas de bandidos.

Mientras pugnaba don Alfonso por organizar las huestes carlistas, hubo reñidos encuentros en las provincias de Tarragona y Barcelona, peleando en la primera contra las fuerzas de Moore los cazadores de Reus y Arapiles en las alturas de Salamó, Vila-vella y Torre de Monferri primeramente, y algunos días después en las inmediaciones de Vendrell, y sorprendiendo la brigada Estéban Ciriot á sus enemigos en Igualada é inmediaciones; pero ni estos ni otros pequeños encuentros variaban el aspecto de la guerra, que iba empeorando en Cataluña para la causa liberal, porque se atrevían los carlistas á establecer bloqueos rigurosos en poblaciones tan importantes como Cardona y Villafranca del Panadés, y hasta se intimó á los propietarios é industriales de la misma Barcelona el pago de la contribución, amenazándoles don Francisco Solá (1) que hacía de

(1) Tales atribuciones se apropió este señor en su celo

intendente, con decomisar los géneros, paralizar las fábricas de las afueras, y embargar sus productos. Gerona tuvo que comprar á los carlistas el levantamiento del bloqueo que abrumaba á esta ciudad hacia cuatro meses, y Figueras supo librarse de la sorpresa con que intentó Savalls apoderarse de ella, en la que insistió algunos días después de su desgraciado éxito (1); siendo más afortunados los pocos que sorprendieron á Badalona, á las puertas de la capital, llevándose en rehenes al alcalde y otros propietarios, haciendo lo mismo en Masnou, rescataando los rehenes las fuerzas de Mataró y Barcelona, que corrieron tras los carlistas. Y no se limitaban á bloquear poblaciones, sino comarcas enteras, como el Priorato, poniendo carteles en el empalme de las dos carreteras, imponiendo pena de la vida al que transitase por ellas, é igual pena al que quitase el cartel. Habían ya apaleado al mayoral de Cornu lella y nadie transitaba (2).

carlista, intrusándose en cuestiones de derecho internacional, y hasta en las reservadas á don Carlos, que en 14 de Junio se dejó sin efecto su circular del 9 de Mayo, previniéndole por última vez se abstuviera de inmiscuirse en asuntos que no eran de su competencia, consultando además con la superioridad los de sus atribuciones antes de su publicación; y mandando se publicara tan justa reprimenda.

(1) El comportamiento de la milicia y de los liberales figuerenses, mereció la gratitud del general en jefe de Cataluña, que les trasmitió altamente satisfecho el brigadier don Ramon de Lopes Clarós.

(2) Para levantar este bloqueo dispuso Salamanca que diariamente de los pueblos de las Borjas, Alforja, Maspujol, Aleixar, Vilaplana y Prad's fueran los carros de los padres, hijos y hermanos de los carlistas en armas, á Cornudella, Falcet y Reus para trasportar los efectos ne-

Se apeló á terribles medidas para levantar el bloqueo de Villafranca, se exasperaron más los rencores de unos y otros, y se aumentaron los infortunios de todos.

Muchos carlistas comprendían lo que importaba la unión, y abundando en tales deseos Tristany, se trasladó á la provincia de Gerona, en la que fué recibido con grandes demostraciones de regocijo; marchó Savalls á su encuentro á la salida de las Presas; se victoreó á ambos jefes, que entraron juntos en Olot en medio de las mayores aclamaciones, y de esta entrevista, que esperaban muy buenas consecuencias, no resultó ni aun aprovechar las circunstancias que tan favorables se les presentaban.

No era fácil ni breve tarea vencer la resistencia de los denodados defensores de San Feliú de Guixols, ya fortificada, con unos 7.000 habitantes, teniendo que retirarse los agresores á la aproximación de las columnas de Cirlot y Estéban; y si nos trasladamos al extremo opuesto, cerca del Ebro, veremos apoderarse á las fuerzas de Moore, de Bellmunt, asaltándole, cuyo acto facilitó la connivencia con algunos y la desunión de otros, rindiendo á los que resistieron en la iglesia y puntos fortificados al mismo tiempo que rechazaban el auxilio que acudía de los pueblos

cesarios que se les entregaran, bajo responsabilidad mancomunada de los daños que recibieran los géneros; que los padres, hijos y hermanos de los individuos de la ronda carlista indemnizaran al mayoral apaleado con 100 duros: que á no cesar el bloqueo en el término de tres días se fortificaran las Borjas, Alforja y Maspujol por cuenta de los pueblos, que á la vez costearían las rondas necesarias para guardar la carretera, y tomó otras determinaciones por el estilo.

inmediatos, y de la columna que acudió después, sin mucha prisa (1), por lo que quizá no pudo desalojar de Bellmunt á sus nuevos poseedores, que se permitieron punibles excesos en las propiedades y en las personas.

Los anteriores sucesos afectaron profundamente á los liberales, que veían el crecimiento de los carlistas cuando en los partes se les presentaba en disminución; que la guerra duraba cuando constantemente se anunciaba su fin, y que hasta se proponía la neutralidad de una población para depósito de prisioneros, por lo que escribió Tristany al general Serrano Bedoya proponiéndole la villa de Olot ó la de Camprodon, «en la inteligencia de que la aproximación de cualquier fuerza enemiga á seis horas de uno de los dos puntos que le designe, llevará consigo una determinación, cuya ejecución se resiste la pluma á transcribirla al papel por temor de que no se me califique de vengativo»;

(1) «La columna de Reus al mando del coronel S... salió de Cornudella en auxilio de Bellmunt, y en primer lugar tardó más de lo preciso, pues no llegó hasta la una, habiendo salido á las cinco y media; y al llegar, y esto es lo que no me explico, se limitó á una ligera escaramuza con los carlistas, y lo que es peor, se retiró á Gratallops, permaneciendo en la inacción allí veinticuatro horas que el enemigo continuó en posesión de Bellmunt, y cobrando contribuciones en Masroig y otros puntos; y digo que no lo concibo, porque si bien su fuerza era muy inferior, pudo y debió al menos tomar posición sobre Bellmunt y aguardar allí la salida del enemigo, pero nunca retroceder dos horas ante tan insignificante pérdida; y dando un ejemplo pernicioso á la tropa y al país, á no haber razones muy fundadas, que hasta ahora no ha expuesto, por lo que he dispuesto se forme la correspondiente sumaria».

*Comunicación oficial del comandante general de Tarra-gona.*

y de no aprobarse su proposición, tenía que llevar consigo los prisioneros; «y en caso de un encuentro con el enemigo, aunque repugna á mi alma imaginarlo, puedo asegurar á usted, no respondo de la vida de dichos prisioneros (1)». Las circunstancias de la guerra empeoraban diariamente, y toda Cataluña sufría; hasta los regantes con las aguas del canal de Urgel, favorecidos por don Carlos y por Tristany, á pesar de las órdenes de éste, no pudieron regar por haber mandado otros cerrar sus compuertas.

Pisoteado entre los mismos carlistas el principio de autoridad, produjo esto grandes disgustos, y escribía con razón persona autorizada (2): «Conozco en Cataluña algunos de esos hombres que al ver que sus intereses, sus propiedades y su misma personalidad no se ve libre de los ataques y desmanes de los defensores de la buena causa, están aburridísimos, y dicen á voz en grito que van á retirarse, que no quieren seguir por más tiempo siendo cómplices y víctimas á la vez de tales actos». Pedía que hubiese administración y orden en las cuentas, y «que no se llegase al extremo de que cuando los pueblos no podían ó no querían pagar, se llevasen en rehenes á los mismos carlistas.»

LIZARRAGA EN CATALUÑA

DESPECHO DE SAVALLS—FUSILAMIENTOS  
COMBATES — MOVIMIENTOS PARA SALVAR Á LA  
BRIGADA CIRLOT

X

El deseo de don Alfonso de unificar las

(1) Carta fechada en Bañolas el 11 de Junio de 1874.

(2) D. José Antonio de Ros, desde Prades el 8 de Julio de 1874.

operaciones en el Centro y Cataluña, se vió contrariado por la resistencia de los catalanes á ayudar á sus compañeros de aquende el Ebro, lo cual produjo nuevas disidencias, y justamente cuando Savalls escribía á don Alfonso desde Olot protestando de cuanto se le atribuía, y reiterando su adhesión á su persona y esposa, su más perfecta y profunda obediencia á todas las órdenes que diese, y que se hallaba «íntimamente decidido á desmentir pública y completamente, si fuere necesario, todos y cada uno de los rumores ó noticias de división y discordia hechas públicas, y asegurar una vez más y para siempre á V. A. R. que no tiene súbdito más obediente, fiel y subordinado que este su humilde servidor.»

Llegó por entonces Lizarraga á Cataluña, donde entró el 27 de Junio, enterándose en seguida del lastimoso estado en que se encontraba la causa. Conferenció con Savalls y Tristany, estando éste enfermo, disgustado y oculto; habló con diferentes propietarios, consiguiendo retirasen la exposición que habían enviado á don Carlos, á cambio de apoyar el que se concedieran á la diputación las atribuciones que solicitaba el señor Milá de la Roca, y manifestó á don Carlos «que el ejército y el país, desanimados, están á punto, si continúa el mismo estado local de cosas, hasta dejar las armas que con tanto valor y tanta gloria han empuñado. Resolución sería ésta gravísima, pues su solo anuncio hace que por todas partes cunda el desaliento.» Para conjurar este conflicto recomendaba la instalación de la diputación foral, dando al país la garantía de que sus intereses serían

en adelante fielmente administrados, y se cumpliera la promesa que se tenía hecha de restaurar sus fueros (1), procurando él en tanto, al lado de don Alfonso, «conciliar las voluntades, reanimar el país, y estudiar las medidas que más le convengan para salvar á Cataluña de la catástrofe que la amenaza.»

Revistó Lizarraga en Olot las fuerzas de Savalls y de Anguet, y el 1.º de Julio, por las terribles montañas del Esquirol y el Coll de Cabra fué á Manlleu, desde donde le acompañó Miret á Vich, á celebrar la victoria de Abarzuza. Siguió por San Feliú Saserras y Suria á Igualada, donde revistó los batallones de Barcelona y Tarragona, los dejaron el 7 en Ulldesmolins, se dirigieron por la Pobla de Granadella á la Palma y atravesó el Ebro por Flix, yendo á unirse á don Alfonso.

Por aquellos días volvió don Felipe Sabater de su viaje al Norte con encargo de don Carlos de que Savalls atacase á Puigcerdá, ordenando á Tristany le entregase la gente y material que necesitase para aquella operación, y se eligiesen 100 catalanes para el batallón de guías del rey que se estaba formando de naturales de las diferentes provincias de España. Savalls esperaba el nombra-

(1) «Segun me han dicho, escribía Lizarraga, los individuos nombrados han acudido á V. M. con esta súplica, pero impresionados tristemente con la grave situación en que se veían, aunque inspirados solo del mejor deseo, no redactaron la exposición que á V. M. dirigían con toda la calma con que despues la han meditado. Ahora desean modificarla y me encargan ruego á V. M. se sirva no tomar resolución sobre ella hasta que expresen más acertadamente el pensamiento que tuvieron al escribirla y los leales sentimientos que les animan.»

miento de teniente general, y al ver que no se le llevaba Sabater, asomóse al balcon del alojamiento que ocupaba en Olot, mandó tocar marcha y se fué con solo tres batallones á atacar á Puigcerdá, guiándole el despecho. Intimó la rendición desde Dorria, cuyo oficio no se recibió en la villa hasta el mes de Octubre, y al día siguiente 13 de Julio, desde Aja, la recordó, y que quería apoderarse de la plaza, costara lo que costara. Bien sabía Savalls que no lo conseguiría con las fuerzas que llevaba, y se retiró.

Puigcerdá no podía quedar abandonada, y en cuanto se supo su sitio se movieron en su socorro las brigadas Cañás y Cirlot, que debían reunirse en Olot; pero Cañás fué rechazado en Castellfullit, y si Cirlot penetró en Olot quedó allí sitiado, efectuando salidas como las verificadas contra los montes de San Francisco y Olivete, que dominaban la villa. ocupados por la gente de Savalls, y desde donde causaban daños á los liberales, que se veían fusilados hasta al ir á enterrar sus muertos.

Sucedió en tanto, que dos cadáveres carlistas fueron mutilados (1); produjo esto una sublevación, en la que tomaron parte hasta las mujeres, pidiendo tumultariamente el sacrificio de los prisioneros, y para aplacar aquella feroz sed de sangre, mandó Savalls quintarlos, excepto á los carabineros, que los

(1) También se dijo que otro había sido colgado en Puigcerdá, tomándose por un hombre á un muñeco que vistió de carlista un artillero y le colgaron fuera de la muralla, sin saberlo sus jefes y sin pensar en las consecuencias de tal burla. que no fué así considerada por los carlistas.

fusiló á todos, y eran más de 70, ascendiendo á 216 el número de los que fueron inhumanamente fusilados el 17 de Julio en Lla-yer é inmediaciones de San Juan de las Abadesas (1).

No bastaban los fusilamientos que se ejecutaban con frecuencia en infelices precisados á cumplir las órdenes del gobierno, lo cual estaba prohibido con pena de la vida, y se imponía hasta por andar por los caminos, sublevando, cual no podían ménos, la opinión pública, fusilamientos como el de los dos vecinos de Poboleda, padre é hijo, porque éste había redimido la suerte de soldado.

Condenamos los actos que sirvieron de pretexto para los asesinatos de Olot (2): pero ¿merecían el que se inmolará á más de 200 prisioneros? Estas hecatombes las condena la humanidad, la religión y todas las leyes divinas y humanas. Los condenaron los mismos carlistas, y bien explícitamente, como se consigna en el citado documento número 9, y los condenó don Carlos, que quería conseguir el triunfo por la fuerza de la opinión y de las armas, no por hechos de tal naturaleza, que le repugnaban. Savalls no consultó aquella determinación con sus jefes, que eran don Alfonso y Tristany, seguro de que no los aprobarían.

Las represalias, que solo consiguen aumen-

(1) Renunciamos á presentar los horribles detalles de aquella espantosa y cruel carnicería, por haberse publicado en los periódicos de aquel tiempo, y no reproducir de nuevo en nuestros lectores la indignación que no puede menos de causar en toda alma honrada tan feroces hechos.

(2) Véase documento núm. 9.

tar los horrores de la guerra, eran imposibles; contra ellas suplicaron desde Vallfogona el 19 de Julio Nouvilas y los que con él estaban prisioneros, y les salvó la suerte, en la comunicación que dirigieron al capitán general de Cataluña.

Sin realizarse el movimiento de concentración de las brigadas Cañás y Cirlot, por solo haber llegado éste á Olot, quedó aquí encerrado y bloqueado por los carlistas, ayudados por los somatenes que los pueblos inmediatos levantaron. Había que socorrer á Cirlot; encargóse de ello el general Merelo, segundo cabo de la capitania general, con una división compuesta de las brigadas Cañás y Estéban, mandada la última por el brigadier Mola y Martinez. Pernoctando Cañás el 23 en Besalú y Merelo y Mola en Argelaguer, marcharon al día siguiente hácia Castellfullit, y á los obstáculos que presentaron los carlistas, se unió una gran tempestad que hizo más penoso el combate, que fué rudo y mortífero, sin conseguir los liberales pasar á Olot (1).

Terrible contratiempo fué para los encerrados en aquella villa, á quienes participó Savalls que los que habían acudido á salvarle tuvieron que retirarse á Gerona, que su situación era ya perdida, y en su deseo de derramar la menor cantidad de sangre posible, invitaba á Cirlot que se rindiese á discreción, «pudiéndole asegurar que no se quejará de

(1) «No habiendo podido forzar las alturas de las Sierras de San Julian y de Santa Julia las tres columnas de la izquierda, sobreviniendo una furiosa tempestad de agua y granizo que les obligó á mantenerse á la defensiva en las posiciones conquistadas» (Palabras del parte.)

la generosidad con que siempre he tratado al vencido,» señalando el término de tres horas para la contestación. Que la darian las balas, fué la única respuesta que dió Cirlot al portador del pliego. Arreció Savalls en su ataque y redobló su empeño en vencer á aquellos valientes.

El general Lopez Dominguez sustituyó en el mando de Cataluña al general Serrano Beldoya, y aprestado éste á ir á salvar la brigada Cirlot, le acompañó en esta expedición. Mientras Merelo con ocho batallones avanzaba por Castellfullit, los dos capitanes generales con las brigadas Arrando, Saez de Tejada y la provisional de Mola, en junto doce batallones, se dirigieron por el Grau de Olot.

Savalls, que después de los combates de fines de Julio se había trasladado con siete batallones á Santa Pau y Mieras, sabedor de que los liberales intentarían aquel paso para socorrer á los sitiados en Olot, ocupaba aún el 27 aquellas posiciones, hasta que la retirada de las fuerzas de Bañolas le impulsó á enviar cuatro batallones á ocupar esta villa, y él con dos y artillería hostilizó á los sitiados, llegando en su empeño á efectuar un pequeño asalto parcial, consiguiendo tocar los parapetos, pero rechazó á los asaltadores el destacamento de San Francisco.

Los movimientos de los liberales le obligaron á ir á las Presas y á San Esteve de Embas, volviendo las fuerzas de Bañolas y sus posiciones en Mieras; corrióse después á las de Castellfullit de la Roca y á las de Santa Pau; supo en la tarde del 31 que una fuerte columna liberal había pernoctado en Moyá, que otras fuerzas acudían por el ferro-carril, y



comprendiendo que las brigadas Cañás y Merelo aguardaban la llegada por Vich de las de Arrando, de Serrano Bedoya y Lopez Dominguez, para encerrarle entre ellas, ordenó que todas las fuerzas hiciesen de noche una marcha forzada para caer sobre Esquirol, creyendo pernoctaran allí los liberales, ó en Roda; pero éstos lo hicieron en Vich, marchando al día siguiente á Roda desde donde cambiaron algunos tiros; no avanzando á Esquirol y casas de Toni Gros, la brigada Arrando, como se le había ordenado por las posiciones que ocupaban los carlistas. Al ver éstos las fuerzas liberales que iban acudiendo, y el movimiento que después efectuaron para vencer las dificultades que se opusieron, abandonaron sus posiciones y emboscaron alguna fuerza para hostilizar á su paso á los que no podían detener. No sorprendió á Serrano Bedoya la emboscada, en la casi inexpugnable bajada del Grau, entre cerros, peñas, barrancos y malezas; la hizo frente con el batallón de Reus y algunas piezas, envolviéndole por otro lado la brigada Arrando, y vencido este obstáculo, se emprendió simultáneamente el verdadero descenso al llano, conducidas las columnas por guías prácticos del terreno, quedando algunas fuerzas en la posición tomada al enemigo, con orden de no abandonarla hasta que todas las restantes hubiesen descendido (1).

(1) Refiriendo el paso de la emboscada, dice una carta:

«Reinaba un silencio sepulcral: todas las órdenes estaban ya dadas; las guerrillas iban subiendo poco á poco, ojo avizor, examinando las matas como perros de caza al rastrear la res. Subimos una escarpada garganta sin novedad; llegamos á una pequeña llanura en donde había

Merelo, en tanto, había penetrado en Olot sin obstáculo á las diez de la mañana, y el resto de las fuerzas entraron á las nueve y media de la noche: á haber mandado aquel general avanzar sobre el Grau, enviando á Gerona con los heridos y enfermos á la brigada Cirlot, no habrían las demás fuerzas verificado el descenso al llano, ó la habría emprendido solamente una de las brigadas, y revolviendo inmediatamente sobre Vich, no habrían llevado á cabo los carlistas su algarada contra los pueblos de aquel llano, haciendo exacciones, incendiando una estación de ferro-carril, y poniendo en conmoción la capital. Merelo esperaba órdenes, y aun sin ellas envió dos batallones en ayuda del grueso de las tropas. El 3 de Agosto emprendie-

un espeso campo de maíz, dominado por una especie de anfiteatro que formaban unos pequeños cerros; las guerrillas avanzaban mirando á través del follaje; el cuartel general estaba ya en el centro del llano; se oye un tiro á la izquierda; siguen otros á la derecha, y pronto una lluvia de balas envuelve al cuartel general. Pronto se generalizó el fuego, que por espacio de una hora no cesó un momento, haciéndose á muy corta distancia. El general, sereno é impávido, desafiaba el peligro, daba órdenes y mandaba emplazar la artillería, que á veces pedían los cazadores de Reus que veían á las masas enemigas ocultas en un barranco. El teniente coronel Lienche, á caballo, recorría las guerrillas, y envuelto por las balas examinaba las posiciones carlistas. Emplazose la artillería y les dirigió veintitantas granadas, entrando una en una casa de donde se veía salir grupos enemigos, é incendiándola. Arrojadados después de un bien sostenido fuego los carlistas de sus posiciones, ocupó Reus las alturas y quedó libre por aquella parte el paso.

«La brigada Arrando entraba por otro boquete, y hubiera contribuido eficazmente al movimiento si los carlistas, viéndose perdidos, no hubieran abandonado sus posiciones y corridose hacia la derecha á ocultarse en la fragosidad de los montes».

ron la marcha simultáneamente todas las fuerzas para Gerona, Granollers y otros puntos.

Savalls, en su parte, se quejó de algunos excesos cometidos por las columnas liberales y del proceder de éstas, añadiendo que se creía en el caso de exponerlo á don Alfonso, como lo hizo, por si juzgaba oportuno tomar alguna resolución enérgica. Esto debía haber hecho antes, y no proceder por sí mismo á tomar cruentas represalias.

SE APODERAN LOS CARLISTAS DE LA CIUDAD  
Y FUERTES DE LA SEO DE URGEL

XI

Mientras el nuevo capitán general de Cataluña don José Lopez Domínguez organizaba sus fuerzas y verificaban las partidas carlistas algunas correrías con más ó menos fortuna, teniéndola en la derecha del Ebro, habiendo llegado á armar algunas escampavías para dominar la navegación de aquel río, se preparaba para la causa liberal un funesto golpe.

La Seo de Urgel, asentada entre la primera y segunda línea de los Pirineos de Cataluña, plaza de armas y de segunda clase, capital de la diócesi, partido judicial, defendida por tres fortalezas, la ciudadela, la Torre Blanca y la de Solsona, teniendo en un descenso entre la ciudadela y el castillo la pequeña villa de Castellciudad; célebre la Seo por su antigüedad pues ya la mencionan Tito Livio y Ptolomeo; por su historia, por la riqueza de su obispado y condado, tan considerable, que se dividió en tres; por no haberla

podido someter los franceses en la guerra de la Independencia; asiento de la famosa regencia de 1822, y manteniéndose constante á la causa liberal en la pasada guerra civil, su adquisición por los carlistas tuvo la debida importancia.

Debemos ser parcios en acusaciones; más que traición, la pérdida de la Seo revela descuido, que le hubo grande. Un entusiasta carlista, profundo conocedor del terreno, concibió y formó el plan de apoderarse de tan notables fortalezas; le sometió á don Francisco Tristany, y se procuró su ejecución. Había que apoderarse primero de la ciudadela, contando para lograrlo con que á pocos pasos de ella había un fortín llamado la Lengua de Sierpe, ruinoso y abandonado. «En metiendo en este fuerte, se decía en el plan, 200 hombres sin que nadie los vea, la ciudadela es de Carlos VII. Para que los 200 hombres lleguen á la Lengua de Sierpe sin ser vistos, es preciso que marchen y contra-marchen antes, á fin de que nadie sospeche á donde se encaminan; que los conduzcan buenos guías para que no pasen por ningún pueblo, y que lleguen al fuerte abandonado, precisamente á media noche, cuando más dormidos estén los habitantes de Monfarré y los soldados de la ciudadela, entre quienes han de situarse.» Una vez dentro, tenían que permanecer doce horas escondidos sin moverse, esperando la tarde del 16 de Agosto en que debía efectuarse el asalto; porque en esta tarde, el vecindario de Castellciudad, inmediato á la ciudadela, pero al otro lado del que debían ocultarse, celebraba la fiesta de la Asunción de la Virgen, y era costum-

bre tradicional dejar á la mitad de la guarnición de la ciudadela, después de la lista del medio día, bajar á la fiesta; y como Castellciudad está al lado opuesto de la Lengua de Sierpe, no quedaba frente á ésta más que un centinela paseando por la muralla designada para el asalto.

El peligro estaba en que fueran descubiertos en la Lengua de Sierpe ó al acercarse á la muralla; se arrojó por todo: el comandante García, natural de Extremadura, se comprometió á llevar á cabo la empresa; escogió los 200 hombres, mandados por valerosos oficiales, entre los que iban el teniente Colell y el alferez Espar, jóvenes del país y conocedores del terreno: salieron de Solsona el 13 de Agosto marchando y contramarchando, ocultándose de noche en los bosques, y en la del 15 entraron sin ser vistos en la abandonada Lengua de Sierpe, donde á cien pasos de los liberales permanecieron ocultos 13 horas (1).

A la una de la tarde, haciendo un sol abrasador, paseábase descuidado el centinela de la muralla, cuando desde el monte del Cuervo avisó con un pañuelo blanco el cura don Pedro Cerqueda á Espar y Colell, que era la ocasión oportuna de salir; lo hicieron á la carrera de su escondite, plantaron la escala que llevaban, hecha en Castellciudad (2), y

(1) Hubo un momento en que se creyeron perdidos, porque un perro, al pasar con unos soldados por delante de la puerta donde estaban escondidos, se puso á ladrar furiosamente; mas no hicieron caso los soldados y siguieron su camino.

(2) Media cinco metros, la misma distancia que hay desde el suelo al margen de la tronera por donde se escaló.

parece que en la casa del mismo señor Cerqueda, subieron en un segundo, entraron en la ciudadela por una tronera de la batería de San Pablo, y se apoderaron del centinela, que resistió en vano. Otro centinela, que estaba en el Macho los vió cuando estaban dentro, y en vez de gritar ó hacer fuego, huyó pavoroso arrojándose de su sitio para escapar antes. Corrió en seguida Espar á la puerta del cuartel del Macho donde estaba recogida la guarnición, y apuntándola con un trabuco intimó la rendición, entrando en tanto García y los demás soldados en la ciudadela, y dirigiéndose á los cuarteles y pabellones. Rindiéronse todos menos dos soldados que pudieron descolgarse por la muralla y bajar á advertir á los de Castellciudad y el castillo lo que ocurría (1); el brigadier gobernador militar, que estaba en la ciudad con parte del batallón de Ecija, y en el castillo el resto de la fuerza, apenas dió crédito á la noticia; corrió al castillo y un cañonazo dirigido contra éste desde la ciudadela, le confirmó en su desventura.

En cuanto se apoderó García de la ciudadela, encerró á los prisioneros, distribuyó su gente, y mandó á los artilleros que acababa de coger disparasen las piezas contra el castillo, á unos 400 metros, y no tocándole los dos primeros cañonazos, amenazó con la muerte á los artilleros si no apuntaban bien: manifestó uno ser carlista, apuntó bien y

(1) El teniente de infantería señor Delgado pudo escaparse en calzoncillos y descalzo, y refugiarse en el castillo; mas al ser tomado éste se tiró por la muralla, se rompió una pierna, y al huir le mataron entre la torre Solsona y la casa del Tulipan.

logró destrozarse la puerta del castillo. Dominado éste por la ciudadela, con cuya artillería no podía competir, bajó la guarnición á la ciudad, desde donde el gobernador militar con las fuerzas de Ecija tomó el camino de Puigcerdá, y los voluntarios republicanos que allí había prefirieron dirigirse hácia la república de Andorra, para hacerlo con seguridad á Puigcerdá (1). Menos acertada la autoridad militar tropezó con las fuerzas de Tristany, al que tuvo que rendirse á discreción, y entró victorioso el carlista con los prisioneros en la ciudad, dueño ya de la Seo de Urgel con sus tres fuertes, 48 piezas de artillería y gran repuesto de municiones y efectos.

(1) El joven teniente de voluntarios don José Sala, llevado de su entusiasta ardimiento trató de resistir; cayó herido luchando como un valiente, y prisionero, le llevaron hasta la plaza del Palacio episcopal, donde sin respetar su estado le dijeron se preparase á morir, y al decir *ya estoy dispuesto*, le fusilaron.

En cuanto vieron aquellos voluntarios en poder de los carlistas la ciudadela de la Seo, prendieron á 54 personas, como en rehenes, y las encerraron en la sacristía de la catedral, manifestándoles por la noche, de parte del gobernador militar de la ciudad, que fuera una comisión de ellos á la ciudadela á decir al jefe carlista que de ella se apoderó, «que por cada soldado herido que resultara de los proyectiles tirados por los carlistas de la ciudadela, uno de Vds. que están aquí en rehenes, sufrirá la pena de muerte». Comisionaron á don Agustín Codina, vicario general castrense y chantre de la catedral y don Antonio Moles, comerciante, que cumplieron bien su cometido.

Relevados los voluntarios republicanos que custodiaban los presos por fuerzas del ejército al mando del señor Polo, se tranquilizaron los presos y les satisfizo lo bien que fueron tratados, hasta que al abandonar la ciudadela las fuerzas liberales, quedaron en libertad.

SITIO Y DEFENSA DE PUIGCERDÁ—ACCIÓN  
DE CASTELLAR DE NUCH

XII

El aterrador efecto que produjo en Puigcerdá (1) la pérdida de la ciudadela de la Seo de Urgel, se aumentó y la consternación al saberse al día siguiente que la guarnición cayó prisionera al retirarse, como vimos. El peligro de Puigcerdá era evidente; en breve supieron los aprestos que contra esta villa se hacían, y el 30 de Agosto recibió el alcalde un oficio de don F. Tristany refiriendo el triunfo que acababa de conseguir sobre la Seo y su guarnición, invitándole á que se rindiera la villa si no quería experimentar en mayor escala los horrores de la guerra; pues aunque no tenía agravios que vengar no repararía en medios con los pueblos rebeldes, dando para rendirse el término de cuarenta y ocho horas. Respondió el alcalde verbalmente al portador del pliego, que con insistencia pedía contestación, que Puigcerdá no la daba, como no la dió á su tío Mosen Benet en 1837, y que estaban dispuestos á la defensa. Se aumentaron y activaron los trabajos al ver que también acudía Savalls; por la noche emplazaron los carlistas sus baterías, rompiendo el fuego al amanecer del 21; al

(1) Es Puigcerdá una villa de 2.000 almas, asentada sobre una pequeña loma que se alza en medio del llano de la Cerdaña francesa y española, bañada por los ríos Segre, Raour y Arabó, en los confines de España, distando de Gerona, su capital, unas veinte leguas, y seis de la Seo de Urgel. De remoto origen, no han desmerecido sus últimos hechos de los brillantes que constituyen su moderna historia.

día siguiente ya arrojaron proyectiles huecos de 16 centímetros, aproximando sus piezas á la casa de Fabra; mas si fué brusca la acometida no era menos valerosa la resistencia, que á los tres días inutilizó las piezas de los sitiadores, excepto el obus. Acudieron éstos entonces á trasportar de Olot el cañon *Deu*, obra predilecta de su entusiasta alcalde, que no pudo sospechar sirviera contra Puigcerdá; empezó á arrojar sus balas rasas de 18 libras, pusieron tambien en batería una pieza de montaña, asestando todos los fuegos al torreón y casa Fabra; abrieron brecha en los espesos muros del primero, no queriendo bajar sus defensores del peligroso puesto que ocupaban hasta hacerlo del torreón cuando se desplomase, como sucedió al ser derribado el andamio donde estaban; se acudió con solicitud á impedir el asalto por aquel lado, y lleváronse dos cañones al jardín de Fabra, convertido en teatro de espantoso bregar, en el que hasta las mujeres tomaban parte, llenando sacos de tierra para macizar las brechas que en el hueco torreón, ya cuarteado, abrían los cañones carlistas, cuyos fuegos se fueron apagando (1).

A la madrugada intentaron los sitiadores el asalto y fueron rechazados, incendiando al retirarse la casita de la Pedragosa para quemar los cadáveres que iban recogiendo, y la de Pedrals Vilar. Reforzados los carlistas, recrudeciése el fuego de artillería y fusilería; volvió á tronar el cañon *Deu* el

(1) Las balas del cañon *Deu* iban por encima del torreón Fabra á caer en territorio francés, hasta el otro lado del pueblo de Bourg Madame, cuya calle estuvo desierta durante todo el día. Pasaron la línea unos 30 proyectiles.

27, en cuyo día ofició Savalls al gobernador militar que queriendo apoderarse de aquella villa á toda costa, se valdria de todos los medios lícitos en la guerra, incluso el de incendiarla, lo cual evitaría, entregando la plaza, armas, municiones y efectos de guerra; «pudiéndole asegurar, bajo mi palabra de caballero, que respetaré la vida y hacienda de todos, que les garantizaré para poder pasar á Francia ó quedarse en España, con la más completa seguridad y hasta de que admitiré en las filas reales si alguno lo deseara, olvidando completamente todo lo pasado (1)». Sin contestación al anterior oficio, continuó el fuego, se inutilizaron la mayor parte de las piezas carlistas, y enviaron en la noche del 30 desde Aja algunos cohetes incendiarios, logrando prender fuego al pajar de la casa de don Antonio Vilar, que se propagó á otra, aprovechando esta ocasión los sitiadores para atacar de nuevo, siendo rechazados.

Hacen nuevos aprestos los carlistas durante el día, y á las nueve de la noche un cañonazo es la señal de estallar un violento incendio en diferentes casas del arrabal de la Baronia, distantes entre sí; describe en el espacio su majestuosa parábola ó trayecto una bomba, y rómpese un espantoso fuego de fusilería acompañado de toques de corneta, de la música é infernal gritería, que contrastaba con el silencio que reinaba en el interior de las murallas; y los que la defendían,

(1) No garantizaba esta seguridad el fusilamiento aquella misma tarde de un joven de Puigcerdá que estaba midiendo centeno en la casa de Bassedas, junto á la misma línea francesa.

al distinguir á la rojiza luz de los incendios los primeros grupos carlistas que intentaban adelantarse, les detuvo un certero metrallazo de la batería del matadero y una descarga cerrada de todos los ángulos y lienzos que flanquean la puerta de España, seguidos de una lluvia aterradora de granadas de mano y de piedras, que hizo cesar de repente aquel ruido de voces, músicas y cornetas, continuando por espacio de media hora un fuego vivísimo por ambas partes. Otro asalto se intentó á la vez por el lienzo de la Escuela pía, con el mismo bullicio; pero hubo vigilancia, y ninguno se atrevió á poner el pie en las escaleras que habían llegado á arri-mar á las tapias.

El mal éxito de estos asaltos intentados, tuvieron doble importancia para los sitiadores, porque desalentadas las fuerzas que habían acudido con Moore del campo de Tarra-gona, se volvieron por el camino de Pandis, como se habían vuelto dos días antes las de Tristany.

Puigcerdá no podía quedar sin auxilio. Reunió el general Lopez Dominguez en Vich á las órdenes del general Merelo las brigadas Araoz y Macías, y dificultado el avance por los desfiladeros de San Quirse de Basora y Ripoll, agregó á aquellas la brigada Esteban y algunas fuerzas más, poniéndose á la cabeza de todas, marchando á la vanguar-dia los brigadieres Macías y Mola como excelentes conocedores del terreno. Salvóse el difícil paso del puente de Guardiola hasta San Lorenzo de Bagá, sufriendo el fuego de los carlistas emboscados á uno y otro lado del camino, y concentradas ya bastantes fuer-

zas para el ataque, se embistieron á la vez las empinadas alturas, á las cuales había que subir á gatas, las ocuparon las tropas liberales, y reunidas el 2 en San Lorenzo de Bagá, emprendieron tarde la marcha para la Poble de Lillet, acampando aquella noche en las posiciones que domina el pueblo.

Los carlistas esperaban en Castellar de Nuch, creyendo que sus enemigos seguirían el camino real, y éstos tomaron el de flanco por la derecha subiendo por casa Bruch y Maranges, y en el Coll de este nombre, la brigada Araoz se vió hostilizada por una partida que fué arrojada de las alturas, y poco más adelante una descarga obligó á Araoz á detenerse, viéndose entonces la situación de los carlistas en toda la cordillera de la Creu, con fuerzas escalonadas en la de retaguardia. No podía emprenderse desde luego el ataque porque era preciso concentrar en aquel punto las brigadas, llegando los últimos soldados á las cinco de la tarde. Esta se pasó tiroteándose las fuerzas de una posición á otra, cañoneando la artillería las del carlista, y al mismo tiempo á las que veían bajar por diferentes caminos para reforzarlas. Una densa niebla envolvió á todos y así pasaron la noche esperando el día siguiente en el que debía emprenderse un ataque tan desventajoso para los liberales. Tantas fuerzas reunidas habían agotado los comestibles en todas partes: tampoco podían procurárselos los que quedaban acampados; por lo que fué preciso acudir á las patatas que había en los campos para alimentarse cada uno con las que asaba ó chamuscaba en las hogueras que se habían encendido para resguardarse del frío y secar-

se de la menuda lluvia que producía la niebla. Esta al amanecer del 5 se disipaba tan solo á intervalos muy cortos para descubrirse ambos contendientes, provocando los carlistas á los liberales, diciendo que no irían á Puigcerdá, ni volverían á pasearse por la Rambla de Barcelona y que les esperaba la suerte de Nouvilas.

Habíase resuelto dar por la mañana un ataque brusco y de frente á las posiciones carlistas por tres puntos, apoyado por un fuerte cañoneo de las diez piezas que se habían colocado en batería. Dispuestas las fuerzas para el ataque, tenían orden de lanzarse á la carrera al barranco que les separaba, en cuanto empezase el fuego de artillería, y trepar en seguida á las alturas que defendía el enemigo. Serían las siete cuando una descarga de artillería dió la señal de la embestida general. Las tres columnas se precipitaron al barranco, y acto continuo observaron dos líneas de fuego que cubrió al poco rato una espesa niebla, que obligó á suspender el fuego de cañón. Oíase un ruido atronador; una descarga continuada que duró como cosa de media hora. Levantóse un poco la niebla, y vióse que las tropas empezaban á coronar las alturas enemigas y que ardían los caseríos que aquellas habían ocupado. Los soldados las tomaron todas en poco tiempo y los carlistas se retiraban desordenadamente por varios puntos, dirigiéndose los dos grupos principales, uno hacia la Seo de Urgel y otro en dirección de Ripoll.

Ocupadas las posiciones, el convoy, la impedimenta y los heridos en las acciones anteriores con las tropas que quedaron de re-

serva en el cuartel general empezaron á desfilar para Castellar de Nuch y el Plá de Añella. En la entrada del pueblo había una fuerte barricada y los carlistas se defendieron un rato desde las casas. Algunas de éstas ardían al pasar el cuartel general, y como todas estaban llenas de paja, el fuego se propagaba de unas á otras, y el pueblo quedó muy mal parado, á lo cual contribuyeron todos. Los soldados liberales esperaban encontrar recursos en aquel pueblo, y solo había unas 500 raciones para todo el ejército; lo cual, y la muerte instantánea de algunos que probaron provisiones al paso, haciendo suponer que estaban envenenadas, exasperó á todos.

El combate no pudo estar peor sostenido por parte de los carlistas. Hubo momentos en que Savalls se consideró perdido. A favor de la niebla rebasaron dos batallones liberales la línea carlista, dejándola á retaguardia, y en ella se hallaba aquel jefe, que al verse, disipada la niebla, entre dos fuegos, pudo escapar favorecido por los que le acompañaban que se batieron bien, vendiendo sus vidas por la de su caudillo.

Los liberales obtuvieron un triunfo de gran valer (1) y salvaron á Puigcerdá, donde entraron en la tarde del 5 de Setiembre descansaron el 6, relevada la guarnición de aquella villa, que á los títulos *de insigne, fidelísima y heroica*, añadió el de *siempre invicta*, que le fué concedido (2), marchó el 7

(1) Del que se mostró agradecido el general Lopez Dominguez en la orden genral que dió el 3 de Setiembre y en las adiciones á la misma.

(2) Mandose además se crease una medalla conmemorativa del último sitio, ostentando en el reverso las ar-

el general Lopez Dominguez á pernoctar á la Pobra de Lillet y siguió á Berga, sufriendo mucho el soldado en el camino por el temporal de aguas.

Desde el 21 de Agosto hasta el 2 de Septiembre lanzaron los carlistas sobre Puigcerdá 747 proyectiles, sin causar una muerte; sólo algunas heridas y contusiones.

En la defensa de Puigcerdá tomaron parte hasta las mujeres, y todos cumplieron con heroísmo bajo la acertadísima dirección de su gobernador militar don Andrés Molera, que ya había logrado distinguirse en la anterior guerra civil por su bizzarria.

RECUPERAN LOS LIBERALES ALGUNOS PUEBLOS. —

IGUALADA.—COMBATE EN VICH

### XIII

Los carlistas derrotados en Castellar de Nuch, se corrieron al llano exigiendo contribuciones en Masnou, Tiana, Vilasar, Arenis, Calella y pueblos inmediatos, llegando hasta muy cerca de Barcelona.

El ejército liberal, después de relevar la guarnición de Berga y atender á la ermita de Nuestra Señora de Queralt, bien encomendada su defensa al comandante don José Cortecans, como lo demostró á los pocos días á costa de su sangre, marchó á Manresa, y

mas de la ciudad y en el anverso este lema: A LOS DEFENSORES DE PUIGCERDÁ LA PATRIA RECONOCIDA. AGOSTO Y SEPTIEMBRE DE 1871.

Se dispuso que las fortificaciones de Puigcerdá se construyesen á espensas del Estado y se indemnizasen las pérdidas de las familias liberales á costa de los bienes de los carlistas.

la brigada Estéban que había ido á Granollers, tuvo ocasión de sorprender á la salida de Caldas de Montbuy á los carlistas, dispersándoles y causándoles algunas pérdidas, efectuando lo mismo días después en Bañolas. Venció la resistencia que le opusieron en Castellfullit á su paso de Besalú á Olot, cuya población, Vich é Igualada volvió á poder de los liberales, encomendando el general en jefe al brigadier don Gregorio Martín López la fortificación de Igualada, con el mando accidental de la segunda brigada de la tercera división, y comenzó las obras á la vez que cobraba las contribuciones atrasadas de los pueblos inmediatos.

También Salamanca se apoderó de Amposta por medio de un afortunado golpe de audacia, que lo era grande embarcar su gente de noche cuando mayor era la avenida del Ebro, dejando arrastrar las barcas por la corriente, tan rápida, que les llevó en una hora de Tortosa á Amposta, donde pudo atracar una de las barcas y entrar su tripulación por sorpresa en el pueblo, acudiendo ya de día las demás fuerzas á hacer frente á las carlistas que marchaban rápidamente á amparar aquella importante población, habiendo llegado antes las liberales por quienes quedó en definitiva.

Deseoso don Carlos de complacer á algunos catalanes, esperando conseguir los resultados que le prometian, concedió las atribuciones que la diputación de Cataluña le pedía; separó el ejército del Principado de el del centro, confiriendo el mando del primero á don Rafael Tristany, y bien recibidas estas medidas en aquel país calmaron la agitación



que ha tiempo reinaba. Considerado natural lo hecho, ninguna influencia ejerció en el ánimo de Savalls, cuyo prestigio menguó por sus fracasos ante Puigcerdá y Olot, dudando muchos de sus dotes militares.

No se avenían bien los carlistas con la pérdida de Igualada y de Vich y se aprestaron á reconquistar ambas poblaciones. Don Francisco Tristany, ascendido á mariscal de campo por la toma de la Seo, con Miret, Nastarat y Jusepet de Vilanova, guiando un contingente de cerca de 3.000 hombres, eligieron posiciones al norte de Igualada, avanzando á su derecha hasta posesionarse de las guixeras, ocupando su centro el pueblo de Odenas y las fuertes posiciones que se prolongan á su retaguardia, extendiendo su izquierda á lo largo del barranco que separa aquel pueblo de la llanura de San Magín, apoyándose en los bosques y olivares en que abunda el terreno por aquella parte.

Durante la noche del 3 al 4 descendieron Moore y Guin con más de 1.000 hombres desde Carmá á Montbuy, tomando posición á una media hora del cerro Puiggros que defendía la villa por el S. ocupado por 100 hombres parapetados en las trincheras que en un día construyó una compañía de ingenieros: al hacerse la descubierta trataron de sorprenderla los carlistas, dirigiéndola una descarga al llegar á la primera guixera y cargando en seguida á la bayoneta para hacer prisioneros á los más avanzados. Estos se arrojaron al precipicio que corta aquella mole de piedra por el lado de la llanura, donde fueron recogidos en camillas por sus compañeros; y el capitán Martínez, en tanto,

con su pequeña fuerza y la del teniente Cortés, arrojó á los carlistas de la primera guixera tomando en ella posición; descendieron de la montaña fuerzas considerables de aquellos que avanzaron á la segunda guixera, deteniéndoles allí con un fuego nutrido hasta la llegada del batallón de Manila que fué á la carrera en auxilio de sus valientes compañeros del de Barcelona. También fueron desalojados los carlistas de sus posiciones de las dos últimas guixeras, que se conservaron apoyándose con una pieza de montaña, tomaron posición en la más avanzada para hostilizar al enemigo, que desde la torre de Odena seguía haciendo fuego.

El brigadier Martín López determinó entonces posesionarse del centro arrojando á los carlistas del lado opuesto del barranco de Odena, como lo consiguió, bien secundado por los retenes de Lugo y Manila, tres compañías del segundo de Extremadura y dos piezas. Mas no se dormían los carlistas, que intentaron envolver el flanco derecho liberal; opuso éste algunas fuerzas, generalizóse el ataque, pretendieron los carlistas llevar á su enemigo ante la fuerte posición de Odena, pero éste no tenía fuerzas bastantes para arriesgarse á pasar el barranco y se limitó á cañonear á los carlistas que ocupaban aquel pueblo y le abandonaron á poco, así como las demás posiciones que habían ocupado, regresando el jefe liberal á Igualada satisfecho del comportamiento de toda su gente.

Lo que ante Igualada podía pasar como un amago fué más sério al frente de Vich. Salió Savalls de Olot en la mañana del 2 de Octubre con seis batallones, una batería de mon-

taña y un escuadron con ánimo de recuperar á Vich. Llegó á Roda, procurando no se supiera su permanencia en este punto. Combinó el asalto escogiendo como más prácticos y conocedores de Vich á Galcerán, Vila de Prat y Planas; dispuso la acometida por tres puntos los más estratégicos, cuales eran la estación del ferro-carril, Santa Clara Vieja y calle de las Droguerías y Santa Teresa, colocándose Savalls con una compañía de mozos de escuadra á poca distancia de Vich, y comenzó el ataque simultáneo á las dos de la mañana, apoderándose los carlistas de tres soldados de la guardia de la calle de Capuchinos. Como pueblo abierto, estaban alojadas las tropas en el centro, y aprovechando los carlistas la confusión natural de los primeros momentos y la circunstancia de descansar todos, se apoderaron fácilmente de las barricadas y del resto de la ciudad no ocupada por las tropas.

Dueños los carlistas de Capuchinos, Cárcel, San Pablo, Nueva parte del Paseo, Manlleu, San Pedro, Casa Caridad, Rambla de Santo Domingo y plaza de Balmes, al clarear el día, el brigadier Macías, que había empezado á tomar sus disposiciones, seguro de la colocación en que tenía su gente, dirigió el ataque para rechazar al invasor, consiguiéndolo, merced á la bravura con que en todas partes peleaban soldados y voluntarios liberales, teniendo que vencer en algunos puntos denodada resistencia y emplear la bayoneta.

Se retiraron los carlistas á la atalaya del Ciprés, fueron perseguidos hasta el Nadal con nutrido fuego y certero el de la artille-

ría, y Savalls dijo que obligó la retirada el aviso de la llegada de una columna liberal; «si bien los primeros que lo hicieron sin esperar mi orden y de la manera más desordenada á la noticia que llegaba otra columna, fuera el batallon primero de Cataluña.»

Entre unos y otros combatientes hubo rasgos de heroísmo, contando ambos considerables pérdidas. La casa-fábrica de Balmes, ocupada por un reten de soldados, fué incendiada, pudiendo salvarse aquellos, aunque no el administrador de ella, muerto por los carlistas, pereciendo tambien en otros puntos personas inermes, y hasta niñas. Los defensores de Vich merecieron la alocución que el 4 les dirigió el brigadier Macías, dándoles las gracias por su comportamiento, y citando á los que habiendo tenido ocasión de distinguirse merecian la admiración de todos.

Por la connivencia que pudo haber habido en los carlistas de la ciudad, tomó contra ellos rigurosas medidas el brigadier Macías.

#### SALVACIÓN DE AMPOSTA

#### XIV

El general Lopez Dominguez organizó de nuevo el ejército de Cataluña en tres divisiones, obedeciendo al plan general de operaciones que se proponía seguir; ya tambien por esta época estaban organizadas las rondas volantes locales, compañías francas con residencia en los puntos fortificados y destinadas al servicio de sorpresas y reconocimientos, formando más tarde cada diez ó doce rondas, un tercio con primero y segundo jefe,

y los seis tercios bajo las órdenes de un brigadier como subinspector.

Importando mucho á los carlistas recuperar á Amposta, á conseguirlo marcharon respetables fuerzas. El capitán general de Cataluña telegrafió el 9 (Octubre) al general Weyler el ataque á aquella villa, coincidiendo el recibo de este telegrama con un parte de Amposta de la misma fecha, avisando no había novedad. En la mañana del 11, disponiéndose Weyler para marchar con Salamanca á Valls y Montblanch á revistar la columna de Ceuta, é incorporarse en Vimbodi á la de Tomasseti, recibió parte urgente de Amposta, de las dos de la tarde del 10, participando que desde las seis de aquella mañana se hallaba la plaza violentamente atacada por fuerzas muy superiores y necesitaba auxilio (1). Embargóse el vapor *Monseny*, se hizo ir á la carrera á Tarragona á la columna Reus que se hallaba en esta ciudad, invirtiendo dos horas en las tres que hay de camino; llegó de Valencia el vapor *Rápido* remitido por Jovellar; embarcáronse unas diez compañías y dos piezas, en junto poco más de 700 hombres en los dos vapores y un laúd, remolcando cuatro barcazas y un lanchon de

(1) En este mismo día 10 oficiaba el general Jovellar desde Valencia que tan pronto como tuvo conocimiento el día anterior de que estaban atacando á Amposta y marchaba Cocala desde Benicarló para reforzar á los sitiadores, lo telegrafió al gobernador militar de Lérida, «toda vez que por tener yo las fuerzas de mi mando empleadas en otras operaciones, no podía mandar ninguna en socorro de dicho punto.» Previno el gobierno saliera un buque de guerra para Tarragona, y de no haberlo se flotara uno mercante para el embarque de la fuerza necesaria para el socorro de Amposta, y envió el buque Jovellar.

desembarco y dos escampavías de guerra, y después de vencer no pocas dificultades (1) se hizo á la mar á las tres de la tarde, tardando siete horas en llegar á Ampolla, de donde huyó una avanzada carlista y todos los habitantes, por lo que habria sido imposible el desembarco sin la previsión de llevar las barcazas. Verificado á la una y media y llevando la artillería arrastrada por los soldados y todo el material á hombros, lograron llegar felizmente á Amposta, cuya guarnición recibió aquel auxilio con júbilo y enternecimiento, por la situación terrible en que se hallaban, con tres cartuchos el soldado que más tenía y sólo un repuesto de mil, tres brechas abiertas, las escalas aún en el muro, y todos desfallecidos por cuarenta y ocho horas de bregar incesante.

Los carlistas habían tomado posición sigilosamente en la madrugada del 10 del arrabal de Amposta colocado á la otra parte del canal, fuera de la fortificación, estableciendo una batería y abriendo aspilleras en las casas; al apercibirse la plaza, hizo fuego; se sostuvo nutrido por ambas partes; una granada carlista inutilizó la cureña de la pieza liberal de una de las baterías; viéronse al amanecer las barricadas que habían construído los carlistas, desde las que hacían un fuego dominante sobre los fuertes Salamanca y camino de Tortosa, usando contra las aspi-

(1) Al darse la orden de hacerse los buques á la mar, carecía el *Rápido* de carbón y agua, y hubo que suspender la marcha, saliendo solo la fuerza que remolcaba el *Monseny*, para que sin perder tiempo llegasen á Ampolla, y desde allí avisase á Amposta, distante tres y media leguas, para que se animase la guarnición sitiada.

lleras perdigones mezclados con las balas: efectuaron el primer asalto en la brecha practicada, que fué rechazado; quedaron los sitiados sin ninguna pieza por haberse inutilizado la única que quedaba; rechazaron aquella noche otros dos asaltos en las nuevas brechas abiertas, que cubrieron después los liberales con sacos de guano; continuó violento el fuego todo el día 11, y al saber por la noche la aproximación del auxilio, intentaron su último y decisivo asalto, apoyado por el fuego de toda su gente y el escaso de los sitiados por la carencia de municiones, llegando á coronar el fuerte de Salamanca y la puerta de Tortosa, pero fueron rechazados á la bayoneta los asaltantes con pérdidas considerables. Desde entonces perdió fuerza el ataque, cesando por completo cuando un cohete desde la izquierda del Ebro avisó la salida de Ampolla de las fuerzas de socorro.

Los sitiadores tomaron tres direcciones; Cucala hacia Uldecona, el cura á Santa Bárbara y Vallés á la Cenia, llevando 200 heridos después de dejar buen número de muertos. También experimentaron sensibles pérdidas los heroicos defensores de Amposta.

Abastecida de lo necesario y municionada, dejó Salamanca algunas fuerzas para levantar las derruidas fortificaciones, y regresó á Tarragona.

Hubo en esta provincia algunos pequeños encuentros, siendo considerable por la bizarría con que se peleó y los resultados que produjo el que con mayores fuerzas carlistas hubo en Blancafor donde tanto se distinguió la columna de operaciones de Ceuta y Ara-

piles el 26 de Octubre, mandada por el coronel Picazo.

En la noche de este día estalló en Granollers un conato de sedición entre algunos soldados de la primera brigada de la primera división, fundando su actitud en la órden del gobierno rebajando los haberes, de 6 á 4 reales, lo que obligó al general Lopez Dominguez á acudir donde se alteraba de tal manera el órden y se faltaba á la disciplina; pero no insistieron los descontentos en su sedición, y el general les revistó y arengó, quedando mutuamente satisfechos jefe y soldados.

Continuaba el desórden en la mayoría de las partidas carlistas, y tales excesos se cometían, que el capitán general de Cataluña, desde Barcelona expidió una circular prescribiendo se observase con los prisioneros que se hicieran la misma conducta que los carlistas observasen con los suyos; que los que fuesen cogidos infraganti causando desperfectos en las carreteras, ferro-carriles, telégrafos ú obras de utilidad pública, ó desviando el curso de las aguas de comun aprovechamiento, serían pasados por las armas, y se establecían represalias justas para evitar atropellos y excesos inconvenientes.

En este tiempo, la guarnición de Amposta, no limitándose á defender la población, sorprendió en Mas del Vergé á considerables fuerzas carlistas, causándoles más de 60 muertos, sobre 100 heridos y 36 prisioneros, á costa tambien de sensibles bajas.

## ACCIÓN DE CASTELLÓN DE AMPURIAS

## XV

Al saber Savalls que en Figueras se había organizado una columna al mando del brigadier don Anton Moya, para impedir las correrías de los carlistas y cobranza de contribuciones en el llano del rico Ampurdan, resolvió atacarla, para lo que envió el 27 de Octubre á la Junquera un batallón y una compañía á las órdenes de don Juan Inglés y de don Juan Muñoz, que sirvieran de cebo, y caer Savalls con el resto de sus fuerzas sobre la retaguardia liberal. No cayendo en este lazo, y siendo preciso al jefe carlista batir á un enemigo, que dominando el Ampurdan le privaba de los necesarios recursos, determinó acometerle en la llanura, confiando en la valentía de su gente, además de demostrar que no necesitaba de las montañas, en aquella ocasión al menos. Reunió con este objeto el 2 de Noviembre en Bañolas toda la brigada, el segundo de Barcelona, dos piezas rayadas de montaña y 70 caballos, é hizo partir á marchas forzadas hácia Castellón de Ampurias al tercero de Gerona y cinco compañías del cuarto con 20 caballos al mando de don Manuel Puigver, con orden de tomar posiciones y aguardar al enemigo, mientras Savalls con el resto de su fuerza efectuaba una marcha estratégica hácia dicho punto.

Las primeras fuerzas llegaron á Castellón de Ampurias á las nueve de la mañana del 3; aprestándose á esperar el ataque, que emprendió el liberal á la una y media sobre el puente que defendían dos compañías del

cuarto al mando de Vilahur. Tan impetuosa fué la acometida, que arrojaron á los carlistas, haciéndoles guarecerse en las casas del pueblo, y por último en la iglesia. Al propio tiempo, en el centro de la línea carlista cargaba la caballería liberal impetuosamente el ala derecha, que se extendía hasta el cementerio, mandada por don Francisco Orri; sufrieron los enemigos dos cargas, y oponiendo los 12 caballos que acompañaban á la retaguardia carlista, la salvaron, pudiendo en tanto reconcentrarse en el pueblo la vanguardia. Atacados todos, defendieron el terreno palmo á palmo hasta la iglesia, que se incendió para rendir á los que en ella se guarecieron, habiéndose retirado los restantes carlistas á la parte N. de la población.

Era la torre de la iglesia la posición más avanzada que defendían; no cesaba el fuego de artillería y fusilería, y llegaron los liberales á apoderarse del templo despues de haber sido rechazados dos veces á la bayoneta, sin poder penetrar en la torre, último baluarte de los sitiados.

Dueños los liberales del puente, llave de la población, bien defendido desde el Hospital, fuerte edificio situado á la derecha y una casa á la izquierda, desde cuyos puntos hacían un fuego convergente, la situación de los carlistas era desesperada; no había salvación y tenían que entregarse. Conociólo Savalls; comprendió ó le hicieron comprender, que atacando por tres puntos distintos para llamar la atención de los liberales, les reduciría, si era posible, á uno, y dispuso que Aymamy con el primero de Gerona fuera á apoyar al tercero y cuarto comprometidos; que

don Olegario de Planas con su batallón, el segundo de Barcelona y 25 caballos atacaron por la parte de Rosas, y habiéndose ofrecido el jefe de E. M. don Alberto Morera atacar el puente, añadió á su media compañía de mozos de escuadra cuatro del segundo de Gerona, una pieza de montaña y 40 caballos. La reserva consistente en alguna infantería, una pieza de artillería y una sección de caballería, formaba una línea protegida por una pequeña arboleda. Planas después de un denodado ataque, experimentando muchas bajas, logró ponerse en relación con el tercero y cuarto; Aymamy al frente de su batallón consiguió tomar varias barricadas y vencer la tenaz resistencia que se le opuso en algunas horas de fuego, y Morera, después de pelear dos horas, comprendiendo que sólo podía apoderarse del puente con un ataque audaz, se puso á la cabeza de dos compañías, disponiendo las demás convenientemente, y se lanzó al grito de ¡viva la Religión y el Rey! sobre el puente, apoderándose de él á costa de sensibles pérdidas. Fueron avanzando los carlistas; encontróse Morera frente á una fuerte barricada de piedra desde la que se hacía horroroso fuego de fusilería y metralla, y en tan apurado trance, ayudados por los señores Oliver (don Félix) y Bruk, levantó otra barricada para proteger la artillería, y por los certeros disparos de ésta y los de la fusilería carlista logró, al cabo de tres horas y de rechazar tres cargas á la bayoneta del batallón de América, apagar los fuegos: tampoco podían continuar los liberales por falta de municiones (1).

(1) El comandante don G... B... que debió llevar con

«Así tomadas todas las posiciones del enemigo, dice Savalls en su parte, fué fortificándose en las mismas, cuando oyó al enemigo que tocaba alto el fuego y pedía parlamento. A este toque se presentó el señor Morera con el capitán don Tomás Arnau y un corneta, á conferenciar con el que parecía ser el jefe de aquella fuerza, que estaba reducida á un edificio, el cual dijo: «nuestras condiciones son estas,» y al mismo tiempo tiró á los nuestros una descarga cerrada, de la que resultó gravemente herido el señor capitán Arnau, y una rozadura de bala en la mano derecha al señor Morera. Ante un hecho tan infame como cobarde, se lanzaron los nuestros á la casa inmediata, y taladrando llegaron á la del enemigo, al que batieron por completo.»

A las tres de la madrugada, después de un bregar tan rudo y continuado, lejos de rendirse los liberales, aún se defendían en dos edificios que dominaban todas las posiciones. Experimentando Savalls grandes pérdidas, ordenó se continuara molestando todo lo posible y antes de amanecer se retiraran, impidiendo al enemigo salir por el puente, y que Puigver con cuatro batallones atacara por retaguardia. Los liberales cayeron entonces sobre Morera, batiéndose unos y otros con desesperación, y ya á las tres de la tarde fingió Savalls una retirada con la reserva y la fuerza que acababa de incorporársele, colocándose en el camino de Figueras, y «este movimiento, dice Savalls, me dió el resultado que

alguna fuerza las municiones al brigadier Moya, se detuvo en el camino por creer que Savalls estaba cercado, y no pasó de Vilasacra.

esperaba, pues á las cuatro y media de la tarde abandonó el enemigo la población, confiando en la inmensa ventaja que ellos creían tener sobre nosotros en el llano.» Cayeron entonces sobre los liberales cuatro batallones carlistas, cargando por el flanco la caballería, y después de hora y media de terrible y sangrienta lucha, agotadas las fuerzas y municiones, quedaron prisioneros 130 individuos de tropa con el brigadier Moya, un comandante y varios oficiales; pudieron salvarse unos 100; los demás, el mayor número, quedaron tendidos en aquel campo enrojecido con la abundante sangre que en él se derramó. La derrota fué completa; pero no pudieron hacer más los derrotados. Así decía con razón el mismo Savalls: «La resistencia que ha hecho el enemigo ha sido muy tenaz, y es lástima que no fuera defendiendo mejor causa, pues desde el brigadier Moya hasta el último oficial, al caer prisioneros, se hallaban heridos ó contusos. Puedo asegurar á V. E., que la batalla de Castellon de Ampurias ha sido la más terrible y sangrienta que ha tenido lugar en este principado en la presente campaña. Su importancia aumenta más por el punto y condiciones del terreno en que ha sido librada, pues situada dicha villa de Castellon en el centro del extenso llano del Ampurdan, casi en el vértice de un ángulo formado por la frontera y el mar, teniendo á su derecha la fuerte ciudad de Gerona y á retaguardia el fuerte castillo de San Fernando de Figueras, el enemigo se creía invencible; pero con esta dura lección se les ha hecho comprender que las bayonetas de nuestro amado y legítimo rey

y señor, en la montaña como en el llano, batirán siempre á los enemigos de su bandera».

Los dos cañones Krupp, unos 40 caballos con su equipo y toda la impedimenta de la columna quedó en poder de los carlistas, que tuvieron razón en celebrar esta victoria, que aseguró además el prestigio de Savalls, muy decaído desde su fracaso en Puigcerdá y Olot (1).

(1) Dirigió la siguiente orden del día 7 de Noviembre á la segunda brigada y segundo batallón de la primera del ejército real de Cataluña.

Voluntarios: Faltaría á un deber de gratitud si después de tan señalada victoria como habeis alcanzado, no me dirigiera á vosotros para hacer justicia al valor que todos habeis desplegado en la batalla que hemos librado en Castellón de Ampurias.

Habeis dado una dura lección al enemigo, que se creía invencible en la llanura: retado y derrotado por vosotros en el centro de Ampurdan, su armamento y artillería, sus caballos, municiones, todo ha caído en nuestro poder, y habeis humillado el orgullo del gobierno tirano, probándole una vez más, que solo son invencibles los que en su pecho sienten arder el santo amor de Dios y de la patria,

Cataluña contemplará con orgullo en vosotros el indomable valor de sus antiguos hijos, que al grito de *desperta ferro*, se lanzaban al enemigo sin contar jamás su número.

En la jornada de los días 3 y 4 de Noviembre habeis rivalizado en valor y entusiasmo; todos sin excepción sois dignos soldados de Dios. Seguid la senda de siempre; sed obedientes á vuestros jefes, valientes en el combate y generosos con los vencidos.

Jefes, oficiales y voluntarios: en nombre de Dios, os califico de ejército suyo privilegiado: en nombre de la patria, os declaro sus mejores hijos: en nombre del rey os saludo como héroes.

Apoyado en vuestra fe, confiado en vuestro valor, un general es invencible; y á los patrióticos gritos de ¡viva la Religión! ¡viva España! ¡viva el Rey! ¡vivan los fueros de Cataluña! siempre os conducirá á la victoria nuestro general, *Savalls*.

Cuartel general de Olot.

Don Carlos concedió á Savalls la gran cruz del Mérito militar, que no era lo que deseaba, sino el ascenso á teniente general, que hacía tiempo esperaba.

Mandóse formar causa por esta derrota, como se había incoado también por la pérdida de la Seo de Urgel, no siendo muy de alabar la actividad en el curso de uno y otro proceso, pues á pesar de exigir las ordenanzas que se instruya y vea en un plazo brevísimo, duró cuatro años.

EL CLOT DE LA MALA MATA.—SITUACIÓN DEL CARLISMO EN CATALUÑA AL FINALIZAR EL AÑO DE 1874

## XVI

Al retirarse del centro don Alfonso y doña María de las Nieves, fueron á la Seo, escoltándoles hasta la Juncosa el batallón de zuavos de cerca de 800 plazas, que se incorporó á las fuerzas de Moore, con los cuales operó éste una rápida y atrevida excursión, pasando á un cuarto de hora de Reus, entrando en poblaciones importantes, hasta que fué sorprendido en Blancafort; corrieron los zuavos á la provincia de Lérida; en Pons se declaró disuelto este batallón, formando algunos de sus individuos la base del nuevo titulado *Guías de don Francisco*, otros se volvieron al centro y los restantes se incorporaron en diversos batallones de Cataluña.

Seguía siendo lamentable la situación de esta preciosa parte de España, y si el jefe de las Rondas de la provincia de Gerona sorprendió en Amer á algunos carlistas causán-

doles varios muertos y en otros puntos se obtenían algunos pequeños triunfos parciales, en cambio se veía atacada la republicana villa de San Celoni, casi á las puertas de Barcelona.

Aquellas algaradas hasta en las comarcas más conocidamente liberales, obligaron al capitán general á crear el somaten armado obligatorio en los pueblos del bajo Llobregat, llano de Barcelona y costa de Levante, formando parte, sin excusa alguna, todos los propietarios y colonos, que no excediendo de la edad de 60 años pagasen cierta contribución. Trazaba la línea de somaten, que empezaba por el pronto en Mataró; imponía una crecida contribución de guerra al pueblo de los inscrites en el somaten, que facilitase recursos á los carlistas, sometiendo á la comisión militar los que interviniesen en la recaudación ó sirviesen de agentes para la conducción y entrega de cantidades al enemigo, y obligaba el auxilio mútuo de los pueblos al oír el toque de á rebato, indemnizando colectiva é individualmente, si no acudiesen, los daños y perjuicios que experimentase la localidad atacada. Nombróse comandante general de los somatenes al brigadier señor Mola y Martínez; se organizaron también milicias locales en muchos pueblos del llano, llegando á haber en Igualada 1.200 milicianos organizados, y todo hacía falta.

Bloquearon los carlistas á Berga y acudió Weyler por orden del general en jefe con la mitad próximamente de cada una de sus brigadas por atender con el resto á sus provincias; llevándose la segunda brigada de la tercera división, con cuyas fuerzas, levantado el



bloqueo, se dirigió hasta Cardona tras los enemigos, con objeto de seguir de allí á Barcelona en cumplimiento de lo que se le había ordenado. Al entrar en Cardona con las fuerzas de su división, fué atacada en el Clot de la Mala Mata, á tres cuartos de hora, la segunda brigada de la tercera división, que iba á tal distancia á retaguardia, guiada en aquel momento por el coronel de uno de sus cuerpos, que cometió la imprudencia de mandar poner en batería dos de las piezas en un barranco en que no podían jugar, por lo que las abandonaron sus artilleros, sin sostener combate ni sufrir bajas que lo disculpasen (1).

(1) «Comprendiendo la dificultad de que el brigadier Miret pudiese alcanzar al enemigo antes de llegar á la Cardona, por la gran ventaja que le tenía, mandé al coronel don Juan Baró, que con el batallón de guías de Cataluña y el sexto de la tercera brigada, se dirigiese por Sorba á atacar al enemigo por el flanco derecho, mientras yo con mi cuartel general y las fuerzas de la segunda división al mando del general don Francisco de Asís Tristany, me dirigí á apoyar este movimiento. Media hora antes de llegar á Cardona, en el Clot de la Mala Mata, la retaguardia de la facción fué alcanzada por el batallón de guías de Cataluña, que rompió el fuego sobre su flanco derecho. Viéndose esta atacada antes de poderse refugiar en la plaza, pensó en posesionarse de la sierra de Torrebaddella, que habia ya dejado á retaguardia y en el camino de Berga á Carmona. Sin embargo, el brigadier Miret ejecutó con tanta precisión el movimiento que le tenía ordenado, salvando con tanta celeridad la distancia que le separaba de la retaguardia enemiga, que logró posesionarse de aquella antes de que pudiera recobrarla la facción, que quebrantada con el vivísimo fuego que desde las respectivas posiciones le hacían los batallones guías de Cataluña y tercero y quinto de la primera brigada, se vió precisado á intentar retirarse precipitadamente y con el mayor desorden á la otra parte del puente de San Juan. Las bajas que en este momento experimentó el enemigo son de muchísi-

El brigadier jefe de la brigada, que estaba en la puerta de Cardona recibiendo instrucciones de Weyler para el alojamiento, acudió por orden del general al campo del combate con un batallón, y poco después, ya anochecido, Weyler con su escolta, encontrándole en posición, pero sin su brigada, que se había dirigido á Cardona en desorden y fuera de camino. Después de una hora, sin ser molestado en lo más mínimo, resolvió regresar Weyler á Cardona con el brigadier, encontrando por casualidad un cañón con su cureña y dos cajas de municiones, que condujo á aquella ciudad, donde supo con sor-

ma consideración, por el fuego convergente que desde sus posiciones hacían sobre él los batallones mencionados. La circunstancia del desorden con que se retiraba el enemigo y emprendía el paso del puente, fué tan hábilmente aprovechado por el brigadier Miret y el coronel Baró, que ambos ordenaron simultáneamente un ataque á la bayoneta, ejecutado con tanta bizarría por estos bravos voluntarios, que al grito de ¡viva el rey! se lanzaron sobre el enemigo sin que éste pudiera apenas percibirse del movimiento antes de verse empujado por nuestras bayonetas, y se arrojaron sobre una batería de montaña, sistema Plasencia, que el cabecilla Weyler (a) había ordenado establecer, protegiendo así el paso de sus soldados, que se retiraron con el mayor desorden, y hacer menos desastrosa la precipitada fuga de su retaguardia.

«En este momento el enemigo intentó un supremo esfuerzo para salvar la artillería, y, formando una fuerte columna de ataque, emprendió el movimiento de avance protegido por una fuerza que, habiéndose encerrado en una casa inmediata, hacía un fuego vivísimo sobre nuestras fuerzas, y sin embargo se mantuvieron fuertes en sus posiciones, sin perder ni un palmo de terreno que habían conquistado, y obligando al enemigo á deshacer las masas con que pretendían recobrarlo».

Parte oficial del jefe del ejército carlista de Cataluña.

(a) Ya vimos que este general estaba en Cardona.

presa se habían dejado abandonado otro cañón, que se despeñó, saliendo á buscarle en seguida los voluntarios de Cardona, á pesar de ser más de las nueve de la noche, sin poderlo encontrar, cuya suerte tuvieron los carlistas avisados por un bagajero que les enseñó el sitio donde estaba.

Supo en Cardona Weyler que el general Montenegro, que conducía un convoy á Berga, estaba detenido en Balcereny ante los carlistas; se dirigió precipitadamente á Sallent y de allí á Balcereny á unirse con Montenegro, dejándole la otra brigada de su división; situado á vanguardia, ocupó las posiciones que tenía el enemigo, que abandonó sin resistencia; siguió el convoy su marcha y le acompañó á su regreso hasta Sallent, donde se quedó, continuando después sus movimientos.

Una variación más efectuaron los carlistas en Cataluña, constituyéndola en capitania general, cuyo mando se confirió á Lizarraga, dando á Tristany la jefatura del cuarto militar de don Carlos; pero este arreglo no fué mejor recibo que los anteriores; origináronse nuevas cuestiones, y con razon podía decir don Carlos, respecto á la parte militar, lo que de la administración civil consignó oficialmente: «Que mucho tiempo hacía que su real persona venía fijándose preferentemente en el estado poco satisfactorio en que se encontraba la administración civil en el Principado de Cataluña».

Habíase decretado el establecimiento de la diputación de guerra, compuesta de 16 individuos nombrados por don Carlos, bajo la presidencia del general que desempeñase el

mando superior en Cataluña, con el derecho de delegación, confiriéndosela atribuciones administrativas en todos los ramos, fijar impuestos y contribuciones, realizar empréstitos, nombrar y destituir ayuntamientos y funcionarios del orden civil, organizar la guardia foral, somatenes y milicias realistas, con el carácter de reserva del ejército de Cataluña; dirigir el servicio postal y telegráfico, la instrucción pública, sin desposeer al clero de su intervención; y se disponía la creación de una audiencia territorial con atribuciones también como tribunal supremo de justicia, sustituyendo los jueces de primera instancia por los alcaldes mayores nombrados por don Carlos, á propuesta de la diputación. Revestida con tan amplias facultades, y aun contando en su seno algunos dignos individuos, adoptó providencias absurdas, no supo escoger el personal subalterno, siguió la confusión, y los jefes militares que no podían desatender á las tropas, tomaban medidas abiertamente opuestas á la diputación, cobraban las contribuciones por su cuenta, y se cometían tales abusos y exacciones, que exasperaban á los pueblos y enajenaban muchas simpatías. En pugna la diputación con los jefes militares, se creó una situación que no podía menos de producir lamentables consecuencias para la causa carlista.

Esta había obtenido valiosos triunfos en el Principado, invadiéndolo todo á su voluntad y poseyendo una plaza fuerte de la importancia de la Seo; pero los mismos carlistas, más que sus enemigos esterilizaban estas ventajas, y las esterilizaban los que las obtuvieron.

Entreteniéndose algunos jefes, los de más años, en diversiones y bailes y en ostentar entorchados (1), y otros en hacerse la guerra por celos y rivalidades, daba esto por

(1) «A Savalls déjale pasear su garbo por las calles de Olot á lo carnavalesco; déjale hacerse dar serenatas todos los días y hasta las diez de la noche; déjale ir del brazo con su señora, que ostenta un lujo insultante; déjale que permita pabonear á sus hijas y las mande su música siempre que quieran bailar en un prado; déjale bailar al mismo en medio de la plaza deshonrando su uniforme; déjale hacer gala de sus entorchados que jamás olvida; déjale llevar lós voluntarios al matadero como en Puigcerdá; déjale retirarse á dos horas del fuego como en la acción de Castellar de Nuch; déjale fusilar á centenares de infelices prisioneros como en Vallfogona y con horror de todas las almas cristianas y del país entero; déjale ir á gozar de las delicias de Olot, que es la Capua de los carlistas.» Manifiesta haber visto todo esto y otras cosas que callaba, pide el relevo de Savalls y continua: «Mi lealtad y el amor que tengo á la causa me impulsan á expresarme con tanta claridad como energía, y si usted tiene medios para hacer llegar a los oídos de S. M. la voz de este español, que como usted sabe bastante ha hecho para la defensa de Dios, Patria y Rey, pronto estoy á redactar una memoria exponiendo, amén de todo lo indicado, la desorganización de las intendencias, el despilfarro en los gastos, la falta de política en atraerse al país, el desbarajuste en las filas la inmoralidad de jefes y voluntarios».

Carta de Lo Mestre Titas (a) al presbítero don Mateo B...

Los más amigos de Savalls se volvieron en su contra. Estando don Felipe Sabater en el sitio de Olot se le presentó una comisión de voluntarios y propietarios para que se pusiera al frente de las fuerzas de Gerona y Barcelona, no permitiera el regreso de Savalls y echara á Auguet, por considerar á ambos perjudiciales; y atendiendo Sabater á que había sido jefe de E. M. de Savalls, y á lo grave del caso, se negó por completo.

Muchos de los mismos propietarios que habían dicho á Savalls que era su Providencia, fueron los que más clamaron después contra él. Podríamos citar nombres de individuos de Olot y de otros puntos.

(a) Era el pseudónimo de don F. S.

resultado la desorganización en todos los ramos, odios, rencores, venganzas, ambición y pretensiones indebidas. Así eran inútiles los sacrificios, el valor, la abnegación de aquellos valientes soldados que no escaseaban su sangre, de los que todo lo arriesgaban al triunfo de un principio que profesaban con fe y defendían con convicción profunda.

Personas de verdadera autoridad se quejaban de la carencia completa del sentimiento religioso en muchos carlistas (1) que no le demostraban seguramente, y algunos ni en la apariencia.

La misma muchedumbre de decididos partidarios con que contaba la causa carlista arraigó en ellos una confianza que les fué funesta (2); y no empezaron á dudar del triunfo hasta que palparon los desaciertos; esperando únicamente en los que también cometían los liberales, que si no bastaban para que aquellos triunfases, contribuirían á la

(1) Evidentes pruebas van presentando en el curso de esta obra; podíamos reproducir algunos de los documentos que tenemos á la vista de respetables sacerdotes y seglares, y solo reproduciremos el párrafo de una carta de don Pedro Pujador, que tenía motivos para estar bien enterado y decía así: «Sabido es que la falta de catolicismo práctico es la causa de todos nuestros males; de aquí la ambición desmesurada de nuestros jefes, y de esta el fatal desacuerdo entre ellos. Quien sea amigo de Tristany ya no lo es de Savalls, y así de todos los jefes».

(2) Tal seguridad tenían en el triunfo, que no se dudaba creer las noticias más inexactas, y habiéndose propalado la de toma de Bilbao, hasta por ella dirigieron entusiastas felicitaciones, no firmadas por personas vulgares, sino por personajes como el duque de Solferino, señores de Lladó, Padre Samuel, Llanza, Palau de Auguet, Ros, Rosell, Palau y Catalan, Paradaltas y Dupre y de Pintó, Cabanyes y Ttrullás, y señoras y señoritas de Palau, Ros y Llanza, de Rimont y Callis, Raures, Hansay y otras.

ruína de todos, que parecía ser la aspiración suicida de los que se mostraban impotentes para terminar los grandes males que affigian á la patria.

Si los carlistas parecían posponer á sus disensiones la lucha en que estaban empeñados, no obraban de distinto modo los liberales, habiendo muchos que esperaban conseguir por evoluciones políticas una paz de la que sin duda deseaban teniendo las armas en la mano. Pero ya nos ocuparemos de estos hechos, bastando ahora á nuestro propósito manifestar que al recibir el gobernador militar de Barcelona señor Cañás, los telegramas del gobierno dando cuenta del pronunciamiento de Sagunto, publicó el 30 un boletín extraordinario trasmitiendo los partes y condoliéndose de aquella «insurrección militar en los momentos en que la nación y su gobierno están sacrificándose por poner término á una guerra civil que nos envilece y aniquila..... abriendo una herida más en el corazón de la patria, harto affigida por continuas desgracias.»

Eran grandes las que pesaban sobre Cataluña. Ya en 1.º de Noviembre á virtud de «el comportamiento altamente criminal que las facciones carlistas vienen observando en este distrito militar..... sin freno alguno ni aun el de la santa religión que invocan, se entregan con furor á toda clase de excesos, cometiendo atropellos incalificables..... sin respeto á la vida ni á la propiedad, etcétera, etcétera»; todo lo cual reclamaba enérgicas medidas y las decretó, confiando contener la barbarie de algunos partidarios que desacreditaban la causa que defendían.

## ARAGON, VALENCIA, MURCIA Y CASTILLA

### OCUPACIÓN DE ALBACETE—

ALGARADAS DE SANTES—PROPÓSITOS DE MARCO  
—DESÓRDENES—CUCALA—LIRIA

### XVII

Mientras en Zaragoza, desoyendo los prudentes consejos del capitán general señor Burgos, se batían los republicanos con el ejército y se derramaba abundante sangre liberal, los carlistas hacían atrevidas algaradas, efectuando exacciones y aumentando las desgracias del país.

En el centro, como en Cataluña, faltaba un jefe caracterizado, y el mismo día 1.º del año 1874 que nos ocupa, escribía Elío á Cevallos, exponiéndole la necesidad de un jefe principal en Aragon y otro en Valencia: conferido este mando á Palacios se deseaba se encargase aquel del de Aragon y se procurase concluir con las disensiones que existían entre los jefes subalternos; pero ya vimos la suerte de la expedición (1), y en vano estuvo pidiendo Cevallos los elementos que necesitaba.

Deseando Palacios se le presentasen ocasiones de mostrar sus buenos deseos, no pudo menos de acoger favorablemente el proyecto que le propuso el señor Valiente para apoderarse de la ciudad de Albacete, capital de provincia, con audiencia territorial, un vecindario de más de 17.000 habitantes, y á pocas horas de Madrid por el ferro-carril. Convocó á Santes, dispuso que éste marchase

(1) Página 73 de este tomo.

á la ejecución del plan en compañía del autor, persona práctica en el terreno, y Palacios, con un movimiento opuesto, llamaría la atención de las columnas enemigas.

Santes, que desde Chelva, donde le dejamos el 6 de Enero (1), había ido el 7 por Cuejar y Sinarcas á Camporrobles, fué el 8 por Villargordo del Cabriel á Villamela; el 9 marchó toda la noche por Madrigueras, y con muchas bajas y él enfermo, al amanecer del 10 cayó sobre Albacete por San Anton y el Portazgo.

Mandaba en esta ciudad el brigadier Alemany, que apercibido de la aproximación de los enemigos había tomado algunas providencias. Como contaba con poca fuerza, la pidió á Madrid y á Valencia, y aunque acababa de ser desarmada la milicia republicana, repartieron por la noche algunos fusiles, que no fueron muy aprovechados.

Empezado el combate, bastante desigual por la inferioridad numérica de los liberales, perdieron éstos la estación del ferro-carril, que fué tomado á la bayoneta por el batallón de Guías. El coronel carlista Vidal iba avanzando al interior de la población, protegido por las fuerzas de Cabanes: el segundo de cazadores, apoderado de la fonda del Relojero, trataba de apagar los fuegos del gobierno civil, donde estaba Alemany, y era más seria la resistencia; y Santes que se había quedado en la ermita de San Antonio con algunas fuerzas, ordenó á Vidal que el jefe de la primera brigada se dirigiera por la calle de Zapateros, Mayor, y Gaona, á tomar toda la

zona de la audiencia, y ya en ella, perforara las casas hasta llegar al gobierno civil, incendiándole si no se rendía. Púsose en ejecución el plan, y siendo laborioso, se fué por los tejados hasta el gobierno civil, cuya techumbre perforaron, y al ir á incendiarles se presentó una comisión de liberales y carlistas de la ciudad, se empezaron los tratos y se acordó al fin una capitulación, conservando toda la oficialidad sus espadas y revolvers, quedando después en libertad, incluso la tropa.

Entró despues Santes, y al anocheecer regresó á Madrigueras con unos 30.000 duros, los fondos y efectos de estancadas, 40 caballos de la requisa, 1.200 fusiles y 60.000 cartuchos. Al retirarse se apoderó de 80.000 más que llevaban varios carros. Los rehenes que se llevaron hasta que se abonara la fuerte suma que impuso á la ciudad, se escaparon en el momento que el silbido de la locomotora, que conducía tropas de Madrid, introdujo el pánico y la confusión entre los carlistas. Algunas horas más que se prolongara la resistencia, mal se hubieran visto los invasores á la llegada del tren portador de las tropas que con febril actividad envió el ministro de la Guerra.

Albacete y aun la Gineta cometieron la falta de no cortar el puente de Cuevasyerma por donde pasó Santes el 9 (1).

(1) Envió á Gineta 100 caballos y 50 infantes cogiendo rehenes, de lo que pudo evadirse don Juan Olivares, mas no sus mulas; impusieron 3.000 duros de contribución, no á los mayores contribuyentes, sino á los anotados por liberales; rompieron el telégrafo, interceptaron la vía, se incautaron de 10.000 duros que iban en el tren

(1) Véase página 67.

Santes corrió á Villamelea, distribuyó el 12 en Minglanilla el armamento cogido en Albacete, puso preso al coronel de su caballería don Juan Bautista Domingo y Arnau, y por Villargordo, Caudete y Utiel fué el 15 á Chelva, donde descansó hasta el 20, que marchó por Domeño y Sosa á Villar del Arzobispo, bajando hasta Villamarchante, corriéndose por Náguera á Segorbe, y volviendo á Chelva por Cueva Santa, Alcublas, Villar del Arzobispo y Calles, después de efectuar esta algarada en siete días.

Al otro extremo del centro invadía Vallés de nuevo á Caspe, que ni ayuntamiento tenía, por lo que la vida de todos peligraba, y el temor que inspiraron los actos del cura de Flix: se dieron bailes, se exigieron impuestos y se prendió á los mayores contribuyentes, llevándose en rehenes á un niño de pecho con su nodriza, hasta que la familia Samper (a) Vireta, pagase 7.000 duros. Así se esquilmba á los pueblos que se ocupaban sólo para saquearlos, faltando á las órdenes de los jefes superiores carlistas.

Désde la incorporación de las fuerzas de Pellicer empezó Marco á pensar en los recursos que podían sacarse de la tierra baja, país el más rico de la provincia, y que debía

---

correo y marcharon en él á la Roda, donde no penetraron por falta de tiempo.

El batallón que llegó oportunamente á la Roda, no era prudente se presentase sólo ante las fuerzas de Santes, y justamente los refuerzos que se fueron enviando con toda la celeridad posible, contribuyeron cuando menos á la precipitada retirada de los carlistas, á que fueron rendidos y estropeados, y hasta que muchos tiraran las armas y morrales solo á la noticia de que se acercaban las tropas del gobierno.

casi todas las contribuciones, por lo que efectuó una expedición, recorriendo los distritos de Caspe y Valderrobles. El éxito, en materia de recaudación, no fué como el recibimiento, porque los del país, aunquepreciados de carlistas, olvidaban sus ideas tratándose de intereses y dirigían la vista á las columnas liberales deseando fuesen á interrumpir la recaudación, del mismo modo que lo hacían á las fuerzas carlistas cuando trataban de cobrar los liberales.

Tocando en esta expedición muy de cerca los malísimos resultados que daban las incursiones de los valencianos en aquel país, que lo trataban como conquistado, sacando recursos de todo género contra la orden terminante del ministro carlista de la Guerra, que prohibía á ningún jefe hacer exacciones fuera del territorio de su mando (1), y en vista también de la absurda interpretación que quería dar Vallés al Maestrazgo, haciéndolo llegar desde Castellon hasta Alcañiz y Montalban, se vió precisado Marco á mandar un emisario al Norte para quejarse de esta conducta. Esta comisión se le encargó al canónigo don Pedro Abril, que la desempeñó con prontitud y celo, llevando una orden (2) en la que se ordenaba de una manera clara y terminante á todos los jefes carlistas que se limitasen á recaudar en el territorio de sus respectivas provincias. No habiendo dado resultado, aunque se comunicó oportunamente á todos los jefes limitrofes, fué preciso recu-

---

(1) Fechada en Balmaseda el 12 de Enero de 1874, y firmada por don Joaquin Elió.

(2) Dada en Durango el 25 de Enero.

rrir de nuevo al Norte, y fué otra orden algo más fuerte que la anterior, que si no puso fin al mal, lo remedió bastante.

Era frecuente que cuando las fuerzas de Aragón se adelantaban del río Martín ó de la línea de Montalban á Teruel para oponerse á las columnas liberales, entonces, especialmente Polo, Vallés, Panera y Pascual, con la seguridad de tener delante á Marco con los aragoneses, entraban por su retaguardia sacando á los pueblos las cantidades que les parecía. Los carlistas de Aragón no podían sostenerse si se les quitaban los recursos propios, y como Marco no quería hacer exacciones indebidas, eran crecientes sus apuros.

Los carlistas del centro siguieron aumentando en número, pero el armamento escaseaba, y esto, unido á que al mismo tiempo faltaba unión y conformidad de miras entre los jefes de los diversas demarcaciones, fué la causa de que no se llevaran á cabo operaciones importantes, limitándose cada cual á obrar por sí y ante sí, sin tener otra mira que la de esquivar el encuentro con el enemigo, por temor á un fracaso. Con el objeto de sacar de su apatía á los jefes valencianos y de reanimar el espíritu de los carlistas ojalateros, que acusaban de inacción á las fuerzas y á los jefes carlistas porque cada día no libraban una batalla, consiguiendo por supuesto una victoria, al regreso de una de las expediciones á la provincia de Guadalajara don Manuel Marco, decidió en Rubielos de Mora verse con Vallés, comandante general interino de Castellón y Valencia que se hallaba entonces en Villafrauca del Cid, en cuya entrevista, comprendió Vallés la necesidad de la unión

y de obrar combinados para toda operación importante, y se ofreció á poner sus fuerzas á disposición de Marco cuando éste las necesitase, del mismo modo que Marco le ofrecía las suyas.

Poco tardó Vallés en hacer uso del ofrecimiento, pues encontrándose Marco en Cantavieja con los batallones aragoneses detenido por las lluvias, recibió á los pocos días un oficio de aquel en que le anunciaba la salida de Santa Pau, capitán general de Zaragoza, con una fuerte columna en dirección á Morella, para levantar el bloqueo en que la tenían los valencianos, rogándole que acudiese con sus batallones á la Pobleta para oponerse al paso de Santa Pau, á donde, según decía, esperaría él la llegada de las fuerzas aragonesas. Marco, inmediatamente que recibió este aviso, á pesar de estar diluviando, por Mirambel y Zurita se encaminó á la Pobleta, teniendo que habilitar puentes para pasar con su fuerza el río Zurita, por debajo de Forcall. ¡Cuál no sería su sorpresa al saber que Vallés no había parecido, y que mientras las fuerzas aragonesas se colocaban, en unión con las de Segarra en la Pobleta, para defender el paso á Morella, Vallés con sus dos batallones se colocaba á cinco leguas á retaguardia, (en el Forcall) mandando al mismo tiempo al cura de la Todolella á cobrar contribuciones al distrito de Castellote! También Cucala acudió oportunamente con sus fuerzas á defender el paso de la Pobleta.

Desde entonces, y por el empeño de Vallés de cobrar en Aragón las contribuciones, á pesar de las superiores órdenes en contrario, se enfriaron las relaciones que entre

ambos jefes de provincias limítrofes debían existir, aún cuando siendo Vallés hechura de Cabrera no podía ser amigo de Marco; quien imposibilitado para toda combinación con las fuerzas valencianas, quedó reducido á no poder intentar ataque alguno formal, mientras su gente no adquiriese mejor armamento y organización, como pudo apreciarse poco después en el encuentro que tuvo en Checa con la columna Navarro, inspirándole poca confianza muchos de los jefes y oficiales que llevaba.

Vallés por su parte procuraba también castigar algunos de los abusos cometidos por los jefes del cuarto batallón del Maestrazgo, lo cual parece que impidió Palacios, así como el que se fusilara á dos comisionados de Mir y á un corneta de Cucala, constituido en comandante de armas de un pueblo cuyos vecinos denunciaron á Palacios los desórdenes de que eran víctimas.

Don Pascual Cucala, que más obraba impulsado por su hermano que por su propia cuenta, y mal aconsejado por un Mosen J. V..... era materia dispuesta para todo, y le halagaban el que le dijeran que mandando la brigada más temida de todas «era preciso que sus hechos fuesen independientes de los demás jefes,» como sucedía por lo general, adoleciendo los que le seguían del mismo instinto de insubordinación é independencia.

La columna de La Guardia que recorría la línea de Sagunto á Castellón, al llegar á Almenara el 7 supo que Cucala había pernотada el 5 en Villarreal, y el 6 se dirigía á Onda, debiéndose encontrar para aquel día en

Bechi. Desfiló el liberal en dirección á Nules, siguió á Bechi, y al llegar la vanguardia mandada por el señor Sales, voluntario de Castellón, al cruce del camino vecinal con la carretera de Artana á Villarreal, vió á los carlistas en los algarrobales y les atacó tan impetuosamente, que huyeron de prisa, dejando algunos muertos. Guareciéronse en la sierra, les cañoneó La Guardia, se retiraron los enemigos con algunas pérdidas y el liberal entró en Bechi.

Reunidos á Cucala, Vizcarro y Corredor con buen número de gente, trataron de molestar á La Guardia al salir de Bechi: como creían que se dirigía hacia Castellón, se corrieron por la sierra hacia Villavieja y Nules. Comprendiendo el liberal la idea del enemigo, al llegar al cruce de la carretera de Valencia, siguió hacia Nules, donde supo que estaban entrando los carlistas por la parte de Villavieja. Penetró á galope en el pueblo por el centro la vanguardia de caballería, mientras otras fuerzas se desplegaron en guerrilla por derecha é izquierda; se armó gran confusión porque también había penetrado la caballería de Cucala; se oyeron tiros y gritaría por todas partes y se retiraron los carlistas precipitadamente á Villavieja, seguidos por los liberales. Guarecidos en la montaña, les envió La Guardia desde Nules algunas granadas.

El 9 regresó Cucala á Artana y de aquí á la Vall de Uxó, donde fusiló en el Calvario á dos infelices pordioseros por suponerles espías.

Por Viver y Alcublas marchó Cucala á Liria á la que llegó en la tarde del 12, pene-



trando sus avanzadas en la población, á pesar del fuego con que fueron recibidas: al llegar el grueso de las fuerzas, tomaron á Santa Bárbara y otros puntos, generalizándose el ataque. Intimó Cucala la rendición á los voluntarios que defendían la Torreta, no la aceptaron, tuvieron que replegarse, la ocuparon los invasores á cosa de las diez de la noche, atacaron al fuerte, llegando cautelosamente hasta unos doce metros, rechazándoles los voluntarios; rechazaron también las intimaciones que se les hicieron, siguió todo el día 13 el ataque y la resistencia escaseando á los liberales sus municiones por carecer de repuesto; llegó por la noche Palacios con nuevas fuerzas, en el momento que reinaba grande agitación por haber dispuesto Cucala se pusiera delante de la columna de ataque á las mujeres de todos los liberales; desaprobó Palacios tal proceder y sólo se sirvió de las mujeres para la conducción de los parlamentos. Intimó la rendición en términos más corteses, contestaron negativamente, y aceptaron al fin, por ganar tiempo, una conferencia con Palacios, en la que no pudieron entenderse: en la mañana del 14 se estuvieron contemplando unos y otros contendientes sin hacerse fuego, y poco después se retiraron los carlistas por el Villar llevándose 30.000 reales y lo que los de Cucala recogieron en algunas casas que saquearon.

Weyler, que acudía, pudo cañonear la retaguardia carlista; aréngó á los voluntarios dándoles las gracias, ofreciendo recomendar sus servicios, y les manifestó su deseo de colocarles la cruz del mérito militar, que bien la habían ganado los valerosos hijos de la

Gran Edeta de los cartagineses y la Laurona de los romanos.

Palacios se dirigió á Chelva.

#### VALLÉS—CASTELLON

GUERRILLAS LIBERALES—DISPERSIÓN EN CHECA  
CORRERÍA DE MARCO—CUESTIÓN VILLALAIN

### XVIII

Vallés, á quien vimos recorriendo el Maestrazgo hasta Caspe cobrando tributos, se atrevió á acercarse á Castellon de la Plana intimando á su gobernador militar se le abrieran las puertas de la ciudad, ofreciendo respetar y proteger las personas, su libertad é intereses, y si rechazaban su propuesta que emplearía contra la capital todos los medios de destrucción á que la guerra le deba derecho. El comandante militar de la plaza don Cayetano Iborti, contestó quedar enterado, que las personas é intereses estaban garantidos y que todos cumplirían con su deber defendiéndose. Con el mayor entusiasmo acudieron todos á las murallas; los carlistas establecieron el bloqueo y cortaron las aguas: la resuelta decisión de los castellonenses y la aproximación de las tropas liberales obligó á Vallés á marchar á Onda. Irritado con el desorden que reinaba, con las injusticias que se protegían y los crímenes que se dejaban impunes, se indispuó con Cucala y con su mismo jefe, dimitió su destino, y sus ayudantes.

Sofocado al nacer el movimiento cantonal de Fraga, pudieron continuar las escasas fuerzas que por allí operaban prestando algunos servicios á la causa liberal, que no era

donde menos falta hacían por el interés que mostraban los carlistas en apoderarse de la famosa ciudad de la *Maza*, que les haría dueños de toda aquella parte del Cinca hasta su confluencia con el Ebro y amenazarían constantemente á Mequinenza.

Satisfaciendo una necesidad apremiante, y como en Cuba se hizo, empezaron á funcionar en el Maestrazgo las guerrillas liberales creadas por el brigadier Villacampa, siendo su misión sorprender los puestos avanzados de los carlistas, tener en constante alarma á los que vagaban por aquella comarca, copar á los comandantes de armas, vigías y verdaderos enemigos, y adquirir cuantas noticias interesaran (1).

Indicamos solo el encuentro que Marco tuvo en Checa con la columna Navarro, que muy inferior en fuerzas, y obrando activo castigó bien á su enemigo, que al oír los primeros tiros se dispersó, siendo el primero que huyó el jefe de E. M. don Ildefonso Puerto, llevándose la caballería por un terreno que aún á pie es muy difícil pasar. Contúvose, sin embargo el liberal, gracias al valor individual de algunos 20 hombres de la compañía de guías, que con don Manuel Marco sostuvieron un terrible fuego, y á la serenidad y arrojo de los señores Abril, Madrazo y Calvo, que con unos pocos cumplieron bien. Los dispersos entretanto corrían cada vez más, y á las repetidas órdenes que

(1) Los oficiales y clases de tropa, individuos pertenecientes al batallón de Castrejana, número 2, que componían las guerrillas, era gente escogida, andadora, práctica del terreno en que operaban, y avezada, en caso de necesidad, á trocar el arma de fuego por la blanca.

les comunicó Polo y Vicente de parte de Marco para que formasen y retrocediesen, contestaron unos corriendo más de prisa, y otros, como Puerto, diciendo que llevaba desbocado el caballo, y le era imposible contenerlo. En la imposibilidad de reunirlos, si no se les iba á buscar, á las nueve de la noche abandonó Marco el pueblo de Checa (en el que Navarro no entró hasta que le aseguraron comisiones de aquel ayuntamiento la marcha de los carlistas), y fué á alcanzar á los dispersos despues de mandarles repetidos avisos para que parasen en el nacimiento del Tajo entre Guadalaviar y Zafrilla. Llevaba entonces Marco cuatro batallones y unos 120 caballos: entre los cuatro llevarían unos 160 fusiles Berdan, 400 Minié y otros tantos del sistema antiguo de bala esférica.

Desde Caspe, y por las inmediaciones de Belchite y Cariñena se había aproximado á Calatayud; se le echaron en seguida encima columnas enemigas llegadas por el ferrocarril, que pudo burlarlas dirigiéndose al Señorío de Molina. Habiendo despistado á éstas, desde las inmediaciones de Molina marchó con unos 400 hombres y 40 caballos á Maranchon, enviando las restantes fuerzas á Molina á las órdenes de Puerto (1), para

(1) El día que Puerto fué á Molina, un hermano suyo que hacía de abanderado en un batallón, cansado sin duda de llevar vida tan penosa, se quedó oculto y se presentó á la llegada de la columna Navarro. Minutos antes de llegar Marco á Checa á unirse con las demás fuerzas, había llegado Navarro y tomado una posición en unos peñascos que dominan el pueblo. Esta fué la causa de que cuando Marco entró en el pueblo con sus ayudantes y media compañía de guías le habían abandonado precipitadamente los carlistas.

que al siguiente día fueran á Peralejos y al otro á Checa, á cuyo pueblo él acudiría. Al volver frente á Molina ya había llegado una columna, que pudo burlar, así como ir á Maranchón, á recoger en sus inmediaciones 80 fusiles, bastantes cartuchos y otros efectos y avistarse con los encargados que tenía en Madrid, á fin de convenir el modo de llevar 300 fusiles que iban mandando los agentes de Madrid y Zaragoza, para mejorar el armamento.

Insuficiente la columna Navarro para derrotar á un enemigo ligero y en continua movilidad, pudo y debió formarse con la guardia civil concentrada en Guadalajara y las compañías de Mérida que había en Sigüenza una columna que operase en combinación con la de Navarro. En Molina, donde si había carlistas había también buenos liberales, hubo en la pasada guerra un destacamento que prestó muy útiles servicios que no hubiera negado en esta seguramente, por ser población que cuenta mucho más de 3.000 habitantes, la llave de las sierras de Cuenca, Soria y Albarracín, y se tendría á raya á los carlistas que de Cuenca y Aragon penetrasen en la provincia de Guadalajara, como lo hicieron varias veces, sin encontrar quien se les opusiera. Así merodeaban por aquella tierra pequeñas partidas, y se cometían punibles excesos (1).

(1) Como el siguiente: El cura de Tarabilla, venerable sacerdote é inofensivo, fué sacado de su casa, donde vivía tranquilo confiado en su conciencia y en no haber hecho mal á nadie, y en uno de los pueblos del tránsito, le hicieron beber los carlistas tres tazas de agua hirviendo, que solo pudo tragar arrasándosele de lágrimas

Aun cuando quedó sin efecto el nombramiento de Villalain de comandante general de las provincias de Guadalajara y Cuenca y de los partidos de Calatayud y Daroca, siguió titulándose tal autoridad, publicando como tal alocuciones y bandos, en los que anunciaba haber ya sonado la hora de la regeneración social; llamaba á los liberales *salvajes de la moderna civilización*, y á la vez que alentaba á sus partidarios á tomar las armas, invitaba á los soldados de la república á pasarse á las banderas absolutistas. Recorriendo aquel territorio con una partida de caballería hacía exacciones en los pueblos, distinguiéndose por su mal proceder y singularizándose con los carlistas amigos de Marco. Para atajarle en tal camino se le ordenó por el ministro de la Guerra se presentase con su fuerza en Cantavieja á las órdenes de Marco: no hizo caso; los que amaban el buen crédito del partido carlista insistieron con Elío para que reiterase la orden; la recibió en efecto Marco á los pocos días bien terminante, y con instrucciones para que se le remitiese original, reservándose copia, y la importancia que adquirió este asunto nos obliga á dar los detalles que consignamos en nota (1). Palacios escribió desde Alcora á

los ojos. Su único delito era haber jurado la constitución, como lo hicieron muchos, autorizados por el prelado de la diócesi.

(1) Se le mandó la original á Campillo, una copia á Maranchón y otra á Molina, y dice uno de los principales actores de aquellos sucesos: «Cumplió el primero el encargo, el comisionado de Campillo, y al preguntarle á Villalain qué contestaba, empezó á hablar de la manera descomunal que sabía hacer, llenando de picardías y desvergüenzas á Marco, á Elío y aun al mismo don Car-

Marco lamentándose de lo que había acontecido con Villalain; que fuese «un ministro del altar el ejecutor de un hecho que el enemigo se bañara en agua de rosas», y que como jefe de ambas Castillas le tenía mandado que no obedeciese más órdenes que las suyas.

los, apaleando á un oficial suyo que le hizo observar que debía obedecer. Al presentarle en Molina poco después la copia allí remitida, dió una contestación que la decencia impide transcribir. Habiendo salido por aquellos días con una partida de 90 hombres el cura Megino en las inmediaciones de aquella población, se vió precisado á incorporarse á Villalain, que llevaba próximamente 60 caballos, y con este refuerzo entraron en Sigüenza sacando bastantes recursos. Al regresar de esta expedición, cayó por casualidad en Maranchon en poder de Megino la segunda copia de la orden que allí se había remitido, y al verla, comprendiendo que su jefe no era otra cosa que un insurrecto que obraba por cuenta propia, reunió á los oficiales de toda la partida, y dándoles cuenta de la comunicación que obraba en su poder, les dijo: «Ya ven ustedes por el contenido de esta Real orden, que don Angel Villalain no obedece las órdenes que le comunica el ministro de la Guerra y sus jefes superiores; si él y ustedes están dispuestos á seguir por el camino emprendido, que no conduce á otra cosa más que á colocarnos en una situación tal que dentro de poco seamos perseguidos por los carlistas y los liberales, pueden ustedes hacerlo: yo por mi parte estoy dispuesto á obedecer, se nos manda que nos presentemos en Cantavieja á las órdenes del general don Manuel Marco, y con mi infantería mañana mismo me marcho.» Acordes todos aquellos oficiales en que esa era la conducta que debían seguir, convinieron en levantar un acta del acuerdo que firmaron allí mismo, enviándola á Marco directamente, y anunciándole al mismo tiempo que muy pronto acudirían á ponerse á sus órdenes. En Molina de Aragón fué donde decidió Megino llevar adelante su plan: estando formado en las afueras toda la fuerza, se dirigió á Villalain y le dijo: «Tenemos noticia, don Angel, que ha recibido usted órdenes del Cuartel Real para que se presente usted en Cantavieja y se ponga con toda su fuerza á la disposición de don Manuel Marco. ¿Qué piensa usted hacer?»—«Nada le importa á usted eso,» contestó Villalain, «yo haré lo que me de la gana.»—«Usted hará lo que le de la gana,» añá-

La conducta de don Francisco Megino y de los que le siguieron, que levantaron acta de su proceder, fué aprobada por don Carlos, como no podía menos, en su deseo de que

dió Megino; «pero ha de tener usted en cuenta que todos nosotros no queremos que se nos considere nunca como insubordinados, y que estamos dispuestos á marcharnos ahora mismo á Cantavieja, obedeciendo las órdenes que usted no quiere cumplir.» Entonces Villalain se dirigió á la caballería en la que fundaba todas sus esperanzas, tratando de seducirlos para que le siguieran; pero viendo que todos estaban dispuestos á irse con Megino, bajó la cabeza, y montando en su caballo les anunció que se iría él solo. Esta resolución de Villalain llenó de alegría á Megino; pero luego se arrepintió, y entregándole á Larico, se constituyó prisionero, prometiendo que no trataría de escaparse y que los acompañaría hasta Cantavieja.

«En efecto, desde Molina por la sierra de Albarracín y cruzando la carretera de Valencia por Sarrión, llegaron sin novedad á Cantavieja, entregando á Villalain al gobernador militar de aquella plaza, don Joaquin Lacambra. Para terminar todo lo referente á este asunto, basta decir que en las declaraciones que se tomaron á Villalain sobre sus actos y sobre la inversión dada á los fondos que había recaudado, quedó tan mal para la su reputación, que no atreviéndose Marco á resolver por sí asunto tan grave, dió cuenta al Real de lo ocurrido, esperando las órdenes que creyeran conveniente comunicarle.

«Villalain habíase puesto al frente de una partida que había en la provincia de Guadalajara en Junio ó Julio del 73, y como aquel país es eminentemente religioso y todos sabían su inmoralidad, pues no vivía con su mujer, y le veían blasfemar continuamente, no tuvo allí simpatías, y solo así se comprende como en siete meses no llegó á reunir 50 hombres hasta que se le incorporó don Francisco Megino, persona de instrucción, talento, valor y de sanas ideas y costumbres. Sin embargo, Villalain cobró en los siete meses, en cuantos pueblos visitó, lo cual ascendía á una cantidad muy respetable, y al encargarse Megino de su fuerza para conducirla á Cantavieja solo le manifestó en existencias doscientos reales.

»A Villalain se le trató en Cantavieja con todas las consideraciones merecidas al carácter de brigadier que

la guerra no fuera de bandolerismo; deseo que no podía ser aceptado por los que más que defensores de un principio político se lanzaban al campo en busca de medro personal, poniendo sus malas pasiones al servicio de una causa que degradaban, importándoles poco su vida, que en nada la estimaban.

LA SALADA—SANTES EN TARANCON  
UN FUSILAMIENTO

XIX

Rendida Cartagena, corrió el general Lopez Dominguez á combatir á los carlistas, que se apresuraron á retirar de Chelva el material de guerra y cuanto allí tenían reunido, situándose Santes en el laberinto de montañas que hay en los ríos Blanco y Mijares, observando desde Higuera el movimiento

tenía, ya que personalmente no era digno de ninguna de ellas, dejándole en completa libertad, permitiéndole conservar dos caballos y todas sus armas. Los del Real no dispusieron nada sobre Villalain, y siendo su presencia en Cantavieja un obstáculo y un estorbo por lo que adelante se dirá, se le puso después en libertad.

»Por las declaraciones que se le tomaron y explicación que dió Villalain de la inversión que había hecho de los fondos recaudados, pudo verse claramente que había sido explotado por dos personas de Madrid y por un mal sacerdote que eran los que recibían los fondos, y prometían armas, municiones, uniformes y equipos de caballos, sin haber dado nunca más que unas cuantas mantas y unos 60 fusiles viejos, rotos, de deshecho. Y tanto es así, que á pesar de ir muchas compañías de los batallones aragoneses desarmados, cuando se recogieron estos fusiles del depósito en que los tuvo Villalain, no hubo uno que los quisiera tomar sino por fuerza, para conducirlos á la armería de Cantavieja para su recomposición.»

del liberal, que volvió al día siguiente 29 de Enero al Villar, y al pasar el rio entre Domeño y Calles y tomar el quebrado desfiladero de la Salada, distribuyó bien sus fuerzas para arrojar á las enemigas de sus posiciones, mientras dos compañías y paisanos recompunian el camino obstruido con peñascos, para que pudiera pasar la artillería rodada. Dominó Mendeviela las alturas y caminos de Losa del Obispo, impidiendo algunos disparos de cañon que los carlistas se corriesen á la derecha de las tropas; apoyó Weyler la posesión de las alturas que ocupaba el enemigo; protegió Otal el paso de la artillería por el fondo del desfiladero, y sin contrarios á quienes combatir, Weyler pernoctó en Lodososa y Lopez Dominguez en el Villar, como se propuso.

Santes acusa á Lozano de haber faltado á su deber, pues por más que le mandó á buscar y á su batallon al punto á que se le había destinado, no se le encontró. Santes regresó á Chelva donde permaneció siete días.

Marchó el 6 de Febrero á Utiel; por Caudete y Fuenterrobles á Camporrobles, donde descansó el 9; hizo lo mismo el 12 en Campillo de Altobuey; siguió por Motilla del Palancar, Olmedilla, Buerache de Alarcon, Valverde, Olivares, Cervera, Villar del Saz, Saelices y Villarrubia á Tarancon, y no esperando auxilios los voluntarios de este pueblo, amenazado con el asalto, se rindieron, siendo desarmados y los del distrito. Se dirigió Santes á Huete donde descansó el 17, y por Gascuña, Villalba del Rey, Sacedon y Alcocer á descansar el 21 en Priego, el

22 á Beteta, y por Tobar, Tragacete, Cañeta y Casas nuevas á Ademuz el 25, y el 23 á Chelva á llevar el fruto de su aprovechada algarada y pasar otra semana de descanso.

En su fructífera excursión por cuatro provincias había atravesado por dos veces más de 50 leguas de terreno llano á la vista de tres columnas fuertes cada una de suyo, y mejor armadas, habiendo tenido algunas de ellas casi á la vista. Recogió muchos miles de duros y ganado de todas clases y se llevó rehenes, sufriendo más los moradores de aquellas comarcas en cuatro meses, por las correrías de Santes, que en todo el tiempo que duró la anterior guerra (1).

Sin abandonar otros carlistas las escabrosidades de Onda y Tales, cuyos asilos permitían bajar á la Plana de Castellon, ocupaban tambien las montañas de la comarca de Chelva, su sitio más predilecto, en el que reunieron últimamente el grueso de sus fuerzas. El terreno que ocupaban, accidentado y quebrado, con arroyos y barrancos, ofrece desfiladeros de fácil defensa, en los que podían hacer más que en el de la Salada. No podía el jefe liberal emplear útilmente la caballería ni la artillería rodada; concedores como lo eran los carlistas del país que pisaban, no era tan fácil atraerlos á terreno conveniente; más que aceptar una batalla procuraban hostilizar y envolver á las tropas liberales desde sus ventajosas posiciones; así

(1) Hubo persona que pagó cuatro contribuciones en un mes, le requisaron el único caballo que tenía, le quitaron un par de mulas, y tuvo que salir ocho veces del pueblo con su familia, y en más de una ocasión marchando á pie por los campos.

que la conquista de cada una de estas podía constituir una jornada.

Dábanse la mano tambien con los que no abandonaban la sierra de Onda y Tales, observando los movimientos de la brigada Guardia, que desde Nules recorría la línea desde Sagunto á Castellón, ó más bien hasta Nules, porque ya en Villarreal estaban los carlistas, y si les impedía sus fructíferas correrías, no evitaba que descendiesen á este punto de la costa.

Los carlistas necesitaban merodear por ella sin abandonar la base de sus operaciones, y estando unos en Villarreal y en Bechí, y otros en Nules, á poco que se movieran tenían necesariamente que encontrarse y se encontraron á las tres de la tarde con la brigada Guardia fuera de Nules, mandando á aquellos Vizcarro y el hermano de Cucala, y después de una hora de combate les dispersó, retirándose los carlistas al punto de su procedencia, esto es, al llano de Villarreal unos y á Bechí otros, como punto avanzado de las escabrosidades de Onda y Tales, en cuya sierra se guarecieron ya de noche, perseguidos hasta Bechí por los liberales.

Hallábase Palacios en Chelva el 2 de Febrero, y se le presentó un joven elegantemente vestido, de unos 25 años, que dijo llamarse don Juan Martínez Illescas y Morero, acompañado del comandante de caballería Cisco y diez caballos carlistas, declarando ser un comisionado de don Alfonso, que venía para entregar 4.000 fusiles y dos piezas de artillería, que mandaba aquel señor para el ejército del centro, cuyo armamento estaba ya embalado en un buque en un puerto

francés fronterizo á Cataluña. Preguntado qué documentos llevaba que justificasen su comisión, dijo que ningunos, por haberlos perdido al tenerse que embarcar en Castellón apresuradamente, porque conoció que le perseguía la policía. Tanto esta respuesta como otras que dió á varias preguntas de diversas materias, le hicieron sospechoso á Palacios; le convidó á comer, durmió en su alojamiento, y al día siguiente 3, marchó con la misma escolta llevando un oficio para que se entendiese con el brigadier Vallés: el 4 salió Palacios siguiéndole la pista; el 5 llegó á Onda el supuesto comisionado, y como se encontrase en aquella villa la brigada Cucala, se personó con su jefe y le dijo ser un comisionado del infante don Alfonso, que había venido á inspeccionar todas las fuerzas del ejército. Creído por Cucala formó sus batallones, montó en el caballo del teniente coronel Vizcarro, se puso una boina y revisió y arengó á los voluntarios.

Al saber Palacios que se encontraba en Tales el señor Illescas, ofició á Vallés para que le prendiese, conduciéndole á su presencia, lo que se verificó profundamente conmovido y perturbado el jóven, al que sometió Palacios á un proceso, en presencia de 20 oficiales en el pueblo de Vistabella. Viendo Palacios el desconcierto del jóven le llamó aparte, y le confesó ser un enviado del general Lopez Dominguez; que el día 22 de Enero en Valencia le había ofrecido el empleo de teniente coronel si subía al Maestrazgo á inspeccionar las fuerzas carlistas, hospitales, armamento, comandancias de armas y sacar croquis del país, lo que consignó por escrito,

y firmó en la confianza de salvar la vida. Condenado á muerte, la sufrió en Villafranca del Cid con resignación cristiana.

VINARÓZ—MARCO EN CASPE—SORPRESA—  
DESÓRDENES Y TRAICIÓN

XX

Vinaroz, rica población murada, con más de 10.000 habitantes, puerto de mar, á diez leguas de la capital, con reductos avanzados, cañones, y una guarnición de unos 600 hombres entre fuerzas militares y milicia, á las órdenes del coronel don Diego Navarro, cayó en poder de los carlistas, que no pudieron ocuparla en la guerra civil de los siete años, aun cuando Cabrera derrotó á sus valientes nacionales al acudir solícitos en defensa de sus sitiados compañeros de Alcanar. En connivencia Vallés con un sargento de los móviles de Chert pretendió enseñorearse de la plaza; convocó á Segarra, y hallándose el sargento traidor cubriendo la puerta del Cálig, facilitó la entrada de algunos carlistas, que se fueron ocultando en las casas de sus correligionarios para facilitar el asalto de la plaza, que empezarían las fuerzas de Segarra. Aprestado éste, se le presentó Vallés diciéndole que no creía poder conseguir su objeto de cuya opinión participaba también un jefe de E. M., don Feliciano de los Santos, y consideraban más prudente retirarse hácia la montaña. Se negó Segarra insistiendo en el asalto, y á la cabeza de su gente le efectuó á las siete de la noche, trabándose encarnizado combate dentro de la población, cogiendo á algunas fuerzas liberales entre los fue-

gos de los carlistas que estaban dentro y los de los que penetraban, lo cual produjo la confusión consiguiente. Sostúvose el fuego hasta muy avanzada la noche; intimó Vallés la rendición, prometiendo respetar la vida y tener todo género de consideraciones; negóse terminantemente Navarro, y á la segunda intimación, apoyada por el ayuntamiento y personas caracterizadas de la población, previa la conferencia de una comisión de vecinos con Segarra y Bou, que reiteraron el ofrecimiento de respetar la vida de todos, sometió Navarro la decisión á una junta de oficiales, y empataada la votación se resolvió la defensa á todo trance. Pudo más el enternecimiento de los vecinos que tenían sus familias en poder de los carlistas; se comisionó al brigadier señor Arin y á un comandante y capitán para tratar con Vallés, estipulándose quedar prisionera la guarnición, conservando los oficiales sus espadas y revolvers, considerándose á los móviles y milicianos como paisanos, quedando en libertad de entregar las armas, estipulándose otras condiciones favorables á los prisioneros con exclusión del brigadier Arin por haber llegado pocos días antes á Vinaroz, aún cuando estuvo en la defensa al lado del coronel Navarro.

Los 30.000 duros pedidos por Vallés se redujeron al pago de tres trimestres de contribución. Los vapores *Colon* y *San Antonio* estuvieron el mismo día 17 de madrugada en Vinaroz comunicando con el comandante de marina; salieron á vigilar la costa, y cuando volvieron sobre el puerto se encontraron ya tomada la población por los carlistas. El botín fué considerable; unas siete

piezas de artillería, cerca de 800 fusiles, 300 escopetas y multitud de pertrechos de guerra.

No pudiendo contar con la conservación de esta plaza, reconquistada, en cuanto arribase un vapor de guerra, se procedió al derribo de las fortificaciones, para lo que se hizo ir gente de Benicarló y otros puntos.

En cuanto Cucala supo la conquista de Vinaroz, reunió su gente y más de 20 carros y corrió desde Benicarló á aquella ciudad en busca de rico botín; mas al saberlo Vallés le mandó repetidas órdenes para que desistiese de su intento, y despreciándolas Cucala, envió Vallés dos compañías para impedirle la entrada en Vinaroz: Cucala se retiró á Alcanar mal de su grado.

Entonces fué cuando Cucala se apoderó de Amposta, cuya conquista fué bien fácil, como vimos, y de allí sacó el botín que codiciaba, marchándose á Alcalá á descansar unos días.

Vallés fué por La Jana y La Cenia á Santa Bárbara, impidió Guardia que Segarra ocupase á Benicarló, como le previno Vallés, y aunque la brigada liberal ahuyentó á los carlistas de su inmediación, no dejó de quedar comprometida por lo escaso de su fuerza, no pudiendo abrirse paso por tierra para abastecer á Castellón ó Burriana, rodeada de enemigos, y sobre el mismo brigadier casi todas las fuerzas del Maestrazgo. Salió de aquel apuro embarcándose para Burriana el 7 de Marzo.

Por incitación de los carlistas en armas de Maella, y especialmente de los de Caspe, que sabiendo que su pueblo debía en aquella época



24.000 duros de contribuciones atrasadas y se prometían cobrarlos, creyó Marco conveniente hacer una segunda expedición por aquel país, con objeto de destinar los fondos que se recaudasen á la compra de una buena partida de fusiles, y á concluir de pagar los uniformes que se estaban cosiendo, y comprados á plazos.

Recorría el distrito de Alcañiz con una columna de tres batallones y dos escuadrones el coronel Despujol, jefe que empezaba á dar muestras de su intrepidez, de sus conocimientos militares, distinguiéndose de los que le habían precedido en el mando de aquella fuerza, por su actividad y atrevimiento, y por una especie de interés particular que le hacía perseguir sin tregua ni descanso á los carlistas. Conociendo Marco las buenas cualidades de este militar, tenía siempre vigilada su columna para saber pronto sus movimientos. Así fué que estando en Calaceite, y conociendo que Despujol, que se encaminaba á aquel punto, seguiría en su persecución si no lo abandonaba, trató de elegir otro más á propósito para presentarle batalla: al efecto, en cuanto recibió aviso de que Despujol había llegado á Mazaleon, salió con dirección á Horta; al llegar á Arens de Lledó ordenó á Madrazo ocupase con su batallón las alturas y laderas enfrente del pueblo al otro lado del río y resistiese el ataque débilmente simulando una retirada, para que pasase el río y caer sobre él con los otros dos batallones colocados en las inmediaciones de Horta.

Llegó en efecto Despujol á Calaceite, y en cuanto supo que hacía poco que lo habían

abandonado los carlistas, continuó avanzando á Arens, y al ser recibido á tiros por Madrazo, no creyendo prudente meterse en aquel escabroso terreno, retrocedió á Calaceite. La retirada de Despujol, sin intentar siquiera el ataque, llenó de entusiasmo á los carlistas, y queriendo aprovecharlo Marco, mandó al día siguiente avanzar en dirección á Calaceite, dejando sus reservas en las inmediaciones de Arens.

Despujol continuaba en Calaceite, y aun cuando Marco mandó una sección de caballería y la compañía de guías á que le provocasen, llegando hasta las entradas del mismo pueblo, se negó á salir: después de un ligero tiroteo, al que no quisieron contestar, porque empezaba á oscurecer, marcharon los carlistas á dormir á Batea, y Despujol á Mazaleon y luego á Alcañiz. Al saber Marco esta retirada, decidió ir á Caspe, y pasando por Maella (1) entró en aquel

(1) El entusiasmo de los maellanos desapareció en cuanto el jefe de administración de la columna carlista dió orden á sus oficiales de recaudación para que reclamasen la contribución que en Maella adeudaban, que no bajaba de 13.000 duros. Aquel pueblo, que momentos antes no encontraba palabras y vivas para recibir á los carlistas, en el momento que supo se trataba de recaudación, hubiera visto con gusto á sus puertas alguna columna liberal, que no se ocupara más que de concluir con los carlistas. Esto dice lo que es aquel país. Y tanto es así, que en la noche que las fuerzas aragonesas pernoctaron en Maella, dos compañías armadas fueron de casa en casa con un individuo de ayuntamiento cada uno de los grupos de aquellas, reclamando sus débitos, conduciendo á la prevención á cuantos no los hacían efectivos. A pesar de estas medidas, los arrestados volvieron á sus casas y la administración no cobró más que unos 40 duros.

gran pueblo á las cinco de la tarde, recibido con gran entusiasmo.

La ida á Caspe no reconocía otro objeto que el de recaudar los 24.000 duros. A pesar de los mayores esfuerzos solo se cobraron unas cinco mil pesetas, de los que se llamaban más carlistas que don Carlos: con el empleo de la fuerza se consiguieron más resultados.

El 23, viendo que la recaudación se llevaba adelante, no habiendo aviso de que Despujol, se hubiese movido de Alcañiz, ni de novedad alguna en Maella, continuó en Caspe con algunas precauciones más. A pesar de ellas, á las doce de aquel día, sin aviso de los movimientos de Despujol, ni de Maella, ni de los de Caspe que estaban en Alcañiz, ni de los tres que se hallaban en el monte, ni de la sección de caballería, y cuando se disponían todos á comer, se esparció súbitamente la alarma entre voluntarios y paisanos, que empezaron á gritar: «que viene el enemigo». Apercebido Marco, y pareciéndole imposible que pudiera ser cierta la noticia, mandó formasen los batallones; corrió á caballo á la plaza, vió como los voluntarios corrían desalentados por las calles sin rumbo cierto, los paisanos gritaban, los desarmados que iban en las fuerzas carlistas, unos 500, empezaban á escapar por debajo del castillo, y la confusión era espantosa. Despujol, efectivamente, iba por el camino de Híjar, y estaba en el punto conocido por la Balsa, así es que al llegar allí el ayudante Polo enviado por Marco, pudo ver avanzar la guerrilla, y al dar la orden al corneta para que tocase llamada á la carrera, sufrió una descarga. Empezó el tiroteo entonces entre la

guardia carlista de aquella entrada, compuesta de 12 hombres y un sargento, y al oír en Caspe los tiros se aumentó el pánico y la confusión de una manera extraordinaria. El comandante del primer batallón, don Manuel Aparicio, lo tenía ya formado en la plaza cuando sonaron estas descargas; el capitán Izquierdo tenía también su compañía en la puerta del principal; se les iba á comunicar órdenes para que se apoderasen de algunas casas á la entrada de Caspe, del castillo y otros puntos, cuando vino la avalancha de desarmados á destruir la formación, y se presentó la caballería carlista huyendo á la carrera, completando aquella desorganización é introduciendo entre todas las fuerzas un pánico tal, que fué imposible contenerlas. Marco, para impedir la salida, se colocó junto al castillo; gritó hasta ponerse ronco que le ocupasen; trató de contenerlos á palos; nada pudo conseguir; al fin fué arrollado por los que salían y arrastrado entre ellos á las afueras de Caspe. Allí se empezó de nuevo la difícil operación de contener á los voluntarios, siendo para ello necesario correr tras algunos que escapaban, y darles palos para que formasen; pero tal era el pánico que se tardó más de tres cuartos de hora en poder formar una compañía, habiéndolo conseguido al fin, gracias á algunos oficiales pundonorosos y al capitán Herranz, el primero que presentó la suya á disposición del jefe carlista. Con esta pequeña fuerza ocupó un cabezo frente al Castillo de Caspe, y enprendiendo un fuego nutrido contra el enemigo, apoderado ya del castillo y de una altura á él inmediata, se le impidió

pasar el río en persecución de las fuerzas fugitivas.

En Caspe se habían quedado bastantes carlistas y algunos oficiales, unos porque al ver el pánico que se apoderó de los demás decidieron vender cara su vida, resistiendo lo que pudieran, otros porque al intentar salir de sus alojamientos oyeron tiros y creyeron tomadas por los liberales todas las salidas, haciéndoles la prudencia quedarse donde se encontraban, y otros muchos porque siendo de Caspe (1) no los dejaron salir sus familias, obligándoles á ocultarse en sus mismas casas y á quitarse todo distintivo carlista.

Habiendo conseguido por fin formar las fuerzas que habían salido de Caspe á la desbandada, y oyéndose aún los tiros que anunciaban la defensa de los pocos carlistas que habían quedado dentro decididos á quemar hasta el último cartucho, resolvió Marco dar un ataque á Caspe para ver si era posible recuperar lo perdido. Lo intentó, y al llegar el segundo batallón á las inmediaciones del castillo, fueron recibidos el ayudante Calvo y el capitán Cerveró con la compañía que iba en guerrilla, con una lluvia de balas: convencidos entonces los de Caspe de que era imposible penetrar en la población, y estando como estaban las fuerzas en lo que se llama la Herradura de Caspe, una especie de pe-

(1) Entre estos se distinguió don Francisco Polo y don Manuel Piazuelo, que con 14 voluntarios mal armados el primero, y otros tantos ó pocos más el segundo, y apoderados de las entradas en las primeras casas, hicieron una resistencia heroica, causando al enemigo numerosas bajas.

nínsula formada por el Ebro, asustados con lo ocurrido veían ya á las tropas de Despujol cerrándoles el paso. De aquí la prisa por salir de aquel punto, para lo que se tomó el camino de Fabara. Entretanto se habían rendido los que en Caspe resistieron.

La marcha hasta Fabara fué una continuación de alarmas sucesivas; la retaguardia creía ver el enemigo cada cuarto de hora; de aquí las voces de «aprisa la cabeza», y otras que pintaban la turbación de que se hallaban poseídos. Quedóse la compañía de Guías protegiendo la marcha, y cesaron en parte las alarmas.

En Fabara no fué posible detenerse más que lo indispensable para tomar un bocado, porque seguían todos soñando con copos y con el enemigo, y se continuó la marcha toda la noche llegando al amanecer á Batea. Este punto, que por su posición en un cerrito, es de lo más apropiado para evitar una sorpresa, no inspiró sin embargo confianza alguna á aquella desmoralizada gente, y apenas se había dado orden de alojarse, se produjo otra alarma, saliendo escapados muchos al grito de «ya están ahí»; les contuvieron á duras penas y á sablazos, pero hubo que continuar andando, pues aún cuando se tenían noticias seguras de que Despujol había salido para Alcañiz, no era posible calmar la agitación y el miedo de aquellos desgraciados. Llegados por fin á Horta, la vista de los peñascos y montes dió confianza y seguridad á todos.

Las pérdidas de Caspe fueron grandes; más de 200 hombres y 70 caballos, sin contar multitud de efectos; y como si esto no fuera bastante, aprovecharon la ocasión los

descontentos, y empezó el trabajo de zapa, dirigido á desacreditar á Marco y disolver los batallones aragoneses. Los resultados de estos trabajos se tocaron pronto; empezó la deserción en gran escala, una noche 60, otra 100, y en breves días quedaron pocos. No se desanimó Marco por este fracaso; reunió las fuerzas en Horta y les habló prometiéndoles reparar muy pronto los efectos de aquel desastre. Las palabras de Marco produjeron su efecto, desvirtuado por personas que debiendo ayudar entonces á su jefe, llenos de ambición y de deseo de mando, formaron el propósito de desacreditarlo para apoderarse de la jefatura. Volvió á reunir al día siguiente á todos los jefes en Peñarroya; les expuso el estado de las fuerzas y las consecuencias desastrosas que podrían sobrevenir; les hizo ver que habiendo impedido hasta entonces que las tropas republicanas entrasen en Cantavieja, á pesar de haberlo intentado dos ó tres veces, atendido á la sazón el pánico que reinaba, entraría Despujol en dicha plaza, y que él en el puesto de Despujol lo haría, porque la entrada de los liberales en Cantavieja hacía entonces perder la fuerza moral que quedaba á los carlistas, y aún podría ser el golpe de gracia en Aragon; que un medio encontraba para conjurar esta tempestad, y era ir, sin perder momento, á proponer á Palacios que mandaba en Valencia y el Maestrazgo el hacer á Cantavieja plaza comun de los tres distritos, para que allí estuviesen las intendencias respectivas y demás oficinas y talleres, puesto que estaba limitrofe á los tres y no había otro punto seguro; mantener Aragon la guarnición y comprometerse todos

á defenderla. Pareció á todos bien la idea, y sólo faltaba designar la persona que había de ir á comunicarla á Palacios, porque Marco se oponía á ir por la razon de ser críticas las circunstancias, y no quería faltar, cuando podrían quizá empeorar, si el enemigo se empeñaba en sacar todo el partido posible de la sorpresa de Caspe. Dejaron la resolución para el día siguiente, y llegados á Zurita reunió otra vez Marco á los jefes: allí ya se supo que Despujol había enviado desde Alcañiz un batallon y caballería conduciendo los prisioneros á Zaragoza; esto daba ya alguna tregua, y en ocho días lo menos podía esperarse que no harían los republicanos operación alguna. Con este motivo insistieron todos en que Marco fuese á verse con Palacios atendida la amistad particular que parecía reinar entre ambos; aquel se opuso, al fin condescendió, encargando antes á todos ellos que hiciesen saber á los oficiales el objeto de su marcha, y á los soldados que había ido á Cantavieja y volvería á los cinco ó seis días. Marchó, pues, aquella tarde con un ayudante y 25 caballos á ver á Palacios que estaba en San Mateo á Albocacer. Aquella misma tarde se reunieron las fuerzas en la plaza de Zurita, y alguno de los que aplaudieron que Marco debía marchar, arengaron á los voluntarios dándoles á entender *que si bien algunos los abandonaban, ellos no los abandonarían nunca*; de cuyas palabras pidieron explicación á Puerto los jefes y oficiales.

Marco llegó hasta cerca de Albocacer, Palacios había marchado hácia Chelva, y considerando que para alcanzarlo se haría demasiado larga su ausencia de las fuerzas

aragonesas, se volvió sin ver á Palacios, y se unió con los aragoneses en Hervés. Entonces cesó ya la deserción comenzada.

Retiróse Marco con ellos á Villarluego, y allí, al repartirles los uniformes, se organizaron de nuevo, formando sólo dos batallones; y colocándolos en compañías con arreglo á su armamento, se formaron compañías armadas por completo y compañías desarmadas. Presentóse entonces Pallés, el de Maella, que volvía cangado desde Santoña, y se le encargó el mando del tercer batallón, entregándole todos los voluntarios de la tierra baja que había en la fuerza, que serían de 300 á 400 y 40 caballos, ordenándole operase con ellos en su país y recogiese á todos los desertores que por allí había, que eran muchos. Aprovechando la tranquilidad en que dejaron las fuerzas republicanas á las carlistas, se dedicaron quince días completos á su instrucción y organización, y habiéndose recogido en las inmediaciones de Molina 400 fusiles comprados en Madrid, quedó completado el armamento y organización de aquellos dos batallones, pudiéndose ya contar para operar y oponerse al enemigo con dos batallones buenos y la compañía de guías de 150 hombres, cuyo personal era la admiración de todos por su subordinación y apostura.

Para recoger los 400 fusiles se encargó á Polo, ayudante de Marco, confiando en su actividad, valor, y conocimiento del país. La marcha era arriesgada, de 30 leguas, y tenía que volver por las inmediaciones de Teruel, en donde habría 2.000 hombres entre voluntarios y tropa. Marco se ba-

jó á las Cuevas y Castellote para llamar la atención, y Polo siguió con 400 desarmados, una compañía armada y 25 caballos. Armó á todos en las inmediaciones de Molina, se volvió por Albarracín, pernoctó en Villel, legua y media de Teruel, y entre las precauciones que tomó fué una la de poner á mitad del camino 25 caballos con el teniente Castro que los mandaba entonces. Iba entre ellos un sobrino de Villalain y dos oficiales de la misma procedencia, Echevarría y Rubio, los cuales maniataron á Castro, se proclamaron subordinados de Villalain y se marcharon á exigir dinero á los pueblos. Castro fué desatado por un paisano; dió parte á Polo, y salió éste en busca de los desertores, reuniéndose después con Marco en Montalban. Entonce se explicó la sorpresa de Caspe; eran los mismos 25 caballos que estuvieron de avanzada y confesaron ellos mismos que vieron al enemigo y no avisaron (1).

ACCIÓN DE MINGLANILLA.—MOVIMIENTOS DE  
SANTES Y WEYLER.—SEGORBE

## XXI

Vuelto á establecer en Chelva el cuartel general de los carlistas de aquella parte de España, se concertaron algunas correrías; Palacios mandó á Almenar, Corredor y Domingo (a) Sierra Morena, á que efectuaran una algarada por la ribera de Valencia, desguarnecida, y llamaran la atención del jefe li-

(1) En Julio de aquel año de 1874, Villalain, encargado por don Alfonso en las provincias de Guadalajara y Cuenca, dió ascensos á Echevarría y á Rubio.

beral para que este evacuase el territorio carlista, que tanto les interesaba conservar. El resultado fué la adquisición de 500 fusiles, un cañoncito cogido en Sueca (1), unos 20.000 duros que sirvieron para pagar los dos batallones é invadir poblaciones de la importancia de Sueca, Gandía, y otras.

Para proteger la marcha de esta brigada fué Palacios con la de Cucala á la parte de Requena, y asegurada la retirada de las fuerzas de Almenar, Corredor y Domingo, se dirigió á Chelva á ponerse de acuerdo con Santes para atacar á Calleja, que se hallaba en Landete.

Habiase encargado Weyler el 20 de Febrero de las tropas que operaban en Valencia y Castellon; pernoctó en Cabanes con parte de la segunda brigada, que mandaba don José Morales Reina, para acompañar al general en jefe, que debía embarcarse en Castellon; reiteró las órdenes á Guardia, que se hallaba entre Vinaroz y Amposta para que regresase á Castellon, y se unió aquí con el general en jefe, que se embarcó á poco sin los caballos, por efecto del temporal, los que envió Weyler desde Nules. Aquí continuó hasta el 3 de Marzo que se decidió á reforzar la guarnición de Castellon y salió para Sagunto, donde volvió á consultar al capitán general si en vista de sus noticias continuaba en Nules ó bajaba á Sagunto, Betera ó Liria, y sin contestación, al siguiente día, y sabiendo la situación de Palacios, Cucala, Vallés y

(1) No creyendo los liberales posible la defensa, los carlistas recibieron á un correigionario con campaneo; y si bien no se ofendió á los liberales, se quemaron el registro civil y las puertas de la población.

Segarra que Santes continuaba en Chelva preparándose á salir para Requena, y con noticias, que no resultaron ciertas, de que había facciones en Serra, Noguera y Betera, fué á Rafelbuñol, Moncada y Burjasot, donde recibió orden de permanecer hasta nuevo aviso.

Temiendo en tanto el capitán general por la brigada Guardia, á su paso por Cuesta de Oropesa para regresar á Castellon, la envió buques para que lo hiciese por mar; participó á Weyler la algarada de los carlistas á la ribera y entrada en Sueca; fué este general el 5 á Alcira, y combinando sus movimientos con los de los contrarios, regresó á Valencia.

Considerada Requena en peligro se ordenó el 8 á la brigada Calleja, que se hallaba en Minglanilla, se acercase á aquella población y atacase á los carlistas para evitar la tomasen, pero no recibió Calleja esta orden. Confirmada el 9 por la tarde la reunión de Santes y Cucala en Utiel, marchó Weyler á pernoctar á Cuarte y el 10 á Chiva, sin poder pasar de ella por quedar una larga jornada á Requena, sin más pueblo que Buñol, en el que no era prudente alojarse.

Palacios y Cucala habían dormido el 8 en Villagordo del Cabriel, y al romper el día tomó Cucala por el camino de Pesquera cruzando el Cabriel por el puente Pájaro, Palacios el de Villamalea, pasando el río por el de Rosañas, sabiéndose asimismo que Santes había salido de Utiel á la una de la noche, llegando á Villagordo con el alba, y colocándose en el centro de aquellos jefes continuó para Minglanilla atravesando el río por el puente de Contreras.

El objetivo era Calleja. Palacios había mandado á Santes se adelantase á la brigada Calleja, si se movía en dirección á Minglanilla, para Palacios atacarla por retaguardia. Salió éste el 7 de Chelva para Landete, y sabedor de que Calleja había tomado la dirección de Camporrobles, fué á pernoctar á Higuieruelas. El 8 salió Calleja para Minglanilla y Palacios para Camporrobles, yendo á pernoctar á Villargordo del Júcar, y dice que se sorprendió al saber que Santes permanecía quieto en Utiel sin cumplimentar su orden; que mandó un ayudante con la de que se pudiese en marcha inmediatamente para dicho Villargordo, y sin embargo de haberle comunicado la orden á las diez de la noche, no se movió hasta las dos de la mañana, llegando á Villargordo ya muy entrado el día.

Dispuso Palacios que la brigada Cucala marchase por el puente Pájaro á coger de flanco á la de Calleja si salía de Minglanilla; que Vidal y Rivera fuesen por un ponton que había á una hora de distancia á la izquierda de Villargordo, para atacar á Calleja por la izquierda, y Palacios con tres batallones y el regimiento de caballería, se dirigiría por la carretera de las Cabrillas, llevando la escolta de caballería de Santes á vanguardia (1) y detrás la infantería, que se dividió marchando á tomar los puntos del alto de Contrera, mientras Palacios seguía hacia Minglanilla.

Desplegó oportunamente Calleja su caballería, vomitaron fuego sus cañones, se

(1) Esta operación, dice el señor Palacios, ejecutada de noche, como quería, si hubiera cumplimentado sus órdenes Santes, le habría dado un felicísimo resultado.

introdujo la confusión y el espanto en el campo enemigo, retrocedió súbitamente su caballería atropellando á la infantería, á la que causó grandes pérdidas; ginetes y caballos obedecieron por instinto el doble derecha que mandó dar Palacios, en la imposibilidad de tomar las posiciones liberales, y como la carretera de las Cabrillas es una verdadera fortificación por sus escollos y parapetos, imposible de ser flanqueados, «tuve que retroceder, dice Palacios, á tomar las alturas del puente de Contreras, en donde contuve al enemigo por espacio de cinco horas». Santes culpa á Palacios de la mala disposición del combate, y dice además «que el primer batallón de cazadores al mando de Rivera y Vidal, después de pasar el río, según orden de Palacios para atacar al enemigo sobre su derecha, volvió á repasarlo cortando el puente, sin que por ello Palacios hiciese pesar sobre ellos ningún cargo». Efecto sin duda de algunas órdenes, bien ó mal interpretadas, hubo alguna confusión y desorden, que supieron aprovechar los liberales. Pero los honores de aquella acción fueron para Cucala, que encargado de dar la vuelta por la derecha de los liberales á fin de atacar á los que se hallasen en el pueblo y cortarles la retirada en caso oportuno, al llegar frente á la población, dividió sus fuerzas en dos columnas, una para atacar el pueblo y la otra las posiciones que el liberal ocupaba; se puso el mismo Cucala á la cabeza; guió á su gente con más arrojo que pericia; al llegar frente al enemigo rompióse el fuego por ambas partes; hizo en breve rudo el combate, dándose tres cargas de caballería, y los carlistas ocupa-

ron las posiciones de los liberales, que tuvieron en este choque más de 100 bajas y sobre 40 prisioneros, aproximándose á 100 las que por todos conceptos tuvo Cucala, que quedó herido de gravedad, por lo que dejó el mando de sus fuerzas á su hijo don Bautista.

Las pérdidas que anteriormente habían tenido los carlistas fueron considerables.

Santes regresó el mismo día á Villargordo, descansó el 11 en Utiel, en Chelva el 13 y 14 y volviendo el 15 por Utiel fué el 16 á Cofrantes, el 17 por Jalames á Jarajuel, Zarra y Ayora á Almansa, población de más de 8.000 habitantes.

La brigada Calleja, en vez de continuar á Utiel, según había anunciado antes, marchó á Albacete, y Weyler siguió para Requena, de donde salieron á recibirle las autoridades civiles y militares para anunciarle que los carlistas salían de Utiel hacia Requena con objeto, quizá, de tomar allí la carretera, por lo que indicaron la conveniencia de emboscarse para esperarles. Dispuso sus tropas con el objeto de sorprender al enemigo, y después de perder un tiempo precioso, que le imposibilitó poder llegar á Utiel, resultó que solo había salido de allí alguna caballería, la cual fué cargada y perseguida por la de Weyler, quien sin la detención en Requena hubiera podido conseguir un triunfo completo. Pernoctó en Requena con ánimo de seguir al siguiente día 12 para Utiel; pero antes de amanecer salieron los carlistas para Chelva, y no pudiendo seguirles por no haber camino-carretero, necesario para una batería montada que llevaba, y no creía prudente,

dejar en Requena, descansó en éste día en aquella ciudad, se dirigió el 13 á Chiva y el 14 á Liria enviando desde aquí la batería á Valencia para quedar en disposición de operar en toda clase de terrenos.

Disuelto el ejército del centro se encomendó á Weyler la división de operaciones, que se organizó con las fuerzas á sus inmediatas órdenes, y la brigada La Guardia; la de Calleja recibía directamente instrucciones del ministro de la Guerra para operar en las provincias de Cuenca y Albacete. Efectuó Weyler oportunos movimientos por la ribera, organizó una compañía de tiradores á las órdenes del capitán Dueñas, que había servido á las suyas en Cuba, fué el 18 á Chiva para impedir los intentos de Santes, siguió á Carlet, proponiéndose embarcar su gente en Alcira á la mañana siguiente; mas los trenes no llegaron hasta la tarde, á cuya hora supo que los carlistas habían entrado en Almansa, y marchado en el ferro-carril por Venta de la Encina, túnel de Santa Bárbara y Fuente la Higuera, suponiéndoles el propósito, de sorprender á Alcira. En Fuente la Higuera sorprendieron y desarmaron los carlistas á los nacionales y derribaron los fuertes, y su caballería sorprendía y desarmaba al mismo tiempo á los liberales de Onteniente.

No bastando los trenes para toda la fuerza de Weyler, previno no se pasase de Játiva, muy alarmada esta población, esperando la entrada de los carlistas, y allí esperó el jefe liberal levantando un rail próximo á la estación y preparando su gente; mas uno de los alcaldes levantó otro rail cerca de Montesa, y aquí pernoctaron los carlistas, que



no ignoraban la llegada de Weyler á Játiva. El 19 fué Santes por Vallada á Onteniente, donde se reunió con la caballería, el 20 por Enguera, Chelva, Bolbaite y Sumacárcel á Antella; el 21 acampó entre Tous y Dosaguas; el 22 en Yátoba y Macastre; el 23 en Chera, y el 24 en Chelva, donde descansó hasta el 27, despidiendo de la división á los jefes Vidal y Rivera.

Weyler, después de vencer las dificultades de proporcionarse bagajes y pan, porque los panaderos y cuantos tenían caballerías habían huído de Játiva al saber la aproximación de los carlistas, retrocedió á Canal para ir por el puerto de la Ollería, que le ofrecía más seguridad y ventaja para salir al encuentro de Santes. Intentó llegar á Onteniente á fin de colocarse á vanguardia de los carlistas y obligarles á retroceder, y antes de llegar á Ayelo de Malferit le aseguraron varios concejales que á su salida estaban entrando los carlistas; y esta noticia, que resultó falsa, le hizo perder un tiempo precioso, que invirtió en rodear el pueblo á cierta distancia, impidiéndole llegar á Onteniente, que distaba una hora. Continuó tras el enemigo; antes se dirigió por la sierra de Vallada, llegando con parte de su fuerza, que marchaba de á uno, dos horas después que las carlistas, pudiendo aún hacerlas algunos prisioneros, y siguió la persecución en cuanto le era posible, obligando al capitán general á no separarse de Valencia; propúsose entonces evitar aquellas algaradas carlistas, hacerles abandonar su cuartel general de Chelva, el bloqueo de Requena y encerrarles en el rincón de Ademuz, impidiéndoles con constantes excursiones á

su alrededor se facilitasen recursos de los pueblos inmediatos, esperando que no pudiendo cobrar y racionarse desertaría su gente ó tendrían que aceptar el combate. Empezó el 28 sus operaciones consiguiendo parciales resultados; cambió con el buen comportamiento de la tropa el espíritu carlista del Villar; fué á Chelva, pernoctando en Yesa y Alpuente donde tenía Santes sus caballos y enfermos, que salieron precipitadamente para Aras de Alpuente, pisando las tropas liberales por primera vez aquellas montañas, lo mismo que á Titaguas, por donde continuó el siguiente día, entrando en Chelva por la tarde. Destruyó los talleres y se apoderó de multitud de efectos que abandonaron los carlistas al marchar á la Puebla de San Miguel y Rincon de Ademuz, conforme deseaba el jefe liberal; y no creyendo conveniente éste seguir á Santes para no obligarle á meterse en la provincia de Cuenca, permaneció en Chelva, hasta el 2 de Abril, que decidió hacer una rápida operación sobre Jérica ó Segorbe, y sorprender á la caballería de Santes y batallones de Corredor y Sierra-Morena. Pidió que la brigada La Guardia iniciase un movimiento en combinación, pernoctó en Alcublas, siguió el 3 de Abril á Jérica, supo que los carlistas estaban en Segorbe, para donde continuó, llegando después de una larga y penosa jornada de trece horas, casi siempre por la sierra, cuando los carlistas se disponían á salir de la catedral con la procesión de Viernes Santo.

El jefe liberal supo á media hora de la población que un carlista de caballería, que se dirigía á Jérica, había retrocedido, y supo-

niendo que avisaría su llegada, y no teniendo tiempo para cercar á Segorbe, hizo avanzar la caballería de Santiago y Villaviciosa, que entró por las calles acuchillando, apoyándola la fuerza de Aragon; desalojaron los carlistas los dos fuertes derruidos que había á derecha é izquierda de la entrada, desde donde procuraban defenderse é impedir-la, y rodeada Segorbe un río por su izquierda, ó sea por la parte que mira á Almonacid y Algimia ó Maestrazgo, impidió que pudiera cortárseles rápidamente por este lado, por el cual huyeron en completa dispersión, dejando en las calles 41 muertos, cogiéndoles 38 prisioneros, 9 heridos, 29 caballos, más de 2.000 duros, armas, municiones, y otros efectos.

Sensible era seguramente, como Weyler dijo al capitán general, que la brigada Guardia no hubiese cooperado, como aquel deseaba, pues salió de Sagunto dos días antes y no pasó de Estivella por no tener más que dos batallones, aunque eran bastantes, y la de Calleja tenía que efectuar los movimientos que ordenaba el ministerio. A acudir La Guardia á Segorbe hubieran sufrido los carlistas un gran descalabro: los hechos justificaron la previsión de Weyler y su acierto.

DESTITUCIÓN Y PRISIÓN DE SANTES.—PALACIOS

## XXII

Santes continuaba sus correrías: para impedir las propuso Weyler al capitán general y al brigadier Calleja una operación para caer sobre Chelva por dos puntos á la vez; más no pudo realizarse esta combinación y otras

que indicó, que hubieran producido indudablemente resultados ventajosos para los liberales, ocasionando además consecuencias funestas para sus enemigos, cuyas rivalidades y divisiones se agravaban cada día.

Poco favorable la situación de la autoridad militar de Valencia, falta de recursos para atender al socorro de las tropas, y sin poder disponer de la brigada Calleja, que perteneciendo al distrito recibía órdenes directamente del ministro de la Guerra, insistió en su dimisión, que le fué aceptada, y le reemplazó Weyler en la capitania general, de la cual se encargó el 26.

Santes volvió el 15 de Abril, á Chelva, y hallándose de avanzada el batallón que mandaba Lozano, la abandonó marchándose en dirección á Villanueva, pretextando que ejecutaban aquel acto porque hallándose cerca los enemigos no tomaba Santes ninguna determinación, como si no lo fuera el tener avanzadas. Al saberlo Santes, reunió sus fuerzas y corrió en persecución de las de Lozano, hasta que supo se había unido á las de Palacios: consideró grave una colisión entre correligionarios, aunque estaba tan ofendido por aquel pronunciamiento de sus subordinados.

Palacios, por su parte, estaba resentido de Santes y alegaba además la falta de cumplimiento por éste, de la orden que recibió de don Carlos para que marchase hacia Madrid á fin de cortar las aguas del Lozoya y llamar la atención del gobierno liberal durante el sitio de Bilbao, y en vez de ejecutarlo, dice que mandó la caballería á forrajear á Segorbe, donde fué sorprendida el Vier-

nes Santo, como vimos (1). Las cartas que recibía Palacios de carlistas de Valencia y la presentación de las fuerzas de Cabanes y de Lozano, y la escolta de caballería del mismo Santes, le decidieron á destituirle, y lo efectuó en Manzanera, llevándole arrestado á Albentosa (2).

(1) En la carta que escribió Santes á Palacios y envió también á don Alfonso, sincerándose de los cargos que se le hacían y dirigiendo graves acusaciones á aquel, al que suponía cómplice de la sublevación de Lozano, y comparaba los servicios de uno y otro, decía respecto al asunto que origina esta nota.—«Todo se hallaba preparado para hacer la expedición que S. M. el Rey me había ordenado: oficiales de mi E. M. se encontraban ya con sus mulos y efectos prontos á ejecutar mis instrucciones, y también las municiones suficientes en las brigadas; pero me faltaba la caballería, sin la cual no la podía realizar, y cuyo jefe, el mismo que me ha reemplazado en el mando de mi división, sin otros méritos y servicios que los contraídos en el campo de la revolución, en lugar de reunirse en el campo de la revolución, en lugar de reunirse, en oficio fechado en Onda en 11 de Abril de 1874, me decía: «Al coronel Monet se le ha querido seducir á que fuese instrumento de indisciplina y fuese uno de los instrumentos para la disolución de la división.» ¡Luego ya no se podrá negar que se había tramado de antemano un complot para llegar al resultado por S. E. tan apetecido! ¡Que Dios se lo pague!, si S. E. es el autor. Por último, Excmo. señor, debíame suponer bien imbécil para que, disponiéndome á la traición, comprase paños para vestir á las fuerzas... hiciese dar 1.000 duros para compra de 100 sables, 100 banderolas y cartucheras... y hasta en Manzanera me comprase una boina con su escudo, con más de 200, y otras que distribuí... Los Santones, Vidal y otros agentes de S. E. enviados en el río de Segorbe hicieron una propaganda de muerte contra el pobre Santes. Santes, pues, había vendido su división á tres reales por individuo de caballería y á dos por los de infantería; á Santes le habían cogido en su depósito 14.000 fusiles; Santes era francmasón...»

(2) «Al día siguiente Palacios dijo á Santes: don José, ¿quiere usted que le vuelva la espada?, y le respondió: El cuerpo de Santes no ceñirá más espadas, y si la ciñe un día sabrá con qué condición.—Don José, hasta sus

Palacios regresó á Manzanera, nombró comandante general interino al coronel don Manuel Monet, procedente de la guardia civil, formó un batallón de todos los voluntarios de la provincia de Cuenca al mando de don Francisco de Julian, y de recaudador el señor Valiente, mandándolos á operar á su provincia; deshizo la numerosa brigada que tantas correrías hizo y efectuó tantas exacciones, y puso en libertad al marqués de Valdeguerrero y á su hermano, prisioneros de Santes, después de haberles sacado 75.000 reales.

Lamentándose Palacios de la falta de hospitales, los creó en Horta, Albocacer y Ayodar; fundó las bases de una administración militar, que estableció en Vistabella, poniendo á su frente á don Francisco Roca; organizó los correos; contrajo un empréstito, que dió buenos resultados, fundó el *Boletín de la guerra*; montó una fábrica de pólvora en Benifasá, y explotó una mina de plomo en Lucena.

Lo más difícil para Palacios era poner á raya las partidas, pues donde se establecía el orden desertaban sus individuos á otras, por lo que tuvo que mandar «que á todo voluntario que se pasase de un batallón á otro sin el competente permiso, se le pegarían 25

amigos de Valencia piden que le separe del mando.—Usted es como las mujeres; y con una escolta lo mandó preso á la Cénia, dando órdenes bajo mano tan rigurosas, que don Manuel Belda le hizo registrar, según orden suya, hasta las faltriqueras, haciéndole guardar con centinelas de vista, y hasta robarle los documentos que poseía de su propiedad.»

M. S. de Santes.

palos; y al jefe que le admitiese se le suspendería de empleo. Muchos abusos tenía que corregir Palacios, y necesitaba más energía de la que empleó, dejando impunes algunos crímenes (1).

Se afanaron todos los partidarios carlistas por proveerse de armas; protegió Vallés el desembarco de una buena cantidad de fusiles, que se pagó con el empréstito que dispuso Palacios, y se mandaron comprar 4.000 carabinas Minié, pues muchos carlistas llevaban aún escopetas, y otros carecían de toda clase de armas.

#### OPERACIONES EN EL MAESTRAZGO Y ARAGON

### XXIII

Disipados los temores que infundió la invasión de don Francisco Tristany en Aragon, inspiraron la debida confianza las acertadas medidas que tomó el capitán general de aquel distrito, señor Burgos, que lanzó á campaña cuantas fuerzas tenía, y confió la custodia y orden de la capital á la sensatez de los zaragozanos, y la de los principales pueblos de la provincia á sus habitantes. Delatre é Iriarte obraron con actividad acertada, y venturoso fué el éxito que obtuvieron.

El desguarnecimiento de Zaragoza impulsó á algunos carlistas á proponer á don Carlos que en vez de acudir las fuerzas sobre

(1) Por intercesión del consejero de Cucala, Mosen José V... dejó sin ejecución la sentencia de muerte contra el asesino de un vecino de Benicarló, y hasta le puso en libertad, haciendo se fusilara á un voluntario también de la fuerza de Cucala que infringió á otro una herida de gravedad, y cuyo voluntario se ha dicho que confesó ser uno de los asesinos del general Prim.

Morella y Alcañiz cayeran sobre aquella ciudad, aunque solo fuera para aislarla con Madrid y Cataluña, cortando el telégrafo é interceptando la vía férrea, sin destruirla, por lo que conviniera utilizarla, y algunos formulaban proyectos bien pensados.

Empezó entonces Despujol á intentar apoderarse de Cantavieja, y reuniendo su brigada con la de Infanzon, se formó una columna de siete batallones, 300 caballos y tres cañones, que guió Infanzon á Villaluengo, desistiendo á poco de la empresa.

Conociendo Marco la importancia moral que daba á las fuerzas carlistas la posesión de Cantavieja, pensó en fortificar aquella plaza para librarla de un golpe de mano, pues no reunía las cualidades necesarias para serlo fuerte. Los peñascos sobre que está fundada la hacen casi inaccesible por el Sur y Este, y aún por Norte; por Oeste tiene entrada llana y está dominada por eminencias; los caminos son difíciles en todo el circuito de una jornada, cuyo terreno, en poder de los carlistas, constituía su principal defensa. Creía Marco á la sazón que no intentarían los liberales un ataque formal á Cantavieja llevando artillería, para lo cual habían de perder bastantes días y traer más fuerza á Aragon, y solo consideraba factible un ataque de improviso mientras él estuviese lejos con sus fuerzas. Dadas las condiciones del terreno, la autoridad y dominio que los carlistas ejercían en él y que nunca estaban lejos los carlistas valencianos y del Maestrazgo, no podía permanecer una columna liberal más de 24 horas á las inmediaciones de Cantavieja, y se trasladó á ella desde Vi-

llarluengo para mandar fortificar en el acto los puntos más débiles. A fin de tener una administración regular, fábrica de cartuchos, de recomposición de armas y otros talleres, depósitos de pólvora y plomo, y para mayor seguridad y adelanto de los cadetes necesitaba un punto seguro. Antes de un mes se vió prácticamente que eran fundadas sus previsiones. Puerto se oponía, como jefe de E. M., á esta fortificación, opinando que debía dejarse pueblo abierto; se dió por ofendido al tomarse la resolución contraria, y dimitió (1).

Principiada la fortificación con dos compañías de desarmados, á fin de no molestar al país, partió Marco á los cuatro días; se reunió á los batallones en Castellote, donde se le presentó un brigadier mejicano llamado Herranz, no siendo aquí más útil que en el Norte, de donde le envió Lizarraga por deshacerse de él: partió Marco con dos batallones para la provincia de Zaragoza, y sospechando que Despujol aprovecharía la ocasión para subir á Cantavieja dejó á Palles con un batallon para que lo vigilase, y desde Daroca envió á Calvera con otro al mismo objeto. Marco marchó á Molina, desde aquí por Albarracín á Rubielos de Mora, á donde llegó el 26 de Abril y se halló con el batallon que mandaba Calvera. Quería dar á sus fuerzas

(1) Para no dar lugar á sospechas, pues había algunas infundadas, al parecer de Marco, le dió éste una comisión cerca de Savalls, la cual ni desempeñó, ni aun volvió de ella; pero se quedó en el cuartel general de don Alfonso, y valiéndose de las relaciones de Freixas, en cuyo tercio había servido, principió, según el señor Marco, á ir preparando la liga que se formó contra él á la ida de don Alfonso á centro.

un descanso de dos días, pero supo aquella noche que Despujol con tres batallones, despues de haber abastecido á Morella, había salido de las Cuevas á Villarluengo; no dudó que subía á Cantavieja, y mandó al gobernador que resistiera y anunciara á la guarnición, para animarla, que saldría al amanecer del 27 en su ayuda y al anochecer llegaría

En efecto, el 27 se presentó Despujol á la vista de Cantavieja; Palles acudió fielmente á su auxilio, y con su batallon y el colegio de cadetes detuvo cuanto pudo á los liberales en los collados frente á la plaza. Aunque el gobernador le propuso que se encerrase, prefirió retirarse á La Iglesuela, y los cadetes entraron en Cantavieja. A las doce estaba ya Despujol en el arrabal de San Blas, cuyas casas conquistó despues de nutrido fuego, y empezó el ataque á la población. No le acobardó al gobernador Lacambra aquella situación, é hizo, dadas las circunstancias en que se encontraba, la defensa más heróica que hicieron los carlistas del centro en esta guerra. Tuvieron los liberales la desgracia de que en el momento de colocar el cañon para abrir brecha y hacer el primer disparo, fué herido el teniente y uno de los artilleros, y no pudo continuar el fuego.

Amenazaban desde dentro á los liberales con la llegada de Marco; y fuese esto ó no la causa, lo cierto es que Despujol se retiró á las cuatro de la tarde hácia la Cañada. Marco, haciendo una marcha penosísima llegaba á Cantavieja á las siete de la noche, como ofreció. Supuso que Despujol volvería por el mismo camino á las Cuevas, y á pesar del

cansancio de su gente salió el 28 cortando por entre Villarluengo y Tronchon á adelantarse á Despujol en la magnífica posición del puente del Vado; pero ya no llegó á alcanzar allí más que á la retaguardia, á la que causó algunas bajas. Desde entonces pudo considerarse como segura la posesión de Cantavieja, completando y mejorando sus obras.

Tiempo hacía que se anunciaba la ida del comandante general de Aragon con la expedición formada por el batallón de almogávares del Pilar, que estaba en el Norte, y algún otro de castellanos, mediando para ello comunicaciones frecuentes entre Cevallos y Marco, y más adelante entre Lizarraga y aquél, cuando fué nombrado jefe la expedición; pero convencido Marco de que la tal expedición no se realizaría, había dirigido comunicaciones á Elío, haciéndole ver la conveniencia de que se nombrase un jefe superior único para Valencia, Aragon y el Maestrazgo, que reuniendo á sus órdenes todas las fuerzas las pudiese hacer operar con unidad de miras, único medio, en opinión de Marco, de obtener sobre el enemigo ventajas positivas.

Con este objeto había enviado en 19 de Diciembre del 73 al canónigo Abril, y en Enero del 74 á su ayudante Polo. Ambos hicieron presente á Elío la conveniencia de la unidad de mando en Valencia, Aragon y el Maestrazgo, y que Marco creía que nadie era más á propósito que don Alfonso, cuyo nombramiento no causaría envidias y todos le obedecerían con gusto. Parecióle muy bien la idea á Elío; mas contestó á Abril: «Tiene

razón Marco, pero no conoce el personal».

Después de los ataques de Cantavieja se recibió la noticia de haberse dado el mando en jefe del centro á don Alfonso, cuya noticia produjo gran efecto en Aragon por el vigor que se esperaba tomasen las operaciones: Marco, en cuanto lo supo, mandó uno de sus ayudantes á felicitar al elegido.

A los pocos días, y reforzado Despujol con otro batallón, salió éste hacia Monroyo; Segarra se hallaba hacia Gandesa y Palles con el tercero de Aragon en Beceite. Oficiaron éstos á Marco, y desde Tronchon bajó á marchas forzadas por Zurita á Fresneda; llegaron al mismo tiempo Segarra y Palles, pero Despujol había marchado de prisa á Alcaniz. Bajaron los tres reunidos á Valdealgofa, de allí á Castelseras y Calanda y después á Hajar y Albalate para ver si Despujol salía en vista de la actitud provocadora de sus enemigos.

Las fuerzas carlistas de Valencia y el Maestrazgo tocaban ya los resultados de su poca previsión respecto á dinero. Marco pagó aquellos días con fondos de Aragon á los batallones de Segarra. Agotados los recursos del país en Valencia y en el Maestrazgo, cobrados varios trimestres adelantados y sin poder abonar á la intendencia de Aragon los dos millones, y con cerca de tres que habían recaudado en este distrito tenían sin pagar á los voluntarios. Segarra les debía dos meses, Cucala tres, Vallés más, y así todos.

Segarra marchó á Valencia llamado por Palacios: Marco dejó á Palles con el tercer batallón para proteger el país bajo dominado, y el cuartó en Mosqueruela para organi-

zarse y proteger el país alto, y tres rondas ó contraguerrillas avanzadas, una por Fabara, otra por Calanda y la tercera por Montalban. Él con dos batallones y 100 caballos, marchó por la derecha de Daroca á tierra de Calatayud. Estas marchas eran muy arriesgadas, pues dejándose Cantavieja, su centro de operaciones, á 30 y á veces á 40 leguas á retaguardia, se exponía en caso de un desastre á quedarse sin un soldado, por lo que su vigilancia era exquisita, merced á sus muchas relaciones en el país y facilidad de confianzas.

Las fuerzas carlistas de Marco, ó sea las de Aragón, constaban de tres batallones y una compañía privilegiada titulada Guías del Pilar, mandando aquellos Madrazo, Calvera y Palles. El primer batallón estaba armado en su gran mayoría con fusiles Berdan y Minié, el segundo sólo tenía cuatro compañías bien armadas, y el tercero sólo dos, llevando las restantes escopetas, trabucos y algunos soldados nada. La oficialidad, por regla general, carecía de instrucción militar. A tener armas, hubiera completado Marco otro batallón, pues tenía gente para ello.

Al llegar Marco á Molina, supo que iba á pasar un convoy de Madrid á Zaragoza, y fué á Arcos, por donde sólo pasó el tren correo, que sorprendió. Volvió á Fortanete; aquí recibió una comunicación de Lizarraga para inutilizar la vía férrea de Madrid á Zaragoza, destrozando la mayor parte de los túneles y puentes (1). Contestó Marco difi-

(1) «Dios, Patria y Rey.—Comandancia general de Aragón.—Excmo. señor.: Es de todo punto preciso para el buen servicio del Rey N. S. (q. D. g.) que en el tiempo

cultando la ejecución de lo que se le prevenía, y participándosele al mismo tiempo que don Alfonso había pasado el Ebro y se hallaba en las inmediaciones de Gandesa, pasó á verle y proponerle su plan respecto al ferrocarril. «Pero á don Alfonso, nos dice persona competente, le decían los que le rodeaban que Marco no era militar, y éste hacía alarde de decir á todo el mundo, que en cierto sentido, ni lo era, ni quería serlo, ni lo sería concluída la guerra, en el sentido de que en aquella el ser militar equivalía á llevarlo todo á sangre y fuego.»

más breve que sea posible, quede inutilizada la vía férrea que une á Madrid con Zaragoza, debiendo serlo desde Calatayud á Madrid, destrozando la mayor parte de los túneles y puentes que hay próximos á dicha ciudad, y lo mismo desde ella á Zaragoza.

»En este concepto se empleará el buen celo de V. E. sin excusa y con preferencia á cualquiera otra función de guerra, en disponer lo conveniente, que inmediatamente tenga lugar la completa incomunicación, bien sea dando el encargo á pequeñas partidas creadas al efecto, ó de cualquiera otra manera que á V. E. le parezca que es más pronta y segura; en la inteligencia que los cortes han de hacerse de tal modo, que cueste la recomposición varios meses empleados en plena paz.

»No encuentro términos con que encarecer á V. E. la importancia y necesidad para operaciones ulteriores, de este encargo en breve tiempo ejecutado, y por lo mismo envío á V. E. esta mi comunicación por tres conductos diferentes (a) y al que primero llegare dará V. E. la respuesta acusando recibo y expresando el día en que próximamente estará cumplimentada para arreglar á ello mi conducta.

»Dios guarde á V. E. muchos años. Puente la Reina 28 de Mayo de 1874.—El comandante general, *Antonio Lizarraga*».

Es copia del original.

(a) Una de ellas la llevó su ayudante don Alejandro Gordon.

OPERACIONES DE WEYLER—ACCIÓN DE DOMEÑO

## XXIV

De los restos de las fuerzas de Santes se formó una columna con naturales de la provincia de Cuenca de unos 500 hombres y 30 caballos, perseguida por Calleja, habiendo salido otra pequeña de aquella capital mandada por su gobernador el brigadier Garbayo, y juntas les alcanzaron el 2 de Mayo en Montearte, causándoles 51 muertos y 33 prisioneros.

Weyler, después de enviar desde Valencia alguna caballería en persecución de las partidas que merodeaban por Alicante y Murcia salió el 1.º de Mayo para Villar del Arzobispo y Losa; fraccionando su columna encontró en este último punto parte de las fuerzas carlistas que se hallaban en Chelva y Domeño; se trabó el combate, tomándoles sus posiciones, incluso la ermita de Domeño en la que se quisieron hacer fuertes los carlistas, que ya habían acudido, y pernoctó Weyler en el Villar por no creer conveniente alejarse más de Valencia, donde según noticias que recibió durante la pelea, se notaba cierta agitación en sentido federal, lo cual le obligó después á seguir á Liria, reforzar la guarnición de Valencia y apostar convenientemente fuerzas de caballería, entrando por fin en aquella ciudad en la mañana del 6.

La Guardia tuvo un encuentro en las inmediaciones de Borriol, con Vizcarro y Cucala, el 4 retirándose á Castellon, y el 5 sorprendió en Alcublas al comandante de ar-

mas de Segorbe y 10 más con armas y caballos.

Por no perder la guerra el carácter de ferocidad que en algunas comarcas tenía, se cometieron actos vandálicos (1), y el secuestro de los bienes de los carlistas dispuesto por el gobierno, produjo el terrible bando de Palacios del 7 en Alcocer, que aumentó los horrores, y á él se atuvo Cucala para fusilar despiadadamente al oficial de correos don Sandalio Fortea, por cuya vida se interesaron tanto, y cuyo delito fué el cumplimiento de su deber como empleado.

Después de disponer Weyler la sorpresa que produjo en Oset la prisión del comandante de armas carlista de Alcublas con toda su partida, para proteger esta fuerza á su regreso, fué el 11 al Villar donde estaba Monet, al que tomó las posiciones que ocupaba, reconoció á Losa y Domeño, pernoctó en Villar esperando que Calleja llegara á Utiel par a combinar la persecución de Monet que se hallaba en Juejar y Aras de Alpuente, y teniendo que continuar Calleja en Albacete instruyendo á sus artilleros en el manejo del cañon Plasencia, resolvió Weyler marchar sobre los carlistas; pero le avisó el ministro que los del Maestrazgo se reunían en Fresneda, Beceite y Valderrobles, ante cuya superioridad tuvo que replegarse Despujol á Alcañiz considerando conveniente quedase Calleja al cuidado de Cuenca, Albacete, la ribera de Va-

(1) Los asesinatos de los liberales *Cotoll* y Honorio Aparicio; abandonaron todos los liberales sus casas y haciendas; se reunió en sesión el ayuntamiento y hubo que prometer que no se incomodaría á nadie.



lencia y la Plana de Castellon, y fuese Weyler á auxiliar á Despujol. Weyler contestó exponiendo la imposibilidad de que Calleja pudiera cumplir lo que se le mandaba, que ausentándose se esterilizaban sus operaciones, y que hallándose tan lejos los carlistas con fuertes posiciones y atrincherados, no podía combinar operación alguna. Mediaron varios telegramas en el mismo sentido, pidiendo Weyler se le ordenase terminantemente una operación que no creía necesaria, y propuso se auxiliara por de pronto á Despujol con algunas fuerzas enviadas por el ferro-carril, como se ejecutó, esperando Weyler en Valencia se aceptase su dimisión.

Extinguiéronse las partidas que merodeaban por las provin-ia de Alicante y Murcia; los carlistas que se presentaron el 18 al frente de Castellon fueron por el pronto ahuyentados por el gobernador militar, y al aprestarse Weyler á operar y acudir á Morella, recibió la orden del gobierno aceptando su dimisión y reemplazándole con el general Santa Pau. Entregó inmediatamente el mando al segundo cabo; llegó Santa Pau el mismo día; pero sea que se cambiasen las órdenes dadas por Weyler al brigadier Morales de que marchase á Chiva, ó por otras causas, no llegaron las fuerzas liberales á aquella población, y entraron en ella los carlistas llevándose contribuciones y efectos, como hicieron en Cheste y otros pueblos importantes, en los que estaba amortiguado el entusiasmo liberal de sus habitantes.

Destinado el general Montenegro á operar en la provincia de Valencia, organizó sus fuerzas y fué desde Liria el 27 contra Mo-

net, con quien peleó en el difícil paso de la Salada donde el carlista se le interpuso para que no llegara á Chelva. Contaba solo Monnet con cuatro batallones: era extensa la línea que tenía que defender, y situó á Lozano con su batallon en la elevada posición de Domeño, á la que se dirigió Montenegro; tuvo que sostener rudo combate, auxiliados sus enemigos muy favorablemente por la naturaleza del terreno, y las enormes piedras y cortaduras con que interceptaron el terreno, y al saber Lozano que la brigada Calleja bajaba por la cuesta del Tiñoso para Chelva, dejó libre el paso al general Montenegro, que ya iba avanzando terreno, experimentando unos y otros combatientes sensibles pérdidas.

A costa de ellas iban adquiriendo los carlistas la organización y los conocimientos que necesitaban; y aun así, los 10.000 hombres que sumaban los del Maestrazgo y Valencia, carecían no sólo de organización, sino hasta de armamento, excepto cuatro ó seis batallones, teniendo los demás escopetas, fusiles lisos y trabucos; «municiones escasas, instrucción poca y fondos ningunos, por haber dejado este miserable país aniquilado en los principios del alzamiento (1).»

DON ALFONSO EN EL CENTRO.—ACCIÓN DE GANDESA.—ACOMPAÑAMIENTO DE DON ALFONSO

## XXV

Desde principios de Mayo empezaron á ordenarse los movimientos que habían de

(1) Comunicación oficial de don Manuel Salvador Palacios.

efectuar los carlistas del centro para recibir á su nuevo general en jefe don Alfonso de Borbon y Austria.

Comisionados Vallés y Segarra, éste acompañó á don Alfonso desde la Granadella á Flix, y Vallés continuó la marcha hasta Igualada para custodiar el convoy y la artillería destinada al Centro; pero regresó Vallés á Flix sin el convoy ni la artillería diciéndose que lo impidieron los movimientos de Arrando: confirió don Alfonso la comisión á Segarra, y á los dos días regresó con el convoy. Las cuatro piezas de artillería de montaña las llevó el cura de Flix, mostrando éste y Segarra que no existía el peligro y los inconvenientes que Vallés presentara. Don Alfonso, que llevaba para éste el nombramiento de mariscal de campo, lejos de dársele le relevó del mando, entregando sus fuerzas á Segarra, al que elevó á jefe de brigada, satisfecho del buen estado en que tenía su gente.

Al pasar don Alfonso el Ebro saludó á todos en la orden general del 26 de Mayo en Flix, dando gracias á la Providencia que le permitía reunirse á su ejército para participar de sus fatigas y triunfos contra un enemigo impío, que le obligaba á sostener una guerra fratricida que deshonraba y aniquilaba la nación; que iba resuelto á recompensar el valor, la abnegación y constancia, y á corregir las faltas ó delitos, dejando sólidamente restablecido el principio de autoridad y la disciplina, sin consideración humana que le apartase del camino que la justicia y su conciencia le dictasen.

Iba indudablemente don Alfonso animado

de los mejores deseos, con esos levantados sentimientos que se tienen en la juventud, porque no conocía á los hombres que pretendía subordinar, ni se rodeó tampoco, salvo honrosas excepciones, de consejeros entendidos y discretos, que con exquisita prudencia calmasen rivalidades, combatiesen las malas pasiones, supiesen distinguir la verdad de la mentira, la sinceridad de la hipocresía, alentarán el bien y persiguieran el mal, hubiera nobleza y dignidad en su conducta y sabiduría en sus consejos; todo menos esos caracteres violentos y apasionados que precipitan las resoluciones que deben ser más pensadas, y que dan lugar á actos de marcada injusticia que producen, como no puede menos, fatales consecuencias. Y todo esto era tan necesario, cuanto que el mismo don Alfonso que vió que «el entusiasmo del país era indescriptible, y bueno el fondo del ejército, pero que los jefes estaban como perros y gatos, y con pocos días que hubiese tardado todo se hubiese deshecho», se propuso armonizar á todos.

Por de pronto, y para evitar las voces que se propalaban, autorizó el 30 en Gandesa á los jefes de brigada y de batallón para formar consejo verbal y pasar por las armas á todo individuo, sea cual fuere su condición, que propalase voces subversivas de traición ú otras semejantes, ó tratase por algún otro medio de emplear la seducción para que se alterase la disciplina ó la subordinación en las tropas, y hacía responsables á los mismos jefes que con este deber no cumplieran.

La destitución de Vallés, el envió al depósito establecido entonces en Benifasar de





muchos jefes y oficiales, aun sin estar cansados, heridos y achacosos, y otras medidas, necesarias unas y no bien aconsejadas otras, produjeron nuevas disidencias, se aumentaron las anteriores, y se crearon enemistades y prevenciones hácia á algunos de los que acompañaban á don Alfonso.

Ocupábase éste en la reorganización de su ejército en Gandesa cuando supo que fuerzas liberales acudían sobre aquel punto, y ordenó á don Cayetano Freixa fuese á él con los carlistas acantonados en Flix y Ascó y cuatro batallones del Maestrazgo que le habían ido acompañando desde la Juncosa, esperando don Alfonso con la brigada Cucala en posiciones.

Despujol y Delatre habían emprendido un movimiento envolvente sobre Nonaspe, de donde salieron el 3 de Junio para Batea, y al día siguiente entraron sin dificultad en Gandesa. Coronadas las alturas inmediatas por la gente de Cucala, escalonada en una serie de excelentes posiciones, se había adelantado un grupo de caballería sobre la carretera á Pinell, que tuvo que retirarse al primer avance de las guerrillas liberales. En fuego los carlistas, fueron perdiendo sus posiciones y Despujol ocupando las crestas de las escarpadas alturas del frente. Las compañías situadas en observación sobre la izquierda se vieron súbitamente hostilizadas y acometidas vigorosamente por el batallón de zuavos y los cuatro de Vallés que mandaba Segarra, que ocultando su marcha á favor de las ondulaciones del terreno llegaba de Flix y obligaba á los liberales á replegarse, desalojando las lomas, que ocuparon los carlistas,

y aun se lanzaron al llano por los olivares, con más arrojo que prudencia. El refuerzo que reciben las guerrillas liberales y los disparos de la artillería logran contener un momento la impetuosidad de tan brusco ataque; la caballería de Castillejos y Almansa carga la extrema derecha enemiga; llega Despujol á escape desde las alturas del frente; lanza el batallón de Guadalajara con su coronel Lasso á la cabeza sobre el centro apoyándole medio batallón de Almansa, y en aquel momento crítico del combate quedaron heridos la mayor parte de los oficiales, pagando, y los jefes, con su persona, la deuda de honor con la patria contraída, dejando también los carlistas marcada su línea con montones de cadáveres.

Retíranse los carlistas; son cargados á fondo por la caballería, teniendo que formar el cuadro repetidas veces los batallones de Segarra y los zuavos; rechazadas estas fuerzas por la izquierda, trataron de correrse hácia el centro para socorrer á Cucala, ó copar al segundo batallón de Córdoba que había quedado solo en la cumbre de las alturas distantes, á cuyo pie había principiado el combate; pero se ocuparon las alturas inmediatas, cuya posesión trató de disputar el enemigo, que acabó por retirarse después de seis horas de fuego, dejando en el campo unos 100 muertos, y en poder del vencedor, que también experimentó muchas bajas, 30 prisioneros, una bandera, armas, municiones y otros efectos.

Esta jornada puso en triste evidencia al director militar de don Alfonso. Dobles en número los carlistas que sus enemigos, y

esperados éstos, no se ostentaron allí ni los más rudimentales conocimientos estratégicos. Se enviaba también un batallón al ataque, y cuando había gastado sus municiones, se veía perseguido por la caballería y había desaparecido, entraba otro en fuego, y así sucesivamente; cosa nunca vista en el centro hasta entonces, ni era fácil ver éstos combates en detall, teniendo reunida toda la fuerza, excepto la que condujo Segarra, por cuyo comportamiento mereció las gracias de don Alfonso.

Los liberales por Betea, y Fabara, fueron, á Mequinenza Dalatre, y Despujol por Caspe á Alcañiz. Don Alfonso Marchó á Vinaroz á disfrutar de ostentoso recibimiento.

Aquí se le presentó Marco, que no quedó muy satisfecho de su entrevista con el jefe de E. M. G. señor Moya, y el disgusto que sintió aquel partidario se fué reflejando en muchos que ya veían en Moya una persona de carácter irascible y violento más propio para dividir que para unir voluntades: á don Cayetano Freixá concedían todos pericia militar, conocimiento del país, bondad suma y buen criterio, pero estaba arrinconado: en don Francisco y don Alberto de Borbón solo veían á los desgraciados hijos del no menos desgraciado infante don Enrique; en el oficial de órdenes don Luis Toledo un joven inexperto, dócil instrumento de ajenas pasiones y cuyos actos eran la antítesis de la causa á que se había acogido; y el francés vizconde de... (entre los carlistas Bodegon) no infundía consideración ni respeto. Del aposentador Luna se contaban antecedentes poco edificantes, siendo aún peores los referentes al

mejicano Herraz, y los que corrían de boca en boca respecto á don José Pascual, conocido por el apodo altar y trono. Solo se salvó don Pedro Caro, pariente del marqués de la Romana, porque viendo aquel desbarajuste estuvo pocos días y se marchó á Francia. Seguramente que no eran estos elementos muy apropiados para que don Alfonso saliera victorioso de su empresa, á pesar de sus excelentes deseos y buena voluntad, que no bastaban.

Fué de valer el triunfo conseguido por los liberales en Gandesa; pero mayor hubiera sido impidiendo á los carlistas el paso del Ebro, ó atacándoles cuando lo efectuaban.

RECURSOS Y PROYECTOS — ACCIÓN DE ALCORA —  
EXCURSIONES

XXVI

Algo se había remediado el escándalo administrativo del centro, aunque se debían bastantes meses de paga á las fuerzas de Valencia y del Maestrazgo, y era muy difícil sacar recursos de los pueblos, á muchos de los cuales se había exigido el abono de doce trimestres en un año, y esto sin haber comprado sino poquísimos fusiles y uniformes. Marco, en cambio, tenía pagados al día sus aragoneses, y fondos recaudados para cubrir las obligaciones corrientes, cobrándose solo los trimestres vencidos, y no en todos los pueblos. De aquí el prestigio que en ellos tenía Marco, el que esto excitara la rivalidad de otros jefes y el que, fuera por suponerle apto para organizar la administración ó por separarle de las fuerzas aragonesas, se le propusiera la intendencia general, que em-

pezaría por cobrar dos años de contribución. Marco se excusó alegando falta de conocimientos económicos y su repugnancia en manejar fondos; añadió que sobre ser impolítico, era arruinar á los pueblos el exigirles dos años de tributos; que había bastantes recursos con los naturales, faltando sólo método y pureza en la administración, y que como él no deseaba mandar, presentó su dimisión, á lo que decididamente se opuso don Alfonso.

Abordó entonces Marco la cuestión del ferro-carril respecto á la comunicación de Lizarraga, de que ya hablamos; manifestó que la guerra era religiosa, social y económica, que ya que no se pudiera observar á veces la conducta templada y ajustada á lo legal, debían minorarse los males necesarios; que siendo indispensable inutilizar la vía férrea de Madrid á Zaragoza, podía escogerse la ocasión de que las fuerzas liberales estuviesen por la parte de Alcañiz, aunque para ello hubiera que simular un ataque á dicha plaza, marchando entonces dos batallones á Ricla y otros dos á Arcos, y en el mismo momento desplomasen los primeros los dos túneles allí inmediatos, y en Arcos llevasen hácia Sigüenza las máquinas que allí había siempre, y pasado el túnel de Orna se desplomase éste; para todo lo cual tenía personas inteligentes que habían sido empleados en ferro-carriles y en minas y recibido la dinamita que tenía encargada á Francia cuando concibió este plan en Marzo. Lograba así inutilizar de 30 á 40 leguas de ferro-carril para los efectos del transporte de tropas, sin necesidad de causar daños en lo res-

tante de la vía. Nada se resolvió por entonces, y Marco volvió á su distrito.

Operaba Montenegro en la provincia de Castellon de la Plana, donde merodeaba Sierra-Morena, que fué atacado en Onda por la columna del coronel Roda, que siguió cobrando las contribuciones: dirigióse á aquella parte don Alfonso, y estando en Lucena, salió el liberal el 13 de Junio de Benloch hácia Villafamés, y sabiendo que los carlistas estaban próximos se adelantó á Alcora á tomar posiciones.

Es Alcora una villa situada en terreno llano, á corta distancia del río Mijares, á cuatro leguas de Castellon y á dos y media de Lucena, de cerca de 6.000 almas, y además de ser agrícola es industrial. La ermita de San Cristobal que ocuparon los liberales, está á la izquierda del camino de Castellon á Alcora y un poco más adelante la de San Vicente; ambas están bien situadas, pero las mejores posiciones son las que hay á la parte de Lucena, tantas veces ensangrentadas en la anterior guerra, cuando había que ir á socorrer á esta villa. Otro camino tomó O'Donnell en Julio de 1839, no tan quebrado y sin aquella série de alturas, y en el inmediato pueblo de Useras ganó una batalla y el título de un condado.

Al día siguiente de la acción de Gandesa, tuvo don Alfonso un consejo de jefes en Cherta, en el cual se acordó el ataque á la plaza de Castellon de la Plana. Inmediatamente partió don Alfonso con todas sus fuerzas en dirección á Benicarló, ordenando antes á Segarra ir con 25 caballos á la Cenia para recoger los ocho cañones que había en este

punto, tomados al enemigo en Vinaroz, y llevarlos á Benicarló.

A los dos días de hallarse Segarra en la Genia disponiendo lo necesario para el transporte de la artillería, recibió contra-orden de don Alfonso mandándole ocultar dichos cañones y reunírsele en Benicarló, en cuyo punto se encontró Segarra con la sorpresa de que don Alfonso había desistido de su plan de ataque á Castellon. La salida de una brigada liberal de este último punto, dirigiéndose á Alcalá de Chisvert, influyó en la variación de plan de don Alfonso, y en que éste reconcentrase todas sus fuerzas entre San Mateo y Albocacer.

En cuanto supo don Alfonso la aproximación de sus enemigos, envió á Cucala en observación, y éste, más animoso que disciplinado, al verlos, emprendió el combate. Don Alfonso, que oía tranquilamente misa en Lucena para disponer en seguida la acción, recibió disgustado la noticia de haberse aquella empeñado, y marchó inmediatamente con el batallon de zuavos, unos 130 hombres del expedicionario de Valencia, compuesto de soldados pasados, una pieza de montaña y el quinto escuadron de Cataluña, enviándose otras fuerzas, llegando algunas en el momento en que se retiraban dos de los batallones de Cucala. Segarra había roto el fuego en Figueroles con un batallon de su brigada y dos de Cucala, quien durante la acción permaneció con su E. M. alejado del fuego; quizá por haber recibido una herida leve en un dedo.

Renovóse el combate, peleando ambos contendientes con bazarria; ordenó don Alfonso

se replegaran sus huestes á un punto conveniente para atraer á él á los liberales y derrotarlos; se dispersaron en el más completo desorden las fuerzas de Cucala al mando de Segarra, quedando éste sólo con su batallon que sostuvo bizarramente el empuje del enemigo, que ya lograba envolver á don Alfonso en los altos de Lucena; no pasaron los liberales de Alcora, volviéndose despues á Castellon, y quedando los carlistas en su terreno, dominando los caminos, cobrando las contribuciones y sacando mozos para aumentar su gente. Así que este encuentro en las inmediaciones de Alcora, no dió más resultado positivo que el derramamiento de preciosa sangre, pudiéndose calcular en más de trescientas las bajas de ambos combatientes, contándose entre los heridos carlistas Panera, Cucala y el jefe de E. M. don Francisco Moya, que ya no volvió á mandar más fuerzas, y murió en Octubre. Los carlistas se retiraron á Lucena: don Alfonso, en consejo de jefes, les manifestó hallarse disgustado de su comportamiento, á lo cual contestó Segarra que los responsables de todo eran los generales que le rodeaban.

Marchó don Alfonso á Adzaneta, recorrió diversos pueblos de las provincias de Castellon y Valencia, estuvo en Segorbe y en Chelva, revisó todas las fuerzas, y se encontró con que apenas ascendían las de Valencia á 8.500 infantes y 600 caballos, cifra que distaba mucho de la que se había consignado en documentos oficiales, convenciéndose más y más de la necesidad de dar á todos la organización que el exceso del desorden reclamaba. A no existir este defecto, y pu-



diendo presentar mayores fuerzas que los liberales, que apenas tenían más que una columna para operar contra sus enemigos, no hubieran necesitado éstos internarse en las montañas para evadirse de la persecución de Montenegro, que tenía á la vez que atender á las excursiones de las fuerzas de Cucala, que no dejaron muy gratos recuerdos en pueblos como Almazora, Burriana y Villarreal, llegando á intentar apoderarse de Castellon de la Plana, cuyo bloqueo establecieron.

Mientras don Alfonso marchaba sobre Teruel, encargó á Segarra que desde Chelva pasase á ocupar con sus fuerzas á Domeño. Encontrábase Montenegro en Villar del Arzobispo y otras fuerzas en Requena, y al saber el movimiento de don Alfonso se dirigieron contra Segarra. Comprendiendo éste el intento del enemigo, superior en fuerzas, y para evitar verse envuelto, puesto que ya estaban ocupados por aquél los puntos estratégicos de la Yesa y Chelva, se retiró de Domeño dirigiéndose á Manzanera, cumpliendo en esto la órden que dice Segarra recibió de don Alfonso de «que si se veía atacado por fuerzas enemigas, y no pudiera resistir el ímpetu de ellas, ya por su superioridad numérica, ó por alguno otro accidente imprevisto, se retirara á operar por los distritos de Tortosa y Morella». Vióse, en efecto, bravamente acometido por Montenegro, efectuó la retirada con algunas pérdidas, y á los dos días fué sumariado, con órden de seguir mandando sus fuerzas (1).

(1) El 1.º de Julio mandó parte de ellas por ropa á sus casas, y el mismo día recibió un oficio de don Alfonso

DESFILADERO DE LA POBLETA—CONSECUENCIAS

## XXVII

Encomendada al general Palacio la capitania general de Aragon, encargóse de ella el 22 de Mayo, distribuyó sus tropas para impedir las correrías y exacciones de los carlistas, supliendo con la movilidad la escasez del número, hasta que fueron ingresando los nuevos quintos, con los que impulsó la organización de los cuatro batallones de reserva que correspondieron á Aragon, á pesar del corto número de oficiales y clases, logrando que á los pocos días pudiese salir uno de ellos con alguna fuerza veterana á cubrir varios puntos del distrito y vigilar la vía férrea de Madrid. Marchó el 15 de Junio á ponerse al frente de todas las tropas que operaban en el Bajo Aragon y conducir un numeroso convoy á Morella y Alcañiz, pernoctó el 18 en este punto para el que había citado las brigadas, y organizando una división salió el 20 hácia Morella.

Al saber Marco el intento del liberal le comunicó á don Alfonso, añadiéndole que si subian los batallones carlistas que había en Vinaroz se podía oponer formal resistencia, y aun rechazar y quizá destrozarse al enemigo en las posiciones de Pobleta, y dado caso

llamándole con urgencia; contestó Segarra el estado en que tenía su fuerza, á pesar de lo cual la tendría reunida al día siguiente y marcharía con ella á Teruel, como se le prevenía, y como llegara después de fracasado el asalto, le destituyeron y le mandaron á recibir órdenes á Cáliz, sin tomarle declaración alguna por la retirada de Domeño ni por haber enviado parte de sus fuerzas á sus casas.

que llegasen á Morella bloquearle, puesto que el país estaba dominado por los carlistas, y después batirle á su salida, por ser inmejorables las posiciones que podían escogerse en aquel terreno accidentado. Don Alfonso, al que atenciones importantes llamaban á Segorbe y á la tierra de Castellon, ordenó á Palacios, que llegó por aquellos días con dos batallones á las cercanías de Iglesuela, se pusiera con aquella fuerza á disposición de Marco para oponerse al enemigo en el punto que conviniese; lo mismo ordenó á don Ignacio Polo, que mandaba el octavo del Maestrazgo, y este jefe, lleno de buena voluntad, como siempre, se presentó con su batallón á Marco. Don Alfonso encargaba además (1) que si era necesario, se abandonara inmediatamente á Cantavieja, sacando cuanto material de guerra existiese en ella; pero como desconocía la clase de fortificaciones de la plaza, é ignoraba si la columna subiría con artillería, dejaba en libertad de defenderla en el caso de que hubiera completa seguridad de que no podía perderse.

Resuelto Marco á hacer frente á su enemigo en la Pobleta, después de calcular las distancias á que se encontraban los batallones que debían ir en su auxilio, citó para Zurita, á donde llegó el 20 á las ocho de la noche, á los jefes Pallés, Navarro y Polo (don Ignacio) para concertar la operación, habiéndose recibido un oficio de Palacios desde la Iglesuela el 20 avisando que iba á pernoctar á Cinctorres, y poniendo sus fuer-

(1) Desde Adzaneta el 18 de Junio.

zas á disposición de Marco. Le convocó para que acudiera á la Pobleta á hora determinada; á aquel punto se dirigieron todos; conforme fueron llegando tomaron posiciones y antes de concluir de ocuparlas empezaron á desfilar los liberales hácia ellas. Al llegar estos á la altura de la Cogulla, que domina la carretera de Monroyo á la Pobleta, se encontraron á los carlistas perfectamente posicionados y en las no menos elevadas de la misma cordillera; trabóse el combate, bien sostenido por una y otra parte; hubo en algunos puntos esas peripecias naturales en toda acción, y cerca de las diez de la mañana se fueron ocupando las posiciones de los carlistas, quienes viendo que no llegaban las fuerzas de Palacios, de que necesitaban, y que el tercero de Aragón principiaba á asomar, pero á larga distancia, fueron retirándose ordenadamente á Zurita, á donde fué Palacios manifestando haber recibido tarde la comunicación en que se le citaba para la Pobleta. En esta entró el jefe liberal, y después de habilitar los tres puentes cortados en la carretera, de destruir y apartar los diferentes obstáculos que obstruían los pasos más difíciles, continuó la marcha con el convoy, entrando el mismo día en Morella, cuya guarnición le recibió con entusiastas aclamaciones. Regresó el 23 á recorrer algunos pueblos del Bajo Aragón y aprovisionar á Alcañiz; aprestándose para ir á Cantavieja, ordenóle el ministro de la Guerra enviase á Madrid las fuerzas de que pudiera desprenderse y pasara con el resto á marchas forzadas á Zaragoza á precaver cuanto pudiera.

sobrevenir por la muerte de Concha; mas no efectuándose la remisión de fuerzas por no ser ya necesarias, distribuyó desde Quinto dos brigadas en puntos convenientes, y salió el 2 de Julio para Zaragoza.

Desde Zurita subió Marco por el Forcall á situarse en Iglesiasuela con dos batallones; puso otros dos en Cincorres y los dos de Valencia con Palacios en Villafranca, por si el liberal iba á Cantavieja; si lo hacia por Iglesiasuela, queria esperarlo otra vez en aquellas magnificas posiciones, y si las forzaba meterse en Cantavieja con Madrazo y defenderse, puesto que calculaba que el enemigo no podía llevar sino cañones de á lomo, ni estar al frente de la plaza más de 24 horas. Habia dado de antemano instrucción á su jefe de E. M. don Antonio Luna y Lersundi para que, llegado aquel caso circunvalase al enemigo, molestándole sin cesar y no permitiese le llevasen viveres, cosa fácil en país tan accidentado y dominado completamente por los carlistas.

El movimiento de las tropas liberales dejó tranquila á Cantavieja, con gran contento de los carlistas (1): á allí se dirigió Marco enviando algunas fuerzas á Fortanete, Mirambel y Mosqueruela (2), y quedó solo al frente de los aragoneses, confiriéndose á Palacios la intendencia general del centro y

(1) «Confieso que este beneficio lo debemos á Dios y á la Virgen del Pilar.» Oficio de Marco á don Alfonso, fecho en Iglesiasuela el 24 de Junio.

(2) Entonces promovió don Ignacio Polo la cuestión de la llegada temprana ó tarde del parte avisando á Palacios, y del que fué portador un hijo de aquel, y se dió cuenta á don Alfonso detallando los hechos en una exposición fechada en Cantavieja el 25 de Junio.

Cataluña. Principió á organizar la administración militar, y nombró la diputación de Valencia, con arreglo á las instrucciones de don Alfonso.

Desde que don Francisco Roca, como jefe superior, se había encargado de la Hacienda, eligió recaudadores para el distrito perteneciente á la brigada Cucala; mas no permitió éste otros recaudadores que los nombrados por él, lo mismo que cuando se nombraron oficiales de administración militar para los batallones, pues los que se le mandaban tenían que marcharse al verse insultados y amenazados de muerte (1).

## ATAQUE Á TERUEL

## XXVIII

Absuelto Villalain, volviólsele á encomendar el mando de las provincias de Cuenca y Guadalajara; se ordenó á Marco le entregara algunas fuerzas; suspendió éste el cumplimiento de esta orden de don Alfonso, y le expuso los motivos que á ello le impulsaban (2).

(1) Al hacerse cargo Palacios de la intendencia, manifiesta que, según datos recogidos por el señor Roca, Santes debía rendir cuentas de seis millones por exacciones hechas en sus expediciones y primera entrada en Cuenca. Nadie como el señor Santes está interesado en esta aclaración importante.

(2) Excmo. señor: Al pasar antes de ayer por Mirambel se me presentó el coronel Manrique con una comunicación de V. A., fecha 17 del corriente, en que me previno le entregase para el brigadier Villalain 200 hombres armados, naturales de las provincias de Guadalajara y Cuenca.

En la situación en que me encontraba, y en medio de la marcha á éste, me encontré perplejo para resolver. Por una parte quería obedecer, por otra conocía que mo-

Bien comprendía don Alfonso que el ocuparse del personal no le daba más resultado que aumentar las rivalidades y producir nuevas disidencias, que le molestaban, y deseando hacerlo de cosas más útiles, á la causa

tivos de actualidad y otros de otro género, hacían que no conviniese ejecutar la orden en aquel momento. Por casualidad se encontraban allí el general Palacios y el coronel Monet, y con ambos consulté cual sería el mejor modo de obrar.

Resultado de lo que ellos opinaron, en vista de sus razones, fué darle á dicho coronel Manrique la comunicación que á la letra copio (a).

«Al dar á V. A. estos detalles, no es que quiera hacer solidaria la responsabilidad de lo hecho con el general Palacios y el señor coronel Monet; la responsabilidad si la hubiese, es sola y absolutamente mía.

Dicho esto yo ruego á V. A., no por mí, sino por la causa santa que defendemos, que se sirva oirme antes de llevar á cabo esta disposición.

Ahora comprendo el hecho incalificable del teniente coronel Puerta, así como otras intrigas bajas y de mala ley y perjudiciales á la causa de que se hace uso para atraerse la benevolencia de los voluntarios.

Conociendo que quizá lo principal á que hay que atender es á la buena administración y economía, ya por esto, ya por una razón de equidad, tengo establecido, que tanto á la guarnición de Cantavieja, como á los desarmados que están en instrucción en Mosqueruela, no se les pase de haber diario más que cuatro reales y la ración de pan. Esto, además de ser justo, me producen en mil hombres, ó algo más, la economía consiguiente de cuatro y medio á seis que se pagan en la columna.

Pues bien, para que sucediera lo que sucedió en Mosqueruela de pedir el pase 13 de los desarmados, había agentes que les dijeran que marchándose tendrían cuando menos seis ú ocho reales diarios.

En fin, para no ser molesto vuelvo á suplicar á V. A. que se sirva oirme.

Puedo estar equivocado; pero ante Dios y mi conciencia creo un deber para mí el pedirlo.

(a) Se refiere solo á suspender el cumplimiento de la orden por tener al frente el enemigo y necesitar de todas las fuerzas.

que defendía, acogió el pensamiento de apoderarse de Teruel, que algunos consideraron más fácil de lo que era. Hallándose el 28 de Junio en Fortanete, manifestó á Marco la necesidad de aquella operación para proporcionarse recursos y armas, operación ya iniciada dos días antes. Marco la conceptuó casi imposible; y en vista de la resolución invariable de ejecutarla, pidió se difiriese ocho ó quince días para adquirir datos y combinar planes; sólo concedió don Alfonso cuatro días: se aprestaron las fuerzas y cayeron sobre Teruel, rompiendo el fuego á las diez de la noche del 3 de Julio.

Teruel, capital de la provincia de su nombre, y con una población de 11.000 habitantes, se hallaba aislada en el centro de una comarca dominada por los carlistas, siendo Alcañiz el punto fortificado más próximo, 24 leguas de los ocupados por los liberales. Ansiada siempre por los carlistas por su ventajosa posición estratégica y sus recursos, y ser el único pueblo liberal de aquella gran zona, se veía casi reducida á sus propias fuerzas, levantando á su costa las defensas, que importaron unos 12.000 duros.

Teruel se halla situada sobre una colina, inaccesible por algunas partes; el único punto

V. A., que en su posición elevada ha sabido responder al llamamiento de su conciencia en los deberes que Dios le imponía hasta el punto de hacerse soldado ruso, sabrá comprender á lo que obligan la fuerza de las convicciones de este género.

Dios guarde á V. A. muchos años.—Iglesuela 24 de Junio de 1874.—Serenísimo señor.—El comandante general interino, *Manuel Marco*.—Serenísimo señor infante don Alfonso de Borbon, general en jefe de los reales ejércitos del centro.

débil es el que mira al arrabal, desde cuyas casas, demasiado próximas, puede hostilizarse con ventaja: la plaza se hallaba cubierta con buenas defensas, flanqueadas todas las obras; el recinto es pequeño, pudiendo aumentarse las defensas en pocas horas, duplicando las fuerzas de los puntos más débiles. Había un parque con 1.500 sacos de tierra, muchos cajones y 40 útiles para los trabajos de defensa.

Los defensores ascendían á unos 2.000 milicianos, excepto 190 guardias civiles y unos 100 hombres entre individuos de orden público, rurales, camineros y los artilleros que servían las cuatro piezas de dotación de la plaza.

Desde dos días antes se sabían los intentos de los carlistas y se había redoblado la vigilancia, mostrándose solícitos los señores Santa Pau (don Jacinto) y Sarmiento, que ejercían los mandos militar y civil respectivamente, y se acudió á hacer frente á los invasores.

Villalain, con la única pieza que llevaron estos, debía atacar por la puerta del Tozal, ó sea por el centro, único sitio vulnerable cubierto de los fuegos enemigos, y por donde solo se podía y debía dar el asalto; el segundo de Aragón acometería por la izquierda y el primero por la derecha. Estas últimas fuerzas habían comenzado el ataque sin que Villalain hubiera dado señales de vida, á pesar de los avisos que le envió Marco. Hacía más de una hora que los carlistas de la derecha estaban haciendo prodigios de valor; eran cerca de las doce; la luna iba á salir, y comprendiendo Marco que con su claridad

era imposible pasar el puente sin que muriesen cuantos lo intentaran, lo mismo que los que ya habían pasado y se encontraban pegados á la muralla sin poder entrar, mandó al oficial Pertegaz, á don Pedro Abril y á don Francisco Polo á reiterar á Villalain la orden de atacar, y al segundo batallón; á don Florentino Polo que mandase á una de las compañías de reserva á reforzar el ataque y pasar el puente, y participó á don Alfonso la situación en que todo se hallaba.

Don Alfonso había recibido un parte de que Villalain estaba dentro de Teruel, cuando justamente pretendía Marco se le mandara que atacase, ya que no obedecía las repetidas y terminantes órdenes de éste (1).

(1) «Llegó el oficial Pertegaz enviado á Villalain y me dijo: le he dado la orden; pero le suplico á V. E., mi general, que no me envíe más á semejante hombre. De allí á un rato se oyó el primer cañonazo, y sobre siete ú ocho minutos fuego de fusilería por la puerta del Tozal; creí que seguiría, pero cesó á los tres cuartos de hora (era más de la una de la madrugada); hizo otro disparo el cañon, que fué ya el último, y de fusil muy pocos. Entonces envié al jefe de E. M. don Antonio de Luna, á don Florentino Polo y al señor Abril para que dijesen á S. A. R. la situación del ataque y la actitud de Villalain. Vino también un momento después el capitán de la octava don Escolástico Moreno, y me dijo: V. E. conoce la situación del puente: ha empeorado aquella desde que V. E. se ausentó de allí; el enemigo ha cargado todas sus fuerzas en aquel punto, viendo que por el Tozal donde operaba Villalain no se ataca; he intentado pasar el puente segunda vez, y á la primera descarga me han cortado la compañía, quedando siete muertos; los heridos no puedo apreciarlos, y esto, bastante antes de llegar á donde está muerto el comandante Aparicio. Si V. E. juzga que debo acometer, acometeré otra vez, pero creo que la compañía muere sin resultado.

«..... Entonces dije al referido capitán, nadie mejor que V. puede informar á S. A. R. de nuestra crítica situación; vaya V..... No bien había marchado el capitán,

Marchó Marco á verse con don Alfonso, al que enteró de todo, y de que el batallón tenía más de 150 bajas, cuando le habían hecho creer que sólo había siete heridos; presentóse á la sazón el capitán de artillería

se presentó el brigadier Herranz con dos ó tres franceses más diciendo que traía orden de S. A. R. para que atacase y se quemasen las casas que había. y añadió: ¿por qué no se queman todas estas y se rompen las puertas? Le contesté: respecto lo primero ya se está haciendo pero será inútil, no nos ayuda por el centro Villalain á pesar de haberle enviado tres veces la orden de que ataque, y dado noticia de ella al infante. Envíe V. uno á ver si Villalain obedece. Fué, si no me equivoco, de orden de Herranz, un oficial francés que se llama Coldegón, ó cosa así .... y al cuarto de hora mandó Villalain retirar al capitán de artillería con el cañón; se retiró él con el batallón de Cuenca y mandó hacer lo mismo al segundo de Aragón sin conocimiento de S. A. y sin orden mía, quedando yo solo con dos compañías y una sección de la octava enfrente de toda la guarnición de Teruel y haciendo esfuerzos desesperados para salvar los que pude de las compañías que habían ido al asalto, llamando la atención por aquel punto inmediato á los arcos. A la segunda parte INCENDIAR le impugné que S. A. debía estar mal informado de las condiciones de esta posición y casas que manda quemar V., si conociera bien esto es imposible que lo mandase: esto no es Teruel propiamente dicho, son casas separadas de la ciudad por el barranco, las cuales son nuestro punto de apoyo para atacar ahora y siempre que se venga á ello; sin ellas no podríamos aproximarnos; están abiertas y no es necesario romper ni quemar las puertas. Tengo la fuerza formada en la calle, como V. lo vé, para cualquier evento. Quemarlas, pues, sería hacerle favor al enemigo.....

«Si para tomar Teruel es necesario quemar toda la ciudad, yo lo haré; pero hacer daño no solo sin que resulte beneficio, sino en perjuicio nuestro, sería un acto de necedad y vandalismo y .... yo he tomado las armas como católico, español, carlista, y amante de mi patria. Pues Villalain quemará el arrabal, me contestó; y yo le dije: No lo extrañaré; bien puede creerse eso de Villalain. Efectivamente, fué la única orden que obedeció aquella noche, y la de retirarse, si es que se le había dado. Ade-

ría que se había retirado con su pieza por orden de Villalain, refiriendo cuanto había pasado, de todo lo que resultaban los más graves cargos contra el referido Villalain, y don Alfonso ordenó la retirada, que la había ya efectuado Villalain y el incendio de algunas casas antes del regreso de Marco, mostrando aquel una vez más su insubordinación. El que había desobedecido las órdenes de atacar no necesitaba seguramente esperar las de retirada (1). Al efectuarse ésta no se dió la orden á las compañías que

más mandó llevar á cabo el incendio al segundo batallón de Aragón, que se retiró después de él, y guardándole la espalda»:

Declaración indagatoria de don Manuel Marco en el proceso que se formó.

(1) Añade Marco que cuando regresó de su entrevista con don Alfonso envió á los señores Polo (don Francisco) y Aznar al arrabal para que viesen si todavía quedaban algunas fuerzas en él ó en las Ollerías y les comunicasen la orden de retirada, y volvieron diciendo que se habían retirado todas por la senda que conduce á Santa Bárbara.

«Me extrañó sobremanera que Villalain se retirase sin mi orden... Entre tanto yo fui recogiendo los heridos, facilitando á la vez la salida de los que se hallaban dentro de la muralla, operación que duraría de tres cuartos á una hora, y tomé el camino del cementerio á unirse con las fuerzas. Cuando llegué al alto de dicho cementerio vi con sorpresa que el brigadier Herranz, dos ó tres extranjeros más y si mal no recuerdo, don Luis Toledo viniesen por el camino con dirección á Teruel, como ansiosos de llevar á Villalain la orden de que se retirase, porque no se había retirado (así lo habían hecho creer sin duda á S. A., y sólo esto puede explicar la orden del día 5 de Julio). Yo les dije: Pueden ustedes volverse: Villalain se ha retirado hora y media antes que nosotros, y extraño que ustedes no lo sepan estando aquí el segundo batallón de Aragón que se ha retirado detrás de él y por su orden, y que Villalain, ó al menos el batallón de Cuenca, se ve desde aquí á la cabeza de los zuavos».

estaban dentro de la plaza, que quedaron abandonadas y aisladas.

La defensa por parte de los liberales fué valiente, y si hubo carlistas que abriendo un boquete en la muralla exterior, y otros que atravesando rápidamente el espacio que mediaba entre las casas del arrabal y la muralla colocaron en ella dos escalas, unos quedaron prisioneros y otros muertos.

Cuando aclaró el día no se veía fuera carlistas; pero el fuego de fusilería continuaba más ó menos vivo en la parte de San Miguel. Lo tortuoso de las calles inmediatas impedía la colocación de la artillería para batir las casas ocupadas por los carlistas que habían logrado penetrar en ellas y quedado abandonados; al fin se pudo colocar un cañon convenientemente, y á los dos disparos se causó algún destrozo en las casas; los carlistas no esperaron el tercero, y se rindieron á discreción, asombrando á los liberales ver sobre 150 hombres, gente escogida, perfectamente vestidos y armados con fusiles Berdan, y buena provisión de cartuchos. Desarmados fueron conducidos al Seminario conciliar.

A las cinco de la mañana se abrió una de las puertas de salida al arrabal, y se procedió á recoger los heridos y muertos por los afiliados en la Cruz Roja, auxiliados por algunos voluntarios.

Las pérdidas de los liberales no fueron grandes, aunque sí sensibles. Las de los carlistas excedieron de 200, de las que el batallón de Cuenca sólo tuvo seis heridos: los aragoneses de Marco fueron los que experimentaron las bajas que hubo; así dice éste: «La triste

jornada de Teruel fué á consecuencia de una prevención injusta contra el ejército real de Aragón, ó una causa ocasional para deshonrarme y después destituirme; allí se vertió sangre abundante y sangre de héroes, que es lo que más lacera mi corazón. Todavía humeante clama venganza al cielo, y gota á gota hará Dios que caiga sobre los que cínicamente desobedecieron mis órdenes durante el ataque y se retiraron sin orden alguna, al menos mía. Insisto y concluyo: en el curso del sumario se evidenciará quiénes fueron los que cumplieron con su deber como católicos carlistas y caballeros, y quiénes los que teniendo muy poco de carlistas, nada de católicos, é ignorando qué es ser caballeros, faltaron abiertamente á sus deberes, sin duda alguna para que fracasase la empresa tan felizmente comenzada. Es indudable que si Villalain hubiese sido leal, Teruel hubiera sido nuestro, y el ejército real de Aragón no hubiese tenido que lamentar tantas y tan sensibles pérdidas.—Pobla de Benifasá 12 de Setiembre de 1874 —*Manuel Marco*».

Teruel añadió á sus antiguos timbres el título de heroica y se creó una medalla para conmemorar el comportamiento de sus bizarros defensores, que negándose á recibir recompensa alguna merecían este agradecimiento de la patria.

PROCESO DE MARCO. — CONQUISTA DE CUENCA

## XXIX

De tal manera desfiguraron los hechos á don Alfonso los enemigos de Marco, que no sólo le pusieron preso á las órdenes de Vi-

llalain, sino que hicieron que aquel señor firmara y publicara una orden del día tan inexacta como ofensiva para Marco (1), y en el *Volante de la guerra* del 11 de Julio, se publicó una relación del suceso (2), no menos inexacta y más denigrante, tratándose como él mismo dice, como un traidor ó un bandido, sufriendolo todo con resignación y considerando muy natural *estar preso á las órdenes de Vallalain, un hombre que blasona de católico como yo, que á pesar de mis grandes faltas, no debe tener por carcelero sino*

(1) Orden general del ejército real del Centro y Cataluña, en Alcalá de la Selva á 5 de Julio de 1874.

Para llamar la atención de la columna enemiga Montenegro y atraerla á buenas posiciones entre Segorbe y Teruel, donde la aguardaban los batallones valencianos con objeto de batirla, quise atacar á la ciudad de Teruel.

Cuando por vuestro valor y heroismo ya se habían apoderado nuestras armas de parte de la población, y á las pocas horas debía ser nuestra dicha capital, contra mis órdenes terminantes, y abandonando los que ya había dentro, se retiró vergonzosamente el general Marco encargado de la operación, y para no sacrificar al brigadier Villalain, que con el primer batallón de Cuenca atacaba el centro, mandé retirar á dicho brigadier.

Como general en jefe, y usando de las facultades de que me hallo revestido por S. M. el rey, mi augusto hermano, vengo en destituir al general Marco del cargo de comandante general interino de Aragón, cuyo puesto vendrá á ocupar en breve el brigadier Gamundi, y al mismo tiempo encargo interinamente del mando de la división de Aragón al coronel Palles.

El general Marco queda preso y sujeto á un consejo de guerra. Igualmente se procederá con los jefes y oficiales que no se han mostrado dignos de la causa que defienden.

El infante general en jefe, Alfonso de Borbón y Austria.

(2) Firmada por don Luis Toledo de Belloch, que hizo después graves declaraciones á Marco, tratando de justificar su conducta y culpar á sus inspiradores, de los que fué instrumento.

*un hombre que se... en Dios* (1). Refiere Marco hechos horribles y crímenes espantosos perpetrados por sus perseguidores, los atropellos que causaron al canónigo Abril, al capellán Gimenez y á los señores Lacambra, Galindo y otros, haciéndoles pasar por humillaciones propias de los presidiarios: de tal manera se pusieron las cosas en el Centro, haciendo servir al *Volante de la guerra* de instrumento de pasiones bastardas, de miserables ambiciones y de ruines venganzas, que concluye su escrito la persona de que nos hemos ocupado diciendo: «En fin, la altivez española se avergüenza al recordar lo que Aragón ha sufrido... y tantas infamias que han sucedido en poco tiempo, y no quiero seguir hablando más..... si no se me exige (2).

Los aragoneses, entre los que Marco era muy querido, llevaron tan á mal la injusticia que se cometía con su jefe, que hubo necesidad de los esfuerzos de personas influyentes para evitar un conflicto y contener á los voluntarios que querían marcharse á sus casas, indignados. No se evitaron, sin embargo, las deserciones; cundió gran desaliento, y la causa carlista en Aragón sufrió en pocos días por sus propios desaciertos, más que en toda la guerra por la persecución de sus enemigos.

El fracaso en Teruel no amilanó á don Al-

(1) Declaración de Marco y Memoria dirigida por él mismo á don Alfonso.

(2) Muchas páginas podríamos llenar con el expediente de Marco que tenemos á la vista, pero creemos baste lo expuesto, debiendo ahorrar repugnancia á nuestros lectores, ya que con tanto repugnante tropezamos.



fonso, que concibió el audaz proyecto de apoderarse de Cuenca, para lo que reunió las fuerzas de Valencia, del Maestrazgo y las de Castilla, estas á las órdenes de Villalain, y con aquellas, el batallón de zuavos, una batería de montaña y cerca de 300 caballos, se dirigió á la ciudad, llevando á Freixa de jefe de E. M.

Hacia tiempo que esperaban en Cuenca verse acometidos, por lo que pidieron el regreso de su anterior gobernador civil señor Ordax AVECILLA, que tan excelentes recuerdos dejara (1); aceptó después tan espinoso cargo en tan difíciles circunstancias, reanimó el espíritu público, atendió á lo que la defensa de la ciudad exigía, mostrando tanto interés y celo que fué nombrado hijo adoptivo de ella (2), donde dejó gratos é inolvidables recuerdos, bien secundado por la junta de armamento y defensa, que cesó cuando aquella digna autoridad en su mando. Era interés de todos defender la ciudad; se hicieron nuevas obras, y sucedió lo que suele ser frecuente en casos de apuros y peligros cuando no hay una verdadera unidad de acción (3), ó una autoridad discreta y sabia que se imponga.

Situada la población en una verdadera cuenca, su defensa está en las elevadas alturas que la dominan, como sucede á Bilbao y

(1). El entonces gobernador civil de Cuenca, señor don Antonio Martín Quintana, tuvo el profundo sentimiento de no tomar parte en la defensa de aquella capital, por hallarse ex uso de licencia con motivo de una irreparable desgracia de familia.

(2) En 10 de Enero de 1874.

(3) Para más detalles pueden verse *Los sucesos de Cuenca*, por don Santiago Lopez.

otros pueblos; y si la escasez de fuerzas imposibilitaba la extensión de la línea defensiva que necesitaba sobre 2.500 hombres, creía el gobernador militar señor brigadier la Iglesia, que unos 1.200 combatientes hubieran bastado para defender el casco de la población mientras podía ser la plaza socorrida, dada su proximidad á Madrid; y como no contaba más que con 560 individuos de tropa de todas armas, y cuatro piezas, á más de unos 150 á 200 voluntarios, no todos armados igualmente, mandados por el alcalde don Hilario Lozano, reclamó incesantemente para que se aumentasen aquellas fuerzas.

Al saberse en Cuenca que los carlistas estaban en la Cierva, á 26 kilómetros, cundió la alarma; los liberales que habitaban la parte baja de la ciudad desatojaron sus casas, refugiándose dentro de la parte fortificada; se reconcentraron en la plaza mayor las autoridades y las fuerzas, que se distribuyeron convenientemente; se avisó al gobierno y al capitán general del distrito, con oportunidad, porque á poco fué cortado el telégrafo, y se aprestó la autoridad militar á resistir cuanto le fuera posible.

Acercáronse aquella noche los carlistas á la plaza, tomaron buenas posiciones, y al amanecer del 13 comenzó el ataque, extendiéndose á poco el fuego por toda la línea, sosteniéndole con tesón unos y otros combatientes. Manda la Iglesia evacuar la Carretería por el fundado temor de que pudieran ser cortados sus 150 defensores que se batían bien, y en cuanto fué evacuada con el orden debido, la ocuparon los carlistas y las calles inmediatas, permitiéndose excesos que

en vano trataron de reprimir los jefes, estando el que lo era de los carlistas de la ciudad á punto de perecer á manos de los invasores. Continuó el fuego hasta las siete de la tarde, en que prévia la petición de parlamento, intimó Freixá la rendición, prometiendo respetar la vida é intereses de los defensores, advirtiendo que toda resistencia era inútil, porque había empeño y fuerzas para conquistar la ciudad, y la Iglesia contestó que no se rendía. Volvió á romperse el fuego, que siguió toda la noche, la que favoreció á algunos de los sitiadores para poseionarse del convento de San Pablo, dueños también del de la Concepción y casas inmediatas, dirigiendo por improvisadas aspilleras y boquetes, abundante lluvia de proyectiles.

Al amanecer del 14 se efectuó un asalto general, arrojándose al mismo tiempo granadas sobre la ciudad, que fué valerosamente rechazado, hiriendo ó matando á los primeros que se lanzaron á atravesar el río Huécar, y á los que de la parte opuesta trataron de tomar las ruinas de la Inquisición. En la noche de este día, unos audaces zuavos atravesaron sigilosamente el Huécar por cerca de su desembocadura en el Júcar, para apoderarse de las últimas casas que dan sobre este río y atacar por la espalda á los defensores de la puerta de Madrid, é Instituto; pero lo evitó la vigilancia del comandante Carrero, que mandaba en la puerta de Madrid, y el haber la Iglesia armado con 12 fusiles á 12 lanceros y un sargento, por carecer de otras fuerzas, que ocuparon al anochechar aquellas casas; descubiertos los zua-

vos, fueron rechazados. El mismo éxito tuvieron las tentativas hechas por la calle del Agua y otros puntos.

En los dos días que duraba el sitio, los carlistas podían descansar por permitirles relevarse el número de sus fuerzas; los liberales no habían descansado un momento, y sólo les alentaba la esperanza de ser socorridos, para lo que ya había tiempo suficiente. La escasez de agua y raciones, lo cual acusaba alguna imprevisión, era un peligro; no desmayaron, sin embargo, y se hicieron nuevos esfuerzos de arrojo.

Confiaron los carlistas en enseñorearse de Cuenca por un ataque brusco y rápido, y como en la mañana del 15 sólo eran dueños de las casas de la margen izquierda del Huécar desde las cuales á las de la derecha hay corta distancia, procuraban inútilmente desalojar á sus defensores, empezando á dudar el conseguirlo: varios jefes se presentaron á don Alfonso á manifestarle la imposibilidad que ofrecía la conquista de la primera línea y la necesidad de retirarse; confiando más aquel, les contestó alentándoles á proseguir el combate con decisión, por considerar la entrada en Cuenca segura. Diéronse instrucciones á Villalain para efectuar un nuevo asalto con todas las fuerzas disponibles á excepción de la reserva, y cubiertas á vanguardia por el enjambre de tiradores que constituían la primera línea, que no cesaron de hacer fuego, formáronse varias columnas á las que se comunicó esta orden:—«A todos los jefes y oficiales de la línea de ataque: Autorizado por S. A. R. el Infante, general en jefe, ordeno á todos los jefes y oficiales que atacan

la ciudad rebelde, que en el término de una hora avancen, taladren ó incendien, si es preciso, los edificios que sea conveniente hasta desalojar al enemigo; y de no verificarlo, será pasado por las armas sin contemplación el jefe ú oficial que no cumpla, previos los auxilios espirituales.—Cuenca 15 de Julio de 1874.—El brigadier, *Angel Casimiro Villalain*».

No lleva tan terminante orden el entusiasmo á sus huestes que necesitan ser reforzadas; prosigue el ataque, y contando los sitiadores con inteligencias y buenos amigos en la población, les indican un lado vulnerable, cuya defensa debilitaba el cansancio, y penetran en la calle de la Moneda, extendiéndose por las casas. Comienza entonces una resistencia heroica; bátense en retirada los defensores de la Puerta del Postigo y de la de Madrid; hace la Iglesia inauditos esfuerzos para recobrar el terreno perdido; levanta barricadas y establece una nueva línea, decidido á defender el terreno á palmos, pues no desconfiaba de la pronta llegada del socorro; pero éste no acudía, y los carlistas, engrosando, iban invadiendo la ciudad, haciendo inútiles los más denodados esfuerzos de sus defensores. Pidió la Iglesia parlamento; cesó el fuego por ambas partes; esparciéndose la voz de que los carlistas no daban cuartel, mandó romperle; los carlistas gritaron que no se hiciese fuego, que había cuartel; se fueron acercando los pocos defensores que aun rodeaban á su jefe, y en breve se vieron acorralados y prisioneros, no habiendo tiempo para capitulación alguna (1).

(1) «La mayor parte de los quintos de la reserva de

Los carlistas experimentaron grandes pérdidas: se han hecho ascender á cerca de 1.000 entre muertos y heridos; y aunque muy inferiores las de los liberales, excedió de 800 el número de prisioneros, incluyendo entre ellos muchos paisanos.

El botín fué considerable; cuatro piezas de artillería; más de 800 fusiles y carabinas y municiones de todas clases, y en tan gran número, que no se hubieran agotado en algunos días.

Los carlistas que iban penetrando en la ciudad cometieron punibles excesos y horribles asesinatos (1). Los incendios del gobierno civil, diputación provincial, plaza de toros y de casas particulares no tenían más objeto que el destruir y hacer daño. Ni la prudencia, la generosidad, ni la nobleza siguieron á la victoria: el comportamiento tenido con las comisiones del municipio y de señoras, estuvo muy lejos de que pueda ser alabada, ni ménos disculpada la pasión política que inspiraba los actos de todos.

Resistiéndonos á creer que un personaje como don Alfonso, que tanto se había distinguido en regular la guerra, que había dado instrucciones como las que expusimos

\_\_\_\_\_ Toledo, juvenes de 19 á 20 años, yacían tendidos en tierra después de tan largo combate».

Recuerdos de la guerra civil, por don Eugenio de la Iglesia.

(1) Detallados y presentados en un cuadro estadístico donde se consignan los nombres, edad, estado, profesión y las circunstancias especiales de su muerte en el folleto titulado *Los sucesos de Cuenca, ocurridos en Julio de 1874*, por don Santiago López que ha sido testigo de ellos y ha tenido ocasión de comprobarlos, renunciemos á transcribirlos, dejando así de angustiar nuestro espíritu y el de nuestros lectores.

al tratar del comienzo de la de Cataluña, y condenado los excesos que se cometían (1), hemos procurado depurar los hechos, y nos escribe el mismo señor:—«En cuanto á documentos prohibiendo se cometieran desórdenes en la ciudad de Cuenca durante el asalto ó después no existen; pues mis órdenes fueron verbales y llevadas por mi jefe de E. M. el general Freixa. Los jefes y oficiales debían responder de las fuerzas que llevaban á sus inmediatas órdenes. El general Freixa, ateniéndose á mis instrucciones, hizo poner centinelas en las calles, y aun en las casas á medida que se iba adelantando en Cuenca para evitar de este modo hasta la posibilidad de desórdenes».

No podía ser otro su deseo; pero no bastó éste, como no bastan en circunstancias tales; y es frecuente que los excesos que se cometen en poblaciones invadidas ó conquistadas son en su mayor parte ayudados ó inspirados por los mismos correligionarios de dentro, y algo de esto sucedió en Cuenca. Únicamente el clero, no siendo liberal en su mayor parte, estuvo á la altura de su cometido sagrado, salvando á muchas víctimas.

La historia no puede menos de recordar en esta ocasión el proceder del eminente Barrientos, obispo de Cuenca, cuando defendiéndose la ciudad de la acometida de las huestes que envió el turbulento don Juan II de Navarra—1449—tomó tan activa parte en aquella heroica defensa, animando con su presencia y dirigiendo con gran pericia el combate, que salvó la ciudad, obligando á

(1) Puede verse el tomo II, página 545.

los enemigos á retirarse aun después de haber obtenido algunos parciales triunfos.

En la orden del día, felicitó don Alfonso á sus voluntarios por el triunfo que habían conseguido, y el 11 de Setiembre creó don Carlos una medalla para conmemorar la toma de Cuenca.

Un sencillo monumento erigido en la hoy Plaza de la Libertad, honra la memoria de las víctimas del terrible 15 de Julio de 1874.

LOS PRISIONEROS.—SALVACAÑETE.—MOVIMIENTOS DEL GENERAL SORIA.—SANTA CRUZ.

### XXX

Los prisioneros hechos en Cuenca, indbidamente bastantes paisanos, se los llevaron en dos direcciones, unos el 16 y otros el 19. Los primeros, que eran el mayor número, fueron por la Cierva y Cañete á Salvacañete, por sitios escabrosos, no faltando quien poniéndose en contradicción con el sagrado carácter de que estaba revestido, aconsejara en Vallecillo que se les colgara de los pinos para que no sirvieran de estorbo.

Al saber el capitán general de Aragón el ataque de Cuenca, destacó la brigada Lopez Pinto en su auxilio, forzó las marchas, entró el 18 en Salvacañete, supo que hacía allí se dirigían algunos batallones carlistas con los prisioneros, y sin racionar la fuerza, salió rápidamente simulando una retirada á internarse en la provincia de Teruel. Entraron los carlistas en Salvacañete, y al saberlo Lopez Pinto, acudió á rescatar los prisioneros: el coronel don José Lasso y Cobo,

hijo de Cuenca, que esperaba hubiese entre ellos hermanos ó parientes, se adelantó por la Vega con dos batallones, 140 caballos y dos piezas, decidido á batir al enemigo; destacó fuerzas por las alturas; á los primeros disparos, y al ver la caballería que se acercaba, se retiraron los carlistas por las sierras, perdiendo algunos hombres y quedando prisioneros varios oficiales y el barón de Benicasim; entró Lasso en la plaza á la carrera, seguido de un corneta de órdenes, y al conocerle sus desgraciados paisanos hubo de esas escenas conmovedoras que se sienten más que se explican. Los 700 prisioneros estaban libertados. Teruel, Zaragoza, San Clemente y Honrubia, mostraron después con ellos su generosidad y humanitarios sentimientos.

Los prisioneros que salieron de Cuenca el 19, entre los que iba la Iglesia, llegaron en lastimoso estado á Cañete, donde no pudiendo proseguir, y ante la idea de ver renovados los padecimientos que habían sufrido (1), esperando ser asesinados, como lo fueron don Perfecto Santa Cruz, y otros, pidieron la libertad ó la muerte: se interesaron por ellos todas las mujeres del pueblo, que tanto bien dispensaron á aquellos infelices, que recibieron de ellas la más generosa hospitalidad; habíase interesado también la oficialidad del batallón carlista de Cuenca, á la que afectó el asesinato de Cañada del Hoyo, y concedió don Alfonso la libertad, excepto á la Iglesia y á unos 20 más que siguieron á Chelva.

(1) Véase la obra citada del Sr. López y la de don Germán Torra'ba, uno de los prisioneros.

En cuanto supo el gobierno el día 12 el peligro de Cuenca, dispuso fuera auxiliada, y el general Soria Santa Cruz desembarcaba en la estación de Minaya al amanecer del 13 con 3.500 hombres: aun cuando debía suponerse descansada la tropa por haber marchado en ferrocarril, la jornada de este día se hizo despacio, fué solo de tres leguas cortas, de Minaya á Vara de Rey. El día 14 anduvo menos para ir á Cañabate, dos leguas, y la tercera jornada el 15, á Honrubia, fué aún menor por ser más cortas las dos leguas que median. En Honrubia se unieron las fuerzas de Araoz y Fajardo, formando un contingente de 7.000 hombres con seis ú ocho piezas de artillería rodada. Marchan á Valverde y Albaladejo, cuatro leguas; se hace alto á las tres de la tarde, para pernoctar allí; se colocan centinelas en las inmediaciones del pueblo, y se da la consigna de que si atacaban los carlistas se defendiesen desde las casas los soldados. Los carlistas continuaban tranquilos en Cuenca, á cinco ó seis leguas.

El 17 se anduvieron las cuatro leguas que hay desde Albaladejo á Villar del Saz de Arcas, á dos leguas de Cuenca. Aún se pudo coger en ella á los carlistas, cuya estancia supo el jefe liberal por un guardia civil fugado, y en vez de avanzar, sin que sepamos las causas que lo impidieran, lo cual nos impide formular graves acusaciones, regresó al inmediato pueblo de Arcas, pudiendo presenciar el día 18 desde sus alturas la salida de los carlistas conduciendo prisionera toda la guarnición, lo cual disminuía el número de los que quedaban en la plaza con don Alfon-

so. Y era excelente el espíritu de la tropa y el de la oficialidad; pues dicese «que en algún punto manifestaron ostensiblemente su disgusto los soldados, y no pocos oficiales, al ver la calma del general y la mala dirección con que se les encaminaba (1).» Las autoridades de los pueblos no opusieron el menor obstáculo, teniendo dispuestas las raciones, bagajes y carros, estimulando al general para que acelerase la marcha, ofreciéndose á seguirle sirviendo de guías, y los vecinos de Valverde aconsejaron que para llegar antes á Cuenca, no era lo más conveniente dirigirse desde el pueblo de Albaladejo al de Villar del Saz. No dejó de llamar la atención que en vez de marchar de frente se hiciese de costado (2).

Desalojaron los carlistas á Cuenca en la mañana del 19; á poco asomó una avanzada de caballería del ejército por los callejones y avenidas de Carretería, con todas las militares precauciones, y los que poco antes hubieran recibido á las tropas como á sus libertadores, las vieron llegar ahora con la mayor indiferencia los que no experimentaban otros justos sentimientos.

LLEGADA DE LIZARRAGA — NUEVO ATAQUE  
Á TERUEL—MANDO DEL GENERAL PAVÍA.

### XXXI

Don Alfonso, con el grueso de su gente, marchó á Chelva, donde el embargo de los

(1) Los sucesos de Cuenca.

(2) Excitada la opinión pública, fué sometido el señor Sría Santa Cruz á un consejo de guerra que pronunció fallo absolutorio,

bienes de los carlistas le inspiró la orden del 26 de Julio, expulsando de los pueblos por ellos dominados á las familias de los que peleaban en las filas liberales ó las auxiliaban, embargándoles sus bienes; dos días después ofrecía á los pueblos fortificados que renunciaran á resistirse y abrieran las puertas á los carlistas, tratarlos con las mayores consideraciones, pudiendo residir donde le conviniera el voluntario de la república que dejara de serlo y saliera del pueblo fortificado; el que se presentara con armas recibiría cinco duros y un seguro para residir donde quisiera.

Nombrado Lizarraga jefe de E. M. G. del ejército del Centro, é intendente general interino para regularizar la administración é impedir las recaudaciones parciales, Palacios, relevado de la comandancia general de Valencia; para clasificar á los jefes y oficiales de aquel ejército, pues muchos no merecían ser ni cabos, se creó una junta clasificadora, presidida por don Cayetano Freixá: mandóse que no se diera á los voluntarios más que la ración y dos reales diarios; se aumentó el sueldo de los oficiales; se adoptaron otras providencias para dificultar la quinta que exigió el gobierno; y para dar á todas aquellas fuerzas la organización que necesitaban imperiosamente, se envió á Villalain con su gente á las provincias de Guadalajara y Cuenca, encargándose á don Miguel Lozano que formara un batallón expedicionario para bajar con él á las provincias de Alicante y Murcia.

Lisonjeado don Alfonso con la toma de Cuenca, aspiró á mayores empresas; reunió

en Jérica la mayor parte de las fuerzas de Valencia y del Maestrazgo; avisó á los de Aragon que se le reuniesen para operar á la ofensiva contra la columna de Lopez Pinto, y resuelto á atacar á Teruel, esperando esta vez ser más afortunado, salió de Jérica el 2 de Agosto, y por Sarrion llegó al anocheecer del 3 á las inmediaciones de la plaza con el batallón de zuavos, el de Lozano, y las brigadas de Chelva, Segorbe, Gandesa, Castellon y San Mateo, que sumaban 13 batallones, 300 caballos y cuatro piezas de artillería. También tenían que acudir los aragoneses para poder á la vez sitiar la población y batir á las columnas de socorro.

Tomaron posiciones aquella misma noche los carlistas, sin que se apercibieran los liberales de su llegada, adoptando solo las precauciones que exigía la noticia de haber salido los enemigos de Sarrion, y cuando en la madrugada salieron los vigías, como de costumbre, recibieron una descarga de la parte del arrabal y se retiraron á la ciudad después de observar que dicho arrabal estaba ocupado por los carlistas. Eran las fuerzas de Lozano y del cura Flix allí enviadas. Colocaron los sitiadores dos piezas en el cementerio y otras dos en la altura de Santa Bárbara, que empezaron á disparar en cuanto alumbró el día, y todo él se sostuvo un nutrido fuego de cañon y fusil, arrojando unos y otros certeras granadas, hasta que á las seis de la tarde hicieron los carlistas señal de parlamento. Suspendido el fuego, entró en la plaza un paisano con bandera blanca y sendos oficios para el alcaide y autoridad militar, intimando la rendición en el término

de dos horas, so pena de ser incendiada; contestaron negativamente, y se aprestaron á resistir la acometida que suponían se efectuase al cumplirse el plazo señalado. Reinó, sin embargo, el mayor silencio toda la noche.

Dispuso don Alfonso se diese el asalto antes de que apareciese la luna, y se encargó á una compañía de zuavos mandada por el teniente Vidal y á un batallón de la brigada de Castellón, guiado por el coronel Vizcarro: provistos de escalas, picos y demás necesario marchaban estas fuerzas cuando, efecto de una equivocación del guía que enseñaba el rodeo que se creyó conveniente, sufrió un extravío y se llegó más tarde de lo previsto. Súpose entonces la aproximación de una columna liberal (1), se suspendió la operación, y como no habían acudido las fuerzas aragonesas, que tanto se distinguieron en el anterior sitio, y no podían las demás atender á la vez á la plaza y á sus auxiliares, se retiraron todos antes de amanecer. La columna Iriarte, que apresuró su marcha en cuanto supo era atacada Teruel, llegó á esta ciudad el 5, viéndola los carlistas que marcharon á Cedrillas y Alcalá de la Selva, donde se les incorporó Gamundi, jefe de los aragoneses, que no había recibido la orden de acudir á Teruel, cuya ciudad añadió á sus timbres el título de siempre heróica.

El incremento que tomaron los carlistas del Centro, merced al decidido impulso que les dió don Alfonso, determinaron al go-

(1) A poco de recibir el aviso de la entrada en Villarquemado de fuerzas liberales, supo que Lopez Pinto pernoctaba en los Olmos y la Mata.

bierno á organizar allí un ejército compuesto de dos divisiones en Aragon y otras dos en Valencia, fuertes de ocho batallones cada una, con su correspondiente dotación de caballería, artillería y cuerpos auxiliares; dotar á las poblaciones importantes con sus correspondientes guarniciones; no nombrar capitanes generales de Valencia y Aragon por haberse demostrado en la anterior guerra civil que eran un obstáculo para el general en jefe, por lo que desempeñarían las capitánías generales los segundos cabos. Declarando que el estado de las fuerzas del ejército en Aragon y Valencia era muy lamentable, propuso á Pavía tan importante mando, le aceptó sin vacilar, tomó posesión de él el 26 de Julio, y según ha consignado dicho señor, no podía ser más deplorable el estado de los pueblos, de los liberales y del ejército en todo el extenso distrito de su mando. Procuró reanimar el espíritu de todos é infundir confianza, y sabedor de que había una conspiración en el ejército contra el gobierno para proclamar la restauración, lo cual paralizaba la acción de las tropas y alentaba la guerra, atendió á que se pensara más en combatir á los carlistas que á efectuar pronunciamientos, que al frente del enemigo, los castigaba la ordenanza y la moral política.

Con las fuerzas y recursos de que podía disponer, después de haber dado al general Lopez Dominguez cuatro batallones y una batería de montaña, con cuyas fuerzas se encargó del mando de Cataluña, formó su plan de campaña basado en la precisión de circunvalar y batir á don Alfonso, cabeza del carlismo en el Centro, fijando como base de

operaciones la línea de Alcañiz á Teruel; distribuyó las fuerzas de Valencia; situó dos divisiones de operaciones en la línea de Sargunto á Requena (1) y constituyó una brigada que tituló de vanguardia que había de acompañarle siempre y guiaba el coronel Flores. Reuniendo en junto unos 22 batallones, que sumaban 11.250 plazas, se halló inferior á los carlistas, que eran mayor número, aun cuando no todos estuvieran completamente organizados ni armados.

Hallábase aún en Valencia Pavía cuando supo que iba á ser atacado Teruel, y telegrafió el 1.º de Agosto y los siguientes días al general Reyes para que acudieran con urgencia fuerzas á Teruel, las hubiera en Alcañiz y estuviera toda aquella zona asegurada. Aquel general que acababa de llegar á Zaragoza, empezó á reunir las fuerzas diseminadas en el distrito, ofició el mismo día 1.º, entre otras cosas, que recorría una brigada el territorio comprendido desde Daroca á Teruel, teniendo por centro de operaciones el punto que considerase más conveniente el jefe que la mandara á fin de que constante y oportunamente estuviese atendido Teruel, y dispuso que Iriarte desde Calatayud y Lasso desde Alcañiz marchase sobre Teruel, para donde salió también Reyes el 5 en cuanto recibió los batallones de Segorbe y Guadaluja-

(1) Comandaba la primera división el brigadier La Guardia, y el coronel Moltó la primera brigada, y el brigadier don José Morales Reina la segunda, componiendo el E. M. los señores Alvarez Arenas y Olivar. La segunda división la mandaba el brigadier Arnaiz, y la primera y segunda brigada, respectivamente, el coronel don Gonzalo Chacón y el brigadier don Luis Fajardo, con los oficiales de E. M. Miguel y Bollo.



ra, acogiéndole la ciudad salvada con no menos entusiasmo que á Iriarte.

Dispuso Pavía la formación de columnas volantes en las provincias de Alicante, Murcia y Albacete, que además de perseguir á los carlistas, cobrarán las contribuciones, restablecieran los consumos, apoyaran las operaciones de la quinta, y levantarán el espíritu público, y después de otros trabajos de organización, salió el 6 de Agosto de Valencia, revistó el 7 las fuerzas que había en Chiva, adoptando otras disposiciones; fué el 8 á Requena, se ocupó hasta el 10 en trabajos de organización, retrocedió el 11 á Chiva, el 12 á Liria hasta el 16 que volvió por Chiva á Buñol, y confiando en las fuerzas que dejaba en el distrito de Valencia, por Utiel, Sinarcas, Talayuelas, Salvacañete, Tormon y Campillo á Teruel en la mañana del 21, permaneciendo allí hasta el 3 de Setiembre.

ATAQUE Á ALCAÑIZ—PAVÍA EN ARAGON  
Y DON ALFONSO EN VALENCIA—  
MORA DE RUBIELOS—LA POBLETA.

### XXXIII

Entusiasmado siempre don Alfonso por la causa que defendía, y haciéndose superior á todo fracaso, pensó atacar á Alcañiz. Saliendo el 10 de Alcalá de la Selva, fué por Fontaneta, Zurita y Aguaviva á Calanda el 13, y con Tristany, que acababa de llegar de Cataluña para conferenciar con don Alfonso, y Gamundi y Pallés que con las fuerzas aragonesas estaban esperando, se dirigieron todos aquella tarde á Castellserás, donde se distribuyeron las tropas para asaltar inme-

diatamente á Alcañiz, población de cerca de 8.000 habitantes, fortificada, guarnecida y artillada.

El cura de Flix, con una pieza de montaña, ocupó los molinos y fábricas del otro lado del puente; Gamundi toda la línea de las Monjas y el molino de Abinajas; Palles la parte de la huerta frente al Carmen, y las demás fuerzas el cabezo del Cuervo hasta Cantarrerías. Gamundi y Palles eran los designados para dar el asalto por los puntos que respectivamente ocupaban, y el segundo era el que por la nueva muralla de tapia, y frente á los huertos de Bandrés y Guerrero, debía adelantarse con escaleras y picos por carecer de foso toda aquella parte. Con arrojo sin igual llegaron, aunque pocos, hasta la misma muralla, en la que principiaron á picar y otros á escalarla; pero fueron rechazados por nutrido fuego de fusilería, dejando ocho muertos y algunos heridos, é infinidad de armas, municiones, picos, palanquetas, ropas y otros efectos.

Al manifestar á don Alfonso los jefes de los aragoneses que habían retrocedido por carecer de municiones, contestó que en la plaza las había, y les reprendió duramente.

Infructuosas las nuevas acometidas que se intentaron, se dispuso la retirada á Valdealgofa, dejando algunas fuerzas para contener á las de Alcañiz si salían, las cuales sostuvieron diversas escaramuzas. Reunidos todos los carlistas en la tarde del 15 fueron á Calaceite y el 16 á Gandesa, desde donde Tristany, Herranz y otros jefes marcharon á Cataluña, y don Alfonso á Vinaroz y Benicarló. En estos puntos invirtieron algunos días

en trabajos de organización y tomar baños de mar, acordando también convocar á los carlistas más influyentes del reino de Valencia para crear una diputación que á ejemplo de las del Norte, cortara los abusos que existían y estableciera una administración ordenada (1).

Para coadyuvar Lizarraga á este intento, de acuerdo, ó más bien inspirado por su jefe de E. M. don José Ferron, y por éste ayudado, presentó á don Alfonso un plan de Hacienda para proporcionar recursos á un ejército doble del que existía, otro para repartir entre los pueblos y vender en poco tiempo toda la sal de Amposta y de los Alfaques, que la había reunida en tal cantidad que podía venderse por seis millones de reales, y otro para efectuar una expedición á la ribera de Valencia y al campo de Zaragoza, á fin de sacar recursos, armas y caballos. Disgustado don Alfonso por la separación del ejército de Cataluña del de el Centro, áun cuando le nombró su hermano capitán general, pidió licencia para dejar el mando que ejercía ya con disgusto. Esto le hizo mirar con indiferencia los mejores planes, si bien no dejó de atender á los más importantes, y siéndolo el sacar recursos de las sales, empezó á disponer de ellas, hasta que apercibidos los liberales del abandono en que las tenían, ocuparon á Amposta, le fortificaron de nuevo, é impidieron la explotación de las sales por los carlistas.

(1) Se constituyó la junta bajo la vicepresidencia del barón de Zafra, con los señores Alcedo, barón de Ribes-Albes, de Salvador, Bouet, Vela y Ebri y Olesa, secretario.

Considerando el general Pavía terminados sus trabajos de organización del ejército de Aragón, y dando poca importancia á la ocupación de Cantavieja, cuya plaza hubiera sido evacuada al aproximarse á ella los liberales, porque no entraba en los planes de don Alfonso que se defendiera, salió el 3 de Setiembre de Teruel, y por Perales, las Parras, Montalban y Alcorisa fué á Alcañiz el 6.

Sabiendo don Alfonso que el jefe liberal se encaminaba á Aragón, tomó la dirección opuesta para con las fuerzas de Valencia y del Maestrazgo amenazar á Castellon; fué el 5 á Onda y el 6 bajó á Villarreal, retrocediendo á Onda y Segorbe al saber que una columna enemiga estaba en Burriana.

Para impedir los propósitos de Pavía en Aragón, propuso Lizarraga que fueran algunos batallones á auxiliar á las fuerzas de Gamundi; pero consideró preferible don Alfonso hacer una expedición por la ribera de Valencia; plan acertado y oportuno, dada la situación del ejército liberal: salieron contentos de Segorbe y pernoctaron en Náquera y Bétera, á la vista de Valencia. Las fuerzas liberales que había en esta ciudad impusieron á los carlistas, que retrocedieron pasando el 11 á la vista de Liria, cuya guarnición tiroteó á la retaguardia carlista, y fué don Alfonso á Pedralva, disponiendo aquí que Cucala con su brigada efectuase la expedición á la ribera, y aquel señor, para encubrir el movimiento fué con el resto de la fuerza á Segorbe, en la que entró el 14 permaneciendo allí tranquilamente varios días.

Pavía, en tanto, relevó al jefe de la brigada que operaba en el distrito de Alcañiz,

poco satisfecho de su comportamiento; organizó las fuerzas de Aragón (1); situó las cuatro brigadas que constituían las dos divisiones en la línea de Alcañiz á Teruel, que era su base de operaciones, destinadas á batir las partidas carlistas, destruir el perjudicial instituto de sus comandancias de armas, auxiliar el cobro de contribuciones é ingreso de quintos, y asegurar las comunicaciones. La columna que mandaba Sancho, situada en Daroca, operó activa y acertada, dándose la mano con las fuerzas que estaban en Monreal y con las de la vía férrea y las de Zaragoza: en la provincia de Huesca operaba Delatre.

Quéjase Pavia del mal armamento que tenían sus fuerzas, de escasez de municiones, de no haber un real en las cajas, estar los haberes atrasados y de no existir botiquines, camillas, ni siquiera bolsas de curación, lo cual no decía mucho en favor de la sanidad militar, aunque no era aquí solo donde se quejaban, así como también de la administración militar, y se lamentó de la forma y manera que se había efectuado una nueva organización del ejército, que casi inutilizó muchos batallones, habiendo regimiento, como el de Almansa, que tuvo 33 bajas de oficiales, y batallón que quedó con cuatro ó cinco sargentos.

Lopez Pinto y Lasso operando combinados en su distrito, cayeron el 9 sobre Mora, don-

(1) La primera división la mandaba el brigadier don Agustín Araoz con los jefes de brigada don José Navarro y don Amós Quijada, el comandante de E. M. Jimenez Moreno y el capitán Espinosa de los Monteros; y la segunda división el general Lopez Pinto, los coroneles Lasso y Montero y los oficiales de E. M. Salas y Planter.

de se habían reunido Gamundi, Palles y Madrazo: había empezado Lasso á batirse con el enemigo desde Ballbona, sosteniendo un nutrido fuego por espacio de tres horas en Mora, logrando desalojar á los carlistas, ayudándole Civest: aquellos se retiraron de sus posiciones y del pueblo, que le ocupó Lopez Pinto.

Pavia formó su plan para pasar á Morella á finalizar la organización del ejército del Centro, «hallándose violento porque se había visto precisado á permanecer inactivo, y censurado en Madrid por no haber roto la inercia, habiendo prometido al gobierno que á los quince días destruía al carlismo (1)»; y el 17 se emprendió la marcha, llegando Araoz con la brigada Navarro á Peñarroya, la de Quijada á Fuentespalda, y la de Flores y el batallón reserva de Alcañiz á Monroyo. Posesionados los carlistas de las alturas de la Cogulla para disputar el paso á sus enemigos en aquellas excelentes posiciones y las del desfiladero de la Pobleta, esperaron el ataque inevitable, y Pavia mandando retirar á Alcañiz el convoy que conducía á Morella, ordenó á Araoz marchar al amanecer sobre la Cogulla, envolviendo este punto por retaguardia y batiera la Pobleta. El temporal de agua que reinó en la tarde y noche del 17 y todo el día 18, imposibilitó el ataque, ocupando unos y otros enemigos sus posiciones (2). Con buen tiempo el 19 efectuó Araoz

(1) Ejército del Centro, por don Manuel Pavia y Rodríguez de Alburquerque.

(2) «Los carlistas decían que había de 7 á 8.000 hombres en la Cogulla y en la Pobleta, que se hallaban bien fortificados y cerrados todos los pasos, y que don Alfon-

su movimiento envolvente; coronó las alturas de la Cogulla, á las que ascendió al son de la jota aragonesa, y descendió á la Pobleta para batirla por su derecha. Atacaron á la vez Pavía, Pasaron y Flores, y desconcertado el carlista y no muy acertadamente dirigido, lo que parecía había de ser una reñida y sangrienta acción se convirtió en un sencillo combate de tres horas, en el que ni unos ni otros tuvieron que lamentar muchas bajas. Una lluvia torrencial que sobrevino al finalizar la pelea impidió la persecución de los carlistas y el que se obtuvieran las ventajas que eran de esperar, aunque no se prestaba mucho el terreno á una persecución ventajosa.

Aquella misma noche entró Pavía en Morella; relevó su guarnición; atendió á lo necesario, y emprendió el 21 las operaciones, marchando á San Mateo, el 22 á Cabanes, so con el resto del carlismo llegaría aquella noche á tomar el mando.

»El brigadier Araoz, en cumplimiento de su deber, participó estas noticias al general en jefe, y en una de sus comunicaciones le decía: «Por persona de confianza sé por haberlo visto *él mismo* entrar en Hervés, que entre diez y once han llegado hoy á dicho punto don Alfonso, doña Blanca, Lizarraga y todas las facciones, excepto Santes.

»El general en jefe aprovechó esta ocasión; hizo leer esta noticia, y dictó la contestación siguiente en alta voz: «Solamente teniendo alas don Alfonso, doña Blanca, Lizarraga y todas las facciones, sería posible que pudieran llegar á Hervés. Prenda V. E. á esa persona de su confianza; la llevará consigo mañana cuando ataque la Cogulla, y después de haberla tomado, la fusilará». Mandó el general en jefe que este parte fuera abierto para que pudieran leerlo, y ordenó al brigadier Araoz que lo comunicaran á sus subordinados».

Ejército del Centro.

El general Pavía supuso que no existía aquella persona de confianza, que no ha llegado á saber quién fuera.

el 23 á Nules y el 24 á Segorbe, haciendo una marcha forzada por si lograba dar con don Alfonso, que se retiró á Jérica y Viver para internarse en el Maestrazgo. Detúvose Pavía en Segorbe hasta el 27, que fué á pernoctar en Onda en persecución de don Alfonso, y para evitar la retirada de éste á Cataluña; permaneció un día en Onda esperando la resolución de la consulta que sobre la nueva organización dada al ejército había dirigido al ministro de la Guerra; volviendo á emprender la marcha, pernoctó el 29 en Cabanes, habiendo avanzado Araoz á Adzaneta y situándose Villacampa en Bena-sal, con cuyas fuerzas, aún sin contar con el concurso de otras que estaban en operaciones, se trataba de envolver á don Alfonso, quien por su parte no rehuía el combate, y tomaba posiciones en Vistabella. En ella se aprestó á atacarle Pavía; dió las necesarias instrucciones, y al ir á empezar el movimiento al amanecer del 30, supo por el nuevo capitán general de Valencia, señor Letona, que había sido relevado por el general Jovellar, y nombrado además don Agustín de Búrgos capitán general de Aragón.

El general Serrano Bedoya ha manifestado «que tuvo repetidas ocasiones de convenirse de que el mando en jefe que el general Pavía desempeñaba en el Centro era considerado por todos, incluso el mismo presidente del Poder Ejecutivo, y muy especialmente por el ministro de Hacienda, como un obstáculo, acaso de los mayores, con que tropezaba el gobierno en su marcha difícilísima, pero resueltamente franca y leal para hacer ejército, hacer hacienda, inutilizar al

carlismo y que por término de nuestros esfuerzos dispusiera el país libremente de sus destinos (1)». No se le relevó inmediatamente esperando variase su proceder en vista de las advertencias que se le hicieran; pero mediaron tales telegramas entre el general en jefe y el ministro de la Guerra (2) que la destitución fué decretada por el gobierno el 28 (3).

DON MIGUEL LOZANO.

—SU EXPEDICIÓN.—SU MUERTE

### XXXIII

Don Miguel Lozano y Herrero, de distinguida familia, nació en Jumilla en 1842, estudió latinidad y filosofía, ingresó á los 15 años de edad en el colegio militar de Toledo, obtuvo el empleo de alférez en 1860, destina-

(1) Folleto del general Serrano Bedoya.

(2) «El gobierno aprueba y abunda en las ideas de V. E. acerca de la necesidad de levantar el espíritu de las tropas por medio de severos correctivos á los jefes que manifiesten tibieza ó desaliento para cumplir sus deberes. Gran energía es necesaria para impedir que el espíritu decaiga; pero al mismo tiempo muchísima meditación antes de adoptar medidas que afectan profundamente á la buena opinión y concepto, que es lo que el militar más estima».

El gobierno confía en que V. E. ejercerá su autoridad con tanta severidad como justicia.

El general Pavía contestó:—«Todos los actos enérgicos que ejercí desde que tomé el mando de este ejército, que lo encontré en muy mal estado, han sido revestidos de la mayor justicia. No necesitaba la recomendación de V. E.»

—En cifra.—«El ministro de la Guerra tiene derecho á hacer á V. E. cuantas observaciones crea justas y convenientes, y V. E. el deber de respetarlas y acatarlas.»

Contestación:—«Tengo el deber de respetar y acatar cuantas observaciones haga V. E. cuando sean justas y convenientes».

(3) En los folletos citados de los señores Pavía y Serrano Bedoya se dan curiosos detalles de estos sucesos.

TOMO III

do al provincial de Lugo, sirviendo en varios cuerpos, llegó á capitán en 1872, habiendo ganado también la cruz del Mérito militar, y en Noviembre de 1873 pidió su licencia absoluta, fundando su petición en sus ideas monárquicas, á las que sacrificaba su carrera. No podía faltarle un puesto en las filas carlistas; le tuvo en el Maestrazgo, encargándose de la instrucción y organización de algunas fuerzas, tomando á la vez una parte activa en los hechos de armas de Bocairente, Albacete, Minglanilla, Domeño, Cuenca, Teruel y Alcañiz, y encomendósele en Setiembre de 1874 la expedición de Alicante y Murcia, para lo que salió el 14 de Chelva, á donde no había de volver, guiando 500 infantes y unos 40 caballos. Por Utiel, Caudete y venta del Moro, atravesando el Cabriel por el puente del Cañaverál, llegó sin ser molestado á Casa-Ibañez; exigió una contribución de 10.000 reales; recogió al día siguiente en Alcalá del Júcar algunas yeguas, harinas, pólvora y cartuchos, y destruyó las fortificaciones; se proveyó después de raciones en Alatoz y quemó el registro civil; cruzó el ferro-carril por Bonete á una legua de Alpera; sorprendió un tren de mercancías, hizo bajar á todos los empleados, mandó dar todo el vapor á la máquina, soltándola en dirección á Almansa, y ofició al jefe de la estación para que comunicase á todos los empleados de las vías de Alicante y Murcia, la orden que fué principal origen de su desgracia (1).

(1) «Dios, Patria y Rey.—Ejército real del Centro, sexta brigada.

«En lo sucesivo todo empleado de la línea férrea, tan-

55

Esto no impidió que al llegar el 19 á la estación de Pozo-Cañada, sorprendiera el tren mixto procedente de Cartagena, inutilizara parte de la vía y embarcara toda su infantería en los wagones para Tobarra, donde, como en todas partes, recogió buen botín y se causaron destrozos. Siguió á Hellín, entrando con la música á la cabeza, y volvió á utilizar el ferro carril hasta la estación de Agramont, destrozando después los mismos elementos que había utilizado, habiendo destruido antes el puente de hierro bajo la cañada de la Rambla. Ordenó Lozano el incendio de todos los carruajes y la estación, respetando á los empleados; fusiló en Alcántarillas al bagajero de Isso, previo consejo de guerra, por delito de traición, y al sorprender la Puebla de Don Fadrique, fué muerto por un sargento el médico Sr. Egea, que huía por salvar su caballo, y desobedeció la intimación de hacer alto. Sacaron de aquí buen botín y rehenes, y por María, Velez-Blanco y Velez-Rubio llegaron á Lorca el 27; les recibieron con el mayor entusiasmo; asistió por la tarde la música á la fèria, y presidió por la noche Lozano la función del teatro.

Prosiguió Lozano su excursión (1) sin que

to de la estación como del movimiento, que se encuentre á una hora de dicha vía, después de recibir los auxilios espirituales, serán pasados por las armas. Las estaciones, materiales y demás efectos serán completamente destruidos, si circulan trenes.

«Dios guarde á usted muchos años.—Alpera 17 de Setiembre de 1874.—El jefe de la brigada (firmado) Miguel Lozano.—Señor jefe de la estación de Alpera.—El capitán (firmado) Pio Hernandez».

(1) Al regresar á Velez-Rubio prendió á los concejales

nadie le interrumpiera, descansando tranquilo, visitando iglesias y socorriendo conventos de monjas; fué por Huéscar (1), Santiago de la Espada, Nerpio, Moratalla, Cobatillas á cruzar los ríos Mundo y Segura por el puente de Agramont; sorprendió el tren de mercancías que subía de Murcia y el correo que bajaba de Madrid (2); en Jumilla, su pueblo natal, le recibieron con verdadera ovación, y en Nobelda á tiros por los voluntarios republicanos, y le abrieron sus puertas Aspe y Elche; aquí se le reunieron más de 200 voluntarios, así como en Orihuela, cuyos pobladores carlistas le recibieron con repique de campanas y vítores.

Las fuerzas liberales que perseguían á Lozano lograron ya acercársele; abandonó el

que habían huido á su anterior entrada imponiéndoles una fuerte multa, de la que les libertó, y de la prisión, la coincidencia de ser los días de Lozano; al romper la música, que tocaba á la puerta de su alojamiento, un virtuoso sacerdote reunió algunos señores de lo más notable del pueblo y algunos otros sacerdotes incluso el párroco, y entre los acordes de las músicas y las felicitaciones de la oficialidad, se presentó al jefe pidiendo gracia por aquellos presos para que fueran relevados de la multa y de la prisión, llevando la palabra el respetable cura párroco con tanta unción y oportunidad, que sin dejarlo concluir, les dijo: Está concedido cuanto ustedes piden; saliendo todos prendados de la finura y amabilidad con que los trató Lozano.

(1) Aquí salieron á recibir á los carlistas el ayuntamiento, clero y pueblo, por lo que fueron tratados como amigos.

(2) En este tren iban nueve guardias civiles custodiando 720.000 reales, que reclamados como suyos por el marqués de Villamejor se le devolvieron, comiendo además con Lozano este señor, el comandante Ferrer y el Sr. Lopez Gisbert, director de Aduanas.

También se devolvieron las mercancías del tren, excepto un fardo de alpargatas.

carlista á Orihuela á media noche, marchando hacia Fortuna, y media hora antes de llegar á este pueblo, cañonearon los liberales la retaguardia carlista. Dispuso Lozano se tomaran posiciones al otro lado de la población para no causar desgracias; pero la caballería tomó equivocadamente otra dirección, y acuchillada por la liberal quedó prisionera parte de ella y algunos enfermos. Lozano permaneció tres horas en las posiciones que había tomado sin ser molestado, y continuó su marcha á Blanca, y de aquí el 12 de Octubre para Cieza. Al saber Lozano que en la estación de aquel pueblo desembarcaba una columna liberal, no rehuyó el combate que se trabó rudo, y no llevaba en él la peor parte, cuando le avisaron la llegada de otra columna por retaguardia, y se retiró ordenadamente á Jumilla, perdiendo unos 80 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

El 13 se dirigió á Yecla, el 14 á Pozo-Cañada, y al sorprender la vanguardia la estación, se llevó en rehenes cuatro empleados que estaban reponiendo la vía, los cuales poco después fueron fusilados por sentencia de un consejo verbal, sin conocimiento de Lozano (1), quien declaró «que por estar enfermo y lloviendo, y traer una marcha penosa, no tomó en el acto una medida severa contra los ejecutores de aquel acto, y sin la sorpresa de Bogarra hubiera satis-

(1) «Vicente Luna expresa al folio 52 que cuando salió del pueblo con Lozano para las Peñas, vió cuatro hombres muertos en un rastrojo; y cuando llegó Lozano y los vió, lloraba y se tiraba de los pelos.»

Defensa de Lozano.

fecho la vindicta pública y su conciencia.»

Forzando marchas y sufriendo fatigas llegó la expedición á Bogarra el 16 (1) y descuidada la vigilancia por el jefe de las avanzadas, á las doce de la noche se vieron sorprendidos con un vivo fuego de cañón y fusilería que les rodeaba por todas partes. Al toque de llamada acudió una parte de los voluntarios á la plaza, y dirigiéndose los liberales á aquel centro, viéronse en la necesidad de salir, quedando aún muchos dentro de la población, la tesorería con unos trece mil duros y casi toda la caballería.

Lozano con el resto de su gente, unos 150 hombres marchó por las fábricas de Riopa y Villaverde á Villanueva de la Fuente, tiroteados sin cesar por retaguardia hasta el límite de la provincia de Albatete. Podía considerarse seguro siguiendo á su punto de partida; pero en la reunión de oficiales que tuvo aquella noche en Villanueva, les dijo que había dado su palabra al infante de no regresar á Chelva hasta que recibiera orden para ello, y que en su virtud, aquel de sus oficiales que quisiera conducir los voluntarios hasta Chelva, podía hacerlo, pues él, por su parte, estaba resuelto á trasladarse al Norte para dar cuenta á don Carlos de todo lo ocurrido. No quisieron abandonarle algunos oficiales que entregaron sus caballos y equipajes á la fuerza que regresaba á

(1) «A las ocho de la mañana del 16 continuaron su marcha las fuerzas hácia Bogarra, quedándose á retaguardia el teniente coronel don José Gonzalez, el cual se volvió á las Peñas de San Pedro, y conferenció sin duda con el jefe de la columna enemiga que entraba á la sazón en dicho pueblo.»

Memoria de un compañero de Lozano.

Chelva, á donde llegó sin dificultad, y conviniendo Lozano con sus oficiales marchar por distintos puntos á reunirse en Gibraltar, fué aquel conocido y preso en Linares, y después los demás, que no trataron de ocultarse.

Sujetos á un consejo de guerra permanente, fueron condenados á muerte Lozano y tres de los oficiales como reos de delitos comunes: mostróse grande empeño en salvar la vida del jóven y simpático Lozano; los encargados carlistas en Madrid y las personas á quienes se dirigieron, se interesaron vivamente por obtener el indulto, que no creyó conveniente conceder el gobierno, y fué fusilado en Albacete el 3 de Diciembre protestando de su inocencia. Murió con valor sereno y resignación cristiana.

Los demás oficiales fueron condenados, unos á reclusión perpétua y otros á presidio (1).

En el mes que había durado la expedición de Lozano, recorrió sin obstáculo cuatro provincias, dando verdadera importancia á los carlistas y recaudó un millón de reales.

EXPEDICIÓN DE CUCALA.—VELASCO.—COMISIÓN DE DIAZ DE RADA.—DESPEDIDA DE DON ALFONSO.

### XXXIV

Cucala más experto y con cuádruples fuerzas, no se aventuró á donde no pudiera te-

(1) Los señores D. Asencio, Izquierdo, Fuster, Ruiz Escobar, Calatayud, Navas, Albalat y Navajas, el capellan Alcázar y Luna, dirigieron desde Albacete el 8 de Diciembre de aquel mismo año una exposición á don Carlos en vindicación de su honra.

ner segura la retirada, y limitóse á una correría de siete días. Aunque entró en poblaciones como Játiva, Onteniente, Alcoy y Almansa, regresó sin conseguir ningún buen resultado, causando, como han publicado los mismos carlistas, «gran irritación en el país por los sucesos que en Játiva y otras partes cometieron sus subordinados voluntarios».

Salió Cucala del Villar el 20 de Setiembre, y no atreviéndose á detenerse en Cheste por la proximidad de la brigada Arnaiz, fué á Monserrat, y por Catadau, Carlet y Alberique á pasar el Júcar por la barca del Rey, incendiándola después, siguiendo á Villanueva de Castellón y á Manuel, cobrando en todas partes contribuciones, requisando caballos y cometiendo tropelías.

Negándose el coronel Llamazares, que mandaba en Játiva, á la rendición que le propuso Cucala, entró éste en aquella población, y no pudiendo rendir á sus defensores, que se encerraron en el fuerte, se entregaron los carlistas á punibles excesos en las casas de varios vecinos, retirándose por la tarde á la desbandada, llevándose algunos heridos que resultaron del fuego que sostuvieron con la guarnición y dejando algunos muertos.

Retiráronse los carlistas á la Ollería; siguióles Arnaiz, que pudo evitar que el incendio destruyera la barca del Rey, y entró en Játiva á la hora de abandonarla los invasores; tuvieron éstos un pequeño choque en Onteniente; continuaron por Ibi y Monóvar á Elda; quemaron la estación del ferrocarril y el puente de Vinalopa; se cometieron asesinatos, cuya narración horroriza por



lo cruel y repugnante; no dejaron más gratos recuerdos en Ayora; desarmaron en Cofrentes á los liberales que lo guarnecián, cogiéndoles unos 400 fusiles; pasaron el río más arriba de Jalancé con agua á la cintura, por haber cortado el puente don Vicente Brú con los voluntarios del valle para imposibilitarles este paso, y el 29 se trasladaron á Chelva.

Habíanse visto poco antes en las inmediaciones de Monovar acosados por una columna liberal, obligados á formar el cuadro y seguir sin deshacerle cerca de 20 kilómetros hasta que pudieron llegar al pie de una montaña; coger una de sus laderas y salvarse así despues de haber sufrido tres cargas de caballería.

Mandados derribar todos los puentes de la línea férrea de Valencia á Tarragona, de cuajo y minando sus muros, y atacado Cucala inútilmente á Amposta, hubo entre los carlistas esa inacción natural consecuencia del disgusto de que estaba poseído don Alfonso, que esperaba su relevo. Presentóse por entonces don Gerardo Martínez de Velasco, y le confirió don Alfonso la comandancia general de Valencia, á cuyos voluntarios dirigió el 12 de Octubre desde Useras una orden del día, en la que evocando recuerdos de la anterior guerra civil, les ofrecía ser siempre un padre tierno y cariñoso, que inspirándose en los sagrados principios de moralidad y justicia, procuraría hacerla á todos y á cada uno segun sus merecimientos, siendo ellos, modelo de subordinación, de religiosidad, de orden y de compostura. A los valencianos dirigió una proclama deni-

grando las situaciones liberales, y aconsejando que para dar paz y orden á España se acogieran á la bandera carlista, bajo cuyos pliegues cabían todos los que se preciasen de honrados y leales, los que se llamasen españoles.

Presentóse por entonces á don Alfonso don Eustaquio Diaz de Rada, á quien don Carlos ofreciera el mando del ejército del Centro, y en marcha para verse con don Alfonso, supo que en Puente la Reina se habían hecho demostraciones hostiles á su persona el día de la jura de la bandera del primero de Navarra, por lo que insistió en que se residenciase su conducta en Abril de 1872, pues no aceptaría ningun mando sin que se publicara oficialmente que merecía toda la confianza de don Carlos y era inocente de los graves delitos de que sus enemigos le inculpaban, y mayormente de lo sucedido en Orcueta; pedía al mismo tiempo no quedara impune la demostración á que se refería. Contestóle el ministro de la Guerra que su inculpabilidad estaba justificada plenamente en el mero hecho de haber sido llamado por don Carlos para confiarle un puesto con arreglo á su clase en el ejército de don Alfonso, para el cual llevaba asuntos de importancia (1); pero

(1) Y le añadía el ministro don Ignacio Planas: «En todos tiempos, amigo mío, el hombre que vale y ocupa posición social un tanto elevada, ha tenido y tiene enemigos, que inspirándose en sentimientos ruines, propios de un hombre honrado, procuran inutilizar al que guiado tan sólo con su hidalguía y patriotismo, trabaja en bien de la patria y del rey. En este caso se encuentra V., amigo mío, y esto supuesto, creo que la mejor prueba de que merece V. la confianza de S. M., es la de haber sido V. destinado á continuar sus servicios cerca de S. A., colocación que no á todos se confiere.»

esto no satisfacía á Rada, que esperaba reparación más solemne.

Llevaba la comisión de enterar á don Alfonso de todo lo que se trató en la junta de generales celebrada en Puente la Reina, y de los deseos de don Carlos de que las operaciones militares se llevasen á cabo con el doble objeto de que se acentuase un resultado más rápido y positivo, y de que la guerra no se localizase por más tiempo en determinadas provincias, principalmente en las Vascongadas y Navarra.

Halló Rada á don Alfonso en Alcora; cumplió su cometido, y manifestóle el hermano de don Carlos que era difícil y aún imposible el formar con las tropas del Centro una división bastante fuerte para invadir el Bajo Aragon aproximándose al Moncayo y amenazar por su retaguardia al ejército liberal del Norte, porque los batallones de Valencia y del Maestrazgo no podían entonces operar fuera de su natural circunscripción, y no podía contarse con los de Aragon por su mal estado de organización y disciplina.

A las pocas horas de esta conferencia emprendieron la marcha en dirección al Ebro, «sin que S. A. hubiese comunicado á nadie su resolución de pasar al extranjero; pero esto no pudo ocultarse despues de la llegada del teniente de zuavos señor Sanchez, que se nos incorporó cerca de San Mateo, y cuando el serenísimo señor infante se dignó comunicarme en Gandesa su determinación, le hice respetuosamente las observaciones que creí conveniente al bien de la causa, tanto sobre el efecto que iba producir en España y en Europa su retirada al extranjero, como

sobre el nombramiento del general Velasco para sucederle en el mando, bien fuera interinamente (1).»

Don Alfonso se mostró deferente con Rada, pero no le hizo la menor indicación sobre el mando que debía conferirle según don Carlos le había manifestado; y como su destino en el Centro no era para servir á las órdenes de otro que no fuera don Alfonso, le autorizó éste para regresar á dar cuenta á su hermano de la comisión que le había confiado.

Antes de abandonar don Alfonso el Centro relevó á Lizarraga del cargo que ejercía, suponiéndole autor de la separación de ambos ejércitos; confirió á Velasco el mando interino de el del Centro, regaló un cañon á Cucala y se despidió dando esta notable orden general.

«Gandesa 20 de Octubre de 1874.—S. M. el rey, mi augusto hermano, por Real decreto de 9 de Agosto último ha separado el ejército de Cataluña del de el Centro.

»Reconociendo que esta medida es no sólo contraria á los intereses de ambos ejércitos, sino que al mismo tiempo embaraza todas mis operaciones militares y destruye los planes que tenía proyectados para acelerar el triunfo de nuestra causa, expuse al rey los perjuicios que debía causar esta medida, una vez puesta en ejecución, y la imposibilidad en que me hallaría entonces de continuar al frente de vosotros.

»Al cabo de dos meses de ansiedad reci-

(1) Exposición de Díaz de Rada á don Carlos, fechada en Bagneres de Bigorre, 1.º de Noviembre de 1874.

bo de de S. M. la autorización para ausentarme.

»Aunque verdaderamente affligido, debo partir; pero lo hago con la conciencia tranquila, puesto que he trabajado por la religión, por la patria y por la causa real. Después de vencer las mayores dificultades, he organizado este ejército, separando de él los malos jefes para sustituirlos con otros que el país y el ejército conocían y estimaban; y he realizado importantes expediciones que han recorrido las provincias donde aún no se habían visto tropas carlistas.

»Esperando la resolución del rey no he podido en estos últimos tiempos trabajar con mi actividad acostumbrada, ni cortar de raíz ciertas intrigas, harto conocidas y perjudiciales á nuestra causa.

»Con la autorización del rey me retiro á esperar el momento en que se consideren mis servicios útiles á la causa de Dios, de la patria y del rey, que he defendido desde el principio de la lucha y que defenderé siempre, en la confianza de que vosotros proseguireis la lucha con constancia hasta el día del triunfo, que Dios, seguramente, os concederá en recompensa de vuestros heroicos sacrificios.—El infante general en jefe, *Alfonso de Borbon.*» (1).

(1) A virtud de reclamación del gobierno español se publicó posterior el siguiente documento:

*«Ministerio del interior.*

Berlin 23 Marzo 1875.

El Gobierno español, al comunicar el mandamiento de prisión del tribunal militar del distrito de Castilla la Nueva contra el infante don Alfonso de Borbon y de Este, acusado de incendio, violación y asesinato, se ha dirigi-

INVASIÓN DEL MAESTRAZGO.—ACCIÓN DE VILAFRANCA DEL CID.—RELEVO DE VELASCO.—MANDO DE LIZARRAGA.—LE SOLICITA CUCALA.

XXXV

El nuevo general en jefe del ejército del Centro organizó sus fuerzas, consistentes en 25 batallones, doce escuadrones, cuatro baterías Plasencia (1) y dos compañías de ingenieros, sumando un total de más de 21.000 hombres, y un efectivo para operaciones de 19.000 hombres; con los que se formaron tres divisiones, compuestas de dos brigadas cada una. Los carlistas contaban cerca de 13.000 infantes y de 800 caballos. Para comenzar las operaciones ordenó el 22 de Octubre Jovellar

do al canciller del imperio, pidiéndole que haga prender á dicho infante, que se ha dirigido á Alemania, así que se encuentre en el territorio prusiano, y extraerlo para España en virtud del art. 2.º números 1, 2 y 3 del tratado firmado entre España y Prusia el 5 de Enero de 1869.

Los documentos que apoyan esta pretensión se fundan en las estipulaciones del art. 5.º del tratado mencionado; por tanto invitamos á las autoridades provinciales y comunales á que prendan al dicho infante don Alfonso quien según los diarios, se halla actualmente en Viena, y á que nos den conocimiento del hecho. En este caso, tendrán especial cuidado de tener en buena custodia al infante hasta que el Gobierno haya decidido la manera en que debe ser extraído del territorio prusiano.

No es necesario dar las señas del delincuente, en atención á que todas las autoridades de la frontera pueden, por precaución, proporcionarse informes de la [llegada eventual del infante y de su esposa que lo acompaña.

El ministro del Interior, firmado, *Conde Bulemburg* — El ministro de Justicia, firmado, *Leonhardt*.

Al gobernador provincial de...

(Confidencial.)»

(1) La artillería debía reforzarse con dos batallones y doce cañones, que se estaban organizando en Madrid.

en pliegos cerrados que debía abrirse cada uno en puntos y tiempo determinado, teniendo por objeto concentrar en el Maestrazgo dos divisiones para ocupar las fortalezas naturales de los carlistas y destruir sus fábricas y cuanto en ellas tenían (1). Moviéronse las columnas como se les previno, obedeciendo al principio fundamental de la guerra de montaña, de maniobrar para ocupar los puntos que amenazaban los flancos y retaguardia de las posiciones enemigas que no convenía por sus dificultades topográficas atacar de frente, formando para conseguir aquel objeto varias columnas capaces de resistir al enemigo en masa el tiempo necesario para que las demás completaran su movimiento. Saludó Jovellar al ejército el 25 de Octubre en

(1) El entendido oficial de E. M. señor E. de los M. formó el proyecto de una marcha para barrer el Maestrazgo y encerrar los carlistas entre el mar y el bajo Ebro u obligarles á batirse á la ofensiva, y aceptado en parte, pero no en los detalles que aseguraban las comunicaciones entre las columnas, ni la leva de reclutas y cobro de contribuciones. Se suspendió su ejecución cuando las tropas estaban en el corazón del Maestrazgo y en mejores condiciones de seguirlo, por indicaciones del gobierno, que temeroso de una excursión de los carlistas del Norte pedía la reunión de las fuerzas del Centro en Teruel y Alcañiz.

Insistió al mismo instruido oficial en su proyecto de continuar el movimiento anterior para conseguir la revocación de las órdenes dadas suspendiéndole; no se aceptó desde luego, pero se suspendió el cumplimiento de las órdenes citadas y se consultó al gobierno sobre la urgencia de situarse en Alcañiz y Teruel. Al día siguiente, á la hora en que si este proyecto se hubiera adoptado habrían estado en lucha con los carlistas en Villafranca del Cid las brigadas Araoz y Despujol y sobre sus flancos las de Guardia y Lassa, sostenía solo Despujol la acción de Villafranca, después de la cual se abandonó por el momento todo plan colectivo contra los carlistas.

Castellon, se invadió el Maestrazgo, llegóse á puntos que se creían inaccesibles; Guardia destruyó en Villahermosa la fundición y parque de artillería carlista, cogiendo cuatro cañones, pólvora y otros efectos; Araoz demolió las obras de fortificación de Vistabella; Dabán destruyó el hospital de Ayodar, y el de las Cuevas de Canart, y marchando desde Puerto Mingalvo hácia Peñagolosa, se apoderó en la ermita de San Juan de tres cañones y gran cantidad de cartuchos, pólvora y granadas, pudiendo salvar los carlistas la imprenta, algún vestuario y municiones, que trasportaron á Mosqueruela. Todas estas ventajas dieron gran ascendiente moral á las tropas liberales, aún cuando no dejaron de causarse vejaciones, que son siempre inevitable séquito de la guerra.

Mal comenzaba el mando de Velasco, que pudo haber obtenido un valioso triunfo en Bechi, si hubiera estado mejor dirigida y ejecutada la sorpresa. No por esto desconfió; conoció que podía atacar á la brigada Despujol, que se encontraba el 28 dividida en Cuila, Arés y Villafranca del Cid, aislada de las demás fuerzas que operaban en el Maestrazgo, teniendo el jefe carlista próximas las aragonesas y las del Maestrazgo, pues las de Valencia las llevaba consigo; dió las órdenes convenientes á Gamundi y Cucala, que por diferentes puntos cayeron sobre los liberales, inferiores en número, mientras Velasco acudía á reforzarles; atacó Gamundi con bizarría, obligando á su contrario á abandonar el pueblo dejando algunos prisioneros y la brigada de equipajes; rompió Cucala entonces el fuego de frente y por los flancos;

viéronse perdidos los liberales, envueltos por todas partes, y sin poder retroceder al pueblo; pero el desorden con que peleaba la gente de Cucala, que abandonando una posición dejó comprometidos al primero y segundo de Valencia, que llevados de su ardor habían avanzado demasiado, y la brillante carga que dió la caballería sorprendiendo á dos compañías valencianas que acuchilló, dió paso á la columna liberal, que pudo seguir á Morella. Considerables pérdidas experimentaron ambos combatientes, felicitando Jovellar á los liberales, que expuestos se vieron á un gran fracaso, del que lograron librarse.

Efectuaron liberales y carlistas algunos movimientos, y al saber Jovellar que Velasco reunía en Chelva la mayoría de sus fuerzas, combinó un bien meditado plan para obligarle á batirse y destrozarle, moviendo las brigadas Morales, Guardia, Carbó y Lasso en comunicación todas con el general en jefe. Supo Velasco este movimiento concéntrico, pasó á Utiel y proyectó aquí una expedición por la ribera de Valencia, que el jefe enemigo le impidió efectuar, obligándole á encerrarse en el Maestrazgo.

Algunas fuerzas carlistas bajaron después á la Plana para allegar recursos procurando evitar encuentros, teniéndole al fin Cucala en las inmediaciones de Borriol, experimentando algunas pérdidas. Las sufrieron también otras pequeñas partidas: el gobernador de Morella, brigadier Villacampa, rompió el bloqueo y llegó hasta Cati, donde rescató varios prisioneros y se efectuaron sorpresas fructíferas para los liberales.

TOMO III

Comprendió Velasco que había mucho que hacer en el Centro para contar con un verdadero ejército: y ayudado por su jefe de E. M. don Pedro Vidal, trató de ordenarle y contener la disolución de los voluntarios, contemporizando con los jefes populares, para lo que mandó sobreseer las causas incoadas contra algunos, y repuso á otros en los puestos de que habían sido destituidos, lo cual no satisfizo á todos por completo, ni eran tales actos suficientes para contener la ambición y desobediencia de algunos jefes, continuando Cucala en sus hábitos de operar independiente, recaudando por su cuenta contribuciones y promoviendo conflictos con las autoridades, aumentando Villalain con su conducta el disgusto de los pueblos y voluntarios. Proponíase Velasco hacer frente á estos partidarios y contener tales desmanes, y cuando tomaba sus providencias y sacaba fuerzas de todas partes para formar un batallón escogido que, con el título de Guías, le sirviera de escolta y de apoyo, fué relevado por Lizarraga, al que entregó el mando en jefe en San Mateo el 6 de Diciembre, quedándose con la comandancia general de Valencia y del Maestrazgo que antes ejercía.

Lizarraga, que desde Segorbe había expuesto á don Carlos la deplorable situación de los carlistas en el Centro (1), que se vió obligado á dimitir el cargo de jefe de E. M., al ver que don Alfonso no le admitía la dimisión, se quedó enfermo en Adzaneta y estuvo como desterrado en la Cenia, dirigiendo desde Bot otra exposición muy sentida á don

(1) Véase documento núm. 10.

Carlos (1); se puso al frente de las fuerzas cuyo mando se le encomendó, y empezó saludando á los aragoneses y valencianos con una proclama, en la que ofrecía levantar el espíritu del país, que los pueblos tuvieran la mayor libertad en la gestión de sus negocios, hubiera honradez y justicia, se fomentara la producción y el comercio, y con moralidad en la administración, regularidad en los impuestos, buen gobierno en los pueblos, orden y justicia, triunfaría la causa carlista, no siendo católico, monárquico, ni español quien no contribuyese á arrojar la revolución. Propúsose buscar con energía los medios de salvar su causa del desmoronamiento evidente, después de los movimientos efectuados por los liberales y las consecuencias que produjeron, que tanto afectaron á los carlistas, y esto hizo aún más crítica la situación de Lizarraga. Quejábase de falta de recursos y de fusiles y de sobra de malos jefes; para obtener lo primero, ordenó el 8 de Diciembre en Peñarroya la imposición á los liberales del país de una contribución de guerra que no bajase de millon y medio de reales mensualmente, bastante para mantener las tropas y para comprar fusiles, puesto que la comisión, compuesta del presidente de la diputación carlista de Aragón y don Victoriano Camps, no obtenían de Savalls los que éste le había ofrecido (2); enviando desde luego á don

(1) Véase documento número 11.

(2) El verdadero comisionado fué el notario y propietario de Crestas don Victoriano Camps y Cepera, que tan infatigable se mostró desde 1870 para allegar armas y defensores á don Carlos, trabajando en Madrid y en su país para interesar á varios militares. El fué quien á tíl

Tirso Olazabal el dinero recaudado por Lozano en su expedición, para que comprase 4.000 fusiles y una batería Witworth y los desembarcase en el Mediterráneo.

Marchó Camps á esta comisión, y después de haber estado en Marsella, Burdeos, París y otros puntos, convino con Olazabal en la adquisición de los 4.000 fusiles, reservándose Camps consultarlo con Boét, jefe entonces de las fuerzas de Aragón, quien al ver que no eran del sistema Remington, que usaban los liberales, cuyas municiones podían aprovecharse, desaprobó la compra de toda

timos de Abril de 1872 levantó de los primeros en su territorio la bandera carlista, recorriendo los pueblos de Crestas, Arnes, Lledó, Areñs y Horta, uniéndosele Gamundi con don Joaquín Pallés, los hijos del brigadier don Antonio Santa Pau y el joven don Joaquín Sigüenza, en junto unos 400 infantes y 48 caballos, todos mal armados y peor municionados; impidióles la columna Capa dirigirse á Tortosa, donde debían efectuar el alzamiento en grande escala; fueron á los puertos de Beceite, sabiendo que en la parte alta de Teruel habían levantado una partida Alegre y el Fraile y que habían muerto en el primer encuentro, y viéndose Camps acosado, mermadas sus fuerzas y que el país no secundaba, dispuso Gamundi se disolvieran las que quedaban, y experimentando algunas vicisitudes, marchó Camps á Madrid, pasó á Zaragoza á efectuar el nuevo alzamiento, se trasladó á Cataluña en busca de Gamundi; delatado en Barcelona estuvo preso en Monjuich, y cuando creía conseguir su libertad y apoderarse con otros del castillo, fué sacado de su calabozo para embarcarlo á Canarias con 83 más. Pudo evitarlo escapándose; trató con don Alfonso sobre la presentación de Freixá y otros jefes que no secundaron al de la guardia civil; trabajó por el buen éxito de la expedición Gamundi; quedó en el Maestrazgo de teniente coronel del séptimo batallón, y comisionado por Lizarraga para ver si daba Savalls los 1.000 fusiles que había ofrecido á Lizarraga; regresó con buenas ofertas, pero sin armas, para ver muerto á su hijo único don Mariano en el campo de la acción de la Pobléta de Morella.

clase de fusiles que no fueran de aquella; y como la diputación solo podía disponer de 16.000 duros más, para adquirirse unos mil fusiles, insistió Boét en que necesitaba 2.000 y procurase adquirirlos, que no faltaría dinero: dejando Camps á cargo de Olazabal el alijo de los 4.000 fusiles Minié y de otro sistema, corrió á procurarlos Remington (1).

Deseó Lizarraga aumentar las fuerzas de Aragon y Castilla, concediendo á la diputación aragonesa facultades administrativas para comprar fusiles y mantener su gente, y dió el mando de Castilla á Vallés, destituyendo y prendiendo á Villalain. Para moralizar la administración de Valencia buscó personas respetables que ayudasen á la diputación de aquel reino con sus recursos y hombres, y se propuso castigar severamente á todos los malos empleados, siendo mejores sus propósitos que los resultados que obtuvo.

Atendiendo á las operaciones militares, envió á Vallés á recorrer las provincias de Guadalajara y Cuenca para reanimar el espíritu público carlista, algun tanto abatido; á Gamundi á operar por Calatayud y Daroca, recorriendo Lizarraga el Maestrazgo y Valencia. Moviéronse activas las fuerzas liberales para inutilizar estas excursiones,

(1) En sus correrías y afanes por adquirir Camps los fusiles, dijo á Elío que deseaba enviar á Boét 300 fusiles Remington, y manifestándole éste la imposibilidad de que llegasen por el Alto Aragon, se empeñó Camps, en conseguirlo, y garantizando la diputación de Vizcaya el pago de 300, los recibió del armero de Ermua, don Santiago, que acompañó la remesa hasta Caspe, y allí se enviaron á Valderrobles sin novedad, repartiéndose entre los voluntarios de Gamundi.

abundosas en desastres, y como si éstos no fueran bastantes, decretó Lizarraga en Lucena la destrucción de los ferro-carriles de Zaragoza y Valencia, cuya disposición califica un panegirista suyo como «la más militar y que mejores resultados podía dar á los carlistas del Centro, porque le envolvían aquellos ferro-carriles» (1). El día antes, con

(1) «Don Antonio Lizarraga y Esquiroz, mariscal de campo de los reales ejércitos y general en jefe interino del Centro, etc., etc.

Considerando: que las vías férreas favorecen las operaciones militares de los enemigos del rey nuestro señor (Q. D. G.), permitiéndoles cuadruplicar sus fuerzas, trasportar con facilidad y ligereza su material de guerra, recibir noticias y transmitir órdenes instantáneamente por medio del telégrafo, por lo cual no hay plaza de guerra cuya posesión por nuestras fuerzas perturbe al enemigo tanto como la inutilización de cualquiera de ellas.

Considerando: que la práctica constante de la guerra desde que estas vías de comunicación existen es establecer bloqueo sobre ellas, inutilizarlas, destruirlas ó fortificarlas, segun el caso, como se verifica con las plazas.

Considerando: que aunque es verdad que en España la mayor parte de los ferro-carriles son propiedad de empresas particulares, ninguna se ha declarado neutral en la guerra que tan sin razon hace el gobierno de Madrid al rey legítimo de España, antes al contrario, le favorecen con decisión, y particular y oficialmente se declaran nuestros enemigos.

Considerando: que los empleados y dependientes de la vía férrea son en todo tiempo unos auxiliares obligados del enemigo, y una vez publicados los bandos, pasan á la clase de espías y confidentes.

Considerando: que la general opinión del comercio es opuesta á las aspiraciones políticas de la gran masa de los pueblos, puesto que si hubieran facilitado voluntariamente á nuestro rey y señor la décima parte del capital que les ha hecho perder la guerra, hace algunos meses que hubiera concluído con nuestro triunfo.

Considerando: que las personas que viajan por ferro-carriles pagan tributo al gobierno enemigo, y que los perjuicios que á todos los españoles puede irrogar el de-

motivo del fusilamiento de Lozano y del asesinato del baron de Zafra en las calles de la Cenia, dió en Adzaneta una órden general del ejército, en la que mostrándose indignado contra el gobierno liberal, decía que daba cuenta de aquellos y otros hechos á don Carlos, para que le ordenase el carácter que, en vista de ellos, debía dar á la guerra.

Envió Lizarraga partidas á cumplimentar su órden de destrucción, procurando evitarla

jar de viajar por ellos no iguala á la sangre que se derrama en la más insignificante sorpresa.

Facultado por las atribuciones que conceden las reales ordenanzas á los generales en jefe de los ejércitos en campaña,

#### ORDENO Y MANDO:

Artículo 1.º A partir del 15 del próximo Enero pararán por completo su circulación las vías férreas que desde Madrid desembocan en Valencia, Alicante, Cartagena y Zaragoza.

Art. 2.º Todos los empleados y dependientes de las vías férreas de cualquier categoría que sean, que á partir de la fecha que marca el artículo anterior fueren encontrados á una legua por derecha ó izquierda de la vía, serán fusilados irremisiblemente, identificado que sea su empleo, sin darles más tiempo que una hora para que mueran cristianamente.

Art. 3.º Todos los trenes de mercancías que sean apresados por fuerzas reales, serán acto continuo incendiados.

Art. 4.º Los trenes de pasajeros serán detenidos, y despues de recoger cada viajero su equipaje, serán tambien incendiados. Desde 1.º de Febrero próximo venidero serán los viajeros todos, sin distinción de clase, sexo, ni edad, conducidos por la fuerza apresora dos jornadas distantes de la vía, y allí serán puestos en libertad.

Art. 5.º Los Excmos. señores generales, los jefes, oficiales y hasta los voluntarios del ejército real del Centro, quedan autorizados para llevar á efecto los anteriores artículos.

Dado en el cuartel general de Lucena, á diez y siete de Diciembre de mil ochocientos setenta y cuatro.—ANTONIO LIZARRAGA.»

las columnas liberales, que recorrieron comarcas donde las tropas no habían penetrado hacía muchos meses; se introdujeron convoyes en Morella sin sostener en la Pobleta sangrientos combates; se recuperó Vinaroz y se obtuvieron algunas otras ventajas, que á la vez que alentaban á los pueblos liberales profundizaban la división entre los carlistas.

Contaban estos en Aragon con un nuevo jefe, don Carlos Boet, que empezó á organizar sus fuerzas, con las que se prometía altos hechos.

Grandes esfuerzos hacía Lizarraga para quedar airoso en su mando, pero no podía reducir, á la necesaria obediencia siquiera á algunos partidarios, y hasta el mismo Cucala le disputó el mando en jefe. Esto que asombrará á los carlistas, áun á los mismos del país donde supone Cucala que por él clamaban, lo prueban los siguientes párrafos de una carta dirigida á doña Margarita (1), que dicen así:

»Al marchar con mi brigada á la expedición de las provincias de Alicante, Albacete y Murcia, se convino en el plan que dos batallones de la división valenciana protegerían mis movimientos, pero el señor Lizarraga tuvo á bien retirarlos, dejándome solo abandonado en aquel país desconocido, y sin un batallon ni una compañía que protegiese mi retirada.

»Sin ir más lejos, anteayer, al llegar al pueblo de Onda, recibí confidencia de que en el inmediato pueblo de Bechi se encontraban

(1) Está fechada en Adzaneta el 23 de Diciembre de 1874, é interceptado despues este documento, obra original en nuestro poder.



cuatro compañías de tropa y una de cipayos, que son toda la escoria de la sociedad; inmediatamente dispuse que el segundo batallón y un escuadrón de caballería sitiase dicha población; llegaba yo con el resto de la fuerza; acto seguido di cuenta al general Velasco de dicha noticia y de las disposiciones que había tomado; al poco rato marché y después de arreglar todos los preparativos que se necesitaban, empecé el ataque tomando mis voluntarios en muy poco tiempo todas las calles, casas y barricadas á la bayoneta; mas cuando tenía encerrado y reducido al enemigo en la iglesia y torre de la misma, y no necesitaba más que un par de horas para su rendición, se me ordenó me retirase sin conseguir mi objeto, pero con las sensibles pérdidas de cuatro muertos y doce ó catorce heridos.

»Para remate de la obra me han puesto bajo las órdenes del general Velasco que es quien va al frente de mi brigada, imposibilitando todas cuantas operaciones quiero emprender; pero no crea, señora, que al decir esto siento yo el tener que ir al lado de mis voluntarios, antes al contrario, estoy dispuesto como siempre á acatar todas cuantas órdenes emanen de mis superiores, pero quisiera que una vez verificadas estas operaciones me dejasen obrar como lo he hecho siempre.

»En vista pues de todo lo expuesto, el país levanta un inmenso clamor, y pide á una voz se me encargue el mando de este ejército, y están seguros haría cambiar por completo la faz de las operaciones; yo no dudo, señora, que si tal sucediera, no dejaría defraudar las

esperanzas de todo el partido carlista, como lo tengo acreditado en todas las operaciones que he emprendido, y esto se conseguiría despertando del letargo en que se encuentra este ejército, dándole vida, activando las operaciones, trabajando continuamente y acosando al enemigo hasta en sus mismas madrigueras.

»Dios solo sabe, señora, que no es la ambición la que me induce á proponer esto, sino el amor, la fé y el entusiasmo que tengo á la santa causa simbolizada en la persona de vuestro augusto esposo.

»Siento mucho, señora, el haber molestado tanto tiempo la atención de V. M., pero con su elevado criterio comprenderá por el interés que lo hago.

»Con esta ocasión tengo el honor de ofrecerme su más humilde y apasionado súbdito que se postra á L. R. P. de V. M.—Pascual Cucala.»—Hay una rúbrica.

Aunque no solicitando el mando, se elevaron otras quejas contra Lizarraga, acusándole del intempestivo y precipitado abandono de Cantavieja, cuando pudo haber hecho frente á las fuerzas de Despujol, que llegaron en la noche próxima rendidas de fatiga, enervadas, con hambre y deseando hallar un rincón donde reposar y calentarse, y hasta se le acusó de faltas que no eran suyas. No lo era seguramente la carencia, en general, de un personal administrativo que reuniérase al menos los conocimientos más indispensables para el puesto que se le confiara; el que se crearan posiciones y carreras innmerecidas; el alejamiento de personas de algún valer en Aragon y Valencia; el que

las exacciones y tropelías cometidas en pueblos pequeños obligaran á huir á muchos de sus moradores, y especialmente á los individuos del ayuntamiento; el mal resultado de las operaciones militares; el aumento de la desertión; la escasez de buenas confianzas; la no existencia de los cuerpos especiales; el criminal abandono de los hospitales, aún antes de ser destruidos los pocos que había, y el que fueran un foco de corrupción y escándalo algunos depósitos de jefes y oficiales, habiendo en ellos multitud de individuos que podían prestar buenos servicios en el ejército activo. No era, seguramente, muy lisonjera la situación de los carlistas en el Oriente de España al terminar el año de 1874.

ANDALUCÍA. — CANARIAS. — EXTREMADURA. —

C A S T I L L A

XXXVI

Ya que no podía llevarse la guerra civil á Andalucía, se continuó trabajando en la reorganización de las juntas secretas para las que propusieron más de cien nombres de títulos, rentistas, sacerdotes, catedráticos, militares y abogados, acordándose al fin que se nombrara comisario al señor marqués de Margena, con facultades para designar los vocales y su número, según relación formada en Octubre del año anterior, dividiéndose en secciones de Gobernación, Hacienda, Guerra y Fomento, etc., proponiendo como presidentes activos á los señores don Juan Manuel Moscoso y Lopez y don Julian García Valenzuela, para vices los señores Eguilar,

Yanguas y Gimenez Medina, y para secretarios Perez del Pulgar y Blake y don Alejandro Fonseca (1).

Habiase tratado de formar antes un *ejército real del Sur*, teniendo afiliados en casi todos los cuerpos que guarnecían las provincias andaluzas, y si la junta hubiera tenido recursos para asegurar la diferencia del sueldo activo al de reemplazo «pronto, decía, contaríamos con la generalidad de esta clase.» Llegaron á contar con jefes superiores y generales, pero los recursos eran insuficientes para tantas atenciones (2).

(1) Se propuso dividir la provincia de Córdoba en tres distritos representando el de la capital los señores marqueses de Valdeflores, de Villaverde la Escalonia y de Valde-loro, conde y viudo de Torres-Cabrera, barón de San Calixto y don Rafael Cabrera.

El distrito de la Sierra, los señores Cárdenas y hermanos, Caballero, García y Leaniz, Mancelos y Ramirez Chacon.

El de la campiña, los señores Toro y Bordejuela, Capote y hermanos, Chacon Fernandez y Cortés.

Para representar á Sevilla y su provincia se propuso á los señores marqueses de Gandul, de Esquivel, de Loreto y Campoameno, y su hermano, y á los señores, Barreda. Velazquez (don José), Pagés del Cerro, Benjumea (don Pablo y don Diego), Negrete, Quintanilla, Caballero, Infante, Mucha, Cortina, Verdejuela, y señoras de Suaso, doña Dolores y doña Carlota, de Carmona, y otras.

Tomaban una parte activa en todos estos asuntos don José Pascual, don Angel de Toro, Caracuel y otros, según los documentos que tenemos á la vista.

(2) «Las comisiones régias han procurado reunir fondos, colocando, bonos, haciendo invitaciones por donativos, ó por sacrificios personales de los individuos de las mismas, especialmente las de Jaen, Málaga y Granada. Los de esta última provincia han rayado á mayor altura en todas ocasiones. Sin embargo, siempre han sido escasos los fondos reunidos relativamente al objeto. La comisión régia de Málaga que pudo aprovecharse de los infinitos recursos que ofrece aquella rica capital, no al-

El espíritu de aquellas comisiones régias era belicoso, y estaban disgustadas porque no se permitió el levantamiento de partidas después de fracasado el plan de las Alpujarras; bien es verdad que la provincia de Granada fué la única que en 1871 compró algunas armas, construyó cartuchos y boinas y adquirió capotes de deshecho, que hubo que vender antes que se acabaran de apolillar. Los recursos que proporcionó Jaen los gastó en Despeñaperros; la comisión régia de Almería carecía hasta de lo necesario para pagar á los obreros el corte de comunicaciones telegráficas, y estaba en constante pugna con la junta católico-monárquica; no había más unión en Málaga, donde se llegó á presentar acusación por las intrigas de un individuo de la ex-comisión régia y por negarse el comandante general interino á ponerse al frente de una partida proyectada por la comisión; y si no era satisfactoria la situación del distrito de Granada, no tenía tampoco mucho de lisonjera la del de Sevilla, que abarcaba las provincias de Cádiz, Córdoba, Huelva, Badajoz y Cáceres.

En la parte de la serranía más próxima á Algeciras, se intentó levantar una partida de

---

canzó siquiera la cifra que últimamente reunió Antequera, y fué tal su comportamiento, debido en gran parte á la doble conducta política de su vicepresidente carlista en Málaga y alfonsino en Sevilla, que unido al carácter discolorado de alguno de sus vocales, fué preciso hacer caso omiso de ella, y elevar á la categoría de comisión régia, á la subcomisión de Antequera, la cual estaba ya declarada junta católico-monárquica de la provincia, por no haberse podido organizar en la capital.»

(Memoria dirigida al centro directivo reservado, por don Pedro de Lara.)

300 hombres, y se pidieron instrucciones, que fueron remitidas inmediatamente; pero sus promovedores aplazaron *motu proprio* la ejecución. Fué una contrariedad, aunque no un grave inconveniente, el fallecimiento del brigadier don Fabian Aznarez y Serrano, comandante general carlista de la provincia de Sevilla, porque produjo muchas disidencias y no obró con el mejor acierto en sus inteligencias con jefes, oficiales y clases de tropa del ejército del gobierno; se dió el mando de las capitanías generales de Granada y Sevilla al general Zaratiegui; mas nada pudo hacer por el mal estado de su salud, y no era fácil tampoco su inteligencia con muchos elementos disolventes de aquellas juntas; no se mostró tampoco más satisfecho don Antonio Arjona, que cambió desagradables comunicaciones con algunos centros, y en particular con don Antonio de Leyva: disolvió la junta, protestó ésta de la disolución y no le obedeció, no aceptando otra autoridad superior que el centro directivo que la nombró; se suprimieron los grandes distritos militares; dejó de ser don Pedro de Lara el jefe militar de la provincia de Sevilla, ejerciendo su autoridad donde residía; manifestó don Clemente Díez que volvió á presidir la junta de Sevilla, al centro directivo, la deplorable situación de los asuntos carlistas en la provincia, como en toda Andalucía; pero como ejercía el mando superior militar el señor Arjona, dimitió la junta que presidía el señor Díez.

La de Granada, organizada bajo la presidencia del señor marqués de Margena, reanudó los trabajos; mas ni en aquella provin-

cia ni en las demás de Andalucía se obtuvieron otras ventajas que las pecuniarias, y no en la cantidad que se esperaba sino mucho menos, que se pusieron á disposición de don Carlos (1).

Contando la causa carlista con algunos elementos en las islas Canarias, se nombró una junta bajo la presidencia de don Bernardo Cologan y Heredia, marqués de Sauzal (2), autorizándola para constituirse en gobierno en las islas en caso necesario, y recomendándola la protección de los que por sus ideas carlistas fuesen desterrados á ellas, á las que se llevaron desde luego unos 300 prisioneros procedentes de Navarra y Cataluña, á los cuales auxilió generosamente.

Badajoz y Cáceres tuvieron también sus juntas carlistas, y en nombre de ambas, el secretario de la segunda, doctor don Juan García Carrasco, manifestó que después que la organización del partido católico-monárquico estuvo en mantillas hasta fin de 1871, se llevaron á las Córtes diputados legitimistas, y á las diputaciones provinciales, habiendo ayuntamientos, como los de Plasencia y Coria, que lo eran por completo; que se habían gastado cuantiosas sumas por la causa carlista; pero que todo había sido inútil por-

(1) Jeréz de la Frontera, según oficio firmado por don Francisco Cisneros, remitió en 12 de Junio de 1874, cumpliendo la orden de que fué comisionado don Santiago España, 300.000 reales, que se hicieron efectivos, del empréstito andaluz.

(2) Eran vocales don Fernando Leon y Huertas, marqués de Santa Lucia, don Fernando del Hoyo y Roman, marqués de Siete Fuentes y don Alonso de Nava, marqués de Villanueva del Prado; autorizándose á la junta para nombrar tres individuos más y los secretarios.

que el comandante general don Juan Illañez, que reemplazó á don Vicente Sabariegos, en quien tanta fe tenían los extremeños, y con razón, estuvo muy lejos de imitar á éste, é invirtió lo que se recaudó, sin verse los resultados, acusándole de que ofreció penetrar por varios puntos á la vez desde Portugal, estando todo preparado para recibirle, y no se movió, aunque decía tener dispuestas grandes legiones portuguesas; que reiteró después igual oferta, recibiendo nuevamente 12.000 reales á presencia de don Anselmo Acuña, y también defraudó las esperanzas de los que le aguardaron, siendo algunos presos y otros víctimas de su obediente credulidad, por lo que no poseía ya el señor Illañez la confianza de los carlistas extremeños, que con recursos, si bien cortos, estaban dispuestos á seguir á otro jefe que no fuera aquél, que se había hecho incompatible en el país, por lo cual pedían su separación, ó que se admitiese la dimisión de las juntas extremeñas. Esto hizo necesario el nombramiento de Sabariegos, que estaba en Galicia, como vimos.

No se presentaba más floreciente la situación de otras provincias del Sur, y especialmente de las de la Mancha, cuyo primer comandante general don Manuel Marconell de Gasque (1), expuso que en parte alguna de España había mejor disposición para sostener la causa carlista que en Toledo y Ciudad-Real. «Esas fragosas montañas es-

(1) Nombrado éste para las provincias de Ciudad-Real y de Toledo, encomendóse la comandancia militar de Toledo al señor Bermudez, la de Albacete, Alicante y Murcia al señor Alcober y la de Ciudad-Real al señor Vazquez.

tériles, decía, y que sólo abundan de pastos, cuya población consiste en ricos propietarios de ganados y pastores, puede decirse, generalmente hablando, que no se encuentra un solo enemigo en todos ellos. La posición topográfica es tan ventajosa cual pudiera serlo militarmente la mejor de los Pirineos. Los pueblos que se encuentran al pie de tan espantosos montes, en su inmensa mayoría son tan católicos como monárquicos. Si descendemos á llanuras, la población en general nos pertenece; la clase media nos respeta, y solo los ricos propietarios y alguno que otro magnate son revolucionarios algunos y muchos moderados. Desgraciadamente para nuestra causa se dió entrada en las juntas católicas al elemento del desecho del partido moderado y éste ha trabajado incesantemente en sobreponerse al puro, y en hacer fracasar los planes mejor combinados, llevando la perturbación á los ánimos, la intranquilidad á las familias, inventando novelas contra las víctimas de su honor y lanzarlas extemporáneamente al campo para abandonarles completamente despues de haber llegado á él.» Quejóse de la junta, á la que atribuyó su descalabro; de Bermudez, de su primo, el señor Heredero, y de otros, y aunque se procuró poner remedio á estas contrariedades, no varió por esto la situación de Extremadura ni la de la Mancha.

En esta última región se formaron algunas partidas, y efectuáronse fructíferas correrías, si bien funestas para los pueblos, pues áun los que se vieron libres de la invasión de pequeñas partidas no se libraron de las escur-

siones de Santes, de Valiente, de Feo-Cariño, Telaraña, y de algun otro.

No organizaban la guerra estas algaradas, ni la de Lozano, ni cuantas se efectuaron por Andalucía y Extremadura, porque la rechazaba el país, poco á propósito tambien para el sostenimiento de las partidas. Así sucedió en la pasada lucha, y hubo empeño en conseguirlo; hasta con portugueses se presentó fray Lorenzo Piris; pero cayó al momento en poder de los urbanos de Cilleros y de Zarza la Mayor. Mucho hizo el brigadier don Isidoro Mir, nombrado por don Carlos comandante general de la Mancha y Toledo, en comisión para Andalucía y Extremadura; reunió con todas las partidas unos 800 infantes y de 300 á 400 caballos; marchó á Herrera del Duque, el mismo punto en que ahora entró la partida de don Crisanto Gomez; fué muy bien recibido, por ser allí considerado, le batió en seguida Avecía, y todo fueron despues desgracias y desastres, sin que Cuesta, Perfecto, Peco, Leon, y otros, pudieran obtener triunfos de gran valer ni dominar por completo aquel país, que tenían que abandonar con frecuencia para guarecerse en los montes de Toledo, no bastando el refugio que les ofrecían muchas veces las asperezas de las sierras extremeñas.

Considerado como jefe militar de Madrid don Santiago Lirio, cuyo nombramiento refrendó don Emilio Arjona, se quiso mejor tenerle al lado de don Carlos, y el cometido de aquel se confió al señor Lasuen; se presentaron grandes dificultades para nombrar capitán general de Madrid, cargo de más importancia política que militar; se designan

en los documentos que tenemos á la vista los nombres de algunos jefes liberales que parecían dispuestos á servir á los carlistas, y el señor Lasuen, con el decidido entusiasmo carlista que le distingue, con su grande actividad y esmerada inteligencia, desempeñó su comisión del modo más acertado que podía desempeñarse en medio de las dificultades que había que vencer, no sólo al tratarse de las cosas, sino de las personas: no podía prescindirse, todo lo contrario, eran una necesidad personas como don Cándido Nocedal, el conde de Orgaz y otros, que no solo se oponían á la guerra, sino que entre algunos reinaban antagonismos difíciles de vencer: estaba gravemente disgustado el conde de Belascoain desde el cumplimiento del encargo que para él se confirió á don Santiago Lirio, pues si bien había renunciado el conde la presidencia del Centro directivo reservado de Madrid, no creía deber acceder á ciertas exigencias, particularmente á la de entregar los documentos confidenciales pertenecientes al curso de la conspiración, que comprometían nombres y personas determinadas, y en gran número por cierto; todo lo cual originó desagradables contestaciones, y hasta enemistades, que por el pronto hicieron algun daño á la causa carlista. A no mediar gran reserva en estos sucesos, y estar tan mal servido el gobierno liberal en el siempre deplorable ramo de policía, pudo haber hecho importantes descubrimientos tan favorables para su causa como de deplorables consecuencias para la carlista.

EXCURSIONES—DON AMADOR VILLAR—  
PIEDRABUENA

XXXVII

La entrada de Villalain en Sigüenza estaba prevista; no el abandono en que se tenía á esta ciudad, defendida solo por sus pocos aunque entusiastas voluntarios, que era mérito el serlo en aquella población, donde tiene muchos adeptos el carlismo, si bien la mayor parte son carlistas platónicos, y los liberales carecen de dirección y guía. Lo mismo sucedía en casi todos los pueblos de la provincia de Guadalajara y de la de Cuenca, teatro de las excursiones de Villalain, que no dieron otro resultado para la causa carlista que vejar los pueblos y el escandaloso proceso de aquel caudillo. Fué algunas veces perseguido activamente y se vió en grandes apuros; pero tenía condiciones de guerrillero (1) y sabía eludir la persecución, cansando y aburriendo á sus perseguidores, que no aprovechaban muchas veces las ocasiones que se presentaban para destruirle.

Un apuesto jóven, don Amador Villar, procedente del distinguido cuerpo de ingenieros, que acudió desde un principio á de-

(1) Perseguido con empeño por un jefe liberal, llegó Villalain al pueblo de..., alojó su gente, se sentó en el pollo de la puerta de su alojamiento, sacó del bolsillo un pepino y pan, y después de comérsele se quedó dormido. Despertó á las tres horas, se lamentó de haber dormido mucho, mandó tocar llamada y marchó. A poco llegó el jefe liberal con su división de todas armas; le dijeron lo que acababa de suceder, le aseguraron que en poco tiempo se podía alcanzar á los carlistas y batirlos, subió á su alojamiento, se lavó, mudó la camisa, y se acostó.

fender la causa carlista, púsose al frente de una columna, más numerosa que bien organizada por los elementos de que se componía y efectuó con ella movimientos atrevidos, penetrando en poblaciones importantes, en las que en la anterior guerra civil no entraron los carlistas. Quejábanse los liberales de estos pueblos de la falta de tropas, de que hubiera territorios como el de Quintanar de la Orden, enclavado en el límite de las provincias de Cuenca, Ciudad-Real y Toledo, y poblaciones inmediatas importantes que no habían visto un soldado en mucho tiempo.

Villar no tuvo ahora que vencer ninguna resistencia para entrar en la Calzada, donde estuvo hasta las doce de la noche; salió con dirección al Moral de Calatrava, que amaneció circunvalado, penetrando á las ocho de la mañana unos 20 hombres, después de haber intimado á las autoridades que incendiaría la población si se resistían; se apoderaron de los fondos del recaudador de contribuciones, desarmaron la milicia, é indicaron dirigirse á Almagro, cuya autoridad lo notició al gobernador de la provincia; contestó que se defendieran si acudían los carlistas, y que por el tren-correo mandaría fuerzas, como así lo hizo, siendo de lamentar no hubieran podido llegar antes de las once de la noche, pues siendo corta la distancia habrían acudido á tiempo de alcanzar á los carlistas: á ello parece que estimuló el alcalde, ofreciendo cuantos recursos estuvieran á su alcance; pero el jefe de la columna sólo tenía orden para proteger á Almagro.

Del Moral se volvió Villar á la Calzada, amenazó á Granátula, legua y media de Al-

magro, sin intentar la entrada en el pueblo.

Don Amador Villar no dejaba en las poblaciones que ocupaba esos funestos recuerdos que otros partidarios, y ni en Aldea del Rey, ni en Calzada de Calatrava, particularmente, tuvieron que lamentar las horribles escenas á que se entregaron en Febrero de 1836 don Basilio y Orejita, sacrificando á 116 personas, la mayor parte mujeres y niños casadas algunas, sirviendo de ojeador el prior de la Calzada, como digimos (1).

Operando Villar tan pronto en la Mancha como en Extremadura, sin que fueran obstáculo á sus correrías el Guadiana, el Bullaque y el Guadalupe, sabiendo eludir con pasmosa actividad y no común inteligencia la persecución más activa, hallando seguro asilo en las sierras de Toledo, del Chorrillo, del Rincón y aun de Oropesa, alentado por la impunidad y estimulando por su osadía, la tuvo en llegar casi á las puertas de Ciudad-Real.

Empleando activo celo é indomable constancia llegó á reunir cuatro escuadrones, que sumaban en junto 400 caballos, teniendo 50 más de éstos en partidas: sus infantes llega-

(1) Al descolgarse uno de los nacionales de la torre de la iglesia incendiada, á pesar de la fractura que sufrió pudo correr, y al verle el prior, dijo: *á ese conejo; que se escapa, casarle*, y le mataron. Ese mismo prior, durante el fuego, se presentó como mediador para reducir á los sitiados, en el interin que se arrimaban los combustibles para incendiar la iglesia, que era el fuerte, y cuando estuvo encendido el fuego cesó en su discurso. Progresaba el incendio, y al oír los clamores de las muros y niños que encerraba el templo y las imprecaciones de los hombres, es fama que dijo aquel ministro de un Dios de paz y misericordia: *¡Qué bien templado está el órgano!*

ban á 500. Respetable número de gente con la que se hubiera distinguido Villar á poder domar la ambición de unos, el bandolerismo de otros y la indisciplina de muchos. Cuanto más lo intentaba, más contra él se conspiraba, cansados los más del orden que á todo imprimía el jefe.

Seguíale de cerca el coronel Melguizo, y no sorprendiéndole, sino hallándole prevenido el 14 de Abril, se adelantó á él en los campos de Piedrabuena, consultando más bien que sus fuerzas, las que da el conocimiento del honor militar, y puesto á la cabeza de la caballería halló al enemigo que presentó la acción con todas las reglas del arte, desplegadas las guerrillas de su caballería y formada en cuadro la infantería.

Melguizo destacó dos secciones de húsares de la Princesa, desplegadas en tiradores, comenzando la acción é incorporándose luego tres secciones de lanceros de Calatrava, formadas en columna de secciones; las mandó cargar para romper el cuadro de la infantería carlista recibiendo ésta la carga con un fuego sostenido, matando un húsar, hiriendo al alférez don José Quijano, cuyo caballo cayó muerto, é hiriendo á otro soldado de Calatrava: repetida nuevamente la carga, fué éstan impetuosa, que la caballería de Melguizo penetró en el cuadro, y roto y desecho, acuchilló á la infantería enemiga, que ya se pronunciaba en retirada, como lo hizo también la caballería, cargada por el flanco derecho: aquella, sin embargo, no pudo desenvolverse de la caballería del ejército, quedando *toda* prisionera, ménos la que fué acuchillada....; los ginetes carlistas quisieron rehacerse, pero

fueron arrollados, dejando tendidos en el campo algunos cadáveres.

Los rivales de Villar se vengaron de él en esta acción propalando que era alfonsino y les iba á entregar: al dejarle solo se repartieron la gente.

No fué sorpresa, repetimos, como se ha pretendido hacer creer, porque los dos únicos tiros que en el primer momento sonaron fueron disparados por dos muchachos castellanos que iban en el escuadron de vanguardia, volviendo grupas aquel escuadron, al que no se volvió á ver más. Esto fué lo que mayor asombro causó á Melguizo, que no esperaba triunfar más que haciendo alardes de heroísmo, y supo aprovechar el desorden que se introdujo en sus enemigos.

El cura de Porzuna fué quien mandó los tres confidentes que salieron de su casa en la mañana de aquel día, precisamente con el objeto de saber dónde estaba Melguizo, para echarse Villar sobre él, suponiéndole con toda la columna.

En Piedrabuena, no sólo Villar, sino la causa carlista, fué víctima de la alevosía de algunos de sus propios correligionarios. El mismo Villar estuvo solo á 200 metros del pueblo, hasta que llegó el hijo menor del desgraciado conde de la Cortina á decirle que todo se había perdido, porque no querían obedecer, y le estaban haciendo fuego, habiendo sido herido por los mismos carlistas el hijo mayor cuando se unió á Villar; y al paso éste, sin más compañía que los dos hijos de Cortina, su sobrino y el baron de Wedell, alemán, marcharon hacia Benavente, donde se le agregaron hasta 14, con los cua-





J. Alamos



les fué á Portugal, no pudiendo comprender apenas tanta indignidad como había visto.

Quedaron algunos muertos en el campo, no todos los que se dijeron, y en poder de Melguizo más de 200 prisioneros.

El acto de verdadero arrojo de este jefe liberal, que tan inferiores fuerzas contaba, exterminó por completó las que eran una base en la que se fundaban grandes esperanzas.

## CASTILLA LA VIEJA

## XXXVIII

Aún se resentía Castilla la Vieja del desorden con que se procedió al principio del levantamiento carlista; de la pugna en que se puso el centro directivo de Madrid con la junta provincial de Búrgos y otras, que tan sentidas quejas elevaron á don Carlos. Se ponía remedio á algunos males, surgían nuevos, pedía don Santos Ayala se enviara un general de prestigio y se mandase retirar al señor Penagos, que, á más de estorbar, «había hecho méritos que la ordenanza militar castiga con la última pena»; se promovieron disensiones, y lejos de aprovecharlas los liberales, insurrecciones como la de Valladolid paralizaban las operaciones con provecho de aquellos, y sacrilegios como los cometidos después en la catedral de Palencia enagaban simpatías.

Así pudieron recorrer los carlistas terrenos no hollados en la anterior guerra civil, y como por allí no había un soldado, penetraron en San Mateo, Somahoz, Los Corrales, Caldas, Barros, Bóo y otros pueblos, bastando haber pasado una vez por aquella

comarca para comprender si es posible invadirla sin resistencia y ocuparla sin peligro.

Preocupados en todas partes con quemar el registro civil, establecido en todos los pueblos civilizados, sin que en nada atente á la religión; persiguiendo á liberales, á jueces municipales, como el de San Mateo, por ejemplo, gastaban en satisfacer rencores ó enemistades de localidad las fuerzas á que no sabían dar mejor empleo para su causa. Y llevaban 3.000 infantes y 300 caballos, si bien muchos de aquellos eran mozalvetes, y armados no pocos con palos. Su caballería tampoco era perfecta: al lado de buenas monturas se veían albardas y aparejos redondos; de aquí su empeño en proveerse de armas y monturas, habiendo recogido algunas y caballos, pues sólo del distrito municipal de San Mateo se llevaron 15, que los reservaría quizá la requisa, aunque en este número se incluyeron las yeguas de tiro del conde de las Bárcenas. Ni el caballo del médico respetaron, ni los del conde de Mansilla y de otros particulares.

Abundaban en Castilla la Vieja los reclutadores carlistas, que recorrían los pueblos no infructuosamente; pasando con frecuencia del partido de Cervera por las inmediaciones de Alar, pequeñas cuadrillas de jóvenes reclutados que iban por Valderredible á las provincias Vascongadas, á vestirlos y pagarlos. Del mismo Cervera sacaron algunos, y de Nogales, Piña, Astudillo, Carrión, pueblos del partido de la misma capital, y de donde querían; siendo estos mozos de los que debían cubrir el reemplazo orde-

nado por el gobierno. La mayor parte eran verdaderos chiquillos, que trabajaban en las fábricas de mantas y en otros oficios.

Se constituyó una fuerte columna liberal en Medina del Pomar, á cuyo punto atendía más que á Villarcayo, y á su vista, los carlistas sacaron raciones y mozos, cobraron derechos de Aduana en Moneo, y lleváronse grandes reclutas de mozos, acompañados de ocho y aun de dos carlistas. No olvidaron tampoco recoger el plomo y metal que pudieron, apresando á los padres de los jóvenes que no se presentaban á su llamamiento, teniendo que refugiarse muchas familias en Santander y Burgos.

En obligar á los reclutados castellanos á servir en las Vascongadas sin disfrutar de fueros y franquicias, aunque sufriendo sus cargas, obligó al comandante general de Castilla don Gerardo Martínez de Velasco á formular graves quejas, considerando además tal proceder como un tiro directo á su personalidad, creyéndolo así con tanto más motivo, cuanto que durante su mando en Vizcaya, no se le permitió y hasta se le quitó toda intervención en las fuerzas que operaban sobre Bilbao, lo que motivó su dimisión.

La provincia de Logroño, separada de las Vascongadas por la línea del Ebro, fué segregada de las de Castilla la Vieja, á la que por su naturaleza y por su topografía correspondía, y se pretendió separar también el condado de Treviño, cuyos habitantes son burgaleses, y cuyos reclutas fueron voluntariamente á engrosar las filas de los cuerpos castellanos.

Era natural y justo el disgusto de Velas-

co, que se halló pocos días después con ver llegar á Sopena dos de los cuatro batallones de que se componían las fuerzas de Castilla la Vieja, en un estado de desnudez y miseria lamentable. Llevaban hechos girones los mismos trajes con que salieron de sus casas, luciendo por todas partes sus carnes; y la mayor parte de aquellos hombres ni camisa tenían, y todos sin mantas ni prenda alguna de abrigo. Reclamó Velasco, acudió solícito á remediar tan apremiante necesidad don Estanislao Sevilla Villar, presidente de la junta de Burgos, que residía en Orduña, aunque carecía de recursos: no había de dónde sacarlos porque nada se dominaba en Castilla, y pidió Velasco se le destacara á ella con los cuatro batallones castellanos, pudiendo así inutilizar las vías férreas, impedir toda clase de comunicación terrestre con la base de las operaciones de los liberales, y enviar un cuerpo de ejército en su persecución. Desatendido Velasco, presentó el 17 de Mayo nuevamente su dimisión, fundada en razones que afectaban su dignidad y su honra, y marchó á Francia con licencia temporal, conservando el mando que había dimitido. Deseaban algunos volviera á ejercerle; Dorregaray, Planas y otros no lo consideraban conveniente, y el segundo escribía al primero (1), «que por razones de alta política y de inmediata trascendencia, me pareció del caso hacerle entender que iría á Castilla cuando las circunstancias fuesen oportunas. Con esta esperanza, Velasco dió sus órdenes reservadas á fin de que Costa y

(1) Desde Tolosa el 2 de Junio de 1874.

demás jefes volvieran á ocupar sus destinos; y así las cosas, como V. comprenderá que hoy no conviene poner á Velasco en la calle, y sí ir preparándolo todo para que la expedición se vaya organizando del mejor modo posible, y cuando esté á punto de ser lanzada á su destino, entonces se dispondrá quién haya de mandarla.»

Mientras mediaban estas disidencias, invadían los carlistas poblaciones como Medina de Pomar; se dejaban batir en Villasante; perdían el comandante militar de Entrambasaguas, don Víctor Hermosa, y si no obraban con fuerzas respetables, molestaban al país pequeñas y audaces partidas que, como la de Zurbano, de una docena de hombres, recorrió varios pueblos del partido de Belorado, llevándose unos 200 trabajadores, con los que creyó someter á Pradoluengo, pero supieron resistir los voluntarios liberales y les hicieron retirarse. En Tejada, partido de Lerma, fué derrotado Moncho, y donde había jefes activos de columna, aquellas partidas, poco subordinadas y menos escrupulosas en su conducta, eran imposibles; así como los ataques á fuerzas resueltas á resistir, aunque inferiores en número, como sucedió en Ramales á las dos compañías que se vieron bruscamente atacadas por la gran masa de carlistas que llevaba Gutierrez, precisado á retirarse después de cuatro horas de fuego.

Sucumben algunos partidariós en el momento de aparecer y tienen otros que semeterse á indulto, no pudiendo soportar la penosa vida á que se veían obligados, como aconteció á Mochon, que no pudo sostenerse en la provincia de Soria, y Ruperto Blanco

y Juan Escalona, en la de Burgos, áun cuando tenían seguro asilo en los pinares.

Relevado Gamundi por don Pedro Agreda fué por Cintruénigo con unos 350 hombres al pueblo de su mismo apellido, donde permaneció un día y salió el 13 de Marzo; recorrió varias poblaciones, y fraccionándose unas veces, uniéndose otras y efectuando extraños movimientos, se vió activamente perseguido; batido en San Felices por la columna de la guardia civil al mando de Bandragen, retiróse hácia San Pedro de Manrique, y á los dos días se vió alcanzado y copado en Villaloda por la columna procedente de Aragon, al efecto destacada por el general Burgos al mando del coronel Iriarte, que exterminó por completo aquella partida, cuyos restos fueron desapareciendo.

Esforzábanse las juntas castellanas para sostener siquiera las partidas que se formaban; pero ni áun para calzado tenían, y áun se les reclamaba que atendieran á las fuerzas de Castilla que se batían en las provincias Vascas. Quejábanse con razon de que teniendo sus voluntarios fuera de su territorio no podían recaudar en él ni un céntimo, habiendo sido cortas y transitorias las temporadas en que pudieron operar en el partido de Villarcayo, y en algun otro punto, allegando algunos recursos con que atender en parte á los más perentorios gastos.

No pudieron recaudarse más que unos 9.000 duros en el trimestre vencido en Junio, y habia una deuda de 10.000, resto del coste del armamento que primero se compró, y la necesidad de pagar 130.000 reales, precio de 500 fusiles comprados al fiado que estaban en

el almacén para armar los reclutas que voluntariamente se presentasen, y medio millón de cartuchos Remington, contratados, y casi otros tantos Berdan, para municionar á la división en cuanto recibiese la orden de penetrar en Castilla.

Lo que más extrañaba á la junta era la imprescindible obligación de pagar la curación de sus heridos y enfermos en los diferentes hospitales, cuyo gasto ascendía á 80.000 reales desde las jornadas de Somorrostro; «siendo esto tanto más sensible, decía la junta, cuanto que proveyéndose de municiones de boca y guerra á los batallones castellanos mientras estaban en los parapetos sufriendo inclemencias y privaciones sin cuento y vertiendo su sangre generosa en defensa de nuestra bandera, desde el momento en que las enfermedades ó el plomo enemigo los conducía al hospital, ya la asistencia cesaba por completo, y los gastos de curación era otra de las atenciones de la junta.» Agotados los escasos donativos que hubo, pensó en un empréstito, pero necesitaba para realizarlo que alguna fuerza de la división castellana al mando de un jefe de inteligencia y decisión se situara en la parte de la provincia de Burgos más inmediata á Vizcaya, para utilizar las contribuciones del partido de Villarcayo y los rendimientos de algunas aduanas que en él se establecieran; con lo cual se prometía la junta cubrir todas las atenciones de la división castellana, y suministrar fácilmente la caballería que se había de organizar, pues de otro modo hallaría gran dificultad para racionarse, porque la ofrecía el transporte por Cas-

tilla, sin fuerza de infantería protectora, no prestándose Vizcaya y Alava á dar raciones.

No pudiendo entonces retirarse las fuerzas castellanas de Navarra, solicitaba la junta que las provincias Vascongadas la hicieran un anticipo reintegrable en cuanto pudiera ser invadida Castilla; así se comunicó á las diputaciones Vascas y junta de Navarra por el intendente-interventor don Domingo Gallejo, y en las conferencias celebradas en Vergara el 1.º de Agosto por las diputaciones de las cuatro provincias vasco-navarras, se tomó entre otros acuerdos el de que, «respecto á facilitar á las fuerzas castellanas los recursos de vestuario y cantidades necesarias para el pago del plus que dan á sus tercios, así como también para el pago de deudas contraídas para el armamento de aquellas, de unánime conformidad manifestaron que por más doloroso y sensible que les fuera, teniendo que sostener las de sus respectivas provincias con sus propios y únicos recursos, no podían verificarlo.» Gran disgusto causó esto á los carlistas castellanos, cuando tenían los vascongados las fuerzas de Castilla batiéndose para sostener la dominación del vascongado, y no se las dejaba ir al llano para proporcionarse recursos.

Tomó parte Mendirry en este asunto y dispuso se invitara á los batallones vascongados y navarros y dejar mensualmente para el sostenimiento de los castellanos, cántabros y aragoneses las cantidades que se designaban en una escala desde cuatro reales al soldado hasta 128 al capitán general para que aquellos disfrutasen de las mismas ventajas que los demás del ejército carlista.

Como la cuestión de dinero era la principal, D. M. P. de Pereda, individuo de la junta de Santander (1), propuso se formara una, ó directorio, en la Habana, de las personas que eran adictas y de crédito, que facilitarán los recursos necesarios, designando á los señores Díaz de Quejano, Fernández de Castro, marqués de San Carlos, y don Froilán Roig, indicando otras medidas que debían tomarse en aquella Antilla, y enviaron por de pronto unos 1.500 duros á cuenta de mayor suma, que trajo el señor Roig, si bien ésta cantidad estaba destinada para que doña Margarita la invirtiese en *La Caridad*, que tan cristianamente ejercía aquella señora.

Estos proyectos y cuantos se formaron para conseguir organizar la guerra civil en Castilla la Vieja, eran indispensables, y aún se necesitó que se hicieran muy grandes esfuerzos desde que Villegas tomó el mando de aquella parte de España, que tenía verdadera importancia. Él dispuso el movimiento de la columna del Astillero contra Hermosa, y de otras fuerzas sobre Bulnes á la tierra de los pasiegos, dando excelentes resultados. Murió Hermosa, los que merodearon á Pas se presentaron á indulto; Olevarrrieta, que cortaba la vía telegráfica, cayó prisionero, y pocos días después cruzaba Villegas con su escolta de 25 caballos el espacio que media entre Santander y Laredo, por donde el general Concha no creyó convenien-

(1) Compuesta además de los señores don Fernando Fernández de Velasco, don Paulino y don Máximo Díaz de Quejano, don José Antonio de la Cuesta, don Manuel Ortiz Vierna, don Ramón Estrada Rábago y el conde de las Bárcenas.

te mandar las fuerzas que por batallones iban á formar el tercer cuerpo, que al organizarse quedó Villegas en su puesto, mandando una división y diciéndole: «que una vez acordado el plan, será usted uno de tantos, asegurándonos las comunicaciones y limpiando la retaguardia, pues no hay ninguno que pueda hacer lo que usted hace».

Reconcentró Villegas en Ramales las pequeñas columnas de tropas que tenía, y quedaron á retaguardia en la provincia los voluntarios levantando el espíritu en los pueblos y dándoles seguridad. Sin enemigos que combatir, se fueron á buscar á los de Virtus, ya en tierra de Burgos.

Cuando los carlistas vizcainos y cántabros vieron que el ejército liberal se dirigía á Navarra, procuraron extenderse por Castilla para aumentar sus recursos y su contingente; atacaron por sorpresa, aunque inútilmente, á Ramales, cuyas fuerzas eran para ellos un obstáculo; se vengaron incendiando dos casas; llamaron la atención, en la provincia de Burgos el cura de Lanchares sobre las cabañas de Virtus, el estudiante Periquillo en Ubierna, á tres leguas de la capital, Mochon por la parte de Lerma, corriéndose á las provincias de Avila y Palencia, hasta que acudió el capitán general, copó Amor, á Mochon y á su partida, y á la de Virtus, ménos su jefe, á pesar de la grande vigilancia que tenían constantemente estos carlistas, siendo mayor la astucia que empleó Amor para sorprenderlos y apoderarse de ellos (1).

(1) Como los carlistas no entraban en las ventas de Virtus sin asegurarse antes de que no había un enemigo,

Ya no perturbaban á Castilla la Vieja más que pequeñas partidas, que valiéndose de sus amigos y de circunstancias especiales solían caer sobre un punto dado para abandonarle en seguida, realizando de este modo una bonita excursión Camarero, que atravesó el distrito de Burgos por sus escabrosidades, sin tocar en los pueblos, cayó en la provincia de Palencia á golpe seguro sobre un escuadrón de lanceros de Santiago que copó y se llevó prisionero, golpe atrevidísimo que revelaba las excelentes confianzas que tenía, y del que salió bien por el movimiento de la columna de Medina, en la derecha del Ebro, desde Medina hasta Frias, debiendo haber sido lo contrario, desde Medina á Montijar. En Frias recibió el jefe de la columna el parte que desde Valladolid daban de lo que había hecho Camarero, y cuando salió á cortarles hacía ya dos horas que el carlista había pasado.

Al comunicar el marqués del Duero al general Villegas que la columna Ramales se retirase á Renedo de Piélagos, lo consideró tan desacertado que se negó á cumplir la orden, haciendo las debidas reclamaciones, é interesándose la diputación provincial, fun-

para lo que tomaban exquisitas precauciones, Amor penetró á media noche en ellas por sorpresa; encerró á los habitantes en un cuarto sin comunicación; colocó su fuerza en las dos casas; al despuntar el día abrió la ventana; bajaron los guías que tenían los carlistas; les detuvo cuando entraron á tomar el aguardiente; les obligó á decir la misión que cada uno tenía; vistió con su ropa á unos guardia civiles, que fueron á desempeñar el papel de guías, y al verlos los carlistas se acercaron confiados, entraron en la taberna, donde les cogían, y únicamente porque se escapó un tiro hubo un poco de recelo con los que aún no habían entrado, pero ya no pudieron escaparse.

dándose en que Ramales no podía quedar sin guarnición por ser la llave del aprovisionamiento de Santander y la puerta por donde el carlismo volvería á repetir sus invasiones: todo fué inútil, en cuanto la columna de Ramales se retiró á Renedo, avanzaron los carlistas, bien funestamente para algunos habitantes de Bárcena y Solórzano. Cuando en Julio se mandó á la columna de Renedo que avanzara sobre Ramales y lo conservara, era ya tarde; los carlistas, que sabían lo estratégico de aquel punto, lo ocuparon en cuanto lo vieron abandonado, y empezó Valde-Espina con sus vizcainos á fortificarlo. Ordenó el general Zavala se recuperara, para lo que envió fuerzas al capitán general; corrió éste, llegó á Ramales precediendo á la brigada Acellana que el marqués de Sierra-Bullones le mandaba, y antes de que aquella llegara á Villasante estaba recuperado Ramales (1).

Después de penetrar en Vizcaya se pusieron en combinación las columnas de Ramales y Medina, sin más fuerza que los batallones de reserva Murcia y Calatayud, la Guardia civil de la provincia de Cáceres, el cuarto batallón provisional de carabineros, una batería de montaña y 150 caballos de Albuera: quedó el distrito á retaguardia libre de incursiones de grandes partidas, y aun de las pequeñas que Amor, situado hacia Reinosa y Soncillo, perseguía activo.

Era indudable la importancia de Ramales y Medina en aquella línea militar verdadera-

(1) Se formó sumaria al jefe de la columna de Renedo, teniente c. de la guardia civil señor Laredo por no haber atacado á Valde-Espina, y quedó absuelto.



mente estratégica, como se demostró en la anterior guerra civil: al conservarla Villegas con escasas fuerzas, prestó un gran servicio; y cuando se supo la dispuesta expedición Mogrovejo, movióse oportunamente á Soncillo; no pasó la expedición, como se creía; regresó Villegas á Medina; de la división Blanco que el general en jefe mandaba para auxiliar á las fuerzas de la izquierda quedaron dos batallones para aumentarlas, y regresaron los restantes á Miranda. Contando ya la división de la izquierda con seis batallones, pensó su general armar y favorecer al liberal valle de Mena, á donde bajó; pasó por Vizcaya, entró en Valmaseda, pero tuvo que enviar á Bribiesca los dos batallones (1) con que se acababa de aumentar su división, y quedando con escasa fuerza y de quintos, abandonó su proyecto, volvió á la línea de Medina y secundó á los señores Rojas y Pórreres en la organización de 400 voluntarios para Villarcayo, estorbada por rivalidades y disensiones locales, al revés de lo que sucedía en Medina.

## ASTURIAS Y GALICIA

## XXXIX

El movimiento carlista en Asturias y Galicia aumentaba á pesar de las dificultades para reunir armas y lo poco que hacían las juntas, pues siendo tres las establecidas, dos estaban disueltas por su propia inacción, porque de la que residía en Santiago, sólo trabajaba su presidente, aunque se veía perseguido y enfermo; en la de Orense sólo

(1) Estos volvieron después á embarcarse en Santander.

actuaba un vicepresidente, que contribuía con el escaso fruto que iba obteniendo de los bonos, y de la de Lugo se produjeron grandes quejas, y del jefe militar, al que se hicieron graves cargos.

Para que tomase la guerra mayores proporciones, retrasó Milla su nueva presentación en el campo, aguardando reunir el armamento necesario en los Olcos, donde tenía pensado principiar sus operaciones, con objeto de recoger algunos grupos de gallegos que le estaban esperando.

Pero aquí, como en otras partes, si no en todas, las rivalidades entre los mismos carlistas eran uno de los mayores obstáculos, acusando Milla á Mergeliza de que daba órdenes desde Portugal para impedir que aquél reuniera gente, habiendo entorpecido el movimiento que pensó haber ejecutado en los primeros días del año, y que ya estaba resuelto á ejecutar en el primer mes, reunido que fuese el armamento en la sierra de Ayones: entonces se pondría al frente de sus partidarios para ir hácia Buron; aquí se le reuniría un centenar de gallegos é intentaría algun golpe de mano que diese resultados prácticos.

Para evitar Milla que hubiese con él las disensiones que había entre Amat y Rosas, pidió instrucciones y atribuciones terminantes, «no sólo para poner coto á las desmedidas ambiciones de dicho Rosas, y algun otro, si que tambien para premiar dignamente á los que se hagan acreedores á premios por sus servicios.» Y añade en un autógrafo de dicho señor, que tenemos á la vista, fechado en Oviedo: «Con objeto de evitar que des-

aparezcan los fondos recaudados en las administraciones de los pueblos, como está sucediendo ahora, he hablado con un individuo de la administración militar, hoy empleado en la fábrica de armas, y se me presta muy gustoso á marchar conmigo cuando sea necesario. Ahora bien: sin autorización para nada como ahora estoy, ¿cómo puedo recompensar los servicios de este caballero y otros militares que al parecer se manifiestan dispuestos á unirse á las fuerzas reales de esta provincia?»

Don Vicente y Rosas unidos á Santa Clara, operaban con 190 hombres bien uniformados y armados; don Melchor con 100 equipados igualmente que los anteriores; Ayones con 35 mal armados, y al ponerse Milla al frente de esta última partida se aumentaría hasta 100 hombres, agregándoseles igual número con Osorio y Nuñez Saavedra. Ordenósele que obrara por su cuenta y riesgo, seguro de que aprobarían sus actos, con tal que no abusara, y se aprestó á la lucha.

En tanto penetraba Rosas en Sama defendido por 50 voluntarios encerrados en el ayuntamiento, y no pudiendo reducirlos, incendiaron los carlistas el edificio con petróleo, abandonándole sus defensores á los carlistas, que se vengaron, saqueando algunas casas; cometieron excesos también en Quirós y en otros puntos, y les ayudaban algunos cantonales: no era este el mejor sistema para organizar la guerra civil en aquel país de verdadera cordura. En la Pola de Lena sorprendieron una columna del regimiento de Asturias, que se rindió después de cinco horas de fuego, y formada una lista de 130 pri-

sioneros, incluso los jefes, que se certificó y firmó para el cange, les dieron libertad, aunque sin armas, capotes, ni polainas. Este hecho, que alarmó, obligó á retroceder un convoy que acababa de salir de Oviedo.

El que el alcalde de Tineo con algunos vecinos mal armados, y los de Franco, que se le unieron al verles tan decididos, al mando todos del comandante retirado don Santos Pelaez, batieran en las Aborteras á la partida de Ayones, la dispersaran después de varias horas de fuego, y cogieran al jefe, su segundo y seis más, si bien á costa de la herida del bravo comandante y de uno de los vecinos, y que se obtuvieran otros pequeños resultados en diferentes puntos, ni neutralizaba el desastre de la Pola de Lena, ni impedía las correrías de los carlistas, ni que penetraran Milla y Santa Clara en el mismo Tineo, que tuvieron que abandonar sus escasos y mal armados defensores, que se refugiaron en los pueblos y montañas inmediatas, hasta que llegó una fuerte columna procedente de Oviedo, que por descuido de Santa Clara, batió y dispersó á los carlistas, causándoles algunas bajas y prisioneros. También acudieron al día siguiente los voluntarios de Navia y Luarca. Los carlistas se retiraron á Quirós, procuraron indemnizarse del anterior desastre, y bajaron después á Lena, apoderándose de los correos, cuya correspondencia quemaron.

Necesitándose acumular fuerzas en la línea de Somorrostro, á ella fueron Milla, Rosas y Santa Clara con las que mandaban, salvando sin obstáculo tan larga distancia, quedándose las que guiaban Cancio, Vallés, Jaco,

Faes, y otros, procurando aumentar su gente, é invadiendo poblaciones como Ribadesella.

Aún no se veían los resultados de la misión conferida á Argüelles en Asturias y Galicia; y si el nombramiento de Hurtado de Mendoza para comandante general de aquel principado que propuso Argüelles (don Santiago) pareció acertado, no fueron tan bien recibidos los encargos conferidos al señor Machilanda; se produjeron nuevas excisiones, ó más bien se exacerbaron las que existían, y se vió entregado á su suerte aquel extenso territorio. Las partidas de Asturias y Galicia operaban indistintamente en una ú otra comarca; penetraban otras de Portugal en la provincia de Orense; desde la de Oviedo se corrían á las de León y Palencia; se levantaba en Escatrón (Galicia) una nueva partida; aumentaban las de Faes y Valdés, que se distinguían por sus atrevidas algaradas, y murió después Faes en un encuentro con la columna de Lena.

Si cuando del fondo de la provincia de Asturias fueron Milla y Rosas á la de León, la atravesaron por el partido de Riaño, entraron en la de Palencia por Guardo, marchando Sierra adelante y dirigiéndose por Cervera de Pisuerga á Valmaseda, se hubiera situado convenientemente una columna, aunque hubiera sido de 200 hombres, en la larga cordillera de montañas de Boñar, ó sea de León, habría impedido el paso de aquellas fuerzas que ejecutaban impunemente tan atrevidas algaradas.

De todos modos, no progresaba la causa carlista en Asturias y Galicia; se formaban

planes, se reunían fondos que no se invertían en el objeto para que se habían pedido, se volvió á Francia Mergeliza, resuelto á no volver á Galicia sin una base de fuerzas; Hurtado de Mendoza dirigía desde lejos una proclama á los asturianos, como su comandante general, en la que deteniéndose á explicar la causa y necesidad de la guerra que se sostenía, les llamaba á las armas, presentándoles antiguos ejemplos para que los imitasen, cuando los carlistas asturianos y gallegos no necesitaban proclamas, sino dirección, y ésta les faltó, por lo general, y dinero, pues, áun los más entusiastas, lo primero que preguntaban al alistarse era cuánto iban ganando. Y éstos, sin embargo, prestaban más servicios al carlismo que muchos de los que sin moverse de las capitales, y sin que nadie les molestara, no hacían más que dirigir sendas felicitaciones á don Carlos, á doña Margarita y al niño don Jaime, considerándose en cambio con derecho á criticar á los que en el campo arriesgaban su vida, y la perdían no pocos. No se sirve á una causa solamente batiéndose; hombres sumamente pacíficos prestaron eminentes servicios; desvirtuados por algunos por lo mucho que contribuyeron á las disensiones entre los partidarios carlistas gallegos y asturianos, mas hubo algunos que nada hicieron beneficioso.

Como una esperanza carlista, contaba esta causa en Oviedo con una juventud decidida (1), tanto más de estimar cuanto que no

(1) Entre las que se distinguían, según vemos en documentos autógrafos, el conde de Agüera (don César de Cañedo), el vizconde del Puerto (don José María Navia Osorio), el canónigo don José Meseguer, don Angel Ro-

es la población donde más escasea el elemento liberal, y ha sido distinguido y no deja de ser hoy decidido y valioso.

No se desistía, sin embargo, del empeño de organizar la guerra en aquella tranquila región de España: para vestir á los voluntarios se hicieron en Francia algunas prendas de uniforme, se formaron proyectos y se dispuso la expedición Mogrovejo, que no llegó á realizarse, después de haber revistado el 9 de Octubre en Orduña sus fuerzas, consistentes en cuatro batallones de Castilla y tres escuadrones de caballería, con las cuales marchó al valle de Losa, sólo á ejecutar una diversión, y por Villasante al valle de Mena esperando encontrar á Villegas, que cre-

---

dríguez, cura de San Tirso el Real, los abogados don Bernardino Argüelle Riva, don Fermín López del Vallado, don Antonio María Ureña y don José Domingo Meseguer, el presbítero y catedrático del seminario don José Arriaza Hidalgo, el comerciante don Manuel María Orantes y Yebes, y otros que residían en Francia.

yendo que la expedición se efectuaba, se dirigió á Soncillo á impedirle el paso para Asturias. Mogrovejo, por Arciniaga se corrió á la llanada de Alava, en la que estuvo hasta Noviembre con las mismas fuerzas, nombrado ya capitán general de Castilla la Vieja comprendiendo la demarcación los distritos de Valladolid y Burgos. No intentó la expedición á Asturias, porque ni llevaba artillería, aún cuando dijo *El Cuartel Real* que la tenía en Orduña, carecía de municiones y sobre todo, porque ni orden recibió para efectuarla; y mal podía recibirla, cuando contándose para la expedición con nueve batallones, 700 caballos y ocho piezas que constituían la división de Cantábrica, siempre se tenían ocupadas y distribuidas estas fuerzas; y aunque se ofrecía su reunión, jamás pudo conseguirla Mogrovejo para emprender una expedición tantas veces proyectada y nunca efectuada.